

Historia de la Revolución Rusa I
COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO

Agradecemos al Ayuntamiento de Atarfe (Granada)
su colaboración desinteresada en la publicación
de esta edición de HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

© 2007, Fundación Federico Engels

ISBN Obra Completa: 978-84-96276-40-6

ISBN Volumen I: 978-84-96276-38-3

Depósito Legal:

Impreso en España - Printed in Spain

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo · 28019 Madrid
Teléfono: 914 283 870 · Fax: 914 283 871
E-mail: fundacion_federico@engels.org · Web: www.engels.org

ÍNDICE DEL VOLUMEN I

Introducción.....	7
por Alan Woods	
Prólogo del autor.....	19
I. Las características del desarrollo de Rusia...	25
II. La Rusia zarista y la guerra.....	35
III. El proletariado y los campesinos.....	49
IV. El zar y la zarina.....	63
V. La idea de la revolución palaciega.....	73
VI. Agonía de la monarquía.....	85
VII. Cinco días (23 al 27 de febrero).....	103
VIII. ¿Quién dirige la insurrección de Febrero?....	129
IX. La paradoja de la revolución de Febrero.....	143
X. El nuevo poder.....	163
XI. La dualidad de poderes.....	183
XII. El Comité Ejecutivo.....	191
XIII. El ejército y la guerra.....	221
XIV. Los gobernantes y la guerra.....	237
XV. Los bolcheviques y Lenin.....	249
XVI. Cambio de orientación del partido bolchevique.	271
XVII. Las Jornadas de Abril.....	285
XVIII. La primera coalición.....	305
XIX. La ofensiva.....	317
XX. Los campesinos.....	331
XXI. Las masas evolucionan.....	347
XXII. El Congreso de los Soviets y la manifestación de junio	369
XXIII. Conclusión.....	385

Apéndices

I. Al capítulo Las características del desarrollo de Rusia	389
II. Al capítulo Cambio de orientación del partido bolchevique	397
III. Al capítulo El Congreso de los Soviets y la manifestación de junio	413

Introducción

Alan Woods

La publicación de la nueva edición de esta obra maestra de Trotsky en este momento oportuno. El año pasado se conmemoró el 90º aniversario de la revolución de Octubre, un acontecimiento que, desde un punto de vista histórico, fue el más grande de la historia. Incluso aquellos que no comparten nuestra opinión, los enemigos más implacables de la revolución rusa y todo lo que representa, no pueden poner en duda la importancia de esa revolución. Sea cual sea la categoría de estos grandes puntos de inflexión históricos, como la Revolución Francesa, la Reforma o la Primera y Segunda Guerra Mundial, a los que actualmente hacemos referencia en términos de antes y después.

La Revolución de Octubre fue un hecho extraordinario y que no tiene precedentes históricos. Como escribe Trotsky en el libro: En los dos primeros meses del año 1917 reinaba todavía en Rusia la dinastía de los Romanov. Ocho meses después estaban ya en el trono los bolcheviques, un movimiento ignorado por casi todo el mundo a principios de año y cuyos jefes, al momento mismo de subir al poder, se hallaban aún acusados de alta traición. La historia no registra otro cambio de frente tan radical, sobre todo teniendo en cuenta que estamos ante una nación de ciento cincuenta millones de habitantes. Es evidente que los acontecimientos de 1917, sea cual fuere el resultado, son dignos de ser investigados.

Aquellos que condenan la revolución bolchevique como un golpe de estado, es decir, como el acto de una minoría no representativa, aún tratan de explicar cómo es posible que una minúscula minoría de conspiradores se atreviera a mover a millones de hombres y mujeres para que actuara contra sus propios intereses. Llegados a este punto abandonamos el reino de la ciencia dura y nos movemos en la visión mística de la historia, como si la historia fuera el resultado de individuos, que deciden su curso mediante el bien o el mal. No cabe duda de que Lenin y Trotsky eran grandes revolucionarios. ¿Pero por qué la revolución de 1905 no fue suficiente para derrocar el zarismo en 1905 o en 1912, o por la misma razón, para derrocar el capitalismo en febrero de 1917?

Para cualquier persona medianamente inteligente está claro que la historia no puede ser vista como el producto de individuos malos o buenos no explotados. La teoría materialista no niega de ninguna manera el papel del individuo en la historia. Basta con señalar que en el otoño de 1917, sin la presencia de esos hombres, Lenin y Trotsky, la revolución no habría tenido lugar en 1917.

neas. Pero para que Lenin y Trotsky pudieran jugar un papel decisivo en los acontecimientos primero era necesario que la historia preparase una combinación particular de circunstancias. Era necesario que los trabajadores rusos de Rusia vivieran acontecimientos típicos que les sacaran del letargo rutinario, que sacudiesen sus costumbres y tradiciones, que los empujara al camino de la lucha. Era necesario para ellos pasar por la escuela del movimiento de después de febrero y sacar las conclusiones necesarias de su experiencia.

La posibilidad de la revolución se basaba en estos factores, que constituyen una correlación de fuerzas de clase favorables para la transferencia del poder al proletariado. Pero en muchas ocasiones, antes y después, han existido condiciones objetivas igualmente favorables para la revolución sin que culmine en una transformación revolucionaria. La diferencia decisiva en la Rusia de 1917 fue la presencia del factor subjetivo: el partido y dirección revolucionaria.

Si no hubiera existido el partido bolchevique, o si, en lugar de Lenin y Trotsky hubiesen estado al frente Stalin, Kamenev o Zinoviev, sin duda la revolución de Octubre nunca se habría producido. En ese caso, los historiadores burgueses y reformistas, de ayer y de hoy, hubieran escrito historias que denotando la total imposibilidad de llevar a cabo la revolución socialista en Rusia zarista. Ridiculizarían las ideas de Lenin y Trotsky por su utopía, la debilidad de la clase obrera, a su bajo nivel de educación, el poder absoluto zarista, el tamaño de su ejército, su omnipresente policía secreta, las intrigas por el establo. Sin embargo, a los reformistas nunca les faltan argumentos para demostrar la imposibilidad de la revolución.

Estos argumentos no son nuevos. Los reformistas y demás defensores del status quo han cantado la misma canción a lo largo de la historia, y aún hoy en día la cantan. Son argumentos contra la posibilidad de la revolución socialista general. Pero a pesar de toda la sabiduría de los reformistas, las revoluciones han ocurrido en el pasado y ocurrirán en el futuro.

LA NECESIDAD DE LA REVOLUCIÓN

Es imposible comprender la historia de nuestra época sin haber estudiado profundamente la revolución rusa y los grandes acontecimientos históricos que de ella derivaron. Ninguna persona inteligente puede ignorar esta realidad. Es extremadamente inconveniente para aquellos que defienden obstinadamente el status quo que se inclinan ante el sistema capitalista (la economía de mercado) en ese estado de reverencia que normalmente está reservado a la religión, pretendiendo que las actuales relaciones socioeconómicas siempre han existido, y, por consiguiente, siempre deben existir (de ahí el final de la historia).

Para este tipo de personas la revolución en general es la fuente de todos los males. Nada bueno, dicen ellos, puede salir de ahí. Y señalan de manera triunfal el colapso de la Unión Soviética como la prueba definitiva de esto. Sin embargo, incluso la consideración más superficial de la historia de

inmediatamente la falsedad de este argumento. Las revoluciones son acontecimientos raros y, por tanto, es fácil presentarlas como simples aberraciones o desviaciones de la norma imaginaria de cambio lento, pacífico y evolutivo de la historia. Estas desviaciones de la norma son consideradas de la misma manera que la locura en realidad, para los filisteos, las revoluciones son simplemente episodios de la locura.

El intento de establecer una línea rígida de demarcación entre la evolución y la revolución carece de cualquier base científica. La historia, como se ve en el reino animal, conoce largos periodos de cambio gradual (como el caso de los ciervos) pero también conoce la transformación repetitiva, cuando el proceso natural de cambio experimenta una aceleración. En la naturaleza estos periodos se caracterizan por la extinción de especies anteriormente dominantes y el surgimiento de otras especies.

Durante un largo periodo de tiempo muchos han negado esta idea. Pero los descubrimientos de la paleontología moderna, principalmente asociados con el nombre de Stephen Jay Gould, han establecido de manera definitiva que la evolución no es gradual, una curva ascendente e ininterrumpida, sino una línea rota a intervalos por acontecimientos espectaculares como las extinciones masivas del Cretácico. Además, estos periodos de rápida aceleración juegan un papel muy importante en el desarrollo de las especies. Sin ellos, nuestra civilización nunca se habría desarrollado, el planeta aún estaría dominado por organismos unicelulares y la discusión sobre el significado de la Revolución Industrial sería un tanto irrelevante.

Las revoluciones y las guerras han moldeado de una manera muy decisiva la historia humana. Se producen debido a la existencia de contradicciones insolubles en la sociedad de clases. La sociedad humana, al menos hasta el momento actual, nunca se ha desarrollado de una manera planificada. Como dijo Trotsky señalando, no está organizada como una máquina que un ingeniero pueda reparar, sustituir las piezas gastadas y poner otras nuevas. Todavía, las caducas relaciones de propiedad, las leyes, estructuras económicas y la religión pueden continuar existiendo mucho después de que ya agotado su utilidad histórica.

Durante un periodo de tiempo largo, los hombres y las mujeres pueden aprender esta situación. La gente no recurre de buena gana a la revolución como el recurso final. Cuando las contradicciones han alcanzado un punto insostenible, la sociedad entra en una fase equivalente a lo que es conocido en física como estado crítico. La cantidad se transforma en calidad. Eso significa una revolución. Para liberarse de toda la basura acumulada, la sociedad está obligada a recurrir a medidas revolucionarias. Lejos de ser una aberración y una desviación de la norma, las revoluciones juegan un papel necesario. Sin ellas, la humanidad nunca podrá haber avanzado a un estado superior de desarrollo.

Este hecho, demostrado por toda la historia de los últimos 10.000 años, es profundamente difícil de aceptar para los curules, pacifistas, por típicos.

todos los defensores estatales que consideran la situación actual, sus relaciones económicas, su moralidad y religión, como algo eterno e inmutable. Por alto el inconveniente de que el capitalismo es un fenómeno históricamente reciente, que debe su existencia a revoluciones e insurrecciones lentas de todo tipo, comenzando con la Reforma del siglo XVI. Este primer intento de la burguesía de desafiar el orden católico-monárquico-feudal por una serie de guerras sangrientas por motivos religiosos que a lo largo de años devastaron grandes extensiones de Europa.

De este caos sangriento nació la primera República Holandesa, la primera nación capitalista libre sobre el planeta. La revolución burguesa del siglo XVII, cuando Oliver Cromwell y sus compañeros ajustaron cuentas con la monarquía con métodos revolucionarios, incluida la separación de la corona del rey de sus hombros, fue la siguiente victoria decisiva de la burguesía. De, es verdad, la burguesía inglesa, temerosa de las consecuencias de sus propios actos, invitó al hijo gandul de Carlos para que regresara de Francia y se convirtiera en colaborador con el parlamento burgués. El primer acto de Cromwell II fue desenterrar el cadáver de Cromwell y colgarlo.

Durante mucho tiempo después la burguesía ha hablado con desprecio de su propia revolución calificándola como la gran rebelión. El historiador del siglo XIX, Thomas Carlyle, escribió que, antes de que pudiera escribir una obra decente sobre Cromwell, primero tuvo que desenterrar su cuerpo debajo de un montón de perros muertos. De la misma manera, la burguesía francesa, en el doscientos aniversario de la gran Revolución Francesa, demostró una actitud miserable y maliciosa hacia los jacobinos, presentando los acontecimientos de 1789-1793 como un período lamentable de violencia y caos. Incluso algunos que incluso dijeron que a Francia ¡le habría ido mejor si Napoleón Bonaparte y Antonieta hubieran permanecido en el puesto!

Si la burguesía teme alabar las revoluciones que liberaron a la sociedad del feudalismo hace doscientos o trescientos años, ¿cómo se puede esperar una actitud objetiva hacia esas revoluciones donde la clase obrera intentó librarse de la dictadura del Capital? Después de situarse sana y salva en la burguesía se convenció a sí misma de que las revoluciones son siempre algo malo. Pagan a un ejército de escribas profesionales y prostitutas a quienes dan licencias universitarias para que escriban historias que falsifiquen los hechos, que presentan las revoluciones de una manera oscura y a todos los revolucionarios como si fueran monstruos sedientos de sangre. El valor cultural de estas obras es cero. Pero su valor político para los banqueros y capitalistas es incalculable.

¿FUE UN GOLPE OCTUBRE ?

En el prólogo de su obra, Trotsky hace una pregunta fundamental y responde de la siguiente manera:

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la acción directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos del Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para estas rompen las barreras que las separan de la palestra política, los representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen.

Y continúa: La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.

Aquí tenemos la respuesta final a aquellos que intentan calumniar a los bolcheviques como enemigos de la democracia. La verdad es que la Revolución de Octubre fue la revolución más democrática y popular de la historia. Los trabajadores y campesinos se movilizaron por la transformación revolucionaria de la sociedad bajo la dirección del partido bolchevique. Y el régimen de Octubre fue el más democrático que ha conocido jamás cualquier país.

Los enemigos de Octubre intentan presentarlo como un simple golpe de estado y ejecutado por los bolcheviques a espaldas de las masas. El ejemplo de Trotsky demuestra lo contrario. Todo el trabajo de los bolcheviques antes y después de que Lenin regresara en abril y comenzara a reorientar el partido, se basó en el objetivo de ganar a las masas. Significaba sobre todo la mayoría en los soviets, donde los bolcheviques al principio eran una minoría.

Es una realidad constatada que cuando las masas comienzan a entrar en el camino de la revolución lo primero que hacen es adoptar la línea de la resistencia. De manera inevitable giran hacia los partidos y dirigentes moderados, que normalmente son reformistas o centristas. Estos prometen cosas maravillosas si las masas son pacientes. Les piden que dejen de hacer sus reivindicaciones inmediatas y esperen a las elecciones, a la constituyente, a la maquinaria del parlamento, a los resultados de debates y a los sofismas democráticos de los abogados. En el caso de la revolución de 1917 significaba renunciar a un rápido final de la guerra, al pan y a la paz, a contentarse con los discursos y más discursos que les ofrecían los reformistas.

Los bolcheviques en todo momento se basaron en las masas. Lenin llevó a cabo una lucha incansable contra los ultraizquierdistas, que inmediatamente plantearon la consigna de No al Gobierno Provisional en un momento en que la mayoría de la población oprimida aún tenía ilusiones en los dirigentes moderados y socialrevolucionarios. Lenin consideraba que antes de que los bolcheviques pudieran conquistar el poder, primero debían conquistar a las masas, y que esto se debía hacer mediante la combinación de su propia actividad y el trabajo paciente de los bolcheviques entre ellas. Esta táctica se expresó en una frase de Lenin: **explicar pacientemente!**

El aprendizaje de las masas requiere tiempo y experiencia. La conciencia humana como norma no es progresista, menos aún revolucionaria. En general es profundamente conservadora. Los hombres y las mujeres normalmente se aferran a lo familiar, a lo conocido, se resisten a las nuevas ideas y cambios. Pero en determinados períodos, cuando las formas sociales existentes se han convertido en un freno absoluto para los medios de producción, cuando las nuevas ideas, costumbre y moralidad entran en conflicto con las necesidades de la gente, la psicología de las masas puede experimentar transformaciones muy rápidas. Trotsky escribe:

Por tanto, esos cambios rápidos que experimentan las ideas y el espíritu de las masas en las épocas revolucionarias no son producto de la elasticidad y movilidad de la psiquis humana, sino al revés, de su conservadurismo. El rezagamiento crónico en que se hallan las ideas y relaciones humanas con respecto a las nuevas condiciones objetivas, hasta el momento mismo en que éstas se desploman catastróficamente, por decirlo así, sobre los hombres, es lo que en los períodos revolucionarios engendra ese movimiento exaltado de las ideas y las pasiones que a las mentalidades policacas les deja fruto puro y simple de la actuación de los demagogos.

En una revolución todo se convierte en su contrario. En palabras de la Biblia: los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos. Podemos observar lo mismo en cualquier huelga. Los trabajadores de una fábrica o mina pueden permanecer pasivos durante muchos años. Sobre la superficie para que nada sucede, pero debajo de esa superficie de calma hierve un sentimiento de descontento. Tarde o temprano, por un pequeño incidente, ese ambiente subterráneo de descontento irrumpe en la superficie en forma de huelga. En toda huelga podemos ver el cambio de ambiente que se produce entre los trabajadores. Sectores antes atrasados, pasivos e inertes en la acción. Pueden incluso saltar sobre las cabezas de la capa política más avanzada y organizada. No es casualidad que Lenin afirmara, en 1917, que las masas siempre son cien veces más revolucionarias que la mayor parte del partido revolucionario.

En julio, los bolcheviques habían conseguido ganar a la capa más avanzada de los trabajadores y marineros de Petrogrado. Habría sido posible para ellos tomar el poder en ese momento. Si Lenin y Trotsky hubieran querido variar a cabo un golpe, como pretenden sus críticos burgueses, ese habría sido el momento de hacerlo. La gran mayoría de los trabajadores y marineros en Petrogrado querían tomar el poder. Estaban impacientes. Pero Lenin y Trotsky intentaron contenerles. ¿Por qué? comprendían que era necesario ganar a una mayoría decisiva de los trabajadores y soldados, que aún no habían entendido el papel de los dirigentes reformistas.

No nada más perjudicial que separar a la vanguardia de las masas sobre la base de un ambiente temporal de frustración e impaciencia. Es verdad que los bolcheviques podrían haber tomado el poder en el rojo Petrogrado en el mes de julio. Pero las fuerzas contrarrevolucionarias se habrían levantado en

cias más atrasadas y, enviado a los soldados del frente contra Petrógrado a haber aplastado la revolución. Entonces, la revolución rusa ha entrado en los anales de la historia como otra derrota heroica, como la Comintern.

La cuestión del golpe no se planteó porque Lenin y Trotsky eran revolucionarios, no aventureros ultraizquierdistas. Nunca se les ocurrió plantearse el poder antes de que estuvieran seguros de haber ganado a la aplastante mayoría de los trabajadores y marineros. Consiguieron garantizar la victoria decisiva en el Congreso de los Soviets, el órgano más representativo y más crítico de poder popular en toda Rusia. Sólo entonces se movieron por el poder, una acción que contó con el apoyo entusiasta de las masas. Fue precisamente por esa razón, la toma del poder fue algo tan pacífico. Fue precisamente que, en el momento de la verdad, nadie estaba dispuesto a luchar y matar al Gobierno Provisional, en completa bancarrota política. La victoria fue el resultado de nueve meses de trabajo paciente, agitación y propaganda organizado bolchevique bajo la dirección de Lenin y Trotsky.

DESTINO HISTÓRICO DE OCTUBRE

En los últimos diecisiete años, desde la caída de la URSS, ha nacido un género literario histórico. Más que un género es toda una nueva industria, además, es una industria muy lucrativa. Cada año aparecen una nueva serie de libros y artículos en el mercado, cada uno con nuevas y inesperadas ideas sobre Lenin, Trotsky y los bolcheviques. El propósito de esta industria es la producción de una literatura bastante clara. En absoluto es servir a la verdad histórica o avanzar en la investigación científica. El nombre de los líderes de la Revolución Rusa y cubrirles con nuevas ideas.

Para cualquier estudiante serio de la historia del bolchevismo y la revolución rusa sería fácil rechazar estas ideas como cuentos de hadas infantiles. Pero los cuentos de hadas, cuando se repiten con la suficiente frecuencia, tienden a introducirse en la conciencia colectiva. Y como todo buen cuento de hadas al final tiene su moraleja. La moraleja que se nos invita a sacar de estos cuentos es bastante clara: no intentéis cambiar la sociedad, porque las revoluciones siempre terminan en una catástrofe. Por lo tanto, tienes que estar satisfecho con lo que tienes porque cualquier otra cosa que pase el día de mañana será peor.

¿Estaba justificada la Revolución de Octubre? La caída de la URSS no puede demostrar lo contrario. En la actualidad, hay una campaña feroz para ridiculizar las ideas del socialismo y demostrar que la revolución rusa fue una gigantesca aberración, un error histórico que habría sido mejor evitado. En primer lugar, lo que fracasó en la Unión Soviética no fue el socialismo en el sentido comprendido por Marx, Engels, Lenin y Trotsky, sino una caricatura monstruosa, burocrática y totalitaria de socialismo. En segundo lugar,

mento con frecuencia repetido de que la Revolución de Octubre no consistió en nada, es palpable y enérgicamente falso.

La Revolución de Octubre fue un acto tremendo de emancipación social. Acabó con cientos de años de opresión zarista. Despertó a las masas apolíticas, fue una inspiración para toda una generación. Los ideales de los revolucionarios y socialistas no sólo atrajeron a las masas explotadas y oprimidas. También inspiraron a los mejores artistas e intelectuales, que irresistiblemente fueron arrastrados a la causa de la revolución. En una era de apostasía y cinismo cuando la misma idea de construir un mundo nuevo y mejor se topa con los desprecios conocidos de la tribu de fariseos y renegados, es difícil imaginar un espíritu de liberación que nació de la Revolución Rusa.

A pesar de todos los horrores del estalinismo, la Revolución de Octubre demostró en la práctica la superioridad de la economía planificada nacionalizada. Demostró que era posible dirigir la economía de un enorme país sin terratenientes, banqueros ni capitalistas privados. En las palabras de Leonid Trotsky, demostró la superioridad del socialismo, no en el lenguaje de la ideología de Marx, sino en el lenguaje del cemento, hierro, acero, carbón y electricidad. Gracias a las ventajas colosales de la economía nacionalizada y planificada, la URSS hizo notables avances en educación, ciencia, arte y cultura. Un territorio donde grandes sectores de la población eran analfabetos antes de Octubre, experimentó una revolución cultural jamás conocida antes en la historia.

En las últimas décadas de existencia de la URSS, a pesar de todo el daño infligido por la corrupta e ineficaz burocracia, su economía era más altamente desarrollada. Tenía más científicos y técnicos que EEUU, Gran Bretaña y Alemania juntos. Eran científicos muy buenos, como demostraron los éxitos brillantes del programa espacial soviético. Incluso la CIA tuvo que admitir que, en ese terreno, la URSS estaba, al menos, diez años por delante de EEUU.

¿Entonces, si la URSS estaba tan desarrollada, por qué colapsó? La respuesta es manifiesta y la dio Trotsky en 1936, en una de las obras más importantes del marxismo: *Revolución traicionada*. En este libro, Trotsky explica que una economía planificada nacionalizada necesita de la democracia como el cuerpo humano necesita oxígeno. Con esta idea no quiere decir la miserable caricatura de la democracia burguesa formal, que es sólo una hoja de parra para encubrir la dictadura de los grandes bancos y monopolios, sino una verdadera democracia obrera donde las masas ejerzan el control directo sobre la industria, la sociedad y el Estado, a través de los elegidos democráticamente (soviets) sometidos a la constante revocación.

El aislamiento de la Revolución Rusa, en condiciones de extremo atraso cultural y económico, fue el terreno donde prosperó la burocracia, hasta llegar gradualmente a los trabajadores de los soviets y concentrar el poder en sus propias manos. Bajo Stalin, todas las conquistas políticas de la Revolución de Octubre fueron eliminadas. La burocracia se constituyó en una casta de

te que se elevó por encima de la clase obrera y gobernó en su nombre.

Como cualquier otra clase o casta dominante en la historia, la burocracia utilizó el Estado para defender su poder y privilegios. Todos los experimentos de democracia obrera fueron eliminados brutalmente y sustituidos con una burocracia dura y totalitaria repulsiva. Esa burocracia voraz, socavó y destruyó la economía nacionalizada planificada. Finalmente, la tierra de Octubre retrocedió al capitalismo. Hoy en día los antiguos dirigentes del PCUS que solían hablar de socialismo y comunismo cantan alabanzas a la economía de mercado. Tienen razones para ello por que han saqueado el estado y se han convertido en propietarios de los grandes monopolios privados.

Lo que no pueden explicar es cómo una nación que, en 1917 estaba atrasada que Pakistán hoy, consiguió transformarse rápidamente en la segunda potencia más poderosa del planeta. La URSS consiguió, sin ayuda, derrotar a la Alemania de Hitler que disponía de todos los recursos de Europa. La Unión Soviética consiguió, después de la guerra y sin la ayuda del Plan Marshall, construir un país que había perdido 27 millones de personas, más que el total de países juntos.

Y ¿qué dicen hoy estos admiradores del capitalismo sobre la Rusia actual? La restauración del capitalismo no ha supuesto ningún beneficio para los pueblos de la antigua URSS. El regreso al capitalismo ha traído miseria y aplastante mayoría de la población. Ha provocado el resurgimiento de características más repugnantes y degeneradas del pasado bárbaro de la sociedad e ignorancia, superstición y pornografía, la Iglesia Ortodoxa, el antisemitismo y el fascismo de las Centurias Negras. Junto al colapso del servicio sanitario, tenemos una epidemia sin precedentes de enfermedades, alcoholismo, drogas y sida. Como pronosticó Trotsky, el regreso al capitalismo en la Unión Soviética ha provocado un declive sin precedentes de las fuerzas productivas. Sus efectos en todas las esferas de la ciencia, la música y la cultura en general han sido catastróficos.

En lugar del monstruoso régimen corrupto de la burocracia estalinista tenemos el aún más monstruoso y corrupto régimen de Putin. En vano, los señores burgueses de occidente retuercen sus manos y se quejan. Trabajaron duro por la restauración del capitalismo en Rusia y con la ayuda incautada de la burocracia, consiguieron lo que querían. Pero este es el único tipo de capitalismo que el pueblo de Rusia puede esperar.

La existencia de enormes reservas de gas y petróleo, la demanda de materias primas rusas, han creado el actual boom económico inestable que ha dado al régimen una apariencia temporal de consistencia. Pero debajo de esta superficie se está acumulando un tremendo descontento. Se están creando condiciones para una explosión tras otra.

Si en Rusia hubiera existido un partido bolchevique verdaderamente revolucionario, incluso con los 8.000 militantes que el partido tenía en marzo, la crisis del régimen rápidamente podría haber llevado al derrocamiento de la burocracia decapitada burguesa rusa y el regreso a un régimen de democracia socialista.

leninista a un nivel superior que en 1917. Pero décadas de totalitarismo leninista destruyeron casi totalmente el legado del leninismo. El Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR) es un partido comunista sólo de nombre y ha demostrado su incapacidad orgánica de proporcionar una dirección revolucionaria.

La nueva generación de trabajadores rusos necesitará tiempo para recuperar su fuerza y volver a descubrir el camino de la revolución socialista sólo se puede conseguir regresando a las ideas, programa y tradiciones del leninismo-leninismo. Redescubrirán las ideas verdaderas y profundas de Lenin y, sobre todo, de su fiel compañero de armas, el defensor infatigable de las ideas de Octubre, ese gran marxista, revolucionario y mártir de la clase obrera, Leon Davidovich Trotsky.

Alan Woods

Historia de la Revoluci n Rusa

VOLUMEN I

Le n Trotsky

Prólogo

En los dos primeros meses del año 1917 reinaba todavía en Rusia la dinastía de los Romanov. Ocho meses después estaban ya en el trono los bolcheviques, un partido ignorado por casi todo el mundo a principios de año y cuyos miembros en el momento mismo de subir al poder, se hallaban ya acusados de alta traición. La historia no registra otro cambio de frente tan radical, sobre todo en un país que cuenta que estamos ante una nación de ciento cincuenta millones de habitantes. Es evidente que los acontecimientos de 1917, sea cual fuere el resultado que merezcan, son dignos de ser investigados.

La historia de la revolución, como toda historia, debe, ante todo, contar los hechos y su desarrollo. Mas esto no basta. Es menester que del relato se desprenda con claridad por qué las cosas sucedieron de ese modo y no de otro. Los sucesos históricos no pueden considerarse como una cadena de aventuras ocurridas al azar ni engarzarse en el hilo de una moral preestablecida, sino que deben someterse al criterio de las leyes que rigen el mundo. El autor del presente libro entiende que su misión consiste precisamente en descubrir a la luz esas leyes.

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la participación directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la historia y corre a cargo de los especialistas de este oficio: los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insostenible para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su curso objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por lo tanto, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno y de sus propios destinos.

Cuando en una sociedad estalla la revolución, luchan unas clases contra otras, y, sin embargo, es de una innegable evidencia que las modificaciones se hacen por las bases económicas de la sociedad y el sustrato social de las instituciones de que comienza hasta que acaba no bastan, ni mucho menos, para explicar el curso de una revolución que en unos pocos meses derriba instituciones y crea otras nuevas, para volver en seguida a derrumbarlas.

ca de los acontecimientos revolucionarios se halla directamente informada por los rápidos y violentos cambios que sufre la psicología de las masas antes de la revolución.

La sociedad no cambia nunca sus instituciones a medida que lo necesita, como un operario cambia sus herramientas. Por el contrario, acepta típicamente como algo definitivo las instituciones a que se encuentra sujeta. Pasan largos años durante los cuales la obra crítica de la oposición más que una válvula de seguridad para dar salida al descontento de las masas y una condición que garantiza la estabilidad del régimen social dominante es, por ejemplo, la significación que tiene hoy la oposición social en ciertos países. Han de sobrevenir condiciones completamente excepcionales, independientes de la voluntad de los hombres o de los partidos, para arrancar al descontento las cadenas del conservadurismo y llevar a las masas a la insurrección.

Por tanto, esos cambios rápidos que experimentan las ideas y el espíritu de las masas en las épocas revolucionarias no son producto de la elasticidad y movilidad de la psiquis humana, sino al revés, de su conservadurismo. El rezagamiento crítico en que se hallan las ideas y relaciones humanas con respecto a las nuevas condiciones objetivas, hasta el momento mismo en que éstas se desploman catastróficamente, por decirlo así, sobre los hombres, es lo que en los períodos revolucionarios engendra ese movimiento exaltado de las ideas y las pasiones que a las mentalidades policacas le produce el fruto puro y simple de la actuación de los demagogos. Las masas no se lanzan a la revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad actual. Si el sector dirigente de cada clase tiene un programa político, pero que, sin embargo, necesita todavía ser sometido a la prueba de los acontecimientos y a la aprobación de las masas. El proceso político fundamental de la revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social en que las masas se orientan de un modo determinado por el método de las aproximaciones sucesivas. Las distintas etapas del proceso revolucionario, consolidadas por el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirido por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Entonces comienza la reacción: decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, difusión del indiferentismo y consiguiente pérdida de las posiciones adquiridas por las fuerzas contrarrevolucionarias. Tal es, al menos, el esquema de las revoluciones tradicionales.

Si estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se quisiera comprender el papel de los partidos y los caudillos que en modo alguno se puede negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante, en el proceso. Sin una organización dirigente, la energía de las masas se desperdicia, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el

Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estos cambios experimentados por la conciencia de las masas en pocas de tiempo. Las clases oprimidas crean la historia en las fábricas, en los campos, en las calles de la ciudad. Más no acostumbran a ponerle precio. Los períodos de tensión máxima de las pasiones sociales dejan poco margen para la contemplación y el relato. Mientras dura la tormenta, todas las musas, incluso esa musa plebeya del periodismo, -tan robusta y sana mal. A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada. Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desordenados. Pero, puestos a la luz de los acontecimientos, estos testimonios parciales permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico. Mal o bien, los partidos revolucionarios fundan su teoría y su práctica de los cambios experimentados por la conciencia de las masas. La senda histórica del bolchevismo demuestra que esta observación, al menos en sus rasgos más salientes, es perfectamente factible. ¿Por qué lo que el revolucionario en el torbellino de la lucha no ha de serlo también teóricamente al historiador?

Sin embargo, los procesos que se desarrollan en la conciencia de las masas no son nunca autónomos ni independientes. Pese a los idealistas eclécticos, la conciencia se halla determinada por la existencia. Los hechos sobre los que surgen la Revolución de Febrero y su suplantación por el estalinismo tienen necesariamente que estar informados por las condiciones en que se formó Rusia, por su economía, sus clases, su Estado, y las influencias ejercidas sobre ella por otros países. Y cuanto más enigmático parezca el hecho de que un país atrasado fuera el primero en exaltar al proletariado, más tenemos que buscar la explicación de este hecho en las características de ese país, o sea en lo que le diferencia de los demás.

En los primeros capítulos del presente libro esbozamos rápidamente la evolución de la sociedad rusa y de sus fuerzas intrínsecas, acusando en su modo las peculiaridades históricas de Rusia y su peso específico. Con el fin de que el esquematismo de esas páginas no asustará al lector. Más adelante, conforme siga leyendo, verá a esas mismas fuerzas sociales vivir y actuar.

Este trabajo no está basado precisamente en los recuerdos personales de su autor. El hecho de que éste participara en los acontecimientos no le impide el deber de basar su estudio en documentos rigurosamente comprobados. El autor habla de sí mismo allí donde la marcha de los acontecimientos le obliga a hacerlo, pero siempre en tercera persona. Y no por razones de estilo, sino porque el tono subjetivo que en las autobiografías y en las memorias es inevitable es inadmisiblemente en un trabajo de índole histórica.

Sin embargo, la circunstancia de haber intervenido personalmente en la lucha permite al autor, naturalmente, penetrar mejor, no sólo en la vida de las fuerzas actuantes, las individuales y las colectivas, sino también en la concatenación interna de los acontecimientos. Mas para que esta ventaja produzca resultados positivos, precisa observar una condición, a saber: no fiarse

tos de propia memoria, y esto no sólo en los detalles, sino también en respecta a los motivos y a los estados de espíritu. El autor cree haber cumplido este requisito en cuanto de él dependa.

Todavía hemos de decir dos palabras acerca de la posición política del autor, que en función de historiador, sigue adoptando el mismo punto de vista que adoptaba en función de militante ante los acontecimientos que relata. El autor no está obligado, naturalmente, a compartir las opiniones políticas de los protagonistas que éste, por su parte, no tiene tampoco por qué ocultar. Pero si tiene el deber de exigir de un trabajo histórico que no sea precisamente la apología de una posición política determinada, sino una exposición, internamente razonada, del proceso real y verdadero de la revolución. Un trabajo histórico sólo cumple su deber con su misión cuando en sus páginas los acontecimientos se desarrollan con toda su forzosa naturalidad.

¿Mas tiene esto algo que ver con la que llaman imparcialidad histórica? Nadie nos ha explicado todavía claramente en qué consiste esa imparcialidad. El tan citado dicho de Clemenceau de que las revoluciones hay que amarlas o desecharlas en bloques, en el mejor de los casos, un ingenioso refugio: ¿cómo es posible abrazar o repudiar como un todo orgánico algo que tiene su esencia en la escisión? Ese aforismo se lo dicta a Clemenceau por una parte, la perplejidad producida en éste por el excesivo arrojo de los antepasados, y, por otra, la confusión en que se halla el descendiente con sus sombras.

Uno de los historiadores reaccionarios, y, por tanto, más de moda en Francia contemporánea, L. Madelein, que ha calumniado con palabras tan fuertes a la Gran Revolución, que vale tanto como decir a la progenitora de la nación francesa, afirma que el historiador debe colocarse en lo alto de las murallas de la ciudad sitiada, abrazando con su mirada a sitiados y sitiadores, según él, la única manera de conseguir una justicia conmutativa. Sin embargo, los trabajos de este historiador demuestran que si él se subió a las murallas que separan a los dos bandos, fue, pura y simplemente, para servir de espía a la reacción. Y menos mal que en este caso se trata de murallas pasadas, pues en épocas de revolución es un poco peligroso asomarse sobre las murallas. Claro está que, en los momentos peligrosos, los sacerdotes de la justicia conmutativa suelen quedarse sentados en casa esperando a ver de qué parte se inclina la victoria.

El lector serio y dotado de espíritu crítico no necesita de esa so-called imparcialidad que le brinda la copa de la conciliación llena de posos de la reacción, sino de la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados, apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías disfrazadas, a la contrastación de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen. Ésta es la única objetividad histórica que cabe, y basta, pues se halla contrastada y confirmada, no por las buenas intenciones del historiador de que él mismo responde, sino por las leyes que rigen el proceso histórico y que él se limita a revelar.

Para escribir este libro nos han servido de fuentes numerosas p^unes peri^dicas, diarios y revistas, memorias, actas y otros materia^lmanuscritos y, principalmente, los trabajos editados por el Institu^ttoria de la Revoluci^on en Moscú y Leningrado. Nos ha parecido super^ocar en el texto las diversas fuentes, ya que con ello no har^áamos m^ultorbar la lectura. Entre las antolog^ías de trabajos hist^oricos hemo^s muy en particular los dos tomos ^{Apuntes para la Historia de la Revoluci^on de Octubre (Moscú-Leningrado, 1927).} Escritos por distintos autores trabajos monogr^áficos que forman estos dos tomos no tienen todos el valor, pero contienen, desde luego, abundante material de hechos.

Cronol^ogicamente nos guiamos en todas las fechas por el viejo ca^lrezagado en trece fechas, como se sabe, respecto al que reg^ía en el mundo y hoy rige tambi^én en los s^uviets. El autor no ten^ía m^ás reme^matearse al calendario que estaba en vigor durante la revoluci^on. Ni^o jo ^{habiera} costado, naturalmente, trasponer las fechas seg^un el c^om^uderno. Pero esta operaci^on, eliminando unas dificultades, habr^áa cr^ode m^ás monta. El derrumbamiento de la monarqu^ía pas^óa la historia nombre de Revoluci^on de Febrero. Sin embargo, computando la fecha p^olendaro occidental, ocurri^ó en marzo. La manifestaci^on armada que z^ó contra la pol^ítica imperialista del Gobierno Provisional figura el nombre de Jornadas de Abril, siendo as^í que, seg^un el c^omputo eu^{ro}volugar en mayo. Sin detenernos en otros acontecimientos y fechas i^odios, haremos notar, finalmente, que la Revoluci^on de Octubre se pr^og^uen el calendario europeo, en noviembre. Como vemos, ni el propio c^ose puede librar del sello que estampan en Øl los acontecimientos de y al historiador no le es dado corregir las fechas hist^oricas con a^lples operaciones aritm^oticas. Tenga en cuenta el lector que antes d^e el calendario bizantino, la revoluci^on hubo de derrocar las institu^tse aferraban.

Le ñ Trotsky
Prinkipo

I. Las características del desarrollo de Rusia

El rasgo fundamental y más constante de la historia de Rusia es el rezagado de su desarrollo, con el atraso económico, el primitivismo de las relaciones sociales y el bajo nivel de cultura que son su obligada consecuencia.

La población de aquellas estepas gigantescas, abiertas a los vientos del Oriente y a los invasores asiáticos, nació condenada por su propia naturaleza a un gran rezagamiento. La lucha con los pueblos nomádicos fue tan larga hasta fines del siglo XVII. La lucha con los vientos que arrastraban el invierno los hielos y en verano la sequía aún se sigue librando hoy en día. La agricultura base de todo el desarrollo del país progresaba de un modo muy lento e intensivo: en el norte eran talados y quemados los bosques, -en el sur eran desmenuzadas las estepas vírgenes. Rusia fue tomando posesión de la naturaleza por su profundidad, sino en extensión.

Mientras que los pueblos bárbaros de Occidente se instalaban sobre las ruinas de la cultura romana, muchas de cuyas viejas piedras pudieron servir como material de construcción, los eslavos de Oriente se encontraron en las inhóspitas latitudes de la estepa huérfanos de toda herencia: ellos mismos vivían en un nivel todavía más bajo que el suyo. Los pueblos de Occidente, encerrados en seguida dentro de sus fronteras naturales, desarrollaron los núcleos económicos y de cultura de las sociedades industriales. En el desierto de la llanura oriental, tan pronto vio asomar los primeros siglos de la era cristiana, penetró en los bosques o se fue a las estepas. En Occidente, los pequeños emprendedores y de mayor iniciativa de la población campesina se convirtieron a la ciudad, se convirtieron en artesanos, en comerciantes. Algunos elementos activos y audaces de Oriente se dedicaron también al comercio, pero la mayoría se convirtieron en cosacos, en colonizadores.

El proceso de diferenciación social tan intensivo en Occidente, se ve aquí contenido y esfumado por el proceso de expansión. - El zar demócrata, aunque cristiano, reina sobre gente de inteligencia perezosa. El zar de Vico, contemporáneo de Pedro I. Aquella inteligencia perezosa de las élites reflejaba la lentitud del ritmo económico, la vaguedad informada de las relaciones de clase, la indigencia de la historia interior.

Las antiguas civilizaciones de Egipto, India y la China tenían condiciones propias que se bastaban a sí mismas y disponían de tiempo suficiente para llevar sus relaciones sociales, a pesar del bajo nivel de sus fu-

tivas, casi hasta esa misma minuciosa perfección que daban a sus productos los artesanos de dichos países. Rusia se hallaba enclavada entre Europa y Asia, no sólo geográficamente, sino también desde un punto de vista sociohistórico. Se diferenciaba en la Europa occidental, sin confundirse con el Oriente asiático, aunque se acercase a uno u otro continente en distintos momentos de su historia, en uno u otro respecto. El Oriente el yugo tártaro, elemento importantísimo en la formación y estructura del Estado ruso. El Occidente era un enemigo mucho más temible pero al mismo tiempo un maestro. Rusia no podía asimilarse a las formas de Oriente, pelida como se hallaba a plegarse constantemente a la presión económica y militar de Occidente.

La existencia en Rusia de un régimen feudal, negada por los historiadores tradicionales, puede considerarse hoy indiscutiblemente demostrada por las modernas investigaciones. Es más: los elementos fundamentales del feudalismo ruso eran los mismos que los de Occidente. Pero el solo hecho de que existiera en Rusia de una época feudal haya tenido que demostrarse mediante largas polémicas científicas, es ya claro indicio del carácter imperioso del feudalismo ruso, de sus formas indefinidas, de la pobreza de sus monumentos culturales.

Los países atrasados se asimilan las conquistas materiales e ideológicas de las naciones avanzadas. Pero esto no significa que sigan a estas últimas servilmente, reproduciendo todas las etapas de su pasado. La teoría de la sucesión de los ciclos históricos procedente de Vico y sus secuaces ya en la observación de los ciclos de las viejas culturas precapitalistas. En parte también, en las primeras experiencias del capitalismo. El carácter vincial y episódico de todo el proceso hacia que, efectivamente, se repitan hasta cierto punto las distintas fases de cultura en los nuevos núcleos. Sin embargo, el capitalismo implica la superación de estas condiciones. El capitalismo prepara y, hasta cierto punto, realiza la universalidad de la cultura en la evolución de la humanidad. Con esto se excluye ya la posibilidad de que se repitan las formas evolutivas en las distintas naciones. Obliguados a seguir a los países avanzados, el país atrasado no se ajusta en su desarrollo a la concatenación de las etapas sucesivas. El privilegio de los países adelantadamente rezagados que lo es realmente está en poder asimilarse las conquistas o, mejor dicho, en obligarse a asimilarse antes del plazo previsto, saltando por alto toda una serie de etapas intermedias. Los salvajes pasaron de la flecha al fusil de golpe, sin recorrer la senda que separa en el pasado las armas. Los colonizadores europeos de América no tuvieron necesidad de volver a empezar la historia por el principio. Si Alemania o los Estados Unidos no dieron lugar a Inglaterra económicamente fue, precisamente, porque ambos países venían rezagados en la marcha del capitalismo. Y la anarquía conservadora que hoy reina en la industria hullera británica y en la mentalidad de MacDonal y de sus amigos es la venganza por ese pasado en que Inglaterra sometió más tiempo del debido empujando el cetro de la hegemonía.

n a capitalista. El desarrollo de una nación históricamente atrasada, zosamente, que se confundan en ella, de una manera característica, las fases del proceso histórico. Aquí el ciclo presenta, enfocado en un carácter confuso, embrollado, mixto.

Claro está que la posibilidad de pasar por alto las fases intermedias nunca absoluta se halla siempre condicionada en última instancia por la capacidad de asimilación económica y cultural del país. Además, los países rebajan siempre el valor de las conquistas tomadas del extranjero para adaptarlas a su cultura más primitiva. De este modo, el proceso de asimilación adquiere un carácter contradictorio. Así por ejemplo, la introducción de los elementos de la técnica occidental, sobre todo la militar y manufacturera de Pedro I se tradujo en la agravación del régimen servil como forma fundamental de la organización del trabajo. El armamento y los empréstitos europeos, productos, indudablemente, de una cultura más elevada determinaron el robustecimiento del zarismo, que, a su vez, se interpuso como obstáculo ante el desarrollo del país.

Las leyes de la historia no tienen nada de común con el esquemático aristotélico. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad que la patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por esas necesidades materiales, los países atrasados se ven obligados a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual de la cultura material, que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos ~~desarrollo~~ ~~ley del~~ ~~desarrollo~~ ~~ley del~~ binado aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino, resulta una confusión de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Acudir a esta ley, enfocada, naturalmente, en la integridad de su contenido, ser a imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún país de avance cultural rezagado, cualquiera que sea su grado.

Bajo la presión de Europa, más rica, el Estado ruso absorbió una proporción mucho mayor de la riqueza nacional que los Estados occidentales, con lo cual no sólo condenaba a las masas del pueblo a una doble miseria, sino que atentaba también contra las bases de las clases pudientes. Por otro lado, necesitado del apoyo de estas últimas, forzaba y reglamentaba su formación. Resultado de esto era que las clases privilegiadas, que se iban burocratizando, no podían llegar a desarrollarse nunca en toda su plenitud, razón por la cual el Estado iba acercándose cada vez más al despotismo autocrático.

La autocracia bizantina, adoptada oficialmente por los zares moscovitas desde principios del siglo XVI, dio origen a los boyardos feudales con los que la nobleza y sometida a ésta a su voluntad, entregó a los campesinos sus siervos para erigirse sobre estas bases en el absolutismo imperial ruso. Para comprender el retraso con que se desarrolla este proceso basta decir que la servidumbre de la gleba, que surge en el transcurso del siglo XVI, se perfecciona en el XVII y florece en el XVIII, para no alcanzar su plenitud hasta el siglo XIX.

camente hasta 1861.

El clero desempeña, después de la nobleza, un papel bastante importante, pero completamente mediatizado, en el proceso de formación de la autocracia zarista. La Iglesia no se remonta nunca en Rusia a las alturas que llega a ocupar en el Occidente católico, y se contenta con llenar funciones de servidora espiritual cerca de la autocracia, apuntándose esto a un mérito de su humildad. Los patriarcas cambiaban al cambiar los zares: el período petersburgués, la sujeción de la Iglesia al Estado se hizo servil. Los doscientos mil curas y frailes integraban en el fondo la burocracia, eran una especie de cuerpo policiaco de la fe: en justa reciprocidad la policía secular amparaba el monopolio del clero ortodoxo en materia de protección a sus tierras y sus rentas.

La eslavofilia, este mesianismo del atraso, razonaba su filosofía a que el pueblo ruso y su Iglesia eran fundamentalmente democráticos, en tanto que la Rusia oficial no era otra cosa que la burocracia alemana implantada por Pedro el Grande. Marx observaba, a este propósito: Exactamente lo mismo que los asnos teutónicos desplazaron el despotismo de Federico II, los franceses, como si los esclavos atrasados no necesitaran siempre otros pueblos civilizados para amaestrarlos. Esta breve observación refleja perfectamente no sólo la vieja filosofía de los eslavófilos, sino también el evanescente optimismo de los racistas.

La indigencia del feudalismo ruso y de toda la historia rusa antigua daba su más triste expresión en la ausencia de auténticas ciudades medievales como centros de artesanía, de comercio. En Rusia el artesanado no tuvo tiempo de desligarse por entero de la agricultura y conservó siempre el contacto con el trabajo a domicilio. Las viejas ciudades rusas eran centros comerciales administrativos, militares y de la nobleza — centros, por consiguiente, consumidores y no productores. La misma ciudad de Novgorod, tan cercana a la Hansa como para no llegar a conocer el yugo tártaro, era una ciudad comercial sin industria. El hecho es que la dispersión de los oficios campesinos, repartidos por las vastas comarcas, creaba la necesidad de una red comercial extensa. Pero los nobles y los burgueses no podían ocupar, en modo alguno, el puesto que en Occidente ocupaba la pequeña y media burguesía de los gremios de artesanos en el comercio y la industria, indisolublemente unida a su periferia campesina. Más tarde, las principales vías de comunicación del comercio ruso conducían al extranjero, asegurando así al capital extranjero, desde los tiempos más antiguos, una posición dominante y dando un carácter semicolonial a todas las operaciones comerciales, en que el comerciante ruso quedaba reducido al papel de intermediario entre las ciudades occidentales y la aldea rusa. Este género de relaciones experimentó un cierto avance en la época del capitalismo ruso y alcanzó su apogeo y suprema expresión en la guerra imperialista.

La insignificancia de las ciudades rusas, que es lo que más contribuyó a formar en Rusia el tipo de Estado asiático, excluía, en particular, la posibilidad de un movimiento de Reforma encaminada a sustituir la Iglesia ortodoxa

crático-feudal por una variante cualquiera moderna del cristianismo las necesidades de la sociedad burguesa. La lucha contra la Iglesia no trascendía de los estrechos límites de las sectas campesinas, si más poderosa de todas, el cisma de los creyentes viejos.

Quince años antes de que estallase la gran Revolución francesa surgieron en Rusia el movimiento de los cosacos, labriegos y obreros sobre los montes Urales, acaudillado por Pugachev. ¿Qué le faltaba a aquella sublevación popular para convertirse en verdadera revolución? Le faltaba el estado. Sin la democracia industrial de las ciudades, era imposible que la revolución campesina se transformase en revolución, del mismo modo que las aldeanas no podían llevar a cabo una Reforma. Lejos de provocar una revolución, el alzamiento de Pugachev sirvió para consolidar el absolutismo como servidor fiel de los intereses de la nobleza, y volvió a ser eficaz en una hora difícil.

La europeización del país, que comenzó formalmente bajo Pedro el Grande, fue convirtiéndose cada vez más, en el transcurso del siglo XVIII, en una necesidad de la propia clase gobernante, es decir, de la nobleza. La intelectualidad aristocrática, dando expresión política a esta necesidad, lanzó a una conspiración militar, con el fin de poner freno a la autocracia por el desarrollo de la burguesía europea, la nobleza avanzaba, de este modo, a suplir la ausencia del tercer estado. Pero no sólo a pesar de todo, a renunciar a sus privilegios de casta aspiraba a pasar al régimen liberal por el que luchaba por eso, lo que más temía era que se levantaran los campesinos. No tiene nada de extraño que aquella revolución no pasara de ser la hazaña de unos cuantos oficiales brillantes y valerosos, que sucumbieron casi sin lucha. Ese sentido tuvo la sublevación de los decembristas.

Los terratenientes que poseían fábricas fueron los primeros de su clase que se inclinaron hacia la sustitución del trabajo servil por el asalariado. Otro de los factores que impulsaban esta medida era la exportación, cada vez mayor, de cereales rusos al extranjero. En 1861, la burocracia noble se inclinó hacia los terratenientes liberales, implanta la reforma campesina. El liberalismo burgués, reducido a su papel de comparsa, no tuvo más remedio que contemplar el cambio pasivamente. No hace falta decir que el zarismo no podía resolver el problema fundamental de Rusia, esto es, la cuestión agraria, de la que dependía su supervivencia. Así como la monarquía prusiana había de recurrir a la vuelta de pocos años, el problema capital de Alemania: su unificación. La solución de los problemas que incumben a una clase por obra de otra, depende de las combinaciones a que aludamos, propias de los países atrasados.

Pero donde se revela de un modo más indiscutible la ley del desarrollo es en la historia y el carácter de la industria rusa. Nacida en un momento de la evolución de los países avanzados, sino que se incorpora a éstos, cuando a su atraso propio las conquistas más modernas. Si la evolución general de Rusia saltó sobre los períodos del artesanado gremial y

factura, algunas ramas de su industria pasaron por alto toda una serie de etapas técnico-industriales que en Occidente llenaron varias décadas. Gracias a esto la industria rusa pudo desarrollarse en algunos momentos con una rapidez extraordinaria. Entre la revolución de 1905 y la guerra, Rusia dobló, aproximadamente, su producción industrial. A algunos historiadores rusos esto les da una razón bastante concluyente para deducir que hay que abandonar la idea del atraso y del progreso lento. En favor de la posibilidad de un tan rápido progreso se hallaba condicionada precisamente por el atraso del país, que esto lo persiste hasta el momento de la liquidación de la vieja Rusia, sino que perdura como herencia de ese pasado hasta el día de hoy.

El término fundamental para medir el nivel económico de una nación es el rendimiento del trabajo, que, a su vez, depende del peso específico de la industria en la economía general del país. En vísperas de la guerra, cuando Rusia zarista había alcanzado el punto culminante de su bienestar, la cuota de riqueza nacional que correspondía a cada habitante era ocho veces inferior a la de los Estados Unidos, lo cual no tiene nada de sorprendente si se tiene en cuenta que las cuatro quintas partes de la población de Rusia se concentraban en la agricultura, mientras que en los Estados Unidos por cada persona ocupada en las labores agrícolas había 2,5 obreros industriales. Así, véase a esto que en vísperas de la guerra Rusia tenía 0,4 kilonewtonas fòrreas por cada 100 kilómetros cuadrados, mientras que en Alemania la proporción era de 1,7 y de 7 en Austria-Hungría, y por el estilo, todos los demás coeficientes comparativos que pudiéramos mencionar.

Como ya hemos dicho, es precisamente en el campo de la economía donde se manifiesta con su máximo relieve la ley del desarrollo combinado: mientras que hasta el momento mismo de estallar la revolución, la agricultura se mantenía, con pequeñas excepciones, casi en el mismo nivel del siglo XIX, la industria, en lo que a su técnica y a su estructura capitalista se refería, pasaba al nivel de los países más avanzados, y, en algunos respectos, lo adelantaba. En el año 1914 las pequeñas industrias con menos de cien obreros presentaban en los Estados Unidos un 35% del censo total de obreros industriales, mientras que en Rusia este porcentaje era tan sólo del 17,8%. La mediana y la gran industria, con una norma de cien a mil obreros, representaba un peso específico aproximadamente igual a los centros fabriles gigantes que daban empleo a más de mil obreros cada uno y que en los Estados Unidos sumaban el 17,8% del censo total de la población obrera, en Rusia representaban el 41,4%. En las regiones industriales más importantes este porcentaje era todavía más elevado: en la zona de Petrogrado era de 44,5% y en la de Moscú, de 57,3%. A idénticos resultados llegamos comparando la industria rusa con la inglesa o alemana. Este hecho, que nosotros fuimos los primeros en registrar en el año 1908, se aviene mal con la idea que vulgamente

1. Esta afirmación procede del profesor M. N. Prokovski. Véase apéndice 1. [L. T.]

se tiene del atraso económico de Rusia. Y, sin embargo, no excluye eso, sino que lo complementa dialécticamente.

También la fusión del capital industrial con el bancario se efectuó en proporciones que tal vez no haya conocido ningún otro país. La intermediación de la industria por los bancos equivalía a su intermediación en el mercado financiero de la Europa occidental. La industria pesada (metales, petróleo) se hallaba sometida casi por entero al control del comercio internacional, que se había creado una red auxiliar y mediadora de bancos en Rusia. La industria ligera siguió las mismas huellas. En términos generales, cerca del 40% del capital accionario invertido en Rusia pertenecía a extranjeros, y la proporción era considerablemente mayor en las ramas principales de la industria. Sin exageración, puede decirse que los paquetes de acciones que controlaban los principales bancos, empresas y fábricas estaban en manos de extranjeros, debiendo advertirse que la participación de los capitales de Inglaterra, Francia y Bélgica representaba casi el 50% de Alemania.

Las condiciones originarias de la industria rusa y de su estructura determinaron el carácter social de la burguesía de Rusia y su fisonomía política. La intensa concentración industrial suponía, ya de suyo, que entre las aristocracias capitalistas y las masas del pueblo no hubiese sitio para una jerarquía de clases intermedias. Además de esto que los propietarios de las más importantes empresas industriales, bancarias y de transportes eran extranjeros que percibían los beneficios obtenidos en Rusia y su influencia política en los países extranjeros, razón por la cual no sólo no les interesaba fomentar la democracia parlamentaria rusa, sino que muchas veces le hacían frente: baste recordar el vergonzoso papel que desempeñaba en Rusia la Francia oficial. Tal fue una de las causas elementales e insuperables del aislamiento político y del atraso de la burguesía rusa. Y si ésta, en los albores de su historia, alcanzó el grado necesario de madurez para acometer la reforma del sistema cuando las circunstancias le depararon la ocasión de ponerse al frente de la revolución demostró que llegaba ya tarde.

En consonancia con el desarrollo general del país, la base sobre la que se formó la clase obrera rusa no fue el artesanado gremial, sino la aldea; no fue la ciudad, sino el campo. Además, el proletariado de Rusia se formó paulatinamente a lo largo de los siglos, arrastrando tras de sí el peso del pasado, como en Inglaterra, sino a saltos, por una transformación brusca de las condiciones de vida, de las relaciones sociales, rompiendo con el ayer. Esto fue, precisamente, lo que, unido al yugo colonial del zarismo, hizo que los obreros rusos se asimilaran las conclusiones avanzadas del pensamiento revolucionario, del mismo modo que la industria rusa, llegada al mundo con retraso, se asimiló las últimas conquistas de la organización capitalista.

El proletariado ruso tornaba a reproducir, una y otra vez, la base de sus orígenes. Al tiempo que en la industria metalúrgica, sobre todo

trogrado, cristalizaba y surgía una categoría de proletarios depurados, bastante rota completamente con la aldea, en los Urales seguía predominando el tipo obrero de semiproletario, semicampesino. La afluencia de nuevas masas de mano de obra del campo a las regiones industriales renovaba todos los lazos que unían al proletariado con su cantera social.

La incapacidad de acción política de la burguesía se hallaba directamente informada por el carácter de sus relaciones con el proletariado y la campesina. La burguesía no podía arrastrar consigo a los obreros a quienes de todos los días enfrentaba con ella y que, además, aprendieron enseguida a generalizar sus problemas. Y la misma incapacidad demostraba para acercarse a los campesinos, atada como estaba a los terratenientes por unos intereses comunes y temerosa de que el régimen de propiedad, en cualquiera de sus formas, se viniese a tierra. El retraso de la revolución rusa no era, como se ve, un problema de cronología, sino que afectaba también a la estructura social del país.

Inglaterra hizo su revolución puritana en una época en que su población total no pasaba de los cinco millones y medio de habitantes, de los cuales el medio millón correspondía a Londres. En la época de la Revolución francesa no contaba tampoco con más de medio millón de almas de los veinticinco millones que formaban el censo total del país. A principios del siglo XX Rusia tenía ya ciento cincuenta millones de habitantes, más de tres millones de los cuales se concentraban en Petrogrado y Moscú. Detrás de estas cifras comparativas existen grandes diferencias sociales. La Inglaterra del siglo XVII, como la del siglo XVIII, no conocían aún el proletariado moderno. En cambio, en la clase obrera contaba, en 1905, incluyendo la ciudad y el campo, no sólo diez millones de almas, que, con sus familias, venían a representar veinticinco millones de almas, cifra que superaba la de la población total de Francia en la época de la Gran Revolución. Desde los artesanos acomodados hasta los campesinos independientes que formaban en el ejército de Cromwell y los proletarios industriales de Petrogrado, pasando por los campesinos pobres y los obreros, la revolución hubo de modificar profundamente su mecánica social, sus métodos, y con éstos también, naturalmente, sus fines.

Los acontecimientos de 1905 fueron el prólogo de las dos revoluciones de 1917: la de Febrero y la de Octubre. El prólogo contenía ya todos los elementos del drama, aunque éstos no se desarrollasen hasta el fin. La guerra japonesa hizo tambalearse al zarismo. La burguesía liberal se valió del apoyo de las masas para infundir un poco de miedo desde la oposición a la monarquía. Pero los obreros se emanciparon de la burguesía, organizándose aparte de ella y frente a ella en los soviets, creados entonces por vez primera. Los campesinos se levantaron, al grito de «¡tierra!», en toda la gigantesca extensión del país. Los elementos revolucionarios del ejército se sentían a veces tanto como los campesinos, por los soviets, que, en el momento del estallido de la revolución, disputaron abiertamente el poder a la monarquía. Fue entonces cuando actuaron por primera vez en la historia de Rusia todas las fuer-

volucionarias: carecían de experiencia y les faltaba la confianza en sí mismos. Los liberales retrocedieron ostentosamente ante la revolución en el momento en que se demostraba que no bastaba con hostilizar al zarismo, era preciso derribarlo. La brusca ruptura de la burguesía con el pueblo que ya entonces se desprendiese de aquella una parte considerable de la intelectualidad democrática, facilitó a la monarquía la obra de selección del ejército, le permitió seleccionar las fuerzas fieles al régimen sangrienta represión contra los obreros y campesinos. Y, aunque con costillas rotas, el zarismo salió vivo y relativamente fuerte de la 1905.

¿Qué alteraciones introdujo en el panorama de las fuerzas sociales el desarrollo histórico que llena los once años que median entre el primer y el segundo período? Durante este período se acentúa todavía más la contradicción entre el zarismo y las exigencias de la historia. La burguesía se fortalece económicamente, pero ya hemos visto que su fuerza se basaba en la intensa concentración de la industria y en la importancia creciente del capital extranjero. Por las enseñanzas de 1905, la burguesía se hizo aún más conservadora y más tímida. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y la media, que ya antes era insignificante, disminuyó aún más. La intelectualidad democrática no disponía del menor punto consistente de apoyo social. No gozaba de una influencia política transitoria, pero nunca desempeñó un papel propio: se hallaba cada vez más mediatizada por el liberalismo burgués. En estas condiciones no había más que un partido que pudiera brindar un programa, una bandera y una dirección a los campesinos: el proletariado. La revolución grandiosa que le estaba reservada engendraría la necesidad inaplazable de una organización revolucionaria propia, capaz de reclutar a las masas y ponerlas al servicio de la revolución, bajo la iniciativa de un partido. Fue como los soviets de 1905 tomaron en 1917 un gigantesco desarrollo. Los soviets dicho sea de paso no son, sencillamente, producto del desarrollo histórico de Rusia, sino fruto de la ley del desarrollo social combinada. La historia muestra por sí sola el hecho de que el proletariado del país más avanzado del mundo, Alemania, no hallase durante la marejada revolucionaria de 1918 una forma de organización que los soviets.

La Revolución de 1917 perseguía como fin inmediato el derrumbamiento de la monarquía burocrática. Pero, a diferencia de las revoluciones tradicionales, daba entrada en la acción, en calidad de fuerza decisiva, a una nueva clase, hija de los grandes centros industriales y equipados con una organización y nuevos métodos de lucha. La ley del desarrollo social combinado se nos presenta aquí en su expresión última: la revolución, que destruyera derrumbando toda la podredumbre medieval, a la vuelta de pocos meses volvió al poder al proletariado acaudillado por el partido comunista.

El punto de partida de la revolución rusa fue la revolución democrática. Pero planteó en términos nuevos el problema de la democracia política. Después de los obreros llenaban el país de soviets, dando entrada en ello

dos y, en algunos sitios, a los campesinos, la burguesía se apegó a entretenerse en discutir si debía o no convocarse la Asamblea Constituyente. Conviene exponer los acontecimientos, veremos dibujarse esta cuestión de un modo perfectamente concreto. Por ahora queremos limitarnos a señalar el aspecto que corresponde a los soviets en la concatenación histórica de las formas revolucionarias.

La revolución burguesa de Inglaterra, planteada a mediados del siglo XVIII, se desarrolló bajo el manto de la Reforma religiosa. El súbdito luchando por su derecho a rezar con el devocionario que mejor le parecía, luchaba contra el rey, contra la aristocracia, contra los príncipes de la Iglesia, contra Roma. Los presbiterianos y los puritanos de Inglaterra estaban firmemente convencidos de que colocaban sus intereses terrenales bajo la protección de la providencia divina. Las aspiraciones por que luchaban las nuevas clases se confundían inseparablemente en sus conciencias con los preceptos de la Biblia y los ritos del culto religioso. Malos ejemplos del extranjero consiguieron al otro lado del océano esta tradición mezclada con sus ideas. A esto se debe la fuerza excepcional de resistencia de la interpretación sajona del cristianismo. Y todavía es hoy el día en que los ministros de la Gran Bretaña encubren su cobardía con aquellos mismos textos bíblicos en que los hombres del siglo XVII buscaban una justificación para su conducta.

En Francia, donde no prendió la Reforma, la Iglesia católica perduró como Iglesia del Estado hasta la revolución, que había de ir a buscar no los preceptos de la Biblia, sino a las abstracciones de la democracia, la expresión para los fines de la sociedad burguesa. Y por grande que sea el odio que los actuales directores de Francia sientan hacia el jacobinismo, es evidente que, gracias a la mano dura de Robespierre, pueden permitirse ellos hoy el lujo de seguir disfrazando su régimen conservador bajo fórmulas por medio de las cuales se hizo saltar en otro tiempo a la vieja sociedad.

Todas las grandes revoluciones han marcado a la sociedad burguesa una nueva etapa y nuevas formas de conciencia de sus clases. Del mismo modo que en Francia no prendió la Reforma, en Rusia no prendió tampoco la democracia formal. El partido revolucionario ruso a quien incumbió la misión de combatir tampoco su sello en toda una época, no acudió a buscar la expresión de los problemas de la revolución a la Biblia, ni a esa democracia pura que es más que el cristianismo secularizado, sino a las condiciones materiales de las clases que integran la sociedad. El sistema soviético dio a estas condiciones una expresión más sencilla, más diáfana y más franca. El régimen de los soviets se realiza por vez primera en la historia bajo los soviets que, cuando sean las vicisitudes históricas que les están reservadas, ha echado raíces tan profundas e indestructibles en la conciencia de las masas como, en otros tiempos, la Reforma o la democracia pura.

II. La Rusia zarista y la guerra

La intervenci3n de Rusia en la guerra era contradictoria por los mo- fines que perseguía. En el fondo, la sangrienta lucha entablada giraba no a la supremacía mundial. En este sentido, excedía de las fuerzas. Los objetivos de guerra de Østa (los estrechos turcos, Galitzia, etc.) eran un carácter provincial y sólo podían ser alcanzados de pasada, dada en que se armonizasen con los intereses de las potencias beligerantes.

Pero, al mismo tiempo, Rusia, como gran potencia que era, no podía permanecer al margen en aquellas disputas de los países capitalistas avanzados, del mismo modo que, en la época anterior, no había podido tenerse de introducir en sus países fábricas, ferrocarriles, fusiles de aeroplano. Los frecuentes debates entablados entre los historiadores de la moderna escuela acerca de si la Rusia zarista estaba o no madura para tomar parte en la política imperialista contemporánea, degeneran comúnmente en escolasticismo, pues enfocan a Rusia aisladamente, como factó suelto en la palestra internacional, cuando, en realidad, no era más que un labn de un sistema.

La India tomó parte en la guerra formalmente y de hecho como colonia de Inglaterra. La intervenci3n de China, aparentemente voluntaria y en realidad, la intervenci3n del esclavo en las reyertas de los señores. Rusia venía a ocupar un lugar intermedio entre la de Francia y la de Japón. Rusia pagaba en esta moneda el derecho a estar aliada con los progresivos, importar sus capitales y abonar intereses por los mismos. Pagaba, en el fondo, el derecho a ser una colonia privilegiada de sí misma, al propio tiempo que a ejercer su presi3n sobre Turquía, Persia, Gales, más débiles y atrasados que ella, y a saquearlos. En el fondo, el interés de la burguesía rusa, con su doble faz, no era más que un agente entre otras potencias mundiales más poderosas.

Los compradores chinos son el tipo clásico de una burguesía nacida creada sobre el papel de agente intermedio entre el capital financiero y la economía interior del país. En la jerarquía de los Estados Rusia ocupaba antes de la guerra un lugar considerablemente más alto que China. Problema aparte es ya saber el lugar que hubiera ocupado después de la guerra, suponiendo que no hubiese estallado la revolución. Sin embargo, la autocracia rusa, de una parte, y de otra la burguesía, presentaban

característicos marcados del tipo de los compradores : tanto una como vivían y se nutrían de los vínculos que les unían al imperialismo extranjero cuyo servicio estaban, y de no apoyarse en él, no hubiera podido tener pie. Y ya se vio que, a última hora, ni con este apoyo pudieron salir. La burguesía rusa semicompradora tenía intereses mundiales imperialistas de la misma forma que el agente que trabaja a comisión comparte los intereses de la empresa a quien sirve.

El instrumento de las guerras son los ejércitos. Y como en las mitades nacionales, el propio Ejército se considera siempre invencible, las clases obreras en Rusia no se ven obligadas a hacer una excepción para el ejército zarista. En realidad, éste no representaba una fuerza superior a más que los pueblos semibárbaros, los pequeños países limítrofes y los Estados en posición en la palestra europea, este ejército podía luchar coaligado con los demócratas. En el aspecto defensivo, su eficacia estaba en relación directa con la inmensa extensión del país, la densidad escasa de población y las malas comunicaciones. El ejército de los campesinos siervos de la gleba tuvo un uso: Suvarov. La Revolución Francesa, abriendo de par en par las puertas a una nueva sociedad y a una nueva estrategia, firmó la sentencia de muerte de los ejércitos suvorovianos.

La semiabolición del régimen servil y la implantación del servicio militar obligatorio modernizaron el ejército dentro de los mismos límites que antes es decir, llevaron a él todas las contradicciones de una nación que acababa de hacer su revolución burguesa. Ciertamente es que el ejército zarista fue equipado a tono con el ejemplo de los países occidentales pero no afectaba más a la forma que al fondo. Había una gran desproporción entre el nivel cultural del campesino-soldado y el de la técnica militar. En el ejército abundaban expresiones la ignorancia, la pereza y la venalidad de las clases obreras rusas. La industria y los transportes fallaban constantemente a las exigencias concentradas de los tiempos de guerra. Los soldados, que en los primeros días de la guerra daban la impresión de estar bien equipados, se quedaron en seguida no sólo de armas, sino de botas. En la guerra ruso-japonesa, el ejército zarista demostró su nulidad. En la época de la contrarrevolución la monarquía, con la ayuda de la Duma, abasteció los depósitos de material de guerra y remendó como pudo el ejército, echando también una pieza a la reputación de invencible. Hasta que en el año 1914 sobrevino una prueba demasiado dura.

En cuanto al armamento y las finanzas, Rusia se nos revela, durante la guerra, entregada servilmente a sus aliados. En realidad, esto no hace sino reproducir, en el aspecto militar, la subordinación general en que quedaba respecto a los países capitalistas avanzados. Pero ni con la ayuda de los aliados salvó Rusia su situación. La escasez de municiones, la falta de medios para fabricarlas, la ausencia de una buena red ferroviaria, con su siguiente incapacidad para el transporte, tradujeron el atraso de Rusia y el guaje de las derrotas, accesible para todo el mundo, y esas derrotas

rona los elementos liberales de la naci n que sus antecesores no se h
cuidado de hacer la revoluci n burguesa y que, por tanto, los desce
estaban en deuda con la Historia.

Los primeros d as de la guerra fueron tambiøn los primeros d as
nonimia. DespuØs de una serie de catÆstrofes parciales, en la prima
1915 sobrevino la desbandada general. Los generales descargaban los
de su ineptitud criminal sobre la poblaci n pac fica. Los inmensos
pa s eran devastados brutalmente. Verdaderas nubes de langosta huma
ve an empujadas a latigazos hacia el interior del pa s. El desastre
n a a completar el derrumbamiento de fuera.

Contestando a las preguntas de sus colegas, en que hablaba la in
respecto a la situaci n en el frente, el ministro de la Guerra, gen
contest textualmente: Conf o en la dilatada extensi n intransitab
tro territorio, en los pantanos inacabables y en la misericordia de
de Mirlik, protector de la santa Rusia . (Sesi n del 4 de agosto de
semanas mÆs tarde, el general Ruski confesaba a aquellos mismos min

Las modernas exigencias de la tØcnica militar exceden de nuestras p
des. Desde luego, no podemos enfrentarnos con los alemanes . Y en e
labras no se reflejaba una impresi n pasajera. El oficial Stankievi
estas palabras de un ingeniero militar: Es inÆtil que queramos gue
tra los alemanes, pues no nos hallamos en condici n de hacer nada. L
nuevos mØtodos de guerra se truecan para nosotros en otras tantas c
fracaso . Y æen podr amos citar multitud de opiniones por el estilo

De lo ænico que los generales pod an disponer en abundancia era
ne humana. Con la carne de vaca y de cerdo se guardaba mucha mÆs ec
m a. Aquellas nulidades grises del estado mayor, aquel Yamuskievich
colta de Nikolai Nikolaievich o aquel Alexeiev de la escolta del za
mÆs que tapar las brechas con nuevas movilizaciones, consolando a l
y consolÆndose a s mismos con grandes columnas de cifras, cuando l
c a falta eran columnas de combatientes. Fueron movilizados cerca d
millones de hombres que llenaban las zonas de combate, los cuartele
tros de etapa, se estrujaban y se pisoteaban unos a otros -furiosos
dici n en los labios. Y estas masas humanas, que eran un valor nulo
te, eran, en cambio, un valor muy efectivo de disgregaci n en el in
s. Se calcula que el nÆmero de muertos, heridos y prisioneros ruso
aproximadamente de cinco millones y medio de hombres. La cifra de d
res aumentaba incesantemente. Ya en julio de 1915 los ministros se
ban: ¡Pobre Rusia! Hasta su ejØrcito, que en otros tiempos llen e
el clamor de sus victorias..., ha venido a quedar reducido a un tro
des y desertores .

Los propios ministros que hac an chistes macabros hablando de la
t a evacuadora de los generales perd an horas y horas en discutir
como Øste: ¿Deb an sacarse de Kiev las reliquias de los santos o de
El zar entend a que pod an dejarse all , pues los alemanes no se a

tocarlas, y si se atreven, peor para ellos. Sin embargo, -el S nodo ha zado yaa trasladarlas a otro sitio: Cuando nos marchemos, nos llevaremos con nosotros lo más preciado. Estos hechos no ocurren en la época de Cruzadas, sino en pleno siglo XX, mientras la radio transmite a las not las derrotas rusas.

Los triunfos alcanzados por Rusia sobre Austria-Hungría no se deb to al país vencedor como al vencido. La putrefacta monarquía de los Habsburgo estaba pidiendo a voces desde hacía largo tiempo un sepulturero, el primero que llegase. No era la primera vez que Rusia triunfaba de los Estados vecinos, tales como Turquía, Polonia y Persia. El frente sur occidental del ejército ruso, vuelto hacia Austria-Hungría, alcanzó, a diferencia de otras grandes victorias. En él se destacaron algunos generales que, si a decir se les permite, no revelaron en nada grandes aptitudes militares, por lo menos no estaban contagiados hasta el tuétano de ese fatalismo propio de los caudillos rusos, invariablemente. De este medio habrán de salir, andando el tiempo, algunos de los héroes blancos de las guerras civiles.

Todo el mundo buscaba en quién descargar sus culpas. No había a juicio de nadie quien no se acusara de espionaje. Todo el que llevaba un apellido alemán fue a su casa saqueada. El estado mayor del gran duque Nikolai Nikolaievich se apresuró a fusilar como espía alemán al coronel de gendarmes Miasoiedov, sin pruebas alguna fehaciente de lo que fuese. Sujomlinov, ministro de la Guerra, vacuo y poco escrupuloso, fue detenido y acusado, acaso no sin motivos de traición. El ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, Grey, presidente de la delegación parlamentaria rusa, comentando el hecho: "El nuestro gobierno da pruebas de una gran audacia al atreverse a procesar por traición en plena guerra al ministro del ramo. Los estados mayores y la Duma sabían de germanofilia a la Corte. Y tanto unos como otros sentían un vivo odio contra los aliados. El alto mando francés economizaba sus tropas, dejando mano de soldados rusos. Inglaterra se desplazaba lentamente. En los frentes de Petrogrado y en los estados mayores del frente se decía a chancera: "Inglaterra ha jurado que guerrear a hasta dar la última gota de sangre de cada soldado ruso. Estas bromas acabaron por llegar a oídos de los soldados en el frente. ¡¡Todo para la guerra! , exclamaban los ministros, los diputados y los periodistas. Se agrupaban los soldados en las trincheras, esperando a abrir los ojos todos están dispuestos a combatir hasta la última gota de mi sangre.

El ejército ruso experimentó en la guerra un número de muertos superior al de ninguna de las demás naciones que tomaron parte en la matanza. Sus pérdidas ascendieron a dos millones y medio de muertos, o sea el 40% de las pérdidas sufridas por todos los ejércitos aliados juntos. En los primeros meses, los soldados caían bajo los obuses sin reflexionar o reflexionando poco. Pero cada día que pasaba iba dejando en ellos un nuevo peso de experiencia esa experiencia amarga de los soldados rasos, que no tienen quién les enseñe a conducir. Los soldados tocaban las consecuencias de aquel caos de marzo

sin rumbo ni objetivo que ordenaban sus generales en sus zapatos rojos un est mago vac o.

Y de aquella papilla sangrienta de hombres y cosas se alz una p que fue tomando cuerpo y extendiéndose por todas partes: la palabra El rudo lenguaje de los soldados empleaba, naturalmente, otra un po fuerte.

El cuerpo que primero se desmoraliz fue la Infanter a, formada pesinos. La Artiller a, en cuyas filas suele haber un tanto por cie grande de obreros industriales, denota, por lo general, una capacid mayor de asimilaci n de las ideas revolucionarias, como hubo de dem bien claramente en 1905. El hecho de que en 1917 la Artiller a reve contrario, tendencias mæs conservadoras que la Infanter a, se expli en cuenta que por los regimientos de Infanter a pasaba como por un una sucesi n constante de masas humanas cada vez menos preparadas. tiller a, que hab a sufrido muchas menos pørdidas, segu a conversan tiguos cuadros. Lo mismo ocurr a en otras armas especiales. Pero, a ra, tampoco la Artiller a se mantuvo fiel.

Durante la retirada de Galitzia, el general simo transmiti la s den secreta: Azotar a los soldados que deserten o cometan cualesqu delitos . Pireiko, un soldado, cuenta: Comenzaron a azotar a los s la mæs insignificante falta, como era, por ejemplo, el alejarse del algunas horas sin permiso otras veces se ve a que azotaban sencill ra levantar la moral bølica a fuerza de latigazos . Ya el 17 de sep 1915, apuntaba Kuropatkin invocando el testimonio de Guchkov: Los partieron a la guerra lleno de entusiasmo ahora estÆn cansados y l tes retiradas les han hecho perder la fe en la victoria . Era, sobr menos, por los mismos d as en que el ministro del Interior, habland treinta revoltosos que no conocen la disciplina, escandalizan, se p guardias (no hace mucho que un guardia fue muerto por ellos), liber fuerza a los detenidos, etcøtera. Es evidente que si surgen des rde hordas se sumarÆn a la multitud . El soldado Pireiko, a quien citÆb arriba, escribe ~~Recuerdos~~ Todo el mundo, sin excepci n, concentrab su interøs en la paz: lo que menos le interesaba al ejørcito era sa dr a vencedor y quø clase de paz se sellar a. El ejørcito necesitab paz a toda costa, pues estaba cansado ya de la guerra .

Una mujer que pose a esp ritu observador, S. Fedorchenko, tuvo o de escuchar, siendo enfermera, las conversaciones, casi dir amos lo mientos, de los soldados, y los puso por escrito con gran arte en s notas. Fruto de este trabajo fue un lib ~~Brigada de la guerra~~ nos permite lanzar una ojeada a ese laboratorio en que las bombas, bradas, los gases asfixiantes y la vileza de los jefes fueron traba largos meses la conciencia de unos cuantos millones de campesinos r donde con los huesos humanos cruj an los prejuicios de varios siglo ci n. En muchos de aquellos aforismos primitivos, grabados por la s

lat an ya en potencia las consignas de la guerra civil que se avecinaba.

El general Ruski se lamentaba, en diciembre de 1916, de Riga, a la vez que llamaba la desgracia del frente septentrional. Era lo mismo que Pvinshki el general, un nido de propaganda revolucionaria. El general Brusilov afirmaba que las tropas procedentes de esa región llegaban desmoralizadas, que los soldados se negaban a lanzarse al ataque, que el capitán de una compañía había sido muerto a bayonetazos por sus hombres, que no había habido ningún remedio que fusilar a unos cuantos y por ahí adelante. Los górgones combatían a producir la descomposición definitiva del ejército existían ya los síntomas de la revolución, confiesa Rodzianko, que mantenía relaciones con la oficialidad y había visitado repetidas veces el frente.

Los elementos revolucionarios, al principio dispersos, se habían anegado en la masa del ejército casi sin dejar huella. Pero a medida que cundía el descontento iban saliendo de nuevo a la superficie. Los obreros huelguistas, al frente como castigo, reforzaban las filas de los agitadores, y las tropas brindaban auditorios propicios. En el interior, y sobre todo en el frente, denuncia la Ojrana, el ejército está plagado de elementos subversivos, algunos de los cuales unos pueden convertirse, llegado el momento de una sublevación, en una fuerza activa, y otros negarse a ejecutar medidas represivas... . Las autoridades superiores de la gendarmería de la provincia de Petrogrado denunciaron en octubre de 1916, basándose en un informe del delegado de la Unión de Zemstvos, que el estado de espíritu que reina en el ejército es inquietante, que las relaciones entre los oficiales y soldados denotan una gran tirantez, que en cualquier parte pululan a millares los desertores. Todo el que haya visto de cerca el ejército saca la impresión y el convencimiento de que entre los soldados reina una indiscutible descomposición moral. Por medida de prudencia, el informe recomienda que si bien mucho de lo que se cuenta en las citadas informaciones parece ser verosímil, no hay más remedio que darle crédito, pues muchos de los motivos que regresan del frente de operaciones se expresan en idéntico sentido.

El estado de espíritu reinante en el interior del país correspondía al estado general del frente. En la reunión celebrada por el ¹partido kadete en octubre de 1916, la mayoría de los delegados hacía notar la apatía y la desconfianza final victoriosa de la guerra que dominaban en todos los sectores de la opinión, sobre todo en el campo y entre los elementos pobres de las ciudades. El 30 de octubre de 1916, el director del Departamento de Policía hablaba en sus informes de la fatiga de la guerra y del anhelo de una paz pronta, que se observan por todas partes en todos los sectores de la población.

Meses más tarde, todos estos señores, diputados y policías, generales médicos y ex gendarmes, afirmaban unánimemente que la revolución había matado el patriotismo en el ejército y que los bolcheviques les habían arrebatado de entre las manos una victoria segura.

1. Partido Democrata Constitucional (formalmente, Partido de la Libertad Popular), K.D. sus miembros eran oficiales rusos de donde viene el nombre de kadetes. [NDT.]

En este caos de patriotismo belicoso, los que llevaban la batuta de la duda, los demócratas constitucionales. El liberalismo, que ya a fines de 1913 había roto el contacto muy problemático que le unía a la revolución desde los primeros momentos de la contrarrevolución la bandera del progreso. Y la cosa era lógica: puesto que no había manera de limpiar el país de la basura feudal para garantizar a la burguesía una situación preeminente, quedaba más recurso que pactar una alianza con la monarquía y la nobleza, el fin de asegurar al capital un puesto más relevante en el país. Ya palestras, si bien es cierto que la catástrofe mundial se fue preparando desde muchos puntos, lo cual hizo que hasta cierto punto sorprendiese incluso a los organizadores más responsables, no es menos indudable que los liberales rumanos su calidad de inspiradores de la política exterior de la monarquía, un lugar bastante destacado en la preparación de la guerra de 1914. En la ceremonia solemne celebrada por la Duma nacional el 16 de julio de 1914, el representante de la fracción de los cadetes declaró: No poseemos condiciones, ni cumplimos exigencias nos limitamos a arrojar en la balanza la firme decisión de rechazar al enemigo. La unión sagrada fue sellada también en Rusia por la doctrina oficial. Durante las manifestaciones patrióticas de Moscú, de Benkerndorf, maestro mayor de ceremonias, declaró a los diplomáticos: ¡Ah! tienen ustedes la revolución que nos pronosticaban en Berlín!

Como comenta el embajador francés Paleologue está manifiestamente en todas las cabezas. Aquella gente consideraba como su deber abrigar y sembrar semillas en una situación que parece que debía ser incompatible con ellas.

No habían de hacerse esperar las primeras enseñanzas de la realidad después de estallar la guerra, uno de los kadetes más expansivos, eufórico y terrateniente Rodichev exclamaba en una sesión del Comité Central del partido.: ¿Pero es posible que creáis que con obstáculos como éstos vamos a vencer? Los acontecimientos demostraron que no, que con obstáculos como aquellos no había manera de vencer. Cuando ya tenía perdida una gran parte de su fe en el triunfo, el liberalismo intentó aprovecharse de la guerra para introducir un poco de limpieza en la camarilla palaciegas a la monarquía a pactar. El arma principal de que se sirvió para ello fue la acusación de germanofilia y de preparación de una paz por separado contra el partido de los palatinos.

En la primavera de 1915, cuando las tropas desarmadas se batían a muerte en todo el frente, las esferas gubernamentales decidieron, no sólo con el consentimiento de los aliados, atraer hacia los trabajos de guerra la iniciativa privada. A una reunión convocada especialmente para este fin asistieron además de los burócratas, los industriales más influyentes. Las uniones obreras, zemstvos y municipios que habían surgido al estallar la conflagración, los comités Industriales de Guerra creados en la primavera de 1915 se convirtieron en otros tantos puntos de apoyo de la burguesía en su lucha por la conservación del poder. Apoyada en dichas organizaciones, la Duma nacional podía contar con mayor seguridad como mediadora entre la clase burguesa y la monarquía.

Sin embargo, las vastas perspectivas políticas no distraen la atención de los intereses cotidianos. De la comisión asesora especial, formada con aquel flujo, como de un manantial, cientos de millones de rublos, que, ramificados por diversos canales, regaban copiosamente la industria, saciando a sus apetitos de muchos. En la Duma nacional y en la prensa se dieron a conocer algunos de los beneficios de guerra obtenidos durante los años 1915-1916: la empresa textil de Riabuschinski, un fabricante liberal de Moscú, recibía con un 75% de beneficios netos la manufactura de Tver; con un 11% la fábrica de laminación de cobres de Kolichuguin, fundada con un capital de diez millones, aparecía reportando más de doce de utilidades. Como se ve aquí, la virtud patriótica quedaba recompensada espléndidamente, y, además, bastante aprisa.

La especulación en todas sus formas y las jugadas de Bolsa llegaron a su apogeo. De la espuma sangrienta surgían inmensas fortunas. El que en el mercado no hubiese pan ni combustible no impedía a Faberget, el joyero de San Petersburgo, vanagloriarse de que nunca había hecho tan magníficos negocios. Anatólica, camarera de palacio, cuenta que jamás se habían encargado trabajos tan caros ni se habían comprado tantos brillantes como durante el invierno 1915-1916. Los locales nocturnos de diversiones estaban abarrotados de soldados emboscados, de desertores legales y demás caballeros respetables, desahuciados viejos para guerrear en el frente pero lo suficientemente jóvenes para gozar de la vida en la retaguardia. Los grandes duques no eran menos participaban en aquellas orgías, mientras hacia estragos la peste había que preocuparse de lo que se derrochaba, pues no cesaba de caer desde el alto una lluvia benéfica de oro. La buena sociedad no tenía más que dar la mano y abrir los bolsillos: las damas aristocráticas alzaban las faldas, los banqueros e intendentes, industriales, bailarinas del zar y de los grandes señores, jerarcas ortodoxos, damas de la corte, diputados radicales, generales del frente y de la retaguardia, abogados radicales, tartufos augustos de alto rango, el tropel de sobrinos, y, sobre todo, de sobrinas, todos chapoteaban en aquel cieno amasado con sangre. Todos se daban prisa a robar y a comerse los carrillos, temerosos de que la benéfica lluvia se acabara, y todos reaccionaban con indignación la idea ignominiosa de una paz prematura.

La comunidad en las ganancias, las derrotas en el frente y los pelotazos del interior fueron acercando más y más a los partidos de las clases populares. En la Duma, desunida todavía en las esperas de la guerra, se formó una mayoría patriótica de oposición, que adoptó el nombre de bloque progresivo. Proclamó, naturalmente, como su finalidad oficial, la satisfacción de las necesidades creadas por la guerra. En la izquierda quedaron fuera los socialdemócratas y los *trudemir* de la derecha, los grupos fran-

2. Literalmente, laboristas, bloque formado por los diputados campesinos socialrevolucionarios e intelectuales radicales. [NDT.]

3. Unión del 17 de Octubre, organización que representaba al gran capital industrial ruso.

camente oscurantistas. Como las Negras y todas las demás fracciones: los kadetes, los progresistas, los tres grupos del centro y una parte de los nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él. Los grupos nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él que los grupos nacionales: los polacos, los lituanos, los musulmanes, etc. Para no asustar al zar lanzando la fórmula de un ministerio responsable, el bloque exigió un gobierno de coalición, formado por personas gozadas de la confianza del país. El ministro del Interior, prncipe de Sviyazhskiy, definió ya en aquel entonces el bloque progresivo como una unión provocada por el peligro de la revolución social. Para comprenderlo era necesaria, naturalmente, una gran penetración. Miliukov, que cabía a los kadetes, y desde ese puesto al bloque, decía en una reunión del partido: Estamos sobre un volcán... La tensión ha llegado a su límite... Basta con que cualquier imprudente arroje una cerilla al suelo y estalle el voraz incendio... Urge más que nunca un poder fuerte, sea fuese, bueno o malo.

Tan grande era la esperanza de que el zar, intimidado por las demandas, se avendría a hacer concesiones, que, en agosto, la prensa liberal publicó un proyecto de Gabinete de confianza con el presidente de la Duma Rodzianko, de primer ministro (otra versión indicaba para este cargo al presidente de la Unión de Zemstvos, príncipe Lvov) Guchkov de ministro del Interior Miliukov, en Negocios Extranjeros, etc. Años y medio después, de estas personas, que se habían nombrado a sí mismas para aliarse con el zar contra la revolución, obtienen carteras en el gobierno revolucionario. No era el primer caso en que la Historia se permitía bromas. Menos mal que, por esta vez, la chanza resultó de corta duración.

La mayoría de los ministros del gabinete presidido por Goremikin eran tan aterrizados como los kadetes ante la marcha de los acontecimientos por la cual se inclinaban a pactar con el bloque progresivo. Un gobierno que no cuente con la confianza del titular del poder supremo, ni de los municipios, ni de los zemstvos, ni de la nobleza, ni de los comerciantes, ni de los obreros, no sólo no puede actuar, sino que ni siquiera puede existir. Es un absurdo manifiesto. Este era el juicio que le merecía, en 1915, al príncipe Cherbatov el gobierno en que él mismo desempeñaba el cargo de ministro del Interior. Si las cosas se organizan de una manera decorosa, ¿cómo se puede imaginar una salida? decía el ministro de Negocios Extranjeros, Sazonov, que los kadetes serían los primeros en aceptar el pacto. Miliukov es un gran bromista y nada teme tanto como a la revolución social. Además, la mayoría de los kadetes tiemblan ante la perspectiva de perder sus capitales. Por su propio Miliukov entendía que el bloque tendría que hacer ciertas concesiones. Como se ve, ambas partes estaban dispuestas a entenderse, y el asunto concluido. Pero el 29 de agosto, Goremikin, el presidente de la Duma, un burócrata cargado de años y de honores, viejo cínico que se dedicaba a hacer política entre partida y partida de tresillo y se negaba a at

na queja, diciendo que la guerra no era cosa suya, se presentó al zar en el cuartel general y volvió con la noticia de que todo el mundo debía permanecer en su sitio y las cosas como estaban, excepto la rebelde Duma, que fue disuelta el 7 de septiembre. La lectura del ukase [decreto del zar] disolviendo la Duma fue acogida sin una sola palabra de protesta por los diputados que vivían al zar y se fueron cada cual por su lado.

¿Cómo este gobierno, que, según su propia confesión, no se apoyaba en nadie, pudo sostenerse en el poder más de un año? Los medios pasados por los jefes de las tropas rusas surtieron, indudablemente, su efecto, reforzando la benéfica lluvia de oro. Ciertamente que los triunfos en el frente se acumulaban, pero en el interior del país los beneficios seguían viniendo en poca medida. Sin embargo, la causa principal de que se consolidase la monarquía por un tiempo, doce meses antes de sobrevenir su derrumbamiento, residía en la gran diferencia de la apreciación del descontento popular. El jefe de la Ojrana de Moscú cuenta de cómo la burguesía evolucionaba hacia la derecha empujada por el miedo ante la posibilidad de que después de la guerra se produjesen revoluciones revolucionarias. Como vemos, la posibilidad de una revolución en el futuro de la guerra se daba por descartada. Los industriales andaban, además, inquietos por los coqueteos de algunos de los directores de los Comités Industriales con el proletariado. El coronel de gendarmes Martynov, que, por otro lado, no había perdido el tiempo leyendo por deber profesional las obras de las revoluciones, llegaba a la conclusión de que la mejora relativa experimentada por la situación política del país se debía a la diferenciación cada vez más marcada de las clases sociales, en la que se ponían al descubierto de un modo cada vez más insensible, en los tiempos que corren, los conflictos planteados entre sus intereses.

La disolución de la Duma en septiembre de 1905 fue un reto lanzado a la burguesía y no a los obreros. Y sin embargo, mientras los liberales se refugiaban en sus casas vitoreando al zar, aunque, a decir verdad, sin gran entusiasmo, los obreros de Petrogrado y Moscú contestaban al reto con huelgas de protesta. Esto acabó de desalentar a los liberales, que a los más que temían era a que un tercero en discordia se entrometiera en su pleito familiar con la monarquía. ¿Qué posición debían adoptar? Los liberales, con unos cuantos gruñidos de los del ala izquierda, optaron por la solución acreditada: no salirse a la calle y revelar la inutilidad de la burocracia cumpliendo estrictamente sus deberes patrióticos. Desde luego, no había más remedio que dejar a un lado por el momento, la lista de un ministerio liberal.

Entretanto, la situación iba empeorando automáticamente. En mayo de 1906 fue convocada a otra vez la Duma, aunque, a decir verdad, nadie se esperaba para qué. No entraba en sus intenciones, ni por asomo, hacer un llamamiento a la revolución. Y no siendo así, no pintaba ningún papel. Durante este tiempo recuerda Rodziánko las sesiones se desarrollaban perezosamente, los diputados asistían a ellas con irregularidad. La eterna lucha parecía tener ningún sentido, el gobierno no quería oír nada, el desorden crecía y e-

minaba hacia el precipicio . En el transcurso de 1916 la monarquía perdió el apoyo social en el miedo de la burguesía a la revolución, uniéndose a la potencia de la burguesía sin revolución.

En otoño, la situación se agravó más aún. Ahora todo el mundo estaba convencido de que era inútil proseguir la guerra, y la indignación popular se amenazaba con desbordarse a cada momento. Los liberales, como siempre, como tiempo que atacaban al partido palatino por su germanofilia, comenzaron a sopesar las posibilidades de paz, preparando así su porvenir. De este modo se explican las negociaciones celebradas en Estocolmo, en el otoño de 1916, por uno de los jefes del bloque progresivo, el diputado Protopopov, y el diplomático alemán Warburg. La delegación de la Duma, que hizo solicitudes de amistad a los franceses y a los ingleses, pudo convencerse en París, lo mismo en París que en Londres, de que los queridos aliados estaban dispuestos a sacar a Rusia, mientras durase la guerra, el mayor jugo posible para después de la victoria convertir a este país atrasado en terreno fértil para su explotación económica. La vieja Rusia, deshecha y a remolque de sus aliados victoriosos, hubiera vivido una existencia colonial. A las autoridades rusas no les quedaba más recurso que pugnar por desprenderse de aquellos abrazos excesivamente apretados de la Entente y buscar por su cuenta un camino que les llevase a la paz, aprovechándose del antagonismo que reinaba entre los dos bandos más poderosos. La entrevista del jefe de la delegación de la Duma con el diplomático alemán, primer paso en este sentido, que a su vez, además, era una amenaza para los aliados, con el fin de coaccionarlos a hacer concesiones, y un tanteo de la posibilidad de una inteligencia con Alemania. Protopopov no sólo obraba de acuerdo con la diplomacia zarista, sino que la entrevista se celebró en presencia del embajador ruso en Suiza, sino que su gestión iba avalada por toda la delegación de la Duma y el gobierno nacional. De paso, los liberales perseguían un objetivo interior no menos importante: Confían en poder convencer al zar y le conseguirían una paz por separado, mejor y más firme que Sturmer. Según los planes de Protopopov, es decir, de sus mandantes, el gobierno ruso debería negociar con los aliados, con algunos meses de anticipación, que se veía obligado a la guerra, y que si ellos se negaban a entablar negociaciones de paz, tendrían que firmar un armisticio por separado con Alemania. En una carta escrita ya después de la revolución, Protopopov dice, como si hablara de una cosa muy natural: Toda la gente razonable del país, incluyendo a los líderes del partido de la izquierda, estaban convencidos de que Rusia no se hallaba en condiciones de continuar la guerra.

El zar, a quien Protopopov, a su regreso, dio cuenta del viaje y del resultado de sus negociaciones, se mostró en absoluto conforme con la idea de una paz por separado. Lo que no veía era que hubiese ningún motivo para

5. Partido kadete. [NDT.]

a los liberales a la empresa. El que Protopopov, rompiendo dicho sea de paso con el bloque progresivo, entrase de pronto a formar parte de la coalición palaciega, tenía su explicación en el carácter personal de ese nuevo personaje, enamorado, según propia declaración, del zar, de la zarina, y, al mismo tiempo, de la cartera de ministro de Hacienda, que se le caía a del cielo, menos la esperaba. Pero este episodio de la traición cometida por Protopopov contra el liberalismo no hizo variar en un ápice el sentido general que había en la política exterior de los liberales, mezcla de codicia, cobardía y

El 1 de noviembre volvió a reunirse la Duma. La tensión reinante en el país era ya insoportable: todo el mundo esperaba que la Duma tomase alguna resolución decisiva. Era preciso hacer o, por lo menos, decir algo. El bloque progresivo se vio obligado a recurrir nuevamente a los ritos parlamentarios. Miliukov, enumerando desde la tribuna los principales actos del gobierno, los glosaba una y otra vez con esta pregunta: ¿Es imbecilidad o es traición? Hubo también otros diputados que dieron la nota alta. El gobierno no encontró apenas defensores, pero contestó a su modo: prohibiendo que los discursos pronunciados en la Duma fueran publicados por la prensa. Por esta prohibición hubieron de imprimirse en tiradas aparte, distribuyéndose por millones de ejemplares. Apenas había oficina pública, lo mismo en el interior del país que en el frente, donde no se copiasen estos discursos, muchas veces con interpolaciones y añadidos, a tono con el temperamento del copista. La resonancia de los debates del 1 de noviembre en todo el país fue tal que asustó a propios acusadores.

Un grupo de elementos de la extrema derecha, burócratas de raza, irritados por Durnovo, el pacificador de Moscú en la revolución de 1905, dio a conocer una nota que era en aquellos momentos todo un programa. El ojo avezado de aquellos funcionarios expertos que habían cursado en una escuela policiares, no dejó de percibir el peligro, y si su receta no dio resultado, fue porque para la dolencia que sufría el viejo régimen no había cura. Los miembros de la nota se pronunciaban en contra de toda concesión a la oposición. La izquierda, no porque los liberales quisieran ir demasiado lejos, como pensaban los vulgares Centurias negras, a los que miraban por encima del hombro los funcionarios de las altas esferas gubernamentales, sino porque los liberales, tan débiles, se hallan tan divididos y, digámoslo francamente, son tan débiles, que su triunfo sería tan efímero como inconsistente. La debilidad del programa principal de la oposición, el programa demócrata constitucional (kadete) señalando la nota, se revelaba ya en su mismo nombre: se titulaba programa demócrata, siendo como era burgués por esencia hallándose como se hallaba en buena parte integrado por terratenientes liberales, inscrito en su programa el programa obligatorio de las tierras. Si se les quitan esas cartas tomadas de otras partes y se escriben los consejos secretos del zar, usando las imágenes que los liberales eran habituales, los kadetes quedan reducidos a una asociación numerosa de abogados, profesores y funcionarios liberales de los distintos departamentos del Estado.

Los revolucionarios eran ya otra cosa. La nota reconoce, aunque do los dientes, la importancia de los partidos revolucionarios: El fuerza de estos partidos consiste en que tienen una idea, dinero [! bien dispuestas y organizadas . Los partidos revolucionarios pueden con las simpatías de una mayor a aplastante de campesinos, que segu proletariado tan pronto como los caudillos revolucionarios apunten de los señores . ¿QuØ se conseguir a, en estas condiciones, con ins ministerio responsable? La desaparición completa y definitiva del las derechas, la absorción paulatina de los partidos intermedios: conservadores, liberales, octubristas y progresistas, por el partido que, de este modo, adquirir a, por fin, una importancia decisiva de. Pero pronto los kadetes se ver an amenazados por la misma suerte... quØ? Pues luego entrar an en acción las masas revolucionarias, ser momento de la Comuna, caer a la dinastía, se derrumbar an -las clases doradas y, por fin, entrar a en escena el bandido campesino . No se p que, en estas l neas, el rØcord reaccionario policiaco se remonta h de singular sagacidad.

En cuanto a las medias propuestas, el programa de la nota no es pero s consecuente: un gobierno integrado de partidarios -implacable tocracia supresi n de la Duma declaraci n del estado de sitio en tales apuntamiento de fuerzas para sofocar la rebeli n. En el fon otro el programa que sirvi de base a la pol tica del gobierno duramos meses que precedieron a la revoluci n. Mas la eficacia de este presupon a una fuerza que Durnovo hab a tenido en sus manos en el i de 1905 pero que ya no exist a en el otoæo de 1917. Por eso, la mon ten a mÆs remedio que hacer todo lo posible por estrangular al pa s de cuerda y hacerlo pedazos. El ministerio fue renovado, dÆndose en hombres de confianza incondicionalmente adictos al zar y a la zarina. tos hombres de confianza , y el primero de todos el trÆnsfuga Prot nulidades lamentables. La Duma no fue disuelta, sino que volvieron derse sus sesiones. Las declaraciones del estado de sitio -en Petrog z hasta el instante en que ya la revoluci n se vieron arrastradas mente al campo rebelde. Todo esto se puso de manifiesto ya a los dos meses.

Entretanto, el liberalismo hac a los æltimos esfuerzos desespera salvar la situaci n. Todas las organizaciones de la gran burguesía discursos pronunciados en noviembre por la oposici n desde la tribuna Duma con una serie de declaraciones. La mÆs insolente fue la resolu da el 9 de diciembre por la Uni n de Municipios Urbanos: -Unos cuantales irresponsables, unos cuantos fanÆticos, quieren llevar a Rusi tre, a la ignominia y a la esclavitud . En este mensaje se invitaba nacional a que no se disolviese sin antes conseguir la formaci n d no responsable . Hasta el propio Consejo de Estado, rgano de la al cia y de la gran propiedad, se mostr partidario de que fueran llama

der hombres que gozaran de la confianza del país. En el mismo sentido denunció el congreso de la nobleza: las piedras venerables cubiertas de polvo rompieron a hablar. Pero todo siguió igual. La monarquía se resistió a abandonar los restos del poder que aún tenía en las manos.

La última legislatura de la última Duma fue convocada, - tras muchas dilaciones y aplazamientos, para el 14 de febrero de 1917. Faltaban menos de dos meses para estallar la revolución. Todo el mundo esperaba manifestaciones en las calles. Fue el órgano de los kadetes, apareció junto al bando del gobernador militar de la región de Petrogrado, general Jabalov, de prohibido todo género de manifestaciones, una carta de Miliukov en que invitaba a la guardia a los obreros contra los consejos malvotos y peligrosos de origen turbio. A pesar de las huelgas, las sesiones de la Duma se abarrotaron con una relativa tranquilidad. Simulando que la cuestión del poder había dejado de interesarle, la Duma se consagró a un problema muy grave en verdad, pero puramente práctico: las subsistencias. El estado de espíritu de los diputados de abatimiento, había de decidir más tarde Rodzianko: se notaba la inercia de la Duma, el cansancio producido por aquella lucha estéril. Y temían que el bloque progresivo actuara con la palabra y sólo con la inacción. En estas condiciones fue como la Duma se vio arrastrada por el torbellino de la Revolución de Febrero.

III. El proletariado y los campesinos

El proletariado ruso habia de dar sus primeros pasos bajo las condiciones de un Estado despótico. Las huelgas ilegales, las organizaciones clandestinas, las proclamas clandestinas, las manifestaciones en las calles, la policía y las tropas del ejército: tal fue su escuela, -fruto de las condiciones del capitalismo que se desarrollaban rápidamente y el absorbía evacuando poco a poco sus posiciones. El apertotonamiento de los fábricas gigantescas, el carácter concentrado del yugo del Estado y el ardor combativo de un proletariado joven y lozano, hicieron que políticas, tan raras en Occidente, se convirtiesen allí en un método de lucha. Las cifras relativas a las huelgas planteadas en Rusia desde el siglo actual son el índice más elocuente que acusa la historia política aún siendo nuestro propósito no recargar el texto de este libro no podemos renunciar a reproducir las que se refieren a las huelgas desatadas en el período que va de 1903 a 1917. Nuestros datos, reducidos a una simple expresión, se contraen a las empresas sometidas a la insubordinación de las fábricas. Dejamos a un lado los ferrocarriles, la industria minera, las pequeñas empresas en general, y, mucho más naturalmente, la agricultura por diversas razones en que no hay para qué entrar. Con esto no pierden relieve los cambios que acusa la curva de huelgas durante ese período.

HUELGAS POLÍTICAS

Años	Número de huelguistas	Años	Número de huelguistas
1903.....	87.000	1911.....	8.000
1904.....	25.000	1912.....	550.000
1905.....	1.843.000	1913.....	502.000
1906.....	651.000	1914 (primera mitad)...	1.059.000
1907.....	540.000	1915.....	156.000
1908.....	93.000	1916.....	310.000
1909.....	8.000	1917 (enero-febrero)...	575.000
1910.....	4.000		

1. Los datos referentes a los años 1903 y 1904 abarcan todas las huelgas en general, a las que ellas predominan, indudablemente, las de carácter económico.

Nos hallamos ante la curva, única en su género, de la temperatura ca de un país que alberga en sus entrañas una gran revolución. En un zaguado y con un proletariado reducido el censo de obreros de las empresas sometidas a la inspección fabril pasa de millón y medio de obreros en unos dos millones en 1917 nos encontramos con un movimiento huelguístico que alcanza proporciones desconocidas hasta entonces en ningún otro del mundo. Frente a la debilidad de la democracia pequeñoburguesa y a la timidez y ceguera política del movimiento campesino, la huelga obrera revolucionaria es el ariete que la nación, en el momento de su despertar, contra las murallas del absolutismo. Nos bastaría fijarnos en la cifra de 1.843.000 huelguistas políticos de 1905 claro está que los obreros que tomaron parte en más de una huelga figuran en esta estadística por diferentes conceptos para poner el dedo a ciegas en el año de la revolución, aunque viéramos más datos que éste sobre el calendario político de Rusia.

En 1904, primer año de la guerra ruso-japonesa, la inspección de fábricas no señalaba más que 25.000 huelguistas en todo el país. En 1905, el número de obreros que toman parte en las huelgas políticas y económicas en conjunto asciende a 2.863.000, ciento quince veces más que en el año anterior. Este salto sorprendente induce por sí mismo a pensar que el proletariado, ante la marcha de los acontecimientos obligado a improvisar una actividad revolucionaria tan inaudita, tenía que sacar a toda costa de su seno una organización que respondiera a las proporciones de la lucha y a la grandiosidad de los problemas que se le presentaban: esta organización fue creada por la primera revolución y que no tardaron en convertirse en órganos de la huelga general. Los que en la lucha por el poder, tardaron en convertirse en órganos de la huelga general y de la lucha por el poder.

Derrotado en el alzamiento de diciembre de 1905, el proletariado por años años que, si bien viven todavía el impulso revolucionario como la estadística de huelgas revela, son ya, a pesar de todo, años de reflujo. Los esfuerzos heroicos por mantener una parte, al menos, de las posiciones conquistadas. Los cuatro años que siguen (1908-1911) se reflejan en el estado de la estadística de huelgas como años de contrarrevolución triunfante. Cuando con ésta, la crisis industrial viene a desgastar todavía más el proletariado y ya de suyo. La hondura de la caída es proporcional a la altura alcanzada el movimiento ascensional. Las convulsiones de la nación encuentran su fiel reflejo en estas sencillas cifras.

El período de prosperidad industrial que se inicia en el año 1910 vuelve en pie a los obreros e imprime nuevo impulso a sus energías. Las cifras de 1913-1914 repiten casi los datos de 1905-1907, sólo que en un orden inverso. Ahora, el movimiento no tiende a remitir, sino que va en ascenso. Comienza una nueva ofensiva revolucionaria sobre bases históricas más altas: esta vez el número de obreros es mayor, y mayor también su experiencia. Los seis primeros meses de 1914 pueden equipararse casi, por el número de huelguistas, al año de apogeo de la primera revolución. Pero se desencadena la

y trunca bruscamente este proceso. Los primeros meses de la guerra se caracterizan por la inactividad política de la clase obrera. Pero el estado de guerra ya a ceder en la primavera de 1915, y se abre un nuevo ciclo de actividades políticas que, en febrero de 1917, produce la explosión del alzamiento obrero y los soldados.

Estos flujos y reflujos bruscos de la lucha de masas hacen que el movimiento ruso parezca cambiar de filosofía en el transcurso de unos cuantos meses. Las fábricas que dos o tres años antes se lanzaban unánimemente a la huelga por el motivo de cualquier acto de arbitrariedad policial pierden de pronto el interés revolucionario y dejan sin respuesta los crímenes más monstruosos cometidos. Las grandes derrotas producen un abatimiento prolongado. Los movimientos revolucionarios pierden autoridad sobre las masas. En la conciencia vuelven a aflorar los viejos prejuicios y las supersticiones ajenas. Al mismo tiempo, la penetración de los elementos grises procedentes de las filas obreras hacen que se destiñan por decirlo así - el carácter de vanguardia. Los escépticos menean irnicamente la cabeza. Tal fue el caso en los años 1907 a 1911. Pero los procesos moleculares se encaminan a curar en las masas las lesiones específicas. Un nuevo giro de los acontecimientos o un impulso económico subterráneo abre un nuevo ciclo político. Los movimientos revolucionarios vuelven a encontrar quien les preste oídos, y la conciencia de nuevo y con mayores bríos.

Para comprender las dos tendencias principales en que se escinde el movimiento obrero ruso, conviene no olvidar que el menchevismo cobra su forma definida durante los años de reacción y reflujo, apoyado principalmente en el reducido sector de obreros que habían roto con la revolución, mientras el bolchevismo, sañudamente perseguido durante el período de la reacción, surge enseguida sobre la espuma de la nueva oleada revolucionaria que preceden inmediatamente a la guerra. Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces, los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la perseverancia. Así juzgaba el Departamento de policía la labor de los bolcheviques durante los años que preceden a la guerra.

En julio de 1914, cuando los diplomáticos clavaban los últimos clavos de la cruz destinada a la crucifixión de Europa, Petrogrado hervía como una gran ciudad revolucionaria. El presidente de la República francesa, Poincaré, colocó su corona sobre la tumba de Alejandro III en el mismo momento en que resonaban en las calles los últimos ecos de la lucha y los primeros gritos de manifestaciones patrióticas.

¿Cabe pensar que, de no haberse declarado la guerra, el movimiento de las masas que venía creciendo desde 1912 a 1914 hubiera derrocado directamente el zarismo? No podemos contestar de modo categórico a esta pregunta. No hay duda que el proceso conducido inevitablemente a la revolución. Pero ¿por qué etapas hubiera tenido que pasar? ¿No le estar a reservada una nueva derrota? ¿Qué tiempo hubiera

sitado los obreros para poner en pie a los campesinos y adueñarse del todo? No puede decirse. En estas cosas, no cabe más que la hipótesis. Lo es que la guerra marcó en un principio un paso atrás, para luego, en la siguiente, acelerar el proceso y asegurarle una victoria aplastante.

El movimiento revolucionario se paralizó al primer redoble de los tambores guerreros. Los elementos obreros más activos fueron movilizados. Los militantes revolucionarios fueron trasladados de las fábricas al frente. La acción de huelga era severamente castigada. La prensa obrera fue suprimida, los sindicatos estrangulados. En las fábricas entraron cientos de miles de soldados, de jóvenes, de campesinos. Políticamente, la guerra, unida a la ofensiva de la Internacional, desorientó extraordinariamente a las masas. La atención se volvió a la dirección de las fábricas, que había levantado cabeza, hablando en nombre de la industria, arrastrando consigo a una parte considerable de los obreros y obligando a los más audaces y decididos a adoptar una actitud expectante. La idea revolucionaria había ido a refugiarse en grupos pequeños y silenciosos. En las fábricas, nadie se atrevió a llamar a la huelga, sino que se fue al punto detenido e incluso apaleado por los más retrógrados.

En el momento de estallar la guerra, la fracción bolchevique de la Duma era floja por las personas que la componían, no estuvo a la altura de las circunstancias. Se juntó a los diputados mencheviques para formular una declaración en la que se comprometió a defender los bienes culturales del pueblo contra todo atentado, viniera de donde viniese. La Duma subrayó con aplausos la capitulación. No hubo entre todas las organizaciones y grupos del momento que actuaban en Rusia ni uno solo que abrazase la posición claramente bolchevique que Lenin mantenía desde el extranjero. Sin embargo, entre los bolcheviques, el número de patriotas era insignificante: muy al contrario de lo que hicieron los *narodniks* mencheviques, los bolcheviques empezaron ya en el año 1914 a agitar entre las masas de palabra y por escrito contra la guerra. Los diputados de la Duma se rehicieron pronto de su desconcierto y reanudaron la labor revolucionaria, de la cual se hallaba perfectamente informado el gobierno, gracias a su red extensísima de confidentes. Baste con decir que los siete miembros que componían el comité petersburgués del partido en las etapas de la guerra, tres estaban al servicio de la policía. El zarismo, como se ve, de jugar al escondite con la revolución. En noviembre fueron detenidos los diputados bolcheviques y empezó la represión contra el partido. En todo el país. En febrero de 1915, la fracción parlamentaria compareció ante los tribunales. Los diputados mantuvieron una actitud prudente. Kamenov, el líder pirador teórico de la fracción, se desentendió, al igual que Petrovski, el presidente del Comité Central Ejecutivo de Ucrania, de la posición de Lenin. Y el Departamento de policía pudo comprobar con satisfacción que la dura sentencia dictada contra los diputados bolcheviques no provocó el menor movimiento de protesta entre los obreros.

Parecía como si la guerra hubiera cambiado a la clase trabajadora.

cierto punto, así era: en Petrogrado, la composición de la masa obrera y casi en un 40%. La continuidad revolucionaria se vio bruscamente interrumpida. Todo lo anterior a la guerra, incluyendo la fracción bolchevique, pasó de golpe a segundo término y cayó casi en el olvido. Pero una capa aparente y precaria de tranquilidad, patriotismo y hasta en parte anarquismo, en el seno de las masas se incubaba una nueva explosión.

En agosto de 1915, los ministros zaristas se comunican unos a otros, los obreros acechan por todas partes, venteados traiciones y sabotajes, el temor de los alemanes, y se entregan celosamente a la busca y captura de los culpables de nuestros fracasos en el frente. En efecto, durante esta crítica de las masas que empieza a resurgir se apoya, en parte sobre ellas y en parte adoptando ese tinte protector, en la defensa de la política, esta idea no era más que el punto de partida. El descontento obrero, cada vez más profunda, sella los labios de los capataces, los reaccionarios y de los adulones de los patronos, y permite volver la cabeza a los bolcheviques.

Las masas pasan de la crítica a la acción. Su indignación se traduce principalmente en los desórdenes producidos por la escasez de subsistencia. Los desórdenes que, en algunos sitios, toman la forma de verdaderos motines. Los jóvenes, los viejos y los jóvenes se sienten más libres y más audaces. En el mercado o en la plaza pública que los obreros movilizados en las fábricas. En mayo, el movimiento deriva, en Moscú, hacia el saqueo de casas de aristócratas. Y aunque sus autores obran bajo el amparo de la policía y procedan a saquear los fondos de la ciudad, la sola habilidad del saqueo en una urbe industrial como Moscú atestigua que los obreros no están aún lo bastante despiertos para poder infiltrar sus consignas y su disciplina en la parte de la población que se sacada de sus casillas. Al extenderse por todo el país estos desórdenes, truyen el hipnotismo de la guerra y preparan el terreno a las huelgas. La escasez de mano de obra inepta a las fábricas y el afán de obtener los beneficios de guerra se traducen en todas partes en un empeoramiento de las condiciones de trabajo y resucitan los métodos más burdos de explotación. La carestía de la vida va reduciendo automáticamente los salarios. Las condiciones económicas se tornan en un reflejo inevitable de las masas, tanto más tumultuoso cuanto más se le ha querido contener. Las huelgas van acompañadas de votaciones, de votaciones políticas, de encuentros con la policía y a veces, de tipos de protestas.

La lucha se extiende, en primer término, por la región textil central. En junio, la policía dispara sobre los obreros tejedores de Kostroma: cuatro muertos y nueve heridos. El 10 de agosto, las tropas hacen fuego sobre los obreros de Ivanovo-Vosnessenski: dieciséis muertos, treinta heridos. En el movimiento de los obreros textiles aparecen complicados soldados del batallón des-

2. El centro más importante de la producción textil al que, por esta razón, se ha llamado el centro ruso. [NDT.]

aquella plaza. Como respuesta a los asesinatos de Ivanovo-Vosnesenk, e huelgas de protesta en distintos puntos del país. Paralelamente a este movimiento, se va extendiendo la lucha económica. Los obreros de la industria textil marchan, en muchos sitios, en primera fila.

Comparado con la primera mitad de 1914, este movimiento representa tanto en lo que se refiere a la intensidad del ataque como en lo que a la claridad de las consignas, un gran paso atrás. No tiene nada de particular es una huelga en la que toman parte principal las masas grises además el sector obrero dirigente reina el desconcierto más completo. Sin embargo las primeras huelgas que estallan durante la guerra se pulsa la proximidad de los grandes combates. El 16 de agosto declara el ministro de Justicia,

Si actualmente no estallan acciones armadas es, sencillamente, porque los obreros no disponen de organización. Pero todavía se expresaba más claramente Goremikin: El único problema con que tropiezan los caudillos obreros es la falta de organización, pues la detención de los cinco diputados bolcheviques la ha destruido. Y el ministro del Interior añadió: No es posible detener a los diputados de la Duma (los bolcheviques), pues son el centro de la organización del movimiento obrero en sus manifestaciones más peligrosas. Sin embargo, aquellos señores sabían muy bien dónde estaban sus verdaderos enemigos: en esto, no se equivocaban.

Al tiempo que el gobierno, aun en los momentos de mayor desconcierto en que se mostraba propicio a hacer concesiones a los liberales, creía imprescindible dirigir los tiros a la cabeza de la revolución obrera, los bolcheviques, la gran burguesía luchaba por llegar a una inteligencia con los mencheviques. Alarmados por las proporciones que iban tomando en las huelgas, los industriales liberales hicieron una tentativa para imponer una ley patriótica a los obreros, metiendo a los representantes elegidos por los Comités Industriales de Guerra. El ministro del Interior se lanzó a lo difícil que era luchar contra la iniciativa de Guchkov: Todo esto se hizo bajo la bandera del patriotismo y en nombre de los intereses de la patria nacional. Conviene tener en cuenta, sin embargo, que la policía se basaba muy mucho de detener a los socialpatriotas, en quienes veía a unos aliados indirectos en la lucha contra las huelgas y los excesos revolucionarios. El convencimiento de la policía de que, mientras durase la guerra, no ocurrían insurrecciones, se basaba en la confianza excesiva que había puesto en la fuerza del socialismo patriótico.

En las elecciones celebradas para proveer los puestos del Comité Industrial de Guerra fueron minoría los partidarios de la defensa, encabezados por Govosdiev, un enérgico obrero metalúrgico, con el que volveremos a encontrarnos más adelante de ministro del Trabajo en el gobierno revolucionario provisional. Sin embargo, contaba no sólo con el apoyo de la burguesía liberal sino también con el de la burocracia, parados por los bolcheviques, e imponer al proletariado de Petrogrado una representación en los organismos del patriotismo industrial. La posición de los mencheviques

aparece expuesta con toda claridad en el discurso pronunciado poco por uno de sus representantes ante los industriales del comité: De que el gobierno burocrático que está en el poder se retire, cediendo a vosotros como representantes legítimos del régimen actual. La amistad política entre estos elementos, que había de dar sus frutos maduros después de la revolución, iba estrechándose no ya por días, sino por horas.

La guerra causó terribles estragos en las organizaciones clandestinas. Después del encarcelamiento de su fracción en la Duma, los bolcheviques fueron privados de toda organización central. Los comités locales perdieron existencia episódica y no siempre se mantenían en contacto con los comités superiores. Solo actuaban grupos dispersos, elementos sueltos. Sin embargo, el movimiento huelguístico les infundió fuerza y ánimos en las fábricas, y poco a poco fue estableciéndose el contacto entre ellos y se anudaron las relaciones. Resurgió la actuación clandestina. El Departamento de policía empezó a escribir más tarde: Los leninistas, a los que sigue en Rusia la mayoría de las organizaciones socialdemócratas, han lanzado desde el primer día de la guerra, en los centros más importantes (tales como Petrogrado, Moscú, Kiev, Tula, Kostroma, provincia de Vladimir y Samara) una considerable cantidad de proclamas revolucionarias exigiendo el término de la guerra, el derrocamiento del régimen y la instauración de la República. Los frutos más palpables de esta labor son la organización de huelgas y desórdenes obreros.

El 9 de enero, aniversario tradicionalmente conmemorado de la manifestación obrera ante el palacio de Invierno, que el año anterior había sido inadvertido, hace estallar, en el año 1916, una huelga de extensiones. En estos años, el movimiento de huelgas se duplica. No hay nada importante en que no se produzcan choques con la policía. Los obreros se reúnen en galas de su simpatía por los soldados, y la Ojrana apunta más de una vez a un hecho inquietante.

La industria de guerra se desarrolla desmesuradamente, devorando los recursos a su alcance y minando sus propios fundamentos. Las ramas de producción de paz languidecen y caminaban hacia su muerte. A pesar de todos los planes elaborados, no se consiguió reglamentar la economía. La burocracia era incapaz ya para tomar el asunto por su cuenta: chocaba con la resistencia de los poderosos Comités Industriales de Guerra; no accedió, sin embargo, a entregar un papel regulador a la burguesía. No tardaron en agotarse las minas de carbón y las fábricas de Polonia. Durante el primer año de la guerra, Rusia perdió cerca de la quinta parte de sus fuerzas industriales y de la producción total y cerca del 75% de la textil hubieron de destruir las necesidades del ejército y de la guerra. Los transportes, el trabajo, no daban abasto a la necesidad de combustible y materias primas para las fábricas. La guerra, después de devorar toda la renta nacional, empezaba a nazaba con disipar también el capital básico del país.

Los industriales se mostraban cada vez menos propicios a hacer oír su voz.

nes a los obreros, y el gobierno seguía a contestando a las huelgas, fueran o no, con duras represiones. Todo esto empujaba el pensamiento de los obreros a remontarse de lo concreto a lo general, de las mejoras económicas a las reivindicaciones políticas: tenemos que lanzarnos a la huelga una vez. Así resurge la idea de la huelga general. La estadística de la guerra acusa de modo insuperable el proceso de radicalización de las masas. En 1915, toman parte en las huelgas políticas dos veces y media menos obreros que las puramente económicas. Basta apuntar una sola cifra para poner en relieve el papel desempeñado por Petrogrado en este movimiento: durante los años de la guerra, corresponden a la capital el 72% de los huelguistas.

En el fuego de la lucha se volatilizan muchas viejas supersticiones. La prensa comunica con harta dolor que, si se procediera como la ley ordena, se atraerían todos los delitos de injurias insolentes y abiertas a su majestad. El número de procesos seguidos por el artículo 103 alcanzó a cifras inauditas. Sin embargo, la conciencia de las masas no avanza en la misma medida que el propio movimiento. El agobio terrible de la guerra y del desmoronamiento del país acelera hasta tal punto el proceso de la lucha, que el movimiento mismo de la revolución, una gran parte de las masas obreras no han podido seguirlo, por falta material de tiempo, de ciertas ideas y de ciertos prejuicios que les imbuyeran el campo o las familias pequeñoburguesas de la ciudad de donde proceden. Este hecho imprime su huella a los primeros meses de la Revolución de Febrero.

A fines de 1916, los precios empiezan a subir vertiginosamente, a la vez que la inflación y a la desorganización de los transportes viene a unirse a la escasez de mercancías. El consumo de la población se reduce durante este período a más de la mitad. La curva del movimiento obrero sigue ascendiendo bruscamente. Con el mes de octubre, la lucha entra en su fase decisiva y las manifestaciones de descontento se mancomunan: Petrogrado toma carricla para lanzarse al salto de Febrero. En todas las fábricas se celebran manifestaciones. Temas: La cuestión de las subsistencias, la carestía de la vida, la guerra, el gobierno. Circulan hojas bolcheviques. Se plantean huelgas políticas. Se hacen manifestaciones a la salida de las fábricas y talleres. Aquí y allá se van casos de fraternización de los obreros de las fábricas con los soldados. En Tallin se da lugar a una tumultuosa huelga de protesta contra el consejo de guerra formado por los marineros revolucionarios de la escuadra del Báltico. El embajador ruso llama la atención del primer ministro, Sturmer, sobre el hecho de que los soldados dispararan contra la policía. Sturmer tranquiliza a Paleologue con las siguientes palabras: La represión será implacable. En noviembre envían al frente un grupo numeroso de obreros movilizados en las fábricas de Petrogrado. El día 15 de noviembre acaba bajo un cielo de tormenta.

Comparando la situación actual con la de 1905, el director del Departamento de policía, Vasiliev, llega a esta conclusión, harto poco tranquilizadora: las corrientes de oposición han tomado proporciones excepcionales que no han

alcanzado, ni mucho menos, en aquel turbulento periodo a que aludimos. El pueblo no confía en la lealtad de la guarnición. Ni la misma policía adicionalmente adicta. La Ojra denuncia la reaparición de ella con la consiguiente alarma general y el peligro de que vuelva a resurgir el terror. Los soldados que retornan del frente dicen, refiriéndose a la situación: ¿A lo que hay que hacer es acabar de un bayonetazo con esa canalla. Si los otros dependiera, no nos pararíamos a pensarlo, y por ahí, adelante.

Shlyapnikov, miembro del Comité Central de los bolcheviques, antiguo obrero metalúrgico, habla del estado de nerviosismo en que se encuentran los obreros por aquellos días: Bastaba con un simple silbido, con un ruido cualquiera, para que los obreros lo interpretasen como señal de pararse. Este detalle es interesante como síntoma político y como rasgo psicológico. El hecho de echarse a la calle, la revolución vibra ya en los nervios.

Las provincias recorren las mismas etapas, sólo que más lentamente. El acentuado carácter de masa del movimiento y su espíritu combativo hacen que el centro de gravedad se desplace de los obreros textiles a los metalúrgicos. Las huelgas económicas a las políticas, de las provincias a Petrogrado. Los primeros meses de 1917 arrojan un total de 575.000 huelguistas políticos, la mayor parte de los cuales corresponden a la capital.

Pese a la nueva represión descargada por la policía en vísperas de enero, el aniversario del domingo sangriento, se lanzaron a la huelga en la capital 150.000 trabajadores. La atmósfera está cargada, los metalúrgicos toman la cabeza, los obreros tienen cada vez más arraigada la sensación de que no hay modo de volverse atrás. En cada fábrica se forma un núcleo activo que tiene casi siempre por jefe a los bolcheviques. Durante las dos primeras semanas de febrero, las huelgas y los mítines se suceden sin interrupción. El día 8, al aparecer el día 8 en la fábrica de Putlov, es recibida con pedruzcos de hierro y escoria. El 14, día de apertura de las sesiones del Sóviet, se ponen en huelga en Petrogrado cerca de noventa mil obreros. También en Moscú paran algunas fábricas. El 16, las autoridades deciden implantar en Petrogrado los bonos de pan. Esta innovación aumenta el nerviosismo del pueblo. El 19 se agolpa delante de las tiendas de comestibles una gran multitud, formada principalmente por mujeres, pidiendo a gritos pan. Al día siguiente fueron saqueadas las panaderías en distintos puntos de la ciudad. Los albores de la insurrección que había de desencadenarse algunos días después.

La intrepidez revolucionaria del proletariado ruso no tenía su raíz únicamente en su seno. Ya su misma situación de minoría dentro del país que no hubiera podido dar a su movimiento tales proporciones, ni mucho menos ponerse al frente del Estado, si no hubiese encontrado un poderoso apoyo en lo hondo del pueblo. Este punto de apoyo se lo daba la agricultura.

Cuando en 1861 se procedió con gran retraso a emancipar a medias a los campesinos, el nivel de la agricultura rusa era casi el mismo que el

tes. La conservación del viejo fondo de tierras comunales escamoteado campesinos en beneficio de la nobleza al implantarse la reforma, agudizó automáticamente con los métodos arcaicos de cultivo imperantes la crisis demográfica en los centros rurales, que era a la par del cultivo alto en hojas. Los campesinos se sintieron cogidos en una celada, tanto más cuanto esto no ocurría precisamente en el siglo XVI, sino en el siglo XIX, es decir, un régimen muy avanzado de economía pecuniaria que exigía del viejo agricultor lo que sólo podía dar de sí el tractor. También aquí volvemos a encontrar con la coincidencia de varias fases distintas del proceso histórico, como resultado una exacerbación extraordinaria de las contradicciones reinantes.

Los eruditos, agrónomos y economistas sostienen que había tierra bastante con tal que se cultivase de un modo racional, lo cual equivalía a un progreso campesino que se colocara de un salto en una fase más alta de técnica de cultivo, pero sin tocar demasiado al terrateniente, el zar. Sin embargo, no hay ningún régimen económico, y mucho menos el agrario, que se encuentre entre los más inertes, que se retire de la escena histórica al haberse agotado todas sus posibilidades. Antes de verse obligado a pasar al cultivo más intensivo, el campesino tenía que someterse a una última experiencia para ver lo que daba de sí, su sistema de cultivo alterno en tres hojas. La experiencia sólo podía hacerse, evidentemente, a expensas de las tierras de los grandes propietarios. El campesino que se asfixiaba en su pequeña parcela de tierra y que vivía azotado por el doble látigo del mercado y del fisco encontraba el más remedio que buscar el modo de deshacerse para siempre del terrateniente.

El total de tierra laborable enclavada dentro de los confines de la Europa europea se calculaba, en vísperas de la primera revolución, en 280 millones de desiatinas. Las tierras comunales de los pueblos ascendían a unos 140 millones, los dominios de la Corona a cinco millones, aproximadamente los de la Iglesia sumaban, sobre poco más o menos, dos millones de desiatinas. De las tierras de propiedad privada, unos 70 millones se distribuían entre 30.000 grandes hacendados, a los que correspondían más de 500 desiatinas por cabeza, es decir, la misma cantidad aproximadamente que tenían que vivir unos 10 millones de familias campesinas. Esta estructura agraria constituía, ya de por sí, todo un programa de guerra campesina.

La primera revolución no había conseguido acabar con los grandes terratenientes. La masa campesina no se había levantado en bloque ni el movimiento desatado en el campo había coincidido con el de la ciudad. El ejército campesino había vacilado hasta que, por último, suministró las fuerzas necesarias para sofocar el alzamiento de los obreros. Apenas el regimiento de Semenov hubo sofocado la insurrección de Moscú, la monarquía se olvidó de poner una menor cortapisa a las propiedades de los grandes terratenientes ni a sus

3. Agente de la policía rural. [NDT.]

pios derechos autocráticos.

Sin embargo, la revolución vencida dejó profundas huellas en el gobierno abolió los antiguos cánones que venían pesando sobre las tierras, el concepto de redención y abrió las puertas de Siberia a la colonización. Los campesinos, alarmados, no sólo hicieron concesiones de montañas en los arriendos, sino que empezaron a vender una buena parte de sus tierras. De estos frutos de la revolución se aprovecharon los campesinos más acomodados, los que estaban en condiciones de arrendar y comprar las tierras.

Fue, sin embargo, la ley de 9 de noviembre de 1906 la reforma más importante implantada por la contrarrevolución triunfante la que abrió el camino a la formación de una nueva clase de hacendados capitalistas dentro de la masa campesina. Esta ley, que concedió a incluso a pequeños campesinos dentro de los pueblos el derecho a desglosar, contra la voluntad de los propietarios, parcelas pertenecientes a los terrenos de comunas, fue como un obstáculo para el desarrollo del régimen comunal. El presidente del Consejo de Ministros, Stolypin, definió el carácter de la nueva política campesina por el gobierno como un anticipo a los fuertes. Dicho más claramente, se trataba de impulsar a los campesinos acomodados a apoderarse de las tierras comunales rescatando mediante compra las parcelas libres para convertirlos en nuevos hacendados capitalistas en otras tantas columnas del orden. Este objetivo era más fácil de plantear que de conseguir. Aquí, en efecto, se trataba de suplantar el problema campesino por el problema de la tierra precisamente donde se estrelló la contrarrevolución.

El 1 de enero de 1916 había dos millones y medio de labradores con propiedades adquiridas e inscritas como de su propiedad. Se trataba de un millón de propiedades de más de dos millones pedían que se les adjudicasen de más millones de más como concepto. En apariencia, la reforma había alcanzado un triunfo completo. Pero el mal era que estas propiedades carecían en su mayoría de toda viabilidad. Eran más que materiales para una selección natural. En tanto que los campesinos más atrasados y los labradores modestos vendían aprisa unos grandes latifundios, y otros, sus parcelas de tierra, entraba en escena como una nueva burguesía rural. La agricultura pasaba, indudablemente, a ser una agricultura de progreso capitalista. En cinco años (1908-1912), la exportación de productos agrícolas subió de 1.000 millones a 1.500 millones de rublos. Esto significó que las grandes masas de campesinos se proletarianizaban y que los labradores acomodados lanzaban al mercado cantidades de trigo cada vez mayores.

Para suplir el régimen comunal obligatorio desplazado se organizó una cooperación voluntaria que, en el transcurso de pocos años, logró adelantarse en las masas campesinas, y que no tardó en convertirse en un idealismo liberal y democrático. Pero el hecho era que la cooperación

4. Campesino rico. [NDT.]

rec a verdaderamente más que a los campesinos ricos, que era a los que de cuentas, querían servir. Los intelectuales populistas, al concentrar en la operación campesina sus principales esfuerzos, lo que hacían era encarnar el amor al pueblo por los solidos rasgos de la burguesía. De este modo, se buy muy eficazmente a preparar el bloque del partido anticapitalista socialrevolucionarios con el partido de los kadetes, capitalista por esencia.

El liberalismo, guardando una actitud de oposición aparente frente a la política agraria de la reacción, no dejaba de contemplar, esperanzadamente, la destrucción capitalista del régimen comunal. En los pueblos escribiendo a la política liberal Trubetskoi surge una pequeña burguesía potente, tan ajena a su formación y por su espíritu a los ideales de la nobleza como a los de los socialistas.

Pero esta magnífica medallita tenía también su reverso. Del régimen comunal no sólo salió una potente pequeña burguesía, sino que salieron también sus antipodas. El número de campesinos que habían tenido que vender sus parcelas insuficientes llegaba, al comienzo de la guerra, a un millón, el cual representaba, por lo menos, cinco millones de almas proletarizadas. Estos campesinos formaban un material explosivo bastante considerable - los millones de campesinos pauperizados condenados a llevar la vida de hambre que les proporcionaban sus parcelas. Es decir, que se habían trasplantado al campo las contradicciones que tan pronto torcieron en Rusia el desarrollo de la burguesía en su conjunto. La nueva burguesía agraria destinada a apuntalar las propiedades de los terratenientes más antiguos y poderosos demostró la misma enemiga irreconciliable contra las masas campesinas, que eran la médula del régimen agrario que los viejos terratenientes sentían contra la masa del pueblo. Lejos de brindar un punto de apoyo al orden, la propia burguesía campesina se hallaba necesitada de un orden firme para poder mantener las conquistas. En estas condiciones, no tenía nada de sorprendente que la cuestión agraria siguiese siendo el caballo de batalla de todas las disputas. El mundo tenía la sensación de que la pelota estaba todavía en el terreno del diputado campesino Petrichenko declaraba en cierta ocasión desde la tribuna de la Duma: Por mucho que discutáis, no seréis capaces de crear otra ley. Por tanto, no tendréis más remedio que darnos el voto. Y no se crea que el diputado campesino era un bolchevique o un socialrevolucionario nada de eso, era un diputado monárquico y derechista.

El movimiento agrario remite, igual que el movimiento obrero de principios de fines de 1907, para resurgir parcialmente a partir de 1908 e intensificarse en el transcurso de los años siguientes. Ciertamente es que ahora la lucha se desarrollaba primordialmente alentada con su cuenta y razón por los reaccionarios e incluso por los propios organismos comunales. Al hacerse el reparto de las tierras comunales fueron frecuentes los choques armados entre los campesinos. Por ello amaina la campaña contra los terratenientes. Los campesinos ganan fuego a las residencias señoriales, a las cosechas, a los pajares, a los cerdos, a los cerdos de paso de las parcelas desglosadas contra la voluntad de los labradores.

del concejo.

En este estado se encontraban las cosas cuando la guerra sorprendió a los campesinos. El gobierno reclutó en las aldeas cerca de diez millones de hombres y unos dos millones de caballos. Con esto, las haciendas doblaron más todavía. Aumentó el número de los labriegos que no sembraban los dos años de guerra empezó la crisis del labriego modesto. La hostilidad de los campesinos contra la guerra iba en aumento de mes en mes. En octubre de 1916, las autoridades de la gendarmería de Petrogrado comunicaban que el poblador del campo no creía ya en el triunfo: según los informes de los seguros, maestros, comerciantes, etc., todo el mundo espera con impaciencia que esta maldita guerra se acabe de una vez ... Es más: en todas partes se oye discutir de cuestiones políticas, se votan acuerdos contra los terratenientes y los comerciantes, se crean células de difusiones... No existe todavía un organismo central unificador pero se proponen que los campesinos acaben por unirse por medio de las cooperativas que se extienden por minutos a lo largo de toda Rusia. En estos instantes cierta exageración en ciertos aspectos, los buenos gendarmes se adaptan a los acontecimientos, pero es evidente que los puntos fundamentales se reflejan.

Las clases poseedoras no podían hacerse ilusiones creyendo que los pueblos del campo dejarían de ajustarles las cuentas pero esperaban ser tratados como fuera, y ahuyentaban las ideas sombrías. Por los días de la embajada francesa Paleologue, que quería saberlo todo, conversó particularmente con el ex ministro de Agricultura Krivoschein con el presidente Rodzianko, con el gran industrial Putlov y con otros personajes. He aquí lo que descubrí: para llevar a la práctica una reforma agraria necesitaría un ejército permanente de 300.000 agrimensores que trabajarían cansablemente durante quince años por lo menos: pero como en este período el número de haciendas crecería a 30 millones, todos los cálculos que pudieran hacerse resultarían fallidos. Es decir, que, a juicio de los terratenientes, los altos funcionarios y los banqueros, la reforma agraria sería algo así como la cuadratura del círculo. Excusado es decir que los cálculos matemáticos no rezaban con el campesino, para el cual lo principal era acabar con los señores, y después ya se vería lo que había que hacer.

Si, a pesar de esto, los pueblos se mantuvieron relativamente pacíficos durante la guerra, ello fue debido a que sus fuerzas activas se encontraban en el frente. En las trincheras, los soldados no se olvidaban de la tierra que les dejaba libres el pensamiento de la muerte, y sus ideas del porvenir se impregnaban del olor de la pólvora. Pero, así y todo, los soldados adiestrados que estuviesen en el manejo de las armas, los campesinos que hubieran hecho nunca por su exclusivo esfuerzo la revolución agraria, es decir, su propia revolución. Necesitaban una dirección. Por primera vez en la historia del mundo, el campesino iba a encontrar su director obrero. En esto es en lo que la revolución rusa se distingue fundamen-

te de cuantas la precedieron.

En Inglaterra, la servidumbre de la gleba desapareció de hecho a finales del siglo XIV es decir, dos siglos antes de que apareciera y cuatro y medio de que fuera abolida en Rusia. La expropiación de las tierras de los campesinos llega, en Inglaterra, a través de la Reforma y de dos revoluciones del siglo XIX. El desarrollo capitalista, que no se ve a forzado desde fuera, por tanto, de tiempo suficiente para acabar con la clase campesina independiente mucho antes de que el proletariado naciera a la vida política.

En Francia, la lucha contra el absolutismo de la Corona y la aristocracia, los principios de la Iglesia obligó a la burguesía, representada por sus mejores capas, a hacer, a finales del siglo XVIII, una revolución agraria que la clase campesina independiente salida de esta revolución fue durante mucho tiempo el sostén del orden burgués, y en 1871 ayudó a la burguesía a derrotar a la Comuna de París.

En Alemania, la burguesía reveló su incapacidad para resolver de un modo revolucionario la cuestión agraria, y en 1848 traicionó a los campesinos para pasarse a los terratenientes, del mismo modo que, más de tres siglos antes, Lutero, al estallar la guerra campesina, los había vendido a los príncipes. Por su parte, el proletariado alemán, a mediados del siglo XIX, era demasiado débil para tomar en sus manos la dirección de las masas campesinas. Gracias a esto, el desarrollo capitalista dispuso en Alemania, si no de tanto tiempo como en Inglaterra, del plazo necesario para sostener a su régimen, a la agricultura tal y como había salido de la revolución burguesa parcial.

La reforma campesina realizada en Rusia, en 1861, fue obra de la mano burocrática y aristocrática, acuciada por las necesidades de la burguesía, pero ante la impotencia política más completa de la burguesía. La incapacidad campesina tuvo un carácter tal, que la forzada transformación capitalista del país convirtió inexorablemente el problema agrario en problema que sólo podía resolver la revolución. Los burgueses rusos soñaban con un modelo agrario de tipo francés, danés o norteamericano, del tipo que se quería con tal de que, naturalmente, no fuera ruso. Sin embargo, no se les ocurrió mirar la historia francesa o la estructura social norteamericana. En definitiva, los intelectuales demócratas, olvidando su pasado revolucionario, se pusieron al lado de la burguesía liberal y de los terratenientes, volviendo así a la aldea revolucionaria. En estas condiciones, no podía ponerse a prueba la revolución campesina más que la clase obrera.

La ley del desarrollo combinado, propia de los países atrasados a finales del siglo XIX, naturalmente, a una peculiar combinación de los elementos retrógrados con los factores más modernos se nos presenta aquí en su forma más característica, dándonos la clave para resolver el enigma más importante de la revolución rusa. Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja Rusia, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el desarrollo ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Si no fuera que naciera el Estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se

sen y compenetrasen rec procamente dos factores de naturaleza hist .
pletamente distinta: la guerra campesina, movimiento caracter stico
bores del desarrollo burguØs, y el alzamiento proletario, -el movimi
æala el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta uni n fue el a

IV. El zar y la zarina

Nada más lejos de nuestros propósitos que hacer finalidad primordial de este libro esas investigaciones psicológicas que ahora tanto privan y con pocas veces se pretende suplir las grandes fuerzas motrices de la Historia tienen un carácter suprapersonal. Una de ellas es la monarquía. Pero no se debe olvidar que estas fuerzas actúan a través de individuos. Además, la monarquía se halla consustanciada por esencia con el principio personal. Esto justifica, ya de suyo, el interés que despierta la personalidad de un monarca a quien el curso de los acontecimientos lleva a enfrentarse con la revolución. Confiamos además que nuestro estudio pondrá de relieve, -en parte al menos, donde termina en la personalidad lo personal por lo general, muchos aspectos de lo que a primera vista parece y como muchas veces las características singulares de una persona no son más que el rasguño que dejan en las leyes objetivas.

A Nicolás II le dejaron los antepasados, no sólo un poderoso imperio sino también la revolución. No le adornaron con una sola cualidad que le permitiera citarse para gobernar no ya un imperio, sino ni siquiera una provincia o un municipio. A aquella marejada histórica que empujaba sus olas poco a poco hasta las puertas de su palacio, oponía el último Romanov una sorda inercia: tal parecía como si entre su conciencia y la época en que vivía hubiera un velo transparente y, sin embargo, absolutamente impenetrable.

Las personas que tenían ocasión de tratar de cerca al monarca recordaban más de una vez, después de la revolución, que en los momentos más críticos de su reinado, al sobrevenir la rendición de Puerto Arturo y la destrucción de la escuadra en Zúsimá, como diez años después, durante la retirada de las tropas rusas en Galitzia, y dos años más tarde, en los días que precedieron a la abdicación, cuando todos los que rodeaban al zar estaban abatidos, abrumados y estremecidos, sólo él daba muestras de sangre fría. Se informaba de costumbre, del ~~nombre de~~ ~~recorridos~~ recorridos en sus viajes a lo largo de Rusia recordaba episodios de sus cacerías y anécdotas sacadas de las entrevistas oficiales y, mientras retumbaba el trueno y ya centelleaba el rayo sobre su cabeza, aquel hombre seguía interesado por las barreduras de su vida cotidiana. ¿Qué es esto? se preguntaba uno de los generales de su intimidad. ¿Una entereza inmensa, casi inverosímil, conseguida a fuerza de disciplina en la determinación divina de los acontecimientos? ¿O, simplemente, falta de discernimiento? . Ya el solo hecho de preguntarlo, lleva implícita, a

respuesta. Aquella proverbial buena educaci n del zar, la fuerza b a mostrarse dueño de s mismo aun bajo las circunstancias más dif puede explicarse, en modo alguno, por obra exclusivamente de un ent miento en el modo de conducirse, sino que ten a que radicar en su c diferente, en la indigencia de sus fuerzas an micas, en la pobreza sos volitivos. Esa máscara de indiferencia que en ciertos medios ll caci n se funda en Nicolás II con su rostro natural.

El diario del zar vale por todos los testimonios d a tras d a, van registrándose en estas páginas notas más anonadoras de su vac espiritual. He paseado un largo trecho y matado dos cuervos. He tor al oscurecer . Paseo a pie, paseo en lancha. Más cuervos y más tØ. dando con la pura fisiología. Y cuando habla de ceremonias religiosas en el mismo tono que cuando registra un fest n.

Por los d as que preceden a la apertura de la Duma nacional, cuando el pa s se siente estremecido por convulsiones, Nicolás II escrib abril. Me he paseado con camisa-blusa ligera y he reanudado los pas cha. He tomado el tØ en la terraza. Siana ha comido y paseado con n He le do . Ni una palabra acerca de lo que ley : lo mismo pod a ser la inglesa que un informe del Departamento de polic a. 15 de abril tado la dimisi n a Witte. Han comido con nosotros Mary y Dimitri. L acompaado al palacio .

El d a en que se decret la disoluci n de la Duma cuando lo misr tos dignatarios oficiales que los liberales estaban pasando por un pánico, el zar escrib a en su diario: 7 de julio, viernes. He esta do toda la maana. Llegamos con media hora de retraso al almuerzo c oficiales... Hab a tormenta y el aire era sofocante. Paseamos junto do a Goremikin y, ¡y firmado el ucase disolviendo la Duma! Hemos cor Olga y Petia. Por la tarde, lectura . Toda su emoci n ante la disol te de la Duma queda expresada, y gracias, con un signo de admiraci :

Los diputados de la Duma disuelta hicieron un llamamiento al pue ra que no pagase los impuestos y se negara a hacer el servicio mili ron una serie de sublevaciones militares: en Sveaborg, en Kronstadt buques de guerra, en diferentes regimientos se reanud en proporci más conocidas el terrorismo revolucionario contra las altas autorid escribe en su diario: 9 de julio, domingo. ¡Ya está hecho! Hoy ha suelta la Duma. Durante el almuerzo, despuØs de la misa, se ve an m ras largas... El tiempo era magn fico. Durante el paseo nos encontr jo Micha, que lleg ayer de Gatchina. Antes de comer, y durante tod me dediquØ a leer tranquilamente. Un paseo en canoa... . Nos dice q se y precisamente en canoa en cambio, no siente la necesidad de c lo que ley . Y as , una vez y otra, y otra.

Seguimos copiando de las hojas de aquellos d as preados de ince bre: 14 de julio. DespuØs de vestirme, me fui en bicicleta al baln baæo con deleite en el mar . 15 de julio. Me he baæado dos veces. .

cho calor. He comido solo con mi mujer. La tormenta ha pasado. 19 de... Me he bañado por la mañana. He recibido visitas en la granja. El tío V. Chagin almorzó con nosotros. Las sublevaciones, los atentados terroristas, lo le sugieren una ligerosísima consideración: ¡bonitas cosas!, que a su baja impasibilidad, y rayar a en el cinismo si fuese consciente.

A las nueve y media de la mañana nos trasladamos al regimiento de... pio... He paseado durante largo rato. El tiempo era espléndido. Me he... en el mar. Después del tío, recibí a Lvov y Guchkov. Y no dice ni una... de que aquella entrevista tan desusada de los dos liberales se relaciona... los planes de Stolypin para atraer a su gabinete a los políticos de la... El príncipe Lvov, futuro presidente del Gobierno Provisional, dijo ref... esta visita: Cuando esperaba ver al monarca abatido por el infortunio... ser a mi sorpresa al encontrarme con que salí a a mi encuentro un hombre... alegre y desahogado con una blusa de color frambuesa!.

El horizonte mental del zar no llegaba más allá que el de un modera... cionario de policía, con la diferencia de que éste, pese a todo, conoce... la realidad y no vive atosigado por las supersticiones. El único período... rante muchos años leyó Nicolás II y del que nutría sus ideas era un ser... editado con fondos oficiales por el príncipe Mecherski, hombre ruin y v... quien despreciaban hasta en la misma pandilla de burcratas reaccionar... que pertenecía. Por delante del zar cruzaron dos guerras y dos revolucio... sin que estos acontecimientos dejaran la menor huella en su horizonte... entre su conciencia y los acontecimientos se alzaba constantemente el... penetrable de la indiferencia.

De Nicolás II se decía, no sin razón, que era un fatalista. Conviene... embargo, advertir que este fatalismo era todo lo contrario a la fe act... estrella Nicolás II se tenía por un hombre de mala suerte. Su fatal... era más que una manera de defenderse pasivamente del proceso históric... daba la mano con un despotismo mezquino en sus motivos psicológicos, p... monstruoso en sus consecuencias.

Lo quiero yo, y así tiene que ser. Esta divisa escribe el cond... se manifestaba en todos los actos de aquel gobernante débil de volunta... quien su debilidad llevó a todo lo que caracteriza su reinado: un derri... to constante y, en la mayor parte de los casos, absolutamente innecesari... sangre, más o menos inocente...

Alguna vez se ha comparado a Nicolás II con el zar Pablo, aquel an... sado suyo medio loco, estrangulado por la camarilla, de acuerdo con su... hijo, Alejandro el bendito. Y no deja de haber, en efecto, entre est... manoviera afinidad: la de su desconfianza hacia todo el mundo, naci... falta de confianza en sí mismo la suspicacia de la nulidad omnipotent... timiento del que se cree despreciado por todos, casi podría uno decir... conciencia de parias coronados. Pero el zar Pablo era incomparablement... pintoresco. En su locura había un elemento de imaginación, aunque fuer... ponsable. En su descendiente todo es gris, sin un solo destello.

Nicolás II no era sólo inconstante, sino que también era perjuro. Los aduladores le llamaban *charmeur* un hombre encantador, por la dulzura con que trataba a los palaciegos. Pero es el caso que el zar se mostraba especialmente amable con aquellos dignatarios a quienes había decidido despachar: el ministro, encantado y fuera de sí por la amabilidad con que el zar le había recibido, al volver a casa, se encontraba muchas veces con una carta no sólo de destitución. Era una especie de jugada con que el monarca quería hacerse, sin duda, de su insignificancia.

Nicolás II no podía ver a ningún hombre de talento. No se sentía atraído más que entre las nulidades y los deficientes mentales, junto a los débiles y personas endebladas a quienes él pudiese mirar de arriba abajo. Tenía orgullo, pero no era un orgullo activo y refinado, sino indolente, sin iniciativa propia, y cuyo móvil era un sentimiento de envidia puesta a guisa de guardia. Elegía a sus ministros ateniéndose al principio de dejarse llevar una vez más bajo. A los hombres de talento y de carácter sólo acudía en los extremos, cuando no tenía más remedio, como se hace con el cirujano sólo se le llama cuando se trata de salvar la vida. Así sucedió primero con Stolypin. El zar los trataba a ambos con hostilidad mezclada. Y, apenas vencía el foco agudo de la situación, se apresuraba a barajarse de unos consejeros que estaban demasiado por encima de él. Su sistema político y radical era esta selección al revés, que el presidente Duma, Rodzianko, se atrevió a decir al zar, el 7 de enero de 1917, que la revolución llamaba ya a las puertas: Señor, a vuestro alrededor no quedaba ya un solo hombre honrado ni digno de confianza: los mejores han sido asesinados o se han ido, quedándose tan sólo los que gozan de dudosa reputación.

Todos los esfuerzos de la burguesía liberal para entenderse con el zar eran fallidos. El incansable y camorrista Rodzianko intentaba sacudir al zar con sus informes. Pero ¡todo inútil! El zar pasaba por momentos, incluso las insolencias, preparando en silencio la disolución del Imperio. El gran duque Dimitri, antiguo favorito del zar y futuro copartícipe en el asesinato de Rasputín, se lamentaba, con su cómplice el príncipe Yuri, que el zar demostraba cada día más indiferencia ante cuanto le rodeaba. Dimitri se inclinaba a creer que le habían dado al monarca algún brebaje para debilitarlo. Por su parte, el historiador liberal Miliukov escribe: Como de que este estado de apatía mental y moral del zar provenía del alcohol. Todo invenciones o exageraciones. El zar no tenía necesidad de narcóticos, pues llevaba en la sangre el bebedizo fatal. Lo que le sucedió que sus efectos tenían que suscitar por fuerza asombro en instantes aquellos en que la crisis interna del país iba fraguando la revolución que era un buen psicólogo, sólo a decir lacónicamente cuando hablaba: Le falta un tornillo.

1. Las militantes revolucionarias.

Aquel hombre apagado, impasible, bien educado, era un hombre cruel. Pero no con esa crueldad activa, proyectada sobre fines históricos, de el Terrible o de un Pedro el Grande, sino con la crueldad cobarde del último vástago zado ante la tragedia fatídica de su propio destino. Ya en los albores nacido, Nicolás II tributó un elogio a los bravos soldados - por haber do a los obreros. Solamente a leer con placer los informes en que la Dirección daba cuenta de haber azotado a latigazos a las estudiantes de corteo, o relataba los pogromos judíos en que se machacaba el cráneo a bres indefensos. Aquel monstruoso coronado se sentaba atraído con toda ma por la hez de la sociedad, por aquellos montones de Negros no sólo les pagaba espléndidamente sus servicios de las arcas del Estado que gustaba de conversar afectuosamente con ellos, oyéndole relatar sus zaaas y perdonándoles piadosamente cuando remataban a algún diputado de la oposición. Witte, que subió al poder en pleno período represivo de la revolución, escribió Memorias. Cuando las noticias de las hazañas insensatamente crueles perpetradas por los cabecillas de esas bandas lle a o dos del zar, merecían indefectiblemente su aprobación y encontraban defensa. Despachando una reclamación del general-gobernador de los pa bálticos pidiendo que se llamase la atención de cierto capitán Richter ejecutado por iniciativa propia, sin previa formación de causa, a pesar no habían opuesto resistencia alguna, el zar estampó al margen del informe: ¡bravo muchacho! . Est mulos de éstos nos los encontramos a montones. Aquel hombre encantador, abélico, sin aspiraciones, sin imaginación, terrible que todos los tiranos de la historia antigua y moderna.

El zar se hallaba enormemente influido por la zarina, influencia que creciendo con los años y las dificultades del gobierno. Los dos juntos una especie de todo orgánico. Esta unión es una de tantas pruebas que tizan hasta qué punto, bajo la presión de las circunstancias, lo personal encuentra complemento en lo colectivo. Pero digamos algo acerca de la zarina.

Maurice Paleologue, embajador francés en Petrogrado durante la guerra, un psicólogo muy agudo, sin duda, para los académicos franceses y las literatas de su país, hace un retrato pulcro y lamido de la última zarina. La sazón moral, la tristeza crónica, una melancolía ilimitada, un tránsito de la exaltación al abatimiento, sus ideas atormentadoras acerca de lo invisible y ultraterrenal, en superstición, ¿acaso todos estos rasgos un modo tan acusado se manifiestan en la personalidad de la zarina, no también los rasgos genuinos del pueblo ruso? . Por muy extraño que parezca en el fondo de esta dulzona adulación se encierra un granito de verdad. Cuando el satánico ruso Saltikov llamaba a los ministros y gobernadores de los barones bálticos alemanes con alma rusa, no cabe duda que precisamente estos extranjeros, que no tenían la menor afinidad con el pueblo ruso, fueron los que engendraron el tipo más depurado de administrador so de pura raza .

Pero, ¿por qué el pueblo sent a un odio tan franco contra esta zarina? Según Paleologue, encarnaba de un modo tan completo su propia alma? La contestación es harto sencilla: para justificar la nueva situación contrabía colocada, aquella alemana se asimilaba con frecuencia a las condiciones e inspiraciones de la Edad Media rusa, la más inteligente y poderosa del mundo, en una época en que el pueblo se debatía desesperadamente por emanciparse de la propia barbarie medieval. Aquella princesa de Prusia literalmente poseída por el demonio de la autocracia: exaltada y orgullosa como un provinciano a las alturas del despotismo bizantino, no quería por nada del mundo de su trono de autocrata. La Iglesia ortodoxa le prestaba su mística y la magia de que necesitaba su nueva estrella. Y cuando apareció el nuevo mundo apareció a la indignidad del viejo régimen, más firmemente creyó en su misión. Dotada de un carácter fuerte y de capacidad para la empresa, seca y dura, la zarina completaba al abelico zar, dominándolo.

El 17 de marzo de 1916, un año antes de que estallara la revolución, el país martirizado se revolcaba ya atenazado por la derrota y la ruina. El zar escribió a su marido, al cuartel general: ... No debes dar pruebas de debilidad, nombrar un gobierno responsable, etc..., hacer lo que debe hacer el zar. Sontuguerra, tu honor y el de nuestra patria y no los de la Duma que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una palabra sobre estas cuestiones. Por lo menos, era un programa rotundo y escueto. Cuando se lo escribió, acababa siempre por imponerse a las vacilaciones constantes.

Cuando Nicolás II salió a ponerse al frente del ejército como general en jefe, la zarina tomó en sus manos, de hecho, las riendas del gobierno superior del país: los ministros despachaban con ella, ni más ni menos como si fuera la zarina gobernadora. La zarina, con su camarilla, conspiró contra la Duma, contra los ministros, contra los generales del estado mayor, contra el mundo, hasta contra el propio zar. El 6 de diciembre de 1916, escribió al monarca: ... Puesto que ya has dicho que quieres retener a Protodivov, no dejes que se atreva (se refiere a Trópov, el primer ministro) a poner un puñetazo sobre la mesa, no hagas concesiones, demuéstrales que eres el amo, cree a tu dura mujercita y cita a nuestro amigo, ten fe en los otros. Tres días después vuelve a insistir: Sabes que la razón es esta, mantén la cabeza alta, ordena a Trópov que trabaje de acuerdo con tu voluntad, no pongas un puñetazo sobre la mesa. Estas frases parecen cosa de invención, pero no inventamos nada, están tomadas al pie de la letra de cartas autógrafas de la zarina. Además, aunque se quisiera, la invención no podría llegar a ser tan buena.

El 13 de diciembre, la zarina escribe nuevamente al zar, volviendo a hacerle sus sugerencias: Todo menos el gobierno responsable con el que sueñan todos los países del mundo. Esto está todo más tranquilo y mejor pero tú te quieres que sientes el puño. ¿Qué sé yo cuánto tiempo hace que oídas partes lo mismo! a Rusia le gusta sentir el escozor del látigo en el cuerpo. Aquella princesa de Hesse convertida a la religión ortodoxa y coronada en Windsor y coronada con la tiara bizantina, no sólo encarna el

sino que la desprecia orgánicamente, pide el látigo, escriba la zarina rusa al zar ruso del pueblo de Rusia, dos meses y medio antes de que el monarca se sepultara para siempre en el abismo.

La zarina, superior a su marido en carácter, no lo era en inteligencia, acaso inferior y más inclinada todavía a que él a buscar la sociedad de simples de espíritu. La íntima y jamás desmentida amistad que les unía a ella con Anna Viroboba, una dama de palacio, nos da la medida del calibre real de la pareja autocrática. La propia Viroboba se calificaba a sí misma como tonta, sin que en ello hubiese, por cierto, asomo de modestia. Witte, no se le puede negar el ojo certero, decía de ella que era como una simple petersburguesa vulgar y necia, y además fea, con una cara que parecía una burbuja de manteca al derretirse. El zar y la zarina se pasaban horas charlando, consultando los negocios públicos y manteniendo correspondencia con esta mujer, a la que cortejaban servilmente, deshaciéndose en reverencias ante los viejos dignatarios, los embajadores y los financieros, y que, aunque no tenía el talento suficiente para no olvidarse de llenar el bolsillo y la influencia en la vida política que la Duma imperial y todos los ministros.

Pero Viroboba no era más que el medio del Amigo, aquel Amigo cuya ya autoridad campeaba sobre los otros. Este es mi opinión personal sobre la zarina al zar, ya veremos lo que piensa nuestro Amigo. La opinión del Amigo no era ya personal, sino decisiva. Me ratifico en lo dicho sobre la zarina unas cuantas semanas después. Yeme a mí, es decir, a nuestro Amigo y confía en nosotros para todo... Sufro por ti como si fueras un niño débil y dócil, que necesita que le guíen, pero que presta oído a malos consejos, mientras el hombre enviado por Dios le dice lo que hay que hacer.

...Con las oraciones y la ayuda de nuestro Amigo, todo se arreglará.

Si no le tuviera fe, ¿cómo haría tiempo que todo habría terminado, estoy completamente persuadida de ello.

El Amigo enviado por Dios, era Grigori Rasputin.

Durante todo el reinado de Nicolás II y de Alejandra no cesaron de llamar por Palacio adivinos y epilópticos traídos de todos los ámbitos de Rusia hasta de otros países. Había proveedores de la real casa encargados especialmente de suministrar esa mercancía, y que se congregaban en torno al círculo de turno, rodeando al monarca de una especie de Cámara-alta todopoderosa. Había de todo: viejas beatas con título de marquesas, dignatarios que buscaban algún empleo y financieros que tomaban en arriendo a gabinete enteros. Los jerarcas de la Iglesia ortodoxa, celosos de esta competencia ejercida por hipnotizadores y adivinos sin patente oficial, se apretaban a abrirse caminos propios en aquel santuario central de la intriga. Witte se enfrentó a esta pandilla gobernante, contra la que se estrelló por dos veces, en la celda de la celda palaciega de los leprosos.

Cuanto más se aislaba la dinastía y más abandonado se sentía el monarca, mayor era la necesidad que sentía del auxilio del cielo. Hay tribus que para llamar al buen tiempo hacen girar en el aire una tablilla atada

tremo de un hilo. El zar y la zarina usaban estas tablillas para los versos. El vagón del zar estaba literalmente cubierto de imágenes y de santos y de toda clase de objetos de culto, con los que quiso hacer, primero, a la artillería japonesa y, luego, a la alemana.

El nivel de los medios palatinos no había variado gran cosa, en una u otra generación. Bajo Alejandro II, llamado el Emancipador, los grandes duques creían sinceramente en los duendes y en las brujas. Alejandro III seguía todo igual, aunque más en calma. La camarilla de corte existió siempre. Lo único que variaba era su composición y sus procedimientos. Nicolás I no creía aquella atmósfera de medievalismo salvaje, sino que, al igual que sus antepasados. Lo que ocurre es que durante aquellos años se fue modificando, los problemas se complicaron, se elevó el nivel de la camarilla palaciega quedando rezagada. Si la monarquía, bajo la presión exterior, se ve obligada a hacer concesiones a las nuevas fuerzas, internamente no había conseguido, ni mucho menos, modernizarse al contrario, se iba en su misma, y el espíritu medieval se fue coagulando bajo la acción de la hostilidad y del miedo, hasta convertirse en una pesadilla repugnante que se cernía sobre el país.

El 1 de noviembre de 1905, en el momento crítico de la primera revolución, el zar escribe en su diario: He conocido a un santo llamado Rasputín, de la provincia de Tobolsk. Era Rasputín, campesino siberiano, con un carácter rebelde a cerrarse en la cabeza, recuerdo de los golpes recibidos en sus tiempos de cuatrero. Presentado en Palacio en el momento propicio, no tardó en encontrar auxiliares de alto copete, o, por mejor decir, de los que le encontraron a él, y así se fue formando una nueva pandilla, ante la cual, que se adueña orgánicamente de la voluntad de la zarina y, por ende, de la del zar.

En las altas esferas de la sociedad petersburguesa se hablaba ya de Rasputín, desde el invierno de 1913-1914, de que todos los altos nombramientos, los contratos de suministros y concesiones pasaban por la camarilla de Rasputín. El zar (nombre santo) iba convirtiéndose poco a poco en una institución pública. La policía le guardaba las espaldas celosamente, y los ministros tenían las miradas fijadas en él. Los agentes del Departamento de Asesinato llevaban un diario de su vida, en que no faltaba un solo detalle por el que él iba al visitar Pokrovski, su pueblo natal, Rasputín, en estado de embriaguez, había caído a golpes con su padre en medio de la calle, dejándolo ensangrentado. Aquel mismo día, 9 de septiembre de 1915, Rasputín enviaba dos telegramas, uno a Tsarskoie-Selo a la zarina otro al cuartel general del zar.

Los agentes registraban día tras día, en un lenguaje típico, las actividades del Amigo. Hoy ha vuelto a casa a las cinco de la mañana, completamente ebrio. La noche del 25 al 26 la pasó en casa de Rasputín la artista que se había casado con la princesa D. (esposa de un gentilhomme de cámara del zar) al hotel Astoria... Y a poco: Ha vuelto a casa, procedente de...

Selo, cerca de las once de la noche . Rasputin ha llegado a casa con cesa Ch., muy embriagado, y en seguida volvieron a salir juntos . Y al siguiente, por la mañana o por la tarde, el viaje a Tsarskoie-Selo. A la afectuosa del policia de ~~sonreírse~~ el hoy tan pensativo, contesta: No sé qué hacer: si convocar la Duma o no convocarla . Otro asiento: Llegó a las cinco de la mañana bastante embriagado . Siempre la misma melodía durante meses y años, una melodía en que no había más que tres notas: tanto embriagado , Muy embriagado y Completamente embriagado . El general de la gendarmería, Klobachev, reunía y refrendaba con su firma noticias, tan trascendentes para la vida del Estado.

La influencia de Rasputin se mantuvo en su apogeo durante seis años últimos de la monarquía . Su vida en Petrogrado cuenta el principio y el fin hasta cierto punto de ella y, más tarde, asesinato de Rasputin se ha convertido en una fiesta continua, en la borrachera inacabable del diario a quien de pronto, inesperadamente, se le viene la dicha a las manos . Tenía en mi poder escribe el presidente de la Duma, Rodzianko una gran cantidad de cartas escritas por madres cuyas hijas habían sido deshonradas por aquel desvergonzado libertino . El metropolitano de Petrogrado, Pitirim, el obispo Varnava, casi analfabeto, debían sus puestos a Rasputin . El procurador del Santo Sínodo, Sabler, permaneció en el cargo durante largo tiempo por la amistad de ~~estaretyz~~ el fue también el que impulsó la destitución del primer ministro Kokovtsev, que no había querido recibirle . Rasputin nombró a Sturmer presidente del Consejo de Ministros a Protopopov, ministro de la Gobernación Raiev, nuevo procurador del Sínodo, y así a muchos más . El embajador de la república francesa, Paleologue, solicitó una entrevista con Rasputin . Cuando yo delante de él le besé , exclamando: ~~vóritable iludimor~~, gané el corazón de la zarina para la causa de Francia . El judío Simanovitch, el financiero ~~de~~ fichado por la policía como jugador y usurero, hizo nombrar ministro de Justicia, por mediación de Rasputin, a un sujeto llamado Dobrolovski, que era, sencillamente, un ladrón . No debes de ver la petaca que ~~acompañó~~ escribe la zarina al zar, hablándole de los nuevos nombramientos . Nuestro Amigo me pide que hables de todo esto con Protopopov días ~~des~~: Nuestro Amigo dice que Sturmer puede seguir siendo presidente del Consejo de Ministros durante algún tiempo . Y a poco: Protopopov te una verdadera veneración por nuestro Amigo , y el cielo le bendice .

En uno de aquellos días en que los agentes de la policía registraban cuidadosamente el número de botellas y de mujeres, la zarina escribió, teleguida, al zar: Acusan a Rasputin de besar a las mujeres y de otras cosas en este estilo . Lee los Apóstoles y verás cómo besaban a todo el mundo como sacos . Seguramente que el argumento de los Apóstoles no hubiera convencido a los agentes encargados de vigilar ~~la~~ . En otra carta, la zarina va todavía más allá: Durante la lectura del Evangelio escribe he pensado mucho en nuestro Amigo al ver cómo los escribas y fariseos perseguían a Cristo, fustigaban a unos hombres perfectos... ¿Qué verdad es aquello de que nadie es profeta

su tierra! .

El comparar a Rasputin con Jesucristo era cosa corriente en aquellas esferas, y no tenía nada de particular. El miedo a las poderosas fuerzas de la historia, que amenazaban desencadenarse, era demasiado grande para que los zarzales pudieran contentarse con un Dios impersonal y con la sombra imprecisa del Cristo de los Evangelios. Necesitaban un nuevo advenimiento del hombre . La monarquía, empujada al abismo, agonizante, encontraba un nuevo ídolo en su imagen y semejanza.

Si Rasputin no hubiera existido dijo un hombre del antiguo r00, el senador Tgantsev no habría habido más remedio que inventarlo . En pocas palabras hay mucha más sustancia de lo que se imaginaba su autor. Si queremos entender lo que hay de más antisocial y parasitario en la sociedad, podremos decir, sin temor a equivocarnos, que la rasputinización de la golfería coronada, en el apogeo de su esplendor.

v. La idea de la revolución palaciega

¿Por qué las clases dirigentes, que buscaban el modo de evitar la revolución no hicieron nada por librarse del zar y de los que le rodeaban? No debían pensar en ello, pero no se atrevían. Les faltaba la fe en su causa, y la idea de la revolución palaciega flotaba en la atmósfera hasta que llegó la verdadera revolución. Detengámonos un momento aquí, pues ello nos da una idea más clara de las relaciones reinantes en las esferas de la explotación entre la monarquía, las altas esferas de la nobleza y la burocracia y las

Las clases ricas eran de arraigadas convicciones monárquicas. Así dictaban sus intereses, sus tradiciones y su cobardía. Pero una monarquía RasputinesLa monarquía le contestaba: Tenéis que tomarme tal y como soy. La zarina salía al paso de las instancias en que les suplicaban que constituyesen un ministerio presentable enviando al zar al cuartel general una memoria que le había dado Rasputín y pidiéndole que la comiese para reforzar su autoridad. Acuórdale le conjuraba de que se fuera a Philippe (un charlatán e hipnotizador francés) decía que no podía dar una Constitución, pues traería ruina y la de Rusia... . ¡Sólo Pedro el Grande, Iván el Terrible, el emperador aplasta cuanto caiga a tus pies! .

¡Qué mezcla repugnante de miedo, de superstición y de rencorosa imprevisión del país! Se creía que, en las alturas por lo menos, la familia no estaba ya tan sola viendo a Rasputín rodeado siempre de una cortina de damas aristocráticas y al chamanismo adueñado de los favores de la nobleza. Pero no. Este misticismo del miedo, lejos de unir, separa. Cada uno quiere salvarse a su manera. Muchas casas aristocráticas tienen sus secretos, entre los que se establece una rivalidad. Hasta en las altas esferas burguesas se ve a la familia del zar como apestada, ceñida por un cordón nitario de desconfianza y hostilidad. La dama de la corte Viréoboba dice: Memorias. Tenga el profundo y doloroso presentimiento de una gran hostilidad en cuantos rodeaban a aquellos a quienes ya adoraba, y sentía que esta hostilidad iba tomando proporciones aterradoras... .

Sobre aquel sangriento fondo de la guerra, bajo el ruido sordo y perturbador de las sacudidas subterráneas, los privilegiados no renunciaban a la hora a los goces de la vida. Muy al contrario se entregaban a ellos. Pero en sus orgías aparecía con mayor frecuencia un esqueleto y se oía nazaba con las falanges de sus dedos descarnados. Entonces se les anto-

que todas las desgracias provenían del detestable carácter de Alicia de Iéfelon a abelica del zar, de aquella imbecil y avida Viréboba y siberiano con la frente sellada. Ofrendas de horribles presentimientos a las clases gobernantes y sacudidas como de calambres se traían desde la periferia al centro: la odiada camarilla de Tsarskoie-Sudando cada vez más aislada. Viréboba ha dado expresión con bastante frecuencia, en Memorias, llenas en general de mentiras, al estado de espanto de las alturas por aquel entonces: Centenares de veces me preguntó: ¿le pasa a la sociedad petersburguesa? ¿Están todos enfermos del espíritu han contagiado de una de esas epidemias que hacen estragos en tiempos de guerra? Difícil es saberlo, pero lo cierto es que todo el mundo se hallaba en un estado anormal de excitación.

Entre los que habían perdido la cabeza se contaba también la familia de los Romanov, toda aquella tralla avida, insolente y por tanto los grandes duques y las grandes duquesas poseídos todos de un terrores, se hacían la ilusión de huir del círculo que los atenazaba, contra la aristocracia rebelde, murmuraban del zar y la zarina, se mordían los labios y a quienes les rodeaban. Los augustos todos dirigían al zar cartas de amor y de odio en las que, por debajo del respeto, se adivinaba el rechinar de los dientes.

Ya después de la revolución de Octubre, Protopopov describió, sin sinceridad, pero de un modo bastante pintoresco, el estado de espíritu que reinaba en las esferas dirigentes. Hasta las clases más elevadas conspiraban contra la revolución. En los salones y en los clubes se criticaba dura y desfavorablemente la política del gobierno, se analizaban y dictaminaban las relaciones con el extranjero. En el seno de la familia real se contaban anecdotas acerca del jefe de la familia. Se escribían versos satíricos. Muchos grandes duques frecuentaban abiertamente estas reuniones, y su presencia daba a aquellas invenciones caricaturescas, aquellas malvolas exageraciones, a los ojos de la gente, un marcado carácter de verdad. Hasta el último momento, nadie tuvo conciencia de lo peligroso que era aquel juego.

Una de las cosas que más contribuían a dar pábulo a los rumores que corrían acerca de la camarilla palaciega era la acusación de germanofilia. Pero la inteligencia directa con el enemigo que contra ella se lanzaba, el golpe y atropellado Rodzianko declara sin ambages: La articulación y el cumplimiento de las aspiraciones era tan lógica y evidente que a mí, al menos, no me quedaba menor duda de que entre el estado mayor alemán y la camarilla de Rasputin había alguna relación. La simple invocación de la evidencia y la fuerza al tono categórico de su testimonio. Aun después de la revolución puede descubrirse la menor prueba de que existiese una inteligencia entre los rasputinianos y el estado mayor alemán. Lo de la llamada germanofilia era una cosa. No se trataba, naturalmente, de las simpatías y antipatías de la zarina, de estirpe alemana, del primer ministro Sturmer, del conde de Kleinmichel, del mayordomo de palacio, conde Frederichs, ni de los balleros de apellido alemán. Memorias de la vieja intrigante Klein

Michel nos revelan con desnuda evidencia hasta qué punto estaba por encima de nacionalismos la alta aristocracia de todos los países de Europa, y en todas partes por lazos de parentesco y de herencia, por el desprecio a los demás simples mortales y por sus libertinajes-cosmopolitas entre los muros de los viejos castillos, de los balnearios de moda europeas. Tenían bastante más de real las antipatías orgánicas de la familia palaciega contra aquellos plebeyos abogados de la República francesa y las simpatías de los reaccionarios lo mismo los de apellido teutónico de nombre eslavo contra el espíritu auténticamente prusiano del gobierno berlinés, que durante tanto tiempo les había tenido fascinados con sus títulos, sus modales de sargento mayor y su estulticia llena de suficiencia.

Más tampoco era esto lo decisivo. El peligro se desprendía de la misma de la situación, pues la corte no tenía más salida que buscar su solución en una paz por separado, tanto más apremiante cuanto más peligrosos tornaba aquella situación. Como veremos más adelante, el liberalismo había en la persona de sus jefes a reservarse para sí la carta de la paz por separado, enfocándola en la perspectiva de su subida al poder. Esto les impedía precisamente a desarrollar una furiosa agitación chovinista, engañando al pueblo y aterrorizando a la corte. La camarilla no se atrevió, en una cuestión espinosa, a quitarse prematuramente la careta, y se ve a incluso obligado asociarse al tono patriótico del país, al tiempo que tanteaba bajo cuerdo camino para una paz separada.

El general Kurlov, jefe de la policía y miembro de la camarilla de corte, niega, en sus memorias naturalmente, las simpatías alemanas de sus protectores pero, a renglón seguido, añade: No hay razón para acusar a nadie porque sostuviese que la guerra con Alemania era la mayor desgracia que podía ocurrirle a Rusia y carecía de toda base política seria. Conviene sin embargo, que el tal Sturmer, que sostenía una opinión tan interesada, el jefe de gobierno de un país que estaba en guerra con Alemania. El ministro del Interior, Protopopov, sostuvo, en sus esperanzas de posesionarse de la cartera en Estocolmo, una conversación con un diplomático alemán, de la que dio cuenta al zar y al propio Rasputín siempre, según Kurlov, habiéndole parecido como una inmensa calamidad para Rusia la guerra con Alemania. Finalmente, la emperatriz escribió al zar, el 5 de abril de 1916: No osarían ustedes, decir que él tenga nada que ver con los alemanes, porque sea bondadoso y generoso para todos como Cristo, sin preguntar a nadie por la religión que profesa, como debe ser todo verdadero cristiano.

Claro está que este verdadero cristiano, que casi nunca posaba la mano en la escudriñadora, podía haber estado perfectamente, como lo estaba, en relación con espías profesionales, con usureros y proxenetas aristocráticas, con agentes directos del espionaje. No nos extrañaría que mantuviese amistad

1. Diminutivo de Nicolás [NDT.]

de Østas. Pero los patriotas de la oposici n iban mÆs allÆ y formul sa de un modo mÆs directo, pues acusaban personalmente a la zarina dora. El general DenikinMemorias, escritas a la vuelta de mucho tiempo, dice: En el frente nadie se recataba para decir que la zarina costa una pæparada, que hab a traicionado al mariscal Kitchener de do, segøn se dec a, su viaje a los alemanes, etc. Esto contribuy i te a desmoralizar las tropas, influyendo en su actitud ante la dinavoluci n . El propio Denikin cuenta que, y despuØs de la revoluci n darle el general AlexØiev abiertamente quØ pensaba de la supuesta t la zarina, hab a contestado de un modo vago y de mala gana que al nar sus papeles se hab a encontrado con un mapa en el que estaba se con todo detalle la situaci n de las tropas en todo el frente, y es ducido a Øl, AlexØiev, una impresi n abrumadora... Y sin decir ni mÆs aæde Denikin elocuentemente cambi de conversaci n . Si la z ten a entre sus papeles ese mapa misterioso, es cosa que ignoramos evidente, desde luego, que los fracasados generales no ve an con ma que se descargara sobre la emperatriz una parte de la responsabilidad incumb a por sus derrotas. Los rumores acerca de la traici n de la ron segur simamente de arriba, de los ineptos estados mayores.

Si era verdad que la zarina, a cuyos mandatos se plegaba ciegame zar, pon a en manos del kÆiser los secretos de guerra y hasta las c los mariscales aliados, ¿quØ mejor que quitar de en medio a la real gran duque NicolÆs Nicolaievich, jefe del ejØrcito y a quien se con mo la cabeza visible del partido antigermÆnico, estaba predestinado te casi a asumir el papel supremo de amparador de la revoluci n pal fue otra la causa de que el zar, a instancias de Rasput n y de la z tuyaera al gran duque y tomara en sus manos el mando supremo de las Pero la zarina le tem a incluso a la entrevista que hab an de celebrino en la ceremonia de traspaso de poderes: Procura, tesoro, ser le escribe la zarina al zar al cuartel general , y no dejes que Ni engæe con alguna promesa ni con nada acuØrdate de que Grigori te l vado de Øl y de sus malvados amigos... AcuØrdate, en nombre de Rusi que maquinaban: deshacerse de ti (no, no es ningøn rumor vano Orlo ya todos los papeles preparados) y recluirme a m en un convento...

Miguel, hermano del zar, le dec a a Rodzianko: Toda la familia lo pernicioso que es Alejandra Teodorovna. Mi hermano y ella estÆn por todas partes de traidores. Todas las personas decentes se les h Pero, ¿quØ hacer en esta situaci n? . La gran duquesa Mar a Pulovna en presencia de sus hijos, en que Rodzianko tomara sobre s la inic primir a la zarina. Rodzianko propuso que se diese aquella converso no celebrada en otro caso, si no quer a faltar a su juramento, tener en conocimiento del zar que la gran duquesa hab a invitado al p de la Duma a quitar de en medio a la emperatriz. He aqu c mo aquel so gentilhomme de cÆmara convert a el tema del atentado contra la

un gracioso chiste de sal n.

El propio gobierno se hallaba, en ciertos momentos, en marcada oposición con el zar. Ya en 1915, año y medio antes de estallar la revolución, se hacían abiertamente en las reuniones ministeriales discursos que aun hoy parecen inverosímiles. Así, el ministro de la Guerra, Polivanov, decía una política conciliadora para con la sociedad puede salvar la situación. Los diques actuales no pueden contener la catástrofe. Y el ministro Grigorovich: Nadie ignora que el ejército no confía en nosotros y espantados. El ministro de Negocios Extranjeros, Sazanov: La popularidad y su prestigio han disminuido considerablemente a los ojos de las masas populares. El ministro del Interior, príncipe Cherbatov: No servimos para Rusia en la situación que se ha creado... Es necesaria una dictadura política de conciliación. (Consejo de Ministros del 21 de agosto de 1915) Una ni otra solución servían ninguna de las dos era ya factible. El zar se inclinaba a la dictadura, rechazaba la política conciliadora y se negaba a dimitir a los ministros que se consideraban ineptos. Un elevado funcionario hace la siguiente acotación a los discursos de los ministros: Por lo que habrá más remedio que dejarse colgar de un farol.

Con semejante estado de espíritu, no tiene nada de sorprendente que en las altas esferas burocráticas se hablara de la necesidad de una revolución palaciega como único medio de evitar la revolución inminente. Cerrando los ojos recuerda uno de los que tomaron parte en estas conversaciones haber podido uno figurarse que se encontraba entre revolucionarios de toda la rda.

Un coronel de gendarmes, a quien se dio la comisión de inspeccionar a las tropas del sur de Rusia, trazaba en su informe un cuadro sombrío: Como resultado de la labor de propaganda, sobre todo en lo tocante a la germanización de la emperatriz y del zar, el ejército se ha hecho a la idea de una revolución palatina. En los clubes de oficiales se habla abiertamente en este sentido y sus murmuraciones no encuentran réplica merecida en el alto mando. Por otra parte, Protopopov atestigua que un número considerable de elementos pertenecientes al alto mando simpatiza con el golpe de Estado algunos de ellos se hallaban en relación con los elementos del llamado bloque progresivo y ejercían influencia.

El almirante Kolchak, que más tarde habría de adquirir tan gran celebridad, dijo, después de la derrota de sus tropas por el Ejército Rojo, cuando ante la comisión fiscalizadora de los soviets, que había mantenido relaciones con muchos miembros de la oposición de la Duma, cuyos discursos escuchaba con placer, ya que veía a contrapunto el régimen existente en perspectiva de la revolución. Sin embargo, Kolchak no fue puesto al corriente de los planes de la revolución palaciega. Después del asesinato de Rasputín y del subsiguiente destierro de los grandes duques, los aristócratas hablaron en voz bastante alta de la necesidad de proceder a la revolución de camarilla. El príncipe Protopopov cuenta que el gran duque Dimitri, detenido en Palacio, fue visitado

ciales de varios regimientos que le propusieron distintos planes de cisiva, con los cuales, naturalmente, no pod a mostrarse conforme

Se sospecha que los diplomáticos aliados, al menos el embajador co, estaban complicados en el complot. El dicho embajador, respondiendo dudablemente a la iniciativa de los liberales rusos, hizo en enero sin antes solicitar la venia de su gobierno, una tentativa para inf colÆs. El zar escuch atenta y amablemente al embajador, le dio las pas a hablar de otras cosas. Protopopov dio cuenta a NicolÆs II de nes de sir Buchanan con los jefes del bloque progresista y propuso gilase la Embajada britÆnica. El zar hizo como si no aprobara esta por entender que el vigilar a los embajadores no se aven a con las internacionales. Kurlov dice, sin embargo, sin vacilar, que los ag vestigaci n informaban diariamente de las relaciones del l der del p dete, Miliukov, con la Embajada britÆnica . Como se ve, las tradic nacionales no fueron obstÆculo mayor pero su infracci n tampoco s mucho. La conspiraci n palatina no fue descubierta.

¿Exist a, en realidad, tal conspiraci n? Nada hay que lo pruebe. un complot era demasiado vasto, abarcaba elementos demasiado hetero os y numerosos. Flotaba en el aire como expresi n del esp-ritu de l dad petersburguesa, como una vaga idea de salvaci n o como una salie esperada, pero sin llegar a concretarse en ningØn plan prÆctico.

La nobleza del siglo XVIII introdujo mÆs de una vez enmiendas de ter prÆctico en el orden de sucesi n al trono, encerrando o estrang emperadores que no le eran gratos fue lo que se hizo con Pablo en puede decirse, pues, que la revoluci n palaciega no tuviese preceder tradiciones de la monarqu a rusa al contrario, constitu a un eleme constante del zarismo. Pero ya hac a tiempo que la aristocracia no me en su puesto. Ced a a la burgues a liberal el honor de estrangul a la zarina, y el caso es que tampoco los caudillos de este otro po traban mÆs decisi n que ella.

DespuØs de la revoluci n fueron reiteradamente sealados como je las conspiraciones los capitalistas liberales Guchkov y Terechenko Krimov, que simpatizaba con ellos. Los propios Guchkov y Terechenko maron, aunque de un modo vago, la conjetura. Era natural que el due Guchkov, ese voluntario en la guerra de los boers contra Inglaterra con espuelas, se destacase a los ojos de la opini n pÆblica como adecuada para aquel complot. El no era, por cierto, un ret rico, con fesor Miliukov. Guchkov pensar a, indudablemente, mÆs de una vez en de esos golpes certeros y rÆpidos por medio de los cuales un regimi Guardia se basta para suplantar y evitar la revoluci MemØa Witte, er rias denunciaba a este personaje, a quien odiaba, como un devoto de todos empleados por los j venes turcos para deshacerse de -los sulta lestos pero Guchkov, que en sus aØos de juventud no hab a tenido t demostrar su arrojo de joven turco, era ya un hombre cargado de aØo

bre todo, al colega de Stolypin no podía pasarse desapercibida la distancia que mediaba entre las condiciones de Rusia y la vieja Turquía, ni podía preguntarse si aquel golpe de Estado palaciego no resultaría a la vez de un medio de evitar la revolución, el último empujón que desencadenase la tormenta — es decir, si el remedio no sería peor que la enfermedad.

En la literatura consagrada a la revolución de Febrero se habla de la jura palaciega como de un hecho firmemente comprobado. Miliukov se expresa así: El golpe estaba señalado para febrero. Denikin amplió el plazo. Ambos recuerdan el plan de detener el tren del zar en el camino, la abdicación y, en el caso, que se consideraba inevitable, de que se suprimiera físicamente. Miliukov añade que, en previsión del posible Estado, los jefes del bloque progresista, que no participaban en el complot, que no estaban detalladamente informados de los preparativos del mismo, estudiaban sigilosamente cuál sería el mejor medio de aprovecharse de un golpe, caso de que diera resultado. Algunos estudios marxistas de estos últimos años aceptan la versión de que el golpe de Estado llegó a prepararse, por ejemplo dicho sea de paso demuestra cuán pronto y con qué fuerza se abren paso de las leyendas a través de la ciencia histórica.

La prueba más importante del complot palatino que frecuentemente se alega es el pintoresco relato de Rodzianko, que atestigua precisamente que hubo tal complot. En enero de 1917 llegó del frente a la capital el general, quien declaró ante los miembros de la Duma que las cosas no podían seguir de aquel modo: Si os decidís a esa medida extrema (la sustitución del zar) os apoyaremos. ¡Si os decidís! El octubrista Chidiviski exclamó, colérico: ¿hay por qué compadecerle, cuando está arrastrando a Rusia a la ruina. En el transcurso de la acalorada discusión que se entabló alguien citó las palabras pronunciadas por Brusilov o que, por lo menos, se le atribuyeron. Puesto en trance de optar entre el zar y Rusia, mi puesto estaría a cualquier lado de Rusia. El joven millonario Terechenko se mostraba partidario inexorable del regicidio. El cadete Chingarev interviene, para decir: El general razona: hay que dar el golpe de Estado. ¿quién se decide a darlo? ¿quién estaba en esto: ¿quién se decide? Tales son, en puridad, los argumentos que da Rodzianko, que, por su parte, votó contra el golpe de Estado de febrero. Hablaba. Por lo visto, en el transcurso de las pocas semanas siguientes no avanzó ni un paso. Hablaban de detener el tren real pero no se decidieron a encargarse de esta operación.

En su juventud, el liberalismo ruso apoyaba con su dinero y sus simpatías a los terroristas revolucionarios, en la esperanza de que las bombas anarquistas echarían en sus brazos a la monarquía. Ninguno de aquellos respetables caballeros sabía lo que era jugarse la cabeza. Pero lo verdaderamente importante no era el miedo personal: era el miedo de clase. Las cosas no pensaban los liberales no andan nada bien, pero aún podrían andar mejor. De todas maneras, si Guchkov, Terechenko y Krimov se dispusieran seriamente a dar el golpe de Estado, si realmente lo hubieran llegado

ar movilizando fuerzas y recursos, se hubiera sabido de un modo indespues de la revoluci n, pues ni los organizadores ni, sobre todo, tores j venes, que hubieran sido legi n, ten an raz n alguna para g lencio acerca de aquella hazaña casi cumplida. Derrocada la monar to no hubiera hecho más que dar pábulo a su carrera. Pero -en vano b mos semejantes revoluciones. Por lo que a Guchkov y Krimov se refie podemos asegurar sin temor a equivocarnos que sus afanes no pasaron unos cuantos suspiros patri ticos entre sorbo y sorbo de vino y chu pado de habano. Los conspiradores casquivanos de la aristocracia, l que los sesudos varones opositoristas de la plutocracia, -no tuviero eficiente para corregir por medio de la acci n los funestos derrotero por la providencia.

Uno de los liberales más fatuos y palabreros, Maklakov, exclamab yo de 1917, en una sesi n privada de la Duma, arrollada ya la monar la revoluci n: Si nuestros descendientes maldicen a esta revoluci : decirEn tambi n a nosotros mismos, que no supimos evitarla a tiempo tAndola desde arriba . Más tarde, ya desde la emigraci n, Kerenski, el ejemplo de Maklakov, dice, afligido: S , la Rusia privilegiada : po desde arriba un golpe de Estado del que tanto se hablaba y para tantos (?) preparativos se hab an hecho , que hubiera evitado la ca explosi n del r gimen .

Estas dos exclamaciones completan el cuadro y demuestran que cua ya la revoluci n hab a desencadenado sus fuerzas indomables, los ne trados segu an creyendo que hubiera podido evitarse fÆcilmente con bio oportuno en las cumbres dinÆsticas del r gimen.

Falt decisi n para llevar a cabo la gran revoluci n palaciega ella brot el plan de un pequeo golpe de Estado. Los conspiradores no se atrevieron a suprimir al primer actor del drama monÆrquico p grandes duques decidieron suprimir al apuntador, viendo en el asesi Rasput n el æltimo recurso para salvar a la dinast a.

El pr ncipe Yusupov casado con una Romanov, asocia a la empresa duque Dimitri Pavlovich y al diputado monÆrquico Purichkievich. Tam taron atraerse al liberal Maklakov, sin duda para dar a aquel asesi rÆcter nacional . El famoso abogado escurri lindamente el bulto y prudentemente, a suministrar a los conjurados el veneno. ¡Detalle Ø estilo! Los conjurados confiaban, y no sin raz n, que el autom vil mas de Romanov facilitar a la desaparici n del cadÆver despu s de p el crimen. ¡Magn fica ocasi n para demostrar la utilidad del blas n des duques! Lo demÆs se desarroll como en un argumento de pel cula gusto. En la noche del 16 al 17 de diciembre, Rasput n, invitado a fue asesinado en el palacio de Yusupov.

Las clases gobernantes, si se excepta a la reducida camarilla y ticas adoradoras del santo , vieron en el asesinato de Rasput n un dor. El gran duque, arrestado en su domicilio con las manos manchadas

la expresión del zar, por más grande que fuera un santo, no por eso dejaba de ser un campesino, fue visitado en señal de simpatía por todos los miembros de la casa imperial que se hallaban en Petrogrado. La hermana de la zarina, viuda del gran duque Sergio, comunicó por telégrafo que rezó por los asesinos y bendeció a su patriótica acción. Los periódicos, mientras tanto la prohibición de tocar el tema de Rasputín, publicaron artículos en los teatros intentaron organizarse manifestaciones en honor de los mártires y los transeúntes se felicitaban por las calles. En las casas particulares, en los clubes de oficiales, en los restaurantes recuerda el príncipe Yusupov brindaba por nuestra salud en las fábricas, los obreros lanzaban hurra por nuestro honor. Es perfectamente explicable que los obreros no dieran un paso atrás de pena al enterarse del asesinato de Rasputín. Pero sus gritos de odio no tenían nada que ver con la esperanza de que se corrigiese la dinastía.

La camarilla de Rasputín adoptaba una actitud expectante. Rasputín, enterrado sigilosamente sin más cortejo que el zar, la zarina, sus hijos y la emperatriz, era una boba. Junto al cadáver del santo Amigo, antiguo cuatrero, asesinado por los grandes duques, la familia real tuvo que sentirse sola y como apestada. Rasputín no encontró sosiego ni debajo de tierra. Cuando a Nicolás II y a su familia se les consideraba ya como arrestados, los soldados de Tsarskoie-Selo abrieron la tumba y exhumaron el fóretro. Junto a la cabeza del muerto se puso un icono con esta dedicatoria: Alejandra, Olga, Tatiana, María, Anastasia. El Gobierno Provisional envió un emisario con órdenes de que el cadáver se trasladado, no se sabe para qué a Petrogrado. La multitud se opuso y el emisario tuvo que quemar el cadáver en presencia suya.

Después del asesinato del Amigo, la monarquía no vivió más de días. Aunque pequeño, todavía le quedaba un plazo por suyo. Ya no vivió Rasputín, pero seguía reinando su sombra. Contra lo que habían esperado los conspiradores después del asesinato, la pareja real siguió sosteniendo una especial obstinación a los miembros más despreciables de la camarilla de Rasputín. Para vengar a éste, fue nombrado ministro de Justicia un canalla. Varios grandes duques fueron desterrados de la capital. Se decía que Yusupov se dedicaba al espiritismo para conjurar el espíritu del muerto. En consecuencia cada vez más a la garganta de la monarquía.

El asesinato de Rasputín tuvo grandes consecuencias, aunque no precisamente las que habían imaginado sus autores e instigadores. Lejos de atenuar la crisis, lo que hizo fue exacerbarla. Por todas partes se hablaba de la caída de los palacios y en los estados mayores, en los talleres y en las chozas de los campesinos. La conclusión no era difícil de sacar: hasta los grandes duques iban a acudir al veneno y al revolver contra la corrompida camarilla de Rasputín. La Block escribió, comentando el asesinato de Rasputín: La bala que a él se le clavó en el mismo corazón de la dinastía reinante.

Robespierre recordaba a la Asamblea Legislativa que la oposición de la burguesía, al debilitar a la monarquía, había puesto en pie a la burguesía y a ella a las masas populares. Al propio tiempo, Robespierre advertía a

el resto de Europa la revolución no podrá desarrollarse con la misma fuerza que en Francia, porque las clases privilegiadas de los otros países, siguiendo el ejemplo de la aristocracia francesa, se cuidan mucho de no tomar nosotros la iniciativa de la revolución. Pero, al hacer este notable análisis se equivocaba, suponiendo que con su oposición irreflexible los sucesos habrían dado una lección perdurable a la aristocracia de los demás países. El ejemplo de Rusia había de demostrar de nuevo en 1905, y sobre todo en 1917, que la revolución, al enfrentarse con el régimen autocrático y feudal, es decir, contra la nobleza, encuentra en sus primeros pasos una oposición coherente, no sólo de la baja nobleza, sino incluso de sus sectores más privilegiados, de los miembros de la dinastía inclusive. Este notable fenómeno histórico podrá parecer paradójico y contrario a la teoría de la revolución, pero en realidad sólo contradice a la idea vulgar que muchos tienen de ella.

La revolución surge cuando todos los antagonismos de la sociedad alcanzan su máxima tensión. La situación, en estas condiciones, se hace intolerable incluso para las clases de la vieja sociedad, es decir, aquellas que están condenadas a desaparecer. Sin dar a las analogías biológicas más importancia que merecen, no será inoportuno recordar que llega un momento en que el parto es algo tan inevitable y fatal para el organismo materno como el nacimiento de un nuevo ser. La rebelión de las clases privilegiadas no hace más que agravar la incompatibilidad de su posición social tradicional con las necesidades vitales de la sociedad en el futuro. La aristocracia, sintiendo convertirse en la enemiga general... hace recaer la culpa sobre la burocracia. Esta vez a la nobleza, hasta que ambas juntas, o cada cual por su parte, expresan su descontento contra el símbolo monárquico del poder.

El príncipe Cherbátov, sacado de las instituciones de la nobleza rusa y vir durante algún tiempo como ministro de la Corona, decía: Tanto yo como yo somos antiguos mariscales de la nobleza provinciana. Hasta ahora nadie nos ha considerado como de la izquierda, ni nosotros mismos nos damos este carácter. Pero ni él ni yo podemos comprender que imperen en el Estado una situación en la que el monarca y su gobierno se hallen realmente divorciados de todo lo que hay de razonable en el país - de las ideas revolucionarias no hay para qué hablar: de los nobles, de los comerciantes de las ciudades, ~~de los~~ incluso del ejército. Si en las alturas no se puede escuchar nuestra opinión, sabremos cuál es nuestro deber: marchar.

Para la nobleza, la causa de todos los males está en que la monarquía ha vuelto ciega o ha perdido el juicio. La clase privilegiada no ha puesto sus esperanzas en una política capaz de conciliar la sociedad vieja con la nueva. O, dicho en otros términos: la nobleza no se aviene a la idea de que está condenada a desaparecer, y convierte lo que no es más que la angustia y el temor de la nobleza en rebelión contra la fuerza más sagrada del viejo régimen, contra la monarquía. La acritud y la irresponsabilidad de la rebelión aristocrática se explican por la misma molición histórica a que están acostumbrados los más altos representantes, por su miedo insuperable a la revolución.

herencias y contradicciones de la rebeldía aristocrática tienen su origen en el hecho de que se trata de una clase que tiene cerradas todas las vías y del mismo modo que una lámpara, antes de extinguirse, brilla por un momento con resplandor más vivo, aunque sea humoso, la nobleza, en los momentos de la agonía, tiene un resplandor súbito de protesta que presta servicio a sus enemigos mortales. Es la dialéctica de este proceso, lo que se aviene a la teoría de la sociedad de clases, sino que sólo entra su explicación.

VI. Agonía de la monarquía

La dinastía cayó apenas sacudirla, como fruto podrido, antes de que la crisis tuviera tiempo siquiera a afrontar sus miras más inmediatas. La idea que trazamos de la vieja clase dirigente no sería completa si no interviniera a exponer cómo se enfrentó la monarquía con la hora de su hundimiento.

El zar se encontraba en el cuartel general, en Mohilev, adonde se había trasladado, no porque fuese necesaria su presencia allí, sino huyendo de las molestias petersburguesas. El cronista palaciego, general Dubenski, que estaba cerca del zar en el cuartel general, registra en su diario: «Hasta aquí una vida tranquila. Todo seguirá como antes. El zar no cambiará nada. Lo que las causas exteriores y fortuitas pueden imponer algún cambio...». El 26 de febrero, la zarina escribió al cuartel general, en inglés, como siempre, para decir que el Kedrinski ese de la Duma (se trata de Kerenski) será ahorcado por sus detestables discursos y hay que hacerlo a toda costa (ley de tiempo de guerra). Y serviría de ejemplo. Todo el mundo anhela e implora de ti energía. El 27 de febrero recibe en el cuartel general un telegrama del ministro de la Guerra diciendo que en la capital han estallado huelgas y disturbios, pero que se han tomado las oportunas medidas y que la cosa no tiene importancia. ¡Como se ve, ha cambiado nada!

La zarina, que enseñaba siempre al zar a no retroceder, sigue haciendo todo lo posible por mantenerse firme. El 26, con el visible propósito de convencer al ánimo vacilante de Nicolás, le telegrafía que en la ciudad todo es tranquilo. Pero en el telegrama de la noche se ve obligada ya a decir que las cosas toman en la capital muy mal cariz. Por carta le dice: «Decirles, sin ambages, a los obreros que se dejen de huelgas, y si siguen haciéndolas, mandarles al frente como castigo. No hay para qué disparar. Lo que hace falta es orden y no dejarles que atraviesen los puentes. No es mucho pedir, en verdad: ~~solamente~~ Y, sobre todo, no permitir que los obreros lleguen al centro de la ciudad. Que se ahoguen de rabia e impotencia en sus suburbios.

Por la mañana del día 27 es enviado desde el frente a la capital el general Ivanov con un batallón de georgianos y plenos poderes dictatoriales, con instrucciones para que no los proclame hasta después de ocupado Tsarskoie-Selo. Difícilmente podía haberse pensado en un hombre menos adecuado para aquella misión: recuerda el general Denikin, que también más tarde de haber a de hacer sus pinitos de dictadura militar era un hombre ser-

capaz de orientarse en una situación política, sin fuerzas, ni energía, ni rigor. La elección recayó en él en gracia a sus méritos durante la revolución: once años antes, este general había hecho entrar en Kronstadt. Pero esos once años no habían pasado en balde. Durante esos años los represores habían envejecido y los reprimidos se habían hecho adultos. A los frentes septentrional y occidental ordenó que preparasen trenes para enviarlas a la capital. Por lo visto, creían disponer de tiempo sobra. El propio Ivanov daba por supuesto que la cosa acabaría pronto y bien. Había una gentileza de acordarse de encargarse a su ayudante en Mohilev que comprara provisiones para los amigos de Petrogrado.

El 27 de febrero, Rodzianko envió al zar un nuevo telegrama, que comenzaba con estas palabras: Ha llegado la hora suprema en que van a decidirse los destinos de la patria y de la dinastía. El zar dijo a Frederich, jefe de palacio, comentando el despacho: Ese gordo de Rodzianko vuelve a verme cuatro tonterías, a las que ni siquiera pienso molestarme en contestar. No aquello no era ninguna tontería, y pronto había de convencerse que no tenía más remedio que contestar.

El 27, cerca del mediodía, se recibe en el cuartel general un correo de Jabalov hablando de motines en los regimientos de Pavlovski, Glininski, de Litvoski y de Preobrazhenski, y apuntando la necesidad de que se enviase del frente tropas de confianza. Una hora después llega un telegrama completamente tranquilizador del ministro de la Guerra: Los disturbios que estallaron por la mañana en algunos regimientos son sofocados firmemente por las compañías y los batallones, fieles a su deber. El jefe firmemente persuadido de que se restablecerá pronto la tranquilidad. Sin embargo, después de las siete de la tarde del mismo día, el propio ministro comunica que las escasas tropas que siguen fieles a su deber no son suficientes para sofocar la sublevación. Y pide el urgente envío de fuerza realmenten en cantidad suficiente para proceder simultáneamente en los distritos de la capital.

El Consejo de Ministros reunido aquel día creyó llegado el momento para eliminar de su seno, por sí y ante sí, a la supuesta causa de aquellas calamidades: al ministro del Interior, Protopopov, hombre rudo. Al mismo tiempo, el general Jabalov pone en vigor el decreto firmadas del gobierno declarando por orden de su majestad el estado de guerra en Petrogrado. De este modo se intentaba mezclar una vez más una paleta de cal con otra de arena, pretensión vana, aunque tal vez no fuese imposible. No se llegó siquiera a fijar los bandos declarando el estado de guerra. El resultado que el general-gobernador Balk no tenía engrudo ni pinceles. La autoridad constituida no servía ya ni para pegar un bando: pertenecía ya a las sombras.

La sombra principal de este último gabinete del zar era el príncipe sin, un viejo de setenta años, que se había pasado varios años regentando las funciones benéficas de la zarina y a quien ésta había puesto al frente

no en los días felices de la guerra y la revolución. Cuando los amigos preguntaban a este bonachón aristócrata ruso, a este viejo senil como fin a el liberal barón de Nolde, por qué había aceptado un cargo de responsabilidad, Golitsin contestaba: Para tener un recuerdo agradable conservar. Más no lo conseguí, por cierto. Hay un relato de Rodzianko atestigua cuál era el estado de ánimo del último gobierno del zar en aquellos momentos. Al recibirse las primeras noticias de que las masas avanzaban sobre el palacio de Marinski, donde el gobierno celebraba sus reuniones, apagadas inmediatamente todas las luces del edificio. Aquellos hombres al frente del Estado sólo aspiraban a una cosa: a que la revolución dejara en ellos. Mas el rumor no se confirmó, y cuando, viendo que el temerario asalto no ocurría, volvieron a encenderse las luces, más de un ministro apareció, con gran sorpresa propia acurrucando debajo de la mesa. No pudo averiguarse qué clase de recuerdos guardar a en aquel lugar.

Más tampoco el propio Rodzianko debía de sentirse muy animoso. Después de varias tentativas trabajosas y estériles para establecer comunicación telefónica con el gobierno, consigue al fin que le pongan al habla con el príncipe Golitsin, el cual le previene: Tenga la bondad de no dirigirse y hacer nada, pues estoy dimitido. Al oír esto, Rodzianko, según nos cuenta su secretario, se dejó caer pesadamente sobre un sillón, se cubrió la cara con las manos y balbuciendo: ¡Qué horror!... ¡Dios mío! ¡Sin autoridad!... ¡Anarquía!... ¡Sangre!, rompió a llorar silenciosamente. Al derrumbarse el espectro caduco del zarismo no había consuelo para Rodzianko: se sentía parado, huérfano. ¡Qué lejos se hallaba en aquellos momentos de pensar al día siguiente había de ponerse a la cabeza de la revolución!

La contestación telefónica de Golitsin se explica teniendo en cuenta que el día 27 por la tarde el Consejo de Ministros se había reconocido incapaz para dominar la situación y había aconsejado al zar que pusiese al frente del gobierno a una persona que gozara de la confianza general del país. El zar contestó a Golitsin en estos términos: Respecto a las modificaciones propuestas en el ministerio, las considero inadmisibles en las circunstancias actuales. ¿A qué otras circunstancias esperaba? Al propio tiempo, el zar expresó que se adoptasen las medidas más energéticas para sofocar la sublevación. Todo era más fácil de decir que de hacer.

Al día siguiente, 28, hasta la indomable zarina se siente abatida. El secretario cesario hacer concesiones le telegrafió a Nicolás. Las huelgas continuaban y muchas tropas se han pasado a la revolución. Fue necesario que se sublevase toda la Guardia, toda la guarnición, para que la celosa guardiana de la autocracia comprendiese la necesidad de hacer concesiones. Ahora que el zar empieza también a darse cuenta de lo que le había telegrafiado aquel gordo de Rodzianko no eran ninguna tontería. Nicolás decide trasladarse al lado de su familia. Es posible que los caudillos del cuartel que no se sentían tampoco muy seguros, hiciesen todo lo posible por quedarse a guisa de selo de encima.

En un principio, el tren real hizo su recorrido normalmente con tumbre, fue recibido en todas las estaciones por los agentes de polbernadores. Lejos del torbellino revolucionario, recluido en su vagón habitual, el zar volvió a perder, visiblemente, la sensación fatal que se avecinaba. El día 28, a las tres de la tarde, cuando los acontecimientos haba decidido ya su suerte, el zar enva desde la zarina este telegrama: Tiempo magnífico. Confíen que os encontraré buenos y tranquilos. Han sido enviados fuertes destacamentos de tropas de el frente. Tiernamente, En vez de las concesiones a las que la propia zarina le impulsa, el tierno amante enva tropas del frente. El zar del tiempo magnífico, horas después, el zar ya no tiene más remedio que afrontar cara a cara el vendaval revolucionario. El tren llegó hasta de Vischera, donde los ferroviarios no dejaron seguir viaje: El puertuido, le dijeron. Lo más probable es que este pretexto lo inventó propio sòquito imperial para disimular la verdadera realidad. Nicolás o intentaron hacerle pasar por Bologoye, la línea de Nikolaievski; tampoco aquí dejaron paso al tren real. Aquello era mucho más elocuente todos los telegramas de Petrogrado. El zar haba abandonado el cuartel y encontraba cerrado el paso a su capital. ¡Con los peones federales, la revolución daba jaque mate al rey!

El general Dubenski, que acompañaba al zar en su viaje, escribió: Todo el mundo se da cuenta de que este viraje nocturno de Vischera una noche histórica... Para mí es evidente que el problema de la Constitución ya decidido no hay más remedio que implantarla... Ya no se habla de la necesidad de ponerse de acuerdo con ellos, con los miembros del gobierno Provisional. Ante el semáforo cerrado, detrás del cual acecha la muerte, todos, el conde Frederichs, el príncipe Dolgoruki, el duque de Berg, todos estos caballeros aristocratas se sienten partidarios de la paz. No piensan siquiera en luchar y resistir un poco. Negociar nada, decir, volver a engañar al pueblo o intentarlo, por lo menos, como antes.

Mientras el tren real erraba de un lado para otro, sin encontrar a la zarina enviaba telegrama tras telegrama al zar incitándole a regresar lo más pronto posible. Pero los telegramas llegaban todos devueltos inscripciones en lápiz azul: Se ignora el paradero del destinatario. Los telegramas de Telógrafos no podían dar con el zar de todas las Rusias.

Regimientos con bandera y música se dirigieron en manifestación hacia el Palacio de Taurida. La guardia de palacio formó bajo el mando del gran coronel Vladimirovich, en quien se reveló de súbito, como atestigua la historia Kleinmichel, una gran prestancia revolucionaria. Los centinelas se retiraron y los palatinos abandonaron el palacio. Allí todo el mundo atendía a salir del mismo, dice Virébova. Por el interior del palacio erraban grupos de soldados revolucionarios, que lo miraban todo con viva curiosidad. Antes de que los dirigentes resolvieran lo que haba que hacer, ya la gente de a pie haba convertido en un museo el palacio de los zares.

El zar, cuyo paradero se ignora, vira con su tren hacia Pskov, donde el estado mayor del frente septentrional que manda el viejo general Ru el s0quito del zar se suceden unas proposiciones a otras. El zar da tiempo y sigue contando por días y por semanas, cuando la revolución ya por minutos.

El poeta Block pinta al monarca en los últimos meses de su reinado: co, pero abélico nervioso, pero insensible a todo receloso de todo desquiciado, pero cauto en las palabras, no era ya dueño de sí mismo. dejado de comprender la situación y no daba ni un solo paso, echándose pletamente en brazos de aquellos a los que él mismo había puesto en el der. ¡Piñese hasta qué punto se acentúan en este hombre esos ras abulia y de desquiciamiento, de miedo y de desconfianza, al sobrevenir timos días de febrero y los primeros días de marzo!

Por fin, Nicolás, haciendo un último esfuerzo, se dispuso a enviar ma al odiado Rodzianko telegrama que no debió de llegar tampoco a cur se diciéndole que, en aras de la patria y de su salvación, le encargamaci n de un nuevo ministerio, reservándose únicamente la provisi n de teras de Negocios Extranjeros, Guerra y Marina. El zar quiere todav a ellos: no hay que olvidar que avanzan numerosas tropas sobre Petro

El general Ivanov pudo llegar, efectivamente, sin novedad a Tsarsk lo. Por lo visto, los ferroviarios no se decidieron a hacer frente a los georgianos. El general había de confesar algún tiempo después que, te el trayecto, se había visto obligado a usar por tres o cuatro veces si n paternal contra los soldados rebeldes, obligándoles a arrodillarse diatamente de llegar el dictador a Tsarskoie-Selo, las autoridades l comunicaron que un choque de los georgianos con las tropas podría poner grave peligro la vida de la familia real. Pero por quien temían era p mos, y esto les llevaba a aconsejar al pacificador que se volviese.

El general Ivanov formuló a Jabalov, el otro dictador, diez preguntas todas las cuales recibió una contestación precisa y categórica. Reproduz aquí las preguntas y las respuestas, pues en verdad que lo merecen:

Preguntas de Ivanov

1" ¿Qué tropas se ajustan al orden y cuáles faltan a él?

2" ¿Qué estaciones están guardadas?

3" ¿En qué partes de la ciudad se mantiene el orden?

4" ¿Qué autoridades ejercen el poder en esos barrios de la capital?

5" ¿Funcionan normalmente todos los ministerios?

6" ¿De qué autoridades policíacas dispone usted en este momento?

7" ¿Qué organismos técnicos y económicos del ramo de Guerra se hallan actualmente bajo sus órdenes?

8" ¿Qué cantidad de víveres tiene usted a su disposición?

9" ¿Han caído muchas armas, artillería y municiones, en manos de los rebeldes?

10" ¿QuØ autoridades militares y estados mayores estÆn a las rdenes de usted?

Respuestas de Jabalov

1" En el Almirantazgo tengo bajo mis rdenes cuatro compaæas de Guardia, cinco escuadrones, algunos cientos de cosacos y dos batallones. El resto de las tropas se han pasado a los revolucionarios o permanecen neutrales en connivencia con ellos. Los soldados recurren la ciudad en grupos o en grupos, y desarmar a los oficiales.

2" Todas las estaciones estÆn en manos de los revolucionarios, que guardan celosamente.

3" Toda la ciudad estÆ en poder de los revolucionarios, - el telØfono funciona y estÆn cortadas las comunicaciones con los distintos barrios de la capital.

4" No puedo contestar a esta pregunta.

5" Los ministros han sido detenidos por los revolucionarios.

6" De ninguna.

7" Ninguno.

8" No dispongo de vveres. El 25 de febrero hab a en la ciudad 5000 puds de harina.

9" Toda la artiller a estÆ en poder de los rebeldes.

10" Bajo mis rdenes personales se halla el jefe del estado mayor. En contacto con los demÆs organismos regionales no tenemos comunicaci

DespuØs de obtener estos datos, que le impon a la realidad de un mal bienestar, el general accedi a retornar con sus fuerzas, que hab an descendido del tren, a la estaci n de Dno. He aqu concurrencia de las primeras figuras del cuartel general, el general Lukomski con el general Ivanov, con plenos poderes dictatoriales, - vino a producir un escandaloso .

La verdad es dicho sea de paso que el escÆndalo pas desapercibido ahogado por la marejada de los acontecimientos. Suponemos que el di emperador enviar a las provisiones con que quer a obsequiar a sus amistades de la corte y sostendr a una prolongada conversaci n con la zarina, en la que hablar a de su abnegaci n en los hospitales de campaa y se lamentar a la ingratitude del ejØrcito y del pueblo.

Entretanto llegaban a Pskov, pasando por Mohilev, noticia tras noticia cada vez mÆs sombr a que la anterior. La guardia personal de su majestad se hab a quedado en la capital y en la que la familia real conoc a al emperador por su nombre, rodeÆndolos a todos de mimos y cuidados, se present a la Duma nacional pidiendo autorizaci n para arrestar a los oficiales que se hab an solidarizado con la insurrecci n. El vicealmirante Kurosch comunic a la posibilidad de sofocar la insurrecci n de Kronstadt, pues no restaba un solo batall n. El almirante Nepenin telegraf a que la escuadra de guerra reconoce mÆs gobierno que el comitØ provisional de la Duma. El jefe

pas de Moscú, Mrosovski, dice: La mayoría de las tropas, con la artillería han pasado a los revolucionarios, en cuyo poder se halla, por tanto, toda la autoridad: el general-gobernador y su ayudante han abandonado sus puestos. El hecho más claramente: han huido.

Todo esto le fue comunicado al zar el día 1 de marzo, por la tarde. Una hora avanzada de la noche se discutió el pro y el contra de un ministro responsable. Por fin, a las dos de la madrugada, el zar dio su conformidad. Los altos dignatarios que le rodeaban respiraron tranquilos. Creyéndose una cosa más natural del mundo que con esto se cortaba de raíz el problema de la revolución, dieron al mismo tiempo órdenes para que volvieran al frente las tropas que habían sido destacadas a Petrogrado, al apuntar el día, la buena noticia. Pero el reloj del zar iba enormemente atrasado. Rodziánko, acosado por el palacio de Taurida por los demócratas, los socialistas, los soldados, los obreros, contestó a Ruski: Lo que usted propone no basta. Lo que se debate es la cuestión dinástica... Las tropas se ponen en todas partes al lado de la Duma y del pueblo y exigen la abdicación del zar en favor de su hijo, bajo la regencia de Miguel Alexandrovich. La verdad era que a las tropas no se les había pasado siquiera por las mentes semejante cosa. Lo que Rodziánko era que Rodziánko achacaba bonitamente al ejército y al pueblo la falta de confianza que la Duma confiaba todavía en contener la revolución. De todos modos la concesión del zar llegaba demasiado tarde: La anarquía ha tomado tales proporciones, que me he visto obligado a nombrar esta noche un Gobierno Provisional. Desgraciadamente, el manifiesto ha llegado tarde... Estas palabras y gestos demuestran que el buen presidente de la Duma se había enjuagado ya las lágrimas que derramara días antes junto al teléfono. El zar, leyendo las palabras cambiadas entre Rodziánko y Ruski, vacilaba, relea, esperaba. Los caudillos militares salieron de su mutismo para tomar cartas en el asunto. La cosa urge y también a ellos les afectaba.

Aquella noche, el general Alexóiev pulsó, en una especie de plebisficio, su opinión de los jefes de los frentes. Es magnífico que las revoluciones se realicen con ayuda del telégrafo, pues así las primeras reacciones que despiertan en los que ejercen el poder van quedando registradas por la historia en las cintas telegráficas. Las negociaciones entabladas entre los generales de campo del zar la noche del 1 al 2 de marzo, nos suministran un documento humano incomparable. ¿Debe abandonar el zar el trono, o no? El generalísimo del frente occidental, general Evert, se reserva su opinión hasta que hayan expuesto la suya los generales Ruski y Brusilov. El generalísimo del frente rumano, general Sazarov, exige que le comunicasen previamente los planes de los demás generalísimos. Tras muchas vacilaciones, este bravo soldado declaró que su ardiente amor por el monarca le impide avenirse a una proposición sin embargo, recomienda, llorando, al zar que abdique y no enviar imposiciones aún más viles. El general-ayudante Evert expone magníficamente las razones que aconsejan capitular: Adopto todas las medidas necesarias para evitar que las noticias referentes a la situación actual reinante en

penetren en el ejército, con el fin de preservarlo de desordenes, de inevitables. Pero no hay modo de poner fin a la revolución en las condiciones. El gran duque Nicolás Nikolaievich exhorta al zar desde el frente caucásico a que tome una resolución heroica y abdique la corona en cumplimiento del mismo ruego formulado por los generales Alexeiev y Brusilov y el almirante Nepenin. Por su parte, el zar pone verbalmente al zar su opinión, que coincide con la de esos caudillos. Los generales encajonaban respetuosamente con los cañones de sus siete baterías de artillería veres al adorado monarca. Temerosos de dejar escapar el momento propicio para ponerse a bien con el nuevo poder, no menos temerosos de sus propias tropas, estos guerreros, maestros en capitulaciones, dan a su zar y a su familia, como, unánimemente, un consejo prudentísimo: retirarse por el ferrocarril de Moscú. Pero no se trataba de aquel lejano Petrogrado, contra el que, por lo visto, se iban a destacar tropas se trataba del frente, de donde las tropas tenían que salir.

O dos estos pareceres, el zar decide renunciar a un trono que ya no puede sostenerse. Se redacta un telegrama a Rodzianko adecuado a las circunstancias. En él se hace un sacrificio que yo no sea capaz de hacer en aras del verdadero bien de Rusia. Estoy, pues, dispuesto a abdicar la corona en mi hijo, que seguirá a mi lado hasta llegar a la mayoría de edad, nombrando regente del reino a mi hermano el gran duque Miguel Alexeievich. Mas tampoco este telegrama se llegó a cursar, pues se recibieron noticias de que los diputados Guchkov y Chulguin salían de Petrogrado hacia Pskov. Aquello daba nuevo pie para aplazar la decisión. El zar ordenó que se devolviesen el telegrama. Temía, evidentemente, haberse precipitado al abdicar esperando noticias tranquilizadoras realmente, lo que esperaba era un golpe de estado. Recibí a los diputados a las doce de la noche del día 2 de marzo. El golpe no ocurrió, y ya no podía diferirse más tiempo la resolución. Finalmente, el zar declaró que no podía separarse de su hijo ¿quién podía abrigar a un hijo en aquellos momentos? y firmó un manifiesto renunciando a la corona en favor de su hermano. Firmó también unos decretos dirigidos a la reforma del gobierno nombrando al príncipe Lvov presidente del Consejo de Ministros, y al mismo a Nicolás Nikolaievich. Los temores familiares de la zarina no pudieron impedirle firmarse: el odiado Nikolaska subió al poder del brazo de los conspiradores. Como lo visto, Guchkov creía seriamente que la revolución se avendría a corto plazo. Este tomó también en serio el nombramiento y hasta durante algunos días gobernó apelando al cumplimiento de los deberes de los ministros. Pero la revolución le empujó a un lado insensiblemente.

Con el fin de guardar las apariencias de una decisión espontánea, el manifiesto de renuncia a la corona se le puso como hora las tres de la tarde. El zar se fundó en que la resolución primera del zar había sido tomada a favor de su hijo. En realidad, lo que se hacía era revocar aquella decisión de por sí misma transmitida a la corona al hijo y no al hermano, en la esperanza de que los acontecimientos tomarían un giro favorable. Pero todo el mundo fingió no haber visto esto. El zar hacía una última tentativa por salvar su dignidad. Los dos representantes del parlamento, los cuales correspondieron a él,

aquella falsificación de un acto histórico, es decir, un fraude contra la monarquía se retiraba de la escena con el mismo estilo con que había venido. También sus sucesores se mantuvieron fieles a sí mismos. Es posible que en su tolerancia una condescendencia generosa del vencedor para el vencido.

Apartándose un poco del estilo impersonal de su diario, Nicolás escribió el 2 de marzo: Por la mañana vino Ruski y me leyó una larguísima conversación sostenida con Rodzianko por teléfono. A juzgar por sus informes, la situación en Petrogrado es tal, que un ministerio compuesto por miembros de la Duma no serviría de nada, pues tendríamos enfrente al partido socialdemócrata representado por el comité obrero. Le indicé que era necesario que renunciara a la corona. Ruski comunicó esta conversación al cuartel general, a Alexóiev y a todos los generales. A las doce y media de la noche llegaron las resoluciones. Para salvar a Rusia y retener las tropas en el frente he decidido dar un Manifiesto mi conformidad y desde el cuartel general se envió un proyecto de manifiesto. Por la tarde llegaron de Petrogrado Guchkov y Chulguin, y, después de entrevistarme con ellos, les entregué el manifiesto, corregido y firmado. La una de la noche me marché de Pskov con el corazón dolorido. Por todas partes traición, cobardía y engaño.

Hay que reconocer que la amargura de Nicolás no carecía de fundamento. El 28 de febrero, el general Alexóiev vuelve a telegrafiar a todos los generales de los frentes: Pesa sobre todos nosotros, ante el monarca, el deber sagrado de conservar en las tropas de los ejércitos en campaña la fidelidad al deber y al juramento prestado. Dos días después, el general excitaba a estos mismos generales a violar la fidelidad al deber y al juramento prestado. En el alto mando no hubo ni una sola persona que defendiera a su zar. Todos se apresuraron a ponerse a salvo, pasando a la nueva revolución, en la firme creencia de que en ella encontrarían el modo apropiado de salvamento. Generales y almirantes se despojaban tranquilamente de las insignias zaristas para colocarse cintas rojas. Sólo se habló de un pobrecillo comandante de un cuerpo de ejército que murió de un ataque cardíaco al prestar juramento al nuevo poder. Lo que no sabemos es si el corazón le estalló al ir a arribarse la amada monarquía o por otras causas. Los dignatarios civiles no tienen por qué demostrar profesionalmente más valor que los militares, a los cuales se salvaba como mejor podía.

Pero, decididamente, el reloj de la monarquía no marchaba acorde con el de la revolución. El 3 de marzo, de madrugada, Ruski fue llamado nuevamente al aparato desde la capital por el hilo directo. Rodzianko y el general Lvov exigían que no se hiciera público el manifiesto del zar, que llegó una vez tarde. Acaso se tranquilizasen ¿quiénes? con la subida al trono de Alexéi, comunicaban evasivamente los nuevos amos del poder pero la renuncia a favor del príncipe Miguel era absolutamente inadmisibles. Ruski extendió sin cierta perversidad, su pesar ante el hecho de que los diputados de la Duma destacado el día anterior no estuviesen lo bastante informados acerca de los verdaderos fines de su viaje. Pero también para esto encontrarlos

diputados una salida. Ha estallado, inesperadamente para todo el mundo, una sublevación militar como nunca se había visto. Se le explicó el gran peligro a Ruski, como si realmente se hubiera pasado la vida estudiando operaciones militares. La proclamación del gran duque Miguel como emperador no haría más que echar leña al fuego y sobrevendría una verdadera hambruna. Estaban todos asustados, todos han perdido la cabeza.

Y los generales vuelven a tragarse silenciosamente esta nueva infortunio vil de la revolución. Si lo Alexøiev se desahoga un poco en este momento de legítimo dolor dirigido a los generales del frente: Los partidos de diputados obreros ejercen una violenta presión sobre el presidente de la Duma. En los comunicados de Rodzianko no hay franqueza ni sinceridad. ¿Siempre era todo lo que echaban de menos los buenos generales en aquellos momentos?

El zar volvió a reflexionar mejor. Al llegar a Mohilev, procedió a entregarse a su exjefe de estado mayor, Alexøiev, para que la cursara. Pero, además, una hoja dando su consentimiento a la abdicación en su hijo. Es una decisión que le debió parecerle, después de todo, la más aceptable. Según cuenta Vireøboba, Alexøiev se hizo cargo del telegrama y no lo cursó, entendiendo que bastaban los otros dos manifiestos dados a conocer ya al Ejército. La discordancia nacía sencillamente de que el cerebro, no el de él, sino el de sus consejeros, sino también el de los liberales de la Duma, tardaba lentamente que la revolución.

Antes de salir definitivamente de Mohilev el 8 de marzo, el zar, ya ya, fuertemente arrestado, dirigió un llamamiento a las tropas, que terminaba con las siguientes palabras: El que en estos momentos piense en la paz, el que desee ser un traidor a la patria. Era una tentativa que alguien debió de sugerir en boca de los liberales la acusación de germanofilia. La tentativa fracasó por sus consecuencias, pues ya no se atrevieron a hacer pública la alocución.

Así terminaba un reinado que había sido todo él una cadena ininterrompida de fracasos, catástrofes, calamidades y crímenes, empezando por el desmoronamiento de Chodinka durante las fiestas de la coronación, pasando por los saqueos y silamientos en masa de huelguistas y campesinos sublevados, por la guerra con la Rusia japonesa, por las terribles represiones que siguieron a la revolución, por las innumerables ejecuciones, razias punitivas y los programas de desamortización, y acabando por la participación insensata e infame de Rusia en la Primera Guerra Mundial.

Al llegar a Tsarkoie-Selo, donde le recluyeron en el palacio real, en familia, el zar dijo en voz baja, según cuenta Vireøboba: No hay justicia en este mundo. Y, sin embargo, aquellas palabras eran precisamente una prueba irrefutable de que hay una justicia histórica, aunque a veces llegue con retraso.

La semejanza entre la última pareja de los Romanov y la pareja real de los tiempos de la gran Revolución Francesa salta a la vista. Esta semejanza ha sido señalada ya en la literatura, pero de un modo superficial y sin ninguna consecuencia. Sin embargo, esta analogía no es casual, como se ve a la vista pudiera parecer, y brinda un material precioso para deducir conclusiones.

nes.

Separados unos de otros por una distancia de cinco cuartos de siglo momentos en que Nicolás II y Luis XVI se dirigen a dos actores que representen el mismo papel. En ambos es la felonía pasiva, acechante, pero ver el rasgo más destacado de carácter, con la diferencia de que el rey francés oculta tras una dudosa bondad mientras que en el zar ruso es una forma de trato. Uno y otro producen la impresión de hombres a quienes les pesa el cargo que les cupo en suerte y que, sin embargo, no están dispuestos a ceder un ápice de los derechos que les rodean y que no saben cómo emplear. Sus diarios, semejantes hasta en el estilo o en la ausencia de estilo, revelan una agobiadora vacuidad espiritual.

La austriaca y la alemana de Hesse guardan, a su vez, una evidente similitud. Las dos reinas descuellan sobre sus maridos no sólo en estatura sino en talla moral. María Antonieta es menos beata que Alejandra Feodorovna y más ardientemente dada a los placeres. Pero ambas desprecian por igual a sus pueblos, ambas desechan indignadas toda idea de concesiones y ambas desconfían del valor de sus maridos y los miran de arriba abajo: Antonieta proyecta una sombra de desprecio. Alejandra, con lástima.

Cuando autores allegados de la corte petersburguesa nos aseguran en sus memorias que Nicolás II, de no haber sido zar, habría dejado en el mundo un buen recuerdo, no hacen más que reproducir el viejo cliché benevolente de los de su tiempo acuñaron de Luis XVI, sin que con ello contribuyan gran cosa a enriquecer nuestros conocimientos, ni en punto a la historia ni en punto a la naturaleza humana.

Ya hemos oído cómo se indignaba el príncipe Lvov cuando, en los momentos en que los sucesos trágicos de la primera revolución se hallaban en su apogeo, en donde creía encontrarse con un zar abatido, se encontró con un príncipe alegre y animoso, ataviado con una camisa morada. Sin saberlo el príncipe no hacía más que repetir lo que el gobernador Morris había escrito en 1790, en Washington, hablando de Luis XVI: ¿Qué se puede esperar de un hombre que, en la situación en que se halla, come, bebe, duerme y respira como un hombre simpático, más alegre que cuantos le rodean?

Cuando Alejandra Feodorovna, dos meses antes de caer la monarquía, dice: Las cosas toman un buen giro, los sueños de nuestro Amigo tienen un gran significado, no hace más que repetir lo que María Antonieta decía antes de derrumbarse en Francia el poder real: Me siento muy animosa, pronto me dice que pronto seremos felices y estaremos salvados. Están ahogado, y ambas ven sueños de color de rosa.

Ciertos elementos en esta analogía tienen, naturalmente, un carácter puramente casual y no ofrecen más que un interés histórico anecdótico. Naturalmente más importancia tienen aquellos rasgos destacados o directamente impuestos por la fuerza de las circunstancias y que proyectan una luz sobre las relaciones que guardan entre sí la personalidad y los objetivos de la historia.

No sab a querer: he aqu el rasgo mÆs valiente de su carÆcter , historiador reaccionario francØs hablando de Luis XVI. Estas palabras el retrato de NicolÆs II. Ninguno de los dos sab a querer en cambio querer. Y, en realidad, ¿quØ iban a querer , suponiendo que pudies timos representantes de una causa hist rica definitivamente perdida

Generalmente, escuchaba, sonre a pero rara vez se decid a a na primero que se le ocurr a decir instintivamente era no . ¿A quiØn s tas palabras? TambiØn a Luis Capeto. En todo era la conducta de Nic plagio del rey francØs. Uno y otro caminaban al abismo con la coro los ojos . Pero, ¿es que se puede caminar con los ojos abiertos a u que no hay manera de escapar? ¿Hubieran remediado algo con echarse rona atrÆs para ver mejor?

Ser a cosa de recomendar a los psic logos profesionales la redac una antolog a de lugares paralelos en las vidas de NicolÆs II y Lui jandra y de Antonieta y sus afines y allegados. No les faltan, d teriales, y el fruto de su trabajo ser a un documento hist rico sum resante en abono de la psicolog a materialista: a rozamientos semej iguales, naturalmente corresponden, en condiciones parecidas, refl biØn semejantes. Cuanto mÆs generoso es el agente que provoca el ro to, antes supera las peculiaridades individuales. TratÆndose de cos cual reacciona a su modo pero si nos tocan con un hierro candente, mundo reacciona igual. Y del mismo modo que el martillo pil n convi una plancha una bola o un cubo, bajo el peso de los acontecimientos inexorables, las individualidades, por mucho que resistan, se aplan sus contornos genuinos.

Luis XVI y NicolÆs II eran los æltimos vÆstagos de unas dinast a b an vivido turbulentamente. La imperturbabilidad relativa de ambos nidad y su semblante risueño en los momentos dif ciles eran otras presiones, adquiridas por hÆbito de educaci n, de la pobreza de ene riores, de la baja tensi n de sus descargas nerviosas, de la indige recursos espirituales. Eran ambos individuos moralmente castrados, c an en absoluto de imaginaci n y de capacidad creadora, que ten an gencia estrictamente necesaria para darse cuenta de su propia trivi sent an una envidia hostil contra cuanto significase talento y valo toc en suerte gobernar a sus pa ses en momentos de honda crisis in de despertar revolucionario del pueblo. Ambos se defend an contra l de las nuevas ideas y la avalancha de las potencias enemigas, y su su hipocres a y su falsedad no eran, en ambos, signos de debilidad personal precisamente, sino expresi n de la absoluta imposibilidad de en el puesto heredado.

¿Y sus esposas? Alejandra, en mÆs alto grado todav a que Antonie vio exaltada por su matrimonio con el aut crata de un poderoso pa s elevadas cumbres con que puede soær una princesa, sobre todo la pr de un rinc n provinciano como Hesse. Ambas estaban pose das hasta e

mo l mite por la conciencia de su elevada misi n: Antonieta, de un mo fr volo Alejandra, con el esp ritu de la hipocres a protestante trad guaje de la Iglesia eslava. Los fracasos de su reinado y el descontento de sus pueblos hicieron estremecerse despiadadamente el mundo fant co que se hab an construidos aquellos cerebros fantÆsticos, pero dimi mo de gallinas. As se explica el furor creciente, la hostilidad sorda hacia aquellos ministros que tomaban en consideraci n, por poco que fu este mundo hostil, es decir, el pa s en que viv an, su aislamiento ino tro de la propia corte, y aquel eterno sentimiento de descontento haci rido en quien no se hab an cumplido las esperanzas concebidas durante Øpoca de noviazgo.

Los historiadores y los bi grafos de tendencia psicol gica buscan, chas veces encuentran, rasgos puramente personales y fortuitos all do lo hay una refracci n de las grandes fuerzas hist ricas en una persona el mismo error de visi n en que incurren los palaciegos al no ver en e zar de Rusia mÆs que a un hombre de mala suerte . Y as lo cre a Øl t En realidad, sus fracasos provengan de la contradicci n entre los vie vos que hab a heredado de sus antecesores y las nuevas condiciones hist en que se encontraba colocado. Cuando los antiguos dec an que Jœpiter ba del juicio a aquel a quien quer a perder, expresaban bajo la forma superstici n el fruto de profundas observaciones hist ricas. La frase La raz n se torna en absurdo. Ver nunft wird Unsinn encierra la misma idea del Jœpiter impersonal de la dialØctica hist rica que priva de ra instituciones hist ricas caducas y condena al fracaso a sus defensores Romanov y Luis Capeto se encontraron con sus papeles hist ricos trazad antemano por el curso del drama hist rico. Lo mÆs que ellos pod an por su cosecha eran los matices de la interpretaci n. La mala estrella de II, lo mismo que la de Luis XVI, no hay que buscarla en su hor scopo p nal, sino en el hor scopo hist rico de la monarqu a burocrÆtico-feudal ambos los æltimos vÆstagos del absolutismo. Su nulidad moral, derivada rÆcter agonizante de su dinast a, imprimi a Østa un sello doblemente tro.

Podr a objetarse que si Alejandro III hubiera bebido menos, habr a acaso mucho mÆs y la revoluci n se habr a encontrado con otro zar comp mente distinto, sin la menor afinidad con Luis XVI. Pero esta objeci n completamente inc luye lo dicho mÆs arriba. No es nuestro prop sito, ni cho menos, negar la importancia que lo personal tiene en la mecÆnica de ceso hist rico ni la influencia del factor fortuito en lo personal. Lo mos es que la personalidad hist rica, con todas sus peculiaridades, no focarse precisamente como una s ntesis escueta de rasgos psicol gicos, como una realidad viva, reflejo de determinadas condiciones sociales, cuales reacciona. Del mismo modo que la rosa no pierde su fragancia po cho de que el naturalista indique los elementos del suelo y de la atm que se nutre, la personalidad no pierde su aroma, o su hedor, por pone

cubierto sus raíces sociales.

Precisamente esa objeción que se apunta la referente a la longevidad de Alejandro III puede contribuir a esclarecer el problema en otro sentido. Supongamos, por un momento, que Alejandro III no hubiese emprendido la guerra con el Japón en 1904. Esto habría demorado la primera revolución. ¿Hasta cuándo? Es posible que la revolución de 1905, es decir, el primer golpe que en el que se probaron las fuerzas, la primera brecha abierta en la autocracia, no hubiera sido entonces más que una simple introducción de la republicana, y a la tercera, la proletaria. Mas todo lo que se sabe sobre este particular serán siempre conjeturas más o menos interesadas. Indiscutible es que la revolución no fue un fruto de las condiciones de Nicolás II, y que Alejandro III no hubiera resuelto tampoco los problemas por ella planteados. Baste recordar que, nunca ni en parte alguna, desde el régimen feudal al burgués se realizó sin conmociones violentas. Como lo vemos todavía en China, como hoy lo podemos observar bien en la India. Lo más que se puede aventurar es que la política seguida por la monarquía y la conducta personal del monarca aceleran o retrasan, en unos u otros casos, la revolución e imprimen un determinado sello a su proceso exterior.

¿Con qué rencorosa e impotente tenacidad pugnaba por defenderse el zarismo en los últimos meses, semanas y días, cuando ya tenía irremediablemente perdida la partida! Si Nicolás II no tenía suficiente voluntad, ¿cómo cargaba de suplir este defecto. Rasputín era el elemento de que se servía para gobernar la camarilla, luchando encarnizadamente por su propia conservación. Aun desde este punto de vista limitado, la personalidad del zar aparecía gobernada por una pandilla que no es más que un cómplice del pasado y de sus convulsiones. La política de la camarilla de Tsarskoie-Selo aparecía gobernada por una luz que no era más que una resultante de los reflejos de una fiera a la que se le ha angrada. Si perseguimos por la estepa, leguas y leguas, a un lobo en un automóvil, la fiera acaba, tarde o temprano, por perder el aliento y caer sobre el suelo, agotada. Pero en cuanto probemos a ponerle un collar, la fiera se vuelve intentado destrozarnos. Y es natural, pues ¿qué otro recurso le queda en semejantes condiciones?

Los liberales no lo entendían así. Toda el acta de acusación del zar contra el último zar era que Nicolás II, en vez de pactar a tiempo con los grandes burgueses, evitando con ello la revolución, se negaba tozudamente a hacer concesiones, y hasta en los últimos momentos, bajo la cuchilla de la guillotina, cuando cada minuto contaba, seguía dando largas y más largas, rodeando con el destino y dejando perderse las últimas posibilidades. Y todo esto muy bien. ¿Estima que el liberalismo, que conocía remedios tan sencillos para salvar a la monarquía, no los hubiera encontrado para salvarse a sí mismo?

Será absurdo afirmar que el zarismo, nunca ni bajo ninguna de las condiciones, se mostró dispuesto a ceder. Hizo concesiones en la medida que se las imponía la necesidad de la propia conservación. Después de la guerra de Crimea, Alejandro II decretó la semiemancipación de los campesinos.

una serie de reformas liberales en los dominios de la justicia, la prensa, las instituciones de enseñanza, etc. El mismo zar se encargó de presionar a la idea que informaba aquellas reformas: emancipar a los campesinos desde arriba con el fin de que no se emancipasen desde abajo. Acuciado por la primera revolución, Nicolás II llegó a conceder una semidemocracia. Stolypin se entregó a la obra de destruir la comuna rural, con el fin de abrir más ancho cauce a las fuerzas capitalistas. Pero todas estas reformas no tenían para el zarismo más sentido que mantener en pie, a costa de concesiones parciales, el sistema total: los fundamentos de la sociedad de la monarquía misma. En cuanto vio que los frutos de la reforma iban más allá de los límites propuestos, la monarquía retrocedió inmediatamente. Alejandro II se pasó la segunda mitad de su reinado escamoteando las reformas iniciadas por él durante la primera mitad de su reinado. Alejandro III fue más allá por la senda de la contrarreforma. En octubre de 1905, Nicolás II dio ante la revolución luego disolvió las Dumas creadas por él, y, tal como la revolución se debilitó, dio un golpe de Estado. En el transcurso del cuarto de siglo si se cuenta a partir de las reformas de Alejandro II se arroja una pugna, unas veces latente y otra manifiesta, de las fuerzas reaccionarias, que se remonta muy por encima de las cualidades personales de los zarines y que encuentra su apogeo y remate en el derrocamiento de la monarquía. Dentro del marco de este proceso histórico es donde hay que situar a los diferentes zares, para estudiar su carácter respectivo y trazar su biografía.

Aun el más autocrático de los despotas queda muy lejos del individuo libre y arbitrariamente, imprime su sello propio a los acontecimientos. El monarca no es nunca más que un agente coronado de las clases privilegiadas que forman una sociedad hecha a su imagen y semejanza. Cuando estas clases dominan todavía a una misión que cumplir, la monarquía es fuerte y abriga con su misma, empuja un aparato firme de poder y puede elegir sin tasa gobernantes, pues los hombres de talento no se han pasado todavía al campo del enemigo. El monarca, ya sea personalmente o por medio de un favorito, puede, si quiere, convertirse en depositario de una misión histórica, elevarse a la altura de una misión progresiva. Otra cosa acontece cuando el sol de la vieja sociedad camina hacia su ocaso: las clases privilegiadas, que eran antes las árbitras de la vida nacional, se convierten ahora en un tumor parasitario y, al perder sus funciones directivas, pierden la conciencia de su misión y la confianza en sus propias fuerzas. Esta desconfianza en sí misma les hace perder, al principio, la confianza en la corona. La dinastía se aisló del sector de los gobernantes. Los que le son incondicionalmente adictos se va reduciendo y desciende su nivel de actividad. Tanto, van creciendo los peligros: las nuevas fuerzas presionan la monarquía, pierde la capacidad para toda iniciativa creadora, se defiende, se debilita, sus actos cobran el automatismo de simples reflejos. El despotismo semiautocrático de los Romanov no pudo escapar tampoco a este destino.

Si se analiza el zarismo agonizante en un corte vertical, por decirlo así, Nicolás II aparece como el eje de una camarilla que tiene sus raíces en

do condenado inexorablemente a desaparecer. Analizado en un corte histórico, cronológico, el reinado de Nicolás II es el último eslabón de la cadena dinástica. Sus antecesores, miembros también, en su tiempo, de colectivos familiares, burocráticos y de casta, aunque fuesen más extensos, en distintos métodos de gobierno para salvaguardar el viejo régimen soportaban el destino irreductible que le amenazaba y, sin embargo, se lo consiguieron a Nicolás II un imperio católico que llevaba ya en sus entrañas la semilla de su ruina. Toda la libertad de opción que a éste le quedaba era entre los caminos que podían llevarle a la ruina.

El liberalismo soñaba con una monarquía de tipo británico. Pero el parlamentarismo surgió en las orillas del Támesis como fruto de una tradición pacífica o por obra y gracia de la libre previsión de un monarca? El resultado de una lucha que duró un siglo y que costó la cabeza a un rey.

En parangón histórico-psicológico que esbozábamos más arriba entre el zar Nicolás II y los Romanov y los Capeto podrá hacerse extensivo perfectamente a la par que ocupaba el trono de Inglaterra al estallar la primera revolución. Carlos II tenía sustancialmente los mismos rasgos que los analistas e historiadores le atribuyen, con más o menos fundamento, a Luis XVI y Nicolás II. Carlos II adoptaba una actitud pasiva, cedía, aunque de mala gana, a la tiranía, donde no le era posible resistirse, pero recurriendo al engaño y simulando popularidad y confianza. No era un hombre necio dice otro historiador hablando de Carlos Estuardo pero no tenía la suficiente firmeza de carácter. El papel de estrella fatal corría a cargo de su mujer, de Enriqueta María, hermana de Luis XIII, todavía más impregnada que él de las ideas de la revolución... No hay para qué detenerse a reseñar las características de esta pareja de reyes, la primera en orden cronológico que pereció a causa de la revolución nacional. Diremos únicamente que también en Inglaterra los odios se concentraban principalmente en la reina, por ser francesa y por acusándosele de manejos con Roma, de mantener relaciones secretas con los rebeldes irlandeses y de intrigar con la corte de Francia.

Pero Inglaterra tenía, al menos, un siglo a su disposición. Inglaterra era el heraldito de la civilización burguesa: no se hallaba bajo el yugo de las tiranías, sino que, por el contrario, mantenía a éstas cada vez más bajo su propio yugo, toda vez que explotaba al mundo entero. Esto suavizaba las tradiciones internas, fomentaba el conservadurismo, daba alas a la tiranía y a la consistencia de un sector parasitario de grandes propietarios rurales, de la monarquía, de la Cámara de los Lores y de la Iglesia católica. Gracias al carácter privilegiado, históricamente excepcional de la Inglaterra burguesa, el conservadurismo pasivo, combinado con la fidelidad de las instituciones a las costumbres, y aun hoy es el día en que los numerosos filisteos continentales, por ejemplo, el profesor ruso Miliutin, el austro-marxista Otto Bauer, siguen entusiasmándose con el ejemplo inglés. Pero hoy en que Inglaterra, cohibida ya en el mundo entero, está gastando todo lo que le quedaba de su situación de privilegio de ayer, su co-

rismo pierde ductilidad y hasta se convierte, en manos de los labor una desenfrenada reacci n. Colocado ante la reacci n india, el soci Donald echa mano de los mismos m0todos que NicolÆs II opon a a la r ci n rusa. S lo un ciego puede dejar de ver que Inglaterra se halla a gigantescas conmociones revolucionarias, entre las cuales se sepult los restos de ~~de~~ conservadurismo, de su hegemon a mundial y de su act maquinaria pol ~~Mac~~Donald prepara esas conmociones con la misma habi lidad y con no menos ceguera que NicolÆs II en su tiempo las suyas. veremos, otra demostraci n bastante elocuente del papel que la lib nalidad desempeña en la historia.

¿Y de d nde iba a sacar Rusia, con su desarrollo rezagado, que l a la cola de todas las naciones europeas, con una base econ mica me sobre que sustentarse, ese conservadurismo dæctil de las formas s cortado a la medida del liberalismo acad0mico y de su sombra de izq socialismo reformista? Rusia se hallaba demasiado atrasada para eso do el imperialismo mundial la cogi en sus garras, se vio obligada a pid simamente sus estudios de historia pol tica. Si NicolÆs II hubi gida al liberalismo sustituyendo a Sturmer por Miliukov, el desarro acontecimientos habr a variado tal vez en cuanto a la forma, pero n do. No se olvide que Øste fue el camino seguido por Luis XVI en la se de la Revoluci n Francesa, al llamar al poder a los girondinos s ello consiguiesen librarse de la guillotina ni Øl, primero, ni mÆs Gironda. Las contradicciones sociales acumuladas ten an que brotar y, al hacerlo, llevar a t0rmino su labor depuradora. Ante la presi sas populares, que sacaban por fin a combate franco sus infortunios sas, sus pasiones, sus esperanzas, sus ilusiones y sus objetivos, l ciones tramadas en las alturas entre la monarqu a y el liberalismo lor meramente epis dico y pod an ejercer a lo sumo una influencia s orden cronol gico de los hechos y acaso sobre su n0mero, pero nunca el desarrollo general del drama, ni mucho menos sobre su inevitable ce.

VII. Cinco días (23 al 27 de febrero)

El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer. Los socialdemócratas proponían festejarlo en la forma tradicional: con asambleas, discursos, fiestas, etc. A nadie se le pasó por la cabeza que el Día de la Mujer se convirtiera en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo llamamiento a la huelga para ese día. La organización bolchevique más conocida de todas, el comité de la barriada obrera de Vyborg, aconsejó que no se fuera a la huelga. Las masas como testigo Kajurov, uno de los militantes más famosos de la barriada, estaban excitadísimas: cada movimiento de huelga amenazaba convertirse en choque abierto. Y como el comité entendiese que no había llegado todavía a el momento de la acción, toda vez que el partido aún no era suficientemente fuerte ni estaba asegurado tampoco en las proporciones debidas el contacto de los obreros con los soldados, decidí no aconsejar la huelga, sino prepararse para la acción revolucionaria en un vago futuro. La posición del comité, al parecer unánimemente aceptada, en vísperas del 23 de febrero. Al día siguiente, haciendo caso omiso de sus instrucciones, se declararon en huelga las obreras de algunas fábricas textiles y enviaron cartas a los metalúrgicos pidiéndoles que secundaran el movimiento. Los bolcheviques dice Kajurov fueron a la huelga a regañadientes, secundados por obreros mencheviques y socialrevolucionarios. Ante una huelga de masas no había más remedio que echar a la gente a la calle y ponerse al frente del movimiento. Tal fue la decisión de Kajurov, que el comité de Vyborg hubo de aceptar. La idea de la acción había madurado ya en las mentes obreras desde hacía tiempo, aunque en aquel momento nadie suponía el giro que había de tomar. Retengamos esta declaración de uno de los actores de los acontecimientos, muy importante para comprender la mecánica de su desarrollo.

Se daba por sentado, desde luego, que, en caso de manifestaciones populares, los soldados serían sacados de los cuarteles contra los trabajadores. ¿Y si el día se hubiera ido a parar con esto? Estábamos en tiempo de guerra y las autoridades no se mostraban propicias a gastar bromas. Pero, por otra parte, el reservista de los tiempos de guerra no era precisamente el soldado común del ejército regular. ¿Era más o menos entre ellos los socialrevolucionarios se discutía mucho ese tema, pero más bien de un modo abstracto, pero nadie, absolutamente nadie como podemos afirmar categóricamente, basándonos en todos los datos que poseemos pensaba en aquel entonces que

el día 23 febrero señalar a el principio de la ofensiva declarada con solutismo. Se trataba en la mente de los organizadores de simples manifestaciones con perspectivas vagas, pero en todo caso sin gran trascendencia.

Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias. La particularidad de que esta espontánea iniciativa corriera a cargo de una clase oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil, a las que hay que suponer que habrá no pocas mujeres casadas con soldados, y las colas estacionadas a la puerta de las panaderías, cada vez mayores, llegaron a dar el último empujón. El día 23 se declararon en huelga cerca de 90.000 obreras y obreros. Su espíritu combativo se exteriorizaba en manifestaciones, mítines y encuentros con la policía. El movimiento se inició en la fábrica de Vyborg, desde donde se propagó a los barrios de Petrogrado. Según los informes de la policía, en las demás partes de la ciudad no hubo huelgas ni manifestaciones. Este día fueron llamados ya en ayuda de cerca de 100 destacamentos de tropa poco numerosos al parecer, pero sin que produjeran choques entre ellos y los huelguistas. Manifestaciones de mujeres que figuraban solamente obreras se dirigían en masa a la Duma municipal pidiendo pan. Era como pedir peras al olmo. Salieron a relucir en distintos puntos de la ciudad banderas rojas, cuyas leyendas testimoniaban que los obreros querían pan, pero no querían, en cambio la autocracia ni la guerra. El día de la Mujer transcurrió con éxito, con entusiasmo y sin violencia. Ya había anochecido y nadie barruntaba aún lo que este día fenecido llevaba en sus entrañas.

Al día siguiente, el movimiento huelguístico, lejos de decaer, creció. Los obreros: el 24 de febrero van a la huelga cerca de la mitad de los obreros industriales de Petrogrado. Los trabajadores se presentan por la mañana en las fábricas, pero se niegan a entrar al trabajo, organizan mítines y a las 12 dirigen en manifestación al centro de la ciudad. Nuevas barriadas y grupos de la población se adhieren al movimiento. El grito de ¡Pan! no es arrollado por los de ¡Abajo la autocracia! y ¡Abajo la guerra! La avenida Nevski contempla un continuo desfile de manifestaciones: son manifiestas de obreros cantando himnos revolucionarios luego, una muchedumbre urbana abigarrada, entre la que se destacan las gorras azules de los soldados. El público nos acoge con simpatía, y desde algunos lazaretos los soldados no saludaban agitando lo que tenían a mano. ¿Eran muchos los que tenían cuenta de lo que significaban aquellas pruebas de simpatía de los soldados enfermos por los manifestantes obreros? Ciertamente es que los cosacos cesaban de cargar constantemente, aunque sin gran dureza, contra la multitud sus caballos estaban jadeantes. Los manifestantes se dispersaban pero no se iban a reunir. La multitud no sentía miedo. Los cosacos prometían parar. La frase corría de boca en boca. Por lo visto, los obreros fueron atacados con algunos cosacos. Poco después aparecieron, medio borrachos, los dragones y se lanzaron sobre la multitud golpeando las cabezas con

Pero los manifestantes no se disolvieron. No dispararon. En efecto, raron.

Un senador liberal cuenta que vio en la calle tranvías parados ¿no acaso al día siguiente, confundiéndolo en la memoria?, algunos con los tales rotos, otros volcados sobre los raíles, y recordó las jornadas de 1914, en vísperas de la guerra. Parecía como si se repitiese la vieja. La vista no le engañaba. La continuidad era evidente: la historia cogidos del hilo revolucionario roto por la guerra y los volvía a empalmar.

Durante todo el día la muchedumbre se volcaba de unos barrios en otros. Se veía dispersada por la policía, contenida y rechazada por las fuerzas de caballería y algunos destacamentos de Infantería. Con el grito de ¡Abajo los cosacos! alternaban cada vez con más frecuencia los hurraes a los cosacos. Un detalle significativo. La multitud exteriorizaba un odio furioso contra la policía montada era acogida con silbidos, piedras, pedazos de hierro. Distinta era la actitud de los obreros respecto de los soldados. En los alrededores de los cuarteles, cerca de los centinelas y las patrullas, se veía a obreros y obreras que charlaban amistosamente con ellos. Era una nueva etapa que tomaban las huelgas en su desarrollo y un fruto del hecho de poner frente a frente al ejército y a las masas obreras. Esta etapa, inevitable en la revolución, parece siempre nueva, y la verdad es que cada vez se plantea un modo distinto. Los que han leído y escrito sobre ella no la reconocen.

En la Duma nacional se contaba el día 24 que una masa enorme de gente había invadido toda la plaza Snamenskaia, toda la avenida Nevski y las calles adyacentes, observándose un fenómeno nunca visto: una multitud revolucionaria y no patriótica que acompañaba con vitores a los cosacos y retores que avanzaban a los sonos de músicas. Preguntando qué significaba aquello, un transeúnte contestó al diputado que le interrogaba: Un policía le dio un latigazo a una mujer los cosacos se han puesto al lado de este y han ahuyentado a la policía. Nadie se había tomado el trabajo de comprobar la verdad de aquello. A la multitud le bastaba con creerlo, con creerlo con verosimilitud, y esta confianza no se había caído del cielo, sino que provenía de la experiencia, por eso tenía que convertirse necesariamente en gran triunfo.

Después de la reunión mañanera, los obreros de la fábrica de Erickson, una de las más avanzadas de la barriada de Vyborg, se dirigieron en masa un contingente de unos 2.500 hombres, a la avenida de Sampsonievski, y en una calle estrecha tropezaron con los cosacos. Los primeros que hendieron la multitud, abriéndose paso con el pecho de los caballos, fueron los obreros. Tras ellos venían los cosacos galopando a toda la anchura de la avenida. Momento decisivo! Pero los jinetes se deslizaron cautamente como una langosta por la brecha abierta por los oficiales. Algunos recuerdan a Kajurov, un obrero, y uno de ellos guió el ojo maliciosamente a los obreros. Aquello del cosaco tenía su porqué. Los obreros recibieron valientemente, aunque con hostilidad, a los cosacos, y les contagiaron un poco de su valentía.

nuevas tentativas de los oficiales, los cosacos, sin infringir abie
 ciplina, no disolvieron por la fuerza a la multitud y, renunciando
 los obreros, apostaron a los jinetes a lo ancho de la calle para im
 manifestantes pasaran al centro. Pero tampoco esto sirvi -de nada.
 cos montaban la guardia en sus puestos con todas las de la ley, pero
 dan que los obreros se deslizaran por entre los caballos. La revol
 coge arbitrariamente sus caminos. Daba sus primeros pasos hacia la
 bajo los vientres de los caballos de los cosacos. ¡Interesante epis
 ble ojo el del narrador, a quien todas las incidencias de ese proce
 daron grabadas en la memoria! Y, sin embargo, no tiene nada de sorp
 te. El narrador era un caudillo al que segu an mÆs de dos mil hombr
 del comandante, atento a las balas o al lætigo del enemigo, es siem

El cambio esperado en el ejørcito puede observarse, sobre todo,
 sacos, instrumento inveterado de represi n. No quiere ello decir qu
 cos fueran mÆs revolucionarios que los demÆs. Todo lo contrario: en
 rratenientes acomodados, celosos de sus privilegios de cosacos, que
 ban a los sencillos campesinos y recelaban de los obreros, anidaban
 elementos de conservadurismo. Precisamente por esto los cambios pro
 por la guerra cobraban en ellos mÆs relieve. AdemÆs, el zarismo ech
 de ellos para todo, los mandaba a todas partes, los colocaba frente
 pon a sus nervios a prueba. Estaban ya hartos de todo esto no pens
 mÆs que en volver a sus casas, y guiæaban el ojo a los huelguistas
 ciendo: ¡Andad, haced lo que querÆis allÆ vosotros nosotros no n
 mos en nada! . Sin embargo, todo esto no pasaba de ser s ntomas si
 vos, pero s ntomas nada mÆs. El ejørcito segu a siendo ejørcito, un
 hombres atados por la disciplina y cuyos hilos principales estaban
 la monarqu a. Las masas obreras no ten an armas. Sus dirigentes no
 siquiera en el desenlace decisivo.

En el orden del d a del Consejo de Ministros celebrado el 24 fig
 tre otros puntos la cuesti n de los des rdenes en la capital. ¿Huel
 festaciones? ¡Bah! No era la primera vez. Todo estaba previsto. Se
 sado instrucciones oportunas ¡A otra cosa!

¿En quø consist an concretamente las instrucciones decididas? A
 que en el transcurso de los d as 23 y 24 fueron agredidos veintid s
 jefe de las tropas de la regi n, general Jabalov, casi dictador, no
 rio recurrir al empleo de las armas de fuego, y no por bondad preci
 Todo estaba previsto y seæalado de antemano, y fijado el momento pr
 ra abrir fuego.

La revoluci n no sobrevino por torpeza mÆs que en cuanto al mome
 En tørminos generales puede decirse que ambos polos, el revolucion
 gubernamental, ven an preparÆndose concienzudamente para ella desde
 muchos aæos. Por lo que a los bolcheviques se refiere, toda su actu
 puøs de 1905 se redujo en puridad a preparar la segunda revoluci n.
 la actuaci n del gobierno era en gran parte una serie de preparativ

nados a aplastar la nueva revolución que se avecinaba. Este aspecto de actividad gubernamental cobró en el otoño de 1916 un carácter bastante sistemático. Una comisión presidida por Jabalov terminó, a mediados de enero de 1917, un plan concienzudamente estudiado de represión de un nuevo alzamiento. La ciudad fue dividida en seis zonas, cada una de las cuales servía a su vez en varios distritos. Al frente de todas las fuerzas armadas se encontraba el comandante de las fuerzas de la reserva de la Guardia, general Tebenikin. Los regimientos eran distribuidos por distritos. En cada una de las seis zonas, la policía, la gendarmería y las tropas se colocaban bajo el mando de jefes locales del estado mayor. La Caballería cosaca quedaba a las órdenes directas del propio Tebenikin para las operaciones de más monta. El desarrollo de la insurrección en orden al tiempo había de ajustarse a las siguientes normas: prohibido entrar a en acción solamente la policía luego saldrían a escena los cosacos antiguos, y sólo en caso de efectiva necesidad se echar a mano de las tropas, armadas con fusiles y ametralladoras. Y este plan, en el que se presentaba una contribución, desarrollándose, las experiencias de 1905, fue en efecto de hecho se ejecutó en las jornadas de febrero. La falla no estaba presente en la imprevisión ni en los defectos del plan trazado, sino en el momento en que había de ponerlo en acción. Aquí radicaba el gran peligro de que provocara el golpe.

Formalmente, el plan se apoyaba en toda la guarnición, que contaba con 150.000 soldados pero en realidad sólo podía contar con unos 10.000. Incluso de la fuerza de policía, cuyo contingente era de 3.500 hombres, el gobierno confiaba firmemente en los alumnos de las escuelas militares. Esto se debía por el carácter de la guarnición petersburguesa de aquel entonces, compuesta casi exclusivamente por tropas de reserva, principalmente por los batallones de reserva de los regimientos de la Guardia que se hallaban en la ciudad. Formaban parte, además, de la guarnición un regimiento de Infantería, un batallón de motociclistas y una división de la reserva y de automovilistas, fuerzas poco considerables de zapadores y de artilleros y dos batallones de cosacos del Don. Esto era mucho, demasiado acaso. Las tropas de reserva estaban integradas por una masa humana a la que no se había podido movilizar apenas por la propaganda patriótica o que se había emancipado de la realidad, era éste el estado en que se encontraba casi todo el ejército.

Jabalov se atuvo estrictamente a su plan. El primer día, el 23, se inició en acción la policía. El 24 salió a la calle principalmente la Caballería para emplear más que el látigo y la lanza. La Infantería y las armas de fuego se reservaron hasta ver el giro que tomaban las cosas. Estas no se hicieron esperar.

El 25 la huelga cobró más fuerza. Según los datos del gobierno, el día tomaron parte en ella 240.000 obreros. Los elementos más atrasados forman detrás de la vanguardia ya secundan la huelga un número considerable de pequeñas empresas se paran los tranvías, cierran los establecimientos comerciales. En el transcurso de este día se adhieren a la huelga los estudiantes universitarios. A mediodía afluyen a la catedral de Kazán y a las

yacentes millares de personas. Intentan organizarse en grupos en las calles, producen choques armados con la policía. Desde el monumento a Alejandro III dirigen la palabra al público los oradores. La policía montada avanza. Un orador es herido. Como consecuencia de los disparos que partieron de la multitud, resulta muerto un comisario de la policía y heridos el jefe y algunos agentes. De la muchedumbre se arrojan a los gendarmes botellas, pedregales y granadas de mano. La guerra había enseñado el arte de combatir. Los soldados adoptan una actitud pasiva y a veces hostil a la policía. La multitud corre con emoción la noticia de que cuando los policías se acercaron a disparar cerca de la estatua de Alejandro III, los cosacos dispararon. Los faros montados llamaba el pueblo a los guardias, viéndose éstos obligados a retirarse. Por lo visto, no se trataba de una leyenda. Se rodó para infundir ánimos, porque la noticia se confirma, aunque en formas diversas, por diferentes conductos.

El obrero bolchevique Kajurov, uno de los auténticos caudillos de la multitud, cuenta que en uno de los puntos de la ciudad, cuando los manifestantes, corridos a latigazos por la policía montada, se dispersaban por las calles, junto a un destacamento de cosacos, Kajurov, seguido de algunos obreros, al haber imitado a los fugitivos, se acercaron a los cosacos y, quitándoles las gorras, les dijeron: Hermanos cosacos: Ayudad a los obreros en la realización de sus demandas pacíficas: ya veis cómo nos faros a los obreros, los obreros hambrientos. ¡Ayudadnos! . Aquel tono conscientemente humilde, con aquellas gorras en las manos, ¡qué cálculo psicológico más sutil, qué gesto! Toda la historia de las luchas en las calles y de las victorias está llena de semejantes improvisaciones. Pero estos episodios no dejan sin dejar huella en el torbellino de los grandes acontecimientos. Los agitadores no les quedan más que las cáscaras de los lugares comunes. prosigue Kajurov se miraron unos a otros de un modo extraño, apenas habían tenido tiempo de retirarnos cuando se lanzaron a la multitud. Minutos después, la multitud jubilosa alzaba en hombros, cerca de la estatua al cosaco que delante de sus ojos había derribado de un sablazo a un policía. La policía no tardó en desaparecer completamente del campo de acción, se ocultó y empezó a maniobrar por debajo de cuerda. Vienen los obreros a ocupar su puesto fusil al brazo. Los obreros les interrogan, inquisitivo, imposible, compañeros, ¿vengáis en ayuda de los gendarmes? . Como respuesta, un grosero: ¡Sigue tu camino! . Una nueva tentativa de aproximación termina del mismo modo. Los soldados están como un gusano dentro y se irritan cuando la pregunta da en el clavo de sus propias necesidades.

Entretanto, el desarme de los gendarmes se convierte en la divisa general. Los gendarmes son el enemigo cruel, irreconciliable, odiado. No hay que pensar en ganarlos para la causa. No hay más remedio que azotarlos y matarlos. El ejército ya es otra cosa. La multitud rehuye con todas sus fuerzas los choques hostiles con ellos, busca el modo de ganarlo, de persuadirlos.

dirlo con el pueblo. A pesar de los rumores favorables, acaso un poco dudosos, relativos a la conducta de los cosacos, la multitud sigue guardando circunspecta ante la Caballería. El soldado de Caballería se eleva encima de la multitud, y su espíritu se halla separado del huelguista por cuatro patas de la bestia. Una figura a la que hay que mirar de abajo arriba representa siempre más amenazadora y terrible. La infantería está allí al lado, en el arroyo, más cercana y accesible. La masa se esfuerza en aproximarse a ella, en mirarle a los ojos, en envolverla con su aliento. La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los soldados y los soldados. Más audazmente que el hombre, penetra en las filas de los soldados, coge con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: Desvíen las bayonetas y venid con nosotros. Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan uno de ellos se decide: las bayonetas aparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y cuando los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita la revolución ha dado otro paso hacia adelante.

Desde el cuartel general, Nicolás II da a Jabalov la orden telegráfica que acabe con los disturbios mañana sin falta. La orden del zar coincide con la fase siguiente del plan del general el telegrama imperial no sirve de impulso complementario. Mañana tendrá la palabra las tropas. ¿No será tarde? Por ahora, no se podía decir. La cuestión estaba planteada, pero sin solución, ni mucho menos. La benignidad de los cosacos, las vacilaciones percibidas en algunas de las tropas de Infantería no eran más que episodios o menos significativos, repetidos por mil ecos en la calle. Episodios que servían para enardecer a la multitud revolucionaria, pero que eran insuficientes para decidir el triunfo, tanto más cuanto que los había también de carácter contrario. Por la tarde de aquel mismo día, en el Gostini Dvor, un pelotón de cosacos, como respuesta, según la versión oficial, a unos disparos de revólver salieron de la multitud, abrieron por primera vez el fuego contra los manifestantes según el informe enviado por Jabalov al cuartel general, resultaron muertos y diez heridos. ¡Sería advertencia! Al mismo tiempo, Jabalov amenazaba con mandar al frente a todos los obreros reclamados como reclutas. El 28 no reanudaban el trabajo. El general presentaba a las masas obreras un ultimátum de tres días es decir, daba a la revolución un plazo mayor de lo que necesitaba para derribar a Jabalov, y a la monarquía con él. Pero esas cosas se saben después del triunfo. El 25 por la tarde nadie sabía a dónde traer a dentro el día siguiente.

Intentemos representarnos con más claridad la dinámica interna del movimiento. El 23 de febrero se inicia, bajo la bandera del Día de la Mujer, la huelga de las masas obreras de Petrogrado, latente desde hacía mucho tiempo y contenida desde hacía mucho tiempo también. El primer peldaño de la insurrección es la huelga. A lo largo de tres días, ésta va ganando terreno y se convierte de hecho en general. No hacía falta más para infundir confianza a las masas e impulsarlas a seguir. La huelga, que va tomando cada vez más decisiva

te carácter ofensivo, se combina con manifestaciones callejeras, que en contacto a la masa revolucionaria con las tropas. Esto impulsa al movimiento, en su conjunto, hacia un plano más elevado, donde el plan se impone por la fuerza de las armas. Los primeros días se señalan por unos éxitos parciales, aunque de carácter más sintomático que efectivo.

Un alzamiento revolucionario que dure varios días sólo se puede ganar y triunfar con tal de elevarse progresivamente de peldaño en peldaño, trayendo todos los días nuevos éxitos. Una tregua en el desarrollo de estos es peligrosa. Si el movimiento se detiene y patina, puede ser el fracaso. Tampoco los éxitos de por sí bastan; es menester que la masa se entere de ellos a su debido tiempo y aprecie antes de que sea tarde su importancia. No dejar pasar de largo el triunfo en momentos en que le bastaría a la mano para cogerlo. En la historia se han dado casos de éstos.

Durante los tres primeros días, la lucha fue exacerbándose constantemente. Pero esto hizo precisamente que las cosas alcanzasen un nivel de éxitos sintomáticos ya no bastaban. Toda la masa activa se había echado a la calle. Con la policía liquidada eficazmente y sin grandes dificultades, los dos días hubieron de intervenir ya las tropas: en el segundo fue el Caballero al tercero, la Infantería también. Las tropas dispersaban o la contenían, manifestando a veces una condescendencia evidente y no ocurrir casi nunca a las armas de fuego. En las alturas no se apresuraron a dificultar el plan represivo, en parte porque no daban a los acontecimientos la importancia que tenían el error de visión de la reacción completamente el de los caudillos revolucionarios, y en parte porque los soldados seguros de las tropas. Al tercer día, constreñido por la fuerza de la orden telegráfica del zar, el gobierno no tiene más remedio que echar mano de las tropas ya de una manera decidida. Los obreros comprendieron así, sobre todo los elementos más avanzados, tanto más pronto que la vespersa los dragones habían disparado sobre las masas. Ahí sólo se planteaba en toda su magnitud ante ambas partes.

En la noche del 26 de febrero fueron detenidas, en distintas partes de la ciudad, cerca de cien personas pertenecientes a las organizaciones revolucionarias, entre ellas cinco miembros del comité bolchevique de Petrogrado. Se daba a entender que el gobierno pasaba a la ofensiva. ¿Qué sucedería? ¿Con qué temple se despertarían los obreros después de las descargas? Y, sobre todo, ¿cuál sería la actitud de las tropas? El 26 de febrero se abrió un día de nieblas de incertidumbre y de inquietud.

Detenido el comité local, la dirección de todo el trabajo en la ciudad a manos de la barriada de Vyborg. Tal vez sea mejor así. La alta dirección del partido se retrasa desesperadamente. Hasta el día 25 por la mañana, el Comité Central de los bolcheviques no se decidió a lanzar un mandato a la huelga general en todo el país. En el momento de salir a la calle este manifiesto, si es que efectivamente salió, la huelga general sólo se apoyaba ya totalmente en el alzamiento armado. Los dirigentes ob-

desde lo alto, vacilan y se quedan atrás, es decir, no dirigen, sino que se arrastran del movimiento.

Cuanto más nos acercamos a las fábricas, mayor es la decisión. Sin embargo, hoy, día 26, también en los barrios obreros reina la inquietud. Hacia los cansados, ateridos de frío, con una inmensa responsabilidad histórica sobre sus hombros, los militantes del barrio de Vyborg se reúnen en las afueras para cambiar impresiones acerca de la jornada y señalar de común acuerdo la línea que se ha de seguir. Pero, ¿qué hacer? ¿Organizar una nueva manifestación? ¿Qué resultado puede dar una manifestación sin armas, si el gobierno ha decidido jugarse el todo por el todo? Esta pregunta tortura las conciencias y parece indicar como la única conclusión posible que la insurrección se está liquidando. Es la conocida voz de Kajurov la que nos habla, y a lo que nosotros resistimos a creer que esta voz sea la suya. Tan bajo descendió el barómetro momentos antes de la tormenta.

En las horas en que la vacilación se adivinaba hasta de los revolucionarios que estaban más cerca de las masas, el movimiento había ido ya bastante más lejos en rigor de lo que se imaginaban los propios combatientes. Y a las 17 horas, al atardecer del 25 de febrero, el barrio de Vyborg se hallaba ya en manos de los rebeldes. Los comisarios de policía fueron saqueados y destruidos y algunos de los jefes de policía, muertos, aunque la mayoría desaparecido. El general-gobernador había perdido el contacto con una gran parte enorme de la capital. El 26 por la mañana se puso de manifiesto que, a consecuencia de la barriada de Vyborg, se hallaban en poder de los revolucionarios los barrios de Peski, hasta muy cerca de la avenida de Liteini. Por lo menos, así lo indica la situación en los informes de la policía. Y en cierto sentido era verdad. Indudablemente que los revolucionarios se dieran perfecta cuenta de ello. Indudablemente, en muchos casos los gendarmes abandonaban sus guaridas antes de verse amenazados por los obreros. Aparte de esto, el hecho de que los gendarmes evacuaran los barrios fabriles, no podía tener una importancia tan grande a los ojos de los obreros, y se comprende, pues las tropas no habían oído su última palabra. La insurrección se está liquidando, pensaban los revolucionarios, cuando, en realidad, no hacía más que desarrollarse.

El 26 de febrero era domingo y las fábricas no trabajaban, lo cual hacía difícil medir desde por la mañana la intensidad de presión de las masas por la intensidad de la huelga. Además, los obreros se ven privados de la posibilidad de reunirse en las fábricas, como lo habían hecho en los días anteriores. Esto dificultaba la organización de manifestaciones. En la Nevski reinaba ya la tranquilidad. En la ciudad todo está tranquilo, telegraficamente al menos. Pero la tranquilidad no había de durar mucho. Los obreros se concentrando poco a poco y se dirigen al centro desde todos los suburbios. Los obreros dejan pasar por los puentes, pero atraviesan sobre el hielo no hay que olvidar que estamos todavía en febrero, época en que el Neva está completamente helado. Los disparos hechos sobre la multitud que atraviesa el río no bastan para contenerla. La ciudad se ha transformado. Por todas partes

lan patrullas, piquetes de Caballería, por dondequiera se ven barre-
dados. Las tropas vigilan sobre todos los caminos que conducen a la
Nevski. Suenan disparos que no se sabe de dónde salen. Aumenta el número
de muertos y heridos. Corren en distintas direcciones los coches de
lancias samias. No siempre se puede precisar quién dispara ni de dónde
tienen los tiros. Es indudable que los gendarmes, a quienes se ha dado una
lección, han decidido no ofrecer más blanco y disparan desde las
traviesas de los postigos de los balcones, ocultándose detrás de las
desde las azoteas. Se lanzan conjeturas que se convierten fácilmente
en hechos. Se corre que, para intimidar a los manifestantes, muchos soldados
puestos capotes de gendarmes. Se dice que Protopopov ha mandado colocar
numerosos puestos de ametralladoras en las azoteas de las casas. La
nombrada después de la revolución no pudo probar la existencia de estos
puestos. Pero esto no quiere decir que no los hubiera. El hecho es que
nada los gendarmes quedan relegados a segundo término. Ahora intervienen
decisivamente las tropas, a quienes se da la orden de disparar, y los
sobre todo los regimientos de las escuelas de suboficiales, disparan
datos oficiales, en esta jornada los muertos llegaron a 40, contando
tantos heridos, sin incluir los que fueron retirados por la multitud
tra en su fase decisiva. ¿Se replegarán las masas ametralladas sobre
burbios? No se replegarán, pues quieren conseguir lo que les pide.

El Petrogrado burgués, burocrático, liberal, está asustado. El jefe
de la Duma imperial, Rodziánko, exige que se envíe al frente tropas
fianza luego lo pensó mejor y recomendó al ministro de la Guerra
que dispersara a la multitud no con descargas, sino con mangas de riego
niendo en acción al Cuerpo de bomberos. Beliaiev, después de consultar
sa con el general Jabatov, contestó que el agua produce a resultados
productores, pues el agua lo que hace es excitar. Véase cómo los
dirigentes liberalburocráticos policacos se entretienen en debates
ducha fría y caliente para el pueblo insurreccionado. Los informes
este día demuestran que el agua no bastaba: Durante los disturbios
vaba como fenómeno general la actitud extremadamente provocativa de
voltosos frente a la fuerza pública, contra la cual la multitud arroja
pedazos de hielo. Cuando las tropas hacían disparos al aire, la mul-
titud no se dispersaba, sino que acogía las descargas con risas. Fue ne-
cesario parar de veras para disolver los grupos, pero los revoltosos, en su
escondían en los patios de las casas vecinas, y cuando cesaban las
salían otra vez a la calle. Este informe policiaco atestigua la ten-
dencia extraordinariamente alta de las masas en aquellos días. Es poco verosímil
bargo, que la multitud empezase por propia iniciativa a bombardear a
las tropas con piedras y pedazos de hielo esto contradice demasiado la posición
de los rebeldes y su táctica de prudencia con respecto a las tropas. Es
atento a justificar las matanzas en masa, no describe las cosas tal
como sucedieron en la realidad. Pero el hecho fundamental está expresado con

te exactitud y perfecta claridad: la masa no quiere ya retroceder, resor optimista, no abandona el campo ni aun después de las descargas y rra no a la vida, sino a las piedras, al hielo. La multitud exasperada una intrepidez loca. Esto se explica por el hecho de que, a pesar de las gas, no pierde la confianza en las tropas. Tiene fe en el triunfo y quererlo a toda costa.

La presión de los obreros sobre las tropas se intensifica conforme ta la presión sobre ella por las autoridades. La guarnición de Petrogrado decididamente arrastrada por los acontecimientos. La fase de expectación se mantuvo casi tres días y durante la cual el principal contingente de nición puedo conservar una actitud de amistosa neutralidad ante los reñarios, tocaba a su fin: ¡Dispara sobre el enemigo! , ordena la monarquía dispare contra tus hermanos y hermanas! , gritan los obreros y las obreras no sólo esto, sino ¡nete a nosotros! . En las calles y en las plazas, puentes y en las puertas de los cuarteles, se desarrollaba una pugna irrupida, a veces dramática y a veces imperceptible, pero siempre desafiada, en torno al alma del soldado. En esta pugna, en estos agudos contactos entre los obreros y obreras y los soldados, bajo el crepitar inintermitente los fusiles y de las ametralladoras, se decidía el destino del poder, y del país.

El ametrallamiento de los manifestantes acentúa la sensación de inseguridad en las filas de los dirigentes. Las proporciones que toma el movimiento empiezan a parecer peligrosas. En la reunión celebrada por el comité el día 26 por la tarde, es decir, doce horas antes de decidirse el triunfo, hablarse de sí no era venido el momento de aconsejar que se pudiese fijar huelga. Esto podrá parecer sorprendente, pero no tiene nada de particular pues en estos casos es mucho más fácil reconocer la victoria al día siguiente que la espera. Además, el estado de ánimo sufre constantes alteraciones la presión de los acontecimientos y de las noticias. Al decaimiento sucede una exaltación de espíritu. De la valentía de un Kajurov o de Gurin no puede dudarse, pero en algunos momentos se sienten cohibidos el sentimiento de responsabilidad para con las masas. Entre los obreros base hay menos vacilaciones. El agente de la Ojrana, Churkanov, que es bien informado, y que desempeña un gran papel en la organización bolchevique, se expresa en los términos siguientes, en los informes que cursa a los jefes, hablando del estado de ánimo de los obreros: Comoquiera que las masas no oponen un obstáculo alguno a la multitud y en algunos casos se han vencido de su impunidad, y ahora, cuando, después de haber circulado por los obstáculos por las calles, los elementos revolucionarios han lanzado el grito de ¡Abajo la guerra! y ¡Abajo la autocracia! , el pueblo tiene la conciencia de que ha empezado la revolución, de que el triunfo de las masas está asegurado que la autoridad es impotente para aplastar el movimiento, puesto que las tropas están a su lado de que el triunfo decisivo está próximo, ya que las llamas se pondrán abiertamente, de un momento a otro, al lado de las fue-

revolucionarias: de que el movimiento iniciado no irÆ a menos, sino
jos de eso, crecerÆ ininterrumpidamente, hasta lograr el triunfo con
imponer el cambio de rØgimen . Este resumen es notable por su concisi
elocuencia. El informe representa de por s un documento hist rico
valor, lo cual no obsta, naturalmente, para que los obreros triunfa
a su autor en cuanto lo cogen.

Los confidentes, cuyo nÆmero era enorme, sobre todo en Petrogrado
los que mÆs tem an el triunfo de la revoluci n. Estos elementos man
pol tica propia: en las reuniones bolcheviques, Churkanov sostiene
de emprender las acciones mÆs radicales en sus informes a la Ojran
seja el empleo decidido de las armas. Es posible que Churkanov, per
este objetivo, tendiera incluso a exagerar la confianza de los obre
triunfo. Pero en lo esencial sus informes reflejaban la verdad, y p
tecimientos vinieron a confirmar su apreciaci n.

Los dirigentes de ambos campos vacilaban y conjeturaban, pues na
d a medir a priori la proporci n de fuerzas. Los signos exteriores p
finitivamente su valor de criterios de medida: no hay que olvidar q
los rasgos principales de toda crisis revolucionaria consiste preci
aguda contradicci n entre la nueva conciencia y los viejos moldes d
ciones sociales. La nueva correlaci n de fuerzas anidaba misteriosa
conciencia de los obreros y soldados. Pero precisamente el trÆnsito
no a la ofensiva de las masas revolucionarias hizo que la nueva cor
fuerzas pasara de su estado potencial a un estado real. El obrero m
e imperiosamente a los ojos del soldado, y Øste rehu a, intranquilo
su mirada: esto significaba que el soldado no respond a ya de s . E
acercaba a Øl valerosamente. El soldado, sombr a, pero no hostilmen
biersintiØndose culpable, guardaba silencio, y, a veces, contestaba
renidad forzada para ocultar los latidos inquietos de su coraz n. E
dose en Øl una gran transformaci n. El soldado se libraba a todas l
p ritu cuartelero sin que Øl mismo se diera cuenta de ello. Los jefe
el soldado estaba embriagado por la revoluci n al soldado le parec
contrario, que iba volviendo en s de los efectos del opio del cuar
iba preparando el d a decisivo, el 27 de febrero.

Sin embargo, ya la v spera tuvo lugar un hecho que, a pesar de s
ter epis dico, proyecta viv sima luz sobre los acontecimientos del
ro: al atardecer se sublev la cuarta compaæ a del regimiento imper
vlovski. En el informe dado por el inspector de polic a se indica d
tegrico la causa de la sublevaci n: La indignaci n producida por
que un destacamento de alumnos del mismo regimiento, apostado en la
ki, disparara contra la multitud . ¿QuiØn inform de esto a la cuar
Por una verdadera casualidad, se han conservado datos acerca de est
de las dos de la tarde acudi a los cuarteles del citado regimiento
obreros, que dieron cuenta atropelladamente a los soldados de las d
de la Nevski. Decid a los compaæeros que los soldados del Pavlovsk

tambiØn contra nosotros. Los hemos visto en la Nevski con vuestro uniforme. Era un reproche cruel y un llamamiento inflamado. Todos estaban descontentados y pÆlidos . La semilla cay en tierra fØrtil. Hacia las seis de la cuarta compaæ a abandon , por iniciativa propia, el cuartel bajo el mando de un suboficial ¿quiØn era? Su nombre ha desaparecido, sin dejar huella de tantos otros cientos y miles de nombres heroicos y se dirigi a la Nevski para retirar a los soldados que hab an disparado. No estamos ante una sublevaci de soldados provocada por el rancho, sino ante un acto de alta iniciativa revolucionaria. Durante el trayecto. La compaæ a tuvo una escaramuza con un cuadr n de gendarmes, contra el cual dispar , matando a un agente e hiriendo a otro. Desde aqu , ya no es posible seguir el rastro de la intervenci de los soldados insurrectos en el torbellino de las calles. La compaæ a rode el cuartel y puso en pie a todo el regimiento. Pero las armas hab an sido escondidas sin embargo, segØn algunos informes, los soldados lograron apoderarse de treinta fusiles. No tardaron en verse cercados por tropas del regimiento Preobrazhenski diecinueve soldados fueron detenidos y encerrados en la fuerza, los restantes se rindieron. SegØn otros informes, esa noche faltaban en el cuartel veintien soldados con fusiles. ¡Peligrosa escapada! Esos veintidos buscarØn durante toda la noche aliados y defensores. Si lo el triunfo de la revoluci n puede salvarlos. Seguramente que los obreros se enterar an pronto de ellos de lo sucedido. Buen presagio para los combates del d a siguiente en el centro de Kov, uno de los jefes liberales mÆs destacados ~~Memoirs~~ ~~aparecidas~~ menciona en algunos pasajes el diario de su partido y de su clase, regres a su casa a la una de la noche, a pie, por las calles oscuras e intranquilas, alabando el no de sombras presentimientos . Es posible que, en una de las encrucijadas se tropezara con un soldado fugitivo, y que, tanto el uno como el otro, se acordaran a irse cada cual por su lado, puesto que nada ten an que decirse en los barrios obreros y en los cuarteles, unos vigilaban o discut an la situaci dorm an con el sueæo ligero del vivac y present an, en un delirio febril de maæana, y all entre los obreros, el soldado fugitivo hall refugio.

¡QuØ pobreza la de las cr nicas de las acciones de Febrero, aun cuando con los escasos documentos que poseemos de las jornadas de Octubre y de octubre, los revolucionarios actuaban capitaneados d a tras d a por el momento en los art culos, manifiestos y actas del mismo aparece consignado, aunque sea mÆs que el curso externo de la lucha. No as en febrero. Las masas trabajÆn sometidas casi a ninguna direcci n organizada. Los peri dicos, con excepci on personal en huelga, permanecieron mudos. Las masas hac an su historia, sin poder pararse a escribirla. Es casi imposible restablecer el cuadro vivo de los acontecimientos que se desarrollaron por aquellos d as en las calles. Seria que podamos reconstituir las l neas generales de su desarrollo exterior y definir sus leyes internas.

El gobierno, que aØn no se hab a dejado arrebatarse el aparato del poder, segu a los acontecimientos peor incluso que los partidos de izquierda, pero como sabemos, distaban mucho de estar a la altura de las circunstancias.

puños de las eficaces descargas del 26, los ministros por un momento se desquilaron. En la madrugada del 27, Protopopov anunció que, según los informes recibidos, una parte de los obreros se proponen reanudar el trabajo. Pero los obreros no pensaban, ni por asomo, en reintegrarse a las fábricas. Los rumores y los fracasos de la víspera no han descorazonado a las masas. ¿Cómo explica esto? Evidentemente, los factores negativos se han convertido en positivos. Las masas invaden las calles, establecen contacto con el enemigo, abrazan amistosamente la mano en la espalda de los soldados, se deslizan por debajo de las patas de los caballos, atacan, se dispersan, dejan cadáveres tendidos por las acalles de vez en cuando, se apoderan de armas, transmiten noticias, propagan rumores y se convierten en un ser colectivo dotado de innumerables ojos y tentáculos. Cuando por la noche, después de la lucha, vuelven a sus casas, a los barrios obreros, las masas hacen el resumen de las impresiones del día, y, dejando a un lado lo secundario y accidental, sacan de ellas conclusiones correspondientes. En la noche del 26 al 27 estas conclusiones, sobre poco más o menos, las notificadas a sus superiores por el conde Churkanov.

Por la mañana del día siguiente los obreros afluyen nuevamente a las fábricas y, en asambleas generales, deciden proseguir la lucha. Se decide, cuando por su decisión, como siempre, los trabajadores de Vyborg. Tanto en los barrios como en los barrios transcurren en medio del mayor entusiasmo los momentos finales. ¡Proseguir la lucha! Pero, ¿qué significa esto, hoy? La lucha ha derivado en manifestaciones revolucionarias de masas inmensas, y estas manifestaciones se han traducido en choques con las tropas. Seguir la lucha equivale a proclamar el alzamiento armado. Pero este llamamiento no ha sido escuchado por nadie, no ha sido puesto a la orden del día por el partido revolucionario. Es una consecuencia inexorable de los propios acontecimientos.

El arte de conducir revolucionariamente a las masas en los momentos críticos consiste, en nueve décimas partes, en saber pulsar el estado de ánimo de las propias masas, y así como Kajurov observaba los guiños de los caballos de gran fuerza de Lenin consistía en su inseparable capacidad para tomar contacto con la masa y saber cómo sentirla. Pero Lenin no estaba aún en Petrogrado, los estados mayores socialistas públicos y semipúblicos, los Kerenski, los Skobelev y cuantos los rodeaban, preferían hacer amonestaciones y resistir al movimiento. El estado mayor central bolchevique, puesto por Shlyapnikov, Zalutski y Mlotov, reveló en aquellos días una debilidad y una falta de iniciativa asombrosas. De hecho, las barricadas y los cuarteles estaban abandonados a sus mismos. Hasta el día 26 no apareció el primer manifiesto a los soldados, lanzado por una de las organizaciones democráticas, afín a los bolcheviques. Este manifiesto, que tenía un carácter muy indeciso y ni siquiera hacía un llamamiento a los soldados para que se unieran al lado del pueblo, empezó a repartirse por todos los barrios por la mañana. Sin embargo, a testiguo Fureniev, uno de los dirigentes de la organización, los acontecimientos revolucionarios se desarrollaban

pidez, que nuestras consignas llegaban ya con retraso. En el momento en que las hojas llegaban a manos de los soldados, éstos entraban ya en acción.

Por lo que al centro bolchevique se refiere, conviene advertir que el día 27 por la mañana, Shlyepnikov no se decidió a escribir, a instancia de Gurin, uno de los mejores caudillos obreros de las jornadas de febrero un manifiesto dirigido a los soldados. ¿Fue impreso ese manifiesto? En todo caso no salió a la luz cuando su eficacia era ya nula. En modo alguno pudo tener influencia sobre los sucesos del día 27. No hay más remedio que dejar sentado como regla general, en aquellos días los dirigentes, cuanto más alto estuvieran en la escala de los acontecimientos.

Y, sin embargo, el alzamiento, a quien nadie llamaba por su nombre, obedecía a la orden del día. Los obreros tenían concentrados todos sus esfuerzos en las tropas. ¿Será posible que no logremos moverlas? Hoy, la agitación dispersa ya no basta. Los obreros de Vyborg organizan un mitin en el cuartel del regimiento de Moscú. La empresa fracasa. A un oficial o a un sargento le es difícil manejar una ametralladora. Un fuego graneado pone en fuga a los obreros. La misma tentativa se efectúa también sin éxito en el cuartel del regimiento de reserva. Entre los obreros y los soldados se interponen los caudillos apuntando con la ametralladora. Los caudillos obreros y los soldados, desesperados, buscan armas, se las piden al partido. Éste les contesta: las armas las tienen los soldados, id a buscarlas allí. Esto ya lo saben ellos. Pero ¿cómo seguirlos? ¿No se echará todo a perder? Así, la lucha iba llegando a su punto crítico. O la ametralladora barre la insurrección, o la insurrección barre la ametralladora. Memorias de Shlyepnikov, figura central en la organización bolchevique petersburguesa de aquel entonces, cuenta que cuando los obreros reclamaban armas, aunque no fuera más que revólveres, les contestaban con una negativa, mandándolos a los cuarteles. De este modo querían evitar choques sangrientos entre los obreros y los soldados, -cifrando todas sus esperanzas en la agitación, es decir, en la conquista de los soldados por la obra y el ejemplo. No conocemos testimonios que confirmen o refuten esta declaración de uno de los caudillos preeminentes de aquellos días, y que también acredita mi propia clarividencia. Mucho más sencillo hubiera sido reconocer que los dirigentes no disponían de armas.

Es indudable que, al llegar a una determinada fase, el destino de la revolución se resuelve por el cambio operado en la moral del ejército. Los soldados populares inermes, o poco menos, no podrán arrancar el triunfo si hubieran de luchar contra una fuerza militar numerosa, disciplinada, bien armada y fuertemente dirigida. Pero toda profunda crisis nacional repercute, por fuerza mayor o menor, en el ejército de este modo, a la par con las condiciones de una revolución realmente popular, se prepara asimismo la posibilidad de su triunfo. Sin embargo, el ejército no se prepara al lado de los revolucionarios por propio impulso, ni por obra de la revolución exclusivamente. El ejército es un conglomerado, y sus elementos antagónicos están atados por el terror de la disciplina. Aun en vísperas de la hora

soldados revolucionarios ignoran la fuerza que representan y su posición en la lucha. También son un conglomerado, naturalmente, las masas. Pero éstas tienen posibilidades incomparablemente mayores de a prueba la homogeneidad de sus filas en el proceso de preparación para la batalla decisiva. Las huelgas, los mítines, las manifestaciones, tienen los medios de lucha como de medios para medir la intensidad de la misma. No toda la masa participa en el movimiento de huelga. No todos los huelguistas están puestos a dar la batalla. En los momentos más agudos, se echan a la carga los más decididos. Los vacilantes, los cansados, los conservadores, se quedan en casa. Aquí, la selección revolucionaria se efectúa orgánicamente, haciendo pasar a los hombres por el tamiz de los acontecimientos. En el ejército no ocurren del mismo modo. Los soldados revolucionarios, los simpatizantes, los vacilantes, los hostiles, permanecen ligados por una disciplina férrea. Los hilos se hallan concentrados, hasta el último momento, en manos de la dirección. En los cuarteles sigue pasando revista diariamente a los soldados. Se les cuenta, como siempre, por orden de las filas primera y segunda, no, pues ser a imposible, por orden de filas revoltosas y adictas.

El momento psicológico en que los soldados se pasan a la revolución se halla preparado por un largo proceso molecular, el cual tiene, como los procesos naturales, su punto crítico. Pero, ¿cómo determinarlo? Cabe muy pocas dudas de que las tropas están perfectamente preparadas para unirse al pueblo, pero necesitan recibir el necesario impulso del exterior: los dirigentes revolucionarios actúan en la posibilidad de traer a su lado al ejército, y dejan pasar el momento del triunfo. Después de esta insurrección, que ha llegado a la madurez, si el levantamiento que se ha malogrado, puede producirse en las tropas una reacción. Los soldados pierden la esperanza que había alimentado su espíritu. Tienden a darse al cuello al yugo y a la disciplina y, al verse otra vez frente a la disciplina, manifiestan ya contra los sublevados, sobre todo a distancia. En este momento entran muchos factores psicológicamente ponderables, muchos puntos concretos, numerosos elementos de sugestión colectiva y de autosugestión. En toda esa compleja trama de fuerzas materiales y psicológicas se deduce una inevitabilidad inexorable, una conclusión: los soldados, en su gran mayoría, son tanto más capaces de desenvainar sus bayonetas y de ponerse con ellas al servicio del pueblo, cuanto más persuadidos están de que los sublevados lo harán efectivamente, de que no se trata de un simple simulacro, después de haberse comprometido a volver al cuartel y responder de los hechos, de que es efectiva la lucha en que se juega el todo por el todo, de que el pueblo puede ganar si se unen a él y de que su triunfo no sólo garantizará la impunidad de los sublevados, sino que mejorará la situación de todos. En otros términos, los revolucionarios pueden provocar el cambio de moral de los soldados en el caso de que éstos estén ya totalmente dispuestos a conseguir el triunfo a cualquier precio, e incluso a costa de su sangre. Pero esta decisión suprema no puede ni quiere nunca ser una decisión automática.

La hora crítica del contacto entre la masa que ataca y los soldados

salen al paso tiene su minuto crítico: es cuando la masa gris no se ha dado aún, se mantiene firme y el oficial, jugando la última carta, da de fuego. Los gritos de la multitud, las exclamaciones de horror y las zuzas ahogan la voz de mando, pero sólo a medias. Los fusiles se mueven. La multitud avanza. El oficial encañona con su revólver al soldado más próximo. Ha sonado el segundo decisivo del minuto decisivo. El soldado más próximo, en quien tiene fijadas sus miradas todos los demás, cae exánime. El oficial dispara sobre la multitud con el fusil arrebatado al soldado muerto. La barrera de las tropas: los fusiles se disparan solos, barriendo hacia los callejones y los patios de las casas. Pero, ¿cuántas veces, las cosas pasaban de otro modo! En el instante crítico, cuando el oficial pone a apretar el gatillo, surge el disparo hecho desde la multitud, como sus Kajurovs y sus Chugurins, y esto basta para decidir no sólo la suerte de aquel momento, sino tal vez el de toda la jornada y aun el de toda la ciudad.

El fin que se propone a Shlyepnikov: evitar los choques de los obreros con las tropas no dando armas a los revoltosos, era irrealizable. Antes de llegar a los choques con las tropas tuvieron lugar innumerables encuentros con los gendarmes. La lucha en las calles se inició con el desarme de los dos faros cuyos revólveres pasaban a las manos de los revolucionarios. Pero, el mismo, el revólver es un arma débil, casi de juguete, contra los fusiles, ametralladoras y los cañones del enemigo. Pero, ¿estaban éstos realmente en sus manos? Para comprobarlo, los obreros exigen armas. Es ésta una cuestión que se resuelve en el terreno psicológico. Pero tampoco en las insurrecciones los procesos psicológicos son fácilmente separables de los materiales. El momento que conduce al fusil del soldado pasa por el revólver arrebatado al

La crisis psicológica por la que atravesaban los soldados era, en esos momentos, menos activa, pero no menos profunda que la de los obreros. Recordemos nuevamente que la guarnición estaba formada principalmente por batallones compuestos de muchos miles de reservistas destinados a cubrir bajas de los regimientos que se hallaban en el frente. Estos hombres, muchos de familia en su mayoría, se ven ante el trance de ir a las trincheras cuando la guerra estaba ya perdida y el país arruinado. Estos hombres no querían la guerra, anhelaban volver a sus casas, restituirse a sus quehaceres sabiendo bien lo que pasaba en palacio y no sentían el menor afecto por la monarquía. No querían combatir contra los alemanes, y menos aún contra los obreros. Los Petersburgueses odiaban a la clase dirigente de la capital, que se entregaba a los placeres durante la guerra. Además, entre ellos había obreros con un espíritu revolucionario que sabían dar una expresión concreta a este estado de ánimo.

La misión consistía en encauzar este descontento profundo, pero latente, de los soldados, hacia la acción revolucionaria, franca y abierta. Pero, al menos, en un principio, hacia la neutralidad. El tercer día de lucha, los soldados perdieron definitivamente la posibilidad de mantenerse en una posición

benévola neutralidad ante la insurrección. Hasta nosotros llegaron con estas reminiscencias secundarias de lo sucedido en aquellas dos horas, al contacto entre los obreros y los soldados se refiere. Hemos visto y espero los obreros fueron a quejarse amargamente ante los soldados del regimiento de Pavlovski, y la conducta de un destacamento de alumnos. En las conversaciones, reproches y llamamientos análogos ocurren en los barrios de la ciudad. Los soldados no podían seguir vacilantes. Ya están obligados a disparar. Hoy volverán a obligarles a lo mismo. Los soldados se rinden, no retroceden, quieren conseguir lo que les pertenece, a pesar de estar bajo una lluvia de plomo, y con ellos están las obreras, las esposas, las hermanas, las novias. ¿No es ésta, acaso, la hora aquella de cuando a menudo se hablaba, cuchicheando, en los rincones?: ¿Y si nos unimos? . Y en el momento de las torturas supremas, del miedo insuperable, el día que se avecina, henchidos de odio contra aquellos que les imponen el papel de verdugos, resuenan en el cuartel las primeras voces de indignación manifiesta, y en estas voces animadas todo el cuartel se ve retratado y exaltado a su mismo. Así amaneció sobre Rusia el día del derrumbamiento de la monarquía de los Romanov.

En la reunión celebrada por la mañana en casa del incansable Karyagin, a la cual acudieron hasta cuarenta representantes de las fábricas, la mayoría pronunció por llevar adelante el movimiento. La mayoría, pero no toda, temía que no se conserve testimonio de la proporción de votos. Pero en aquellos momentos de actas. Por lo demás, el acuerdo llevado a la reunión se vio interrumpida por la noticia fascinadora de la sublevación de los soldados y de que habían sido abiertas las puertas de las cárceles. Besó a todos los presentes. Fue el beso de Judas, pero éste no preveía la ventura, a una crucifixión.

Desde la mañana se fueron sublevando, uno tras otro al ser sacados de los cuarteles, los batallones de reserva de la Guardia, continuando el movimiento que en la víspera había iniciado la cuarta compañía del regimiento Pavlovski. Este grandioso acontecimiento de la historia humana sólo ha dejado una huella pálida y tenue en los documentos, crónicas y memorias. Los oprimidos, aun cuando se eleven hasta las cimas mismas de la creación histórica, cuentan poco de sí mismas y aún se acuerdan menos de consignar sus hechos cuerdos por escrito. Y la exaltación del triunfo esfuma luego el recuerdo de la memoria. Conformémonos con lo que hay.

Los primeros que se sublevaron fueron los soldados del regimiento Volinski. Ya a las siete de la mañana, el comandante del batallón llamado por teléfono, para comunicarle la terrible noticia, el destacamento de esto es, las fuerzas que se creían más adictas y se destinaban a sostener el movimiento, se habían negado a salir el jefe había sido muerto o se había muerto antes los soldados: sin embargo, esta segunda versión fue abandonada seguida. Quemando los puentes tras de sí, los soldados de Volinski se esforzaron en ampliar la base de la sublevación, que era lo único que podía...

Con este fin se dirigieron a los cuarteles de los regimientos de Lituanbrazhenski, situados en las inmediaciones, llevándose a los soldados de modo que los huelguistas sacan a los obreros de las fábricas. Poco después Jabalov recibió la noticia de que los soldados del regimiento de Volin no entregaban los fusiles, como había ordenado el general, sino que, como los soldados de los regimientos de Preobrazhenski y de Lituania, y lo más terrible, unidos a los obreros, habían destruido el cuartel de los soldados y a los gendarmes. Esto atestigua que la experiencia por que habían pasado antes los soldados del regimiento de Pavlovski no había sido estorbada. Los soldados habían encontrado caudillos y, al mismo tiempo, un plan de acción.

En las primeras horas de la mañana del día 27, los obreros se imaginaban la consecución de los fines de la insurrección mucho más lejana de lo que estaba en realidad. Para decirlo más exactamente, sólo veían la consecución de estos fines como una remota perspectiva, cuando en sus nueve días anteriores se hallaban ya alcanzados. La presión revolucionaria de los obreros en los cuarteles coincidió con el movimiento revolucionario de los soldados en las calles. En el transcurso del día, estas dos poderosas avalanchas se unieron para mandar un todo, para arrastrar, primero el tejado, después los muros y los cimientos del viejo edificio. Chugurin fue uno de los primeros que entró en el local de los bolcheviques con un fusil en la mano y la espalda cubierta por una cartuchera, sucio, pero radiante y triunfal. ¡La cosa no era menos! ¡Los soldados se pasan a nuestro lado con las armas en la mano! En algunos sitios, los obreros han conseguido unirse a los soldados, penetrar en los cuarteles, obtener fusiles y cartuchos. Los obreros de Vyborg, y otra parte más decidida de los soldados, han esbozado el plan de acción: apoderarse de las comisarías de policía, en las cuales se han concentrado los soldados armados, desarmar a todos los jefes de policía, liberar a los obreros detenidos y a los presos políticos encerrados en las cárceles - destruir los edificios gubernamentales de la ciudad, unirse a los soldados que no se habían sublevado aún y a los obreros de las demás barriadas.

El regimiento de Moscú se adhirió a la insurrección, no sin luchas internas. Es sorprendente que estas luchas fueran tan poco considerables entre los regimientos. Los elementos monárquicos, impotentes, quedaban separados de la masa, se escondían por los rincones o se apresuraban a cambiar de campamento.

A las dos de la tarde recuerda el obrero Koroliev, al salir el regimiento de Moscú, nos armamos... Cogimos cada uno un revólver y un fusil, nos unimos a un grupo de soldados que se nos acercó (algunos de ellos rogaron que les mandáramos y les indicáramos que tenían que hacer), y nos dirigimos a la calle Tichvinskaya, para abrir el fuego contra la comisaría de policía. Como los obreros indicaban a los soldados lo que tenían que hacer, sin el menor tanteo de vacilación.

Una tras otra, llegaban jubilosas noticias de victoria. ¡Los revolucionarios estaban en posesión de automóviles blindados! Con las banderas rojas de los tanques, estos vehículos sembraban el pánico entre los que aún no se habían

metido. Ahora ya no era necesario deslizarse por entre las patas de los de los cosacos. La revolución está en pie en toda su magnitud.

Hacia el mediodía, Petrogrado vuelve a convertirse en un campo de batallas: por todas partes se oyen disparos de fusilería y ametralladora; siempre es posible concretar quién dispara contra quién. Lo único que puede afirmarse es que se tirotean el pasado y el futuro. Es frecuente el tiroteo sin objetivo: se disparaba, sencillamente, con los revólveres esperadamente. Ha sido saqueado el arsenal. Se dice que se han reparado algunas decenas de miles de Browning. De la Audiencia y de las comisarías policíacas incendiadas se elevan al cielo columnas de humo. En algunos locales las escaramuzas y los tiroteos se convierten en verdaderas batallas. En la avenida Sampsonovski, los obreros se acercan a las barracas ocupadas por los motociclistas, una parte de los cuales se agrupa en las puertas. ¿Están aquí parados, compañeros? Los soldados sonríen, con una sonrisa que promete nada bueno, atestiguan uno de los beligerantes, y permanecen inmóviles. Los oficiales ordenan groseramente a los obreros que sigan su camino. Los motociclistas, lo mismo que los soldados de Caballería, fueron protagonistas de las revoluciones de Febrero y de Octubre los cuerpos más conservadores del ejército. Pronto se agrupan ante la verja un tropel de obreros y revolucionarios. ¡Hay que sacar de aquí al batallón sospechoso! Alguien dice que ha sido pedido un automóvil blindado de otro modo; es poco probable que se pueda sacar de su guarida a los motociclistas, que se han apostado ametralladoras. Pero la masa no sabe esperar: se muestra impaciente e intranquila, y en su impaciencia tiene razón. Suenan los disparos disparados por ambas partes, pero la valla de tablas que separa a los soldados de la revolución, estorba. Los atacantes deciden destruirla. Después del derribo, al resto le pegan fuego, aparecen las barracas, que son unas veinte. Los motociclistas se concentran en dos o tres. Las otras barracas inmediatamente incendiadas. Seis años después Kajurov registra el recuerdo de las barracas ardiendo y la valla que las rodeaba derribada, el fuego de las ametralladoras y los fusiles, los rostros agitados de los sitiadores, el ejército lleno de revolucionarios armados que se acerca a toda marcha, y finalmente el automóvil blindado que llega, con sus bruidos cañones; ofreciendo un espectáculo magnífico e inolvidable. La vieja Rusia zarista, eclesiástica y consumida en el incendio de las barracas y las vallas, desaparece en el humo y el fuego, ahogándose en el tiroteo de las ametralladoras. ¿Cómo iban a abandonar de exaltarse los Kajurov, las decenas, los centenares, los miles de soldados de Petrov? El automóvil hizo algunos disparos de cañón contra la barraca que habían refugiado los oficiales y los motociclistas. El comandante de los soldados resultó muerto los oficiales, quitándose las charreteras y los soldados se fugaron por huertas adyacentes los demás se rindieron. Fue probablemente la refriega más importante de la jornada.

Entretanto la sublevación militar tomaba un carácter epidémico. Los casos que no la secundaban eran ya las fuerzas que no habían tenido tiempo

hacerlo. Al atardecer se sumaron al movimiento los soldados del regimiento Semenov, famoso por la salvaje represión del alzamiento de Moscú, en 1905. ¡Los once años pasados desde entonces no habrán pasado en vano! Los soldados del regimiento de Semenov, unidos a los cazadores, sacaron a la calle a la entrada la noche, a los del regimiento de Ismail, a quienes los jefes habían encerrados en los cuarteles: este regimiento, que cercó y detuvo el movimiento de 1905 al primer Sviat de Petrogrado, seguía siendo considerado como uno de los más reaccionarios. La guarnición del zar en la capital, que contaba con ciento cincuenta mil soldados, se iba fundiendo, derritiéndose y desaparecía por momentos. Por la noche, ya no existía.

Después de las noticias recibidas por la mañana acerca de la sublevación de los regimientos, Jabalov todavía intenta resistir, mandando contra los rebeldes un destacamento formado por elementos diversos, de cerca de mil hombres, con las instrucciones más draconianas. Pero la suerte de este destacamento toma un giro misterioso. En estos días sucede algo incomprensible: cuenta después de la revolución el incomparable Jabalov, el destacamento avanza con oficiales valientes y decididos a la cabeza alude al coronel Popov pero... ¡sin resultado alguno! Las compañías mandadas tras ese destacamento desaparecen también sin dejar huella. El general empieza a fortificar las reservas en la plaza de Palacio, pero faltaban cartuchos y no había municiones. Entresacamos todo esto de las declaraciones de Jabalov ante la comisión investigadora del Gobierno Provisional. Pero ¿cómo pudo ser en fin de cuentas, los destacamentos destinados a sofocar la insurrección es difícil adivinarlo: se vieron inmediatamente absorbidos por esta ola de obreros, las mujeres, los muchachos, los soldados sublevados, rodeaban los destacamentos de Jabalov por todos lados, considerándolos como suyos y forzándose por conquistarlos, y no les daban la posibilidad de moverse si no fuera uniéndose a la inmensa multitud. Luchar con esta masa que se había adherido a los soldados, que ya no temía nada, que era inagotable, que estaba en todas partes, era tan imposible como batirse en medio de una marea de levadura.

Simultáneamente a las continuas informaciones relativas a las sublevaciones de nuevos regimientos, llegaban demandas de tropas de confianza para sofocar la insurrección, para guardar la central telefónica, el palacio de Invierno, el palacio de Marinski y otros sitios aún más sagrados, Jabalov pidió por teléfono que se mandaran tropas de confianza de Kronstadt, pero el comandante contestó que el mismo temía por la seguridad de la fortaleza. Jabalov insistió todavía que la sublevación se había extendido a las guarniciones de Invierno, pero el plan hubo de abandonarse en seguida por irrealizable, y el último destacamento de tropas adictas pasó al Almirantazgo. Allí, el dictador se propuso principalmente, de realizar la cosa más importante e inaplazable: imprimir, publicar, los dos últimos decretos del gobierno, sobre la dimisión de Popov por motivos de salud y sobre la declaración del estado de sitio.

grado. Este último decreto corr a, en efecto, mucha prisa, pues pocos despuØs, el ejØrcito de Jabalov levantaba el sitio de Petrogrado y mirantazgo para refugiarse en sus casas. Si lo por desconocimiento de la realidad la revoluci n no detuvo el d a 27 por la noche a aquel general atribuciones terribles, pero que ya no ten a nada de terrible. Se hizo siguiente, sin ninguna dificultad.

¿Pero es posible que sea Østa toda la resistencia que ofrezca la Rusia zarista ante el peligro mortal? Si, casi todo, a pesar de la fuerza acumulada en lo que a las represiones contra el pueblo se refieren de los planes de represión, tan concienzudamente elaborados. Mas los monárquicos, al volver en sí, explicaron la facilidad de la victoria en febrero, por el carácter especial de la guarnición de Petrogrado y todo el curso ulterior de la revoluci n desmiente este razonamiento. La verdad que, ya a principios del aæo fatal, la camarilla sugeri a al zar la idea de renovar la guarnición de la capital. El zar se dejó convencer de que la Caballería de la Guardia, que era considerada como muy buena hab a permanecido bastante tiempo en el fuego y merec a que se le diera descanso en sus cuarteles de Petrogrado. Sin embargo, accediendo a las sugestivas indicaciones del frente, el zar sustituy a los cuatro regimientos de Caballería de la Guardia por tres dotaciones de Marina de la Guardia. La versi n de Protopopov, la sustituci n se llev a cabo sin el consentimiento del zar, con una intenci n pØrfida por parte del mando. Los marineros en su mayor a, obreros, y representan el elemento mæs revolucionario del ejØrcito. Pero esto es un absurdo evidente. Lo que ocurri era, seguramente, que la alta oficialidad de la Guardia, sobre todo la de caballería de carrera demasiado brillante en el frente para que tuviera ningØn deseo de tornar al interior. Ademæs, ten a que pensar, no sin miedo, en las responsabilidades que se les asignaba a la cabeza de regimientos que en el frente hab an sufrido una completa transformaci n. Como no tardaron en demostrar los acontecimientos del frente, la Guardia Montada no se distingu a ya, entonces, del resto de la Caballería, y los marineros de la Guardia que en la capital no desempeæaron ningØn papel activo en la revoluci n de febrero. La verdadera causa estribaba en que toda la trama del rØgimen establecido estaba completamente podrida y ya no ten a ni un solo hilo sano...

En el transcurso del d a 27 fueron puestos en libertad por la multitud que hubiera ninguna v ctima, los detenidos pol ticos de las numerosas prisiones de la capital, entre ellos el grupo patri tico del ComitØ -Industrial que hab a sido detenido el 26 de enero, y los miembros del comitØ petersburguØs de los obreros, encarcelados por Jabalov cuarenta horas antes. A las mismas prisiones de la cÆrcel se dividen los caminos pol ticos: los patriotas mencheviques rigen hacia la Duma, donde se reparten los papeles y los cargos los que se van a las barriadas, al encuentro de los obreros y los soldados para dar cima con ellos a la conquista de la capital. No se puede dejar de decir que el migo. Las revoluciones exigen, mæs que ninguna otra cosa, -remate y

ci n.

No se puede precisar quiØn sugiri la idea de conducir al palacio rida a los regimientos sublevados. Esta ruta pol tica era una consecuencia de la situaci n. Todos los elementos radicales no incorporados a las se sent an, naturalmente, atra dos hacia este palacio, en que se o traban todos los informes de la oposici n. Es muy veros mil que precis estos elementos, que sintieron sœbitamente el d a 27 la afluencia de f vitales, desempeæasen el papel de gu as de la Guardia sublevada. Este era honroso y ya casi no ofrec a peligro alguno. El palacio de Potemki situaci n, era el mÆs apropiado para servir de centro a la revoluci n. de TÆurida s lo estaba separado por una calle de la poblaci n militar, se hallaban los cuarteles de la Guardia y una serie de instituciones m Durante muchos aæos, esta parte de la ciudad hab a sido considerada, t por el gobierno como por los revolucionarios, como el reducto militar narqu a. Y lo era efectivamente. Pero todo hab a cambiado. La sublevaci litar surgi , precisamente, de este sector. Los sublevados no ten an m atravesar la calle para llegar al jard n del palacio de TÆurida, separa va solamente por una manzana de casas. Del otro lado del Neva se extie barriada de Vyborg, caldera de vapor de la revoluci n. Los obreros no mÆs que cruzar el puente de Alejandro, y, si Øste ha sido levantado, p helado, para ir a parar a los cuarteles de la Guardia o al palacio de aqu c mo este triÆngulo heterogØneo y contradictorio por su origen, s en el noroeste de Petrogrado: la Guardia, el palacio de Potemkin y las gigantescas, se convierte en la plaza de armas de la revoluci n.

En el edificio del palacio de TÆurida surgen o empiezan a dibujars distintos centros, entre ellos el estado mayor de la insurrecci n. No decir que Øste tuviera un carÆcter muy serio. Los oficiales revolucio to es, los oficiales relacionados por su pasado con la revoluci n, aun fuera mÆs que por equ voco, pero que hab an dejado pasar la insurrecci apresuran despuØs de la victoria a recordar su existencia, o, respondi llamamiento directo de los demÆs, se ponen al servicio de la revoluci tos elementos examinan pedantescamente la situaci n y menean la cabeza gesto pesimista. Claro estÆ, dicen, que esa masa de soldados en fermer muchas veces desarmados, no tiene capacidad combativa alguna. No hay r tiller a, ni ametralladoras, ni jefes. El enemigo tendr a bastante con gimiento s lido. Ahora, es verdad que los regimientos revolucionarios toda operaci n sistemÆtica en las calles. Pero, por la noche, los obre a sus casas, el habitante neutral se acostarÆ, la ciudad quedarÆ desie balov se presenta en los cuarteles con un regimiento de confianza, pue cerse dueæo de la situaci n. Con esta misma idea nos hemos de encontra go, con distintas variantes, a travØs de las varias etapas de la revol me un regimiento de confianza, dirÆn mÆs de una vez los bravos coronel en un cerrar y abrir de ojos barro yo toda esa porquer a . Algunos, co remos, lo intentarÆn, pero todos tendrÆn que repetir las palabras de J

El destacamento ha salido con un bravo oficial a la cabeza, pero... tado alguno! .

No podía ser de otro modo. Los policías y los gendarmes, y con ellos los destacamentos de alumnos de algunos regimientos, constituían una fuerza aparentemente firme, pero resultaron de una insignificancia lamentable para el presidente de las masas: como resultaron impotentes, ocho meses después los batallones de Georgui y, en octubre, los alumnos de las escuelas militares iban a sacar la monarquía a ese regimiento salvador dispuesto a una lucha incesante y desesperada con una ciudad de dos millones de habitantes? La revolución les parece indefensa a los coroneles, verbalmente porque es aún terriblemente caótica: por dondequiera, movimientos salvajes, torrentes confluentes, torbellinos humanos, figuras asombradas, desabrochados, estudiantes que gesticulan, soldados sin fusiles, fusiles sin soldados, muchachos que disparan al aire, clamor de millares de voces, rumores desenfrenados, falsas alarmas, alegrías infundadas parecen bastar a entrar sable en mano en ese caos para destruirlo todo sin esfuerzo. Pero es un torpe error de visión. El caos no es más que aparente: el caos se está operando una irresistible cristalización de las masas en un sentido. Estas muchedumbres innumerables no han determinado aún planes, con suficiente claridad, lo que quieren pero están impregnadas de una fiebre ardiente por lo que ya no quieren. A sus espaldas se ha producido un debilitamiento histórico irreparable ya. No hay modo de volver atrás. Aunque uno quisiera que hubiera quien pudiese dispersarlos, una hora después se armarían de nuevo y el segundo ataque sería aún más feroz y sangriento. En las jornadas de Febrero, la atmósfera de Petrogrado se torna tan incandescente, que el movimiento hostil que cae en esa poderosa hoguera o que sólo se acerca a ella, respira su ardiente aliento, se transforma, pierde la confianza en sí mismo, siente paralizado y se entrega sin lucha a merced del vencedor. Debe vencer mañana el general Ivanov, mandado por el zar desde el frente con un batallón de los Caballeros de Giorgui. Cinco meses después correrá la misma suerte el general Kornilov, y, ocho meses más tarde, Kerenski.

Durante los días anteriores, los cosacos parecían, en las calles, fácilmente influenciables, era así porque se les traía muy ajetreados. Pero cuando el movimiento tomó el carácter de insurrección franca, la Caballería justificó una vez más, su reputación conservadora. El 27 conservaba aún la apariencia de neutralidad expectante. Jabalov no confiaba ya en ella, pero la revolución la temía.

Seguía siendo un enigma la fortaleza de Pedro y Pablo, situada en la desembocadura del Neva, frente al palacio de Invierno y los de los generales. La guarnición se hallaba, o parecía hallarse, más protegida dentro de los muros de las influencias del mundo circundante. En la fortaleza no había un soldado permanente, a no ser el viejo cañón que anunciaba a los petrogrusos el medio día. Pero hoy se han colocado en los muros cañones de artillería enfilados sobre el puente. ¿Qué se prepara allí? En el estado mayor

de Taurida, por la noche, la gente se quiebra la cabeza pensando quØ h con Pedro y Pablo, y en la fortaleza se hallan torturados por la cuest ber lo que la revoluci n harÆ con ellos. Por la maæana se descifra el fortaleza se rinde al palacio de Taurida a condici n de que se respet ridad personal de la oficialidad . OrientÆndose en la situaci n, lo cu muy dif cil, los oficiales de la fortaleza se apresuran a prevenir la table de los acontecimientos.

El 27, por la tarde, afluyen al palacio de Taurida, soldados, obre diantes, simples ciudadanos, todos los cuales conf an hallar aqu a lo saben todo y recibir informaciones e instrucciones. De distintos punto ciudad llegan al palacio verdaderas gavillas de armas, que son amonton una de las habitaciones, convertida en arsenal. Por la noche, el estado revolucionario emprende el trabajo, manda fuerzas para vigilar las est y patrullas a todos aquellos sitios de que se puede temer algØn peligr dados cumplen las rdenes del nuevo poder de buena gana y sin rechista que de un modo extraordinariamente desordenado. Lo ønico que exigen ca vez es la orden escrita: probablemente, la iniciativa parte de lo que mando en los regimientos o de los escribientes militares. Pero tienen preciso introducir inmediatamente un orden en aquel caos. El estado ma volucionario, lo mismo que el s viet que acaba de surgir, no disponen ningØn sello. La revoluci n tiene que preocuparse de establecer un ord rocrÆtico. Andando el tiempo, ha de hacerlo, ¡ay!, con exceso.

La revoluci n empieza la bæsqueda de enemigos por toda la ciudad efectæan detenciones detenciones arbitrarias dirÆn en tono de censu berales. Pero toda revoluci n es arbitraria. En el palacio de Taurida filar constante de detenidos: el presidente del Consejo de Estado, mir guardias de Seguridad, agentes de la Ojrana, una marquesa - german fila daderas nidadas de oficiales de gendarmes a. Algunos altos funcionarios como Protopopov, se presentan ellos mismos y se constituyen prisionero ello, piensan salir ganando. Las paredes de la sala, que conservaban t eco del absolutismo, no escuchan ahora mÆs que suspiros y sollozos re rÆ, mÆs tarde, una marquesa puesta en libertad . Un general detenido s ja caer exhausto en una silla, a su lado. Algunos miembros de la Duma cen amablemente una taza de tØ. Conmovid hasta el fondo del alma, el ral dice con agitaci n: Marquesa, ¡asistimos a la ruina de un gran pa

El gran pa s, que no se dispon a a morir, pasaba por delante de aq ex hombres sin hacer caso de ellos, golpeando el suelo con las botas y latas de los fusiles, haciendo vibrar el aire con sus gritos y dando p todo lo que encontraban a su paso. La revoluci n se ha distinguido sie su falta de urbanidad: seguramente, porque las clases dominantes no se preocupado a su tiempo de enseæar buenas maneras al pueblo.

El palacio de Taurida se convierte en el cuartel general, en el ce bernamental, en el arsenal, en la cÆrcel de una revoluci n que no se h do aæn la sangre de las manos ni el sudor de la frente. En este torbel

netran tambiØn los enemigos audaces. Se descubre casualmente a un
de gendarmes, disfrazado, que toma sus notas en un rinc n, no para
ria, sino para los consejos sumar simos. Los soldados y los obreros
tarlo en el acto. Pero los hombres del estado mayor intervienen y l
mente al gendarme de las garras de la multitud. En aquel entonces,
ci n era aæn bondadosa, generosa y crØdula. S lo serÆ implacable de
una prolongada serie de traiciones, engaæos y pruebas sangrientas.

La primera noche de la revoluci n victoriosa estÆ llena de inqu
comisarios improvisados de las estaciones y de otros puntos, intele
su mayor a, ligados con la revoluci n por sus relaciones personales
oficiales, sobre todo los de origen obrero, eran incomparablemente
, empiezan a ponerse nerviosos, acechan peligros por todas partes,
su nerviosismo a los soldados y telefonean constantemente al palaci
rida exigiendo refuerzos. All tambiØn estÆn agitados telefonean, r
fuerzos que casi nunca llegan a su destino. Los que reciben rdene
ta uno de los miembros del estado mayor nocturno , no las cumplen,
obran, lo hacen sin haber recibido orden alguna... .

TambiØn obran sin rdenes las barriadas proletarias. Los caudill
cionarios que hab an sacado a los obreros de las fÆbricas, que se h
derado de las comisar as, que hab an echado a los regimientos a la
truido los refugios de la contrarrevoluci n, no se apresuran a ir a
TÆurida, al estado mayor, a los centros dirigentes al revØs, apunt
aquel sitio con iron a e incredulidad: Esos valientes se apresuran
la piel del oso que no han matado y aæn colea . Los obreros bolchev
mejores elementos obreros de los demÆs partidos de izquierda se pas
en las calles y las noches en los estados mayores de barriada, mant
contacto con el cuartel, preparan el d a de maæana. En la primera n
triumfo prosiguen y desarrollan la labor realizada en el transcurso
jornadas. Son la columna vertebral de la revoluci n en sus comienzo

El d a 27, Nabokov, a quien ya conocemos, miembro, del centro de
detes, que era en ese momento un desertor legalizado en el estado m
neral, se fue, como de costumbre, a la oficina y permaneci en ella
tres sin enterarse de nada. Al atardecer, sonaron disparos en la Mo
bokov los oy desde su domicilio corr an los autom viles blindado
dos y marinos, aislados, se arrimaban a las paredes el honorable l
servaba desde las ventanas. El telØfono segu a funcionando, y me a
que mis amigos me comunicaron lo sucedido durante el d a. Nos acost
la hora de costumbre . Este hombre serÆ pronto uno de los -inspirado
bierno revolucionario (!) provisional, y su gerente. Al d-a siguien
æana, se le acercarÆ en la calle un anciano desconocido, un oficini
ra o acaso un maestro de escuela y, quitÆndose el sombrero, le dirÆ
gracias por todo lo que han hecho ustedes por el pueblo . El propio Na
lo cuen con modesto orgullo.

VIII. ¿Quién dirigió la insurrección de Febrero?

Los abogados y los periodistas, las clases perjudicadas por la revolución, gastado grandes cantidades de tinta en demostrar que el movimiento de febrero, que se quiere hacer pasar por una revolución, no fue en rigor más que un motín de mujeres, transformado después en motín militar. También Lujo se obstinaba en creer en su tiempo que la toma de la Bastilla no era más que un motín, hasta que las cosas se encargaron de demostrarle de un modo elocuente que se trataba de una revolución. Los que salen perdiendo con la revolución rara vez se inclinan a llamarla por su nombre, pues éste, a pesar de todos los esfuerzos de los reaccionarios enfurecidos, va asociado, en el lenguaje histórico de la Humanidad, a una aureola de emancipación de las viejas costumbres y prejuicios. Los privilegiados de todos los siglos y sus lacayos, aludiendo invariablemente, motejar de motín, sedición o revuelta de la chusma a la revolución que los derriba de sus puestos. Las clases caducas no se distinguen precisamente por su gran inventiva.

Poco después del 27 de febrero se hicieron tentativas para equiparar la revolución de Febrero al golpe de Estado militar de los Jenes Turcos, como sabemos, tanto había soñado la alta burguesía rusa. Tan infundada, sin embargo, esta analogía, que hubo de ser seriamente combatida por unos y otros periódicos burgueses. Tugan-Baranovski, economista que en su juventud había pasado por la escuela de Marx, una especie de variante rusa de S. P. B. escribió el 10 de marzo en *Prichin Wedomosti* (Las Noticias de la Bolsa):

La revolución turca consistió en una sublevación victoriosa del ejército, preparada y realizada por los jefes del mismo. Los soldados no eran más que unos ejecutores obedientes de los propósitos de sus oficiales. Los regimientos de la Guardia que el 27 de febrero derribaron el trono ruso prescindieron de sus oficiales... No fueron las tropas, sino los obreros quienes iniciaron la revolución no los generales, sino los soldados quienes se personaron ante el poder. Los soldados apoyaban a los obreros no porque obedecieran a los mandatos de sus oficiales, sino porque... sentían el lazo que les unía a los obreros como una clase compuesta de trabajadores, como parte de ellos mismos. Los campesinos y los obreros: he ahí las dos clases sociales a las que el golpe ha corrido la revolución rusa.

Estas palabras no necesitan de enmienda ni de comentario. El desarrollo ulterior de la revolución había de confirmarlas plenamente.

El último día de febrero fue para Petrogrado el primer día de la triunfante: día de entusiasmos, de abrazos, de lágrimas de gozo, de verbales pero, al mismo tiempo, de golpes decisivos contra el enemigo. Las calles resonaban todavía los disparos. Se disparaba desde los balcones y desde las azoteas. Se disparaba desde las casas. Desde abajo disparaban contra las azoteas y los balcones donde se suponía que se guarecían los fantasmas armados del zarismo. El distrito de las cuatro fue ocupado el Almirantazgo, donde se habían refugiado los restos del poder zarista. Las organizaciones revolucionarias y los comités de vecinos efectuaban detenciones en la ciudad. La fortaleza de Scheremetev fue tomada sin disparar un solo tiro. Tanto en la ciudad como en los alrededores iban sumándose constantemente a la revolución nuevos batallones.

El cambio de régimen en Moscú no fue más que un eco de la insurrección de Petrogrado. Entre los soldados y los obreros reinaba el mismo espíritu, pero expresado de un modo menos vivo. En el seno de la burguesía el estado de ánimo imperante era un poco más izquierdista. En las orillas del río, los intelectuales radicales de Moscú organizaron una reunión, que condujo a nada, para tratar de lo que había de hacerse. Hasta el día 27 no empezaron las huelgas en las fábricas de Moscú luego, vinieron las manifestaciones. En los cuarteles, los oficiales decían a los soldados que las calles estaban promoviendo disturbios unos canallas a los cuales se les iba a poner coto. Pero ahora cuenta el soldado Chischilin -los soldados empezaban a entender la palabra canalla en sentido contrario. A las 12 horas se tomaron en el edificio de la Duma municipal un gran número de soldados de varios regimientos, que buscaban el modo de adherirse a la causa de la revolución. Al día siguiente se extendió el movimiento huelguístico a todas las partes acudiendo a la muchedumbre a la Duma con banderas. El soldado de paz y de autodeterminación Muralov, viejo bolchevique, agrónomo, gigante fuerte y valiente, condujo a la Duma el primer regimiento completo y disciplinado que ocupó la estación radiotelegráfica y otros puntos estratégicos. Después, este Muralov era nombrado jefe de las tropas de la región de Moscú.

Se abrieron las cárceles. El mismo Muralov llegó con un camión lleno de presos políticos liberados. El oficial, con la mano en la visera, preguntó al revolucionario si había que soltar también a los judíos. Dzerzhinski, al ser liberado y no se había quitado aún el traje de presidiario, se fue a la Duma, donde se estaba formando ya el Soviet de Diputados Obreros. El artillero Dorofeiev cuenta que el primero de marzo los obreros de la fábrica de caramelos Siou se presentaron con banderas en el cuartel de la brigada de artillería para fraternizar con los soldados, y que muchos de ellos, al verlos, lloraban de gozo, lloraban. En la ciudad sonaron algunos disparos hechos desde las azoteas pero, en general, no hubo choques armados ni vctimas: Petrogrado respondió a por Moscú.

En varias ciudades de provincias el movimiento no empezó hasta el

mero de marzo, después que la revolución había triunfado ya hasta en M... En Tver, los obreros se dirigieron en manifestación desde las fábricas cuarteles, y, mezclados con los soldados, recorrieron las calles de la cantando, como en todas partes en la Moscú y la Internacional. En Nizhni-Novgorod, millares de personas se reunieron en los alrededores edificio de la Duma municipal, que desempeña en la mayoría de las ciudades el papel que representaba en Petrogrado el palacio de Taurida. Después escuchar un discurso del alcalde, los obreros se dirigieron con banderas sacar de la cárcel a los presos políticos. Al atardecer, dieciocho unidades las veintiuna que componen la guarnición, se habían puesto ya al lado de la revolución. En Samara y Saratov se celebraron mítines y se organizaron comités de diputados obreros. En Charkov, el jefe superior de la gendarmería, al darse en la estación del triunfo de la insurrección, se puso en pie en un balcón ante la multitud agitada y, tremolando la gorra, gritó con todas las fuerzas sus pulmones: ¡Viva la revolución!. A Yekaterinoslav, la noticia llegó el 12 de marzo. Al frente de la manifestación iba el ayudante del jefe superior de la gendarmería, con un gran sable en la mano, como durante las paradas de grandes solemnidades. Cuando se vio claramente que la monarquía estaba definitivamente derrumbada, en las oficinas públicas empezaron a retirar prudentemente los retratos del zar y esconderlos en los desvanes. Entre los liberales no habían perdido aún la afición a emplear el tono de chanza para hablar de la revolución, circulaban no pocas anécdotas, verdaderas o imaginadas. Los obreros, lo mismo que los soldados de las guarniciones, vivían los acontecimientos de un modo muy distinto.

Por lo que se refiere a otra serie de ciudades provinciales (Pskov, Voronezh, Binsk, Penza, Kazán, Tsaritsin, etc.), la crónica señala, con fecha de marzo: Ha llegado la noticia del cambio de régimen, y la población se ha dado a la revolución. Estas líneas, a pesar de su carácter sumario, expresan un modo sustancialmente verdadero de la realidad.

A los pueblos, las noticias relativas a la revolución llegaban de las proximidades, unas veces por conducto de las propias autoridades y otras veces a través de los mercados, de los obreros, de los soldados licenciados. Los pueblos acogían la revolución más lentamente y con menos entusiasmo que las ciudades, pero no menos profundamente. Los campesinos relacionaban el cambio con la guerra y con la tierra.

No pecaremos de exageración si decimos que la revolución de febrero comenzó en Petrogrado. El resto del país se adhirió. En ningún sitio, a excepción de la capital, hubo lucha. No hubo en todo el país un solo grupo de población que no fuera del solo partido, una sola institución, un solo regimiento, que se decidiera a defender el viejo régimen. Esto demuestra cuán fundados son los razonamientos que hacen los reaccionarios para demostrar que si la guarnición de Piter hubiera contado con la caballería de la Guardia o si Ivanov hubiera llegado a Petrogrado con una brigada de confianza, el destino de la monarquía hubiera sido el mismo. En el interior ni en el frente hubo una sola brigada ni un solo regimiento.

puesto a luchar por Nicolás II.

La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de la clase obrera, que representaba aproximadamente 1/75 parte de la población de Rusia. Deseo, si se quiere, que el magno acto democrático fue realizado de un modo menos democrático imaginable. Todo el país se halló ante un hecho nuevo. El hecho de que se anunciase en perspectiva la convocatoria de una Asamblea Constituyente no significa nada, pues las fechas y los procedimientos de la convocatoria de la representación nacional fueron decretados por los órganos del poder surgidos de la insurrección triunfante en Petrogrado. Esto proyectó un vivo resplandor sobre el problema referente a las funciones de las instituciones democráticas, en general, y las de períodos revolucionarios, en particular. Las grandes revoluciones han inferido siempre grandes reveses al fetichismo jurisdiccional soberano nacional, y tanto más implacablemente cuanto más profunda y democrática es la revolución.

Se ha dicho muchas veces, sobre todo con referencia a la gran revolución francesa, que el riguroso centralismo implantado por la monarquía pasó luego a la capital revolucionaria pensar y obrar por todo el país. Este concepto es harto superficial. La revolución manifiesta tendencias centralistas no es imitando a la monarquía derribada, sino por inexorable imposición de las necesidades de la nueva sociedad, que no se aviene con el particularismo. En la capital desempeña en la revolución un papel tan preeminente, que parece concentrarse, en ciertos momentos, la voluntad del país, es decir, simplemente por dar expresión más elocuente a las tendencias fundamentales de la nueva sociedad, llevándolas hasta sus últimas consecuencias. Las provincias aceptan lo hecho por la capital como el reflejo a sus propios propósitos transformados ya en acción. La iniciativa de los centros urbanos no es ninguna infracción del democratismo, sino su realización dinámica. Por lo tanto, el ritmo de esta dinámica, en las grandes revoluciones, no coincide con el de la democracia formal representativa. Las provincias se adaptan a los actos del centro, pero con retraso. Dado el rápido desarrollo de los acontecimientos que caracteriza a las revoluciones, esto conduce a una aguda contradicción entre el parlamentarismo revolucionario, que no se puede resolver con los métodos de la democracia. La representación nacional se estrella invariablemente contra la auténtica revolución al chocar con la dinámica revolucionaria, cuyo principal residuo reside en las capitales. Así sucedió en Inglaterra, en el XVIII, en Francia, en el XVIII, y en el XX en Rusia. El papel de la capital se explica, no por las tradiciones del centralismo burocrático, sino por la posición de la clase revolucionaria dirigente, cuya vanguardia, lo mismo la de la clase obrera que la del proletariado, se halla naturalmente concentrada en la capital.

Después de las jornadas de Febrero se contaron las víctimas. En total hubo mil cuatrocientos cuarenta y tres muertos y heridos, de los cuales ochocientos sesenta y nueve pertenecían al ejército. De estos últimos eran oficiales. En comparación con las víctimas de cualquier combate

guerra, estas cifras, considerables de suyo, resultan insignificantes. El liberal proclamó que la revolución de Febrero había sido incruenta. En un momento de entusiasmo general y de amnistía retrospectiva de los partidos patrióticos se dedicó a restablecer el imperio de la verdad. Albert Thomas, con orgullo de todo lo que triunfa, incluso de las insurrecciones victoriosas, entonces de la revolución rusa, la más luminosa, la más jubilosa y la más incruenta. Claro que él tenía entonces la esperanza de que la revolución entregara a Rusia a merced de la Bolsa francesa. Pero, al fin y al cabo, no es precisamente ingenioso. El 27 de junio de 1789, Mirabeau exhortaba: ¡Quédese dicha que esta gran revolución salga adelante sin matanzas y lágrimas!... La historia ha hablado ya demasiado de actos de fiereza. Podemos tener la esperanza de que empezamos una historia de hombres. Cuando los tres estados se unieron en la Asamblea Nacional, los antepasados de Albert Thomas escribieron: La revolución ha terminado sin que costase ni una gota de sangre. Hay que reconocer que en aquel período aún no había sangre. No se puede decir lo mismo de las jornadas de Febrero. Pero se mantuvo tenazmente la leyenda de la revolución incruenta para alimentar la necesidad del burgués liberal tiene de representarse las cosas tal y como si el poder hubiera caído en sus manos por sí mismo.

Si la revolución de Febrero no fue incruenta, no puede dejar de producir asombro que hubiera tan pocas vctimas en el momento de la revolución. Sobre todo, durante los días que la siguieron. No hay que olvidar que se trataba de vengarse de la opresión, de las persecuciones, de los escarnios, de los insultos ignominiosos de que había sido vctima durante siglos el pueblo ruso. Es verdad que los marineros y los soldados hicieron en algunos casos matanza sumaria a los verdugos más auténticos, los oficiales. Pero en un momento el número de esos actos fue insignificante en comparación con el de las bajas y sangrientas ofensas sufridas. Las masas no se sobrepusieron a su propia benevolencia hasta mucho más tarde, después de persuadirse de que las clases dominantes querían dar marcha atrás y adueñarse de la revolución. No habían hecho, acostumbrados como están a adueñarse de los bienes y frutos no producidos por ellos.

Tugan-Baranovski tiene razón cuando dice que la revolución de Febrero fue obra de los obreros y los campesinos, representados éstos por los soldados. Pero queda todavía una gran cuestión que resolver. ¿Quién dirigió la revolución? ¿Quién puso en pie a los obreros? ¿Quién echó a la calle a los soldados? Después del triunfo, estas cuestiones se convirtieron en la materia de la discordia entre los partidos. El modo más sencillo de resolverlas consistió en la aceptación de una fórmula universal: la revolución no la dirigió nadie, sino que se realizó por sí misma. La teoría de la espontaneidad daba entera satisfacción a todos los señores que todavía la vspera administraban, juzgaban y defendían, comerciaban o mandaban pacíficamente en nombre del zar, y que hoy se apresuraban a marchar al paso de la revolución, sino también muchos políticos profesionales y ex revolucionarios que, habiendo dejado

sar de largo la revolución, querían creer que en este respecto no se de los demás.

En su curiosa historia de la sedición del general Denikin, ex generalísimo del ejército blanco, dice, hablando del 27 de febrero: En esto no hubo jefes actuó sólo la fuerza espontánea, en cuya terrible acción no se veían entonces ni objetivos, ni plan, ni consignas. El historiador no profundiza más que ese general aficionado a la literatura. Antes del zarismo, el jefe liberal veía en toda idea de revolución la mano mayor alemana, pero la situación se complicó cuando el cambio de régimen vino a los liberales al poder. Ahora, la misión de Miliukov no consistía en llevar a la revolución con el deshonor de atribuir iniciativa a los Hohenzollerns, sino al contrario, en no asignar el honor de la iniciativa a los revolucionarios. El liberalismo abraza sin reservas la teoría de la espontaneidad y la independencia de la revolución. Miliukov cita con simpatía la opinión de Stankievich, profesor semiliberal, semisocialista, convertido en comisario del gobierno del cuartel general. La masa se puso en movimiento sola, obedeciendo a un impulso interior inconsciente... escribe Stankievich, hablando de la revolución de Febrero. ¿Con qué consignas salieron los soldados a la calle? ¿Quién los condujo cuando conquistaron Petrogrado, cuando pegaron fuego a la Audiencia? No era una idea política ni una consigna revolucionaria, ni un compromiso, sino un movimiento espontáneo, que redujo súbitamente a cenizas el viejo régimen. Aquí, la espontaneidad adquiere un carácter caótico.

El propio Stankievich hace una declaración extraordinariamente interesante: A finales de enero tuve ocasión de hablar con Kerenski en la isla de San Pedro. Todo el mundo se manifestaba escéptico de una revuelta popular, pues temían que el movimiento popular de las masas tomara una orientación extrema izquierda, la cual crearía dificultades extraordinarias para el éxito de la guerra. Las opiniones de los círculos frecuentados por Kerenski no eran sustancialmente en nada, como se ve, de los kadetes. No era por tanto de donde podía partir la iniciativa.

La revolución se desencadenó como el trueno en día sereno dice Stankievich, representante del partido de los socialrevolucionarios. Señala que la revolución fue magna y gozosa sorpresa aun para nosotros, los revolucionarios, que habíamos trabajado por ella durante tantos años y que siempre habíamos esperado.

Poco más o menos les ocurría a los mencheviques. Uno de los periódicos de la emigración burguesa habla del encuentro que tuvo el 24 de febrero en un tranvía, con Skobelev, futuro ministro del gobierno revolucionario. Este socialdemócrata, uno de los líderes del movimiento, me decía que los mencheviques tomaban un carácter de saqueo que era necesario sofocar. Es interesante que un mes después, Skobelev afirmara que él y sus amigos habían hecho la revolución. La nota, aquí, está probablemente exagerada, pero es fundamental la posición de los socialdemócratas mencheviques que actuaban dentro de la ley está expresada de un modo muy cercano a la realidad.

Finalmente, uno de los líderes del ala izquierda de los socialrevolucionarios, Mstislavski, que se pasó posteriormente a los bolcheviques, dice, hablando de la revolución de Febrero: A los miembros del partido de aquel entonces la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo y no sabían nada de la gran cosa que iba a suceder hasta el punto de que no se les podía comparar en justicia con las vírgenes pero que estaban durmiendo todos es indiscutible.

¿Cuál fue la actitud de los bolcheviques? En parte, ya lo sabemos. Los principales dirigentes de la organización bolchevique clandestina que operaba en Petrogrado eran tres: los ex obreros Shlyapnikov y Zalutskiy y el ex estudiante Mlotov. Shlyapnikov, que había vivido durante bastante tiempo en el extranjero y que estaba en estrecha relación con Lenin, era, desde el punto de vista político, el más activo de los tres militantes que constituían el Comité Central. Sin embargo, como se puede ver en las memorias del propio Shlyapnikov con sus compañeros, ellos mismos firman mejor que nada que el peso de los acontecimientos era desproporcionado con lo que podían soportar los hombros de este trío. Hasta el último momento, los dirigentes entendían que se trataba de una de tantas manifestaciones revolucionarias, pero en modo alguno de un alzamiento armado. Kajurov, uno de los directores de la barriada de Vyborg, a quien ya conocemos, afirma categóricamente: No había instrucción alguna de los órganos centrales del partido... El comité de Petrogrado había sido detenido y el camarada Shlyapnikov, representante del Comité Central, era impotente para dar instrucciones para el día siguiente.

La debilidad de las organizaciones clandestinas era un resultado de las represiones policíacas, las cuales habían dado al gobierno resultados extraordinariamente excepcionales en la situación creada por el estado de espionaje y el tripartito reinante al empezar la guerra. Toda organización, sin exclusiones, revolucionarias, tiende al retraso con respecto a su base social. A principios de 1917, las organizaciones clandestinas no se habían rehecho aún del estado de abatimiento y de disgregación, mientras que en las masas el contagio por el comunismo había sido ya suplantado radicalmente por la indignación revolucionaria.

Para formarse una idea más clara de la verdadera situación, por lo que respecta a la dirección revolucionaria se refiere, es necesario recordar que los líderes más prestigiosos, jefes de los partidos de izquierda, se hallaban en la emigración, en las cárceles y en el destierro. Cuanto más peligroso era el estado de cosas para el viejo régimen, más cruelmente se hallaba decapitado al estado revolucionario. Los populistas tenían una fracción en la Duma, capitaneada por el radical sin partido Kerenski. El líder oficial de los socialistas revolucionarios, Chernov, se hallaba en la emigración. Los mencheviques disponían en la Duma de una fracción de partido capitaneada por Chjeidze y Skobelev al frente. Martov estaba emigrado, Dan y Tsereteli se hallaban en el destierro. A pesar de las fracciones de izquierda populista y menchevista se agrupaba un número considerable de intelectuales socialistas con un pasado revolucionario. Esto creaba una apariencia de estado mayor político, pero de un carácter que sólo podía revelarse después del triunfo. Los bolcheviques no ten

Duma fracción alguna: los cinco diputados obreros, en los cuales el zar había visto el centro organizador de la revolución, fueron en los primeros meses de la guerra. Lenin se hallaba en la emigración en Suiza, y Kamenev estaba en el destierro, lo mismo que otros dirigentes importantes, poco conocidos en aquel entonces: Sverdlov, Rykov, Stalin. El obrero polaco Dzerzhinski, que no se había afiliado aún a los bolcheviques, estaba en presidio. Los dirigentes accidentales, precisamente porque acostumbrados a obrar como elementos subalternos bajo la autoridad inamovible de la dirección, no se consideraban a sí mismos ni consideraban a los otros capaces de desempeñar una misión directiva en los acontecimientos revolucionarios.

Si el partido bolchevique no podía garantizar a los revolucionarios una dirección prestigiosa, de las demás organizaciones políticas no había que esperar nada. Esto contribuyó a reforzar la creencia tan extendida de que la revolución de Febrero había tenido un carácter espontáneo. Sin embargo, esta creencia es profundamente errónea o, en el mejor de los casos, inconsistente.

La lucha en la capital duró no una hora ni dos, sino cinco días. Los dirigentes intentaban contenerla. Las masas contestaban intensificando la lucha y siguieron adelante. Tenían enfrente al viejo Estado, detrás de cuyas murallas tradicionales se suponía que acechaba aún una fuerza poderosa — la burжуалария, con la Duma del Estado, con las asociaciones de las Dumas municipales, con las organizaciones industriales de guerra, las academias, las Universidades, la prensa — finalmente, dos partidos socialistas fueran a convertirse en una resistencia patriótica a la presión de abajo. La insurrección fue dirigida por el partido de los bolcheviques a la asociación más afín, pero decaída y fragmentada en cuadros dispersos y grupos débiles y fuera de la ley. Y a pesar de esto, la revolución, que nadie esperaba en aquellos días, salió adelante, y cuando las esferas dirigentes se creían que el movimiento se estaba ya apagando, una poderosa convulsión, arrancó el triunfo.

¿De dónde procedía esta fuerza de resistencia y ataque sin paralización del canizamiento de la lucha no basta para explicarla. Los obreros petenidos, por muy aplastados que se hubieran visto durante la guerra por la inhumana gris, tenían una gran experiencia revolucionaria. En su resistencia, la fuerza de su ataque, cuando en las alturas faltaba la dirección, era una resistencia, había un cálculo de fuerzas y un propósito estratégico que se manifestó, pero fundado en las necesidades vitales.

En vísperas de la guerra el sector obrero revolucionario siguió adelante, los bolcheviques y arrastró consigo a las masas. Al empezar la guerra la situación cambió radicalmente: los sectores conservadores levantaron cabeza, arrastró consigo a una parte considerable de la clase. Los elementos revolucionarios se aislaron y enmudecieron. En el curso de la guerra la situación fue modificándose, al principio lentamente, y después de la guerra de un modo cada vez más veloz y más radical. Un descontento activo iba apoderándose de la clase obrera. Es cierto que en una parte considerable de la masa

ra este descontento tomaba un matiz patriótico pero este patriotismo que ver nada con el patriotismo interesado y cobarde de las clases que aplazaban todas las cuestiones interiores hasta el triunfo. Fue por la guerra, las victorias que causó, sus errores y su ignorancia, lo que frente a frente no sólo a los viejos sectores obreros, sino también a y al régimen zarista, provocando un choque agudo que llevó a la conclusión: ¡No se puede seguir soportando esto! La conclusión fue general, unidas las masas en un bloque único y les infundió una poderosa fuerza de ataque.

El ejército había visto aumentar sus efectivos enormemente, incorporando a sus filas a millones de obreros y campesinos. No había nadie que viera a alguien de su familia en el ejército: a un hijo, al marido, al cuñado. El ejército no se hallaba separado del pueblo, como antes de la guerra. La gente se veía con los soldados con una frecuencia incomparablemente mayor, los acompañaba al frente, vivía con ellos cuando llegaban con permiso, conversaba con ellos sobre el frente en las calles y en los tranvías, estaba en los hospitales. Los barrios obreros, el cuartel, el frente, todo considerable la aldea, se convirtieron en una especie de vasos comunicantes. Los obreros sabían lo que sentía y pensaba el soldado. Entre ellos entablaban conversaciones interminables acerca de la guerra, de los que se relacionaban con ella, acerca de los generales y del gobierno, acerca de la zarina. El soldado decía, hablando de la guerra: ¡Maldita sea!, y el obrero contestaba: ¡Malditos sean!, aludiendo al gobierno. El soldado decía: ¿Por qué os calláis, los de dentro? . El obrero contestaba: Con las manos vacías puede hacer nada. En 1905 el ejército nos hizo ya fracasar... . El soldado se flexionaba: ¡Ah! ¡Si nos levantáramos todos de una vez! . El obrero contestaba: El único camino es lo que hay que hacer . Antes de la guerra las conversaciones de este género eran contadas y tenían siempre un carácter de conspiración. Ahora se sostenían en todas partes, por cualquier motivo y casi abiertamente, al menos, en los barrios obreros.

La Ojra zarista tendía a veces sus tentáculos con gran acierto. Antes de la revolución, un policía de Petrogrado, que firmaba con el sobrenombre de Krestianinov, comunicaba la conversación que había oído en un tranvía que pasaba por un suburbio obrero. Un soldado cuenta que otros hombres de su regimiento han sido mandados a presidio porque el otro soldado se había negado a disparar contra los obreros de la fábrica Nobel al ver viendo sus fusiles contra los gendarmes. La conversación se sostiene sin escatelo alguno, pues en los barrios obreros los policías prefieren pasar por los tribunales. Ya les ajustaremos las cuentas, concluye el soldado. El confidente sigue informando: Un obrero le dice: Para eso hay que organizarse y seguir que todo el mundo obre como un solo hombre . El soldado contesta: ¿Por qué os preocupáis de eso ya hace tiempo que estamos organizados... y va siendo hora de que no nos dejemos chupar más la sangre. Los soldados sufren en las trincheras mientras ellos aquí engordan... . No se ha producido un suceso digno de mención. Diez de febrero de 1917, Krestianinov . ¡Docu

to incomparable! No se ha producido ningun suceso digno de mención producirse, y muy pronto esta conversación sostenida en el tránsito inevitable proximidad.

Mstislavski ilustra con un ejemplo curioso el carácter espontáneo de la insurrección. Cuando la Asociación de oficiales del 27 de febrero, inmediatamente después de la revolución, intentó dejar establecido por medio de una encuesta quién había sido el primero en sacar el regimiento de la calle, se reunieron siete declaraciones relativas a siete incitaciones decisivas. Es muy probable, añadimos por nuestra cuenta, que la iniciativa perteneciera efectivamente a algunos soldados -pudo además haber sido el iniciador principal cayera durante los combates en la calle con su nombre a lo desconocido. Pero esto no disminuye el valor histórico de la iniciativa anónima.

Más importante es todavía otro aspecto de la cuestión, que nos lleva fuera de los muros del cuartel. La sublevación de los batallones de guardia que fue una sorpresa para los elementos liberales y socialistas que actuaban dentro de la ley, no fue inesperada, ni mucho menos, para los obreros. En esta sublevación no habría salido a la calle el regimiento de Volin, sino que se produjo en la calle entre los obreros y los cosacos, que el abogado de la calle había desde su ventana y de la cual dio cuenta por teléfono a un diputado. Lo que antojaba a ambos un episodio de un proceso impersonal: la masa gris del exterior había chocado con la masa gris del cuartel. Pero no era así. En esas cosas el cosaco que se había atrevido a guiñar el ojo de un modo significativo. El proceso de intercambio molecular entre el ejército y el pueblo se realizó sin interrupción. Los obreros observaban la temperatura del ejército y dieron cuenta inmediatamente de que se acercaba el momento crítico. Es el momento que dio una fuerza tan invencible a la ofensiva de las masas, seguro triunfo.

Apuntaremos aquí la certera observación de un elevado funcionario liberal, que ha intentado resumir sus noticias de las jornadas de febrero convertido en un típico corriente decir que el movimiento se inició espontáneamente, que los soldados se echaron ellos mismos a la calle. No puede ser conforme con esto de ningún modo. Al fin y al cabo, ¿qué significa espontáneamente?... Aún es más impropio hablar de generación espontánea en sociología que en los dominios de las ciencias naturales. El hecho de que ninguno de los jefes revolucionarios conocidos pudiera tremolar su nombre significa que ésta fuera impersonal, sino anónima. Este modo de plantear la cuestión, incomparablemente más serio que las alusiones de Miliukov a los agentes alemanes y a la espontaneidad rusa, pertenece a un ex fiscal que en el momento de la revolución desempeña el cargo de senador zarista. Lo que fuera precisamente su experiencia judicial lo que permitió a Zarembo comprender que el levantamiento revolucionario no podía surgir obedeciendo órdenes de unos agentes extranjeros ni en forma de proceso impersonal, sino de la naturaleza.

Este mismo autor cita dos episodios que le permitieron observar, con el travØs del ojo de una cerradura, el laboratorio en que se operaba el plan revolucionario. El viernes, 24 de febrero, cuando en las alturas nadie esperaba la revolución para los días que se avecinaba, el tranvía en que iba a bordo un modo completamente inesperado, dio media vuelta desde la Liteina a una calle de la esquina y se paró de un modo tan rápido, que se estremecieron los cristales e incluso uno de ellos se rompió. El cobrador informó a los pasajeros que salieran: El tranvía no puede pasar de aquí. Los pasajeros protestaron, gritaron, pero salieron. No he podido olvidar el rostro serio del cobrador: una expresión decidida y rencorosa, que tenía algo de noble. Debía poseer una elevada conciencia del deber para detener en plena guerra y en una calle del Petrogrado imperial un tranvía lleno de funcionarios y obreros como éste fueron también los que detuvieron el vagón de la mortuoria, empleando aproximadamente las mismas palabras: El tren no pasa aquí, e hicieron salir del vagón a la burocracia, sin distinguir, por el momento, a los generales de la gendarmería de los senadores liberales. El conductor de Liteina era un factor consciente de la historia, a quien tenía que haber educado.

Durante el incendio de la Audiencia, un jurisconsulto liberal, perteneciente a la misma esfera de este senador que relata el episodio, empezó a salir en la calle su pesar por el hecho de que fueran destruidos el laboratorio judicial y el archivo notarial. Un hombre de edad madura y expresivo, de aspecto como de obrero, le contestó, irritado: ¡Ya sabremos partirnos las casas y la tierra sin necesidad de tu archivo! . Es posible que este episodio esté un poco adornado literalmente. Pero entre la multitud de pocos obreros de éstos, de edad madura, capaces de contestar al jurista era debido. Aunque no estuviesen complicados personalmente en el incendio de la Audiencia, no podía asustarles aquel género de excesos. Estos obreros suministraban a las masas las ideas necesarias, no sólo contra los gendarmes zaristas, sino también contra los jurisconsultos liberales, que lo que más les an era que las actas notariales de propiedad fueran devoradas por el fuego de la revolución. Estos políticos anímicos, salidos de las fábricas y de las calles, habían caído del cielo alguien había tenido que educarlos.

La Ojra, al registrar los acontecimientos en los últimos días de febrero, consignaba asimismo que el movimiento era espontáneo, es decir, que no estaba dirigido sistemáticamente desde arriba. Pero añada: Sin embargo los efectos de la propaganda se dejan sentir mucho entre el proletariado. El incendio da en el blanco a los profesionales de la lucha contra la revolución. Los ocupan los calabozos que dejaban libres los revolucionarios, comprendiendo mejor que los jefes del liberalismo el carácter del proceso que se estaba desarrollando.

La leyenda de la espontaneidad no explica nada. Para apreciar debidamente la situación y decidir el momento oportuno para emprender el ataque contra el enemigo, era necesario que las masas, su sector dirigente, tuvieran sus postulados ante los acontecimientos históricos y su criterio para

ción de los mismos. En otros términos, era necesario contar, no con como otra cualquiera, sino con la masa de los obreros petersburgueses obreros rusos en general, que habían pasado por la experiencia de la revolución de 1905, por la insurrección de Moscú del mes de diciembre del año, que se estrelló contra el regimiento de Semenov, y era necesario que en el seno de esa masa hubiera obreros que hubiesen reflexionado sobre la experiencia de 1905, que supieran adoptar una actitud crítica ante las propuestas constitucionales de los liberales y de los mencheviques, que se asieran desde la perspectiva de la revolución, que hubieran meditado docenas de veces sobre la cuestión del ejército, que observaran celosamente los cambios que efectuaban en el mismo, que fueran capaces de sacar consecuencias revolucionarias de sus observaciones y de comunicarlas a los demás. Era necesario que hubiera en la guarnición misma soldados avanzados ganados por la causa, o, al menos, interesados por la propaganda revolucionaria y comprometidos por ella.

En cada fábrica, en cada taller, en cada compañía, en cada cafetería, en el pital militar, en el punto de etapa, incluso en la aldea desierta, el movimiento revolucionario realizaba una labor callada y molecular. Por dondequiera que iban aparecían intérpretes de los acontecimientos, obreros precisamente, a los que se les preguntaba la verdad de lo sucedido y de quienes podían esperarse las consignas necesarias. Estos caudillos se hallaban muchas veces entre sus propias fuerzas, se orientaban mediante las generalizaciones revolucionarias que llegaban fragmentariamente hasta ellos por distintos conductos, se aprendían a leer entre líneas en los periódicos liberales aquello que les había que el instinto de clase se hallaba agudizado por el criterio político, y se desarrollaban consecuentemente todas sus ideas, su pensamiento trabajaba invariablemente en una misma dirección. Estos elementos de experiencia, de iniciativa, de abnegación, iban impregnando a las masas y comunicando una mecánica interna, inaccesible a la mirada superficial, y sin embargo el movimiento revolucionario como proceso consciente.

Todo lo que sucede en el seno de las masas se les antoja, por lo común, a los políticos fanfarrones del liberalismo y del socialismo doméstico un proceso instintivo, algo así como si se tratara de un hormiguero o una hormiga mena. En realidad, el pensamiento que agitaba a la masa obrera era irrazonablemente más audaz, penetrante y consciente que las indigestas ideas que se nutren en las clases cultas. Es más, aquel pensamiento era más consciente no solamente porque en buena parte había sido engendrado por los métodos del marxismo, sino, ante todo, porque se nutría constantemente de la experiencia viva de las masas, que pronto habían de lanzarse a la palestrina revolucionaria. El carácter científico del pensamiento consiste en su armazón objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo. En esta cualidad, aunque fuera en la más mínima proporción, los círculos dirigentes que se hallaban inspirados por el Apocalipsis y creían en lo que Rasputín? ¿Acaso tenían algún fundamento científico las ideas del 1

confiado en que, participando en la contienda de los gigantes capit. atrasada Rusia podr a obtener a un tiempo mismo la victoria sobre A el parlamentarismo? ¿O acaso era cient fica la vida ideol -gica de l telectuales, que tan servilmente se plegaban a un liberalismo ingñ caduco, preservando al mismo tiempo su pretendida independencia con sos retirados de la circulaci n desde hac a mucho tiempo? En realid estas clases viv an en el reino de la inmovilidad espiritual, de lo supersticiones y las ficciones, o, si se quiere, en el reino de la Y si es as , ¿no tenemos derecho a rechazar de plano toda la filoso la revoluci n de Febrero? S , tenemos derecho a hacerlo y a decir: l sociedad oficial, toda esa superestructura de las clases dirigentes tores, grupos, partidos y camarillas, viv a en la inercia y el auto triunfndose de las reminiscencias de las ideas caducas y permanec a s exigencias inexorables del progreso, dejÆndose seducir por fantasma viendo nada, en las masas obreras se estaba operando un proceso aut y profundo, caracterizado no s lo por el incremento del odio hacia tes, sino por la apreciaci n cr tica de su impotencia y la acumulac riencia y de conciencia creadora, proceso que tuvo su remate y apog insurrecci n revolucionaria y en su triunfo.

A la pregunta formulada mÆs arriba, ¿quiñn dirigi la insurrecci brero?, podemos, pues, contestar de un modo harto claro y -definido: ros conscientes, templados y educados principalmente por el partido Y dicho esto, no tenemos mÆs remedio que aæadir: este caudillaje, q para asegurar el triunfo de la insurrecci n, no bast , en -cambio, p mediatamente la direcci n del movimiento revolucionario en manos de guardia proletaria.

IX. La paradoja de la revolución de Febrero

El alzamiento triunfó. Pero ¿a quién entregó el poder arrebatado a la que? Llegamos al problema central de la revolución de Febrero: ¿cómo fue el poder a parar a manos de la burguesía liberal?

En los sectores de la Duma y en la sociedad burguesa no se daba importancia a los sucesos iniciados el 23 de febrero. Los diputados liberales y periodistas patriotas seguían reuniéndose en los salones, discutiendo Trieste y Flume y afirmando una vez y otra el derecho de Rusia a los Balcanes. Había sido firmado ya el decreto de disolución de la Duma, y una comisión de ésta estaba aún deliberando urgentemente acerca de la administración municipal. Menos de doce horas antes de la sublevación de los batallones de Guardia, la Sociedad del Apoyo Eslovaco escuchaba tranquilamente el informe anual. Cuando al salir de dicha reunión, regresaba a casa a pie rodeado de los diputados, me sorprendió el silencio tótrico y la soledad de las calles habitualmente animadas. La tótrica soledad se cernía sobre las viejas gobernantes y oprimidas ya el corazón de sus futuros sucesores.

El 26, la gravedad de la situación apareció evidente, tanto a los liberales como al gobierno. En dicho día se entablaron negociaciones entre los ministros y los miembros de la Duma sobre la posibilidad de establecer un acuerdo, negociaciones acerca de las cuales los liberales guardaron silencio absoluto. En sus declaraciones, Protopopov manifestó que los diputados del bloque de la Duma habían exigido, como antes, la designación de ministros que merecieran la confianza general del país: Es posible que esta medida beneficiara al pueblo. Pero el día 26 se produjo, como sabemos, un momento de vacilación en el proceso revolucionario, y, por breves instantes, el gobierno se debilitó. Cuando Rodzianko se presentó en casa de Golitsin para decirle de que presentara la dimisión, el primer ministro, como respuesta se le entregó una cartera que estaba sobre la mesa y que contenía el decreto de disolución de la Duma, con la firma de Nicolás II al pie, pero sin fecha. Golitsin la estampó. ¿Cómo pudo decidirse el gobierno a dar semejante paso, en un momento en que crecía la presión revolucionaria? La burocracia gobernante se había formado hacía ya tiempo un criterio acerca del papel del gobierno.

Es indiferente, para el movimiento obrero, que formemos bloque o no. El movimiento se puede combatir por otros medios, y hasta el Ministerio del Interior ha salido del paso. En agosto de 1915, Goremikin se expresaba

mismo modo. De otra parte, la burocracia confiaba en que la Duma, en caso de disolución, no se atrevería a dar ningún paso audaz. Por esa misma razón, al tratarse de la disolución de la Duma descontenta, el príncipe Chirinskii, ministro del Interior decía: Es poco probable que los elementos de la Duma decidieran a declararse abiertamente en rebelión. Al fin y al cabo, la Duma estaba compuesta en su inmensa mayoría de cobardes que temen por su pellejo. El príncipe no se expresaba de un modo muy definido, pero sus palabras se ajustaban, sustancialmente, a la realidad. Como se ve, en la lucha contra la burocracia liberal, la burocracia creía pisar terreno firme.

El 27 por la mañana, los diputados, alarmados por el cariz que tomaban los acontecimientos, se reunieron en sesión ordinaria. La mayoría decidió enterarse allí de que la Duma estaba disuelta. Esto les pareció tan inesperado cuanto que todavía se esperaba que se habrían celebrado negociaciones. Sin embargo, escribe con orgullo Rodzianko, la Duma se someterá a la ley, confiando todavía en encontrar salida a la compleja situación. No adoptó ninguna decisión en el sentido de no disolverse y de seguir existiendo por la fuerza. Los diputados celebraron una reunión privada, en la que expresaron unos a otros su impotencia. El liberal moderado Schidlovski, al recordar, andando el tiempo, no sin cierta malignidad, la proposición hecha por el kadete de extrema izquierda Nekrasov, más tarde uno de los líderes de Kerenski: Instaurar una dictadura militar, otorgando plenos poderes a un general popular. Entretanto, los dirigentes del bloque progresista asistieron a la reunión privada de la Duma, emprendieron una tentativa de salvación. Llamaron a Petrogrado al duque Mijail y le propusieron exigir de la dictadura, obligar al ministerio a presentar la dimisión y a ser nombrado por hilo directo que otorgara un ministerio responsable. Al tiempo que se movían los primeros regimientos de la Guardia, los jefes de la burocracia hacían la última tentativa para aplastar la insurrección con la dictadura dinástica, a la par que pactaban con la monarquía a costa de la revolución. La indecisión del gran duque se lamenta Rodzianko diciendo que se dejara pasar el momento propicio.

El socialista sin partido Sujánov, que en dicho período empieza a desempeñar un cierto papel político en el palacio de Taurida, atestigua que los intelectuales radicales creían lo que deseaban: Me comunicaron que la resolución política más importante de la mañana de aquel día inolvidable fue sus extensas Memorias: la promulgación del decreto disolviendo la Duma, a la cual contestó negándose a disolverse y eligiendo un comité provisional. Escribe un hombre que apenas salió del palacio de Taurida, donde se ocupó en tirar de los faldones de la levita a los diputados bien conocidos de la Revolución: Miúkov, corroborando las manifestaciones de Rodzianko, declara categóricamente: Después de una serie de discursos calurosos en favor de la decisión de no alejarse de Petrogrado y no la de que la Duma se disolviera, como cuenta la leyenda. No disolverse hubiera significado un triunfo, aunque fuera con algún retraso, la iniciativa de nosotros aconte-

alejarse de Petrogrado significaba lavarse las manos y esperar hasta que paraban las cosas. Hay, sin embargo, una circunstancia atenuante y es la credulidad de Sujénov. El rumor de que la Duma había tomado el acuerdo revolucionario de no someterse al decreto del zar, lo pusieron en circulación rápidamente los periodistas de la *Duma* en su información pública que, suspendidos los diarios por la huelga general, veía como quiera que la insurrección triunfara en el transcurso de aquel mismo día. Los diputados no se apresuraron, ni mucho menos, a rectificar el error, mostrando la ilusión de sus amigos de izquierdas sólo en la emigración se debía a restablecer el imperio de la verdad. El episodio, aunque parece de poca importancia, está lleno de significación. El papel revolucionario de la Duma electora fue un mito completo, engendrado por la credulidad política de los intelectuales radicales, jubilosos y asustados por la revolución, que no tenía la capacidad de las masas para llevar las cosas hasta el fin, y que aspiraba a feudarse con la mayor rapidez posible a la gran burguesía.

Por fortuna, en las memorias de los diputados pertenecientes a la izquierda de la Duma se ha conservado el relato de cómo ésta acogió la revolución. Según el príncipe Mansirev, uno de los kadetes de derechas, entre los más famosos diputados reunidos el día 27 por la mañana, no figuraban ni los miembros de la mesa ni los jefes de la fracción ni los dirigentes del bloque, los cuales estaban ya enterados de la disolución y del levantamiento. Prefirieron dejarse ver lo más tarde posible, con tanta mayor razón cuanto que precisamente en aquellas horas estaban, por lo visto, sosteniendo negociaciones con el gran duque Mijail acerca de la dictadura. En la Duma reinaba una agitación y un desconcierto generales, dice Mansirev. Incluso las conferencias animadas se interrumpieron, y en su lugar no se oían más que susurros y breves réplicas, tales como: «¡Dónde hemos ido a parar!», o se manifestaba un miedo no disimulado por la propia persona. Así hablaba uno de los diputados más moderados y que suspiraba con más fuerza que los otros.

A las dos de la tarde, cuando los jefes se vieron obligados a comparecer en la Duma, el secretario de la mesa llegó con esta noticia gozosa, pero triste. Los desórdenes serán pronto sofocados, pues se han tomado medidas. Es posible que por esas medidas entendieran las negociaciones entabladas acerca de la dictadura. Pero la Duma estaba abatida y esperaba oír la palabra decisiva del bloque progresista. No podemos adoptar inmediatamente ninguna medida, declara Miliukov, porque desconocemos las proporciones tomadas por los desórdenes, así como de parte de quién está la mayoría de las tropas, obreros y de las distintas organizaciones. Lo conveniente es recoger informes precisos sobre todo esto, para luego examinar la situación, ahora pronto.

¡A las dos de la tarde del 27 de febrero era todavía pronto para los hechos! Recoger informes significaba lavarse las manos y esperar el resultado de la lucha. Pero el discurso de Miliukov, empezado, dicho sea de paso, con el propósito de no llegar a ninguna conclusión, es interrumpido por Kerenski

presa de gran agitación, irrumpe en la sala y anuncia que una inmensa multitud de pueblo y de soldados se dirigen al palacio de Taurida con la intención de exigir que la Duma se haga cargo del poder. El diputado radical sabiamente, por lo visto, lo que viene a pedir la inmensa multitud. En realidad es el propio Kerenski quien primero exige que la Duma tome en sus manos el poder, mientras que ella abraza aún la esperanza de ver sofocada la insurrección. La declaración de Kerenski provoca un desconcierto general. Sin embargo, aún no ha terminado, cuando le interrumpe un ujier de la Duma que entrando, azorado, los primeros soldados han llegado ya al palacio, pero las no les han dejado entrar al jefe, al parecer, está gravemente herido. Un minuto después, los soldados han allanado ya el palacio de la Duma. Muchos se dirigen en artículos y discursos, que los soldados llegaron para salvar la vida y prestar juramento de fidelidad ante ella. Pero lo cierto es que los soldados están todos dominados por un pánico mortal. El agua les llega a los ojos. Los jefes cuchichean entre sí. Hay que ganar tiempo. Rodzianko precipitadamente la proposición, que le ha sido sugerida de crear un comité provisional. Gritos de aprobación. Pero todos quieren marcharse a casa lo más pronto posible, pues no están para votaciones. El presidente, no menos asustado que los demás, propone que se confíe la formación del comité al Consejo de Ancianos de la Cámara. Otra vez gritos de aprobación de los pocos diputados que quedan en la sala: la mayoría había ya tiempo de desaparecer. En la insurrección, en los primeros momentos revolucionarios, la Duma que acababa de ser disuelta por el zar.

Entretanto, en aquel mismo edificio, pero en una dependencia menor, la revolución se creaba otro órgano. Los caudillos revolucionarios vieron que inventarlo. La experiencia de los soviets de 1905 se había convertido para siempre en la conciencia de los obreros. A cada impulso del movimiento, e incluso en plena guerra, resucitaba casi automáticamente la idea del soviet, y aunque las ideas forjadas respecto a la misión de los soviets se habían profundamente en los bolcheviques y en los mencheviques, los socialistas revolucionarios no tenían, en general, ideas firmes acerca de nada, se daban una forma misma de organización se hallaba por encima de toda discusión. Los mencheviques, miembros del Comité Industrial de Guerra, sacados de la cárcel por la revolución, se encontraban en el palacio de Taurida con los representantes del movimiento sindical y cooperativo, pertenecientes al mismo al ala izquierda con los diputados mencheviques de la Duma Chjeidze y Skobelev, y crearon inmediatamente el Comité Ejecutivo Provisional del Soviet de los Diputados Obreros, que en el transcurso de aquel mismo día fue integrado principalmente con ex revolucionarios que habían perdido el contacto con las masas que conservaban el nombre. El Comité Ejecutivo, del cual formaban parte también los mismos bolcheviques, incitó a los obreros a elegir inmediatamente diputados. La primera reunión fue convocada para aquella misma noche en el palacio de Taurida y se celebró, efectivamente, a las nueve. Esta reunión sancionó la creación del Comité Ejecutivo, completándolo con representaciones oficiales.

todos los partidos socialistas. Pero no consistía en esto, ni mucho menos en la importancia de la primera reunión de los representantes del proletariado de la capital. En la reunión pronunciaron palabras de salutación a los soldados de los regimientos sublevados. Entre ellos había soldados completamente grises, contusionados, por decirlo así, por la insurrección y que se expresaban con dificultad. Pero eran precisamente ellos los que encontraban las palabras justas que ningún tribuno habría sabido encontrar. Fue una de las más patéticas de la revolución, que empezaba a sentirse fuerte y a tener conciencia de la infinitud de las masas que había despertado a la vida. La grandiosidad de su misión, el orgullo de los éxitos logrados, la emoción ante el día de mañana, que había de ser aún más radiante que el día de hoy. La revolución no tiene aún su ritual, en las calles flota el humo de los cañones, las masas no han aprendido las nuevas canciones, la rebelión transcurre sin causa, como un río desbordado el Sviyet se ahoga en su propio orgullo. La revolución es ya poderosa, pero adolece todavía de una ingenuidad infantil.

En esta primera reunión se decidió unirse a la guarnición con los obreros y un Sviyet común de diputados obreros y soldados. ¿Quién fue el primero en formular esta proposición? Surgida, sin duda, de distintas partes, o más bien de todas, como un eco de la fraternización de los obreros y soldados, que ya había decidido en la calle la suerte de la revolución. Sin embargo, no se debe dejar de señalar que, según Shlyapnikov, en un principio los socialistas se opusieron a la incorporación del ejército en la política. Desde el momento de su aparición, el Sviyet, personificado por el Comité Ejecutivo, empieza a ejercer el poder. Elige una comisión provisional de subsistencias, a la cual se le encomienda la misión de preocuparse de los insurrectos y de la guarnición en general. Se organiza un estado mayor revolucionario provisional. En estos días, todo es provisional, al cual nos hemos referido ya más arriba. Para evitar que se apropien de las disposiciones de los funcionarios del antiguo régimen los recursos financieros, el Sviyet decide ocupar inmediatamente con destacamentos revolucionarios el Banco de Estado, la Tesorería, la fábrica de moneda y la emisión de papales del Estado. Los fines y las funciones del Sviyet crecen constantemente bajo el impulso de las masas. La revolución tiene ya su centro indiscutible. En la mente de los obreros y los soldados, y no tardando, los campesinos, sólo se dice una palabra: el Sviyet: a sus ojos, se convierte en el punto de concentración de todas las esperanzas y de todos los poderes, en el eje de la revolución misma. Y los representantes de las clases poseedoras buscarán en el Sviyet, aunque sea a punta de chinando los dientes, defensa, instrucciones y solución para sus conflictos.

Sin embargo, ya en esas primeras horas de la victoria, cuando con una rapidez fabulosa y una fuerza irresistible se estaba gestando el nuevo período de la revolución, los socialistas que estaban al frente del Sviyet buscaban, a su alrededor al amo verdadero. Estos socialistas consideraban como una cosa natural que el poder pasara a manos de la burguesía, y aquí se encontraba el principal nudo político del nuevo régimen: uno de sus hilos conduce al

en que está instalado el Comité Ejecutivo de los obreros y soldados local en que reside el centro de los partidos burgueses.

A las tres de la tarde, cuando la victoria en la capital no ofrece duda, el consejo de los decanos de la Duma eligió un comité provisional de miembros de la Duma, compuesto por representantes de los partidos de bloque progresivo, a los que se suman Chjeidze y Kerenski. El primero se apresuró a aceptar el segundo vacilaba. El título indicaba prudentemente que se trataba de un órgano oficial de la Duma del Estado, sino de un órgano particular de los miembros de la Duma. A los jefes del bloque progresivo les preocupaba más que una cosa: ponerse a salvo de toda responsabilidad arrojándose de pies y manos. El objetivo del comité estaba definido con toda ambigüedad: Restablecimiento del orden y relaciones con las instituciones y las personas. Ni una palabra acerca del orden que estos caballeros querían restablecer ni acerca de las instituciones con las cuales se debían ponerse en relación. Ni se atreven a tender aún la mano hacia la piel muerta porque ¿y si no está muerto, sino sólo gravemente herido? Hasta las tres de la noche del 27 de febrero, cuando, según reconoce Miliukov, se vieron claramente las proporciones tomadas por el movimiento revolucionario, el comité provisional no decidió dar otro paso al frente y hacerse cargo del poder en el regazo del gobierno. Imperceptiblemente, el nuevo órgano provisional, un comité de miembros de la Duma, se convirtió en comité de esta última para conservar la continuidad del Estado y del orden jurídico nada más que una falsificación. Pero Miliukov guardaba silencio acerca del punto principal. Los jefes del Comité Ejecutivo, creado durante aquel día, se habían presentado al comité provisional con el fin de exigir de éste con insistencia que les devolviera sus manos el poder. Esta presión amistosa produjo su efecto. Posteriormente Miliukov explica la decisión tomada por el comité de la Duma, revocando un hecho de que, según él, el gobierno se disponía a mandar tropas adicionales contra los revolucionarios y se corría el peligro de que se entablara una serie de combates en las calles de la capital. En realidad, no disponían absolutamente de ningún cuerpo de tropa y la revolución era ya un hecho consumado. Rodzianko habría de decir más tarde que, caso de que hubiera renunciado al poder, la Duma habría sido detenida y sus miembros asesinados por los soldados sublevados y el poder habría caído en manos de los bolcheviques. Todo, naturalmente, es una absurda exageración muy propia del honorable chambelán, pero refleja de un modo inmejorable el estado de espíritu de la Duma, la cual consideraba como un acto de violación política el hecho de que se le entregara el poder.

En estas circunstancias no era fácil tomar una decisión. De un modo particularmente tumultuoso vacilaba Rodzianko, que no se cansaba de preguntar a los demás: ¿Será esto una rebelión, o no lo será? El diputado Rodzianko Chulguin le contestó, según él mismo nos cuenta: No hay en ello ni una pizca de rebelión acepte usted como súbdito fiel del zar... Si los ministros no quieren, alguien tiene que reemplazarles. Caben dos soluciones: o todo

gla, o no se arregla, y si nosotros no tomamos el poder, lo tomarán otros. Es el mismo que esos canallas de las fábricas han elegido ya... . No hay por tanto mucho caso de las groseras calificaciones que se aplican a los obreros: la revolución ha dado un fuerte pisotón en los pies de estos caballeros. La moraleja es clara: si triunfa la monarquía, estaré a su lado; si triunfa la revolución, procuraremos escamotearla.

La reunión duró largo rato. Los jefes democráticos esperaban anhelosamente los acuerdos. Por fin, Miliukov salió del despacho de Rodzianko, y acompañado con solemne continente a la delegación soviética, declaró: Hemos llegado a un acuerdo. Somos nosotros quienes tomamos el poder... . No pregunté a quién se refería al decir esto. Recuerdo a Sujóv con entusiasmo, pero no quise preguntar nada más. Pero sentí con todo mi ser, por decirlo así, la nueva nave. Tuve la sensación de que la nave de la revolución, empujada en aquellas ráfagas de tormenta a merced de los elementos, izaba la vela, y adquiría estabilidad y equilibrio sobre el agitado oleaje. ¡Qué forma más amanerada de darse, para acabar reconociendo prosaicamente la dependencia servil en la que se hallaba la democracia pequeña burguesa respecto al liberalismo capitalista! ¡Y qué error tan fatal de perspectiva política! La entrega del poder a los liberales no sólo no prestaba estabilidad a la nave del Estado, sino que, al contrario, eso, se convirtió desde este mismo día en la raíz y fuente de la austeridad del poder de la revolución, en la causa mayor de los caos de la exasperación de las masas, del desmoronamiento del frente primero y, luego, de una guerra civil extrema y desesperada.

Si tendemos la vista por los siglos pasados, el tránsito del poder de la burguesía a nosotros aparecerá como sujeto a determinadas leyes. En las revoluciones precedentes se habían batido en las barricadas los obreros, los artesanos, a veces los estudiantes y los soldados revolucionarios. Después de lo cual, se hacía cargo del poder la respetable burguesía — que había estado simplemente mirando la revolución por los cristales de su ventana, mientras los demás luchaban. Pero la revolución de Febrero de 1917 se distinguió de las que la habían precedido por el nivel político de la clase obrera y por el carácter social incomparablemente más elevado, por un recelo hostil de los revolucionarios hacia la burguesía liberal y como consecuencia de la creación de esto en el momento mismo del triunfo, de un nuevo órgano del poder revolucionario: el soviét, apoyado en la fuerza armada de las masas. En esas condiciones, el paso del poder a manos de una burguesía políticamente débil y desarmada exige una explicación.

Ante todo, conviene examinar más de cerca la correlación de fuerzas que se formó como resultado de la revolución. ¿Es que la democracia soviética fue obligada por la situación? No, está no lo creía así. Ya hemos visto que, al no poder esperar el poder de la revolución, veía en ella un peligro mortal para la situación social de clase. Los partidos moderados no sólo no deseaban la revolución — dice Rodzianko —, sino que sencillamente la temían. Principalmente, el partido de la Libertad Popular (los kadetes), por el hecho de haber

el ala izquierda de los grupos moderados y de tener por ello más pu contacto con los partidos revolucionarios del pa s, estaba más preo queningøen otro por la catÆstrofe que se avecinaba . La experiencia les dec a con harta elocuencia a los liberales que el triunfo de lo campesinos pod a ser tan peligroso para la burgues a como para el z. El desarrollo de la insurrecci n de febrero no hac a más que confir previsiones. Por vagas que fueran, en muchos sentidos, las ideas po las masas revolucionarias por aquellos d as, la l nea fronteriza en jadores y la burgues a se delineaba, desde luego, de un modo enØrgi no admit a confusiones.

El profesor Stankievich, af n a los c rculos liberales- y amigo y rio del bloque progresista, caracteriza con los siguientes rasgos e esp ritu reinante en los medios liberales al d a siguiente de la re no hab an podido evitar: Oficialmente se mostraban entusiasmados, ban la revoluci n, vitoreaban a los combatientes por la libertad, s con cintas coloradas y marchaban bajo las banderas rojas... Pero en de su alma, en las conversaciones particulares, se horrorizaban, se an y se sent an prisioneros de aquella fuerza elemental y -hostil qu minos ignorados. No olvidarØ nunca la figura voluminosa y -respetabl zianko, cuando, con porte de dignidad majestuosa, pero con una expr una profunda desesperaci n y sufrimiento en su pÆlido rostro, pasab multitud de soldados que, en actitud desembarazada, invad a los cor del palacio de TÆurida. Oficialmente se proclamaba que los soldado nido a apoyar a la Duma en su lucha contra el gobierno pero, de h Duma dej de existir ya desde los primeros d as. El mismo -rictus po varse en el semblante de todos los miembros del comitØ provisional ma y de los c rculos allegados a Øl. Se dice que los representantes progresista, al llegar a sus casas, lloraban histØricamente de impo peraci n . Este testimonio vivo es de más valor que cuantas investi ciol gicas pudieran hacerse para establecer la proporci n de fuerza de la revoluci n. Segøn Øl mismo nos cuenta, Rodzianko se -hallaba e do de indignaci n impotente al ver c mo unos soldados cualesquiera, ciendo rdenes no se sabe de quiØn , proced an a la detenci n de lo narios del viejo rØgimen en calidad de presos de la Duma. El buen c se ve a convertido en una especie de carcelero de unos hombres de q naturalmente, le separaban ciertas diferencias, pero que, a pesar d gentes de su categor a. Asombrado ante tamaaa arbitrariedad , Rodz vit al detenido Scheglovitov a entrar en su despacho pero los sol garon en redondo a entregarle el odiado funcionario: Cuando intent de manifiesto mi autoridad cuenta Rodzianko , los soldados formaro estrecho c rculo alrededor de los prisioneros, y, con el aspecto mÆ vo e insolente, me ensearon sus fusiles, despuØs de lo cual Schegl que fuera objeto de acusaci n alguna, fue conducido no sØ ad nde . confirmaci n más elocuente de las palabras de Stankievich, segøn la

los regimientos que se decía que se habían prestado para apoyar a la Duma, en realidad la habían suprimido?

El poder estuvo en manos del Sviat desde el primer momento. Los que menos podían hacerse ilusiones sobre el particular eran los miembros de la Duma. El diputado octubrista Schildlovski, uno de los directores del Bloque Socialista, recuerda: El Sviat se apoderó de todas las oficinas de Correos, Telégrafos y de Radio, de todas las estaciones de ferrocarril, de todas las imprentas, de modo que, sin autorización, era imposible cursar un telegrama, ir a Petrogrado o escribir un manifiesto. A estas conclusiones inequívocas de las fuerzas posrevolucionarias conviene hacer, sin embargo, una aclaración. El hecho de que el Sviat se hubiera apoderado del telégrafo, de los ferrocarriles y de las imprentas debe entenderse en el sentido de que los obreros y empleados de esas empresas no querían someterse más que al Sviat.

No podemos hallar mejor ilustración a las lamentaciones de Schildlovski en el episodio que se produjo en el momento en que las negociaciones entre la Duma y el Sviat se hallaban en su punto más crítico. La reunión se vio interrumpida por el aviso urgente de que Pskov, donde Rodzianko había sido detenido el zar después de vagar por diversas líneas ferroviarias, estaba al hilo directo. El todopoderoso presidente de la Duma declaró que no iba a ir solo al teléfono. Que los señores diputados obreros y socialistas escolten o vayan conmigo, pues de lo contrario en Telégrafos me detendrán. ¡Queréis proseguir todo agitado, tenéis la fuerza y el poder! Nadie puede detenerme... Acaso nos detendrán a todos. ¡Quién sabe...! Es el primero de marzo, cuando no había dos días que el poder había sido entregado por el comité provisional, a la cabeza del cual se hallaba Rodzianko.

¿Cómo, a pesar de esta situación, los liberales se vieron en el punto de ceder el poder? ¿Quién les dio, y cómo, atribuciones para formar un gobierno fruto de la revolución que temían, contra la cual se resistían, que habían intentado detener, que había sido llevada a cabo por masas que les eran adversas, y, por otra parte, dura, con una decisión y una audacia tales que el Sviat de los obreros, surgido de la insurrección, era, a los ojos de todo el mundo, indiscutible de la situación?

Veamos lo que dice la otra parte, la que cedió el poder: El pueblo ruso, representado por la Duma, dice Sujánov, hablando de las jornadas de febrero, no se interesaba por ella y no pensaba en convertirla, ni políticamente, en el eje del movimiento. Esta confesión es tanto más peregrina cuanto que su autor ha de consagrar todos los esfuerzos, en las horas de guerra, a la entrega del poder al comité de la Duma del Estado: Miliukov, perfectamente dice más adelante Sujánov, hablando de las negociaciones del 1 de marzo que dependían por entero del Comité Ejecutivo el que se cedió el poder a un gobierno de la burguesía. ¿Cabe expresarse de un modo más categórico? ¿Puede ser más clara la situación política? Y sin embargo, en flagrante contradicción con los hechos y consigo mismo, dice a renglón seguido: El poder que recoja la herencia del zarismo no puede ser más que

guos... Hay que orientarse en este sentido. De otro modo, no se conda, y la revolución se verá perdida. ¡La revolución se verá perdida!

Aquí el problema de la correlación viva de las fuerzas sociales plantado ya por un esquema apriorístico y por una terminología escotamos ya de lleno dentro del campo del doctrinarismo intelectual. Pero veremos más adelante, este doctrinarismo no era platónico ni mucho más sino que cumplía una función política, completamente real, aunque con los ojos vendados.

No se crea que citamos al azar a Sujánov. En este primer período pirador del Comité Ejecutivo no era su presidente, Chjeidze, un próhonrado y de cortos alcances, sino precisamente Sujánov, la personalidad del mundo, en general, para dirigir un movimiento revolucionario narodnikisemimarxista, más bien observador concienzudo que político, periodista que revolucionario, más razonador que periodista, sólo es hacer frente a la concepción revolucionaria hasta el momento en que preciso transformarla ya en acción. Internacionalista pasivo durante el decreto desde el primer día de la revolución que era necesario ender y la guerra a la burguesía lo antes posible. Teóricamente es de cuanto a talento, por lo menos para atar cabos estaba por encima de los vocales del Comité Ejecutivo de aquel entonces. Pero su fuerza consistía en traducir al lenguaje doctrinario los rasgos orgánicos del movimiento, a la par heterogéneo y homogéneo: desconfianza en las propias fuerzas, miedo ante la masa y actitud de altivo respeto frente a la burguesía. Ciertamente que Sujánov era uno de los mejores representantes de la pequeña burguesía. Es lo más lisonjero que se puede decir de él.

No hay que olvidar, además, que se trata, ante todo, de una pequeña burguesía de nuevo tipo, de tipo capitalista, de empleados industriales y bancarios, de funcionarios del capital de una parte y de burocracia por otra es decir, de ese nuevo tercer estado en aras del cual el movimiento alemán Eduard Bernstein, sobradamente conocido, hubo de emprender, a fines del siglo pasado, la revisión del sistema revolucionario de Marx. Para poder dar una respuesta a la pregunta de cómo la revolución obreros y campesinos cedió el poder a la burguesía, hay que empalmar en la cadena política un eslabón intermedio: los demócratas y socialistas burgueses del tipo de Sujánov, los periodistas y políticos de la nueva generación que enseñaron a las masas que la burguesía era el enemigo. La coincidencia entre el carácter de la revolución y el del poder que surgió explica por las peculiaridades contradictorias del nuevo sector pequeño situado entre las masas revolucionarias y la burguesía capitalista. De los acontecimientos posteriores, el papel político de esta democracia burguesa de nuevo tipo se nos revelará de cuerpo entero. Por ahora sólo unos cuantos monos a algunas palabras.

En la insurrección participa de un modo directo la minoría de la

volucionaria, con la particularidad de que la fuerza de dicha minoría en el apoyo o, por lo menos, en la simpatía que la mayoría le presta. La fuerza activa y combativa impulsa hacia adelante inevitablemente, bajo el peso del enemigo, a los elementos más revolucionarios y abnegados con que cuenta. Es natural que en los combates de febrero ocuparan los primeros puestos los obreros bolcheviques. Pero la situación cambia desde el momento del triunfo, cuando empieza a consolidarse políticamente. A las elecciones para los órganos e instituciones de la revolución triunfante se llama a masivamente más extensas que las que han combatido con las armas en la mano. Esto acontece no sólo en las elecciones de los órganos democráticos generales, como las Dumas municipales, y más tarde la Asamblea Constituyente, sino también con los de clase, como los Soviets de diputados obreros. La mayoría aplastante de los obreros mencheviques, socialrevolucionarios y el partido apoya a los bolcheviques en su acción directa contra el zarismo. Sólo a una pequeña minoría de ellos se le alcanzaban en cuanto residía la línea que separaba a los bolcheviques de los demás partidos-socialistas. Al mismo tiempo, los obreros todos establecieron una línea de demarcación bien definida entre ellos y la burguesía. Esto determinó la situación política después del triunfo. Los obreros eligieron a los socialistas, esto es, a aquellos que estaban no sólo contra el zarismo, sino también contra la burguesía, y, por lo tanto, no establecieron distinción alguna entre los tres partidos socialistas. Quiera que los mencheviques y los socialrevolucionarios disponían de círculos intelectuales incomparablemente más considerables, que afluyeron a ellos desde los dos lados y les facilitaban un número enorme de agitadores, las elecciones incluso en las fábricas, daban una superioridad inmensa a estos grupos.

El ejército ejerció a su vez su presión en el mismo sentido, pero con una fuerza incomparablemente mayor. Al quinto día de la insurrección, la guarnición de Petrogrado siguió a los obreros. Después del triunfo fue llamada a participar en las elecciones a los Soviets. Los soldados eligieron confiadamente al que había por la revolución, contra la oficialidad monárquica, y que sabía exactamente bien: éstos resultaban ser los escribientes, los médicos, los jóvenes de la época de la guerra procedentes del campo intelectual, los pequeños revolucionarios militares, es decir, el estrato inferior de la nueva clase. Todos ellos se inscribieron, a partir de marzo, en el partido de los socialrevolucionarios, que por su ideología vaga era el que mejor respondía a la situación social intermedia y a la limitación política de estos elementos. El resultado de esto fue que la guarnición se revelase incomparablemente más menchevique y burguesa que la masa de los soldados. Pero estos últimos no se preocupan de la diferencia, que pronto habrá de exteriorizarse en la experiencia de los meses próximos. Los obreros, por su parte, tienden a fundirse lo más estrechamente posible con los soldados, a fin de consolidar la alianza establecida con la sangre y armar de un modo más sólido a la revolución. Y con el nombre del ejército hablaban principalmente los socialrevolucionarios. Por lo tanto, esto tenía que aumentar necesariamente a los ojos de los obreros

prestigio de dicho partido, a la par que el de sus aliados, los mencheviques. Así fue como surgió en los soviets el predominio de los partidos comunistas. Basdecir que hasta en el Soviet de la barriada de Vyborg dieron un papel preeminente en los primeros tiempos los obreros mencheviques. En aquel periodo, el bolchevismo latía aún sordamente en el subsuelo de la revolución. Los bolcheviques oficiales estaban representados aún en el Soviet de Petrogrado por una minoría insignificante, que, además, no veía con claridad sus objetivos.

Y he aquí cómo nació la paradoja de la revolución de Febrero. El poder halla en manos de los socialdemócratas, que no se han adueñado de él por un golpe blanquista, sino por cesión franca y generosa de las masas trabajadoras. Estas masas, que no sólo niegan la confianza y el apoyo a la burguesía, sino que la colocan casi en el mismo plano que a la nobleza y a la burocracia, no ponen sus armas a disposición de los soviets. Y la única preocupación de los socialistas, a quienes tan poco esfuerzo ha costado ponerse al frente de los soviets, está en saber si la burguesía políticamente aislada, odiada y hostil hasta la médula a la revolución, accederá a hacerse cargo del poder.

Es necesario ganar su conformidad a toda costa, y como es evidente que la burguesía no puede renunciar al programa burgués, somos nosotros, los socialistas, los que tenemos que abjurar de nuestro programa: correr el velo de silencio sobre la monarquía, sobre la guerra, sobre la tierra, sobre todo lo que la burguesía acepta el regalo del poder que le brindamos. Y al momento que realizan esta operación, los socialistas, como burlándose de nosotros, siguen calificando a la burguesía de enemigo de clase. Guardando las formas rituales de los oficios religiosos, se comete un acto de idolatría. La lucha de clases llevada hasta sus últimas consecuencias termina por el poder. La característica de toda revolución consiste en llevar a las clases hasta sus últimas consecuencias. La revolución no es más que una lucha directa por el poder. Sin embargo, lo que a nuestros socialistas ocupa no es quitar el poder al llamado enemigo de clase, que no lo toma en sus manos ni se puede adueñar de él con sus propias fuerzas, sino, al contrario, entregárselo a toda costa. ¿Acaso no es esto una paradoja? Y esta paradoja no es una paradoja por fuerza que causar asombro aún no se había dado la revolución rusa de 1918 y el mundo no era aún testigo de una grandiosa operación de este tipo, pero realizada con mucho más éxito por la nueva clase media rusa, dirigida por la socialdemocracia germana.

¿Cómo explicaban su conducta los colaboracionistas? Uno de sus argumentos tenía un carácter doctrinario: puesto que la revolución es obra de los socialistas no deben comprometerse tomando el poder que la misma burguesía responde por ella. Esto sonaba a incorruptibilidad. En realidad era una máscara de intransigencia con que la pequeña burguesía quería encubrir su servilismo ante la fuerza de la riqueza y de la educación. Los pequeños burgueses consideraban que el derecho de la gran burguesía al poder era un derecho innato, independiente del balance de fuerzas sociales. El origen de

radicaba en ese movimiento casi instintivo que la impulsa de la acera para dejar pasar al barón de Rotschild. Los argumentos doctrinarios no eran más que una especie de concesión con que se quería contrapesar la conciencia de la propia insignificancia. Dos meses después, cuando se la burguesía no podía de ningún modo mantener con sus propias fuerzas lo que le había sido regalado, los colaboracionistas arrojaron sin embargo a la borda sus prejuicios socialistas y entran en el ministerio de comercio para sacar de él a la burguesía, sino, por el contrario, para salvarla a su voluntad: en caso contrario, la burguesía amenazaba a los demócratas arrojarles el poder a la cabeza.

El segundo argumento que se esgrime para justificar la renuncia a la democracia no es más serio en el fondo, tiene un aspecto más práctico. Nuestro amigo Sujénov subrayaba en primer término la dispersión de la Rusia democrática: En aquel entonces, la democracia no tenía en sus manos organizaciones de partido, sindicales o municipales más o menos consistentes e influyentes; ¡Esto parece una burla! ¡Un socialista que habla en nombre de los obreros y soldados y no dice una palabra de ellos! Gracias a la tradición de 1905, los soviets brotaron como escupidos por la tierra y se convirtieron inmediatamente en una fuerza incomparablemente más poderosa que todas las demás organizaciones que después intentaron rivalizar con ellos (los murallas cooperativas y, en parte, los sindicatos). Por lo que se refiere a los obreros, clase dispersa por naturaleza, gracias a la guerra y a la revolución se organizaron como no lo habían estado nunca: la guerra aglutinó a los campesinos en el ejército y daba a éste un carácter político. Más de cinco millones de campesinos estaban organizados en compañías y en escuadrones que inmediatamente se crearon su representación revolucionaria, por medio de la cual podían ser puestos en pie en cualquier momento a la llamada telefónica. ¡Tal era la dispersión proclamada por Sujénov!

Podría decirse que en el momento de resolver la cuestión del poder, la democracia no sabía aún cuál sería la actitud de las tropas del frente. Pero, ¿cómo vamos a saber la cuestión de saber si había el menor motivo fundado para temer que los soldados del frente, exhaustos por la guerra, apoyasen a la burguesía imperialista. Baste con decir que esta cuestión se resolvió plenamente en el transcurso de los dos o tres días próximos, que fueron precisamente los días en que los colaboracionistas para preparar entre bastidores un golpe de estado a los burgueses. El 3 de marzo, la revolución era un hecho consumado, dice Sujénov. A pesar de la adhesión del ejército en pleno a los soviets, los jefes de las tropas rechazaban con todas sus fuerzas el poder, al que tenían tanto más miedo como que el mayor era la intensidad con que se concentraba en sus manos.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué unos demócratas, unos socialistas, que habían yaban directamente en unas masas como jamás las ha conocido ninguna democracia en la historia, masas que contaban por añadidura con una experiencia considerable, disciplinadas y armadas, organizadas en soviets, por lo que tenemos, esta poderosa democracia, al parecer invencible, podía tenerlo

al poder? Este enigma, aparentemente indescifrable, se explica por que la democracia no tenía confianza en su propia base, la masa les tenía miedo. No creía en la consistencia de la confianza en sí misma, y lo temía era la anarquía, esto es, que al tomar el poder se convirtiera, en un juguete de las llamadas fuerzas elementales desatadas. Dicho en otros términos, la democracia no se sentía llamada a dirigir al pueblo en el momento de su impulso revolucionario, sino que se consideraba el ala débil del orden burgués, un tentáculo de este orden burgués tendido hacia las masas. Si se titulaba socialista, y aún se consideraba como tal, era no sólo a las masas, sino a sí misma, su verdadera misión, y sin embargo, el gesto es lo cierto que no habría podido cumplirla. Así se resuelve la mental paradoja de la revolución de Febrero.

El primero de marzo por la tarde se presentaron en la reunión de la Duma los representantes del Comité Ejecutivo Chjeidze, Stieklinski y otros, para examinar las condiciones en que los soviets podían apoyar el gobierno. Del programa de los demócratas quedaban totalmente excluidas las cuestiones relativas a la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas todo se concretaba en una reivindicación: conceder libertad de propaganda a los partidos de izquierda. ¡Gran ejemplo de desinterés para los siglos el de estos socialistas, en cuyas manos se hallaba el poder de una nación y de los cuales dependía por entero el conceder o no la libertad de propaganda a los demócratas y que entregan el poder a sus enemigos de clase a condición de que estos últimos les garantice a ellos... libertad de propaganda! Rodzianko no se atrevió a ir solo a Telógrafos, y declaró: El poder está en vuestras manos, nosotros podemos mandar detener a los demócratas. Chjeidze y Sujánov le contestan: Tomad el poder, pero no lo detengáis porque hagamos propaganda. Cuando se estudian las negociaciones de los colaboracionistas con los liberales y, en general, todas las relaciones mantenidas en aquellos días entre el ala derecha y el ala izquierda del palacio de Taurida, parece como si en la escena gigantesca que allí se desarrolla el drama histórico del pueblo, una pesadilla de comedia se aprovechándose de un rincón que queda libre, se dedicasen en un acto a representar un sainete vulgar en ropas menores.

Los jefes de la burguesía hacían justicia no contaban con Seguramente no hubieran temido tanto a la revolución si hubieran considerado esta política por parte de sus jefes. Ciertamente que, de creerlo, habrían equivocado, pero acompañando ya a éstos en la equivocación. Pero, a pesar de todo, que la burguesía no accediera a tomar el poder bajo las condiciones propuestas, Sujánov plantea un ultimátum amenazador a los demócratas: otros somos los únicos que podemos contener las fuerzas elementales desatadas... No hay más salida que una: aceptar nuestras condiciones. En otros términos: aceptad un programa, nosotros os prometemos domar a la fiera que nos ha dado el poder. ¡Pobres domados!

Miliukov estaba asombrado. No se molestaba en disimular recuerdos

Sujánov su satisfacción y su agradable sorpresa. Cuando los delegados vietaron, para darse importancia, que sus condiciones eran de las más malas, Miliukov incluso se enterneció y les alentó con la frase siguiente: «Cuchendoos, he pensado en el gran paso de avance que ha dado el movimiento obrero desde 1905 para acá...». En este mismo tono de cocodrilo carnívoro, al haber a de hablar en Brest-Litovsk la diplomacia de Hohenzollern con los delegados de la Rada ucraniana, rindiendo homenaje a sus dotes de hombres de Estado, antes de tragárselos. Si la burguesía no se tragó a la diplomacia revolucionaria no fue precisamente gracias a Sujánov ni por culpa de Miliukov.

La burguesía tomó el poder a espaldas del pueblo. No tenía ningún apoyo en las clases trabajadoras, pero con el poder consiguió atraer como un punto de apoyo de segunda mano: los mencheviques y los socialrevolucionarios, elevados a las alturas por la masa, otorgaron un voto de confianza a la burguesía. Si examinásemos esta operación desde el punto de vista de la democracia formal, nos encontraremos ante algo parecido a unas elecciones de segundo grado, en las cuales los mencheviques y socialrevolucionarios desempeñan el papel técnico de eslabón intermedio, esto es, de compromisarios electores de kadetes. Examinada desde el punto de vista práctico, no hay más remedio que reconocer que los colaboracionistas burgueses ganaron la confianza de las masas llamando al poder a aquellos contra los cuales habían sido elegidos. Finalmente, desde un punto de vista más profundo, desde el punto de vista social, la cuestión se plantea así: los partidos burgueses, que en las condiciones normales se manifestaban con una jactancia y una suficiencia excepcionales, exaltados a las cimas del poder, se asustaron de su propia inconsistencia y se apresuraron a poner el timón en las manos de los representantes del capital. En este acto de postración se manifestó inmediatamente de manifiesto la terrible inconsistencia de la nueva clase y su dependencia humillante con respecto a la gran burguesía. Al darse cuenta, o solamente tener la sensación, de que no podrán conservar el poder en sus manos durante mucho tiempo, de que pronto tendrán que cederlo a derecha o izquierda, los demócratas decidieron que era mejor adelantarse a entregarlo hoy a los respetables liberales para no tener que entregarlo mañana a los representantes extremos del proletariado. Pero, aun así, el papel de los colaboracionistas en toda su motivación social no deja de ser jugar a ser felón a para con las masas.

Al otorgar su confianza a los socialistas, los obreros y soldados se dieron cuenta, sin saberlo, era despojarse del poder político. Cuando se dieron cuenta de la realidad, se quedaron perplejos, se inquietaron, pero no veían cómo salir de la situación creada. Sus propios representantes acudían con argumentos contra los cuales no tenían una respuesta preparada, pero que se contradecían en contradicción con sus sentimientos e intenciones. Ya en el momento de la revolución de Febrero las tendencias revolucionarias de las masas coincidieron en lo más mínimo con las tendencias colaboracionistas de los partidos pequeoburgueses. El proletariado y el campesino votaban al menchevismo.

que y al socialrevolucionario, no como a conciliadores, sino como a del zar, del terrateniente y del capitalista. Pero al votarlos llevara entre ellos y los fines que perseguían. Ahora no podían ya avchocar con la muralla que habían levantado y destruirla. Tal era el tequid pro quo que se encerraba en las relaciones de clase puestas de fiesto por la revolución de Febrero.

A la paradoja fundamental de que hemos hablado vino a unirse en da una paradoja suplementaria. Los liberales sólo accedían a tomar manos de los socialistas, a condición de que la monarquía se aviniegerlo de sus propias manos.

Al mismo tiempo, Guchkov y Chulguin, monárquico a quien ya cono se trasladaban a Pskov, para salvar la dinastía, el problema de la constitucional se convertía en el eje de las negociaciones entablados comités del palacio de Tserida. Miliukov trataba de persuadir a cratas que le llevaban el poder en una bandeja de plata de que los no podían ser ya peligrosos, de que, aunque había que suprimir, nat a Nicolás II, el zarevich Alexóiev, bajo la regencia de Mijail, pod gurar el bienestar del país: El uno es un niño enfermo y el otro e completamente estúpido. He aquí la silueta del candidato a zar, tr monárquico liberal Schidlovski: Mijail Alexandrovich rehu a toda i en los asuntos del Estado y vivía entregado de lleno a la equitaci sa recomendación, sobre todo, para luchar ante las masas. Después d da de Luis XVI a Varennes, Danton proclamó en el club de los jacobis un imbecil no podía ser rey. Los liberales rusos entendían, por el la imbecilidad del monarca sería la mejor ofrenda para el régimen c nal. Se trataba ciertamente de un argumento para impresionar la psi los bobos izquierdistas, pero tenía un carácter demasiado tosco aun gente a quien se destinaba. En los círculos liberales se decía que angl filo, sin precisar si su anglofilia se refería a la carrera parlamentarismo. Lo principal era conservar el símbolo tradicional o pues, de lo contrario, el pueblo se imaginaba que no había poder a

Los demócratas escuchaban, se sorprendían amablemente y trataban persuadir... ¿de que se proclamara la República? No de que no se r cuestión de antemano. El tercer punto de las condiciones del Comité estaba concebido así: El Gobierno Provisional no debe dar ningun p suelva de antemano la forma de gobierno. Miliukov plante la cuest monarquía en forma de ultimátum. Los demócratas estaban desesperado ro las masas acudieron en su auxilio. En los mientes del palacio de solutamente nadie, no sólo los obreros, sino ni siquiera los soldad un zar, y no había modo de imponérselo. Pero Miliukov intent nadar corriente y salvar el trono y la dinastía por encima de la cabeza d de izquierda. El mismo observatorio de la Revolución. En 2 de mar zo, por la noche, la agitación producida por la noticia de que se h regencia a Mijail se intensificó considerablemente. Rodzianko des

mucho más relieve el efecto que las maniobras monárquicas de los liberales producían entre las masas. Tan pronto llegó de Pskov con el acta de abdicación de Nicolás II en favor de Mijail, Guchkov, a petición de los obreros, desde la estación a los talleres ferroviarios, dio cuenta de lo ocurrido. Después de leer el acta de abdicación, gritó: ¡Viva el emperador Mijail! El resultado fue inesperado. Según cuenta Rodzianko, el orador fue inmediatamente detenido por los obreros, los cuales, al parecer, le amenazaron incluso con matarlo. Con gran trabajo, se consiguió libertarle con ayuda de la compañía de servicio del regimiento más próximo. Como siempre, Rodzianko incurrió en exageración en los detalles, pero lo sustancial del caso está descrito de fidedigno. El país había vomitado la monarquía de un modo tan rápido que no había modo de hacérsele tragar de nuevo. Las masas revolucionarias admitían ni tan siquiera la idea de un nuevo zar.

Ante semejante situación, los miembros del comité provisional fueron apartándose uno tras otro de Mijail, no de un modo definitivo, sino hasta la Asamblea Constituyente entonces, ya veremos. Sólo Miliukov y Guchkov defendían la monarquía a sangre y fuego y seguían condicionando a este punto su entrada en el gobierno. ¿Qué hacer? Los demócratas entendían que si Miliukov no era posible formar un gobierno burgués, y que sin gobierno burgués era imposible salvar la revolución. Los ruegos y los reproches fueron inútiles. En la sesión de la mañana del 3 de marzo parecía que había triunfado completamente en el comité provisional el criterio de la necesidad de persuadir al gran duque de que abdicara es decir, ¡que le consideraban ya como zar! El kadete de izquierda Nekrasov había llegado a redactar incluso un proyecto de abdicación, pero como Miliukov seguía firme en sus posiciones, después de nuevos y apasionados debates, se votó por fin el siguiente acuerdo: Agradecemos y motivaremos ante el gran duque sus opiniones, y sin entrar en discusiones ulteriores le confiaremos la solución a él mismo. De este modo, aquel zar completamente imbécil, a quien el hermano mayor destronado por la insurrección intentaba transmitir el trono, infringiendo incluso la ley de sucesión dinástica, se ve convertido inesperadamente en superhéroe de la forma de gobierno de un país revolucionario. Por inverosímil que parezca, esta resolución que debían decidirse los destinos del Estado, se celebró. Con el fin de persuadir al gran duque de que abandonara las cuerdas para ocupar el trono, Guchkov le aseguró que había la posibilidad absoluta de reunir fuera de Pskov las fuerzas militares necesarias para la defensa de sus derechos. En otros términos, Miliukov, cuando apenas había tenido tiempo de recibir el poder de las manos de los socialistas, elaboraba el plan de un golpe de Estado monárquico. Después de oír los discursos en pro y en contra, que no fueron pocos, el gran duque pidió que se le diera el tiempo necesario para reflexionar. Después de invitar a Rodzianko a pasar a otra habitación, Mijail le preguntó a Guchkov: ¿Me garantizan los nuevos gobernantes sólo la corona, o también la cátedra? El incomparable chambelán contestó que lo único que podía prometer era estar a su lado en caso de necesidad. Al pretendiente, esto no le convenía.

más m nimo. Después de su idilio con Rodzianko, Mijail se presentó ante los diputados y declaró con firmeza que renunciaba al cargo de ministro de guerra, un cargo tan peligroso, para el que se le proponía. Entonces Kerenski, que en estas negociaciones la conciencia de la democracia, se levantó de la silla y dijo: ¡Sois un noble, alteza! . Y juró que así lo proqueir. El acto de Kerenski comentó secamente Miliukov armonizaba con la prosa de la decisión tomada. Hay que convenir en ello. La vez que el texto de ese interludio no era para exaltarse. A lo que decía arriba acerca del sainete representado en el entreacto, agregamos que la cena apareció dividida en dos partes por una mampara: en una, los republicanos rogaban a los liberales que salvaran a la revolución, en la otra, los liberales imploraban a la monarquía que salvara al liberalismo.

Los representantes del Comité Ejecutivo se sorprendían sinceramente que un hombre tan ilustrado y perspicaz como Miliukov se obstinara en hacer una cosa como la monarquía y se declarara incluso dispuesto a renunciar a ella. Pero si, como propina, no se le daba también a un Romanov. Pero el movimiento de Miliukov no tenía nada de doctrinario ni de romántico. Era, por el contrario, el fruto del cálculo de los propietarios atemorizados. En el fondo, el disimulado de este miedo consistía en su fatal debilidad. El historiador debía apelar fundadamente al ejemplo de Mirabeau, jefe de la burguesía revolucionaria francesa, que tanto se había esforzado también, en su tiempo, para conciliar la revolución con el rey. Mirabeau obraba impulsado, como los liberales, por el miedo de los propietarios por sus propiedades: era más prudente cubrir el pabellón de la monarquía, del mismo modo que la monarquía se cubría el pabellón de la Iglesia, que no dejarlas al descubierto. Pero en 1789, la tradición de poder real estaba aún reconocida por el pueblo. En 1848, al declarar de que toda Europa era monárquica. Al apoyar al rey, la burguesía no se divorciaba aún del pueblo por lo menos, esgrimía contra otros prejuicios. La situación, en la Rusia de 1917, era completamente diferente. Además de los naufragios y averías por que había pasado el régimen monárquico en los distintos países del mundo, la propia monarquía rusa había caído ya en 1905 desperfectos irreparables. Después del 9 de enero, el zar había lanzado su maldición contra el zar y su raza de vboras. El programa de Diputados Obreros de 1905 se declaraba abiertamente republicano. Los sentimientos monárquicos de los campesinos, con los cuales la misma monarquía había contado durante mucho tiempo y con los cuales cubría la burguesía el pabellón del monarquismo, no aparecieron por ningún lado. La contrarrevolución armada se levantó más tarde, empezando por Kornilov, repudiaba hipocritamente al zar por ello mismo de un modo más significativo, el poder del zar. ¡Sin embargo arraigado estaba el sentimiento monárquico en el pueblo! Sin embargo la revolución de 1905, que hirió de muerte a la monarquía, privó de base a las inconsistentes tendencias republicanas de la burguesía. Estos dos procesos se contradecían y se completaban al mismo tiempo. La burguesía, que ya desde las primeras horas de la revolución de F

vo la sensación de su naufragio, se agarraba a un clavo ardiendo. No
ba de la monarquía porque ésta fuera la fe que la unía con el pueblo
trario, la burguesa no podía ya oponer a las creencias del pueblo
un fantasma coronado. Las clases ilustradas de Rusia entraron en
de la revolución no como heraldos del Estado nacional, sino como mar
res de las instituciones medievales. Como no tenían un punto de apo
el pueblo ni en sí mismos, lo buscaban fuera de ellas. Arquimedes se
metía a levantar el mundo si le daban un punto de apoyo para su pal
liukov, por el contrario, buscaba un punto de apoyo para evitar la
ción de la gran propiedad del suelo, y, al hacerlo, se sentía mucho
mo a los generales zaristas más anquilosados y a los dignatarios de
ortodoxa, que a aquellos demócratas caseros, cuya única preocupaci
narse la confianza de los liberales. Impotente para quebrantar la r
liukov había decidido firmemente engañarla. Estaba dispuesto a trag
chicas cosas: los derechos cívicos para los soldados, los municipios
cos, la Asamblea Constituyente, a condición de que se le diera el p
apoyo de Arquimedes bajo la forma de la monarquía. Miliukov confiaba
vertir paso a paso la monarquía en un eje en torno al cual se reuni
nerales, la burocracia renovada, los príncipes de la Iglesia, los p
dos los descontentos de la revolución, y crear poco a poco, empezand
símbolo, un verdadero freno monárquico real que fuese conteniendo
masas, a medida que éstas se fueran cansando de la revolución. ¡Lo
te era ganar tiempo! Otro de los directores del partido kadete, Nab
caba posteriormente la ventaja capital que hubiera representado la
de la corona por Mijail: Habría quedado eliminada la cuestión fata
vocatoria de la Asamblea Constituyente durante la guerra. Tengamos
te estas palabras: entre Febrero y Octubre, la lucha en torno a la
había de convocarse la Asamblea Constituyente desempeña un papel co
rable, con la particularidad de que los kadetes, al tiempo que negab
ricamente su propósito de dar largas a la convocatoria de la repres
pular, practicaban una política tenaz de aplazamientos. Desgraciada
ra ellos, sólo podían apoyarse para su política en sí mismos, no hab
podido conseguir, al fin, el manto monárquico, que tanto anhelaban.
de la deserción de Mijail, Miliukov no pudo ya agarrarse ni a un cl
do.

x. El nuevo poder

Divorciada del pueblo, ligada mucho más estrechamente al capital financiero extranjero que a las masas trabajadoras del propio país, hostil a la revolución que triunfaba, la burguesía rusa, que había llegado con retraso, no podía contar en su propio nombre ni un solo título en favor de sus pretensiones de poder. Sin embargo, era necesario fundamentarlas en un sentido u otro, por lo que la revolución se sometió a una revisión implacable no sólo de los derechos heredados sino también de las nuevas alegaciones. Rodziánko, el presidente del comité ejecutivo provisional, que durante los primeros días de la revolución se encontraba en el extranjero, era la persona menos indicada para ofrecer argumentos susceptibles de convencer a las masas. Ayudado de cámara bajo Alejandro II, oficial de caballería de la Guardia, decano provincial de la nobleza, condecorado por el zar Nicolás II, monarca querido hasta la médula, terrateniente, miembro del partido de los octubristas, uno de los elementos más activos de la Duma nacional, Rodziánko fue luego elegido presidente de ésta. Poco después de la dimisión de Guchkov, a quien odiaban en palacio por su calidad de joven turco. La Duma confiaba en tener más fácil acceso al zar que el zar del monarca por mediación del chambelán. Rodziánko hizo todo lo que pudo: testimonió al zar, sin hipocresía alguna, su adhesión a la dinastía como un favor ser presentado al príncipe heredero y ganó las simpatías de la corte como el hombre más voluminoso de toda Rusia. A pesar de todo este triunfismo bizantino, el chambelán no logró conquistar el favor del zar. En la Constitución, y, en sus cartas, la zarina le calificaba, sin andarse con rodeos, de canalla. Durante la guerra, el presidente de la Duma hizo pasar, infortunadamente, no pocos malos ratos al zar, agobiándole, durante las audiencias, con exhortaciones ampulosas, críticas patrióticas y augurios sombríos. Rasbunin era en Rodziánko un enemigo personal. Kurlov, uno de los elementos más destacados de la banda palaciega, se refiere a la insolencia de Rodziánko como a la consecuencia de una indudable limitación mental. Witte habla del presidente de la Duma con más indulgencia, pero no mucho mejor: No es tonto, sino, al contrario, bastante listo: pero así y todo, la cualidad principal de Rodziánko no consistió en su inteligencia, sino en su voz: tiene una magnífica voz de bajo. En principio, Rodziánko intentó vencer a la revolución con las mangueras de los bomberos. Pero cuando supo que el gobierno del príncipe Golitsin había abandonado su puesto se negó, horrorizado, a tomar el poder que le ofrecían los revolucionarios. Después, decidió tomarlo pero, como súbdito fiel, abrigando e

de devolver la corona al monarca tan pronto como le fuera posible. La pa de Rodzianko, que esta ocasi n no se le deparase. En cambio, la con ayuda de aquellos mismos socialistas, brind al chambelÆn magn si n de hacer resonar su voz de bajo ante los regimientos sublevado de febrero, el capitÆn retirado de la Caballer a de la Guardia Rodz regimiento de la Guardia que se hab a presentado en el palacio de T Fieles soldados, escuchad mis consejos. Soy un hombre viejo y no o rØ escuchad a los oficiales, que no os mandarÆn nada malo y obrarÆ pleto acuerdo con la Duma. ¡Viva la santa Rusia! . Seguramente, que en toda la Guardia ningøn oficial que no estuvieses dispuesto a ace voluci n. En cambio, los soldados no acababan de convencerse de su dad. Rodzianko tem a a los soldados, tem a a los obreros, ve a en C demÆs elementos de izquierda agentes a sueldo de Alemania, y, al ti se pon a al frente de la revoluci n, miraba a cada instante en torn perando el momento en que el S viet viniese a detenerle.

La figura de Rodzianko es un poco c mica, pero no fortuita este belÆn, con su magn fica voz de bajo, era la encarnaci n de las dos gentes de Rusia: los terratenientes y la burgues a, con el aditamen progresivo. Rodzianko era muy devoto y muy versado en mÆsica literg burgueses liberales, independientemente de la actitud que pudieran respecto a la Iglesia ortodoxa, consideraban tan necesaria para el alianza con esta æltima como con la monarqu a.

En aquellos d as, el honorable monÆrquico que deb a el poder a l piradores, rebeldes y asesinos, estaba pÆlido y desencajado. Los der bros del comitØ no se sent an mucho mejor. Alguno de ellos ni sigui jaba ver en el palacio de TÆurida, por entender, sin duda, que la s estaba todav a suficientemente despejada. Los mÆs prudentes daban v de puntillas, alrededor del fuego de la revoluci n, cuyo humo les h se dec an: ¡DejØmoslo que arda, y despuØs veremos si se puede cocer Øl! .

El comitØ, si bien accedi a tomar el poder, no se decidi inme te a formar un ministerio. En espera segøn las palabras de Miliuk que llegara el momento de formar gobierno, el comitØ se limit a de comisarios entre los miembros de la Duma, encargados de regentar lo nismos gubernamentales, pues esto dejaba abierta una salida para en de retirada .

Al frente del Ministerio del Interior pusieron al diputado Karau insignificante, pero menos cobarde acaso que los demÆs, el cual dic ro de marzo la orden de detenci n de todos los jefes de la polic a y de gendarmes. Este terrible gesto revolucionario ten a un carÆcter plat nico, puesto que los rebeldes se hab an apresurado a detener p ta a la polic a, sin aguardar a que se publicara ningøn decreto, y ademÆs, para ella el ænico asilo contra la venganza popular. Mucho la reacci n vio en aquel acto demostrativo de Karaulov el principio

calamidades posteriores.

Para la comandancia militar de Petrogrado se nombró al coronel Engelhardt, oficial del regimiento de la Guardia, propietario de cuerdas de carreras y gran terrateniente. En vez de detener al dictador Ivar había llegado del frente para apaciguar la capital, Engelhardt puso a su disposición a un oficial reaccionario en calidad de jefe de estado mayor: a cabo, todos eran uno.

Al Ministerio de Justicia se envió a la lumbrera de la abogacía ligada a Moscú, al elocuente y huero Maklakov, el cual se apresuró a dar a entender ante todo a los burócratas reaccionarios, que él no quería ser ministro gracias a la revolución, y, posando la vista sobre un camarada que acababa de entrar y que desempeñaba las funciones de mozo, dejó caer francos: «¡Gauche!»

Los obreros y soldados no necesitaban entender francos para comprender que todos aquellos caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

Por su parte, Rodzianko no dejó de oír su voz tonante mucho tiempo del comité. Su candidatura a la presidencia del gobierno revolucionario hundiéndose por sí misma: era evidente que el intermediario entre los propietarios y la monarquía no servía ya para intermediario entre los propietarios y el comité. Pero no por eso desapareció de la escena política, sino que intentó avivar la Duma, contrarrestando con ella la influencia del Soviet, erigiéndose invariablemente en el eje de todas las tentativas encaminadas a evitar la contrarrevolución de los burgueses y los terratenientes. Ya volveremos a encontrarnos con él.

El primero de marzo, el comité provisional emprendió la formación del ministerio, proponiendo para él a los hombres que la Duma, a partir de ahora había recomendado repetidamente al zar como personas que gozaban de la confianza del país: se trataba de grandes agrarios e industriales, de líderes de oposición de la Duma y jefes del bloque progresivo. Lo cierto es que la revolución hecha por los obreros y los soldados no se vio representada en la composición del gobierno revolucionario, con una sola excepción: la excepción la constituyó Kerenski. La onda Rodzianko-Kerenski era la oficial de la revolución de Febrero.

Kerenski entró en el gobierno en calidad, digámoslo así, de embajador de aquella revolución. Sin embargo, su actitud ante ésta era la de un abolicionista que había intervenido en varios procesos políticos. Kerenski no era revolucionario, sino pura y simplemente un hombre que había revoloteado alrededor de la revolución. Elegido por primera vez como diputado de la Duma, gracias a que estaba dentro de la ley, Kerenski se convirtió en jefe del fracción gris e impertinente de los laboristas, fracción que era un fruto anómico del cruce del liberalismo con el socialismo. No tenía preparación teórica, ni escuela política, ni aptitud para las tareas de gobierno, ni nervio político. Todas estas cualidades se veían sustituidas en él por la facilidad de adaptación superficial, por una fácil exaltación y esa clase

cuencia que actúa, no sobre el pensamiento ni sobre la voluntad, sino sobre los nervios. Sus intervenciones en la Duma, inspiradas en un radicalismo oportunista, para el cual no le faltaban ocasiones, crearon a Kerenski, su popularidad, al menos una cierta notoriedad. Durante la guerra, entendiendo en esto con los liberales, como patriota que era, que la idea de la revolución era funesta para el país. La aceptó cuando vino, y la aferrándose a su popularidad, lo sacó a flote. Para él, la revolución se hacía de un modo natural con el nuevo poder. Pero el Comité Ejecutivo que el poder, conquistado por la revolución burguesa, debía pertenecer a los burgueses. A Kerenski, esta fórmula se le antojaba falsa, aunque no por el hecho de que le cerraba las puertas del ministerio. Kerenski, completamente persuadido de que su socialismo no constituía ningún peligro para la revolución burguesa, como tampoco podía causar ningún daño a su socialismo. El comité provisional de la Duma decidió hacer un intento para arrancar del Soviet al diputado radical y no le fue difícil ofreciéndole la cartera de Justicia, a la cual había renunciado ya Kerenski paraba por los pasillos a los amigos y les preguntaba: ¿Debe aceptar la cartera o no? Los amigos no dudaban de que ya tenía decidido aceptar. Sujánov, muy bien dispuesto hacia Kerenski en aquel entonces, observó que cierto es que los recuerdos publicados más tarde que tenía la seguridad que estaba llamado a cumplir una misión muy importante... y se irribió extraordinariamente contra los que no se daban cuenta de ello. Por fin, los amigos, Sujánov inclusive, le aconsejaron que aceptase la cartera, entendiendo que era lo mejor pues de este modo, teniendo allí a uno de los suyos, podían observar de cerca lo que hacían aquellos astutos liberales. Pero en el tiempo que tentaban sigilosamente a Kerenski a cometer un pecado para el cual no necesitaba, por cierto, orientación, los dirigentes del Comité Ejecutivo le negaban toda sanción oficial. El Comité Ejecutivo se ha manifestado muy cordado hacia Sujánov a Kerenski, y el volver a plantear el asunto ante el comité no deja de tener sus peligros, pues puede sencillamente contestar: Kerenski debe pertenecer a la democracia soviética. Tal es el relato textual de Sujánov, que constituye una increíble mezcla de candidez y de cinismo. El autor, pirador de todos los misterios del poder reconoce abiertamente que, en marzo, el Soviet de Petrogrado se inclinaba por la toma formal del poder por Kerenski, le pertenecía de hecho desde la tarde del 27 de febrero, y que los comunistas sólo habían podido despojarle de él, en provecho de la burguesía, gracias a las palidas de los obreros y los soldados, sin que éstos lo supieran y con su libre y verdadera voluntad. El trato de los demócratas con los liberales aparece en el relato de Sujánov, de todas las características jurídicas de un complot de menudeo de lesa revolución, es decir, de complot secreto tramado contra el pueblo y sus derechos.

Los dirigentes del Comité Ejecutivo, comentando la impaciencia de Kerenski, cuchicheaban entre sí que no era conveniente para un socialista aceptar oficialmente un fragmento de poder de manos de los hombres de la Duma.

acababan de recibirlo íntegramente de manos de los socialistas. Ser a que Kerenski asumiese toda la responsabilidad de aquel acto. Aquellos ros, por una especie de instinto infalible, se las arreglaban para enc pre verdaderamente la salida más complicada y falsa a todas las situac Pero Kerenski no quer a entrar en el gobierno con la chaqueta de simpl tado radical quer a entrar, a todo trance, envuelto en el manto de re tante de la revoluci n triunfante. Con el fin de no tropezar con ningun tencia, no solicit la sanción ni del partido del cual se proclamaba n del ComitØ Ejecutivo, de que era vicepresidente. Sin advertir a los je de las sesiones plenarias del S viet, que en aquellos días no era aen mitin ca tico, pidi la palabra para hacer una declaraci n, y en su di unos calificaron de confuso y otros de histØrico versiones entre las cho sea de paso, no media contradicci n , exigi un voto de confianza ti en todos los tonos que estaba dispuesto a morir por la revoluci n mÆs, a aceptar la cartera de ministro de Justicia. Le bast aludir a l de una amnist a pol tica completa y entregar a los Tribunales a los fu zaristas, para provocar una tempestad de aplausos en aquehla asamblea perta, sin rumbo ni direcci n. Aquella farsa recuerda ShlyÆpnikov p en muchos una profunda indignaci n y un sentimiento de repugnancia con Kerenski . Pero nadie le contradijo: los socialistas, al tiempo que er poder a la burgues a, evitaban, como sabemos, plantear esta cuesti n a masas. No hubo votaci n. Kerenski decidi interpretar los aplausos con voto de confianza. Desde su punto de vista, ten a raz n. Indudablement S viet era partidario de la entrada de los socialistas en-el ministeri a con ello un paso en el sentido de la liquidaci n del gobierno burgu cual, ni por un instante, estuvo conforme. De todos modos, haciendo ca so de la doctrina oficial, el 2 de marzo Kerenski accedi a aceptar el ministro de Justicia. Kerenski estaba muy contento de su nombramiento cuenta el octubrista Schidlovski , y me acuerdo perfectamente de que, local del comitØ provisional hablaba calurosamente, tumbado en una but del pedestal que levantar a a la justicia en Rusia . En efecto, meses hab a de demostrarlo elocuentemente en el proceso seguido a los bolche ques.

El menchevique Chjeidze, al cual los liberales, guiÆndose por un c excesivamente simple y por la tradici n internacional, quer an confiar momento dif cil el Ministerio de Trabajo, se neg catego ricamente a ac el cargo y permaneci en su puesto de presidente del S viet. Menos bri que Kerenski, Chjeidze estaba, sin embargo, construido con materiales s lidos.

Miliukov, l der indiscutible del partido kadete, aunque no se hall malmente al frente del ministerio, era el jefe del Gobierno Provisiona kov estaba incomparablemente por encima de sus compaæeros de gabinete dec a el kadete Nabokov, despuØs de haber roto ya con Øl , como fuerza telectual, por sus inmensos conocimientos, casi inagotables, y por su

amplio. Sujánov, que acusaba a Miliukov personalmente del fracaso del liberalismo ruso, decía, sin embargo, hablando de él: Miliukov era entonces la figura central, el alma y el cerebro de todos los círculos políticos. Él no habría habido política burguesa en el primer período de la revolución a pesar de su exageración estas opciones señalaban la superioridad individual de Miliukov sobre los demás políticos de la burguesía rusa. Su fuerza era el mismo en que radicaba su debilidad: de un modo más concreto y de un modo que los demás, expresaba, traducido al lenguaje de la política, el dilema de la burguesía rusa, es decir, la situación sin salida en que la historia lo había llevado a Østa. Los mencheviques se lamentaban de que Miliukov había llevado el liberalismo a la ruina, pero con más fundamento podría afirmarse que fue el liberalismo el que llevó a la ruina a Miliukov.

A pesar del neoeslavismo, resucitado por él con fines imperialistas, Miliukov fue siempre un occidentalista burgués. Había asignado como fin último la implantación en Rusia de la civilización europea. Pero temía más las sendas revolucionarias que habían seguido los pueblos de Occidente. Por esto, todo su occidentalismo se reducía a una envidia impotente de los países occidentales.

La burguesía inglesa y francesa edificó una nueva sociedad a su semejanza. La alemana llegó más tarde y tuvo que permanecer durante mucho tiempo entregada a la papilla de avena de la filosofía. Los alemanes contemplaban el término contemplación del mundo (Weltanschauung) con el que notaban en su haber los ingleses ni los franceses mientras que las naciones que les creaban un mundo nuevo, los alemanes contemplaban el suyo. Pero la burguesía alemana, tan pobre desde el punto de vista de la acción política, creó la filosofía clásica, lo cual constituye una aportación de valor. La burguesía rusa llegó todavía más tarde. Es verdad que tradujo al ruso algunas variantes, la palabra contemplación del mundo, pero con el fin de hacer más que poner de manifiesto, a la par que su impotencia política, la pobreza filosófica. Importó ideas y técnica, estableciendo para las clases altas arancelarias elevadas y para las primeras una cuarentena dictada por el miedo. Miliukov estaba llamado a dar expresión política a estos rasgos característicos de su clase.

Ex profesor de Historia en Moscú, autor de importantes trabajos científicos, fundador luego del partido kadete, fruto de la fusión de los liberales y de los intelectuales de izquierda, Miliukov se hallaba libre del diletantismo político, propio de la mayoría de los políticos rusos. Tenía un concepto muy serio de su profesión, y esto bastaba ya para hacerle resaltar sobre el medio.

Hasta 1905 los liberales rusos se avergonzaban casi siempre de su posición, capa de populismo y más tarde de marxismo les sirvió, durante mucho tiempo, de coraza defensiva. En esta capitulación vergonzante, en esencia muy profunda, de círculos burgueses muy extensos, en que figuraban incluso una serie de jóvenes industriales, ante el socialismo cobraba toda

la falta de confianza en sí misma de una clase que había venido en el momento oportuno para concentrar en sus manos fortunas de millones, pero demasiado tarde para ponerse al frente del país. Los padres, campesinos de largas barbas y tenderos enriquecidos, habían acumulado sin pensar en su papel social. Los hijos habían terminado sus estudios universitarios en el perpetuismo de las ideas prerrevolucionarias, y cuando intentaron hallar su lugar en la sociedad no tuvieron prisa por enrolarse bajo la bandera del liberalismo ya maltrecha en los países avanzados, descolorida y toda remendada. Durante algún tiempo, cedieron a los revolucionarios parte de su espíritu y algunos ingresos. Esto que decimos podemos hacerlo extensivo, aún con mayor razón a los representantes de las profesiones liberales, una parte considerable de los cuales pasaron en su juventud por la fase de las simpatías socialistas. Miliukov no pasó nunca el sarampión del socialismo. Era, orgánicamente, un burgués, y no se avergonzaba de serlo.

Cierto que en la época de la primera revolución, Miliukov no renunció aún a la esperanza de apoyarse en las masas revolucionarias por medio de los partidos socialistas domesticados. Witte cuenta que cuando, en octubre de 1905, durante la formación de su gabinete constitucional, exigió a los revolucionarios que se cortasen la cola revolucionaria, éstos le contestaron que de ningún modo que él, Witte, no podía renunciar al ejército, ellos no podían tampoco renunciar a las fuerzas armadas de la revolución. En el fondo, esto, en aquellos momentos, no era ya más que un chantaje: para hacerse subir el precio, los revolucionarios asustaban a Witte con las masas, las mismas masas a quienes ellos temían. Precisamente la experiencia de 1905 persuadió a Miliukov de que las fuerzas que fuesen las simpatías liberales de los grupos intelectuales, las fuerzas auténticas de la revolución, las masas, no cederían jamás sus armas a la burguesía, y que cuanto mejor armadas estuvieran, más peligroso sería para ésta. Al proclamar abiertamente que la bandera roja no era que un trapo, Miliukov liquidó, con un sentimiento evidente de desahogo, un idilio que en realidad no había empezado.

El divorcio entre la llamada *intelligentsia* y el pueblo constituyó un tema tradicional de los publicistas rusos, con la particularidad de que los liberales, contrariamente a los socialistas, englobaban bajo el nombre de *intelligentsia* a todas las clases cultas, es decir, a las clases poseedoras. Pero que este divorcio se reveló catastróficamente, los liberales, durante la revolución, ideólogos de las clases cultas, vivían como en constante temor del juicio final. Un escritor liberal, filósofo, no atado por los convencionalismos de la política, expresó el miedo ante la masa con una fuerza furiosa, que recuerda el reaccionarismo epiléptico de Dostoievski. Tal como somos, nosotros no podemos soñar en la fusión con el pueblo, sino que debemos temerle. Que a todos los atropellos del poder y bendecir a este último, que con sus monedas y sus cárceles nos protege contra la furia popular... ¿Podrán los liberales, pensando de este modo, soñar con el gobierno de la nación revolucionaria? Toda la política de Miliukov lleva el sello de la imposibilidad.

momento de la crisis nacional, el partido acaudillado por él piensa de esquivar el golpe y no en el de asestarlo. Como escritor, Miliukov y difuso, y lo mismo puede decirse de él como orador. Lo decorativo fuerte. Esto podrá ser una cualidad positiva si la política mezquina no necesitara por modo tan apremiante de cubrirse con una máscara, lo menos, hubiera podido objetivamente cubrirse con una gran tradición. Miliukov no contaba ni aun con una pequeña tradición. La política de Francia, quintaesencia del egoísmo burgués y de la perfidia, tiene dos auxiliares: la tradición y la retórica, que rodean de una coraza todo político burgués, incluso a un abogado de los grandes propietarios prosaico como Poincaré. Pero no es culpa de Miliukov el no haber tenido cesos patéticos ni el verse obligado a practicar una política de burgueses en la frontera que separa a Europa de Asia.

Paralelamente con las simpatías hacia Kerenski Memos en las ideas del socialrevolucionario Sokolov, sobre la revolución de Febrero desde el principio una gran antipatía no disimulada y un poco extralíukov. Yo no comprendo y sigo sin comprender por qué este honorable pablico era tan impopular. Si los filisteos comprendieran las entusiasmos por Kerenski y de sus antipatías por Miliukov, dejarían teos. El buen burgués no sentía simpatías por Miliukov, porque éste iba de un modo excesivamente prosaico, desapasionado e incoloro, la política de la burguesía rusa. Al mirarse en el espejo de Miliukov, ve a que era gris, interesado, cobarde, y, como suele suceder, se iba contra el espejo.

Al ver, por su parte, las muecas de descontento del burgués liberal kov decía tranquilamente y con aplomo: La gente es tonta. Y pronuncia palabras sin irritación, casi de un modo cariñoso, con el deseo hoy la gente no me comprende, no hay por qué desesperarse, ya me comprenderá más tarde. Miliukov confiaba fundadamente en que el burgués no cionaría a y, sometido a la lógica de la situación, le seguiría a a pues no tenía otro camino. Y en efecto, después de la revolución de todos los partidos burgueses, incluso los de derecha, siguieron al aunque le insultasen y aun le maldijesen.

No se podía decir lo mismo de un político demócrata con matiz social como Sujénov. Este no era un hombre gris, sino, al contrario, un profesional, bastante refinado en su pequeño oficio. Este político no era inteligente, pues saltaba demasiado a la vista la contradicción entre lo que quería y los resultados a que llegaba. Pero se hacía el cobarde y cansaba a la gente. Para arrastrarle, era necesario engañarle, conociendo su completa independencia, sino acusándole aun de excesivo ritu de mando, de autoritarismo. Esto le halagaba y le conciliaba con de instrumento servil. Fue precisamente en una conversación con este socialista donde Miliukov lanzó su frase: La gente es tonta. Esta máscara que una sutil adulación: Los únicos inteligentes somos usted y

decirlo, Miliukov, sin que ellos se dieran cuenta, echaba el anillo a los demócratas. El anillo con el que más tarde habrían de ser arrojados a la borda.

Su impopularidad personal no le permitió a Miliukov ponerse al frente del gobierno; hubo de contentarse con la cartera de Negocios extranjeros. Los asuntos de política exterior constituían ya su especialidad en la Duma.

El ministro de Guerra resultó ser el gran industrial moscovita Guchkov, quien ya conocemos, liberal en su juventud, con una cierta tendencia a la izquierda y luego hombre de confianza de la gran burguesía a cerca de Stolypin por odio de la represión de la primera revolución. La disolución de las Cámaras Dumas, en las cuales dominaban los kadetes, condujo al golpe de estado del 3 de junio de 1907, dado con el fin de modificar el estatuto electoral en beneficio del partido de Guchkov, que presidió después de las dos últimas elecciones hasta el momento de la revolución. En 1911, al inaugurarse en Kiev un monumento a Stolypin, muerto por un terrorista, Guchkov, depositando la mano derecha se inclinó hasta el suelo: en esta reverencia hablaba toda la clase. Él mismo se dedicó, principalmente, a las cuestiones militares, y en la preparación de la guerra obró en estrecho contacto con Miliukov. En su calidad de presidente del Comité Central Industrial de Guerra, Guchkov agrupó a los industriales bajo la bandera de la oposición patriótica, sin impedir en lo más mínimo, al mismo tiempo, que los dirigentes del bloque progresista, Rodzianko inclusive, sacaran los bolsillos con los suministros militares. La recomendación revolucionaria de Guchkov era que su nombre iba asociado por la semileyenda de la preciosa caída de la consabida revolución palaciega. El ex jefe de policía afirmó más tarde, que Guchkov se permitía en sus conversaciones sobre el monarca atacar a este último un epíteto extremadamente ofensivo. Es muy verosímil, pero Guchkov no constituía en este sentido una excepción. La devota zarina odiaba a Guchkov, le aplicaba en sus cartas los insultos más groseros y sabía la esperanza de verle colgado. Ciertamente sea de paso que la zarina deseaba esa suerte a muchos. Sea de ello lo que fuere, el hombre se había inclinado hasta el suelo ante el verdugo de la primera revolución, recién siendo ministro de la Guerra de la segunda.

Para la cartera de Agricultura se designó al kadete Chingarev, moscovita vinciano y diputado de la Duma. Sus correligionarios le consideraban como una mediocridad honrada o, para decirlo con Nabokov, como a un intelectual provinciano, apto para un cargo, no en la capital, sino en las provincias remotas. Hacía ya tiempo que se había evaporado el radicalismo vago de la juventud y ahora la preocupación principal de Chingarev consistía en demostrar a las clases poseyentes su capacidad de hombre de Estado. Aunque el viejo programa de los kadetes hablaba de la expropiación forzosa de las tierras de los propietarios mediante una justa tasación, ninguno de ellos tomaba esto en serio, sobre todo ahora, en los años de inflación de la guerra, cuando se consideraba como su misión principal retrasar la solución del problema, haciendo concebir esperanzas a los campesinos con el espejuelo de la A

Constituyente, que los kadetes hac an todo lo posible por no convocar la Constituyente. La Constituyente de Febrero estaba condenada a estrellarse contra el problema de la guerra. Chingarev le ayud con todas sus fuerzas a conseguir la Constituyente.

La cartera de Hacienda fue a parar a manos de un joven llamado Terechenko. ¿De dónde le sacaron? , se preguntaba la gente con extrañeza en el palacio de Taurida. Los iniciados dec an que era propietario de fincas, haciendas agrícolas, bosques y otras riquezas valoradas en ochenta millones de rublos de oro, que ocupaba la presidencia del Comité Industrial en Kiev, que posea una buena pronunciación francesa y que, ademá un buen conocedor de la literatura, ademá, de un modo significativo, que Terechenko, en calidad de hombre de confianza de Guchkov, -casi habiendo tomado parte en el gran complot que haba de destronar a Nicolás II. La estorbando el complot, ayud a Terechenko.

Durante aquellos cinco días de febrero, en que en las frías calles de capital se desarrollaban los combates revolucionarios, cruzaba alguna vez por delante de nosotros, como una sombra, la figura del liberal propietario de casa grande, hijo del ex ministro Nabokov, figura casi simbólica en su corrección fatua y en su dureza egoísta. Nabokov pas los días de la insurrección entre los cuatro muros del despacho de su casa, espantado, alarmado, el desarrollo de los acontecimientos. Helo aqu , ahora, en el Ministerio del Gobierno Provisional, en una especie de ministro sin cartera. Emigrado a Berlín, donde fue muerto por una bala perdida de un soldado blanco, dej unas notas, no exentas de intereses, sobre el Gobierno Provisional. Anotemos en su haber este servicio.

Pero nos hemos olvidado de nombrar al primer ministro,- sin duda el mejor, el que hac a todo el mundo en los momentos más serios de su brevedad. El 2 de marzo, Miliukov, al presentar al nuevo ministro en el palacio de Taurida, dijo que el príncipe Lvov era la encarnación de la república rusa, perseguida por el régimen zarista. Miliukov dec en su discurso la revolución observa prudentemente que fue puesto al frente del gobierno el príncipe Lvov, poco conocido personalmente de la mayoría de los diputados que formaban el comité provisional. El historiador intenta eximirse de responsabilidad por elección. En realidad, el príncipe formaba desde hac a tiempo, del partido kadete, figurando en su ala derecha de la disolución de la primera Duma, en la famosa reunión de diputados celebrada en Vyborg, que se dirigió a la población con el llamamiento republicano ofendido: No pagar los impuestos, el príncipe Lvov, que presente, no firm el manifiesto. Nabokov recuerda que, al volver de Viena, el príncipe cay enfermo, con la particularidad que la enfermedad se desarrolló en estado de agitación en que se hallaba. Por lo visto, el príncipe no estaba preparado para las emociones revolucionarias. El príncipe Lvov, a pesar de ser aparentemente moderado, en todas las organizaciones dirigidas por él tomaba parte por obra sin duda de una indiferencia política que parec a amplitud de espíritu, a un gran número de intelectuales de izquierda, de ex revolucionarios.

socialistas patriotas que hab an esquivado la guerra, elementos que no jaban peor que los funcionarios, no robaban y al mismo tiempo creaban cipe algo parecido a la popularidad. La existencia de un pr ncipe rica ral impon a al buen burguØs. Por eso, ya bajo el zar, se hab a pensado pr ncipe Lvov como primer ministro. Si resumimos todo lo dicho, habrÆ conocer que el jefe del gobierno de la revoluci n de Febrero represent sitio, aunque brillante, completamente vac o. Rodzianko era, desde lue solemne.

La historia legendaria del Estado ruso empieza con un relato de la ca segun el cual los embajadores de las tribus eslavas se dirigieron a cipes escandinavos con este ruego: Venid a poseernos y gobernarnos . desdichados representantes de la democracia socialista convirtieron la hist rica en realidad, pero no en el siglo IX precisamente, sino en el diferencia de que ellos se dirigieron, no a los pr ncipes ultramarinos del interior del pa s. Y he aqu c mo, por obra y gracia de la insurre toriosa de los obreros y soldados, sub an al poder unos cuantos vulgan tenientes e industriales riqu simos y algunos diletantes pol ticos sin con un pr ncipe poco amigo de emociones a la cabeza.

La composici n del gobierno fue acogida con satisfacci n en las Em das aliadas, en los salones burgueses y burocrÆticos y en los sectores vastos de la burgues a media y, en parte, de la pequeaa. El pr ncipe I octubrista Guchkov, el kadete Miliukov, s lo los nombres tranquilizaba sible que el nombre de Kerenski hiciera arrugar el ceæo a los aliados, asustaba. Los mÆs perspicaces lo comprend an: no hay que olvidar que h bido una revoluci n: enganchado a un caballo de tanta confianza como M kov, un potro vivaracho tiene que sernos ætil, por fuerza, en el tiro. de razonar el embajador francØs Paleologue, que tanto gustaba de las foras rusas.

Entre los obreros y los soldados, la composici n del gobierno suso diatamente un sentimiento de recelo o, en el mejor de los -casos, de so plejidad. Los nombres de Miliukov y Guchkov no pod an arrancar muestra aprobaci n, precisamente, en la fÆbrica o en los cuarteles. Se conserv cos testimonios que lo acreditan. El oficial Mstislavski habla de la s quietud de los soldados ante el hecho de que el poder hubiera pasado nos del zar a manos de un pr ncipe. ¿Val a la pena haber hecho correr gre para esto? Stankievich, que se contaba entre los ntimos de Kerens recorri , el 3 de marzo, su batall n de zapadores, compaæ a tras compa recomend al nuevo gobierno, al que Øl consideraba como el mejor de cu eran posibles y del cual hablaba con gran entusiasmo. Pero en el audi notaba frialdad . S lo cuando el orador ment a Kerenski, -los soldados festaron ruidosamente una verdadera satisfacci n . La opini n de la pe burgues a de la capital hab a convertido ya a Kerenski en el hØroe cen revoluci n. Los soldados, en mucho mayor grado que los obreros, se obs ban en ver en Kerenski el contrapeso del gobierno burguØs lo ænico qu

comprender era por quØ figuraba solo en Øl. Pero no Kerenski no era un trapeso, sino un complemento, una cubierta, un adorno, y defendía los intereses que Miliukov, sólo que a la luz del magnesio.

¿Cuál era la constitución real del país, una vez instaurado el poder?

La reacción monárquica se escondió por los rincones. Cuando aparecieron las primeras aguas del diluvio, los propietarios de todas las clases se agruparon bajo la bandera del partido kadete, el cual se lanzó inmediatamente a la palestra como el único partido no socialista, y al propio tiempo extrema derecha.

Las masas se fueron todas con los socialistas, a los que identificaron con su fuero interno con los soviets. No sólo los obreros y los soldados, ni las guarniciones del interior, sino toda la masa heterogénea de pequeños artesanos, vendedores ambulantes, pequeños funcionarios, cocheros, porteros, criados, eran hostiles al Gobierno Provisional y deseaban un poder más allegado a ellos y más accesible. Cada día era mayor el número de campesinos que acudía de las aldeas y se presentaba en el palacio de Taurida. Las masas se derramaban en los soviets como si entrasen por la puerta triunfal de la revolución. Todo lo que quedaba fuera de las fronteras se diría que quedaba al margen de la revolución y que pertenecía a otro mundo. Y así era, en realidad: al margen de los soviets quedaba el mundo de los propietarios, revestido ahora de un color rosa grisáceo que le servía de defensa.

No toda la masa trabajadora eligió sus soviets, pues no toda eligió al mismo tiempo simultáneamente, ni todos los sectores de los oprimidos se atrevieron inmediatamente que la revolución tocaba también a sus intereses. La conciencia de muchos flotaba tan sólo una vaga esperanza. Por los soviets atravesaban atraídos los elementos más activos que había en las masas, y sólo que en los períodos revolucionarios la actividad es lo que triunfa y crece de día en día la actividad de las masas, el fundamento de su poder. Los soviets se ensanchaba constantemente. Era la única base real sobre la que se cimentaba la revolución.

En el palacio de Taurida convivían dos mundos: la Duma y el Soviet. Desde un principio, el Comité Ejecutivo estaba instalado en unos despachos rodeados por los cuales rodaba una avalancha humana ininterrumpida. Los diputados de la Duma intentaban sentirse afortunados en sus locales lujosos. Pero pronto se vieron arrastradas por el desbordamiento de la revolución. Debido a toda la indecisión de sus directores, el Soviet se dilataba inexorablemente, mientras que la Duma iba quedando arrinconada en el zaguán del edificio. La nueva correlación de fuerzas iba abriéndose paso por todas partes.

Los diputados, en el palacio de Taurida los oficiales en sus regimientos, los jefes, en sus estados mayores los directores y los administradores de las fábricas, en los ferrocarriles, en el telégrafo los terratenientes, los propietarios en las fincas todos se sentaban, en los primeros días de la revolución cohibidos por la mirada escrutadora y recelosa de la masa. A los ojos

el S viet era la expresión organizada de su desconfianza hacia todos los que oprimían. Los cajistas vigilaban celosamente el texto de los artículos y ponían a los ferroviarios no perdían de vista los trenes militares que por sus redes los telegrafistas interpretaban ahora de un modo nuevo. Todo de los telegramas los soldados se miraban unos a otros, a cada movimiento sospechoso del oficial los obreros arrojaban de la fábrica al capataz y vigilaban al director liberal. La Duma, desde las primeras del Gobierno Provisional, desde los primeros días de la revolución, se convirtió en el centro adonde afluyen las lamentaciones de las clases poseedoras y las protestas contra los excesos de las turbas, sus nostálgicas observaciones y sus presentimientos sombríos.

Sin la burguesía no podremos dominar el aparato del Estado, razonó el pequeño burgués socialista, echando una tímida ojeada a los edificios gubernamentales, desde donde atalayaba, con los ojos en blanco, el esqueleto del viejo aparato. Procuró hallarse salida al atolladero encajando como se pudo en el aparato burocrático, decapitado por la revolución, una cabeza liberal. Los ministros tomaron posesión de los ministerios zaristas se hicieron cargo de las máquinas de escribir, de los teléfonos, de los ujieres, de las taquigrafías, pero cada día que pasaba les convencía de que aquella máquina trabajaba en el vacío.

Kerenski recordaba, andando el tiempo, que el Gobierno Provisional había tomado en sus manos el poder al tercer día de la anarquía rusa, cuando toda la superficie del país no sólo no existía ningún poder, sino que no quedaba ni un solo guardia. Para él no existían, por lo visto, ni diputados, obreros y soldados, que acaudillaban a masas de muchos miles de hombres al parecer, según él, no eran más que uno de tantos elementos de anarquía. Para caracterizar el desamparo del país, cita la deserción de los gendarmes. En esta confesión del más izquierdista de los ministros halla la clave de toda la política del Gobierno Provisional.

Por disposición del príncipe Lvov, los cargos de gobernador fueron repartidos por los presidentes de las administraciones provinciales, que no se distinguen gran cosa de sus antecesores los gobernadores zaristas. Muchas veces eran terratenientes semif feudales, que veían jacobinos hasta en los gobernadores. Al frente de los distritos fueron colocados los presidentes de los zemstvos correspondientes. Los pueblos podían reconocer a sus viejos amigos enmascarados bajo los nombres flamantes de comisarios. Son los curas de antaño, con la diferencia de que llevan unos nombres más modernos, como dijo, en otros tiempos, Milton, aludiendo a la tímida reforma presbiteriana. Los comisarios provinciales y de distrito tomaron posesión de las máquinas de escribir, de los escribientes y funcionarios, de los guardas y jefes de policía, y pronto pudieron persuadirse de que no se les había dado ningún poder. En las provincias y distritos, la vida se concentró no sólo a los soviets. La dualidad de poderes se hacía extensiva, por tanto, a todo el país. Sólo que en los organismos inferiores los dirigentes soviéticos

revolucionarios y mencheviques también, aunque más candorosos, no se desentendían del poder que les ponía en las manos la situación. De esto era que la situación de los comisarios provinciales consistía simplemente en lamentarse de la completa imposibilidad de poner por obra sus ideas.

Al día siguiente de constituirse el ministerio liberal, la burguesía, no de que había adquirido el poder, sino, por el contrario, había perdido. A pesar de la escandalosa arbitrariedad de la pandilla, el poder efectivo de ésta tenía un carácter limitado. La influencia en los asuntos del Estado era inmensa. La misma participación en la guerra había sido mucho más obra de la burguesía que del ejército. Y, sobre todo, el régimen zarista garantizaba a los propietarios de sus fábricas, de sus tierras, bancos, casas, periódicos, etc., y, en sustancia, virtualmente, eran ellos los que estaban en el poder. La revolución de Febrero modificó la situación en dos sentidos contradictorios: entregaba solemnemente a la burguesía los atributos exteriores del poder, pero despojaba de aquella sustancia de poder real y efectivo de que gozaba antes de la revolución. Los que ayer eran funcionarios de la administración pública, en la cual mandaba el amo, el príncipe Lvov, y del Comité de Defensa de la Guerra, donde mandaba Guchkov, se convierten, bajo el nombre de socialistas revolucionarios y mencheviques, en dueños de la situación en el país y en la ciudad y en el campo nombraban ministros a Lvov y Guchkov imponiéndoles condiciones, lo mismo que si los tomaran como empleados.

Por otra parte, el Comité Ejecutivo, después de crear el gobierno provisional, no se decidía a declarar, como el dios público, que su obra era buena. Al contrario, se apresuraba a ahondar el abismo que mediaba entre él y la burguesía, sus manos, declarando que sólo apoyaría al nuevo poder en tanto que éste se portara fielmente a la revolución democrática, el Gobierno Provisional sabía perfectamente que no podría sostenerse ni una hora sin el apoyo de la burguesía, la democracia oficial pero este apoyo sólo se le prometía si se portaba bien, si daba satisfacción a fines que le eran extraños y cuya realidad la burguesía había rehuido. El gobierno no sabía nunca dentro de cuánto tiempo podría ejercer aquel poder, que había adquirido casi de contrabando. Los miembros del Comité Ejecutivo no siempre se lo podían decir de antemano. Era una sencilla razón de que a ellos mismos les era difícil adivinar en qué medida se daría a el descontento dentro de su propia órbita, como reflejo del descontento de las masas. La burguesía simulaba creer que los socialistas la habían traicionado. Los socialistas, a su vez, temían que con sus pretensiones prematuras los socialistas soliviantaran a las masas, complicando con ello una situación que ya de por sí no tenía nada de fácil. La frase "apoyar en tanto que" era una fórmula equívoca que imprimió su sello a todo el período anterior a octubre y que se convirtió en la fórmula jurídica que daba expresión a la falsa intención que había guiado aquel régimen híbrido de la revolución de Febrero.

Para ejercer presión sobre el gobierno, el Comité Ejecutivo eligió

misi n especial, a la que dio el nombre cortos pero rid culo de Comisi n de Enlace . Como se ve, la organizaci n del poder revolucionario se basaba principalmente en el principio de la rec proca persuasi n. El escritor m stkovski no pudo encontrar precedente para este r gimen m s -que en el Antiguo Testamento, en los profetas que ten an junto a s los reyes de Israel o los profetas b blicos, lo mismo que el profeta del ltimo Romanov, recib la inspiraci n directamente del cielo y no se atrev an a contradecir a Dios, con lo cual quedaba garantizada la unidad del poder. No ocurr a as , ni menos, con respecto a los profetas del S viet, que s lo hablaban inspirados por su propia limitaci n. Los ministros liberales consideraban que del S viet no se iba a salir nada bueno. Chjeidze, Sk belev, Suj n y otros iban a ver a Guchkov y le anegaban en su verborrea para persuadirle de que cediera los ministros se opon an a ello. Los delegados volv an al ComitØ Ejecutivo y ejercieron su influencia sobre el, vali ndose de la autoridad del gobierno. Se pon an nuevamente en contacto con los ministros, y volv an a empezar por el principio. Y como un viejo molino rodaba y rodaba, sin molienda.

En la Comisi n de Enlace todo el mundo se lamentaba. Guchkov, sobre todo, se lamentaba ante los dem cratas de los des rdenes provocados en el pa s por la tolerancia del S viet. A veces, el ministro de la Guerra ced a literalmente lÆgrimas, o, por lo menos, se limpiaba tenazmente el pa uelo . Por lo visto, el ministro supon a, no sin fundamento, que la principal funci n de los profetas consiste en enjugar las lÆgrimas de los ojos.

El 9 de marzo el general AlexØiev, que se hallaba al frente del cuartel general, telegrafi al ministro de la Guerra: Pronto seremos esclavos de los rusos, si seguimos mostrndonos indulgentes con el S viet -. Guchkov le contest , en tono lagrimoso: Por desgracia, el gobierno no dispone de poder suficiente para controlar las tropas, los ferrocarriles, el telØgrafo, todo estÆ en manos de los rusos. Puede afirmarse que el Gobierno Provisional s lo existe en la medida en que el S viet permite que exista .

Transcurr an las semanas, y la situaci n no mejoraba en lo m s ni en lo menos. Cuando a principios de abril, el Gobierno Provisional envi al frente del cuartel general una delegaci n de diputados de la Duma, les indic , rechinando los dientes, la necesidad de que no exteriorizaran sus disparidades de criterio con los delegados del S viet. Los diputados liberales tuvieron, durante todo el viaje, la sensaci n de que iban custodiados, no dÆndose cuenta de que, sin ello, -a pesar de las muchas vadas atribuciones de que estaban revestidos, no s lo no hubieran podido sentarse delante de los soldados, sino que ni siquiera hubieran encontrado un asiento en el tren. Este detalle prosaico, con el que el prncipe Mansiriev, completa magn ficamente la correspondencia mantenida entre Guchkov y el cuartel general acerca de la esencia de la constituci n del gobierno provisional, se repite a menudo.

Uno de los ingenios reaccionarios caracterizaba, no sin su causa y con justicia, la situaci n del siguiente modo: El viejo r gimen estÆ encerrado en la jaula de Pedro y Pablo el nuevo, sometido a arresto domiciliario .

Pero ¿es que acaso el Gobierno Provisional no tenía más apoyo que él, muy equívoco como se ha visto, de los dirigentes de los Soviets se habían metido las clases poseedoras? La pregunta es fundada. Las poseedoras, ligadas por su pasado con la monarquía, se apresuraron de la revolución, a reajustarse en torno al nuevo eje. El Consejo de Agricultura y el Comercio, que representaba al capital unificado de todo el país, se inclinaba ya el 12 de marzo ante el acto de la Duma, poniéndose por esta disposición de ésta. Las Dumas municipales siguieron el mismo camino. El 10 de marzo, hasta el mismo Consejo de la Nobleza Unida, apoyo del trono, invitaba a todos los rusos, en un lenguaje de patetismo a agruparse alrededor del Gobierno Provisional como único poder legítimo en Rusia. Casi simultáneamente con esto, las instituciones y los grandes poseedores empezaron a condenar la dualidad de poderes, haciendo en un principio cautelosamente y después con más audacia, sobre los patrones de responsabilidad por los desórdenes. A los patronos siguieron los abogados, las profesiones liberales, los funcionarios del Estado. Del ejército salieron telegramas, mensajes y resoluciones del mismo carácter favorable a los estados mayores. La prensa liberal abrió una campaña en favor del Gobierno Provisional, campaña que en los meses siguientes adquirió un carácter de combate contra los jefes de los Soviets. En conjunto, la cosa iba tomando un aspecto bastante imponente. El gran número de instituciones, los nombres, los acuerdos, los artículos, la decisión del tono, todo confería una influencia infalible en los impresionables directores del Comité Central. Pero, embargo, detrás de este desfile amenazador de las clases poseedoras ninguna fuerza sería. ¿Y la fuerza de la propiedad?, objetaban a los Soviets los socialistas pequeñoburgueses. La propiedad es una relación entre el propietario y el trabajador, representa una fuerza inmensa, reconocida generalmente desde tiempos antiguos y que se halla sostenida por un sistema de coacción llamado Derecho. Pero precisamente la esencia de la situación consistía en que todo se había derrumbado de golpe y las masas habían trazado sobre el derecho en bloque un inmenso signo de interrogación. En las fábricas, se sentían cada día más los amos, y los patronos, unos huéspedes incómodos. Aun menos seguros se sentían los terratenientes en las aldeas, frente a los campesinos ceñosos, que les odiaban a muerte lejos del poder. Los campesinos, existencia, visto de lejos, habían crecido en un principio. Pero unos eran privados de la posibilidad de disponer de sus bienes y aun de vigilarlos, otros de ser verdaderos propietarios para convertirse en unos ciudadanos responsables que no podían prestar ningún apoyo a su gobierno, porque ellos mismos necesitaban mucho de ayuda. No tardaron en maldecir al gobierno por su debilidad, pero al maldecir al gobierno no hacían más que maldecir su destino.

Entre tanto, la acción conjunta del Comité Ejecutivo y del ministro de Justicia consistía en asignarse como fin demostrar que el arte de gobernar durante la revolución consiste en dejar pasar el tiempo hablando sin tasa. En los liberales

culo consciente, pues estaban firmemente convencidos de que todas las tiones exigían un aplazamiento, con una sola excepción, la única que consideraban inaplazable: el juramento de fidelidad a la Entente.

Miliukov comunicó a sus colegas los tratados secretos. Kerenski se quedó sordo. Al parecer, sólo el procurador del Santo Sínodo, Lvov, rico en apellido igual al del primer ministro, pero que no era príncipe, manifestó su indignación, llegando hasta calificar los tratados de obediencia a los bandidos y ladrones, con lo cual provocó, ineludiblemente, una sonrisa indulgente de Miliukov (la gente es tonta) y la proposición de pasar sobre la orden del día. La declaración oficial del gobierno prometía convocar elecciones para la Asamblea Constituyente en un brevísimo plazo, que, sin embargo y deliberadamente, no se señalaba. No se decía nada de la forma de Estado que el gobierno tenía aún la esperanza de volver a la monarquía, al menos a corto plazo. Pero la esencia real de la declaración consistía en el compromiso de prolongar la guerra hasta el triunfo final y cumplir, sin apartarse ellos, todos los compromisos contraídos con los aliados. Ante este problema, el más grave e inminente para el pueblo ruso, la revolución no se había hecho, por lo menos que para declarar: las cosas seguirían como hasta aquí. Y como los ministros daban al reconocimiento del nuevo poder por parte de la Entente una importancia significativa ya se sabe que el pequeño tendero no es nada más que el banco no le abra crédito, el Comité Ejecutivo se tragó sin decir palabra la declaración imperialista del 6 de marzo. Ningún órgano oficial de la democracia decía su ómnibus reacción públicamente ante el acto del Gobierno Provisional, que deshonraba ante la Europa democrática nuestra revolución, en el momento de nacer.

Finalmente, el 8 salió del laboratorio ministerial el decreto de amnistía. En aquel momento, las puertas de las cárceles habían sido abiertas ya en gran medida para el pueblo, y los deportados políticos regresaban desde la deportación entre una avalancha de manifestaciones de entusiasmo, de marchas militares, de canciones y de flores. El decreto resonaba como un eco retrasado de la realidad. El 12 fue proclamada la abolición de la pena de muerte. El 13, por otro lado, el Comité Ejecutivo, que, seis meses después, era restablecida para los soldados. Kerenski había querido colocar la justicia a una altura nunca vista. En un principio, bajo su impulso, hizo que se aprobase, efectivamente, la proposición hecha por el Comité Ejecutivo de incorporar a los tribunales de justicia representantes de obreros y soldados. Era la única medida en que se sentían los latidos de la revolución, y se explica, por tanto, que hiciera estremecerse de horror a los eunucos de la justicia. Pero las cosas no pasaron de aquí. El abogado Miákov, que era también socialista y que, bajo Kerenski, ocupó un sitio preeminente en el ministerio, decidió, según sus propias palabras, respetar al principio de dejar en sus cargos a todos los funcionarios anteriores: La revolución revolucionaria no debe lesionar a nadie sin necesidad. Era, precisamente la norma que seguía a todo el Gobierno Provisional, que a nada temía como a lesionar a los elementos de las clases dominantes, sin excluir,

mente, a la burocracia zarista. No s lo permanecieron en sus puestos, sino tambiØn los fiscales del zarismo. Claro estÆ que las masas no querían ofenderse, pero esto era ya de la competencia de los s viets: las masas se ocupaban en el campo visual del gobierno.

S lo el procurador Lvov, a cuyo temperamento hemos aludido ya muchas veces, hizo soplar algo parecido a una racha de aire fresco al hablar de los idiotas y bribones que se albergaban en el Santo S nodo. Los ministros escucharon, no sin cierta inquietud, aquellos jugosos epitetos, pero no cambiaron, siguió siendo lo que era: una institución gubernamental, y la religión la religión del Estado. Se conservó incluso la composición del S nodo. El gobierno lució no deb a disgustarse inútilmente con nadie.

Seguían reuniéndose, o por lo menos cobrando sus emolumentos, los miembros del Consejo de Estado, servidores fieles de dos o tres zarismos, pero esto no tardó en adquirir una significación simbólica. En las fábricas y cuarteles surgieron ruidosas protestas. El Comité Ejecutivo se empujó al gobierno dedicó dos sesiones a examinar la cuestión del destino y de los emolumentos de los miembros del Consejo de Estado, sin poder llegar a un acuerdo. No era cosa de molestar a unas personas tan simpáticas, entre las que se contaban, además, muchos buenos amigos.

Los ministros de Rasputín seguían recluidos en la fortaleza, pero el gobierno Provisional había asignado ya una pensión a los ex ministros. ¿Era una o una voz de ultratumba? No, nada de eso. Era que el gobierno no quería disgustarse con sus antecesores aunque estuvieran recluidos en la celda.

Los senadores seguían dormitando, embutidos en sus uniformes galantes, y cuando el senador de izquierda Sokolov, a quien acababa de nombrar Kerenski, se atrevió a presentarse de levita negra, le hicieron sentir el peso del sillón de la sala de sesiones: los senadores zaristas no temieron disgustarse con la revolución de Febrero cuando se persuadieron de que el gobierno salía a la luz y no tenía uñas ni dientes.

Marx consideraba que la causa del fracaso de la revolución de marzo en Alemania residía en el hecho de que había reformado únicamente las formas del poder, dejando intactos todos los sectores que se hallaban en el fondo: la vieja burocracia, el viejo ejército, los viejos jueces, que habían sido educados y encanecidos al servicio del absolutismo. Los socialistas de Kerenski buscaban la salvación en lo que Marx consideraba como la causa del fracaso. Los marxistas mencheviques comulgaban en Kerenski y no en Marx.

La única materia en que el gobierno manifestó iniciativa y rapidez revolucionaria fue la legislación sobre sociedades anónimas: el decreto fue publicado ya el 17 de marzo. Las diferencias de raza y de religión no se tomaron en cuenta hasta tres días después. Es posible que en el gobierno se sentaran ministros a quienes el antiguo régimen no hiciera sufrir acasos. Pero las leyes sobre las sociedades por acciones eran las que se necesitaban.

Los obreros exigían con impaciencia la jornada de ocho horas. El

no se hac a el sordo. EstÆbamos en tiempos de guerra, y todo el mundo que sacrificarse en aras de la patria. El S viet se encargara de t los obreros.

En tØrminos mÆs amenazadores se planteaba la cuesti n de la tierra era necesario hacer algo, por poco que fuera. Estimulado por los ministro de Agricultura, Chingarev, dio orden de que se creasen comités locales, cuyos fines y funciones se guardaba cautamente de definir. sinos se figuraban que estos comitØs iban a darles la tierra. Los t entend an que su misi n era proteger sus propiedades. As fue arrolla el cuello del rØgimen de febrero, desde un principio, el dogal campesino exorable que ningØn otro.

La f rmula oficial era que todas las dificultades engendradas por la revoluci n se aplazaban hasta la Asamblea Constituyente. ¿Acaso pod an obedecer se a los mandatos de la voluntad nacional estos dem cratas constituyentes irreprochables, que, con gran pesar suyo, no hab an logrado montar sus asambleas jadas sobre esa voluntad nacional soberana al duque Mijail Romanov? Los preparativos para la futura representaci n nacional iban desarrollÆndose con una pesadez burocrÆtica tan enorme y una lentitud tal deliberada naturalmente, que la Asamblea Constituyente se convert a de proyecto en espejismo. El 25 de marzo, casi un mes despuØs de la revoluci n y un mes es un espacio de tiempo en periodos revolucionarios, el gobierno decidi crear una comisi n especial encargada de redactar el texto de la ley electoral. Esta comisi n no lleg a funcionar. HistØria de la revoluci n rusa. La comisi n creada hasta la actualidad, Miliukov dice que, como resultado de distintos aplazamientos de su misi n especial nombrada bajo el primer gobierno no pudo inaugurar sus asambleas. Los aplazamientos formaban parte de la misi n de dicho organismo de sus deberes. Su cometido no era otro que dilatar la Asamblea Constituyente hasta tiempos mejores: hasta la victoria, la paz o las calendas de los dioses.

La burgues a rusa, que vino al mundo demasiado tarde, odiaba profundamente a la revoluci n. Pero este odio era un odio impotente. Se ve a esperar y maniobrar. Imposibilitada como estaba de debilitar y destruir la revoluci n, la burgues a confiaba vencerla por agotamiento.

XI. La dualidad de poderes

¿Dónde radica la verdadera esencia de la dualidad de poderes? No podemos dejar de detenernos en esta cuestión, que hasta hoy no ha sido dilucidada por la literatura histórica, a pesar de tratarse de un fenómeno peculiar a la estructura social y no propia y exclusiva de la revolución rusa de 1917, aun cuando esta se presente con rasgos más acentuados.

En toda sociedad existen clases antagónicas, y la clase privada de poder aspira inevitablemente a hacer variar en su favor, en mayor o menor grado, a los gobernantes del Estado. Sin embargo, esto no significa que en la sociedad existan necesariamente dos o más poderes. El carácter del régimen político se halla informado directamente por la actitud de las clases oprimidas frente a la clase dominante. El poder único, condición necesaria para la estabilidad del régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue imponer a la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas.

La coexistencia del poder ~~junker~~ de la burguesía a lo mismo bajo el régimen de los Hohenzollern que bajo la República no implica dualidad de poderes, por fuertes que sean, a veces, los conflictos entre las dos clases que comparten el poder si su base social es común y sus desavenencias no se manifiestan con dar al traste con el aparato del Estado. El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconocible las dos clases, lo que puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales.

La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una clase a otra. La transformación violenta se efectúa generalmente en un tiempo muy corto. Pero no hay ninguna clase histórica que pase de la posición de subordinada a la de dominadora súbitamente, de la noche a la mañana, que esta noche sea la de la revolución. Es necesario que ya en la víspera exista una situación de extraordinaria independencia con respecto a la clase históricamente dominante más aún, es preciso que en ella se concentren las esperanzas de las clases y de las capas intermedias, descontentas con lo existente, incapaces de desempeñar un papel propio. La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la que la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dominante, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de los antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda

ción.

Pero no es éste su único aspecto. Si la nueva clase exaltada al la revolución que no quiso es, en el fondo, una clase ya vieja, que históricamente con retraso si antes de tomar oficialmente el poder tomada si al empujar el timón se encuentra con que su adversaria está científicamente madura para el poder y alarga la mano para adueñarse de entonces la transformación política determina la sustitución del equilibrio del poder dual por otro a veces más inconsistente. La misión de la revolución o de la contrarrevolución consiste precisamente en triunfar, en esta etapa, sobre esta anarquía de la dualidad de poderes.

La dualidad de poderes no sólo presupone, sino que, en general, la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigua que el equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado. La dualidad de poderes surge allí donde las clases adversas se apoyan ya en organizaciones sustancialmente incompatibles entre sí y que a cada paso se enfrentan mutuamente en la dirección del país. La parte del poder correspondiente a una de las dos clases combatientes responde a la proporción de fuerzas y al curso de la lucha.

Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La dualidad reclama la concentración del poder, y aspira inexorablemente a la concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las clases que comparten el dominio político de la nación. La dualidad no sólo puede conducir a la guerra civil. Sin embargo, antes de que las clases se decidan a entablarla, sobre todo en el caso de que teman la intervención de una tercera fuerza, pueden verse obligadas a soportar durante bastante tiempo y aun a sancionar, por decirlo así, el sistema de la dualidad. Con todo, este estado de cosas no puede durar. La guerra civil da a la dualidad de poderes la expresión más visible, la geográfica: cada poder se afianza y hace fuerte en su territorio y lucha por conquistar el de su adversario. La dualidad de poderes adopta la forma de invasión por turno de los territorios de los beligerantes, hasta que uno de ellos se consolida definitivamente.

La revolución inglesa del siglo XVII, precisamente porque fue una revolución que removió al país hasta su entraña, representa una sucesión de regímenes de poder dual con tránsitos bruscos de uno a otro entre períodos de guerras civiles.

En un principio, el poder real, apoyado en las clases privilegiadas y en las capas superiores de las mismas, los aristócratas y los obispos, se había dividido con la burguesía y las capas de la nobleza territorial que luchaban por el gobierno de la burguesía es el parlamento presbiteriano, apoyado en las clases populares de Londres. La lucha persistente de estos dos regímenes se resuelve en una guerra civil. Surgen dos centros gubernamentales, Londres y Oxford, con su ejército propio, y la dualidad de poderes asume formas geográficas. Como sucede siempre en la guerra civil, las limitaciones terri-

extremo inconsistentes. Vence el parlamento. El rey cae prisionero y a su suerte.

Parece que surgen las condiciones para establecer el poder unitario burgués a presbiteriana. Pero ya antes de que se quebrantado el poder, el ejército parlamentario se convierte en una fuerza política autónoma, concentra en sus filas a los independientes, pequeños burgueses piadosos y otros, los artesanos, los agricultores. El ejército se inmiscuye autoritariamente en la vida pública, no como una fuerza armada, sencillamente, ni como una guardia pretoriana, sino como la representación política de una nueva clase levanta contra la burguesía acomodada y rica. Y fiel a esta misión, él crea un nuevo órgano de Estado que se eleva por encima del mando militar: un consejo de diputados, soldados y oficiales (los agitadores). Se inicia un nuevo período de dualidad de poderes: por un lado, el parlamento presbiteriano; por otro, el ejército independiente. La dualidad de poderes conduce a una pugna abierta. La burguesía se revela impotente para oponer su ejército al ejército modelo de Cromwell, es decir, a la plebe armada. El conflicto termina con el balde, barriendo el sable independiente el parlamento presbiteriano. Reducido el parlamento a la nada, se instaura la dictadura de Cromwell. Las capas inferiores del ejército, bajo la dirección de los niveladores, la izquierda de la revolución, intenta oponer el régimen del alto militar, de los grandes del ejército, su propio régimen plebeyo. Pero el poder dual no llega a desarrollarse: los niveladores y la pequeña burguesía no pueden tener aún una senda histórica propia. Cromwell vence rápidamente a sus adversarios. Y se establece un nuevo equilibrio político estable ni mucho menos, pero que durará una serie de años.

En la gran Revolución francesa, la Asamblea Constituyente, cuya es el dorsal eran los elementos del tercer estado, concentra en sus manos el poder, aunque sin despojar al rey de todas sus prerrogativas. El período de la Asamblea Constituyente es un período característico de dualidad de poderes que termina con la fuga del rey a Varennes y no se liquida formalmente hasta la instauración de la República.

La primera Constitución francesa (1791), basada en la ficción de independencia completa entre los poderes legislativo y ejecutivo, ocultaba la dualidad o se esforzaba en ocultar al pueblo, la dualidad de poderes reinante. Por un lado, la burguesía, atrincherada definitivamente en la Asamblea Nacional; después de la toma de la Bastilla por el pueblo; de otro, la vieja monarquía apoyaba aún en la aristocracia, el clero, la burocracia y la milicia, de la esperanza en la intervención extranjera. Este régimen contradictorio albergaba la simiente de su inevitable derrumbamiento. En este atolladero la burguesía sale a destruir la representación burguesa poniendo a combatir a las fuerzas de la reacción europea o llevar a la guillotina al rey y a su familia. París y Coblenza tienen que medir sus fuerzas en este pleito.

Pero antes de que las cosas culminen en este dilema: o la guerra o la guillotina, entra en escena la Comuna de París, que se apoya en las capas infe-

riores del tercer estado y que disputa, cada vez con mayor audacia, los representantes oficiales de la nación burguesa. Surge así una dualidad de poderes, cuyas primeras manifestaciones observamos ya en 1791 cuando todavía la grande y la mediana burguesía se hallan instaladas en la administración del Estado y en los municipios. ¡Qué espectáculo maravilloso al mismo tiempo más bajamente calumniado el de los esfuerzos de los sectores plebeyos para alzarse del subsuelo y de las basuras sociales y entrar en la palestra, vedada para ellas, en que aquérrimos bres de peluca y calzón corto decidan de los destinos de la nación que los mismos cimientos, pisoteados por la burguesía ilustrada, se levanta y se movía, que surgen cabezas humanas de aquella masa informe, que tienden hacia arriba manos encallecidas y se perciben voces roncantes. Los barrios de París, bastardos de la revolución, se conquistan propia vida y eran reconocidos remedio! y transformados en secciones. Pero invariablemente rompen las barreras de la legalidad y reanuda una avalancha de sangre fresca desde abajo, abriendo el paso en sus filas a la ley, a los pobres, a los privados de todo derecho. En el mismo tiempo, los municipios rurales se convierten en manto del levantamiento campesino contra la legalidad burguesa protectora de la propiedad feudal, bajo los pies de la segunda nación, se levanta la tercera.

En un principio, las secciones de París mantienen una actitud de indiferencia frente a la Commune, que se hallaba aún en manos de la honorable burguesía. Pero con el gesto audaz del 10 de agosto de 1792, las secciones se rebelan de ella. En los sucesos revolucionarios se levanta primero frente a la Asamblea Legislativa y luego frente a la Convención rezacas con respecto a la marcha y los fines de la revolución, registraba protestas, pero no los promovían, pues no disponían de la energía y la unanimidad de aquella nueva clase que se había alzado del fondo de los suburbios de París y que hallaba su asidero en las aldeas más allá de las secciones, del mismo modo que se apoderaron de la Commune, se adueñaron, mediante un nuevo alzamiento, de la Convención. Cada una de las etapas se caracteriza por un régimen de dualidad de poderes muy marcado, cuyas dos alas aspiraban a instaurar un poder único y fuerte, el alfilerándose, el ala izquierda tomando la ofensiva. La necesidad de una era, tan característica lo mismo de la revolución que de la contrarrevolución, desprende de las contradicciones insostenibles de la dualidad de poderes. El tránsito de una forma a otra se efectúa por medio de la guerra civil. Las grandes etapas de la revolución, es decir, el paso del poder a los sectores, no coinciden de un modo absoluto con los cielos de las secciones representativas, las cuales siguen, como la sombra al cuerpo, a cada paso de la revolución. Ciertamente es que, en fin de cuentas, la dictadura revolucionaria de Sans-culottes se funde con la dictadura de la Convención pero ¿qué Convención? Una Convención de la cual han sido eliminados por el terror los girondinos, que todavía ayer dominaban en sus bancos una Convención

cenada, adaptada al régimen de la nueva fuerza social. Así, por los peores aspectos de la dualidad de poderes, la Revolución francesa asciende en el transcurso de cuatro años hasta su culminación. Y desde el 9 de Termidor, la revolución empieza a descender otra vez por los peldaños de la dualidad de poderes. Una vez más la guerra civil precede a cada descenso, del mismo modo que antes, acompañado cada nueva ascensión. La nueva sociedad busca de este modo un nuevo equilibrio de fuerzas.

La burguesía rusa, que luchaba con la burocracia rasputiniana a la vez que colaboraba con ella, reforzó extraordinariamente durante la guerra sus posiciones políticas. Explotando la derrota del zarismo, fue reuniendo en sus filas a través de las asociaciones de las Dumas municipales y los Comités Industriales de Guerra, un gran poder disponible por su cuenta de inmensos recursos del Estado y representaba de suyo, en esencia, un gobierno autónomo y paralelo al oficial. Durante la guerra, los ministros zaristas se lamentaban que el príncipe Lvov aprovisionara al ejército, alimentara y curara a los soldados e incluso de que organizara barberías para la tropa. Hay que acabar con esto, o poner todo el poder en sus manos, decía ya en 1915 el ministro Voschein. Mal podía éste suponer que, año y medio, después, Lvov obtendría todo el poder pero no de manos del zar precisamente, sino de manos de Kerenski, Chjeidze y Sujénov. Mas al día siguiente de acontecer esto se creó ya un nuevo poder doble: paralelamente con el semigobierno liberal de hoy formalmente legitimado, surgió y se desarrollaba un gobierno de las masas obreras, representado por los soviets, no de un modo oficial, pero de un modo más efectivo. A partir de este momento, la revolución rusa empieza a convertirse en un acontecimiento histórico rico de importancia universal.

Veamos ahora en qué consiste la característica de la dualidad de poderes de la revolución de Febrero. En los acontecimientos de los siglos XVII y XVIII la dualidad de poderes representa siempre una etapa natural en el curso de la lucha, impuesta a los combatientes por la correlación temporal de fuerzas. La particularidad de que cada una de las dos partes aspira a suplantarse a la dualidad de poderes por el poder único concentrado en sus manos. En la revolución de 1917 vemos cómo la democracia oficial crea, consciente y deliberadamente, la dualidad de poderes, haciendo todos los esfuerzos imaginables para evitar que el poder caiga en sus manos. A primera vista, la dualidad de poderes se forma, no como fruto de la lucha de clases en torno al poder, sino como resultado de la cesión voluntaria que de dicho poder hace una clase a la democracia rusa, que aspiraba a salir del atolladero de la dualidad de poderes, no creía a encontrar la salida que buscaba más que apartándose del poder. Esto era precisamente lo que calificáramos de paradoja de la revolución de Febrero.

Acaso se pueda encontrar una cierta analogía con esto en la conducta seguida por la burguesía alemana en 1848 con respecto a la monarquía. Pero esta analogía no es completa. Es cierto que la burguesía alemana aspiraba a salir a costa de compartir el poder con la monarquía sobre la base de un pacto.

burgues a no ten a la integridad del poder en sus manos y no lo cedente, ni mucho menos, a la monarqu a. La burgues a prusiana era namente dueña del poder, y no dudaba ni un momento que las fuerzas de Estadose pondr an incondicionalmente a su disposici n y se convertir prosØlitos abnegados del poder de aquØlla . (Marx y Engels.) La demsa de 1917, que al estallar la revoluci n ten a todo el poder en su aspiraba a compartirlo con la burgues a, sino sencillamente a cedØrro. Acaso esto signifique que en el primer cuarto del siglo XX la dcial rusa hab a llegado a un grado de descomposici n mÆs acentuado burgues a liberal alemana de mediados del siglo XIX. Y este estado obedece a una ley l gica, pues representa el reverso de la progresi sional realizada en el curso de esas dØcadas por el proletariado, q ocupar el puesto de los artesanos de Cromwell y de los Robespierre.

Si se examina la cuesti n mÆs a fondo se ve que el poder del Gobvisional y del ComitØ Ejecutivo ten a un carÆcter puramente reflejo to al nuevo poder no pod a ser otro que el proletariado. Los colabo que se apoyaban de un modo inseguro en los obreros y en los soldado an obligados a llevar una contabilidad por partida doble con los z fetas . El poder dual de los liberales y dem cratas no hac a mÆs qu poder dual, que aæn no hab a salido a la superficie, de la burgues riado. Cuando al cabo de pocos meses los bolcheviques eliminan a boracionistas de los puestos directivos de los s viets, el poder du superficie, lo cual indica que la revoluci n de Octubre se acerca. Ha mento, la revoluci n vivirÆ en el mundo de los reflejos pol ticos. a travØs de los razonamientos vacuos de la intelectualidad socialis dual, que era una etapa de la lucha de clases, se convierte en idea Gracias a esto precisamente se convirti en el problema central de te rica. En este mundo nada se pierde ni sucede en balde. El carÆct la dualidad de poderes de la revoluci n de Febrero nos ha permitido der mejor las etapas de la historia en que dicho poder aparece como dio caracter stico de la lucha entre dos reg menes. As , la luz ref la luna nos permite deducir importantes enseanzas acerca de la luz

La caracter stica fundamental de la revoluci n rusa, que condujo cipio a la paradoja de la dualidad de poderes y al poder dual efect impidi luego resolverse en provecho de la burgues a, consiste en l inmensamente mayor del proletariado ruso si se le compara con las m banas de las antiguas revoluciones. Pues la cuesti n estaba plantea burgues a se apoderaba realmente del viejo aparato del Estado, poni servicio de sus fines, en cuyo caso los s viets tendr an que retiraro, o Østos se convierten en la base del nuevo Estado, liquidando n el viejo aparato pol tico, sino con el rØgimen de predominio de las yo servicio se hallaba Øste.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios se inclinaban a la

solución. Los bolcheviques, a la segunda. Las clases oprimidas, que en las palabras de Marat, no habrían tenido en el pasado conocimientos, tácticos para llevar hasta el fin la obra comenzada, aparecen en la Rusia del siglo XX equipadas con todo eso. Y triunfaron los bolcheviques.

Al año de triunfar los bolcheviques en Rusia, se repitió el mismo fenómeno en Alemania, con distinto balance de fuerzas. La socialdemocracia se inclinó a la instauración del poder democrático de la burguesía y a la liquidación de los socialistas. Y triunfaron los socialdemócratas. Hilferding y Kautsky en Alemania, como Max Adler en Austria, proponían una combinación de la democracia con el sistema soviético, dando acogida a los socialistas obreros -en la medida en que el voto hubiera significado convertir en parte integrante del régimen de guerra civil latente o declarada. Sin embargo, esta pretensión no pudo realizarse. Alemania, su razón de ser, fundada acaso en la vieja tradición: en la tradición de los demócratas wurtemburgueses pedían una república presidida por un rey.

El fenómeno de la dualidad de poderes, no estudiado hasta ahora detenidamente, ¿se halla en contradicción con la teoría marxista del Estado? ¿En el gobierno el Comité Ejecutivo de la clase dominante? Es lo mismo que preguntáramos: ¿es que la oscilación de los precios bajo la ley de oferta y demanda se halla en contradicción con la teoría marxista del valor? ¿La abnegación del macho que defiende a sus cachorros contradice la ley de la selección por la existencia? No, en esos fenómenos no reside más que una contradicción más compleja de las mismas leyes que parecen contradecir. Si el fenómeno es la organización del régimen de clase y la revolución la sustitución de la clase dominante, el tránsito del poder de manos de una clase a otra es un fenómeno natural que haga brotar una situación contradictoria de Estado, encarnada en todo, en la dualidad de poderes. La correlación de fuerzas de clase es una función matemática susceptible de cálculo apriorístico. Cuando el equilibrio del viejo régimen se rompe, la nueva correlación de fuerzas se establece como resultado de la prueba recíproca a que éstas se ven sometidas en la lucha. La revolución no es otra cosa.

Podría pensarse que esta disgresión teórica nos ha apartado de los hechos de 1917. En realidad, nos conduce al corazón de los mismos hechos. El problema de la dualidad de poderes fue, precisamente, donde la lucha dramática de los partidos y de las clases. Sólo desde la altura de esta lucha podremos observar esta lucha y comprenderla.

XII. El Comité Ejecutivo

El organismo creado en el palacio de Taurida el 27 de febrero con el nombre de Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros tenía, en el fondo, poco que ver con esta denominación que se asignaba. El Sóviet de Diputados Obreros de 1905, con el cual se inició el sistema, surgió de la huelga como representante directo de las masas en lucha. Los caudillos de la calle se convirtieron en diputados del Sóviet. La selección de las personas que componían se hizo bajo el fuego. El órgano directivo fue elegido por el Sóviet para la dirección ulterior de la lucha. Y fue el Comité Ejecutivo de Diputados Obreros el que se convirtió en el órgano de dirección de la revolución. Los caudillos y puso a la orden del día la insurrección.

La revolución de Febrero triunfó gracias a la sublevación de los soldados, antes de que los obreros crearan los sóviets. El Comité Ejecutivo surgió por sí mismo, antes del Sóviet, sin la intervención de las fábricas y regimientos, después del triunfo de la revolución. Nos hallamos en presencia de la iniciativa clásica de los radicales, que se quedan al margen de la revolución, pero se disponen a aprovecharse de sus frutos. Los caudillos de los obreros estaban aún en la calle, desarmando a los unos, ayudando a los otros, consolidando la victoria. Los más perspicaces se inquietaron al recibir la noticia de que en el palacio de Taurida había surgido un Sóviet de Diputados Obreros. De la misma manera que la burguesía liberal, en espera de la revolución palaciega que se iba a realizar, preparaba en otoño de 1905 un gobierno de reserva con el fin de imponérselo al nuevo zar en caso de que los intelectuales radicales formaban un subgobierno de reserva propio para hacer el movimiento de febrero. Y como todos ellos, por lo menos en el principio, habían participado en el movimiento obrero y tendían a cubrirse con sus acciones, dieron a su engendro el nombre de Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros. Una de aquellas falsificaciones semideliberadas, semiinconscientes, de las que llena la historia, la de los alzamientos populares inclusive. Cuando los regimientos toman un giro revolucionario y se rompe la continuidad jurídica entre las clases cultas que quieren llegar al poder se agarran de buena gana a los nombres y símbolos ligados con los recuerdos heroicos de las masas. Gustan de cubrir con el manto de la palabra la verdadera realidad de las cosas, sobre todo cuando esto responde a los intereses de las clases influyentes. La autoridad conquistada por el Comité Ejecutivo ya en el mismo día de su creación se basa en la ficción de que ven a recoger la herencia del Sóviet de Diputados Obreros, sancionado por la primera asamblea caótica del Sóviet, ejerciendo

una influencia decisiva tanto en la composición de este último como política. Esta influencia era tanto más conservadora cuanto que ya no se realizaba la selección natural de los representantes revolucionarios por la atmósfera candente de la lucha. La insurrección había pasado y el mundo estaba embriagado por el triunfo, la gente se disponía a organizar cosas de un modo nuevo. Fueron necesarios meses enteros de nuevos combates y de lucha y de nuevas circunstancias, con las modificaciones resultantes de ello, para que los soviets, que en un principio no eran unos órganos que venían a coronar el triunfo después de la insurrección, se convirtiesen en órganos auténticos de lucha y de preparación de un nuevo armamento. Creemos necesario insistir en este aspecto de la cuestión por la mayor razón cuanto que hasta ahora se ha dejado en la sombra.

Pero no fueron sólo las condiciones en que aparecieron el Comité Ejecutivo y el Soviet las que determinaron su carácter moderado y conciliador. Causas más profundas y permanentes que obraban en el mismo sentido.

En Petrogrado estaban concentrados más de ciento cincuenta mil soldados y por lo menos cuatro veces más obreros y obreras de todas las fábricas. No obstante por cada dos delegados obreros había en el Soviet cinco delegados. Las normas de representación tenían un carácter extraordinariamente elástico. Todo se hacía para complacer a los soldados. Mientras que en otros lugares elegían un representante por cada mil electores, los pequeños distritos enviaban a menudo dos. El uniforme gris de los soldados se convirtió en el color dominante en el Soviet.

Pero aun entre los delegados civiles no todos eran elegidos por los obreros. Al Soviet fueron a parar no pocas personas por invitación individual, protección o, sencillamente, gracias a sus intrigas: muchos abogados, intelectuales radicales, estudiantes, periodistas, que representaban a distintos problemas, y que no pocas veces no tenían más mandante que sus propias ambiciones. Esta falsificación evidente del carácter del Soviet era en un buen grado por los dirigentes, los cuales no veían inconveniente al bajar la esencia excesivamente fuerte de las fábricas y cuarteles militares al nivel tibio de la pequeña burguesía ilustrada. Muchos de estos elementos eran buscadores de aventuras, impostores y charlatanes habituados a la tribuna, apartaron durante mucho tiempo con sus codos a los obreros silenciosos y los soldados indecisos.

Y si así ocurría en Petrogrado, no es difícil imaginarse lo que ocurría en las provincias, donde el triunfo se obtuvo sin ningún género de lucha. Allí también estaba lleno de soldados. Las guarniciones de Kiev, Helsingfors y Moscú eran numéricamente inferiores a la de Petrogrado. En Saratov, Samara, Novosibirsk, Omsk se concentraban de sesenta a ochenta mil soldados. En Yekaterinoslav, Yekaterinburg, unos sesenta mil y en otra serie de ciudades, cuarenta y treinta mil. En las distintas localidades la representación no estaba organizada de un modo uniforme, pero los soldados en todas partes de una situación de privilegio. Políticamente, esto

la tendencia de los propios obreros a complacer en lo posible a los soldados. Los dirigentes hacían lo mismo con respecto a los oficiales. Además de esto, pero considerable de tenientes y sargentos, elegidos por los soldados, se organizó, sobre todo en las provincias, una representación especial a la que se le dio el nombre de "comité de soldados". Resultado de esto era que los elementos del ejército tuviesen en muchos regimientos una mayor influencia aplastante. Las masas de soldados que no habían adquirido aún la fisonomía política propia marcaban, a través de sus representantes, la fisonomía de los soldados.

Toda representación entraña un germen de desproporción. Esta desproporción se acentúa de un modo muy especial a raíz de una revolución. En los primeros momentos, los diputados de los soldados, políticamente confundidos, eran muchas veces elementos completamente ajenos a sus intereses y a la revolución, intelectuales y semiintelectuales de toda laya que se reunían en las guarniciones del interior y que, por este motivo, se manifestaban como patriotas extremos. Así se creó una divergencia entre el estado de espíritu de los cuarteles y el de los soldados. El oficial Stankievich, acogido por los soldados de su batallón con sombra y recelosamente, habló con éxito en la sección de soldados sobre el tema agudo de la disciplina. ¿Por qué en el Svietski el estado de espíritu es más suave y agradable que en el batallón? Esta ingenua perplejidad atestigua una vez más lo difícil que resulta cambiar los sentimientos automáticos de abajo abriendo paso hacia las alturas.

Sin embargo, ya a partir del 3 de marzo los méritos de soldados y obreros empiezan a exigir del Svietski que destituya inmediatamente al Gobierno provisional de la burguesía liberal y se haga cargo del poder. Esta iniciativa, como tantas otras, de la barriada de Vyborg. ¿Acaso podía haber una demanda tan comprensible para las masas? Pero esta agitación no tardó en ser interrumpida no sólo porque los defensores de la patria le opusieron una resistencia organizada, sino porque, y esto era lo peor, la dirección bolchevique ya en la mitad de marzo se inclinaba de hecho ante el régimen de la dualidad de poderes. Y, fuera de los bolcheviques, nadie podía plantear en toda su crudeza el problema de la toma del poder. Los militantes de Vyborg tuvieron que batirse en retirada. Sin embargo, los obreros petersburgueses no tuvieron confianza instantánea en el nuevo gobierno, ni lo consideraban como propio. Pero tenían una atención fija en el estado de espíritu de los soldados y se esforzaban por hacerse de un modo excesivamente acentuado a estos últimos. Los soldados no hacían más que deletrear las primeras fases de la política, aunque, como buenos campesinos, no daban crédito a los señores, escuchaban atentamente a sus representantes, los cuales, a su vez, se inclinaban respetuosamente ante los prestigiosos prohombres del Comité Ejecutivo. Por lo que a estos últimos se refiere, no hacían otra cosa que observar inquietos el pulso de la burguesía liberal. Y esta pulsación de abajo arriba era la que daba el tono... hacia el orden.

Sin embargo, el estado de espíritu de la masa brotaba a la superficie. La cuestión del poder, retirada artificialmente, se reproducía una y otra vez.

en forma disimulada. Los soldados no saben a quiñ escutar , se l
barriadas y las provincias, haciendo llegar de este modo hasta el C
cutivo el descontento producido por la dualidad de poderes. Las del
de las escuadras del Báltico y del mar negro declaran el 16 de marzo
tomarEn en cuenta al Gobierno Provisional en tanto que Øste marche
do con el ComitØ Ejecutivo. En otros tØrminos, que no estEn dispues
marle en cuenta para nada. Esta nota va acentuÆndose de un modo cad
mÆs insistente. El ejØrcito y la poblaci n s lo deben someterse a
ciones del S viet , decide el regimiento de reserva 172, e immediat
mula el teorema inverso: No hay que someterse a las disposiciones
que se hallen en contradicci n con las del Gobierno Provisional. El
cutivo sancionaba este estado de cosas, a la par con un sentimiento
facci n y de inquietud. El gobierno lo soportaba rechinando los dientes
al uno como al otro, no les quedaba mÆs recurso que aguantarse.

Ya a principios de marzo, surgen s viets en todas las ciudades y
industriales importantes, desde donde, en el transcurso de las sema
mas, se extienden por todo el pa s. Las aldeas no empiezan a seguir
mino hasta abril y mayo. En un principio, es casi siempre el ejØrci
bla en nombre de los campesinos.

El ComitØ Ejecutivo del S viet de Petrogrado adquiri , naturalme
significaci n nacional. Los demÆs s viets imitaron a la capital, y,
fueron tomando acuerdos sobre el apoyo condicional que hab a de pre
Gobierno Provisional. Si bien en los primeros meses las relaciones
viet de Petrogrado y los de las provincias se desarrollaban sin con
avenencias de monta, la situaci n dictaba la necesidad de una organ
cional. Un mes despuØs del derrumbamiento de la autocracia, fue con
primera asamblea de s viets, a la cual acudi una representaci n in
unilateral. Y aunque de las ciento ochenta y cinco organizaciones r
das, los dos tercios estaban compuestos de s viets locales, se trat
palmente de s viets de soldados con los representantes de las organ
del frente, los delegados militares, principalmente los oficiales,
aplastante mayor a. Se pronunciaron discursos sobre la guerra hasta
final, y resonaron gritos contra los bolcheviques, a pesar de la co
que moderada seguida por estos æltimos. La asamblea complet con di
representantes conservadores de las provincias el ComitØ Ejecutivo,
do as su carÆcter nacional.

El ala derecha se reforz æn mÆs. En lo sucesivo, se asustarÆ c
cuencia a los descontentos con las provincias. Las normas acordadas
de marzo sobre la composici n del S viet de Petrogrado, casi no se
la prÆctica. Al fin y al cabo, no era el s viet local el que decid
tØ Ejecutivo nacional. Los jefes oficiales ocupaban una posici n ca
Las resoluciones mÆs importantes se tomaban en el ComitØ Ejecutivo,
mejor decir, en su nÆcleo dirigente, despuØs de un acuerdo previo c
cleo del gobierno. El s viet quedaba al margen. Era considerado com

pecie de mitin: No es ahí, no es en las asambleas generales donde se política, y todos esos plenos no tienen decididamente ningún valor práctico (Sujénov). Estos árbitros de los destinos históricos hinchados de suficiencia, por lo visto, que los soviets, una vez que les habían confiado el gobierno de la política, habían cumplido con su misión. El próximo paso era encargarse de demostrar que no era así. La masa es muy paciente pero, todo, no es una arcilla con la cual se pueda hacer lo que se quiera. Así en las épocas revolucionarias aprende rápidamente. En esto consiste precisamente la principal virtud de la revolución.

Para comprender mejor el desarrollo sucesivo de los acontecimientos que detenerse un momento a trazar la característica de los dos partidos desde el principio de la revolución formaron estrecho bloque, dominando los soviets, en los municipios democráticos, en los congresos de la llamada democracia revolucionaria y llevando incluso una mayoría, que, por lo demás, derritiendo a cada paso, a la Asamblea Constituyente, último resplandor de fuerza agonizante, como el resplandor de ocaso en la cima de una montaña minada por el sol poniente.

La burguesía rusa había venido al mundo demasiado tarde para ser democrática. La democracia rusa, impulsada por este mismo motivo, se convertía en socialista. La ideología democrática se había agotado irremediablemente en el transcurso del siglo XIX. En los albores del siglo XX, los intelectuales, si querían tener acceso a la masa, necesitaban presentarse a ella con un barniz socialista. Tal fue la causa histórica general que determinó el nacimiento de dos partidos intermedios: los mencheviques y los socialistas revolucionarios, cada uno de los cuales tenía, sin embargo, su genealogía y su línea propia.

Las ideas de los mencheviques se formaron sobre la base del sistema socialista. Como consecuencia del atraso histórico de Rusia, el marxismo no había aquí, en un principio, tanto una crítica de la sociedad capitalista como una justificación fundamentada de la inevitabilidad del desarrollo burgués de la historia utilizó astutamente, cuando tuvo necesidad de ello, una teoría de la revolución proletaria, valiéndose de ella para europeizar, como a los burgueses, a vastos sectores de la intelectualidad mencheviques, que constituyeron el ala izquierda de la intelectualidad burguesa les fue dado un papel importante en este proceso. Su misión consistió en atar a la intelectualidad los sectores más moderados de la clase obrera, atraerlos a la actuación legal en la Duma y en los sindicatos.

Por el contrario, los socialrevolucionarios combatían teóricamente el marxismo, aunque en parte se dejaban influir por él. Se consideraban como un partido llamado a realizar la alianza entre los intelectuales, los obreros y los campesinos, bajo los auspicios, evidentemente, de la razón crítica. En el terreno económico, sus ideas representaban una mezcla indigesta de formaciones teóricas diversas, que reflejaban las condiciones contradictorias de la vida de los campesinos en un país que evolucionaba rápidamente hacia el capitalismo.

mo. Los socialrevolucionarios se imaginaban que la futura revolución era ni burguesa ni socialista, sino democrática: ellos reemplazaban el sistema social por una fórmula política. Por consiguiente, este partido se encontraba en una senda, que pasaba entre la burguesía y el proletariado, y se asignaba el rol de árbitro entre las dos clases. Después de febrero, parecía a primera vista que los socialrevolucionarios se habían acercado mucho a la posición de los bolcheviques.

Ya desde la época de la primera revolución tenía este partido raíces en la clase campesina. En los primeros meses de 1917, toda la intelectualidad se asimilaba la fórmula tradicional de la tierra y libertad. A diferencia de los mencheviques, que habían sido siempre un partido puramente urbano, los socialrevolucionarios habían hallado, al parecer, un punto de apoyo de una potencia extraordinaria en el campo. Es más, dominaban incluso en las ciudades: en los Soviets, a través de las secciones de soldados y en los pequeños municipios democráticos, en los cuales tenían mayoría absoluta. La fuerza del partido parecía ilimitada. En realidad, no era más que una aberración política. El partido por el cual vota todo el mundo, excepto a que sabe por quién vota, no es un partido, del mismo modo que el lenguaje en que hablan los niños en todos los países no es el idioma nacional. El partido de los socialrevolucionarios aparecía como la solemne denominación de lo que había de incipiente, de informe y de confuso en la revolución de febrero. Todo aquel que no hubiese heredado de su pasado prerrevolucionario motivos suficientes para votar por los kadetes o los bolcheviques, votaba por los socialrevolucionarios. Los kadetes se movían en el círculo cerrado de los grandes industriales y terratenientes. Los bolcheviques eran aún pocos, incomprensibles, suscitaban incluso miedo. Votar por los socialrevolucionarios era votar por la revolución en general, y no obligaba a nada. La adhesión a este partido significaba la tendencia de los soldados a acercarse a un partido que defendía a los campesinos, la tendencia de los obreros a estar al lado de los soldados, la aspiración de los humildes de la ciudad a no separarse de los soldados y campesinos. Este período, el carácter de socialrevolucionario era un certificado que daba derecho a entrar en las instituciones de la revolución y que confería fuerza hasta que fue sustituido por otro carácter un poco más serio. No se decía, hablando de este gran partido, que lo englobaba todo, que era más que un inmenso cero.

Ya desde la primera revolución los mencheviques sostenían la necesidad de aliarse con los liberales, como consecuencia del carácter burgués de la revolución, y colocaban esta alianza por encima de la colaboración con los campesinos, a los cuales consideraban como aliados poco seguros. Los socialrevolucionarios, por el contrario, basaban toda la perspectiva de la revolución

1. Se daba el nombre de rajados incendios de las casas señoriales por los campesinos.

za del proletariado con los campesinos contra la burguesía liberal. Como que los socialrevolucionarios se consideraran, ante todo y sobre todo el partido de los campesinos, parece a primera vista que había esperanza de que la revolución saliese de la alianza de los bolcheviques con los contrapuestos al bloque de los mencheviques con la burguesía liberal. Pero, en realidad, la revolución de Febrero estructura las fuerzas a la inversa. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios actúan estrechamente unidos, pero esta alianza mediante el bloque pactado con la burguesía liberal. Los mencheviques se encuentran completamente aislados, en el campo oficial de la política.

Este hecho, inexplicable a primera vista, es completamente lógico. Los socialistas revolucionarios no eran un partido campesino, a pesar de la forma que en el campo despertaban sus consignas. El núcleo del partido, el que terminaba su política efectiva y daba al gobierno ministros y funcionarios, hallaba mucho más ligado a los círculos liberales y radicales de la ciudad que a las masas de campesinos insurreccionados. Este núcleo dirigente, que había dilatado enormemente, gracias a la afluencia de arribistas, estaba completamente asustado ante las proporciones tomadas por el movimiento campesino que avanzaba tremolando las consignas de los socialrevolucionarios. Los socialistas de nuevo cuño sentían, naturalmente, gran simpatía por los campesinos, pero lo que no veían con buenos ojos era el terror de los socialrevolucionarios ante el campo en armas, era paralelo al terror de los mencheviques ante el avance revolucionario del proletariado. En su conjunto, el miedo de los socialistas democratas era el reflejo del peligro completamente fundado que representaba el movimiento de los oprimidos para las clases poseedoras, englobado en el campo único de la reacción burguesa y terrateniente. El bloque de los socialrevolucionarios con el gobierno del terrateniente Lvov señalaba la ruptura de la revolución agraria, del mismo modo que el bloque de los mencheviques con los industriales y banqueros tipo Guchkov, Terechenko y Konovalov, equivalía a la ruptura con el movimiento proletario. En estas condiciones, la alianza de los mencheviques y socialrevolucionarios no significaba la colaboración con el gobierno del proletariado y los campesinos, sino, por el contrario, la colaboración de unos partidos que habían roto con el proletariado y los campesinos en aras del bloque con las clases poseedoras.

De lo dicho se deduce con toda claridad hasta qué punto era ficticio el socialismo de esos dos partidos democráticos lo cual no quiere decir, naturalmente, que su democratismo fuese real y efectivo. Todo lo contrario, precisamente, porque era el suyo un democratismo anómico, necesitaba cubrirse con la máscara socialista. El proletariado ruso luchaba por la democracia, pero su antagonismo irreconciliable con la burguesía liberal. Los partidos democráticos, coaligados con la burguesía liberal, tenían que entrar inevitablemente en conflicto con el proletariado. He aquí la razón social de la encarnizada lucha que tarde había de librarse entre los colaboracionistas y los bolcheviques.

Reduciendo los procesos que dejamos esbozados a su mecánica externa

de clase, de la cual, naturalmente, no se daban perfecta cuenta los ni aun los dirigentes de los dos partidos colaboracionistas, obtener poco más o menos, el siguiente deslinde de funciones históricas. La liberal no era necesaria para el desarrollo burgués. De la gran burguesía grandes destacamentos, formados por sus hermanos menores y sus hijos de estos destacamentos fue enderezado hacia los obreros, el otro hacia campesinos, a quienes intentaban atraerse, respectivamente, pugnando demostrarles de un modo sincero y caluroso que eran socialistas enemigos de la burguesía. De este modo adquirieron un ascendiente efectivo sobre el pueblo. Pero pronto los efectos de sus ideas llegaron más allá de donde convenía. La burguesía vio que se acercaba un peligro mortal y dio alarma. Las dos filiales que se habían separado de ella, los mencheviques socialrevolucionarios, respondieron unánimemente al llamamiento de los mayores. Saltando por encima de las viejas desavenencias, se pusieron de nuevo en contacto y, volviéndose de espaldas a las masas, corrieron en ayuda de la sociedad burguesa amenazada.

La inconsistencia y la mezquindad de los socialrevolucionarios, asombro, aun comparada con los mencheviques. Los bolcheviques los consideraron en todos los momentos álgidos, sencillamente, como kadetes de primera categoría. Por su parte, los kadetes los trataban como a bolcheviques de segunda clase. La segunda categoría les correspondía, en uno y otro caso a los mencheviques. La inconsistencia de la base y el carácter indefinido de sus ideas determinaron la selección personal congruente: todos los jefes socialrevolucionarios se distinguían por su superficialidad, su falta de concreción y su mentalismo estéril. Sin exageración puede decirse que cualquier bolchevique de base daba pruebas de más perspicacia política, es decir, de mayor preparación para las relaciones entre las clases, que los jefes socialrevolucionarios de reputación.

Faltos de criterios sólidos, los socialrevolucionarios propendían a los fines inmediatos. Huelga decir que estas pretensiones morales no eran necesarias para que en la gran política manifestasen todas esas pequeñas astucias y bonerías tan características, en general de los partidos intermedios, pero inconsistentes, sin doctrina clara y sin un auténtico eje moral.

En el bloque de los mencheviques y socialrevolucionarios, el peso correspondía a los mencheviques, a pesar de que los socialrevolucionarios tenían una superioridad numérica indiscutible. En este reparto de la hegemonía se manifestaba, a su manera, la hegemonía de la ciudad sobre el campo, el predominio de la pequeña burguesía urbana sobre la rural, y, finalmente, la superioridad ideológica de la intelectualidad marxista sobre la que había la socióloga puramente rusa y ostentaba orgullosa la pobreza de la historia del país.

En las primeras semanas que siguieron a la revolución, ninguno de los partidos de izquierda, como ya sabemos, tenía en la capital un auténtico dirigente. Los jefes universalmente reconocidos de los partidos

se hallaban todos en la emigración. Los jefes de segunda fila estaban no, desde el Extremo Oriente a la capital. Esto obligaba a los dirigentes de todos los grupos a mantener un estado de espíritu circunspecto y expectante que les acercaba. Durante esas semanas, ninguno de los grupos jóvenes desarrolló sus pensamientos hasta sus últimas consecuencias. La mayoría de los partidos en el S. vierten a un carácter extremadamente pacífico: era como si se tratara de matices en el interior de una misma democracia revolucionaria. Es cierto que al volver Tsereteli de la deportación (19 de febrero) rumbo soviético dio un recio viraje a derecha, proa a la responsabilidad por el poder y por la guerra. También los bolcheviques, a mediados de febrero bajo el influjo de Kamenev y de Stalin, que acababan de llegar de la deportación, se orientaron también hacia la derecha de modo que la distancia entre la mayoría soviética y la oposición de izquierda era acaso menor a principios de abril que a principios de marzo. La verdadera diferenciación fue un poco más tarde: incluso se puede precisar la fecha: fue el 4 de abril siguiente de llegar Lenin a Petrogrado.

El partido de los mencheviques tenía al frente de sus distintas tendencias a una serie de figuras preeminentes, pero no disponía ni de un solo jefe revolucionario. La extrema derecha, acaudillada por los viejos maestros de la democracia rusa, Plejánov, Vera Zasulich y Deutch, ya había adoptado una actitud patriótica bajo la autocracia. En vísperas a la revolución de febrero de 1917, que había degenerado lamentablemente, escribía en un periódico americano que las huelgas y otras formas de lucha de los obreros en Rusia en aquellos instantes, un crimen. Los sectores más extensos de los viejos bolcheviques, entre los que figuraban hombres como Májkov, Dan y Tsereteli, consideraban adscritos a las tendencias de Zimmerwald y declinaban toda responsabilidad por la guerra. Pero el internacionalismo de los mencheviques de izquierda, lo mismo que el de los socialrevolucionarios izquierdistas, en la mayor parte de los casos, un oposicionismo democrático. La revolución obrera reconcilió a la mayoría de esos zimmerwaldianos con la guerra, a la cual veían ahora la defensa de la revolución. El que de un modo más decidido abrazó este camino fue Tsereteli, que arrastró consigo a Dan. Májkov, cuando estalló la guerra se hallaba en Francia y que no llegó del extranjero hasta mayo, no podía dejar de ver que sus correligionarios de ayer retornaban a la revolución de febrero a la misma posición de que habían participado en Guesde, Sembat y otros, en 1914, cuando tomaron sobre sus hombros la defensa de la república burguesa contra el absolutismo alemán. Májkov, ocupaba al frente del ala izquierda de los mencheviques y que no había podido representar ningún papel importante en la revolución, mantenía una actitud de oposición frente a la política de Tsereteli y Dan, impidiendo, al menos por un tiempo, que los mencheviques de izquierda se acercasen a los bolcheviques. El portavoz del menchevismo oficial era Tsereteli, al que seguía indudablemente la mayoría del partido. Los partidos prerrevolucionarios se aliaron sin dificultad con los patriotas de febrero. Sin embargo, Plejánov tenía su grupo propio,

po completamente chovinista, que se hallaba fuera del partido y aun La fracción de Mærtov, que no llegó a salirse del partido, no tenía propio, como tampoco tenía política propia. Como siempre, durante los acontecimientos históricos, Mærtov se desconcertaba y se perdía en el mismo en 1917 que en 1905, la revolución apenas se apercibió que este hombre preeminente.

Casi automáticamente, fue nombrado presidente del Soviet de Petrópolis y luego del Comité Central Ejecutivo, el que lo era de la fracción rusa de la Duma, Chjeidze, quien en el cumplimiento de sus deberes se esforzó en poner a contribución todas las reservas de su inteligencia, cubriendo una constante falta de confianza en sí mismo con chanzas superficiales. Montañosa, país del sol, de los viñedos, de los campesinos y de los aristócratas, con un reducido tanto por ciento de obreros, había ido formando un amplio sector de intelectuales de izquierda, ágiles, con temperamento que en su aplastante mayoría no se habían remontado sobre el horizonte que obraburgués. Georgia envió diputados mencheviques a las cuatro Dumas, en las cuatro fracciones sus diputados desempeñaron el papel de protagonistas. Georgia se convirtió en la Gironda de la revolución rusa. A los girondinos XVIII se les acusaba de federalismo los girondinos de Georgia, pero por la defensa de la Rusia una e indivisible, acabaron en el sepulcro.

La figura más preeminente de la Gironda georgiana era, indudablemente, el ex diputado de la segunda Duma, Tsereteli, que, inmediatamente después de la deportación, se puso al frente no sólo de los mencheviques sino de toda la mayoría soviética de aquel entonces. Tsereteli, que no era ni siquiera un periodista, pero sí un orador eminente, era un radical revolucionario francos, que hubiera vivido como el pez en el agua en una rutina parlamentaria. Pero había nacido en una época revolucionaria y su ventura se había intoxicado con una dosis de marxismo. Desde luego, entre los mencheviques era el que manifestaba un mayor empuje frente a la revolución y una tendencia mayor a atar los cabos. Precisamente contribuyó más que otros al fracaso del régimen de Febrero. Chjeidze tenía por entero a Tsereteli, aunque había momentos en que le asustaba la tilinealógica doctrinaria, que tanto acercaba al presidiario revolucionario a los representantes conservadores de la burguesía.

El menchevique Skbelev, que debía su popularidad a sus condiciones de diputado de la última Duma, producía, y no sólo por su aspecto juvenil y la impresión de un estudiante que desempeñara el papel de hombre de mundo en una representación familiar. Skbelev se especializó en la resolución de los excesos, en la liquidación de los conflictos locales y, en general, en el trabajo de ir tapando los agujeros del poder dual, hasta que fue incluido en el gobierno de coalición de mayo con el desventurado papel de ministro de Trabajo.

La figura más influyente entre los mencheviques era Dan, viejo miembro del partido, considerado siempre como la segunda figura después de Mærtov.

Si el menchevismo estaba impregnado de las costumbres y el espíritu de la democracia alemana de la época de la decadencia, Dan parec a simplemente un miembro del comité del partido alemán, algo así como un Ebert menos categor a. Un año después, el Dan alemán practicaba con éxito, en parte, la política que pretendiera practicar, con poca fortuna, el Ebert. Pero las causas del éxito de aquél y del fracaso de éste, no deben buscarse en las personas, sino en las circunstancias.

Si en la orquesta de la mayoría del s viet Tsereteli llevaba la batuta tocaba el clarinete con toda la fuerza de sus pulmones y los ojos inyectados en sangre. Liber era un menchevique de la Unión Obrera jud a-(Bund), con un pasado revolucionario, hombre sincero, de gran temperamento, muy elocuente pero muy limitado y que se desvivía por aparecer como un patriota inflexible y un hombre de Estado férreo. Profesaba un odio mortal a los bolcheviques.

La falange de los líderes mencheviques puede cerrarse con el ex boia que de la extrema izquierda Voitinski, figura prestigiosa de la primera guerra, condenado a trabajos forzados y que en marzo rompió con el partido, como un voto de su actitud patriótica. Al afiliarse a los mencheviques, Voitinski se comportó como era de rigor, ~~eran~~ ~~bolcheviques~~ profesional. No le faltaba más que el temperamento para igualar a Liber en su furor contra sus ex correligionarios.

El estado mayor ~~dan~~ ~~odnik~~ era tan poco homogéneo como el de los mencheviques, pero mucho menos valioso y relevante. Los llamados socialistas populares, que constituían la extrema derecha, estaban capitaneados por el viejo emigrante Chaikovski, que igualaba a Plejánov por su chovinismo, sin tener ni su talento ni su pasado. A su lado se hallaba la anciana Chaikovskay, a quien los socialrevolucionarios llamaba la abuela de la revolución rusa, y que aspiraba celosamente a convertirse en la madrina de la revolución. El anarquista Kropotkin, anciano ya y que en su juventud había sufrido una cierta debilidad, ~~podría~~ se aprovechó de la guerra para desautorizar lo que había enseñado en el transcurso de casi medio siglo: el Director del Estado se convirtió en un entusiasta abogado de la Entente, y el combate al poder dual ruso no era precisamente en nombre de la anarquía sino reclamando todos los poderes para la burguesía. Pero estos ancianos cumplían un papel más bien decorativo, si bien corriendo el tiempo, durante la guerra contra los bolcheviques, Chaikovski habría de acaudillar uno de los gobiernos blancos sostenidos por Churchill.

Ocupaba el primer lugar entre los socialrevolucionarios Kerenski, que carecía totalmente de pasado como militante del partido. En nuestro camino tropezaremos más de una vez con esta figura providencial, cuya misión del período de la dualidad de poderes consistía en personificar las debilidades del liberalismo aliadas con las de la democracia. Su incorporación al partido de los socialrevolucionarios no hizo variar la actitud despectiva de Kerenski con respecto a todos los partidos: Kerenski se consideraba el elegido por el destino de la nación. No olvidamos que también el partido había dejado de ser durante aquellas horas, un partido, para convertirse en un grandioso cero nacional.

encontrar su jefe adecuado en Kerenski.

Chernov, futuro ministro de Agricultura y luego presidente de la Constituyente, era, indudablemente, la figura más representativa del partido socialrevolucionario y no en balde se le consideraba como su jefe y jefe. Hombre de conocimientos considerables, pero no articulado, le dio más que ilustrado, Chernov tenía siempre a mano una selección de extractos, adaptables a cada caso, que tuvieron importancia durante mucho tiempo la imaginación rusa, sin enseñarle gran cosa. Daba una cuestión para la que este jefe elocuente no tenía respuesta conducente y adecuada. Las fórmulas eclécticas de Chernov, sazonadas con citas y poesías, congregaron durante algún tiempo a un público heterogéneo que en los momentos críticos vacilaba siempre entre los distintos discursos. Se explica que Chernov opusiera sus métodos de formación de un partido sectarismo de un Lenin.

Chernov llegó del extranjero cinco días después de Lenin: Inglaterra después de muchas vacilaciones, le dejó atravesar por sus dominios. A pesar de los saludos con que fue recibido en el Sviyetz, el jefe del mayor partido testificó con un extenso discurso, a propósito del cual Sujánov, que era revolucionario a medias, se expresa así: No sólo yo, sino muchos otros del partido socialrevolucionario, arrugaban el ceño y meneaban la cabeza al modo como hablaba, su extraña afectación declamando sin fin, con los ojos en blanco y sin decir nada concreto. Toda la actuación de Chernov ante la revolución había de desenvolverse a tono con su primer discurso de algunas tentativas para oponerse desde la izquierda a Kerenski y Chernov, cohibido por todas partes, se rindió a discreción, se curó de merwaldismo emigrado y entró en la Comisión de Enlace, y más tarde en el gobierno de coalición. Nada de lo que hacía caía bien. En vista de esto decidió adoptar una actitud inhibitoria. La abstención a la hora de votar fue su ticket para él en la fórmula de su existencia política. Su prestigio, que desde abril a octubre, fue derritiéndose a medida que se iban desfilando las filas de su partido. A pesar de las diferencias que mediaban entre él y Kerenski, que se odiaban mutuamente, ambos tenían sus raíces en el pasado prerrevolucionario, en la fragilidad de la vieja sociedad rusa, en su superficialidad insulsa y pretenciosa que ardía en deseos de ilustrar, tutelar a las masas populares, pero que era absolutamente incapaz de penetrar en los sentimientos, de comprenderlos y de aprender de ellos, y sin la cual no había verdadera política revolucionaria.

Avksentiev, exaltado por el partido a los puestos más elevados ocupó la presidencia del Comité Ejecutivo de los diputados campesinos del Interior, presidente del Preparlamento, representaba ya una verdadera caricatura de político: todo lo que se puede decir de él es que era un maestro de gramática en el Instituto femenino de Oree. Verdad es que su actuación política era mucho peor intencionada que su persona.

Gotz desempeña, aunque entre bastidores, un gran papel en la fra

de los socialrevolucionarios y en el núcleo dirigente del S viet. Terrence teneciente a una conocida familia revolucionaria, Gotz era menos prete y más práctico que sus amigos políticos más cercanos, pero en su calidad práctica se limitaba a las cuestiones de cocina, cediendo a los demás grandes problemas. Hay que añadir, además, que no era ni orador ni escorador y que su principal recurso era su prestigio personal, adquirido a costosos años de trabajos forzados.

Y con esto, quedan nombrados ya, en sustancia, todos los elementos nos de ser mencionados entre los ~~dirigentes~~ siguen figuras ya completamente fortuitas, como Filipovski, de quien nadie podía explicar cómo se había elevado hasta las cimas mismas del Olimpo de Febrero supuestos que desempeñar a un papel decisivo en esta carrera su uniforme de oficial de Marina.

Al lado de los jefes oficiales de los dos partidos dominantes en el Ejecutivo, había no pocos elementos aislados, que habían participado en los orígenes del movimiento en sus distintas etapas, hombres que mucho antes de la revolución se habían apartado de la lucha y que ahora después de voluntariamente a ella bajo las banderas de la revolución triunfante, no querían someterse al yugo de ningún partido. En todas las cuestiones fundamentales, estos elementos seguían a la mayoría del S viet. En los primeros tiempos desempeñaban incluso el papel directivo. Pero a medida que iban saliendo del destierro y de la emigración los jefes oficiales, los sin partido iban relegados a segundo término la política tomaba formas más definidas y los partidos iban recobrando sus derechos.

Los adversarios reaccionarios del Comité Ejecutivo hicieron resaltar de una vez, pasado el tiempo, el hecho de que formaran parte de él muchos elementos racialmente ajenos: judíos, georgianos, letones, polacos, etc. bien en proporción con el total de los miembros del Comité Ejecutivo estos elementos ocupaban un lugar preeminente en la mesa, en las comisiones políticas, entre los ponentes, etc. Y como quiera que los intelectuales de las nacionalidades oprimidas, concentrados principalmente en las ciudades, llenaban abundantemente las filas revolucionarias, no tiene nada de sorprendente que la cifra de estos elementos fuera bastante considerable entre la vieja élite de revolucionarios. Su experiencia, aunque no siempre fuera de élite, les hacía insustituibles en el momento de elaborar nuevas formas políticas. Sin embargo, es completamente absurdo querer presentar la política de los viet y la marcha de la revolución como un resultado de la influencia de estos elementos. Aquí, el nacionalismo pone de manifiesto una vez más su verdadero precio por la verdadera nación, es decir, por el pueblo, presentándole el fruto de su gran despertar nacional, como un simple instrumento en manos de las traças y advenedizas. ¿Por qué y cómo estos elementos extraños a la revolución obtuvieron una fuerza tan milagrosa sobre millones de hombres? En realidad lo que ocurre es que, en momentos de gran transformación histórica, la masa de la nación pone, a veces, a su servicio a los elementos que ayer

todavía oprimidos, y que por esta razón se muestran más dispuestos a presionar a los nuevos fines. No es que los pueblos racialmente extraños can la revolución lo que ocurre es que la revolución nacional se aparta de ellos. Así sucedió incluso durante las grandes reformas implantadas en Rusia. La política de Pedro I no dejó de ser nacional cuando, desviándose del antiguo camino, puso a servicio a los elementos algenos y a los extranjeros. Los artífices del barrio alemán y los constructores holandeses de barcos iban mejor, en general, las necesidades del desarrollo nacional de Rusia que los papas rusos, descendientes no pocas veces de Grecia, o los patriarcas moscovitas que se lamentaban tanto de la invasión de extranjeros, como si los mismos descendiesen de los extranjeros que formaron el Estado ruso. En este caso, la intelectualidad algena de 1917 se enrolaba en los mismos errores que la rusa, adolecía de los mismos defectos y cometía los mismos errores. La particularidad de que los elementos racialmente extraños de los movimientos chequistas y socialrevolucionarios, se distinguían por un celo especial se refería a la defensa y a la unidad de Rusia.

Esta era la faz que presentaba el Comité Ejecutivo, el órgano supremo de la democracia. Dos partidos que habían perdido las ilusiones, pero que mantenían los prejuicios, con un estado mayor de jefes incapaces de pasar palabras a los hechos. Se venían colocados al frente de una revolución para romper cadenas centenarias y a echar los cimientos de una nueva sociedad. Toda la actuación de los colaboracionistas fue una serie de contradicciones dolorosas, que dejaron exhaustas a las masas populares y prepararon las condiciones de la guerra civil.

Los obreros, los soldados y los campesinos tomaban las cosas en serio y entendían que los Soviets creados por ellos debían emprender inmediatamente la extirpación de las calamidades que habían engendrado la revolución. Todos acudían a los Soviets. ¿Y quién no tenía algo de que lamentar? Todo el mundo exigía decisiones rápidas, confiaba en la ayuda, confiaba en la justicia, insistía en la revancha. Los oprimidos daban por sentado que el poder enemigo había sido reemplazado, al fin, por el suyo propio. Eran conscientes de que el Soviet, está armado por lo tanto, el Soviet tiene confianza en el Soviet, y no lo creían, y ¿acaso no tenían razón para creerlo? Una avalancha de soldados, de obreros, de mujeres de soldados, de pequeños vendedores, de empleados, de madres, de padres, abría y cerraba las puertas, preguntaba, lloraba, exigía, obligaba a tomar medidas, a veces se burlaba con precisión que las medidas debían tomarse y erigía, efectivamente, el Soviet en un poder revolucionario. Esto no redundaba en provecho del Soviet, y no entraba, desde luego, en los planes del mismo, se lamentaba el otro conocido Sujánov, que, como es natural, luchaba contra toda esta medida de sus fuerzas. ¿Con qué resultado? Sujánov se ve obligado a reconocer que el aparato soviético fue desplazando automáticamente, contra la voluntad del Soviet, a la máquina oficial del Estado, la cual funcionaba cada vez más en el vacío. ¿Qué hacer para evitarlo los doctrinarios de

laci n, los conductores de esa mÆquina que funcionaba en el vac o? No b a mÆs remedio que conformarse y hacerse cargo de toda una serie de f ciones administrativas reconoce melanc licamente SujÆnov , sosteniendo al mismo tiempo la ficci n de que era el palacio de Marinski el que go ba . He aqu a lo que se dedicaba aquella gente, en un pa s arruinado, el que ard an las llamaradas de la guerra y de la revoluci n: salvaguardar medias carnavalescas el prestigio de un gobierno que el pueblo rechaza gÆnicamente; Que se hunda la revoluci n, pero que se salve la ficci n! mo tiempo, el poder que aquella gente expulsaba por la puerta volv a a por la ventana, cogiØndolos cada vez mÆs desprevenidos y colocÆndolos en una situaci n rid cula e indecorosa.

Ya en la noche del 28 de febrero, el ComitØ Ejecutivo suprimi la monÆrquica y no dej publicarse mÆs peri dicos que los autorizados. Se tomaron numerosas protestas. Los que mÆs alzaban la voz eran los que est acostumbrados a cerrar la boca a todo el mundo. Unos d as-despuØs, el tØ Ejecutivo hubo de plantear nuevamente la cuesti n de la libertad de sa: ¿Autorizaba o no la salida de los peri dicos reaccionarios? Surgieron dudas y vacilancias de criterio. Los doctrinarios tipo SujÆnov sosten-an el de la libertad de prensa. Chjeidze, en un principio, no se mostr de acuerdo con ellos. ¿C mo se iban a dejar las armas en manos de los enemigos mortales sin ninguna traba? Digamos de paso que a nadie se le ocurri someter la cuesti n al gobierno. Y se comprende, pues hubiera sido inÆtil: los tip grafos no obedecieron a mÆs disposiciones que las del S viet. El 5 de marzo, el ComitØ Ejecutivo firm el acuerdo: clausurar las publicaciones de derecha y someter al gobierno la salida de nuevos peri dicos. Pero ya el d a 10 esta decisi n fue anulada por la presi n de los elementos burgueses. Bastaron tres d as para que la guerra se centrara en raz n , dec a SujÆnov, triunfante. ¡Entusiasmo infundado! La guerra estÆ por encima de la sociedad. Las condiciones de su existencia durante la revoluci n reflejan la marcha misma de Østa. Cuando la revoluci n toma el camino de tomar el carÆcter de guerra civil, ninguno de los campos beligerantes puede mantener la existencia de prensa enemiga en la rbita de su influencia, de manera que no se desprende voluntariamente del control sobre los arsenales, los ferrocarriles o las imprentas. En la lucha revolucionaria, la prensa es tan importante que una de tantas armas. Por lo menos, el derecho a la palabra no es menos importante que el derecho a la vida, que la revoluci n se arroga tambiØn. Es natural que afirmarse como ley que un gobierno revolucionario es tanto mÆs liberal y generoso con la reacci n, cuanto mÆs mezquino es su programa. Es natural que cuanto mÆs enlazado se halla con el pasado y mÆs conservador es su programa, tanto mÆs a la inversa: cuanto mÆs grandiosos son los fines y mayor la suma de cosas conquistadas e intereses lesionados, mÆs intenso es el poder revolucionario y mÆs dictatorial. PodrÆ ser esto un mal o un bien el hecho es que si hubiera sido as ra la humanidad ha conseguido avanzar, ha sido siguiendo este camino. En el S viet ten a raz n cuando quer a mantener en sus manos el control sobre la prensa. ¿Por quØ renunci tan fÆcilmente a ejercerlo? Porque hab a renunciado a ella.

toda lucha seria. El S viet no alud a para nada a la paz, -ni a la t ra a la república. Cuando entreg el poder a la burgues a -conservad n a motivos para temer nada de la prensa de derechas ni para pensar ver a en el trance de luchar contra ella. En cambio, pocos meses de gobierno, apoyado por el S viet, adoptaba una actitud de implacable contra la prensa de izquierdas. Los peri dicos de los bolcheviques pendidos, sin empacho, uno tras otro.

El 7 de marzo declama en Moscø Kerenski: NicolÆs II estÆ en mis nos... Yo no serØ nunca el Marat de la revoluci n rusa... NicolÆs I a Inglaterra bajo mi vigilancia personal ... Las damas arrojaban fl tudiantes aplaud an. Pero las masas se agitaban. No se hab a visto revoluci n ser a, es decir, que tuviera algo que perder, que mandar tranjero al monarca destronado. De los obreros y soldados -llegaban ciones constantes pidiendo que se detuviese a los Romanov. El ComitØ cutivo tuvo la sensaci n de que en este asunto no se pod a andar co mas. Se decidi que el S viet tomara en sus manos la suerte de la f real: con ello, se reconoc a abiertamente que el gobierno no era di confianza. El ComitØ Ejecutivo dio a todas las l neas fØrreas orden se dejase pasar a Romanov: he aqu por quØ el tren del zar andaba e de un lado para otro. Fue designado para proceder a la detenci n de uno de los miembros del ComitØ Ejecutivo, el obrero Gvozdiøv, menche de derecha. De este modo quedaba desautorizado Kerensky, y con Øl t gobierno. Pero Øste no dimiti , sino que se sometì calladamente. Y marzo, Chjeidze informaba al ComitØ Ejecutivo que el gobierno hab a ciado a la idea de trasladar a NicolÆs II a Inglaterra. La familia arrestada en el Palacio de Invierno. Con esto, el ComitØ Ejecutivo a s mismo el poder de debajo de la almohada. Y del frente no cesab llegar peticiones cada vez mÆs insistentes para que se recluyese al la fortaleza de Pedro y Pablo.

Las revoluciones han seaalado siempre transformaciones profundas rØgimen de la propiedad, no s lo por la v a legislativa, sino tambi la acci n espontÆneade las masas. Las revoluciones agrarias no se ducido nunca de otro modo en la historia, las reformas legales han siempre, invariablemente, despuØs de b en las ciudades, el margen de expropiaciones espontÆneas ha sido siempre menor, las revoluciones guesas no se propon an conmovier las bases de la propiedad burguesa. no ha habido aæn, que sepamos, ninguna verdadera revoluci n en la c masas no se apoderaran de los edificios pertenecientes antes a los del pueblo, para ponerlos al servicio de las necesidades sociales. mente despuØs de la revoluci n de Febrero, salieron de la clandesti partidos, surgieron los sindicatos, por todas partes se celebraban r das las barriadas ten an sus s viets todo el mundo ten a -necesidad les. Las organizaciones se apoderaban de las villas deshabitadas de tros o de los palacios vac os de las bailarinas del zar. Los perjud

jaban a las autoridades, cuando no intervienen an Østas espontÆneamente. como los expropiadores eran, en rigor, los dueæos del poder, y el poder era un fantasma, los fiscales se ve an, en fin de cuentas, obligados a ir al mismo ComitØ Ejecutivo, con la demanda de que se restablecieran los derechos atropellados de las bailarinas, cuyas funciones, poco complicadas, eran pagadas con el dinero del pueblo por los miembros de la dinast a. Como de rigor, se pon a en movimiento a la Comisi n de Enlace, -los ministros trataban el asunto en sesiones, la mesa del ComitØ Ejecutivo deliberaba asimismo acerca de Øl, se enviaban delegaciones a parlamentar con los expropiadores y la tramitaci n duraba meses enteros.

SujÆnov dice que, en su calidad de hombre de izquierdas, no ten a da que oponer a las intromisiones legales de carÆcter radical en el dominio de la propiedad pero que, en cambio, era enemigo declarado de toda expropiaci n espontÆnea. He aqu los subterfugios con que estos pseudo izquierdistas acostumbraban a cubrir su bancarrota. Un gobierno verdaderamente revolucionario hubiera podido, indudablemente, reducir al m nimo las expropiaciones ca ticas mediante la publicaci n oportuna de un decreto sobre la requisici n de propiedades locales. Pero los colaboracionistas de izquierda hab an cedido el poder a los nÆticos de la propiedad para despuØs predicar vanamente a las masas el respeto a la legalidad revolucionaria... al aire libre. El clima de Petrogrado era favorable al peripatetismo.

Las colas a las puertas de las panader as dieron el æltimo impulso a la revoluci n y fueron la primera amenaza para el nuevo rØgimen. Ya en la asamblea de constituci n del S viet se decidi crear una comisi n de subsistencia. El gobierno se preocupaba poco del abastecimiento de la poblaci n de Leningrado tal y no hubiera tenido inconveniente alguno en rendirla por el hambre, pues, misi n del S viet ocuparse de ello. El S viet dispon a de economistas y estadistas con cierta prÆctica, que hab an servido antes en los rganos policiales y administrativos de la burgues a. Se trataba, en la mayor a de ellos, de mencheviques de derecha, como Groman y Cherevanin, o de los ex bolcheviques que hab an evolucionado muy a la derecha, como Bazarov y Avilov. Pero, tan pronto como se vieron frente a frente con el problema de abastecer a la capital, la situaci n les oblig a proponer medidas extremadamente raudas para poner coto a la especulaci n y organizar el mercado. DespuØs de un par de sesiones, el S viet adopt todo un sistema de medida de socialismo de guerra, que comprend an la requisici n de todas las reservas de trigo con propiedad del Estado, la implantaci n de precios de tasa, proporcionados a la producci n, se establec an para los productos de la industria, el control del Estado sobre la producci n, el intercambio regular de mercanc as con el campo, etc. Los miembros del ComitØ Ejecutivo se miraban unos a otros inquietos pero como no sab an que proponer, no tuvieron mÆs remedio que adherirse a aquellos acuerdos formales. Los miembros de la Comisi n de Enlace los transmitieron luego inmediatamente al gobierno. Este prometi estudiarlos, pero ni el prncipe Lvov ni Konovalov, ni Konovalov, ten an muchas ganas de fiscalizarse y requisarse a

y a sus amigos. Todos los acuerdos económicos del S viet amenazaban llarse contra la resistencia pasiva del aparato burocrático si no se practica por los propios vietns locales. La única medida eficiente el S viet de Petrogrado, en lo que a subsistencias se refiere, fue el racionamiento de una ración de tasa para el pan: libra y media para las dedicadas al trabajo físico y una libra para las demás. Ciertamente es que el racionamiento no determina todavía modificaciones en el presupuesto real de los gastos de la capital: libra o libra y media de pan se puede vivir. La insurrección diaria en la alimentación vendrá más tarde. La revolución -tendrá que ser se cada vez más el cinturón sobre el vientre, no por meses, sino por años, y la revolución soportará también esa prueba. Ahora, lo que importa no es sólo el hambre, sino lo desconocido, la incertidumbre del futuro y la desconfianza en el mañana. Las dificultades económicas, agudizadas durante treinta y dos meses de guerra, llaman a las puertas y a las ventanas del nuevo régimen. La desorganización de los transportes, la escasez de materias primas, el desgaste de una parte considerable del instrumental, la inflación, la desorganización del comercio: todo esto exige medidas audaces e aplazables. Los colaboracionistas, que comprenden su necesidad desde el punto de vista económico, las hacen imposibles en el terreno político. El problema económico con que tropezaban se convierte en la condenación por la dualidad de poderes, y deciden que se ven obligados a tomar, les amputaba los dedos de un mano no soportable.

La jornada de ocho horas fue una gran piedra de toque, el gran punto que sirvió para poner las fuerzas a prueba. La insurrección ha triunfado y la huelga general continúa. Los obreros están seriamente convencidos de que el cambio de régimen debe traducirse en alguna modificación favorable del modo de vida. Esto inquieta inmediatamente a los nuevos gobernantes liberales como socialistas. Los partidos y periódicos patrióticos llaman al racionamiento: ¿Los soldados, a los cuarteles los obreros, a las fábricas? ¿que todo sigue como antes? , se preguntaban los obreros. Por el momento contestan, confusos, los mencheviques. Pero los obreros comprenden que si no arrancan modificaciones inmediatas, en lo sucesivo serán todavía burgueses a confesar a los socialistas la misión de arreglar las cosas de los obreros. Fundándose en que el triunfo obtenido ha garantizado en grado suficiente la posición de la clase obrera en su lucha revolucionaria ¿en el caso de que no estén en el poder los terratenientes liberales? , el 5 de marzo el Comité Ejecutivo decide reanudar el trabajo en la región de Petrogrado. Se va a las fábricas: tal es la fuerza del egoísmo blindado de las clases que incluso mismo los liberales que sus socialistas. Por lo visto, esta gente sabe que aquellos millones de obreros y soldados arrastrados a la insurrección por la presión irresistible del descontento y de la esperanza, se reconstruyeron inmediatamente al día siguiente del triunfo con las mismas condiciones de existencia. Los caudillos habían sacado de los libros históricos la convicción de que había acontecido en las revoluciones pasadas. Pero no tampoco en e

aconteci nunca as . Para tratar a las masas como a un rebaño, también en tiempos pasados había que recurrir a caminos sinuosos, a toda una red de rotas y astucias. Marat sent a muy agudamente el cruel reverso social de las revoluciones políticas. Por esto lo calumnian tanto los historiadores.

La revolución sólo se realiza y es apoyada por las clases inferiores, por todos esos desheredados a quienes la riqueza insolente trata como canallas, y a los cuales los romanos, con su cinismo proverbial, llamaban letarios , escritos antes del golpe de 10 de agosto de 1792. Y se pregunta: ¿Qué da la revolución a los desheredados? Después de haber alcanzado, en un principio, ciertos éxitos, el movimiento resulta, a la postre, que le faltan siempre conocimientos, habilidad, medios, armas, jefes, un plan fijo, y cae, indefenso, ante los conspiradores, que disponen de experiencia, habilidad y astucia . Se explica perfectamente que Kerenski no pueda ser el Marat de la revolución rusa.

Uno de los antiguos capitanes de la industria rusa, V. Auerbach, con indignado, que el pueblo crea que la revolución era algo así como un baile a la sirvienta, por ejemplo, no se la vea durante días enteros se pasea por las calles, adornada con cintas rojas, recorrer a la ciudad en automóvil y volver a casa por la mañana, para lavarse y echarse otra vez a la calle . Pero eso que, en su afán por presentar la acción desmoralizadora de la revolución, el acusador de ésta se vea obligado a pintar la conducta de la sirvienta idénticamente con los mismos rasgos que, si se exceptúa la cinta roja, reproduce el pie de la letra la vida habitual de las patricias burguesas. Si la revolución es celebrada por los oprimidos como una fiesta, o como la victoria en una fiesta, y el primer movimiento de las esclavas domésticas, después de la revolución, consiste en aflojar el yugo de la esclavitud humillante y la esperanza de cada día. La clase obrera, en su conjunto no podía ni querer contentarse con las cintitas rojas como símbolo del triunfo. . para otros obreros de Petrogrado reinaba la agitación. Muchas se negaron abiertamente a someterse a la orden dada por el Soviet. Los obreros estaban siempre contentos, naturalmente, a volver a la fábrica, pues, ¿qué otro remedio tenían? ¿en qué condiciones? Los trabajadores exigen la jornada de ocho horas. Los mencheviques recordaban el ejemplo de 1905, durante los cuales los obreros intentaron implantar la jornada de ocho horas por iniciativa propia y fueron derrotados. La lucha en dos frentes contra la reacción y contra los capitalistas rebasa las fuerzas del proletariado . Ésta era su idea central. Los mencheviques se inclinaban a aceptar, en general, la ruptura fatal con la burguesía en un futuro próximo. Pero esta persuasión, puramente teórica, no obligó a nada. Los mencheviques entendían que no había que forzar la ruptura. Y como quiera que la burguesía no se pase, precisamente, al campo de la revolución, obligada por las frases inflamadas de los oradores y periodistas, sino que se da por el movimiento espontáneo de las clases trabajadoras, los mencheviques se oponían con todas sus fuerzas a la lucha económica de los obreros y campesinos. Las cuestiones sociales decían no son, actualmente, las pri-

diales. Ahora, por lo que hay que luchar es por la libertad política. Los obreros no acertaban a comprender en qué consistía esa política liberadora, ante todo, un poco de libertad para sus maridos, y sus niños, y su presión sobre los patronos. ¡Qué ironía! Precisamente el 10 de marzo, cuando el órgano menchevique decía que la jornada de ocho horas no era la orden del día, la Asociación de Fabricantes, que la víspera se había obligado a entablar relaciones oficiales con el Soviet, manifestaba su oposición con la implantación de la jornada de ocho horas y la organización de comités de fábrica. Los industriales demostraban mucha más perspicacia que los estrategas democráticos del Soviet. La cosa no tiene nada de sorprendente. En las fábricas, los patronos se ven a frente con los obreros, y, por lo menos, de los establecimientos petersburgueses, entre los que figuraban la mayoría de los más importantes, habían abandonado unánimemente las fábricas después de las ocho horas de trabajo, tomándose así como lo que les negaba el gobierno y el Soviet.

Cuando la prensa liberal, enternecida, comparaba el gesto de los industriales rusos del 10 de marzo de 1917 con el de la nobleza francesa el 4 de agosto de 1789, se hallaba mucho más cerca de la verdad histórica de lo que ella misma se imaginaba: al igual que los señores feudales de fines del XVIII, los capitalistas rusos obraban impulsados por la necesidad y el deseo de asegurarse para el futuro, con esta concesión temporal, la restitución de lo perdido. Uno de los publicistas kadetes, saltando por encima de la moral oficial, reconoció abiertamente: Desgraciadamente para los mencheviques y los bolcheviques han obligado ya por el terror a la Asociación de Fabricantes a ceder a la implantación inmediata de la jornada de ocho horas. Ya se ve en qué consistía tal terror. Indudablemente, los obreros bolcheviques jugaron un papel preeminente en este movimiento, y otra vez, como en los días decisivos de febrero, arrastraban consigo a la aplastante mayoría de los trabajadores.

El Soviet, dirigido por los mencheviques, registró con mezclas de orgullo y de arrepentimiento la grandiosa victoria obtenida en rigor contra él. Sin embargo, cubiertos de oprobio, se vieron obligados a dar otro paso: a proponer al Gobierno Provisional que publicara, antes de la Asamblea Constituyente, un decreto implantando en toda Rusia la jornada de ocho horas. El gobierno, de acuerdo con los patronos, se opuso a ello, y, esperando mejores resultados, se negó a dar satisfacción a este deseo, que le había sido formulado con insistencia alguna.

En la región de Moscú se entabló la misma lucha, aunque tomó un carácter más prolongado. El Soviet, a pesar de la resistencia de los obreros, siguió también en Moscú la reanudación del trabajo. En una de las fábricas más importantes, la propuesta de continuación de la huelga obtuvo siete mil votos contra seis mil. De modo parecido reaccionaron también las demás fábricas. El 10 de marzo, el Soviet confirmó nuevamente la obligación de volver inmediatamente al trabajo. Este se reanudó en la mayoría que las fábricas

pero casi en todas ellas se luchó por la reducción de la jornada. Los obreros enmendaban la plana a sus directores como los de Moscú, que había resistido tenazmente, no tuvo más remedio al fin que implantar, el día 21 de marzo, la jornada de ocho horas. Los industriales sometieron inmediatamente. En las provincias, la lucha continuó durante los meses de abril. En un principio, los soviets contenían, casi en todas partes, el movimiento y resistían contra él. Luego, bajo la presión de los obreros, comenzaron negociaciones con los patronos, y allí donde éstos se mostraban reacios se veían obligados a decretar la jornada de ocho horas por su propia cuenta. ¡Qué brecha en el sistema!

El gobierno se mantenía deliberadamente al margen de estas luchas. Entre tanto, se libraba una furiosa campaña contra los obreros bajo la égida de los liberales. Para quebrantar la resistencia de los trabajadores, decidió colocar enfrente de ellos a los soldados. La reducción de la jornada de trabajo, se decía, implica el debilitamiento del frente. ¿Es que durante la guerra puede nadie pensar exclusivamente en sí mismo? ¿Es que en las trincheras cuentan los soldados el número de horas? Cuando las clases poseedoras toman el camino de la demagogia, no se detienen ante nada. La agitación adquirió un carácter furioso y fue transplantada a las trincheras. Allí, frente al soldado Pireiko reconoce que la campaña de propaganda, que conducía principalmente a cargo de los socialistas de nuevo cuño, procedentes de la burguesía, no dejaba de tener cierto éxito. Pero lo que perdía a los ojos de los obreros intentaban enfrentar a los soldados con los obreros era precisamente el ser oficiales. El soldado se acordaba demasiado bien de lo que el oficial hacía y no hacía mucho. Sin embargo, donde la campaña contra los obreros adquirió un carácter más agudo fue en la capital. Los industriales, acaudillados por el estado mayor kadete, supieron encontrar recursos y fuerzas ilimitadas para hacer propaganda entre la guarnición. Allí por el 20 de marzo se vieron en todas las encrucijadas, en los tranvías, en todas partes, -se podía ver a los soldados y obreros entregados a una furiosa lucha verbal. Había incluso algunas colisiones físicas. Los obreros comprendieron el peligro y le cerraron el paso. Para ello le bastaba contar la verdad, citar las cifras de bajas de la guerra, mostrar a los soldados las fábricas y los talleres con el humo de las máquinas, las llamas infernales de los hornos, aquel frente permanente de obrero que les costaba víctimas incontables. Por iniciativa de los obreros se organizaron visitas regulares de los soldados a las fábricas, sobre todo a las que trabajaban para la defensa. El soldado miraba y escuchaba - el obrero explicaba y explicaba. Las visitas terminaban con una fraternización solemne. Los periódicos socialistas publicaban numerosos acuerdos de los regimientos con los obreros. A mediados de abril, el ejército que había dado origen al conflicto desapareció de las columnas de la prensa. Los periódicos burgueses enmudecieron. Y los obreros coronaban su victoria económica con un gran triunfo político y moral.

Los acontecimientos relacionados con la lucha por la jornada de ocho horas

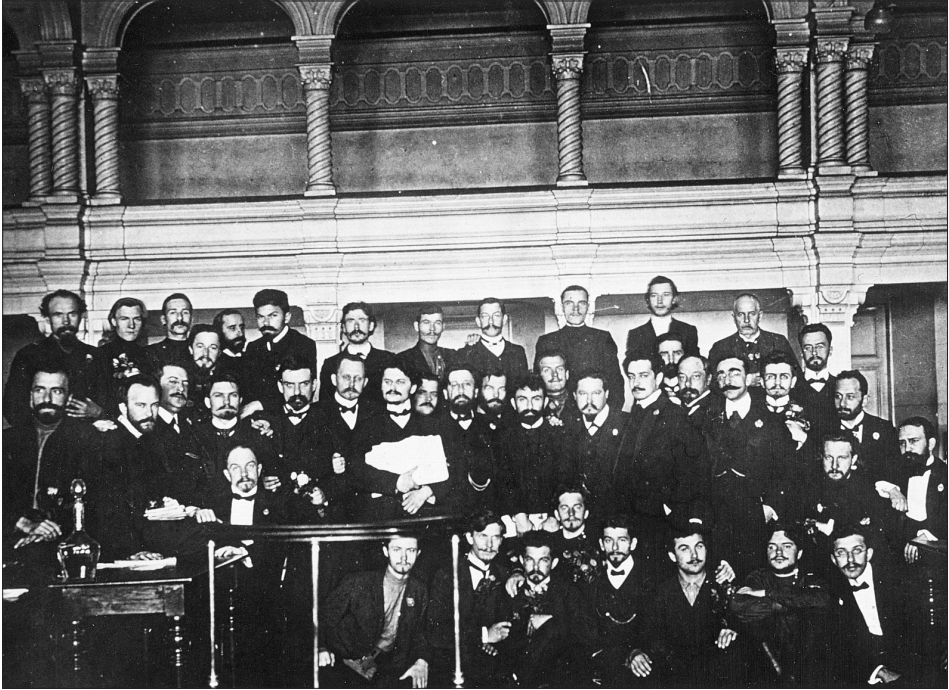
ras tuvieron gran importancia para el desarrollo ulterior de la revolución. Los obreros conquistaron unas cuantas horas libres semanales para la lectura y las asambleas y, asimismo, para los ejercicios de fusil, que tomaron un carácter organizado desde la creación de las milicias obreras. Después de tan pocas lecciones, los obreros empezaban a vigilar más de cerca a los dirigentes. El prestigio de los mencheviques disminuyó seriamente. Los bolcheviques se reforzaron en las fábricas y en algunos cuarteles. El soldado se volvió más reflexivo, más prudente, comprendiendo que alguien vigilaba. El designio perverso de la demagogia se volvió contra sus instigadores. El divorcio y la hostilidad que buscaba conseguir sellar una inteligencia estrecha y fraternal entre los obreros y los soldados.

El gobierno, a pesar del idilio del enlace, odiaba al S viets, su tutela, como lo puso de manifiesto en la primera ocasión que se presentó. Como quiera que el S viets realizara funciones puramente gubernamentales, se encargaba, a instancia del propio gobierno, de apaciguar a los soldados cuando era necesario, el Comité Ejecutivo solicitó que se le concediera esta subvención para sus gastos. El gobierno se negó a ello y, a pesar de las insistencias del S viets, mantuvo su punto de vista: no se podía sostener al ejército del Estado una organización puramente particular. El S viets sus gastos de su presupuesto fueron a pesar sobre los hombros de los obreros. Los obreros no se cansaban de hacer colectas destinadas a atender las necesidades del ejército.

Al propio tiempo, las dos partes, los liberales y los socialistas, tenían la apariencia de un afecto recíproco sin tacha. En la Conferencia de los S viets se declaró que la existencia de la dualidad de poderes era necesaria. Kerenski aseguró a los delegados del ejército que en lo que se refería a los fines perseguidos existía una completa unidad entre el gobierno y el ejército. Tsereteli, Dan y otras firmes columnas del S viets, negaron, con noble sinceridad, la existencia del doble poder. Por lo visto, aspiraban a un régimen fundado en la mentira, valiéndose de ésta.

Sin embargo, el régimen se tambaleó desde las primeras semanas. Los poderes se dedicaban incansablemente a hacer todas las combinaciones posibles en el terreno de la organización, se esforzaban en apoyarse en tantas ocasiones contra las masas: en los soldados contra los obreros, los obreros contra Dumas, los campesinos y las cooperativas nuevas contra los S viets, en la ciudad contra el capital, y, por último, en la oficialidad contra el pueblo.

La forma soviética no entraña ninguna fuerza mística, no está libre de nada menos, de los vicios de toda representación, inevitables mientras exista la representación inevitable. Pero su fuerza consiste en reducir todos estos vicios a la presión. Categóricamente puede afirmarse que la experiencia lo ha demostrado pronto que cualquier otro sistema de representación que hubiera atañido a las masas habría expresado su voluntad efectiva en el movimiento revolucionario de un modo incomparablemente peor y con mucho más retraso. El sistema soviético es la forma de representación revolucionaria más elástica, directa y



Arriba: Juicio al Soviet de San Petersburgo de 1905. Trotsky lleva unos papeles en la mano.



De arriba abajo: un grupo de prisioneros rusos en Tannenberg en 1915 desmoronada en las trincheras rusas estatua derribada de Alejandro III durante la revol



Arriba: Lenin (con paraguas) en Estocolmo el 31 de marzo de 1917 camino de Rusia.
Debajo: Trotsky llega a la estación Finlandia de Petrogrado el 4 de abril de 1917.



Arriba: ametrallamiento de los manifestantes en Petrogrado en la manifestación.



Destacamento de Guardias Rojos en Petrogrado en 1917.
Reuni n del Consejo de Comisarios del Pueblo en el Kremlin el 17 de octubre
Soldados en uno de los trenes blindados del Ejercito Rojo durante la guerra



Arriba: Lenin en un mitin en Moscú el 5 de mayo de 1920. Trotsky y K menev esperan para hablar.

esto se refiere exclusivamente a la forma, y la forma no puede dar vida a lo que sean capaces de infundirle las masas en cada momento determinado. En cambio, puede facilitar a éstas la comprensión de los errores y su rectificación. En esto consistía precisamente una de las principales tareas que aseguraban el desarrollo de la revolución.

¿Cuáles eran las perspectivas políticas del Comité Ejecutivo? Es probable que ninguno de los dos jefes tuviera perspectivas meditadas hasta sus últimas consecuencias. Sujánov afirmaba más tarde que, de acuerdo con su plan, el poder a la burguesía solamente por un breve plazo, a fin de que, al fortalecerse, pudiera tomar este poder de un modo más seguro. Sin embargo, este plan, ingenuo en sí mismo, tiene un carácter retrospectivo. Por lo menos, nadie lo formuló a su debido tiempo. Bajo la dirección de Tsereteli, las vacilaciones del Comité Ejecutivo, si no cesaron, fueron, al menos, incorporadas al sistema. Tsereteli proclamaba abiertamente que el poder burgués fuerte sería inevitable la ruina de la revolución. La debilidad, según él, limitarse a ejercer presión sobre la burguesía con el buen cuidado de no empujarla hacia el campo de la reacción con sus errores imprudentes, y apoyarla, por el contrario, en la medida en que se consolidase las conquistas de la revolución. Como resultado de todo el régimen intermedio debía hallar su expresión en una república burguesa de oposición socialista parlamentaria.

Para aquellos prohombres, la piedra de toque no era tanto la persona como el programa de acción al día. Los colaboracionistas prometían a las masas obtener de la burguesía, mediante su presión, una política exterior democrática. Es indiscutible que en el curso de la historia las masas, obligadas por la presión de las masas populares, han hecho una vez, concesiones. Pero en último término, la presión implica si no es eficaz, la amenaza de eliminar del poder a la clase dominante y su puesto. Mas la democracia rusa, teniendo en sus manos esta arma, no era conveniente en ceder voluntariamente el poder a la burguesía. Y en momentos críticos, no era la democracia precisamente la que amenazaba quitarle el poder a la burguesía, sino, por el contrario, ésta la que amenazaba a la democracia con la amenaza de abandonarlo. Es decir, que la palanca que regía la mecánica de la presión estaba en mano de la burguesía. Se aplica que el gobierno, a pesar de su impotencia, pudiera resistir cada pretensión más o menos seria de los elementos dirigentes de los partidos.

A mediados de abril, hasta el Comité Ejecutivo resultó ser un organismo demasiado amplio para los misterios políticos del núcleo dirigente, e iba a ser vuelto definitivamente de cara a los liberales. Se eligió una comisión exclusivamente por elementos de la derecha patriótica. En lo sucesivo, la política del S. viet se desarrolla entre bastidores. Al parecer, la situación se estabiliza y consolida. Tsereteli ejerce sobre los s. viets un predominio absoluto. Kerenski sube cada vez más. Pero precisamente en este momento es cuando, en las masas, empiezan a manifestarse de un modo evidente los

ros síntomas alarmantes. Es sorprendente dice Stankievich, uno de los miembros más allegados a Kerenski, que precisamente en el momento en que el Comité se organizaba, en que la mesa, compuesta exclusivamente por representantes de los partidos de la defensa nacional, asumió la responsabilidad de todas las tareas, dejara escapar de las manos la dirección de la revolución que empezaba a apartarse de él. ¿Sorprendente? No, sencillamente el gobierno

XIII. El ejército y la guerra

La disciplina dentro del ejército se quebrantó ya considerablemente antes que precedieron a la revolución. Las quejas de los oficiales son cuente en estos meses: los soldados no guardan el debido respeto a ellos, se observa en ellos una gran desidia en el cuidado de los caballos, e incluso las armas se registran desordenadas en los trenes militares. Las partes marchaban las cosas tan mal. Pero por dondequiera que se veía la vista, la impresión era la misma: desmoronamiento.

A esto venía a añadirse ahora la sacudida de la revolución. La ciudad de Petrogrado no sólo se sublevó sin el concurso de la oficialidad, contra ella. En los momentos críticos, los jefes no sabían cosa mejor que defenderse. El 27 de febrero, el diputado octubrista Schidlovski se puso al frente de los oficiales del regimiento de Preobrazhenski con el fin, por lo visto, de mejorar su actitud frente a la Duma, pero halló entre los aristócratas de la ciudad una completa incompreensión de lo que ocurría tal vez, dicho sea de paso, una actitud que real, pues no hay que olvidar que se trataba de monárquicos soldados. ¡Cuánto me asombro cuenta Schidlovski cuando, al día siguiente por la mañana, vi en la calle formado a todo el regimiento marchando en un orden perfecto, con la música al frente y sin un soldado. Hubo algunos regimientos que se presentaron en el palacio de Taurida para rendir homenaje a los jefes, aunque más exacto sería decir que los arrastraron consigo. Los soldados se sentían como prisioneros en aquellas manifestaciones de entusiasmo. La condesa de Kleinmichel, que observaba estas escenas en calidad de dama, se expresaba de un modo más concreto: Los oficiales parecen ovejas conducidas al matadero.

La revolución de Febrero no creó el divorcio entre los soldados y los oficiales: no hizo más que exteriorizarlo. En la conciencia de los soldados se había desarrollado un sentimiento de rebeldía contra la monarquía era, ante todo y sobre todo, la sublección contra el mando. Desde la mañana del 28 de febrero recuerda el kadet Kadetkov, que vestía aquellos días el uniforme de oficial era peligroso salir a la calle, pues ya empezaban a arrancar las charreteras a los oficiales. La faz que presentaba el primer día del nuevo régimen en la guarnición.

De lo primero que se preocupó el Comité Ejecutivo fue de reconciliar a los soldados con los oficiales. O dicho en otros términos, de someterlos a sus jefes anteriores. El retorno de los oficiales a los regimientos según Sujánov, a preservar al ejército de la anarquía general, a la

de la soldadesca ignorante . Los que infundían pánico a estos revolucionarios lo mismo que a los liberales, no eran, como se ve, los oficiales, sino los soldados. Sin embargo, donde los obreros y la soldadesca ignorante veían un peligro era, precisamente, en la brillante oficialidad. La reconciliación no fue, duradera.

Stankievich describe del modo siguiente la actitud de los soldados y oficiales que volvían a los cuarteles, después de la revolución: Los soldados al violar la disciplina y al salir de los cuarteles, no sólo sin los oficiales, en muchos casos contra los mismos, llegando incluso a matarlos por cumplir con su deber, creían realizar un gran acto de emancipación. Si era así, ¿por qué la misma oficialidad sostiene, ¿por qué no saca a los soldados a la calle, que esto era lo más fácil y menos peligroso? Ahora, después de la victoria, la oficialidad se ha adherido a la hazaña. Pero, ¿lo ha hecho sinceramente? ¿carácter estable? . Estas palabras son tanto más elocuentes cuanto que el propio autor se contaba entre esos oficiales de izquierda a los que ni se les pasó por las mentes echar a la calle a sus soldados.

El día 28, por la mañana, el comandante de un regimiento de Ingenieros declaró a sus soldados, en la avenida de Sampsonievski, que el gobierno provisional derrocado por todos había sido derribado, que se había formado otro presidio en el príncipe Lvov y que era preciso que los soldados siguieran obedeciendo a los oficiales. Y ahora, ¡todo el mundo a los cuarteles! . Algunos soldados gritaron: Así lo haremos . La mayoría estaba desconcertada: - ¿Y esto era el resultado? . Kajurov, que observaba casualmente esta escena, se indignó. Permítame usted una palabra, señor comandante... , y, sin esperar la venia, declaró que acaso ha corrido en las calles de Petrogrado la sangre de los obreros durante todos estos días para reemplazar a un terrateniente por otro? . En aquel momento Kajurov daba en el blanco. En torno a esta cuestión planteada por él había de girar la lucha en los meses siguientes. El antagonismo entre soldados y oficiales no era más que el reflejo de la hostilidad entre el campesino y el terrateniente.

En las provincias, los comandantes, que por lo visto habían tenido poco de recibir instrucciones, describían los sucesos con sujeción a un pánico: El monarca, agotado por sus esfuerzos en favor del país, se había visto obligado a transmitir la carga del poder a su hermano (!) . En los regimientos de soldados se lamenta uno de los oficiales desde un rincón de Crimea sobre el hecho de que pensaban: Nicolai o Mijail, ¿qué más da? . Pero cuando este militar se vio obligado a comunicar a su batallón, al día siguiente por la mañana, el triunfo de la revolución, los soldados, según sus propias palabras, se figuraron. Sus preguntas, sus gestos, sus miradas, atestiguaban una lucha prolongada y tenaz que alguien realizaba en aquellos cerebros ignorantes, no acostumbrados a pensar . ¿Qué abismo entre el oficial, cuyo deber se adapta sin esfuerzo al último telegrama recibido de Petrogrado y a los soldados que, trabajosa, pero honradamente, definen su actitud ante los acontecimientos, sopesándolos por cuenta propia en sus toscas manos!

El alto mando, al mismo tiempo que aceptaba formalmente la revolución decid a no dejarla llegar al frente. El jefe del cuartel general general simos de los frentes para que, en caso de que se presentaran territorios delegaciones revolucionarias, delegaciones que el general gracia sin duda a la brevedad, calificaba de pandillas, fueran inmediatamente detenidas y juzgadas en consejo de guerra sumar simo. Al día siguiente mismo general, en nombre de Su Alteza el gran duque Nikolai Nikolovich exig a del gobierno que pusiese fin a todo lo que ocurre actualmente en las regiones del interior dicho en otros términos, que pusiese fin a

El mando no se apresuraba a dar al ejército cuenta de la revolución tanto por fidelidad a la monarquía como por miedo de aquélla. En agosto se estableció un verdadero sistema de cuarentena: no se dejaban salir cartas de Petrogrado, se reten a a los recién llegados con estos aajo régimen robaba algunos días a la eternidad. La noticia de la revolución llegó a la línea de combate hasta el 5 o 6 de marzo. Y ¿en qué forma más o menos, lo sabemos ya: el gran duque ha sido nombrado general en jefe, el zar ha abdicado en aras de la patria, y lo demás sigue como antes: trincheras, acaso la mayor parte, las noticias de la revolución llegaron a los alemanes antes de que llegaran de Petrogrado. ¿Podían dudar los alemanes de que los jefes se habían puesto de acuerdo para ocultar la verdad y no dar el menor crédito a aquellos oficiales que, dos o tres días después, se recían ante ellos adornados con cintas rojas?

El jefe del estado mayor de la escuadra del Mar Negro, cuenta que la noticia de los acontecimientos de Petrogrado no ejerció, en un principio, influencia visible sobre los marineros. Pero tan pronto como llegaron los periódicos socialistas, el estado del espíritu de la tripulación cambió en un instante, empezaron los murmullos y no se sabe por qué resquebrajaron un tropel de agitadores criminales. El almirante no se daba cuenta, cillamente, de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. No es que los marineros determinaran el cambio de estado de espíritu lo que ocurría era que las dudas de los marineros respecto al alcance de la revolución, y su deseo de manifestar abiertamente sus verdaderos sentimientos sin miedo a ser castigados por represalias por parte de sus jefes. Este mismo autor que nos caracteriza con una frase la fisonomía política de la oficialidad del ejército por consiguiente, la suya propia: La mayor parte de los oficiales de la escuadra estaba persuadida de que, sin zar, la patria se hundiría. Por su parte los oficiales de la armada estaban firmemente convencidos de que la patria estaba perdiendo su magnífica oficialidad no retornaba al lado de los ignorantes marineros.

El mando del ejército y de la armada no tardó en dividirse en dos grupos, unos, intentaban mantenerse en sus puestos plegándose a la revolución, otros se aliaron al partido de los socialrevolucionarios posteriormente, pero algunos intentaron incluso deslizarse en las filas del partido bolchevique. Otros, al contrario, adoptaban una actitud de soberbia, intentaban oponer resistencia a cualquier orden de cosas pero pronto se ven metidos en algún conflicto.

arrastrados por la avalancha de los soldados. Estas estratificaciones naturales, que en todas las revoluciones se dan. Los oficiales intransigentes, monarquistas y franceses, aquellos que, según las palabras de uno de ellos, morían mientras pudieron, sufrían al menos viendo la insubordinación de los soldados que contemplando el servilismo de sus colegas ante el nuevo poder. La cuenta de cuentas, la mayoría del viejo mando quedó eliminada, aplastada, y su pequeña parte se reajustó y asimiló al nuevo estado de cosas. La oficialidad compartía, en una forma más dramática, la suerte de las clases de que dependía el clutaba.

El ejército es, en general, una copia de la sociedad a la cual sirve. La diferencia de que da un carácter concentrado a las relaciones sociales. Conociendo sus rasgos positivos y negativos hasta su límite máximo de expresión, explica perfectamente que en Rusia, la guerra no diera ni un solo presbiterio militar. El alto mando ha sido caracterizado con suficiente elocuencia por uno de los de su casta: Muchas aventuras, mucha ignorancia, mucho egoísmo, indolencia, arribismo, codicia, ineptitud y estrechez de horizontes dice el general Leski y muy pocos conocimientos y talentos, ningún deseo de correr riesgos o de poner en peligro la comodidad y la salud. Nikolai Nikolaievich, generalísimo, se distingue únicamente por su elevada estatura y su grosor de gustos. El general Alexóiev, antiguo escribiente del ejército, era un hombre de carácter gris, que si sabía algo era a fuerza de aplicación. Kornilov, jefe militar, valiente, incluso sus devotos le consideraban como a un hombre de cortos alcances. Verjovksi, ministro de la Guerra de Kerenski, hablaba tarde de Kornilov, decía que era un hombre con corazón de león y cabeza de carnero. Brusilov y el almirante Kolchak eran sólo un poco más inteligentes que los otros, un poquito nada más. Denikin no carecía de carácter, pero, más, era un general completamente ordinario que habría llevado cinco o seis hijos en toda su vida. Y después venían ya los Yudenich, los Dragomirov, Lukomski, que no se distinguían unos de otros más que por saber francés o no saberlo, por beber poco o beber mucho, pues en lo demás eran todas unas perfectas nulidades.

Hay que decir que en el cuerpo de oficiales hallaba cumplida representación, no sólo la Rusia aristocrática, sino también la burguesa y la de la guerra derramada en las filas del ejército a docenas de miles de pequeños oficiales, funcionarios militares, médicos e intelectuales. Estos elementos, que casi todos sin excepción sostenían la necesidad de seguir la guerra hasta el triunfo final, sentían la necesidad de ciertas libertades amplias, pero acababan siempre sometidos a los elementos reaccionarios de arriba, bajo el zarismo, por miedo, y, después de la revolución, por necesidad, del mismo modo que en el interior la democracia se sometía a la aristocracia. Los elementos colaboracionistas de la oficialidad compartieron la suerte infortunada de los partidos conciliadores, con la diferencia de que frente a la situación revestía formas incomparablemente más agudas. En el Comité Ejecutivo cabía mantenerse en una actitud equívoca durante mucho

po ante los soldados, era más difícil.

Los roces y la enemistad entre los oficiales demócratas y aristócratas capaces todos ellos de renovar el ejército, no hacían más que introducir un elemento más de descomposición. La fisonomía del ejército había sido por la vieja Rusia, y era feudal hasta la médula. Los oficiales, desde por el mejor soldado al muchacho campesino sumiso, que no razonaba, el cual no había despertado aún la conciencia de la personalidad humana, la tradición nacional imbuida por Suvórov al ejército ruso, y que nacieron en el primitivo régimen agrario, en la servidumbre de la gleba y la muna rural. En el siglo XVIII, Suvórov hizo milagros con este material idealizado en su Platoon Karáguine. Después de un carizaje de gran señor, el viejo tipo de soldado ruso que se sometía sin rechistar a la naturaleza trariedad y la muerte. La Revolución Francesa, que abrió las puertas magnífica irrupción del individualismo en todas las esferas de la vida humana, liquidó el arte militar de Suvórov. En el transcurso del siglo XIX, que en el XX, en todo el espacio de tiempo comprendido entre la Revolución Francesa y la rusa, el ejército zarista fue invariablemente derrotado por sus características de ejército servil. El mando formado sobre aquél, el oficial, se distinguía por su desprecio hacia la personalidad del soldado, el espíritu de mandarín pasivo, de ignorancia del oficio, de complejidad de heroísmo y de manifiesta rapacidad. El imperio de la oficialidad se expresaba en los signos exteriores de distinción, en el ritual de la graduación, en las represiones y hasta en un lenguaje convencional especial, llenos de represiones de esclavitud: A la orden de usted, mi capitán, y otras. El soldado tenía que emplear cuando hablaba, cuadrado, con sus oficiales.

Al aceptar la revolución de labios afuera y prestar juramento de fidelidad al nuevo gobierno, los mariscales zaristas hicieron recaer, sencillamente, la dinastía derrumbada, sus propios pecados, accediendo misericordiosamente a que Nicolás II fuera declarado responsable por todo el pasado. Pero el paso más adelante! ¿Cómo iban ellos a comprender que la esencia moral de la revolución consistía en dar un alma a aquella masa humana, en cuya vida espiritual se basaba su bienestar? Denikin, nombrado comandante en jefe, declaró en Minsk: Acepto entera e incondicionalmente la revolución, pero entiendo que sería ruinoso para el país revolucionar al ejército en el demagogia. ¡Fórmula clásica de la estulticia generalizada! A los generales subalternos, según la expresión de Zaleski, no era más que una cosa: ¡Dejadnos tranquilos! Lo demás nos tiene sin cuidado. Pero la revolución no podía dejarles tranquilos. Procedentes de las clases altas, estos hombres no podían ganar nada y, en cambio, podían perderlo todo. Se venían amenazados con perder no sólo los privilegios del mando, sino también la propiedad de sus tierras. Bajo el manto de lealtad hacia el zar, la oficialidad reaccionaria sostuvo una lucha encarnizada contra los viets. Cuando se persuadió de que la revolución penetraba irresistible en las masas de soldados y en las aldeas, vio en ello una perfidia

Kerenski, Miliukov y aun Rodzianko, y no digamos de los bolcheviques.

Las condiciones de vida de la Marina llevaban aparejados, en mayor medida que las del ejército de tierra, górmes vivos de guerra civil. de los marineros en aquellas cárceles de acero donde les encerraban por fuerza durante varios años, no se distinguía gran cosa, incluso desde el punto de vista de la alimentación, de la vida de los presidiarios. A su lado, la oficialidad, procedente en su mayoría de los sectores privilegiados, o bien al servicio marítimo voluntariamente, por vocación, identificaba la Marina con el zar y a éste con él, y entendía que el marinero era la parte más importante en un barco de guerra. Dos mundos extraños que convivían en estrecho contacto, sin perderse nunca de vista. Los buques de la escuadra tenían base en las ciudades industriales de la costa, pues necesitaban de gran número de obreros para su construcción y reparación. Además, en los mismos buques en la sección de máquinas y los servicios técnicos, navegaban no pocos marineros cualificados. Tales eran las condiciones que convertían a la escuadra en una mina revolucionaria. En las revoluciones y sublevaciones militares de los países, los marineros han representado siempre la materia más explosiva casi siempre, tan pronto se les brinda ocasión propicia, se aprestan a liquidar severamente sus cuentas con la oficialidad. Los marineros rusos constituyeron una excepción.

En Kronstadt, la revolución encendió la mecha a una explosión de sangrienta venganza contra la oficialidad, la cual, horrorizada de su proceder, intentaba ocultar a los marineros la revolución. Una de las primeras víctimas que cayó fue el comandante de la escuadra, almirante Viren, blanco de odio muy merecido. Parte del mando fue detenida por los marineros. A los oficiales dejados en libertad les fueron quitadas las armas.

En Helsingfors y Sveaborg, el almirante Nepenin no dejó llegar ninguna noticia del Petrogrado alzado en armas hasta la noche del 4 de marzo, dando a los marineros y soldados con represiones. Razón de más para que una sublevación tomase aquí un carácter más encarnizado, prolongándose una noche. Muchos oficiales fueron detenidos. Los más odiados fueron arrojados bajo el hielo. A juzgar por el relato de Skobelev sobre la conducta de las autoridades de Helsingfors y de la escuadra dice Sujénov, que peca de menos de benevolencia hacia la soldadesca ignorante, sólo hay que extenderse de que estos excesos fueran tan poco considerables.

Tampoco entre las fuerzas de tierra pudieron evitarse las represalias sangrientas. En un principio, eran una venganza por el pasado, por el corrompido abofeteamiento de los reclutas por los oficiales. No faltaban recuerdos como llagas. Desde 1915, había sido oficialmente introducido en el ejército zarista el azote con vergas como castigo disciplinario. Los oficiales a discreción a los soldados, que eran no pocas veces padres de familia, no siempre se trataba de vengarse del pasado. En la asamblea de los soldados el ponente encargado de informar sobre el problema del ejército comunicó que aun en los días 16 y 17 de marzo se aplicaban en el ejército castigos

les contra los soldados. Un diputado de la Duma contaba, a su regreso, que los cosacos, en ausencia de los oficiales, le habían declarado que hay un decreto (por lo visto se refiere al famoso decreto del cual se hablaré más adelante). Se recibí ayer pero hoy el comando ha abofeteado. Los bolcheviques iban al frente con tanta frecuencia de colaboracionistas, para evitar que los soldados cometiesen excesos. Las venganzas sangrientas eran tan inevitables como lo es el culatazo de un disparo. Desde luego, los liberales no tenían motivo alguno para celebrar la revolución de Febrero, como no fuera el de haberles regalado.

Algunos oficiales provocaban conflictos agudos con motivo de las banderas rojas, que eran, a los ojos de los soldados, un símbolo de la ruptura con el pasado. Con motivo de uno de estos disturbios, fue muerto el comandante de un regimiento de Sumski. Un comandante del cuerpo de ejército que exigía más fuerzas de refresco que acababan de llegar que se quitaran las cintas, fue detenido por los soldados. También se produjeron no pocos choques a causa de los retratos del zar, que seguían colgados en los cuartos de banderas. Se trataba de rendir un homenaje de fidelidad a la monarquía? No en los últimos de los casos no era más que falta de confianza en la estabilidad de la revolución y una especie de seguro peatonal. Pero los soldados, no sin motivo, temían acechar detrás de aquellos retratos el espectro del antiguo régimen.

El nuevo régimen no fue implantado en el ejército por medio de medidas reflexivas aplicadas desde arriba, sino por movimientos impulsivos de abajo. La autoridad disciplinaria de los oficiales no fue abolida, sino simplemente por sí misma en las primeras semanas de marzo. Era evidente, como dice el jefe del estado mayor del mar Negro que si un oficial hubiera intentado imponer una sanción disciplinaria al marinero, no habría tenido tiempo para llevar a la práctica el castigo. En esto consiste uno de los aspectos de la revolución verdaderamente popular.

Al desaparecer la autoridad disciplinaria, se puso de manifiesto la falta de eficacia práctica de la oficialidad. Stankievich, al cual no se puede hablar en el rito de observación ni interés por los asuntos militares, da una opinión clara y valerosa sobre el mando, en este respecto: la instrucción seguía haciéndose sujeta a los viejos reglamentos, que no respondían en lo más mínimo a las necesidades de la guerra. Estos ejercicios no servían más que para probar la paciencia y la sumisión de los soldados. Huelga decir que la oficialidad se esforzaba en hacer recaer sobre la revolución las culpas de su propia incapacidad.

Los soldados, rápidos en la represalia cruel, propendían asimismo a la credulidad infantil y a la gratitud incondicional. Por un momento muchos de los soldados del frente vieron en el cura Filonenko, diputado liberal, el representante de las ideas de emancipación, algo así como el pastor de la aldea. Las viejas ceremonias religiosas se unían estrambóticamente con la revolución. Los soldados levantaban al cura en sus brazos, lo instalaban celosamente

el trineo, y el cura contaba después en la Duma con entusiasmo: No acabamos nunca de separarnos, y, al marcharme, me besaban las manos y los pies. A aquel diputado de sotana le parecía que la Duma tenía un inmenso prestigio en el frente. En realidad, lo que tenía era la revolución, que tenía su brillo deslumbrador sobre algunas figuras sin importancia.

La depuración simbólica realizada por Guchkov en el ejército destruyó a algunas docenas de generales, no dio la menor satisfacción a los soldados, y, en cambio, sembró un estado de inquietud en la alta oficialidad. Todo el mundo tenía que verse separado, la mayoría seguía la corriente, se adaptaba y apretaba el puño dentro del bolsillo. La situación era aún peor en los rangos de la baja y mediana oficialidad, que se hallaba en contacto directo con los soldados. Aquí, el gobierno no hizo limpieza alguna. Buscando caminos legales, los ministros y los jefes de los departamentos escribieron al Comité Ejecutivo y al Gobierno, a propósito de su comandante: Hermanos..., os pedimos humildemente que nos libréis de nuestro enemigo Vanchejus. Como no recibieron contestación, los soldados empezaban generalmente a obrar por su cuenta, valiéndose de sus propios medios: insubordinación, separación e incluso asesinato. Sólo entonces las autoridades se decidían a intervenir, separaban a los detenidos o apaleados, intentando a veces castigar a los soldados, pero dejándoles en la mayor parte de los casos impunes, para no complicarse más las cosas. Esto creaba una situación insostenible para la oficialidad, que aclarar por ello en nada la situación de los soldados.

Muchos oficiales combativos, que tomaban en serio la suerte del ejército, insistían en la necesidad de hacer una limpieza general de mando: según ellos, sin esto no se podía ni siquiera pensar en restablecer la capacidad combativa del ejército. Los soldados presentaban a los diputados de la Duma argumentos no menos convincentes. Antes, cuando se sentían ofendidos, tenían que recurrir a unos superiores que, habitualmente, no hacían caso alguno de sus quejas. ¿Y ahora? Si los superiores siguen siendo los mismos de antes, las quejas que sigan sus reclamaciones serán la misma. Era muy difícil contestar a esta pregunta, reconocía un diputado. Esta cuestión tan simple atañía al destino del ejército y predeterminaba su porvenir.

No vayamos a creer que las relaciones dentro del ejército eran las mismas en toda la extensión del país, en todas las armas y en todos los regimientos. No, reinaba una heterogeneidad muy considerable. Si los marineros de la Flota del Báltico acogieron las primeras noticias de la revolución con entusiasmo y presalias contra los oficiales, allí, al lado mismo, en la guarnición de Pskov, los oficiales seguían ocupando todavía a principios de abril puestos de mando, y, en las grandes solemnidades, hablaban con el nombre de los socialistas revolucionarios un imponente general. Estos sentimientos de odio y credulidad abundaban no poco. Pero así y todo, el ejército seguía siendo algo así como un sistema de vasos comunicantes, y el estado de ánimo político de los soldados y marineros tendía a alcanzar el mismo nivel.

La disciplina fue manteniéndose mal o bien mientras los soldados c

ban en la implantación de medidas prontas y decididas. Pero cuando los vieron según cuenta un delgado del frente que todo seguía como antes, que persistían en el mismo yugo, la misma esclavitud, la misma igualdad, el mismo escarnio, empezaron los desórdenes. La naturaleza, a la cual ocurrido armar de jorobas a una gran parte de la humanidad, tuvo, en la ocurrencia de dotar de sistema nervioso a los soldados. Las revoluciones venían a recordar, de tarde en tarde, este doble descuido de la naturaleza.

Tanto en el interior como en el frente, cualquier bagatela desentendía fácilmente un conflicto. Se había concedido a los soldados derechos iguales libremente igual que todos los ciudadanos, los teatros, músicas, etc. Muchos soldados interpretaban esta disposición como el derecho de acceso gratuita a los teatros. El ministro les explicaba que había que interpretar la disposición en un sentido técnico. Pero las masas populares sublevadas no se habían acostumbrado nunca a una gran inclinación hacia el platonismo ni hacia el idealismo.

El tejido de la disciplina, ya muy desgastado, se fue rompiendo, poco a poco, en diferentes puntos, en diferentes guarniciones y regimientos. Muchas veces, el comandante se imaginaba que, en su regimiento o división, había marchado bien, hasta la llegada de los periódicos o de un mensajero. En realidad, se estaba efectuando un proceso paciente de fuerterreformas e inexorables.

El diputado liberal Januschkevich trajo del frente la impresión de que la desorganización alcanzaba un grado mayor en los regimientos de aquellos en que abundaban los campesinos. Los regimientos más revolucionarios conviven muy bien con los oficiales. En realidad, donde se mantenía el tiempo la disciplina fue en los dos polos: en la Caballería privilegiada de campesinos acomodados, y en la Artillería y, en general, en las técnicas, con un tanto por ciento elevado de obreros e intelectuales. Los que más resistieron fueron los cosacos-propietarios, que temían a la reforma agraria, en que la mayoría de ellos tenía que perder. Algunas fuerzas fueron, incluso después de la revolución, más de una vez, instrumentalizadas. Pero así y todo, la diferencia residía únicamente en la rapidez con que se efectuaba el proceso de descomposición.

En esta lucha sorda había sus flujos y reflujos. Los oficiales iban aprendiendo a adaptarse a la nueva situación. Los soldados tornaban a confiar. Después de estas crisis y depresiones temporales, de los días y semanas de silencio, el odio social, que descomponía al ejército del antiguo régimen, crecía haciendo una tensión cada vez mayor, que estallaba muchas veces con explosiones trágicas. En Moscú se reunió en uno de los circos una asamblea de soldados y oficiales inválidos. Uno de los oradores habló desde la tribuna, en nombre de la oficialidad. Se armó gran ruido de protestas: los reunidos empezaron a golpear el suelo con las piernas, los bastones, las muletas. ¿Acaso nosotros, señores oficiales, que azotabais a los soldados con las vergas? Heridos, contusionados, mutilados, se levantaban unos frente a otros, inválidos contra oficiales inválidos, mayoría contra minoría, muletas

letas. En esta feroz escena desarrollada en un circo se conten a ya en la ferocidad de la guerra civil que se avecinaba.

Sobre todas las relaciones y contradicciones imperantes en el ejØrcito mismo que en el pa s, se cern a un problema que se encerraba en una pa bien corta: la guerra. Desde el mar BÆltico al mar Negro, desde el mar hasta el Caspio y mÆs allÆ, hacia el fondo de Persia, en un frente inm b a regados sesenta y ocho cuerpos de Infanter a y nueve de Caballer a se harÆ con ellos? ¿C mo se resolverÆ el pleito de la guerra?

En los comienzos de la revoluci n, el ejØrcito se hab a reforzado rablemente, desde el punto de vista del suministro de armas y municiones. La producci n interior para las necesidades de la guerra se hab a elevado. Al mismo tiempo, se intensificaba el transporte de material de guerra, sobre todo de Artiller a, enviado por los aliados sobre los puertos de Murmansk y Vologda. Hab a una cantidad de fusiles, caæones, obuses, incomparablemente mayor que en los primeros aæos de la guerra. Se ampliaban las divisiones de infanter a y las secciones de Ingenieros. BasÆndose en esto, algunos de los jefes de guerra intentaron posteriormente demostrar que Rusia se hallaba en las v speras de la victoria y que s lo la revoluci n lo hab a impedido. Desde antes, Kuropatkin y Linievich afirmaban, basÆndose en los mismos motivos, que Witte les hab a impedido derrotar a los japoneses.

En realidad, a principios de 1917, Rusia se hallaba mÆs lejos de la victoria que nunca. Paralelamente con el incremento de armas y municiones, se debilitaba en el ejØrcito, a fines de 1916, una crisis aguda de productos alimenticios. El tifus y el escorbuto provocaban mÆs v ctimas que las batallas. La dificultad del transporte iba entorpeciendo cada vez mÆs los movimientos de las tropas, lo cual bastaba para reducir a cero las combinaciones estratØgicas que implicaban la movilizaci n de las grandes masas de soldados. Por aæadido, una aguda crisis de caballos condenaba a menudo a la Artiller a a la inmovilidad. Pero, as y todo, lo que era la moral del ejØrcito, que se puede resumir en el ejØrcito como tal ya no exist a. Las derrotas, las retiradas, la indignidad de los dirigentes, acabaron por desmoralizar completamente a las tropas. Y era imposible hab a modo de corregirlo con ayuda de medidas administrativas, del mismo modo que no puede modificarse por medio de decretos el sistema nervioso de un pa s. Los soldados miraban ahora los montones de obuses con la misma repugnancia que si fueran montones de carne llena de gusanos. Todo les pareca estØtil, inservible, engaæo y robo. Y el oficial no pod a decirles nada de lo que ni se atrev a tampoco ya a ponerles la mano en la mejilla. El mismo se senta derribado por el viejo mando, a la par que se senta culpable ante el soldado. El ejØrcito estaba incurablemente enfermo, y ænicamente era imposible decidir de la suerte de la revoluci n pero para la guerra era como si no existiese. Y nadie cre a ya en el triunfo los oficiales tampoco, como los soldados. Ni el pueblo ni el ejØrcito quer an seguir combatiendo.

Claro estÆ que en las altas esferas administrativas, donde la vida segu a a un ritmo peculiar, segu a hablÆndose, por la fuerza de la inercia, de

raciones, de la ofensiva de primavera, de la ocupación de los estrechos, etc. En Crimea, se preparaban incluso grandes fuerzas para acometer una empresa. Se decía que, con este fin, habían sido designados los mejores elementos del ejército. De Petrogrado enviaban fuerzas de la Guardia Roja. Por otro lado, según cuenta un oficial que había iniciado la preparación de las fuerzas, el 25 de febrero, es decir, dos días antes de la revolución, los elementos resultaron pocos. En la indiferencia de aquellos ojos castaños y grises no se lea el menor deseo de combatir... Todos sus sentimientos, todas sus aspiraciones estaban concentrados en la paz.

Testimonios de éstos, o parecidos, se conservan no pocos. La revolución no hizo más que poner al descubierto lo que se venía gestando de atrás. Esto, el grito de: ¡Abajo la guerra! fue uno de los que más resonó durante las jornadas de febrero. Este grito se oía en las manifestaciones, y los obreros de Vyborg y los soldados de los cuarteles de la Guardia.

Cuando los diputados recorrieron el frente, a principios de marzo, sobre todo los que llevaban más tiempo de servicio, preguntaban invariablemente: ¿Y qué hay de la tierra? Los diputados contestaban simplemente que la cuestión agraria sería resuelta por la Asamblea Constituyente. Entonces, surge una voz que revela un pensamiento general oculto: ¿qué me sirve la tierra, si cuando me la den ya no existo? ¿Para qué entonces? Tal era el programa de la revolución que alzaban en un momento los soldados: primero, la paz después, la tierra.

En la Asamblea de los Soviets de toda Rusia, celebrada a fines de marzo, en la que hubo poca fanfarronería patriótica, uno de los delegados presentaba directamente a los soldados de las trincheras, expresando muy justo la manera como el frente había acogido la noticia de la revolución.

Todos los soldados dijeron: ¡Gracias a Dios, a ver si ahora tenemos tierra! Las trincheras encargaron a su delegado que dijera al congreso lo siguiente:

Estamos dispuestos a dar la vida por la libertad pero, pase lo que pase, queremos que se acabe la guerra. Era la voz viva de la revolución, sobre todo en la segunda parte del mensaje. Si es necesario sufrir, suframos, pero que los de arriba se apresuren a negociar la paz.

Las tropas zaristas que se hallaban destacadas en Francia, es decir, en un medio completamente artificial para ellas, estaban movidas por los mismos sentimientos y seguían exactamente las mismas etapas de descomposición del ejército de su país. Cuando oímos decir que el zar había abdicado y se había ido al extranjero a un oficial un viejo soldado campesino analfabeto nos dio ganas de decir que la guerra iba a acabarse... Al fin y al cabo, era el que nos había mandado a la guerra... ¿Qué necesidad tengo yo de la libertad, si he de seguir pudriéndome en las trincheras? Tal era la actitud típicamente revolucionaria de los soldados, innata y no imbuida: nada más que un soldado capaz de encontrar palabras tan simples y convincentes.

Los liberales y los socialistas semiliberales intentaban presentar

ci n como un levantamiento de carÆcter patri tico. El 11 de marzo, Milic a a los periodistas franceses: La revoluci n rusa se ha hecho para los obstÆculos que se interpon an en el camino de Rusia hacia la victoria hipocres a va asociada a la ilusi n, aunque hay que suponer que en las labras hay mÆs hipocres a que otra cosa.

Los reaccionarios declarados ve an las cosas con mÆs claridad. Von Veve, paneslavista de estirpe alemana, ortodoxo de procedencia luterana nÆrquico de extracci n marxista, fue el que puso al desnudo de un modo acertado, aunque fuera en el lenguaje del odio reaccionario, las verdades de la revoluci n. La revoluci n, en la que participaron las masas populares y principalmente los soldados dec a Struve , no era una explosi n patri tica la desmovilizaci n espontÆnea iba dirigida concretamente con la continuaci n de la guerra, es decir, se hac a para poner fin a Østa .

Aunque la idea sea exacta, en estas palabras se encierra, sin embargo, una calumnia. En realidad, la desmovilizaci n espontÆnea surgi de la guerra. La revoluci n no la cre i lo que hizo fue, por el contrario, contener el movimiento de deserci n, extraordinariamente acentuado en v speras de la revoluci n, se atenu en las primeras semanas que siguieron a Østa. El ejØrcito se esperaba. Confiando en que la revoluci n traer a la paz, el soldado no se atrev a sostener el frente sobre sus hombros: de otro modo, tal vez, el nuevo gobierno no pensaba Øl no podr a concertar la paz.

Los soldados informa el 23 de marzo el jefe de la divisi n de Granaderos expresan de un modo inequívoco el parecer de que no debemos atacar sino mantenernos a la defensiva . Los informes militares y pol ticos reflejaban esta idea en distintos tonos. El teniente Krilenko, viejo revolucionario general simo bajo los bolcheviques, atestiguaba que, para los soldados, el fin de la guerra se resolv a en aquel tiempo en esta f rmula: Mantener el frente, pero no atacar . En un lenguaje mÆs solemne y completamente serio, esto significaba: defender la libertad.

¡No se puede enterrar la bayoneta en el suelo! . En aquellos días dados, bajo la influencia de impresiones confusas y muchas veces contradictorias, se negaban incluso a escuchar a los bolcheviques. Es posible que, bajo la impresi n de algunos discursos poco felices, que los bolcheviques preocupaban de la defensa de la revoluci n y pod an impedir que el gobierno concertase la paz. Los peridicos y los agitadores socialpatriotas se esforzaban en convencer de esto a los soldados pero, aunque a veces no permitieron que los bolcheviques hablasen, los soldados rechazaron, desde los primeros días de la revoluci n, toda idea de ofensiva. A los pol ticos de la capital, era un equívoco que se pod a vencer ejerciendo sobre los soldados la presi n socialista. La agitaci n en favor de la guerra aumentaba en un grado extremo. La prensa burguesa explicaba en millones de ejemplares, a la luz de la guerra, el triunfo final, los fines de la revoluci n. Los colaboracionistas hacan propaganda, en un principio a media voz, y luego ya mÆs audazmente. La influencia de los bolcheviques, muy tenue en el momento de la revoluci n,

nuy más aen cuando millares de obreros mandados al frente por haber pado en huelgas, abandonaron las filas del ejèrcito. De este modo, nes de paz no encontraban expresi n franca y clara all donde más i en el frente. Esta situaci n daba a los comandantes y comisarios qu ilusiones consoladoras, la posibilidad de engañarse respecto a la v ci n. En los art culos y discursos de la Øpoca es frecuente la afir los soldados repudiaban la ofensiva, pura y exclusivamente por una ci n err nea de la f rmula sin anexiones ni indemnizaciones . Los nistas se esforzaban en explicar que tambiøn las guerras puramente eran compatibles en la ofensiva y, en ocasiones, incluso la exig an cuesti n versara realmente en torno a esta escolèstica estratØgica! sab an que la ofensiva implicaba la reanudaci n de la guerra. La ac tante del frente equival a a un armisticio. La teor a y la pràctica soldados respecto a la guerra defensiva eran una f rmula establecid do con los alemanes, acuerdo en un principio impl cito y luego expl nos tranquilos, y nosotros os dejaremos tranquilos a vosotros . El d a dar más a la guerra.

Los soldados se mostraban tanto menos propicios a dejarse arrast las exhortaciones guerras cuanto que, bajo pretexto de preparar la oficialidad reaccionaria intentaba, evidentemente, tomar en sus man das del poder. Entre los soldados empez a circular y se generaliz guiente: La bayoneta contra los alemanes la culata contra el enem La bayoneta ten a, desde luego, una misi n puramente defensiva. Los de las trincheras no pensaban en la anexi n de los Estrechos. Las a depaz constitu an una profunda corriente subterrènea que no hab a d en salir a la superficie.

Sin negar que ya antes de la revoluci n, se notaban en el ejØr mas negativos, Miliukov se atrevi a afirmar, mucho tiempo despuØs luci n, que el ejèrcito era capaz de realizar los objetivos que la asignado. La propaganda bolchevique escrib a este personaje en fu de historiador no penetr inmediatamente en el frente. Durante el p o mes y medio que sigui a la revoluci n el estado del ejèrcito era el problema se enfoca desde el punto de vista de la propaganda, com bastara para explicar el proceso hist rico. Aparentando luchar cont viques, a los cuales atribuye una fuerza m tica, Miliukov-lucha, en tra los hechos. Ya hemos visto cuèl era la verdadera situaci n del mos ahora c mo apreciaban los propios jefes su capacidad combativa meras semanas y aun en los primeros d as que siguieron a la revoluc

El 6 de marzo, el general simo del frente septentrional, general munica al ComitØ Ejecutivo que se estÈ manifestando una insubordina completa de los soldados con respecto a los superiores es necesari manden al frente elementos para tranquilizar al ejèrcito.

El jefe del estado mayor de la escuadra del mar Negro dice en su rias Desde los primeros d as de la revoluci n, comprend claramente

era posible continuar la guerra y que Østa estaba perdida . SegØn Øl, opinaba lo mismo y, si segu a en su puesto de jefe del frente, s lo e teger a la oficialidad contra las violencias.

El conde Ignatiev, que ocupaba un puesto elevado en la Guardia, es en marzo a Nabokov: Hay que hacerse a la idea de que la guerra estÆ t nada, de que no podemos seguir combatiendo, y no combatiremos. Los hom bres inteligentes deben buscar el modo de liquidar la guerra del mejor posible, pues de lo contrario se producirÆ una catÆstrofe... . TambiØn dijo en aquel entonces a Nabokov que hab a recibido numeros simas cart concebidas en los mismos tØrminos.

Las rar simas opiniones aparentemente mÆs favorables quedan casi t desvirtuadas por las aclaraciones suplementarias. El deseo de vencer pa persiste informa el jefe del segundo ejØrcito, Danilov , y en algu mientos incluso se ha acentuado . Pero inmediatamente observa: La dis decae... Convendr a aplazar las acciones ofensivas hasta que la situac malice (de uno a tres meses) . Y siguen unas l neas inesperadas: De l zos s lo llegan la mitad si siguen derritiØndose as y continÆan en l siendo tan indisciplinados, no se podrÆ confiar en el Øxito de la ofer

La divisi n es completamente capaz de librar acciones defensivas ma el valeroso general de la 51" divisi n de Infanter a, e inmediatame de: Es necesario librar al ejØrcito de la influencia de los diputados obreros . Sin embargo, esto no era tan fÆcil como parec a.

El jefe de la 182" divisi n informa al comandante del cuerpo: Cad se producen con mÆs frecuencia equ vocos por cuestiones insignificante esencia, pero amenazadores por su carÆcter cada vez es mayor la excit nerviosa de los soldados, y, con mayor raz n, de los oficiales .

Hasta aqu , s lo se trata de testimonios dispersos, aunque numeros ro he aqu que el 18 de marzo se celebra en el cuartel general una con cia del mando para examinar la situaci n del frente. Las conclusiones gan los organismos administrativos centrales son unÆnimes: En los mes ximos es imposible completar las fuerzas del frente en las proporcione necesarias, pues reina una gran fermentaci n en todos los regimientos conserva. El ejØrcito estÆ pasando por una enfermedad. Probablemente no s seguirÆ antes de dos o tres meses normalizar las relaciones entre los y la oficialidad. (Los generales no comprend an que la enfermedad, lej crecer, segu a progresando.) Por el momento, se nota algØn decaimiento los oficiales, efervescencia en las tropas y numerosas deserciones. La dad combativa del ejØrcito ha disminuido y es muy dif cil contar con o rra pueda seguir adelante en el momento actual . Conclusi n: Es inadn que actualmente se puedan llevar a la prÆctica las operaciones activas das para esta primavera .

Durante las siguientes semanas, la situaci n sigue empeorando rÆpi mente y los testimonios que lo abonan se multiplican sin cesar.

A fines de marzo, el general del 5" ejØrcito, Dragomirov, escrib a

ral Ruski: El espíritu bñlico ha decaído. No sólo los soldados no desean de atacar, sino que aun la facultad de mantenerse sencillamente defensiva ha disminuido, hasta el punto de poner en peligro los objetivos de la guerra... La política, que se ha extendido enormemente por todos los frentes del ejército... ha arrastrado a toda la masa de los soldados a no hacer más que una cosa: que acabe la guerra y volverse a casa .

El general Lukowski, una de las más firmes columnas de la reacción en el cuartel general, descontento del nuevo orden de cosas, pasó a principios de guerra a mandar un cuerpo de ejército, y, según él mismo nos cuenta, que la disciplina sólo seguía manteniéndose en los regimientos de artillería y de Ingenieros, en los cuales había muchos oficiales y soldados de confianza. Lo que se refiere a las tres divisiones de Infantería, se estaban desmoronando por completo .

Las deserciones, que disminuyeron después de la revolución bajo el efecto de la esperanza, volvieron a aumentar bajo la presión del desencanto general Alexiev, en la semana comprendida entre el 1 y el 7 de abril en el frente septentrional y occidental cerca de ocho mil soldados desertaron. Gran asombro escribieron a Guchkov informes de gente irresponsable sobre el magnífico moral del ejército. ¿Qué fines persiguen con esto? A lo más conseguiremos engañarles, y, en cambio, para nosotros el engaño será

Conviene señalar que hasta ahora casi en ninguna parte se habla de los bolcheviques: la mayoría de los oficiales no se habían hecho aún un nombre. Cuando los informes hablan de las causas de la descomposición del ejército, señalan como tales a los periódicos, a los propagandistas, a los vietes, a la política en una palabra, a la revolución de Febrero.

Aún había algunos jefes optimistas que confiaban en que todo se arreglaría. Había muchos más que cerraban deliberadamente los ojos ante lo que ocurría para no causar disgustos a las nuevas autoridades. Y, a la inversa, considerable número de jefes que exageraban conscientemente los síntomas de descomposición moralizándose para obtener de las autoridades medidas decisivas que, por el embargo, no podían o no se atrevían a llamar por su nombre. Pero el general del ejército, tal como lo dejamos señalado, es indiscutible que al ver la caída del antiguo régimen, el ejército estaba enfermo y la revolución primitiva al irresistible proceso de su desmoronamiento formas políticas que iban tomando poco a poco un carácter más implacablemente definido. La revolución llevó hasta sus últimas consecuencias no sólo las ansias de paz, sino también la hostilidad de la masa de los soldados hacia las clases gobernantes en general.

A mediados de abril, Alexiev informó personalmente al gobierno ruso, el cual, por lo visto, no disimulaba sobre el estado de espíritu del ejército. De acuerdo dice Nabokov del sentimiento de miedo y de desesperación que experimentó al escuchar aquello, se apoderó de él. Hay que suponer que cuando se hizo este informe, que sólo pudo ser en las primeras seis semanas que siguieron a la revolución, estar también presente Miliukov lo más probable

ra precisamente él el que trajera a Alexóiev del frente, con el fin de sus colegas y por medio de ellos a sus amigos los socialistas. Guchkov, efectivamente, después de esto, una conversación con los representantes del Comité Ejecutivo. Han empezado a lamentarse las funestas fraternizaciones y se registran numerosos casos de insubordinación directa. Las superiores pasan previamente por el tamiz de las organizaciones del ejército de los minutos. En algunos regimientos no quieren ni oír hablar de las unidades activas... Cuando la gente confía en que mañana habrá paz dice, no fundamento, Guchkov, es imposible obligarla hoy a arriesgar la cabeza aquí, el ministro de la Guerra sacaba esta conclusión: hay que dejar de paz en voz alta. Y como precisamente la revolución había enseñado a la gente a decir en voz alta lo que antes se guardaba para sus adentros, equivalía a decir: hay que acabar con la revolución.

El soldado, naturalmente, no tenía deseo alguno, ya desde el primer día de la guerra, de morir ni de pelear. Pero se resistía a ello del mismo modo que el caballo de batería se resistía a arrastrar un cañón pesado por el mismo que el caballo, no creía que pudiera verse nunca libre de la carga que le habían echado encima. Entre su voluntad y los sucesos de la guerra había ningún nexo. La revolución se lo descubrió. Para millones de soldados significaba el derecho a una vida mejor y, sobre todo, el derecho a la escueta, el derecho a proteger su existencia de las balas y los obuses, a proteger su cara del puño del oficial. En este sentido, decían que el proceso psicológico sustancial que se estaba operando en él consistía en el despertar de la personalidad. Las clases cultas creían en la traición contra la nación en aquella irrupción volcánica de individualidad revestida muchas veces formas anárquicas. En realidad, en los actos turbulentos de los soldados, en sus protestas desmandadas, hasta en sus escarmentados se estaba gestando sencillamente aquella nación que se creía a nada, a base de unos materiales grises, impersonales y prehistóricos. El bordamiento, tan odiado por la burguesía, del individualismo de la masa respondía precisamente al carácter de la revolución de Febrero, como respondía a la burguesía que era.

Pero no era éste su único contenido, pues en la revolución, además del campesino y de su hijo el soldado, participaba el obrero. Este hacía y que sentía su personalidad, y había ido a la guerra no sólo odiándola, la idea preconcebida de luchar contra ella, y la revolución no significaba sólo, pura y simplemente, el hecho escueto de la victoria, sino también el fofo parcial de sus ideas. El derrumbamiento de la monarquía era, para él un primer peldaño, en el cual no se detenía, pues, una vez remontado, se apresuraba a lanzarse tras otros objetivos. Para él todo el problema estaba en cómo hasta qué punto seguir apoyándole en sus luchas el soldado y el campesino. ¿Para qué quiero yo la libertad decía, repitiendo las palabras del obrero a la puerta del teatro, al que no le daban acceso -si las llaves de la libertad las tienen en sus manos los señores?. A través del inmenso caudal

revoluci n de Febrero se ve an resplandecer los rasgos acerados de
tubre.

XIV. Los gobernantes y la guerra

¿Qué se proponían hacer con esta guerra y con este ejército el Gobierno provisional y el Comité Ejecutivo?

Ante todo, hay que comprender la política de la burguesía liberal, era ella la que desempeñaba el papel predominante. Exteriormente, la guerra del liberalismo seguía siendo una política patriótica y agresivista, intransigente. En realidad, era una política llena de contradicciones, que no tardó en convertirse en derrotista.

Si no hubiera habido la revolución, la guerra se hubiera perdido de todos modos, aun sin la revolución, y es casi seguro que se hubiese concertado la paz separada, escribió más tarde Rodziánko, cuyos juicios no se distinguen por su originalidad, razón por la cual expresaban bastante bien la opinión extendida entre los elementos liberales conservadores. La sublevación de los batallones de la Guardia no auguraba a las clases poseedoras un triunfo exterior, sino una derrota interior. Y los liberales eran quienes menos inclinados a hacerse en este punto, puesto que habían previsto el peligro y luchado contra él como podían. El inesperado optimismo revolucionario de Miliúkov declaraba que la revolución no era más que un paso dado hacia la victoria; en realidad, el último recurso del desesperado. El problema de la guerra dejaba de ser, en sus tres cuartas partes, para los liberales, un problema especial. Presentaban que no iba a serles dado explotar la revolución a través de la guerra, y por esto les planteaba de un modo tanto más imperioso otro objetivo: explotar la guerra contra la revolución.

Ante los caudillos de la burguesía rusa se planteaban también en aquellos momentos, evidentemente, las cuestiones referentes a la situación interna de Rusia después de la guerra: las deudas y los nuevos empréstitos en los mercados de capitales y de productos. Pero no eran estas cuestiones las que de un modo inmediato informaban su política. Se trataba, no de obtener condiciones internacionales más ventajosas para la Rusia burguesa, sino de salvar a flote el propio régimen burgués aunque fuera a costa de dejar marchar a Rusia para lo futuro. Ante todo, repongan a esta clase, después de la muerte de los reyes, ya veremos de poner las cosas en orden. Y reponerse significaba liquidar la revolución.

Atizar el hipnotismo de la guerra y el estado de espíritu chovinista que daba a la burguesía la posibilidad de aliarse políticamente con las masas, ante todo con el ejército, contra los que pretendían llevar adelante

revoluci n. La aspiraci n consist a en presentar al pueblo la guerra del zarismo, con sus aliados y objetivos zaristas, como una nueva g defensa de las conquistas y las esperanzas revolucionarias. Caso de lo ¿c mo? , el liberalismo contaba firmemente con poder volver con revoluci n la opini n p blica patri tica que ayer le sirviera contra rasputiniana. Y si no se pod a salvar a la monarqu a como suprema i contra el pueblo, urg a doblemente aferrase a los aliados: durante la Entente representaba, desde luego, una instancia de apelaci n in blemente m s poderosa que hubiera podido ser una monarqu a propia.

La continuaci n de la guerra justificar a la conservaci n del apar tar y burocr tico del zarismo, el aplazamiento de la Asamblea Const subordinaci n del interior revolucionario al frente, o, lo que es lo generales que formaban un frente nico con la burgues a liberal. To blemas interiores, y muy principalmente el problema agrario, y toda ci n social, se aplazaban hasta la terminaci n de la guerra, que, a aplazaba hasta la consecuci n de una victoria en la que los liberales parte, no cre an. Y as , la guerra destinada a agotar al enemigo se una guerra destinada a agotar a la revoluci n. Es posible que no fu plan definido, meditado y deliberado cuidadosamente en las sesiones Pero ¿para qu! Este plan se desprend a l gicamente de toda la pol rior del liberalismo y del estado de cosas creado por la revoluci n.

Obligado a abrazar el camino de la guerra, Miliukov no ten a, na te, por quØ renunciar de antemano a llevar su parte en el bot n. No que la esperanza de que triunfases los aliados segu a siendo muy gr b a aumentado extraordinariamente al entrar los Estados Unidos en l. Es verdad la Entente era una cosa y Rusia otra. Los jefes de la bu sa hab an aprendido a comprender, en el transcurso de la guerra, qu debilidad econ mica y militar de Rusia, el triunfo de los aliados s rios centrales ten a que convertirse inevitablemente en su triunfo que, fueren cuales fueren las variantes posibles, saldr a irremedial la guerra quebrantada y debilitada. Pero los imperialistas liberales dido cerrar conscientemente los ojos ante esta perspectiva. Ciertamente poco les quedaba ya otro recurso. Guchkov declaraba sin ambages a s gos que s lo un milagro pod a salvar a Rusia, y que la esperanza en gro era todo su programa como ministro de la Guerra. Para su pol ti Miliukov necesitaba el mito de la victoria. No nos importa saber ha to cre a Øl personalmente en el triunfo desde luego, afirmaba tena Constantinopla ser a nuestra. Adem s, obraba con el cinismo que le liar. El 20 de marzo, el ministro de Negocios Extranjeros trat de y los embajadores aliados de que se traicionara a Servia, arrancando do la traici n de Bulgaria contra los imperios centrales. El embajador arrug el ceæo. Pero Miliukov insisti en la necesidad de renuncia gesti n a las consideraciones sentimentales y, al mismo tiempo, al mo que Øl mismo hab a predicado desde los tiempos de la derrota de

ra revoluci n. Ya Engels escrib a a Bernstein en 1882: ¿A quØ se redu el charlatanismo paneslavista? A la toma de Constantinopla, y nada mÆs.

Aquella acusaci n de germanofilia, mÆs aæn de venalidad a los alem que todav a ayer se esgrim a contra la camarilla palaciega, se esgrim contra la revoluci n. Conforme pasaban los d as, mÆs audaz, clara e im mente resonaba esta nota en los discursos y art culos del partido kade tes de apoderarse de las aguas turcas, el liberalismo enturbiaba las f envenenaba los pozos de la revoluci n.

Pero no todos los l deres liberales, ni mucho menos, ni todos desd de un modo inmediato, adoptaron despuØs de la revoluci n una actitud de transigencia ante la guerra. Muchos de ellos se mov an aæn dentro de l fera del estado de esp ritu prerrevolucionario, y enfocaban la perspec paz separada. Posteriormente, algunos de los dirigentes kadetes hablaba esto con completa franqueza. El mismo Nabokov ha confesado que ya el 7 marzo habl de una paz separada con los miembros del gobierno. Algunos mentos del centro directivo del partido kadete intentaron demostrar co mente a su jefe la imposibilidad de continuar la guerra. Miliukov, co lo fr o que le era habitual, demostr segæn cuenta el bar n de Nolde hab a mÆs remedio que alcanzar los objetivos de la guerra . El general que en aquel per odo se hab a acercado a los kadetes, apoyaba a Miliuk mando que el ejØrcito puede ser levantado . Y por lo visto estaba lla vantarlo este gran organizador de todas las calamidades del cuartel ge

Algunos liberales y dem cratas, mÆs cÆndidos, no comprend an la or taci n de Miliukov y le consideraban como el hidalgo defensor de la le la nobleza para con los aliados, como una especie de Don Quijote de la te. ¡Disparatado! DespuØs de la toma del poder por los bolcheviques, M no vacil ni un instante en dirigirse a Kiev, ocupado entonces por los y proponer sus servicios al gobierno de los Hohenzollern, que, a decir no se dio gran prisa en aceptarlos. El fin inmediato que persegu a Mil precisamente obtener para luchar contra los bolcheviques aquel mismo alemÆn con cuyo fantasma hab a intentado antes mancillar la revoluci muchos liberales, las apelaciones de Miliukov a Alemania en 1918 les p ron tan incomprensibles como en los primeros meses de 1917 su programa destrucci n del imperio germano. Aquellas dos conductas no eran mÆs qu anverso y el reverso de la misma medalla. Al disponerse a traicionar a dos, como antes a Servia, Miliukov no se traicionaba a s mismo ni tra a su clase, sino que practicaba consecuentemente la misma pol tica si cha no era muy decorosa, no se le culpe a Øl. Al tantear, todav a bajo mo, el camino de la paz separada, con el fin de evitar la inminente re al exigir la guerra hasta el fin para liquidar la revoluci n de Febrer go, al buscar la alianza con los Hohenzollern para derribar la revoluc tubre, Miliukov permanec a siempre fiel a los intereses de los poseedo no pudo hacer nada en su favor, estrellÆndose a cada uno de estos inte contra una nueva muralla, fue porque sus mandantes no ten an salvaci n

Lo que Miliukov echaba amargamente de menos en los días que siguieron al alzamiento revolucionario fue una ofensiva enemiga, un buen garramán asestado en la cabeza de la revolución. Por desgracia suya, los meses de marzo y abril eran poco propicios en el frente ruso, por las condiciones, para operaciones de gran envergadura. Y sobre todo, los alemanes en esta situación era cada día más grave, habían decidido después de grandes deliberaciones, entregar la revolución rusa a su suerte interior. Sólo el golpe desplegado en Stojod, el 20 y 21 de marzo, una iniciativa personal. Esta operación asustó al gobierno alemán, a la par que llenó de júbilo a el mismo impudor con que en tiempos del zar exageraba el éxito más espectacular, el cuartel general hinchaba ahora la derrota de Stojod, se esforzaba por la prensa liberal. El pánico, las retiradas y las lamentadas por las tropas rusas se describen ahora con el mismo deleite que antes se abultaban los prisioneros y el botín. La burguesía y los gendarmes zaban a todas luces la senda derrotista. Pero Lisingen fue contenido por los superiores, y el frente se vio nuevamente atascado y puesto a la espera del lodo de la primavera.

El plan de apoyarse en la guerra contra la revolución, sólo podía tener posibilidades de éxito a condición de que los partidos intermedios, sus masas populares, accedieran a tomar sobre sus hombros el papel principal en el mismo de transmisión de la política liberal. El liberalismo era incapaz de asociar la idea de la guerra a la de la revolución: no hacía todavía a las horas, sostenía que la revolución sería funesta para la guerra. Haber asumido esta misión a la democracia. Pero ante ésta, naturalmente, no se podía cubrir el pastel, no se la podía poner al corriente del plan, sino sólo con el anzuelo, explotar sus prejuicios, la jactancia de sus límites, que los grandes hombres de Estado, su miedo a la anarquía, su respeto superado por la burguesía.

En los primeros días, los socialistas nos vemos obligados a llamar en gracia a la brevedad, a los mencheviques y socialrevolucionarios a que hagan algo con la guerra. Chjeidze suspiraba: Siempre hemos hablado contra la guerra ¿cómo voy ahora yo a predicar su continuación? . El 20 de marzo, el Comité Ejecutivo decidió enviar un mensaje de salutación a Frunze. Con esta pequeña demostración, el ala izquierda intentaba traer un poco su conciencia socialista, no muy exigente, a la verdad. Con respecto a la guerra, el Soviet seguía mudo. Los jefes temían provocar un conflicto con el Gobierno Provisional en esta cuestión y ensombrecer la luna de miel con los socialistas. Temían también las discrepancias que entre ellos pudiesen surgir entre sus defensores de la patria y zimmerwaldianos. Pero unos y otros no querían reconocer sus discrepancias. La intelectualidad revolucionaria había sustruido la guerra, en su mayoría, un proceso de aguda degeneración burguesa. El patriotismo, declarado o encubierto, aliaba a los intelectuales con los mencheviques y los divorciaba de las masas. La bandera de Zimmerwald cubría a el ala izquierda no obligaba a mucho y, al mismo tiempo, per-

ner a descubierto la solidaridad patriótica con la pandilla rasputiniana. Ahora, el régimen de los Romanov había sido derrocado y Rusia se veía en un país democrático, que, desplegando al viento su bandera, en brillaban todos los colores de la libertad, se destacaba sobre el sombriopoliciaco de Europa, oprimida por las cadenas de la dictadura militar. ¿Hemos de defender nuestra revolución contra los Hohenzollern?, exclamaban los nuevos y los viejos patriotas que se hallaban al frente del Comité. Los zimmerwaldianos del corte de Sujénov y Stieklov argüían, sin gran éxito, que la guerra seguía siendo imperialista, puesto que los liberales querían que la revolución había de garantizar las anexiones que se habían hecho bajo el zar. Como voy a predicar yo la continuación de la guerra?, se preguntaba, preguntado, Chjeidze. Pero, como los propios zimmerwaldianos habían tomado la iniciativa de entregar el poder a los liberales, sus palabras no tenían ninguna fuerza. Después de algunas semanas de vacilaciones y indecisiones, se llevó a la práctica, con ayuda de Tsereteli, de un modo bastante satisfactorio, la primera parte del plan de Miliukov, y aquellos malos socialistas que se titulaban socialistas, se engancharon al carro de la guerra y arrastraron el lomo al látigo de los liberales, e hicieron esfuerzos indecibles para preparar el triunfo... de la Entente sobre Rusia, y el de América sobre Europa.

La principal misión de los conciliadores consistía en injertar el espíritu de la energía revolucionaria de las masas. De una parte, se esforzaban por suscitar la capacidad combativa del ejército, lo cual era difícil de conseguir del gobierno de la Entente que renunciase a las depredaciones, lo cual era ridículo. Tanto en un sentido como en otro, fueron de la misma índole el desencanto y del error a la humillación. Señalemos los primeros jalones del camino recorrido.

En las horas de su breve grandeza, Rodziánko se apresuró a publicar un decreto sobre el retorno inmediato de los soldados a los cuarteles y sometió a la oficialidad. La agitación promovida por este decreto en la guarnición obligó al Svieta a consagrar una de sus primeras sesiones a la cuestión de la suerte que le estaba reservada al soldado. En la atmósfera caldeada de aquellas horas, en el caos de una asamblea que tenía más de mitin que de sesión, bajo el dictado directo de los soldados, cuya acción no pudieron impedir las ausencias, surgió el famoso decreto número 1, único documento digno de la revolución de Febrero y que era la carta de la libertad otorgada al soldado revolucionario. Sus artículos audaces, que daban a los soldados la posibilidad de abrazar de un modo organizado la nueva senda, ordenaban: la creación de comités directivos en todos los regimientos la elección de representantes de los soldados en Svieta sumisión a éste y a sus comités en todas las acciones políticas conservación de las armas bajo el control de los comités de compañía y de batallón y no entregarlas a los oficiales bajo ningún concepto severa disciplina militar fuera de órbita plenitud de derechos políticos licencia del saludo fuera de servicio prohibición de tratar groseramente a los soldados, de tutearlos, etc.

Tales eran los frutos que los soldados de Petrogrado sacaban de su mando parte en la revoluci n. ¿Y pod an ser otros? Nadie se hubiera ofrecido a ofrecer resistencia. Mientras se preparaba el decreto, los jefes de los regimientos estaban absorbidos por mÆs altas preocupaciones. Los liberales, que negociaban con los liberales, lo cual les facilitaba una coartada de que poder ser, no tendrían necesidad de justificarse ante la burgues a y el mando.

A la par con el decreto nÆmero 1 , el ComitØ Ejecutivo, al darse cuenta de lo que hab a hecho, mand a la imprenta, a modo de contraveneno, un decreto dirigido a los soldados, que, so pretexto de condenar los crmenes de los soldados hac an justicia a los oficiales por propia iniciativa, sin recurrir al viejo mando. Los cajistas se negaron en redondo a componer el decreto. Sus democrÆticos autores no cab an en s e de indignaci n. ¿Adonde vamos a parar? Sin embargo, ser a err neo suponer que los cajistas de Petrogrado presalias sangrientas contra los oficiales. Pero les parec a que recurrir a los soldados a someterse disciplinadamente al mando zarista, al d a siglo, era la revoluci n, equival a a abrir de par en par las puertas de la revoluci n. Es cierto que aquellos cajistas se excedieron en sus derechos, pero que no se sent an tan s lo cajistas: a su juicio, se trataba de la revoluci n.

En aquellos primeros d as, cuando la suerte de los oficiales que pertenecían a los regimientos interesaba extraordinariamente tanto a los soldados como a los obreros, la organizaci n socialdemocrata interdepartamental, que simpatizaba con los bolcheviques, planteaba la cuesti n con audacia revolucionaria. Para que no os engañen los arist cratas y los oficiales de los regimientos lanzado a los soldados por dicha organizaci n , elegid vosotros mismos vuestros comandantes de pelot n, compaa e y regimiento. No aceptØis a los oficiales en los que tenØis confianza . Pero ¿quØ ocurri a? El decreto, que respondi a plenamente a la situaci n, fue inmediatamente rechazada por el ComitØ Ejecutivo, y Chjeidze la calific , en un discurso muy elocuidora. Los dem cratas, como vemos, no ten an el menor reparo en coartar la libertad de prensa cuando se trataba de asestar agolpes a las fuerzas revolucionarias. Por fortuna, su propia libertad andaba tambi n bastante restringida. Los obreros y soldados que apoyaban al ComitØ Ejecutivo como su rganismo de gobierno enmendaban en los casos importantes la pol tica de los dirigidos por el medio de su intervenci n directa.

A los pocos d as de esto, el ComitØ Ejecutivo intentaba ya desviarse del camino ante el decreto nÆmero 2 , el nÆmero 1, circunscribiendo su campo de acci n a la regi n militar de Petrogrado. Fue inÆtil. El decreto nÆmero 1 era derogable, por la sencilla raz n de que no creaba nada nuevo, sino que se trataba a consignar lo que era ya realidad visible en el interior del frente, y no hab a, quieras o no, mÆs remedio que acatar. Cuando teníais frente a los soldados hasta los diputados liberales rehu an hablar de los decretos nÆmero 1 . Sin embargo, en los dominios de la gran pol tica, este d ecreto se torn en el argumento principal de la burgues a contra los s

En este momento, los generales derrotados descubrieron en el decreto número 1, el obstáculo principal que les había impedido vencer a los alemanes. En Alemania se achacaban los verdaderos orígenes del decreto. Los conciliadores no cesaban de justificarse, y excitaban los nervios de los soldados al intentar arrebatárselos con la mano derecha lo que les habían dado con la izquierda.

Entre tanto, en el Sóviet la mayoría de los diputados ya no exigía que los jefes y oficiales se nombrasen por elección. Los demócratas se inquietaban por falta de mejores argumentos, Sujóv recurría al arma de la intimidación, diciendo que la burguesía a quien se había entregado el poder no accedería a reconocer en la milicia el principio electivo. Los demócratas se refugiaban en las vistas detrás de Guchkov. Los liberales ocupaban en su juego el mismo terreno que la monarquía había de ocupar, según ellos, en el juego del liberalismo.

Cuando abandoné la tribuna para volverme a mi sitio, cuenta Sujóv que me chocó con un soldado que me cerraba el paso, y, esgrimiendo el puño ante mis ojos, gritaba furiosamente y hablaba de los señores que no habían sido soldados. Después de aquel exceso, nuestro demócrata, perdiendo definitivamente el equilibrio, corrió en busca de Kerenski, y gracias a esto se dio un giro a la tierra al asunto como se pudo. Era lo único que esta gente sabía hacer.

Durante dos semanas había podido fingir que no se daban cuenta de la guerra. Pero la ficción no podía durar. El 14 de marzo, el Comité Ejecutivo presentó al Sóviet un proyecto de manifiesto: A los pueblos de todo el mundo. Redactado por Sujóv. La prensa liberal se apresuró a calificar el documento como un ataque a los conciliadores de derecha y de izquierda, de decreto número 1 de la política exterior. Pero este juicio era tan falso como el documento que se le oponía. El decreto número 1 era la respuesta honrada de la mayoría a los problemas que planteaba al ejército la revolución. El manifiesto del 14 de marzo no era más que una respuesta perversa de los de arriba a las objeciones que los habían formulado honradamente los soldados y obreros.

El manifiesto expresaba, naturalmente, el anhelo de una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones. Pero los imperialistas occidentales habían aprendido a servirse de esta fraseología mucho antes que la revolución de Febrero.

Precisamente por aquellos días, cuando se esperaba una paz duradera, honrada, democrática, se disponía a iniciarse la guerra. El honorable ministro Asquith hacía en el parlamento una clasificación científica de las guerras, de la cual se deducía de un modo irrefutable que debían condenarse por inmorales todas aquellas que se hallaran en contradicción con los intereses de Gran Bretaña. Por lo que a la diplomacia francesa se refiere, toda su política consistía en dar la expresión liberal más perfecta a su codicia de terrateniente. El documento soviético, al cual no se puede negar una sinceridad sincera y simplista, caía fatalmente en la trampa de la hipocresía francesa. El manifiesto prometía defender enérgicamente nuestra propia libertad contra el militarismo extranjero. Precisamente éste era el tipo de guerra que se venía

do los socialpatriotas franceses desde el mes de agosto de 1914. En el momento de que los pueblos tomen en sus manos la resolución del problema de la guerra y de la paz, proclamaba el manifiesto, cuyos autores confiaban, en nombre del pueblo ruso, la resolución de este magno problema al gran burgués alemán. Dirigiéndose a los obreros de Alemania y Austria-Hungría, el manifiesto decía: «¡No sigáis sirviendo de instrumento de rapiña y de esclavitud en manos de los reyes, los terratenientes y los banqueros!». Estas palabras cerraban la quintaesencia de la falsedad, pues los jefes del Soviet no quisieron siquiera pensado en romper la alianza que los ataba a los reyes de Inglaterra y de Bélgica, al emperador del Japón, y a los terratenientes y burgueses de su propio país y de los de la Entente. Al mismo tiempo que emprendía la dirección de la política exterior a Miliukov, que pocos días antes había intentado convertir la Prusia oriental en una provincia rusa, los jefes del Soviet llamaban a los obreros alemanes y austrohúngaros a seguir el ejemplo de la revolución rusa. Aquella teatral abjuración de la matanza no cambiaba nada esencialmente en el programa. Por medio de frases patéticas contra las sombras de los terratenientes y los reyes, los conciliadores, convertían el programa de Febrero en un instrumento de los reyes, los terratenientes y los burgueses de carne y hueso. Ya en el mensaje de salutación al Gobierno Provisional, George veía en la revolución rusa la prueba de que la guerra actual era esencialmente, la lucha por el gobierno popular y la libertad. El manifiesto del 14 de marzo se solidarizaba sustancialmente con Lloyd George y proporcionaba una valiosa ayuda a la propaganda militarista de Norteamérica. El programa de Miliukov estaba cargadísimo de razón cuando decía que el manifiesto de los socialpatriotas comenta con el típico tono pacifista desarrollando, en el fondo, la idea de que nos une a todos nosotros con nuestros aliados. No importa que los socialpatriotas rusos atacasen furiosamente el manifiesto ni que la censura francesa se le permitiera pasar, ello se debía al miedo a la interpretación que daban a su programa y a su movimiento las masas revolucionarias, crédulas aún.

Este manifiesto, escrito por un zimmerwaldiano, representaba un programa del ala patriótica. Los socialpatriotas locales recogieron la seña, y la convirtieron en una llamada a la guerra! se decretó inadmisibles. Hasta en los Urales y en Siberia, donde los bolcheviques tenían fuerzas, fue por unanimidad aprobado el manifiesto. La cosa no tenía nada de sorprendente, puesto que el Soviet de Petrogrado había reaccionado contra el documento.

Pocas semanas después venció y fue puesta al cobro una parte de la nueva letra de cambio aceptada. El Gobierno Provisional emitió un empréstito de guerra bautizado, naturalmente, de empréstito de la libertad. Teseo se esforzaba en demostrar que, puesto que el gobierno cumplía en general sus compromisos, la democracia tenía el deber de apoyar el empréstito. El Comité Ejecutivo, la oposición reunió más de la tercera parte de los votos en la reunión plenaria del Soviet (22 de abril), sólo votaron contra el empréstito 112 diputados, siendo el total casi de dos mil. De esto han sacado nosotros la conclusión de que el ejecutivo estaba más a la izquierda que

Pero esto no es cierto. Ocurr a, simplemente, que el S viet era mÆs que el ComitØ Ejecutivo. Si la guerra era la defensa de la revoluci n, dar dinero para aquella, apoyar el emprØstido. El ComitØ Ejecutivo revolucionario, sino mÆs evasivo. Viva de equ vocos y reservas. Apoyaba al general , al gobierno, criatura suya, y s lo asum a sobre s la responsabilidad de la guerra en la medida en que... . Estas mezquinas astucias no llegaban a las masas. Los soldados no pod an combatir en la medida en que ni siquiera simplemente en general .

A fin de consolidar el triunfo de la raz n de Estado sobre la raz n popular, el 1 de abril el gobierno puso oficialmente a la cabeza de las armadas al general AlexØiev, el mismo que el 5 de marzo se dispon a dirigir las bandas de propagandistas . Ya todo estaba en orden. El inspirador pol tico exterior del zar, Miliukov, era ministro de Estado. El general de los ejØrcitos zaristas, AlexØiev, era general simo de la revoluci n. La disciplina quedaba perfectamente establecida.

Al mismo tiempo, los jefes soviØticos se ven an obligados, por la situaci n, a deshacer ellos mismos los nudos de la red que hab a creado la democracia oficial tem a mortalmente a los jefes y oficiales, a quienes se apoyaba. No pod a dejar de someterlos a vigilancia, aspirando, al mismo tiempo, a apoyar Østa en los soldados y a hacerla en lo posible independiente de ellos. En la sesi n del 6 de marzo, el ComitØ Ejecutivo reconoci la necesidad de nombrar comisarios cerca de todas las armas y las instituciones militares. De este modo se creaba una triple relaci n: las tropas electas por los soldados, los comisarios designados en el S viet el ComitØ Ejecutivo destacaba sus comisarios en las tropas finalmente, al frente de cada unidad militar hab a un comite de soldados que ven a a ser algo as como una cØlula de base del S viet.

Una de las misiones mÆs importantes de los comisarios consist a en controlar el mando, a fin de percatare de la confianza que pudiera merecer el punto de vista pol tico. El rØgimen democrÆtico no tard en suponer el paso al autocrÆtico , escribe Denikin, indignado, e inmediatamente se hizo de habilidad con que su estado mayor interceptaba y le transmit a a Øl la correspondencia cifrada que sosten an los comisarios con Petrogrado. Aquella que se vigilase a los monÆrquicos y a los esclavistas sublevaba, naturalmente, la conciencia. En cambio, el robar la correspondencia de los comisarios al gobierno era muy plausible. Pero, cualquiera que sea el aspecto que se presente a la cuesti n, lo cierto es que las relaciones internas del aparato directivo aparecen con una meridiana claridad: los dos, por lo visto, se miraban mutuamente y se vigilan, recelosos y hostiles. Lo ÷nico que les une es el amor a los soldados. Los propios generales y almirantes, fueran cuales fueran sus planes y sus esperanzas para el futuro, ven an claramente que hab a modo de renunciar a la careta democrÆtica. El reglamento de los regimientos de escuadra fue redactado por Kolchak Øste confiaba en poder estrangular el d a de maÆana, pero como no era posible dar un paso sin los comites de soldados, necesitaba del cuartel general que los sancionara. El general Markov,

futuros caudillos blancos, enviaba también al ministerio, a principios de 1918, un proyecto de nombramiento de comisarios destinados a vigilar la lealtad al mando. He aquí cómo las leyes seculares del ejército, es decir, las del burocratismo militar, se rompieron como pajas al empuje de la revolución.

Los soldados enfocaban los comités desde el punto de vista opuesto. Reuniéndose en torno a ellos contra el mando, y si bien los comités defendían a los jefes contra los soldados, era sólo hasta cierto límite. La situación a quien ponía el veto el comité se hacía insostenible. Así, fue evidente, por práctica consuetudinaria, el derecho de los soldados a separarse de los jefes. Según Denikin, hacia el mes de julio habían sido eliminados en el frente occidental hasta sesenta jefes viejos, desde el jefe de cuerpo al de regimiento. Análogos destituciones se llevaban a cabo también dentro de los regimientos.

Entre tanto, el Ministerio de Guerra, el Comité Ejecutivo, los órganos de enlace que perseguían como fin establecer formas de relación y de mando dentro del ejército, elevar la autoridad del mando y reducir los comités a un papel secundario, principalmente administrativo, estaban empeñados en una menuda labor burocrática. Pero mientras que los altos jefes intentaban en vano ahuyentar la sombra de la revolución, los comités iban formando una fuerte red centralizada, que se elevaba hasta el Comité Ejecutivo de Mando y que consolidaba de un modo orgánico su poder dentro del ejército. Sin embargo, el Comité Ejecutivo sólo se servía de él para mantener unido el ejército a la guerra por medio de los comisarios y los comités. Los soldados estaban en el trance, cada vez más apremiante, de meditar cómo era posible que los comités elegidos por ellos dijeran tan a menudo no lo que ellos, los soldados, pensaban, sino lo que los jefes querían.

Las trincheras enviaban a la capital un número cada vez mayor de comités para orientarse y saber a qué atenerse. Desde principios de abril el contacto de la capital con el frente no se interrumpe. No pasaba día sin que en el palacio de Taurida se presente una comisión de soldados del frente. Esos soldados devanan los sesos intentando descifrar los misterios de la política del Comité Ejecutivo, que no sabe dar una sola respuesta clara a las preguntas que ellos hacen. El ejército asume trabajosamente la posición soviética para conseguirse de un modo muy claro de la inconsistencia que impera en la dirección de los soviets.

Los liberales, que no se atreven a oponerse abiertamente al Soviet, no pueden tan luchar por la conquista del ejército. Es, naturalmente, el chovinismo que, según ellos, ha de servirles de lazo para atraérselo. El ministro Kadet, en una de las conversaciones sostenidas con los delegados de las trincheras, defendió el decreto de Guchkov contra la excesiva indulgencia hacia los prisioneros basándose en las ferocidades alemanas, las palabras del frente no encontraron buena acogida. Lejos de ello, la reunión se pronunció decididamente en favor de que se mejorara la situación de los prisioneros. Los hombres eran los mismos a quienes los liberales acusaban de salvajismo. Lo que ocurría era que aquellos hombres grises del frente tenían su criterio

putaban perfectamente l cito tomar represalias contra el oficial que los soldados, pero les parecia indigno tomarlas contra un soldado aleman por las crueldades reales o supuestas de un Ludendorff. Las masas de la moral no se habian hecho para aquellos campesinos, toscos.

Las tentativas de la burguesia para apoderarse del ejercito detuvieron una especie de pugilato entre los liberales y los conciliadores en el seno de los delegados del frente occidental, que tuvo lugar de los dias 15 a 20 de abril. Aquel primer congreso de las tropas del frente habia de servir para meter al ejercito a una prueba politica decisiva, y ambas partes enviaron a Minsk a sus mejores fuerzas. Del S viet fueron Tsereteli, Chjeidze, Govzdiov de la burguesia y el propio Rodzianko, el kadete Rodichev y el teatro de Minsk, abarrotado de gente, reinaba una tension apasionada que se derramaba sobre toda la ciudad. Las comunicaciones de los delegados del frente ponian la realidad al descubierto. La confraternizacion con el ejercito rojo de polvora, los soldados van tomando la iniciativa con una audacia vez mayor, el mando no puede ni pensar en medidas represivas. ¿Que podian decir all los liberales? Puestos ante aquel auditorio caldeado, abandonaron inmediatamente a la idea de oponer sus consignas a las del S viet y se limitaron a dar la nota patriota en los discursos de salutacion, que se fue en esfumarse completamente. El combate fue ganado sin lucha por los comunistas, los cuales no necesitaron conducir a las masas contra la burguesia, no, por el contrario, contenerlas. En el congreso dominó el grito de la fraternidad equivocadamente entretelado con el de la defensa de la revolucion, y el espiritu del manifiesto del 14 de marzo. La proposicion del S viet de declarar la guerra fue aprobada por 610 votos contra 8 y 46 abstenciones. La esperanza de los liberales de alzar al frente contra el interior del ejercito contra el S viet, se desvanecia por completo. Por su parte, los comunistas regresaban del congreso mas asustados que satisfechos de su triunfo, pues habian visto los espíritus inflamados por la revolucion y que eran impotentes para dominarlos.

xv. Los bolcheviques y Lenin

El día 3 de abril llegó Lenin a Petrogrado de la emigración. Hasta esto no empieza el partido bolchevique a hablar en voz alta y, lo que es portante, a tener voz propia.

El primer mes de la revolución fue para el bolchevismo un periodo de concierto y vacilaciones. En el manifiesto del Comité Central de los bolcheviques escrito inmediatamente después de triunfar el movimiento de Febrero, se

Los obreros de las fábricas, así como los soldados sublevados, deben elegir inmediatamente sus representantes en el gobierno revolucionario provisivo. Este manifiesto vio la luz en el órgano oficial del Soviet, sin comentarios, como si se tratara de un documento académico. Y es que hasta los dirigentes bolcheviques atribuían a su consignación un valor meramente decorativo. No hablaban como representantes de un partido proletario que se pone a afrontar una lucha imponente por la conquista del poder, sino como ala izquierda de la democracia que, al proclamar sus principios, tiene el deber de oponerse lealmente durante un periodo de tiempo indefinido.

Sujánov afirma que en la sesión celebrada por el Comité Ejecutivo el 1º de marzo se discutieron las condiciones de traspaso del poder. Contrario al deseo mismo de la constitución de un gobierno burgués no se alzó ni una voz, a pesar de que, de los 39 miembros del Comité Ejecutivo, 11 eran bolcheviques y simpatizantes: tres de ellos, Zalutski, Shlyapnikov y Mlotov ocupaban el centro.

Al día siguiente, según cuenta el propio Shlyapnikov, de los 400 diputados presentes en la sesión del Soviet, sólo votaron en contra de la entrega del poder a la burguesía 19, cuando la fracción bolchevique contaba ya con 40 votos. La votación se desarrolló en medio de la mayor tranquilidad, en medio de un ambiente parlamentario perfecto, sin que los bolcheviques formularan proposiciones alguna clara en contra, y sin provocar lucha ni agitación de ninguna clase en la prensa bolchevique.

El 4 de marzo, el buró del Comité Central votó una resolución acerca del carácter contrarrevolucionario del Gobierno Provisional y la necesidad de pasar a la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. El Comité de Petrogrado, para quien esta resolución no tenía, como así era, un valor puramente académico, puesto que no indicaba qué se debía hacer, se enfocó el problema desde el extremo opuesto. Teniendo en cuenta la resolución acerca del Gobierno Provisional votada por el Soviet,

no se opone al poder del Gobierno Provisional en la medida en que, en esencia, la posición de los mencheviques y socialrevolucionarios, se plegaba sobre la segunda línea. Esta posición abiertamente oportunistica del Comité de Petrogrado no contradecía más que en la forma a la adoptada por el Comité Central, cuyo carácter académico no significaba escuetamente la avenencia política con el hecho consumado.

Esta predisposición a allanarse silenciosamente o con reservas a los intereses de los burgueses no halló, ni mucho menos, una acogida incondicional entre los miembros del partido. Los obreros bolcheviques se estrellaron inmediatamente contra el Gobierno Provisional como contra una fortaleza enemiga que se les presentó inesperadamente en su camino. El comité de Vyborg celebraba mítines con miles de obreros y soldados, en los que se votaban, casi por unanimidad, las soluciones haciendo resaltar la necesidad de que el Soviet tomara en sus manos el poder. Digelstedt, que participó activamente en esta campaña política, atestigua: No hubo un solo mitin, una sola asamblea obrera que se opusiera a nuestras proposiciones, si había alguien que se las presentara en los primeros días, los mencheviques y los socialrevolucionarios no se atrevían a plantear abiertamente ante el auditorio de obreros y soldados la cuestión del poder tal como ellos la concebían. En vista del éxito que obtuvo la campaña de los obreros de Vyborg, fue impresa y fijada por las esquinas como un programa. Pero el comité de Petrogrado le puso el veto y los bolcheviques no tuvieron más remedio que someterse.

En lo tocante al contenido social de la revolución y a las perspectivas de su desarrollo, la posición de los dirigentes bolcheviques no era más que una copia de la de Shlyapnikov. Coincidieron con los mencheviques en que estaban atravesando un momento revolucionario que se caracterizaba por la decadencia del régimen feudal, el cual debía ser sustituido por las libertades del régimen burgués. En su primer programa describieron: La misión fundamental consiste... en la instauración del régimen democrático republicano. El mandato a los diputados obreros, el comité de Moscú declaró que aspira a conseguir las libertades necesarias para luchar por el socialismo que es su objetivo final. La tradicional alusión al objetivo final aumentó considerablemente la distancia histórica que separaba esta posición del socialismo. Nadie iba más allá. El miedo a rebasar los límites de la revolución dictaba una política expectante, de adaptación y de retirada manifiesta, con consignas de los conciliadores.

No es difícil comprender la grave repercusión que tenía en las masas esta falta de decisión política por parte del centro. Nos limitaremos a citar el testimonio de uno de los dirigentes de la organización de Saratov, un partido, que había tomado una participación activa en el movimiento revolucionario, había dejado escapar, evidentemente, la influencia que tenía en las masas, las cuales fueron a parar a manos de los mencheviques y los socialrevolucionarios. Nadie sabía cuáles eran las consignas de los bolcheviques en este cuadro muy poco agradable.

Los bolcheviques de izquierda, empezando por los obreros, hacían todo lo posible para romper el cerco. Pero tampoco ellos sabían cómo hacer frente a los argumentos acerca del carácter burgués de la revolución y de los peligros de aislamiento del proletariado, y se sometían a regañadientes a las órdenes de la dirección. Las distintas tendencias que se dibujaban en el partido pronto chocaron con bastante violencia, unas contra otras, desde el primer momento sin que ninguna de ellas llevase sus ideas hasta las últimas consecuencias. Pravda reflejaba este estado confuso y vacilante de las ideas del partido, pero no contribuía en lo más mínimo a armonizarlas. Hacia mediados de marzo se complicó aún más la situación, al llegar del destierro Kámenev y Stalin, quienes hicieron un giro francamente derechista a la política oficial del partido.

Kámenev, bolchevique casi desde la fundación del partido, había sido siempre en el ala derecha. No carecía de preparación teórica ni de sentido práctico, y estaba dotado de una gran experiencia de la lucha entre las fracciones rusas del partido y de una reserva considerable de observaciones políticas adquiridas en los países occidentales, todo lo cual le permitía asimilar muchos otros bolcheviques las ideas de Lenin, pero siempre para darles en la práctica la interpretación más pacífica posible. De él no cabía esperar originalidad en la decisión ni iniciativa en la acción, Kámenev, magnífico poeta, orador y periodista reflexivo, aunque no brillante, era un elemento de valor cuando había que entablar negociaciones con otros partidos o involucrarlo en lo que sucedía en otras esferas sociales, bien entendido que de estas negociaciones volvía siempre trayendo adherido algo de los medios ajenos. Estos consejos de Kámenev eran tan claros y tan patentes, que casi nadie se equivocaba cuando se trataba de juzgar su personalidad. Sujánov observa en él la ausencia

de ángulos agudos: Hay que llevarle siempre a rastras, y si alguna vez se quiere el remolón, no es difícil reducirle. En el mismo sentido se expresa, de él, Stankievich: La actitud de Kámenev respecto a los adversarios era suave, que parecía avergonzarse de la intransigencia de su posición. Su cometido era, indudablemente, más que un adversario, un mero elemento de oposición. A esto, poco hay que añadir.

Stalin era un tipo de bolchevique perfectamente distinto, tanto por su psicología como por la misión que desempeñaba dentro del partido: su actividad era la de un sólido organizador, teórico y políticamente primitivo. Como periodista que era, había pasado una larga serie de años al lado de los emigrantes en la emigración, donde se concentraba la labor teórica del partido, pero que era lo que se llama un práctico, sin horizontes teóricos, sin gran interés por los problemas políticos y sin el menor conocimiento de idiomas extranjeros, no había quien le apartase del solar ruso. Los militantes de este tipo hacían breves escapadas al extranjero, de tarde en tarde, para recibir instrucciones, ponerse de acuerdo sobre la labor que habían de desarrollar y volver en seguida a Rusia. Stalin se distinguía entre los elementos prácticos por su energía, su tenacidad y su inventiva en las combinaciones de entre bastidores. Kámenev, hombre tímido, se avergonzaba de las consecuencias prácticas

que llevaba el bolchevismo Stalin propendía, por el contrario, a el menor miramiento ni atenuación las conclusiones prácticas adoptadas una mezcla de tenacidad y grosería.

A pesar de esta divergencia tan grande de caracteres, Kámenev y abrazan, a principios de la revolución, una posición común, y no te particular, pues se completaban mutuamente. Concepción revolucionar voluntad revolucionaria es lo mismo que un reloj con el muelle roto tero político de Kámenev iba siempre retrasado con relación a los olucionarios. Pero, por otra parte, la ausencia de una amplia conc tica condena al político de más voluntad de la indecisión ante acon importantes y complejos. Un empírico como Stalin es terreno abonado en el florezcan todas las influencias extrañas, no por parte de la no del pensamiento. Y he aquí cómo un publicista sin voluntad y un dor sin horizontes teóricos llevaron, en marzo, su bolchevismo hasta las mismas del menchevismo. Stalin resultó ser todavía, mas incapaz menev para adoptar una posición personal dentro del Comité Ejecutivo entró a formar parte como representante del partido. En las actas n sa no ha quedado una sola proposición, declaración o protesta en la mos a Stalin expresar el punto de vista bolchevique frente a la sum democracia ante el liberalismo. Sujánov dice en su aquel en tonces, los bolcheviques tenían en el Comité Ejecutivo, además de K Stalin. Durante su modesta actuación dentro del Comité Ejecutivo, p y no sólo a la impresión de una mancha gris, que a veces brillaba mente con una luz tenue que no dejaba rastro. Es todo lo que se pue de él. Si Sujánov, en términos generales, no aprecia en todo su va no puede negarse que caracteriza bastante acertadamente su falta de nalidad política en aquel Comité Ejecutivo conciliador.

El 14 de marzo, se aceptaba por unanimidad el manifiesto. A los de todo el mundo, que interpretaba el triunfo de la revolución de favor de la Entente y ponía al movimiento revolucionario ruso el cu patriótico francos. Era, a no dudar, un gran éxito de Kámenev y Sta nido, evidentemente, sin gran fuerza. Hablaba de este documento co mo de un compromiso consciente entre las distintas tendencias repr das en el S viet.

Hubiera debido añadir que el tal compromiso implicaba una franca ra con las ideas de Lenin, que en el S viet nadie defendía.

Kámenev, miembro de la redacción del órgano central en el extran Stalin, miembro del Comité Central, y Muranov, diputado de la Duma, v a también de Siberia, destituyeron a la antigua verdad por de masiado izquierdista, y, amparándose en sus derechos, hartos probl asumieron la dirección del periódico a partir del 15 de marzo. En e que la nueva redacción anunciaba sus propósitos se decía que los bo apoyarían decididamente al Gobierno Provisional en cuanto luchase reacció n y la contrarrevolución. Respecto a la guerra, los nuevos

pronunciaban de un modo igualmente categórico: mientras el ejército albedezca al káiser, el soldado ruso deberá permanecer firme en su puesto contestando a las balas con las balas y a los obuses con los obuses. La consigna no debe ser un ¡Abajo la guerra! sin contenido. Nuestra consigna debe ser: ejercer presión sobre el Gobierno Provisional con el fin de obtener la disposición de los países beligerantes respecto a la posibilidad de celebrar negociaciones inmediatamente... Entre tanto, todo el mundo debe permanecer en supuesto de combate. Lo mismo las ideas que el modo de formularlas son defensistas hasta la médula. La fórmula de presionar a un gobierno imperialista, con el fin de inclinarle a una actitud pacifista, era la de Kaustky en Alemania, el de Jean Longuet en Francia, el de Mac Donald en Inglaterra pero distaba mucho de ser el de Lenin, que predicaba el derrocamiento del régimen imperialista. Defendiéndose de los ataques de la prensa patriótica Pravda iba todavía más lejos: Todo derrotismo afirmaba o, por mejor decir, lo que la prensa mal informada estigmatizaba bajo la censura con este nombre, desapareció en el momento de aparecer en las calles. En Petrogrado el primer regimiento revolucionario. Esto equivalía a romper con la posición mantenida por Lenin. El derrotismo no era, ni mucho menos, una invención de la prensa enemiga amparada por la censura, sino la fórmula de Lenin: La derrota de Rusia es el mal menor. Ni la aparición del primer regimiento revolucionario, ni aun el derrumbamiento de la monarquía modificaba el carácter imperialista de la guerra. El día en que salió el primer número de Pravda transformado fue cuenta Shlyapnikov un día de júbilo general para los defensistas. Todo el palacio de Taurida, desde los hombres del comité de la Duma hasta el corazón mismo de la democracia revolucionaria el Comité Ejecutivo estaba absorbido por una noticia: el apoyo de los bolcheviques moderados y razonables sobre los extremistas. El propio Comité Ejecutivo nos acogieron con sonrisas burlonas... Cuando el número de Pravda se recibió en las fábricas, llevó una completa perplejidad al ánimo de los afiliados y simpatizantes de nuestro partido y una gran alarma a nuestros adversarios... En los suburbios la indignación era inmensa, y los proletarios se enteraron de que se habían producido en los pañeros llegados de Siberia, antiguos redactores del periódico, se excluyeron del partido.

Pravda no tuvo más remedio que publicar una enérgica protesta de los obreros de Vyborg: Si el periódico no quiere perder la confianza de los obreros, debe sostener la antorcha de la conciencia revolucionaria, por lo que moleste a la vista de las lechuzas burguesas. Las protestas de obreros llevaron a la redacción a mostrarse más cauta en la expresión, pero no a cambiar la política. Hasta el primer artículo publicado por Lenin, a su regreso del extranjero, pasó por las columnas del periódico sin dejar huella en la mente de sus redactores. La orientación derechista navegaba a velas desplegadas en nuestras campañas de propaganda cuenta Digelstedt, representante del ala izquierda tenemos que tomar en consideración el principio de la dualidad

poder... y demostrar su carácter inevitable a aquella masa de obreros que en el transcurso de medio mes de vida política intensa se había pasado en una concepción completamente distinta de sus objetivos.

La política del partido en el resto del país se acomodaba, naturalmente a la verdad. En muchos soviets, las propuestas presentadas acerca de problemas fundamentales se votaban por unanimidad los bolcheviques votaban sin rechistar la mayoría. En la conferencia de los soviets de Moscú los bolcheviques se adhirieron a la resolución presentada por los patriotas respecto a la guerra. Finalmente, en la conferencia de representantes de 82 soviets de toda Rusia, celebrada en Petrogrado a fines de principios de abril, los bolcheviques votaron por la resolución oficial de poder, que defendió Dan. Esta notable aproximación política a los bolcheviques responde a las tendencias conciliadoras, que ya habían tomado un auge. En las provincias, bolcheviques y mencheviques formaban parte de organizaciones mixtas. La fracción Kamenev-Stalin iba convirtiéndose más marcadamente en el ala izquierda de la democracia revolucionaria, que se plegaba a la mecánica de la presión parlamentaria de entre bastidores sobre la burguesía, combinándola con una presión de entre bastidores sobre la democracia.

El centro espiritual del partido residía en el sector del Comité Central en Petrogrado y en la redacción del *Organización Socialista*. Lenin, ayudado por Zinoviev, llevaba toda la labor de dirección. Las funciones de gran responsabilidad, corrían a cargo de Krupskaya, la mujer de Lenin. Las funciones prácticas, este pequeño centro se apoyaba en algunas docenas de bolcheviques emigrados. Durante la guerra, la falta de contacto con el mundo exterior, caracteres graves, tanto más cuanto más la policía militar de la guerra apretando su círculo de hierro. La explosión revolucionaria, tan añorada y esperada durante largos años, cogió desprevenido al centro bolchevique. El mundo exterior se negó categóricamente a dejar entrar en Rusia a los emigrados bolcheviques, cuya lista llevaba celosamente. Lenin, enjaulado en su prisión, desesperaba buscando el modo de evadirse. Entre los cien planes que se le presentaron había uno que consistía en hacer el viaje con el pasaporte de un ciudadano escandinavo. Lenin, torturado por esta idea, no desperdició ocasión para hacer oír su voz desde Suiza. Ya el 6 de marzo telegrafía a Petrogrado: Estocolmo: Nuestra táctica: desconfianza absoluta, negar todo apoyo al gobierno. Recelamos especialmente de Kerenski. No hay más garantía para armar al proletariado. Elecciones inmediatas a la Duma de Petrogrado. Los bolcheviques deben estar bien separados de los demás partidos. Las primeras instrucciones deben ser las de tener carácter episódico lo de elecciones a la Duma y no al Parlamento. Esto había de quedar eliminado este punto. Los demás extremos, concretados en una forma telegráficamente escueta, señalan ya perfectamente la orientación general de la política leninista. Simultáneamente, Lenin comienza a publicar sus cartas desde Lejpsic, apoyándose en la fragmentaria información que los periódicos extranjeros, hacen un análisis definitivo de la situación.

Las noticias de los periódicos extranjeros le permiten llegar en la conclusión de que el Gobierno Provisional, directamente apoyado no por Kerenski, sino por Chjeidze, está engañando con bastante éxito a los rusos haciendo pasar como defensiva la guerra imperialista. El 17 de marzo es por conducto de los amigos de Estocolmo, una carta llena de inquietud. El partido se cubre a para siempre de oprobio, se suicida a propósito se dejara llevar por esta azagaza... Preferir a incluso romper inmediatamente con quien fuese, dentro de nuestro partido, a hacer concesiones de ningún género al socialpatriotismo... . Después de esta amenaza, aparentemente personal, pero dirigida en realidad contra determinadas personas. Lenin a Kámenev debe comprender que sobre él recae una verdadera responsabilidad histórica. Alude directamente a Kámenev porque se trata de cuestiones de principio. Si se hubiera tratado de problemas prácticos combativos hubiera apuntado de seguro a Stalin. En aquellos momentos, cuando se esforzaba en hacer llegar a Petrogrado, a través de la Europa húngara, la voz de su firme voluntad, Kámenev, apoyado por Stalin, viraba resuelta proa al socialpatriotismo.

Los planes de evasión a base de maquillaje, pelucas, pasaportes falsos y otros trucos iban abandonándose uno tras otro, por irrealizables. De un modo que vez más perfilado, iba tomando cuerpo la idea de atravesar por Alemania. Este plan asustaba a la mayoría de los emigrados, no sólo a los patriotas y otros mencheviques no se decidían a asociarse a aquella descarada osadía de Lenin y seguían llamando inútilmente a las puertas de la Entente. Pero también muchos los bolcheviques que, después de realizado, pusieron muy próximos a aquel viaje, al encontrarse con que el famoso vagón precintado torpecía un poco sus campañas de propaganda. A Lenin no se le escapaban aquellas posibles dificultades futuras. Poco antes de salir de Zurich, escribió: Los patriotas de Rusia pondrán el grito en el cielo, naturalmente que disponerse a oír lo que digan. El dilema era éste: o quedarse en Ginebra o pasar por Alemania. No había otra salida. ¿Y podía Lenin vacilar ni un minuto? Un mes después, ni un día más ni menos, Mártov, Axelrod y otros se vieron obligados a seguir su ejemplo.

En la organización de este insólito viaje atravesando un país en plena guerra se nos revelan los rasgos esenciales de Lenin como político: la rapidez en el propósito y la previsión cuidadosa en la ejecución. Desde este gran revolucionario se albergaba un notario meticuloso que sabía lo que se hacía a entre manos y se ponía a levantar acta de un paso que podía contribuir a echar por tierra todas las actas notariales. Aquella especie de tratado internacional de tránsito, concertado entre la redacción del periódico de los rusos y el Imperio de los Hohenzollern, contenía las condiciones del paso de los rusos por el territorio alemán, trazadas con exquisita escrupulosidad. Lenin era el viaje de tránsito completa extraterritorialidad los viajeros cruzaban Alemania sin que nadie tuviese derecho a pedirles los pasaportes, registrar los equipajes ni poner el pie en el vagón durante el viaje (de aquí na

yenda del vagón precintado). Por su parte, los emigrados se compraron para gestionar, una vez en Rusia, la liberación de un número igual de prisioneros alemanes y austrohúngaros.

Antes de partir, los rusos firmaron con algunos revolucionarios una declaración en los términos siguientes: Los internacionalistas dirigidos a Rusia con el fin de ponerse al servicio de la revolución: levantar a los proletarios de los demás países, sobre todo a los de Austria, contra sus gobiernos, firmada por Lorito y Guilbeaux, de Alemania Platten, de Suiza los diputados izquierdistas suecos y otros. Con estas condiciones y cautelas, salieron de Suiza a fines de 1914 y otros emigrados rusos aun en tiempos de guerra, en que abundaban las naciones potentes, aquellos viajeros eran carga de una fuerza explosiva.

En su carta de despedida a los obreros suizos, Lenin les recorda la declaración hecha en el otoño de 1915 por el órgano central de los bolcheviques.

Si la revolución rusa lleva al poder a un gobierno republicano que quiere proseguir la guerra imperialista, los bolcheviques estarán en contra de la patria republicana. Esta situación se ha producido. Y nosotros queremos nada con un gobierno Guchkov-Miliukov. Con estas palabras ponemos a el pie en el territorio de la revolución.

Pero los miembros del Gobierno Provisional no ven en ello motivo de intranquilidad. Nabokov cuenta: En una de las sesiones celebradas en marzo por el Gobierno Provisional, como se hablase en una pausa de los que iban tomando las propagandas bolcheviques, Kerenski dijo, rídiculo históricamente, como de costumbre: Aguardad, aguardad a que llegue y ya veréis entonces lo que es bueno. Y Kerenski tenía razón. Sin ministros, según Nabokov, no creían que hubiera razón para inquietarse solo hecho de atravesar por Alemania quebrantar hasta tal punto el prestigio de Lenin, que no habría por qué temerle. Los ministros se mostraban como en todo, muy perspicaces.

Algunos amigos y disculpados acudieron a recibir a Lenin en Finlandia pronto como entramos en el vagón y nos sentamos cuenta Rasklnikov, un oficial de la Marina y bolchevique, Vladmir Ilich se lanzó sobre mí: ¿Qué diablos estáis escribiendo? Hemos visto algunos números, ¡y os hemos puesto buenos!... Tal era el encuentro, después de varios días de separación. Lo cual no quiere decir que no fuese cordial.

El comité de Petrogrado, con ayuda de la Organización Militar, reunió varios miles de obreros y soldados para recibir solemnemente a Lenin. La presencia de vehículos blindados puso a disposición del comité todos los medios. El comité decidió acudir a la estación con los blindados: la gente trabaja ya sus simpatías por aquellos monstruos de hierro con los cuales se puede contar en las calles de una ciudad.

El relato de la recepción oficial, que tuvo lugar en el llamado "paseo" de la estación de Finlandia, es una página muy animada en las volúmenes casi siempre monotónos de Sujánov. Lenin, tocado con un gorro

donde de piel, el rostro helado y empujando un magnífico ramo de flores. Entró en el salón del zar, o, por mejor decir, se precipitó en él. Al llegar del salón se detuvo ante Chjeidze como si hubiera tropezado con un obstáculo completamente inesperado. Y entonces Chjeidze, sin perder su aspecto frío o pronunció el siguiente discurso de salutación, que tenía más de moral que de otra cosa, no sólo por el tono, sino también por el espíritu animaba: Camarada Lenin: Le saludamos al llegar a Rusia, -en nombre de los comunistas de Petrogrado y de toda la revolución... Pero entendemos que en la actualidad la principal misión de la democracia revolucionaria consiste en nuestra revolución contra todo ataque, tanto de dentro como de fuera. Confiamos en que usted abrazará con nosotros estos mismos fines. Chjeidze. Yo, sorprendido, estaba desconcertado... Pero Lenin sabía muy bien, por lo tanto, qué actitud había de adoptar ante aquello. De pie en medio del salón recibió como si todo lo que estaba ocurriendo allí no tuviera nada que ver con él. Miraba a derecha e izquierda, se fijaba en los que le rodeaban, clavaba los ojos en el techo, arreglaba su ramo de flores, que armonizaba muy mal con la decoración, y después, volviendo completamente la espalda a la delegación del Comité Ejecutivo, contestó del modo siguiente: Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros: Me siento feliz al saludar en vosotros a la revolución triunfante, al saludaros como a la vanguardia del ejército proletario internacional... No está lejos ya el día en que, respondiendo al llamamiento de nuestro camarada Carlos Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra los plotadores capitalistas... La revolución rusa, hecha por vosotros, ha inaugurado una nueva era. ¡Viva la revolución socialista mundial! .

Sujénov tenía harta razón: el ramo de flores armonizaba mal con la presencia de Lenin, le estorbaba y cohibía, indudablemente, desentonando sobre el ambiente severo de los acontecimientos que se estaban desarrollando. A Lenin no le gustaban las flores en ramo. Pero todavía tenía que cohibirle mucho más a propósito de la recepción oficial, celebrada en el salón regio. Chjeidze era afortunado en su discurso de salutación. A Lenin le temía un poco. Pero le había anhelado indudablemente, que era menester hacer entrar en razón, desde el principio, a aquel sectario. Completando el discurso de Chjeidze, que demuestra un notable nivel de los que dirigen la política, a un joven comandante de batallón que hablaba en nombre de los marineros se le ocurrió expresar el deseo de que Lenin entrara a formar parte del Gobierno Provisional. Así era como la recepción de Febrero, endeble, verbosa y un poco simple también, recibía a un hombre que llegaba con el firme propósito de ponerse al frente de ella como jefe de gobierno y la acción. Estas primeras impresiones, que decuplicaban el sentimiento de inquietud que ya traía consigo Lenin, provocaron en él una indignación difícil de contener. Había que poner manos a la obra inmediatamente. En la estación de Finlandia, al volver la espalda a Chjeidze para ir a ver a los marineros y los obreros, al abandonar la defensa de la patria para volver a la revolución mundial y trocar el Gobierno Provisional por Liebknecht, Sujénov anticipaba como un pequeño ensayo la que había de ser toda su política.

A pesar de todo, aquella revoluci n, un poco chapucera, recibidamente en sus brazos al gu a con efusi n. Los soldados exigieron que se subiera a uno de los blindados, y Lenin no tuvo mÆs remedio que cerles. Las sombras de la noche deben a aquel desfile un carÆcter i Los blindados llevaban todas las luces apagadas, y el reflector del en que iba Lenin hend a las tinieblas. La luz recortaba sobre las s calle a la masa de obreros, soldados y marineros que hab an hecho u na revoluci n, pero dejÆndose luego arrebatar el poder de -las manos sica militar dej de tocar varias veces durante el trayecto, para q diese repetir su discurso de la estaci n, en diversas variantes, an dumbre que sal a a su paso. Fue una recepci n triunfal y brillante SujÆnov , y hasta muy simb lica .

En el palacio de la Kchesinskaya, donde se hallaba instalado el yor bolchevique en el nido de sedas de una bailarina palaciega mez fortuita que hab a de regocijar la iron a siempre despierta de Leni ron de nuevo los discursos de salutaci n. Lenin soportaba aquella a discursos ditirÆmbicos con la impaciencia con que un transeunte acu pera que pase la lluvia, refugiado en un portal. Le satisfac a el j que produc a su llegada, pero se lamentaba de que este jÆbilo se ex con tal derroche de palabras. El tono de los saludos oficiales le p do, imitaci n del de la democracia pequeæoburguesa, declamatorio, f timental. Ve a que la revoluci n, antes de asignarse sus fines y tr mino que hab a de seguir, hab a creado ya una etiqueta propia y fat nin se sonre a con una sonrisa que ten a su parte de bondad y de re miraba el reloj y, de vez en cuando, bostezaba seguramente. Apenas an disipado las palabras del æltimo saludo cuando el ins lito viaje bre el auditorio el torrente de sus ideas apasionadas, que no pocas tallaban como latigazos. Por aquel entonces, los bolcheviques no se aæn del arte de la taquigraf a. Nadie tomaba notas, todos -estaban e mente pendientes de lo que suced a. Aquel discurso de Lenin no se h vado no qued mÆs huella de Øl que la impresi n general que dej e cuerdo de los que le oyeron. AdemÆs, el tiempo se ha encargado de r lo, aæadiendo entusiasmo y quitando miedo. Pues en realidad la impr fundamental del discurso, aun en los mÆs allegados, fue de eso, de r das las f rmulas habituales que se cre an arraigadas, a fuerza de r vez y otra durante un mes seguido, se ve an destruidas unas tras ot ojos del auditorio. La breve rØplica de Lenin en la estaci n, lanza ma de los hombros del estupefacto Chjeidze, se desarrollaba ahora e

1. En el gran trabajo colectivo publicado bajo la direcci n del profesor Pokrovski toria de la Revoluci n de Octubre (MoscÆ, 1927), se dedica a la desorientaci n de ak escrito apologetico de un tal Baievski que, por la falta absoluta de escrÆpulos con hechos y los documentos, habr a que calificar de c nico, si su pueril impotencia no al desnudo.

curso de dos horas destinado directamente a los militantes bolcheviques y a los obreros de Petersburgo.

Sujánov se hallaba allí por casualidad, en calidad de invitado, gracias a la condescendencia de Kámenev. Lenin no podía soportar aquellas amabilidades. Pero, gracias a esta circunstancia, contamos con un relato mitad hostil y mitad entusiasta del primer encuentro de Lenin con los bolcheviques de Petrogrado, hecho por un observador ajeno al partido.

No olvidar nunca aquel discurso, parecido a un trueno, que me contó cuando vi y asombrado, y no sólo a mí, hereje que había entrado allí sin derecho a entrar, sino a todos los correligionarios. Puedo afirmar que nadie esperaba un discurso parecido. Se diría que habían salido de sus madrigueras todas las fuerzas elementales y que el espíritu de la destrucción, arrollando sin miramientos las dudas, las dificultades, los cálculos, se cernía sobre la Kchesinskaya, por encima de las cabezas de los disculpados hechizados.

Para Sujánov, las dificultades y los cálculos consistían principalmente en las vacilaciones de los redactores de *Novaya Zhizn* [Vida Nueva], mientras tomaban el té en casa de Máximo Gorki. Los cálculos de Lenin iban más allá. Y no eran las fuerzas elementales precisamente las que se cernían sobre ella, sino el pensamiento de un hombre que no se arredraba ante las fuerzas elementales y se esforzaba en conjurarlas con el fin de reducirlas. Pero la impresión está dada con bastante relieve.

Cuando me puse en camino con los camaradas dijo Lenin, según Sujánov me figuró que desde la estación me llevarían directamente a la casa de Pedro y Pablo. Como vemos, no hay nada de eso. Pero no perdamos la esperanza. ¡Ya llegará ese día! . Mientras que para los demás los centros de la revolución tendían a reforzar la democracia, para Lenin la perspectiva inmediata representaba la fortaleza de Pedro y Pablo. Aquello parecía una broma de mal augurio. Pero no, Lenin, y con él la revolución, no estaba jugando bromas.

Lenin se lamenta Sujánov echó por la borda la reforma agraria en su forma legislativa, así como la política del Sviat, y proclamó la explotación organizada de la tierra por los campesinos, sin esperar a que se la concediera ningún poder del Estado.

¡No nos interesa nada la república parlamentaria, la democracia burguesa! ¡No nos interesa ningún gobierno que no sea el de los sviets de obreros, soldados y campesinos! .

Al propio tiempo, Lenin trazaba una línea divisoria clara entre el Sviat y el Sviat, arrojando a ésta al campo enemigo. Bastaba esto, en aquellos tiempos que corrían, para que el vortigo se apoderara de los oyentes.

Sólo la izquierda zimmerwaldiana defiende los intereses proletarios de la revolución mundial dijo Lenin, según la transcripción irritada de Sujánov. Los demás son oportunistas como los otros, de los que dicen buenas palabras y, en la práctica..., traicionan al socialismo y a las masas obreras.

Lenin atacó decididamente la táctica de los elementos dirigentes

tido y los diferentes camaradas antes de llegar al discurso de Ilich, haciendo la referencia de Sujánov. Estaban presentes los militares más visibles del partido. Pero para ellos el discurso de Ilich fue un verdadero acontecimiento y tendí un rubicón entre la táctica de ayer y la de hoy. Como veremos, no se tendió tan pronto.

El discurso no suscitó discusión: todo el mundo estaba como apañado queriendo poner un poco de orden en sus ideas. Salí a la calle temblando con la sensación de que me habían golpeado la cabeza con un hierro. Me acordaba de una cosa clara: ¡No, yo no podré seguir jamás el camino trazado por Lenin! . ¡Claro que no! ¡Pues no faltaba más!

Al día siguiente, Lenin sometió al partido una breve exposición sobre el punto de vista y que con el nombre de tesis del 4 de abril se convirtió en uno de los documentos más importantes de la revolución. Las tesis expresaban ideas sencillas en palabras no menos sencillas para todo el mundo. La república, fruto de la insurrección de Febrero, no es una república, ni la guerra que mantiene es nuestra guerra. La misión de los bolcheviques consiste en derribar al gobierno imperialista. Esto se puede hacer gracias al apoyo de los socialrevolucionarios y mencheviques, que apoyan en la confianza que en ellos tienen depositada las masas populares. Nosotros representamos una minoría. En estas condiciones no se puede querer hablar del empleo de la violencia por nuestra parte. Hay que enseñar a la masa a desconfiar de los conciliadores y defensores. Hay que actuar con paciencia. El éxito de esta política, impuesta por la necesidad, será seguro y nos conducirá a la dictadura del proletariado, y con ella a la caída del régimen burgués. Romperemos completamente con el capital, romperemos sus tratados secretos y llamaremos a los obreros de todo el mundo a romper con la burguesía y a poner fin a la guerra. Iniciaremos la revolución internacional. Sólo el triunfo de ésta consolidará el nuestro y asegurará el camino al régimen socialista.

Las tesis de Lenin fueron publicadas exclusivamente como obra suya. Los organismos centrales del partido las acogieron con una hostilidad silenciosa por la perplejidad. Nadie, ni una organización, ni un grupo, ni una persona tampoco su firma al pie de ese documento. Incluso Zinoviev, que había trabajado con Lenin del extranjero, donde su pensamiento se había formado durante años bajo la influencia directa y cotidiana del maestro, se apartó a un lado. Y este apartamiento no tenía nada de inesperado para Zinoviev, que conocía muy bien a su discípulo. Kamenev era un propagandista y un agitador. Zinoviev, un agitador y nada más que un agitador, según decía Lenin. Para ser jefe, le faltaba, sobre todo, el sentido de la responsabilidad. No es sólo esto. Su pensamiento, carente de disciplina interna, es absolutamente incapaz de toda labor técnica y se disuelve en la intuición informal. Gracias a esta intuición excepcionalmente aguda, Zinoviev cogía siempre el vuelo de las fórmulas de que necesitaba, es decir, las que le facilitaban el más efectivo sobre las masas. Lo mismo como orador que como periodista.

siempre, invariablemente, un agitador, con la diferencia de que en los discursos se destacan más sus lados flojos, mientras que en los discursos predomina los fuertes. Zin viev, mucho más intrépido e impetuoso para la agitación que ningún otro bolchevique, es aún más incapaz que Kámenev de toda iniciativa revolucionaria. Es indeciso, como todos los demagogos. Al pasar de la paz a las querrelas intestinas a los combates directos de masas, Zin viev se dejaba casi automáticamente de su maestro.

Durante estos últimos años, no han faltado tentativas encaminadas a demostrar que la crisis sufrida por el partido en abril no fue más que una orientación pasajera y casi casual. Al menor contacto con los hechos, las tentativas se desvanecen.

Lo que ya sabemos respecto a la actuación del partido en el transcurso de los meses de marzo nos revela la existencia de discrepancias profundas entre Lenin y los dirigentes petersburgueses. Precisamente en el momento de la llegada de Lenin a Petrogrado estas discrepancias cobraban su máxima tensión. A la hora de la asamblea de representantes de los 82 soviets, en que Kámenev y Stalin votaron por la proposición acerca del poder presentada por los socialrevolucionarios y los mencheviques, se celebraba en Petrogrado una reunión de bolcheviques llegados de todos los puntos de Rusia. Esta reunión, a la que Lenin asistió hacia el final, tiene excepcional interés, pues revela el estado de ánimo y las opiniones del partido, o, por mejor decir, de su sector dirigente, que había salido de la guerra. La lectura de las actas, que hasta hoy nos parecen tan nudo perplejos, sugiere esta pregunta: ¿es posible que un partido representado por aquellos delegados pudiera tomar el poder con mano férrea siete meses después?

Ha transcurrido ya un mes desde el derrumbamiento de la autocracia zarista, un mes considerable tanto para la revolución como para la guerra. Sin embargo, el partido no se han definido aún las posiciones acerca de los problemas candentes de la revolución. Los patriotas extremos como Voitinski, Eliash, tomaban parte en la reunión al lado de los que se consideraban internacionales. El tanto por ciento de patriotas declarados, aunque incomparablemente inferior al de los mencheviques, era considerable. La conferencia dejó pendiente la cuestión que se planteaba: ¿separarse los patriotas del partido, o unirlos a los patriotas mencheviques? En los intervalos de las sesiones de la asamblea bolchevique se celebraban otras en que tomaban parte conjuntamente los bolcheviques y los mencheviques delegados a la conferencia soviética, con el fin de deliberar acerca de la guerra. El más exaltado de los patriotas mencheviques, L. Ber, declaró en esta reunión: Hay que dejar a un lado la antigua división entre bolcheviques y mencheviques y tratar exclusivamente nuestra actitud ante la guerra. El bolchevique Voitinski se apresuró a proclamar que estaba dispuesto a poner su firma debajo de todas y cada una de las palabras de Lenin. Los dos revueltos, bolcheviques y mencheviques, patriotas e internacionales, buscaban una fórmula común para expresar su actitud ante la guerra.

Donde las opiniones de la asamblea bolchevique hallaron, indudablemente,

te, su expresi n mÆs adecuada fue en el informe de Stalin acerca de que habr a de mantenerse frente al Gobierno Provisional. No hay mÆs que reproducir aqu la idea central de este informe, que, -al igual que las actas, no ha visto hasta ahora la luz. El poder estÆ-compartido en ganos, ninguno de los cuales tiene su plenitud. Entre ellos hay, y mente tiene que haber, rozamientos y luchas. Los papeles se han repartido. El S viet ha asumido, de hecho, la iniciativa de las transformaciones necesarias el S viet es el gu a revolucionario del pueblo insurreccionado destinado a controlar al Gobierno Provisional. Este, por su parte, en la prÆctica, la misi n de consolidar las conquistas del pueblo revolucionario. El S viet moviliza las fuerzas, controla. El Gobierno Provisional, empezando, se asigna por cometido consolidar las conquistas -del pueblo ya de un modo efectivo por Øste. Esta situaci n tiene aspectos negativos pero tambiØn positivos: no nos convendr a forzar por ahora los acontecimientos, acelerando el proceso de eliminaci n de los sectores burgueses que tarde deberÆn inevitablemente apartarse de nosotros .

El ponente, pasando por alto el concepto de clase, enfoca las relaciones entre la burgues a y el proletariado como una simple divisi n del trabajo. obreros y soldados hacen la revoluci n, Guchkov y Miliukov la consolidan exactamente la concepci n tradicional del menchevismo, una mala copia de los acontecimientos de 1789. Esta actitud de mera observaci n expectativa del proceso hist rico, la asignaci n de misiones a las distantes clases para la cr itica y tutelar de su cumplimiento, no puede ser mÆs menchevista. La idea de que no es conveniente acelerar el desplazamiento de la burgues a a la revoluci n fue siempre el criterio supremo de toda la pol itica de los mencheviques. Esto, en la prÆctica, significaba frenar, poner sordina al movimiento de las masas para no asustar a los aliados liberales. Finalmente, las conclusiones de Stalin respecto al Gobierno Provisional entran de lleno en la formula de los conciliadores: Hay que apoyar al Gobierno Provisional en la medida en que Øste consolide los avances de la revoluci n por el contrario, no deberÆ apoyar en aquello en que sea contrarrevolucionario .

El informe de Stalin fue presentado el d a 29 de marzo. Al d a siguiente el ponente oficial de la asamblea de los s viets, el socialdemocrata Skripnik, hallaba al margen de todo el partido, al defender aquel criterio de conciliaci n con el Gobierno Provisional, trazaba, arrastrado por la elocuencia y el entusiasmo de la actuaci n de estos consolidadores de la revoluci n respecto a las reformas sociales, tendencias monÆrquicas, protecci n a las fuerzas reaccionarias, apetitos anexionistas que la conferencia de los bolcheviques, inquieta, hubo de abandonar la formula de apoyo. El bolchevique de derecha, Skripnik, declar : El informe de Stieklov ha aportado nuevos elementos que aclaran el claro estÆ que ahora no se puede ya hablar de apoyo, sino, por el contrario, de resistencia . Skripnik llegaba tambiØn a la conclusi n de que, despuØs del informe de Stieklov, las cosas han cambiado mucho: ya no se puede hablar de apoyo al Gobierno Provisional nos hallamos en presencia de un complejo

por Øste contra el pueblo y la revoluci n . Un d a antes de que trazara el cuadro id lico de divisi n del trabajo entre el Gobierno Provisional Stalin se vio obligado a suprimir el punto relativo al apoyo. Se promovieron cuantos debates breves y superficiales en torno a la cuesti n de saber si se deba apoyar al Gobierno Provisional en la medida en que... , o a una acci n revolucionaria. Vasiliev, delegado de Saratov, declar , no sin motivo. Respecto al Gobierno Provisional, tenemos todos una misma actitud. Voitsinski formul la situaci n de un modo todav a mÆs claro: - Entre Stalin y yo no hay discrepancias, por lo que a la actuaci n prÆctica se refiere no estaba completamente falto de raz n, a pesar de que Voitsinski se paase a los mencheviques inmediatamente despuØs de la conferencia Stalin suprimi el punto relativo al apoyo, pero el apoyo como tal qued en pie. El ðnico que intentaba discutir la cuesti n desde el punto de vista de los principios fue Krasikov. Los aquellos viejos bolcheviques que hab an estado apartados del partido durante una serie de aæos y que ahora intentaban retornar a sus filas cargados con el peso de la experiencia de la vida. Krasikov no se asust de llamar a Lenin con su nombre: ¿Es que os disponØis, acaso, a instaurar la dictadura del partido? , preguntaba ir nicamente. Pero la conferencia pas por alto la pregunta, la pregunta, como cosa poco digna de atenci n. La resoluci n votada en la conferencia invitaba a la democracia revolucionaria a impulsar al Gobierno Provisional a luchar con todas sus fuerzas por liquidar de raz el viejo orden, decir, que reservaba al partido el papel de institutriz de la burguesía.

Al d a siguiente se deliber acerca de la proposici n presentada por Tsereteli sobre la uni n de bolcheviques y mencheviques. Stalin acogió la proposici n con toda simpat a: Debemos acceder a lo solicitado. -Es necesario que definamos nuestro punto de vista acerca de la unificaci n. sta podrÆ resolverse sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal . M lotov, separado por Kamenev de Stalin ~~era~~ causa de la orientaci n excesivamente radical que imprimió al peri dico, objet que Tsereteli pretend a unir a elementos heterogØneos. Øl se calificaba tambiØn de zimmerwaldiano y que la uni n as concebida era falsa. Pero Stalin insist a en su punto de vista: No hay por quØ adelantar los acontecimientos dec a y hablar de antemano de discrepancias. Si hay discrepancias de criterio no cabe vida de partido en el seno de Øste, ademÆs con las pequeæas desavenencias . Se dir a que toda la lucha sostenida por el partido contra el socialpatriotismo y su mÆscara pacifista durante los aæos de guerra hab a sido completamente inØtil. En septiembre de 1916, Lenin fue llamado a Petrogrado con gran insistencia, por medio de Shlyapnikov: El espiritu ciliador y las tendencias unificadoras es lo mÆs nocivo que pueda existir en el partido obrero en Rusia es, no s lo una idiotez, sino la ruina del partido. Si lo podemos fiarnos de los que han sabido comprender todo el engaæo que se encierra en la idea de unidad y la necesidad de romper con toda esa unidad (con Chjeidze y compæ a) en Rusia . Pero esta advertencia pas de desapercibida. Stalin entend a que las discrepancias de criterio con Tsereteli, el bloque del S viet, eran pequeæas desavenencias con las que se pod a

dentro del partido unificado. Este criterio es el que mejor refleja el lin en aquel entonces.

El 4 de abril, Lenin se presenta en la conferencia bolchevique. Él mismo, encaminado a comentar las tesis, equivale, dentro de las tareas de la conferencia, a la esponja húmeda del maestro que borra todo lo escrito en el encerado por el alumno sin preparación.  Por qué no se ha tomado el poder?, pregunta Lenin. Poco antes, Stieklov había explicado confusamente en la asamblea del S viet, las causas de la abstención: el car cter de la revolución, la primera etapa, la guerra, etc. Esto es absurdo y no tiene ning n fundamento. La  nica razón es que el proletariado no es lo bastante consciente y a ni est  suficientemente organizado. Hay que reconocerlo. La fuerza real reside en manos del proletariado pero la burguesía ha resultado demasiado consciente y estar mejor preparada. Es un hecho monstruoso, pero hay que reconocerlo franca y abiertamente y decir al pueblo que si no ha tomado el poder, ha sido por su desorganización y la falta en él de una conciencia.

Lenin saca el problema de la madriguera de falso objetivismo en el que se atrincheraban los elementos del partido que habían capitulado polticamente para situarla en el terreno subjetivo. El proletariado no había tomado el poder en febrero, porque el partido de los bolcheviques no estuvo a la altura de la misión objetiva y no pudo impedir que los conciliadores expropiaran el poder de las masas del pueblo en provecho de la burguesía.

Todavía el día anterior, el abogado Krasikov decía, en tono de ironía, que entendemos que ha llegado el momento de implantar la dictadura del proletariado, hay que plantear la cuestión de la fuerza física, en el sentido del poder, está indudablemente con nosotros. Al llegar aquí, el proletario us  la palabra a Krasikov, alegando que se estaban discutiendo objetivos y que el problema de la dictadura no figuraba en el orden del día. Lenin estimaba que el único problema verdaderamente pr ctico que se presentaba era precisamente el de preparar la dictadura del proletariado. La situación del momento actual en Rusia decía en sus tesis consiste en el tránsito a la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía y a la tarea de preparar el proletariado de la organización y la claridad de conciencia. La segunda, que deber  entregar el poder al proletariado y a los campesinos.

La conferencia bolchevique, siguiendo las tesis, describía los objetivos de la revolución a las transformaciones democr ticas que deber  realizarse por medio de la Asamblea Constituyente. Lenin, por el momento, declaraba: La realidad viva y la revolución relegan la Asamblea Constituyente a segundo término... La dictadura del proletariado existe, pero no hay que hacer con ella.

Los delegados se miraban unos a otros, se decían que Ilich había pasado demasiado tiempo en el extranjero, que no se había dado plena cuenta de la situación, que estaba orientada. Pero el informe de Stalin acerca de la reciente división del trabajo entre el Gobierno Provisional y el S viet

para siempre y sin remedio en el pasado que no vuelve. Stalin, después de aquello, selló los labios. Se estuvo largo tiempo callado. Si lo Kameney se le permitiera para defenderse.

Ya desde Ginebra, Lenin advertía en sus cartas que estaba dispuesto a romper con todo el que hiciera la menor concesión en cuanto a la guerra. Si se inclinara o se inclinase a pactar con la burguesía. Ahora, puesto frente a frente con el sector dirigente del partido, se lanza al ataque en toda regla. Por el momento, no cita todavía nombres de bolcheviques. Si tiene necesidad de aludir a algún ejemplo viviente de falsedad o de medias tintas, señala el dedo a los elementos que se hallan fuera del partido, a Stieklov o a Ze. Es el procedimiento habitual de Lenin: no dejar a nadie abandonado en posición prematuramente, con el fin de darle tiempo a volver al buen camino debilitando con ello de antemano la posición de los futuros enemigos. Kameney y Stalin entendían que, después de Febrero, el soldado y el obrero que luchaban en las trincheras, defendían la revolución. Lenin opina que el soldado y el obrero siguen encadenados a la guerra como forzados de guerra del capital. Hasta nuestros bolcheviques dice, estrechado el cerco de los adversarios manifiestan confianza en el gobierno. Esto sólo se puede explicar por la embriaguez de la revolución. Es la ruina del socialismo... Si encontramos que tomar caminos distintos aunque para ello tenga que quedar minoría. No se trata de una simple amenaza oratoria: se ve que es una amenaza clara y meditada que sabe adonde conduce.

Lenin, que no quiere nombrar a Kameney ni a Stalin, se ve obligado, a pesar de esto, a mentar el período exige del gobierno que renuncie a las anexiones. Exigir que un gobierno de capitalistas renuncie a las anexiones, en su propia estupidez, es una burla escandalosa... La indignación contenida sale a la superficie en una nota aguda. Pero el orador se domina inmediatamente y está dispuesto a decir todo lo que sea necesario, pero ni una sola palabra. De paso, Lenin da normas incomparables de política revolucionaria: Cuando las masas declaran que no quieren conquistas, hay que creerlas pero cuando Krov y Lvov dicen lo mismo, son unos impostores. Cuando el obrero dice que lucha por la defensa del país, habla en el instinto del hombre oprimido. El patriotismo, llamado por su nombre, parece simple como la vida misma, pero la realidad consiste precisamente en eso, en llamarlo a tiempo por su nombre.

Refiriéndose al manifiesto del Soviet a todos los pueblos del mundo, Lenin ha dado pie al período diplomático. Declarar que el pacifismo se transformaba en Rusia en una ideología común a nosotros y a nuestros aliados. Lenin se expresa todavía con más precisión y de un modo más contundente. Lo que caracteriza a Rusia es el tránsito gigantesco y rápido de la barbarie brutal a la avaricia más refinada.

Si este manifiesto escribiera Stalin, hablando de él llega hasta las masas de Occidente, haría indudablemente a miles de obreros volver los ojos al grito olvidado: ¡Proletarios de todos los países, uníos!.

En el manifiesto del Soviet objeta Lenin no hay ni una palabra

pregnada de conciencia de clase, frases todo y nada más que frases documento, del que tanto se enorgullecían los zimmerwaldianos domésticos no era a los ojos de Lenin, más que un instrumento de aquella refi-gaza .

Antes de llegar Pravda hablaba para nada de la izquierda zimmerwaldiana. Al referirse a la Internacional, no indicaba concretamente era lo que Lenin calificaba de kautskismo. En Zimmerwald y Kienthal declaraba, en la conferencia del partido prevaleció el centro. Otros declaramos que constituimos la izquierda y rompimos con el centro. Las tendencias de la izquierda zimmerwaldiana existen en todos los países del mundo. Las masas deben comprender que el socialismo se ha escindido en dos partes.... .

Tres días antes, Stalin proclamaba en aquella misma asamblea que está dispuesto a liquidar las discrepancias de criterio con Tsereteli sobre Zimmerwald-Kienthal, es decir, sobre las bases del kautskismo . He aquí que en Rusia hay una tendencia unificadora decía Lenin de unificar a los defensistas, y declaro que ser a una traición contra el socialismo vale más quedarse solo, como Liebknecht. ¡Uno contra ciento diez! . Una traición de traición contra el socialismo, que, por ahora, se lanza todo contra quien a quien no se nombra, es algo más que una palabra fuerte , precisamente la actitud de Lenin frente a los bolcheviques que se le dio el dedo a los socialpatriotas. Al contrario de Stalin, que juzgaba positivos a los mencheviques, Lenin considera inadmisibles seguir compartiendo el nombre de socialdemócratas. Personalmente propongo decir que modificamos el nombre del partido, llamándolo partido comunista . - Personalmente prefiero a decir que ninguno de los que tomaban parte en la conferencia está de acuerdo con aquel gesto simbólico de ruptura definitiva con la II Internacional.

¿Teméis traicionar los viejos recuerdos? dice el orador a los confusos, perplejos, algunos indignados . Ha llegado el momento de cambiar de ropa interior, el momento de quitarse la camisa sucia y ponerse limpia. E insiste nuevamente: No os aferréis a un viejo término podrido ha de ser la dula. Constituid un nuevo partido... y todos los oprimidos del mundo estarán a vuestro lado .

Ante la grandiosidad de la misión aún no iniciada, ante la confusión que reina en las propias filas, la idea fija del tiempo precisamente malgastado en recepciones, saludos, homenajes, acuerdos rituales, arranca un grito al orador: ¡Basta de saludos y de resoluciones e imponer manos a la obra de entregarse a una labor práctica y sobria!

Una hora después, Lenin, en la reunión mixta de bolcheviques y mencheviques, ya convocada, se ve obligado a repetir su discurso, que a los oídos de los oyentes parecía algo así como una burla o un delirio. Los más impacientes se alzaban de hombros. ¡Ese hombre ha caído de la Luna: se ha apeado en la estación de Finlandia, después de una ausencia de años, y predica de sopetón la toma del poder por el proletariado! L

más malvados recordaban lo del vagón precintado. Stankievich ante el discurso de Lenin llenó de alegría a sus adversarios: Un hombre tales tonterías no es peligroso. Está bien que haya venido; para pondencia ante todo el mundo... El mismo se quitó de en medio.

Sin embargo, a pesar de toda su audacia revolucionaria, a pesar de su inflexible de romper incluso con los correligionarios y compañeros de muchos años, que no fuesen capaces de marchar abrazados con voluntad, el discurso de Lenin, en que todas las partes guardan un ritmo, está impregnado de un profundo realismo y de un sentido ineludible de las masas. Precisamente por esto tenía que parecerles fantástico y demócratas, que no sabían más que deslizarse por la superficie.

Los bolcheviques representan una pequeña minoría en los soviets, Lenin piensa en tomar el poder. ¿Qué era esto más que aventurerismo? De modo como Lenin planteaba la cuestión no había ni un ápice de aventurismo. Lenin no cierra ni un momento los ojos ante el estado de espionaje defensista que reina en las masas. Sin fundirse con ellas, pone a obrar a sus espaldas. Nosotros no somos unos charlatanes diciendo al paso de los futuros reproches y objeciones y sólo hemos apoyarnos en la conciencia de las masas. No importa que nos veamos obligados a estar en minoría. Si es así, vale la pena renunciar por algún tiempo a la dirección, no, no temamos quedarnos en minoría. No temamos quedarnos en minoría, aunque ésta sea sólo de uno contra ciento diez! Liebkecht. He aquí el motivo de todo el discurso.

El verdadero gobierno es el Soviet de Diputados Obreros... En nuestro partido representa una minoría... ¡Qué le vamos a hacer! No más remedio que explicar pacientemente, con insistencia, de un modo metódico lo erróneo de la táctica desplegada. Mientras seamos minoría haremos una labor de crítica para librar a las masas del engaño. No que éstas den crédito exclusivamente a nuestras palabras. Nosotros somos unos charlatanes. Queremos que las masas se libren de sus errores de no de la experiencia. No hay que temer quedarse en minoría. No por un tiempo, sino por algún tiempo. Ya llegará el tiempo del bolchevismo. La guerra demostrará que nuestra orientación es acertada... La guerra traerá el lado a todos los oprimidos. Es el único camino que les queda.

En la conferencia unificadora cuenta Sujánov Lenin fue la encendida viva de la escisión... Recuerdo a Bogdanov (menchevique destacado que estaba sentado a dos pasos de la tribuna de los oradores. ¡Esto delirio decía interrumpiendo a Lenin, es el delirio de un loco!... ¡vergüenza que se aplauda este galimatías gritaba al vivo de indigna desprecio, dirigiéndose al auditorio los está llenando de oprobio llaméis marxistas!.

El ex miembro del Comité Central bolchevique Goldenberg, que en entonces se hallaba fuera del partido, enjuició el debate de las tesis de este modo categórico: El puesto de Bakunin en la revolución rusa

te durante tantos años, viene a ocuparlo ahora Lenin .

Su programa escribe a la vuelta de algún tiempo, el socialrevolucionario Zenzinov fue entonces acogido más con burla que con indignación. Absurdo le parecía a todo el mundo .

Aquel mismo día por la noche, en una conversación que tuvieron dos socialistas con Miliukov, en la antesala de la Comisión de Enlace, salió Lenin. Sk belev dijo que era un hombre completamente gastado que se había alejado al margen del movimiento . Sujénov hizo suya la opinión de Sk belev, y dijo que Lenin era tan indeseable para todo el mundo, que actualmente no suponía absolutamente ningún peligro para mi interlocutor Miliukov . Y, sin embargo, en aquella conversación los papeles se repartían exactamente tal y como lo había pronosticado Lenin: los socialistas salvaguardan la tranquilidad liberal contra los quebraderos de cabeza que pudiera causarle el bolchevismo.

Los rumores de que todo el mundo tenía a Lenin por un mal marxista llegaron hasta al embajador británico. Entre los anarquistas que han llegado al extranjero escribió Buchanan está Lenin, que ha venido de Alemania en un vagón precintado. Lenin se ha presentado al público por primera vez en la asamblea del partido socialdemócrata, y ha sido mal acogido .

El que más cauto se mostró en aquellos días con Lenin fue seguramente Kerenski, que, inesperadamente, hablando con los miembros del Gobierno provisional, declaró que quería ir a ver a Lenin, y como la perplejidad de los interlocutores le dictase algunas preguntas, las contestó del siguiente modo: ¿No veis que vive completamente aislado, que no sabe nada, que lo ve a través de los lentes de su fanatismo, que no tiene nadie a su lado que pueda orientarle acerca de la realidad? . Tales fueron sus palabras, según relata Nabokov. De todos modos, Kerenski no dispuso de tiempo para ir a orientar a Lenin acerca de la realidad .

Las tesis leninistas de abril no sólo provocaron el asombro y la ira de los enemigos y adversarios sino que empujaron a una serie de viejos bolcheviques al campo del menchevismo o al de aquel grupo intermedio que se congregaba en torno al periódico de Gorki. Estas bajas no tuvieron una importancia política considerable.

Incomparablemente más importante fue la impresión que la actitud de Lenin produjo a todo el sector dirigente del partido. En los primeros días de la llegada dice Sujénov , su completo aislamiento entre todos los compañeros conscientes del partido no ofrece la menor duda . Incluso sus correligionarios los bolcheviques, confirma el socialrevolucionario Zenzinov, le volvieron la espalda . Los autores de estas referencias se ven en el diario de los jóvenes bolcheviques en el Comité Ejecutivo, y tienen noticias frescas. Cuando poco faltan testimonios congruentes de las filas bolcheviques. Cuando se leyeron las tesis de Lenin recordaba más tarde Zichon, esfumando considerablemente las tintas, como la mayoría de los viejos bolcheviques orientado en el momento de la revolución de Febrero , en nuestro partido notaron algunas vacilaciones. Muchos camaradas entendían que Lenin era

tima de una aberración sindicalista, que había perdido el contacto con la realidad rusa, que no tenía en cuenta la situación, el momento, etc. . Unos militantes provinciales de más relieve, Lebedev, escribe: - Al llegar a Siberia, su posición, incomprensible en un principio aun para los propios rusos, a los cuales nos parecía una picaresca e informada por su prolongado exilio de la vida rusa, fue asimilada poco a poco por nosotros, habíamos, por decirlo así, por impregnarnos de ella . Zalechski, miembro del comité de Petrogrado y uno de los organizadores de la recepción, se expresó de un modo más concreto: Las tesis de Lenin cayeron como una bomba. Zalechski confirma completamente el aislamiento absoluto en que se dejó Lenin después de la recepción calurosa e imponente que se le tributó el día (4 de abril), el camarada Lenin no encontró un partidario resuelto dentro de nuestras filas .

Sin embargo, todavía es más importante el testimonio de la Pravda del 4 de abril cuatro días después de publicarse las tesis, cuando había ya tiempo de explicarse sin empacho y de comprenderse mutuamente, la redacción de la Pravda decía: Por lo que se refiere al esquema general del camarada Lenin juzgamos inaceptable, en cuanto arranca del principio de que la revolución democrático-burguesa ha terminado ya y se orienta en el sentido de transición a la revolución socialista . Como se ve, el órgano del partido declaraba abiertamente ante la clase obrera y ante sus enemigos que discrepaba del jefe universalmente reconocido del partido en punto a la línea fundamental de la revolución, para la cual habían estado preparando durante tantos años los cuadros bolcheviques. Basta eso para apreciar la hondura de la crisis del partido en el mes de abril, crisis que se produjo como resultado del choque de dos tendencias irreductibles. De no haberse producido esta crisis, la revolución no hubiera podido seguir adelante.

xvi. Cambio de orientación del partido bolchevique

¿Cómo se explica el extraordinario aislamiento en que se encontraba Lenin en los principios de abril? ¿Cómo pudo llegarse a semejante situación? Y ¿cómo consiguió el cambio de orientación de los cuadros bolcheviques?

Desde 1905, el partido bolchevique había sostenido la lucha contra la monarquía y la burocracia bajo la bandera de la dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Esta bandera y sus fundamentos teóricos, procedían de Lenin. Por oposición a los mencheviques, cuyo teóricamente rico, Plejánov, luchaba irremediablemente contra la falsa idea de hacer la revolución burguesa sin la burocracia, Lenin entendió que la burguesía rusa era ya incapaz de dirigir su propia revolución. Sólo el proletariado y los campesinos, estrechamente aliados, podían llevar hasta sus últimas consecuencias la revolución democrática contra la monarquía y los terratenientes. El triunfo de esta alianza debía dar como resultado el juicio de Lenin, la dictadura democrática, la cual no sólo no se identificaba con la dictadura del proletariado, sino que, al contrario, se oponía a ella. Los objetivos no eran la instauración del socialismo, ni siquiera la implantación de formas transitorias hacia él, sino únicamente el implacable baldeamiento y derribo de los establos de Augias de la sociedad medieval. El objetivo de la revolución se definía con perfecta precisión mediante tres dividas de combate: república democrática, confiscación de las tierras de los grandes propietarios y jornada de ocho horas, las tres consignas a las que se llamaban comúnmente las tres ballenas del bolchevismo, aludiendo a las tres ballenas que, según la vieja leyenda popular, se apoya la Tierra.

El problema de la implantación de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos se resolvía en relación con el problema de la independencia de éstos para hacer su propia revolución, esto es, para crear un poder capaz de liquidar la monarquía y el régimen agrario aristocrático. Ciertamente la consigna de la dictadura democrática presupone a su vez la participación de representantes obreros en el gobierno revolucionario. Pero esta participación se limitaba de antemano a asignarle al proletariado el rol de aliado de izquierda para ir a los objetivos de la revolución campesina. Popularmente extendida y aun oficialmente preconizada, de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática, sólo podía, por consiguiente, resultar que el partido obrero ayudara a los campesinos con las armas políticas de su arsenal, les indicara los mejores procedimientos y métodos

quidar la sociedad feudal y les enseñar a aplicarlos en la práctica, el papel dirigente que se asignaba al proletariado en la revolución no significaba, ni mucho menos, que éste hubiera de aprovecharse de la revolución campesina para poner sobre el tapete, apoyándose en ellas, sus intereses propios, o sea, el tránsito directo a la sociedad socialista establecida a una división marcada entre la hegemonía del proletariado y la revolución democrática y la dictadura del proletariado, contraponiendo simplemente la primera a la segunda. En estas ideas se educó el partido que desde la primavera de 1905.

El giro que en la práctica tomó la revolución de Febrero rompió el esquema tradicional de bolchevismo. La revolución se hizo gracias a la acción de los obreros y campesinos. El hecho de que éstos actuaran principalmente a través de un ejército de soldados no hace cambiar las cosas. La conducta seguida por el ejército campesino del zarismo hubiera tenido siempre una importancia, aun dado el caso de que la revolución se hubiera desarrollado en condiciones de paz. En la situación creada por la guerra se comprende mejor todavía el papel de los millones de hombres que componían el ejército: eclipsaron en un momento a los dirigentes, por decirlo así, a los campesinos.

Triunfante el movimiento, los obreros y los soldados resultaron los protagonistas de la situación. Juzgando a primera vista, podría decirse que se había establecido la dictadura democrática de los obreros y los campesinos. Sin embargo, la revolución de Febrero llevó al poder, en realidad, a un gobierno burgués. La particularidad de que el nuevo poder de las clases poseedoras se sustentara sobre el apoyo de los soldados de obreros y soldados, si bien éste era una consecuencia hasta sus últimas consecuencias. La baraja se revolvió. En vez de una dictadura revolucionaria, es decir, de una concentración de poder, se estableció un régimen incoherente de poder dual, en el que las menguadas energías de los elementos dirigentes se malgastaban estérilmente en superar los obstáculos. Nadie había previsto este régimen. Además, del pronóstico que se puede exigir que indique más que las líneas generales del proceso y nunca sus combinaciones fortuitas y episódicas. Nadie ha podido predecir una gran revolución sabiendo de antemano cómo habría de desarrollarse hasta el fin. Habría de decir más tarde Lenin. ¿De dónde iba a sacar esas previsiones? De los libros, no, porque esos libros no existen. Si la conciencia de las masas podía inspirar nuestras decisiones.

Pero el pensamiento humano y, sobre todo, a veces, el de los revolucionarios, es por naturaleza conservador. Los cuadros bolcheviques de la época se aferraron al viejo esquema enfocando la revolución de Febrero en que ésta encerraba dos regímenes incompatibles, ni más ni menos que la primera etapa de la revolución burguesa. A fines de marzo, Rykov, en nombre de los socialdemócratas, un telegrama de felicitación con motivo del triunfo de la revolución nacional, cuyo objetivo consistía en la conquista de las libertades políticas. Todos los dirigentes bolcheviques sin excepción nosotros no conocemos ninguna entendían que

tadura democrática pertenec a todav a al porvenir. Cuando el Gobierno sional de la burgues a haya dado todo lo que pueda dar de s , se ins la dictadura democrática de los obreros y campesinos como -antesala del men parlamentario burguØs. Perspectiva completamente falsa. El rØgimen taurado por la revoluci n de Febrero, no s lo no preparaba la dictadura crática, sino que era la prueba viviente y definitiva de que esta dicta completamente imposible. Que la democracia conciliadora no hab a entre el poder a los liberales porque s , por culpa de la ligereza de un Ker la limitaci n de un Chjeidze, lo demuestra el hecho de que durante los meses siguientes luchara con todas sus fuerzas por la conservaci n del no burguØs, aplastando a los obreros, campesinos y soldados hasta que de octubre cay combatiendo como aliada y defensora de la burgues a. Desde un principio era claro que si la democracia, que ten a ante s Ø gigantescos que realizar y contaba con el apoyo ilimitado de las masas ciaba voluntariamente al poder, esta actitud no obedec a precisamente cipios pol ticos ni a prejuicios, sino a la situaci n sin-salida en qu tra la pequeæa burgues a dentro de la sociedad capitalista, especialmente los per odos de guerra y revoluci n, cuando se deciden los problemas f mentales de la existencia de los pa ses, los pueblos y las clases. Al cetro del gobierno a Miliukov, la pequeæa burgues a se dec a: No la hay que acometer es superior a mis fuerzas .

La clase campesina, en que se apoyaba la democracia conciliadora, rra en forma embrionaria todas las clases de la sociedad burguesa. Es, pequeæa burgues a de las ciudades que, dicho sea de paso, en Rusia no empeæ nunca un papel serio el protoplasma del cual sale la diferenc de las nuevas clases en el pasado y en el presente. Los campesinos tie siempre dos caras: una mira hacia la burgues a, otra hacia el proletar posici n intermedia, conciliadora, de todos los partidos -campesinos , mo el socialrevolucionario, s lo puede mantenerse bajo las condiciones estancamiento pol tico relativo en Ø pocas revolucionarias, llega inev te un momento en que la pequeæa burgues a tiene que elegir. Los social lucionarios y los mencheviques eligieron desde el primer momento y mat en embri n la dictadura democrática para evitar que Østa se convirt un puente tendido hacia la dictadura del proletariado. No vieron que Ø abr an la puerta a Østa, aunque por el otro extremo. Por no servir de prefirieron servir de blanco.

Evidentemente, el desarrollo del proceso revolucionario ten a que se en los nuevos hechos y no en los viejos esquemas. En la persona de presentantes, las masas, en parte contra su voluntad y en parte sin qu ran cuenta de ello, se vieron arrastradas por la mecánica de la dualid deres. Desde este momento, no ten an mæs remedio que pasar por este rØgimen para convencerse práticamente de que no pod a darles ni paz rrra. En adelante, alejarse del rØgimen de la dualidad de poderes signifi ra las masas, romper con los socialrevolucionarios y con los menchevico

ro era una evidencia innegable que el cambio de frente operado por los obreros y soldados con rumbo a los bolcheviques y que acabó por derrumbar el edificio de doble poder, no podía ya conducir más que a la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza de los obreros y los campesinos. Era una vía rota de las masas proletarias, sobre las ruinas del partido bolchevique que hubiera podido implantar más régimen que la dictadura militar del capitalismo. Tanto en un caso como en otro, la dictadura democrática estaba de volver los ojos hacia ella, los bolcheviques se volvían en realidad a la tasma del pasado. Así estaban las cosas cuando llegó a Petrogrado Lenin, llamado por la resolución inquebrantable de conducir al partido por nuevos caminos.

Es cierto que hasta el momento mismo de estallar la revolución de febrero, el propio Lenin no había sustituido todavía por ninguna otra, ni por la dictadura o hipotéticamente, la fórmula de la dictadura democrática. ¿Cambió esto? Nosotros creemos que no. Los derrotados del partido después de la revolución pusieron de manifiesto con caracteres bastante peligrosos con el que se operaba el cambio de dirección, cambio que, en aquellas condiciones, sólo un Lenin podía imponer. Y se disponía, en efecto, a hacer volar al rojo y retemplando su acero en el fuego de la guerra. La guerra general del proceso histórico, tal como él la veía, cambió. Las condiciones de la guerra acentuaron extraordinariamente las posibilidades de la revolución socialista en Occidente. La revolución rusa que, para Lenin, seguía siendo democrática, imprimió a su modo de ver, gran impulso a la transformación de Europa, que luego arrastró a su torbellino a la atrasada Rusia. A grandes rasgos, la idea de Lenin cuando salió de Zurich hacia Petrogrado, la carta de despedida a los obreros suizos, que citábamos anteriormente: Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados del mundo. El socialismo no podrá triunfar allí de un modo inmediato. Pero el potencial del país, con el fondo inmenso de tierras señoriales que se han acumulado, puede infundir, a base de la experiencia de 1905, proporciones inmensas a la revolución democrático-burguesa en Rusia y hacer de nuestra revolución el primer peldaño de la revolución socialista mundial, un peldaño hacia el socialismo. En ese sentido, Lenin dice por primera vez en esta carta que el partido ruso comenzará la revolución socialista.

He ahí el eslabón que unió a la antigua posición del bolchevismo, la revolución se reducía a objetivos democráticos, a la nueva posición definida por primera vez ante el partido en sus tesis del 4 de abril de 1917. En vista, la perspectiva de un tránsito inmediato a la dictadura del proletariado parecía completamente inesperada y en contradicción con las tradiciones del movimiento, inconcebible, en una palabra. Aquí es oportuno recordar que en el momento mismo de la explosión revolucionaria de febrero y en el momento que inmediatamente la siguió, se calientó de nuevo la idea de que fuera imposible edificar una sociedad socialista dentro de las fronteras de Rusia por la sencilla razón de que la idea de tal posibilidad no fue

por nadie antes de 1924, y es poco probable que a nadie se le ocurriera la idea de que el proletariado de Rusia pudiera llegar al poder antes que el de los países occidentales, en cuyo caso no podría mantenerse de los límites de la dictadura democrática, sino que tendría que afrontar directamente la implantación de las primeras medidas socialistas. No tiene extrañeza que las tesis leninistas de abril fueran tomadas de

Las objeciones de los viejos bolcheviques se orientaban en distintos sentidos. La principal discusión giraba en torno al problema de si podía ser por terminada la revolución democrático-burguesa. Como la revolución no se había hecho aún, los adversarios de Lenin afirmaban, con razón, que la revolución democrática no se había desarrollado hasta sus últimas consecuencias, y de aquí sacaban la conclusión de que no era factible la dictadura del proletariado, aun dado el caso de que las condiciones sociales de las masas consintieran, en un plazo más o menos próximo. Así era, precisamente, lo que planteaba el problema la redacción en el pasaje que hemos citado más arriba. Más tarde, en la conferencia de abril, Kamenev repetía: «No tiene razón cuando dice que la revolución democrático-burguesa ha terminado... La supervivencia clásica del feudalismo, la gran propiedad agraria, no ha sido liquidada aún... El Estado no se ha transformado todavía en socialista... No puede decirse que la democracia burguesa haya agotado todas las posibilidades».

La dictadura democrática objetiva Tomski es nuestra base... Debemos organizar el poder de proletariado y de los campesinos, no confundirlo con la Comuna, en que el poder pertenece exclusivamente al proletariado.

Naturalmente, Lenin ve a tan claramente como sus contrincantes, que la revolución democrática no había terminado aún, o más exactamente que, una vez iniciada, se volvía ya atrás. Pero, de aquí se deduce, precisamente, que no era posible llevarla hasta el fin bajo el régimen de una nueva clase. No se podía llegar más que arrancando a las masas a la influencia de los bolcheviques y socialrevolucionarios, o sea, a la influencia indirecta de la clase liberal. Lo que un día a estos partidos con los obreros, y sobre todo con los soldados, era la idea de la defensa del país o de la defensa de la revolución. Por eso, Lenin exigía una política intransigente frente a los tácticos del socialpatriotismo. Separar al partido de las masas atrasadas para impedirles librar a estas últimas de su atraso. Hay que dejar el viejo bolchevismo repetía. Es necesario establecer una línea divisoria clara entre la democracia burguesa y el proletariado asalariado.

A quien observase superficialmente las cosas, podía parecerle que los adversarios inveterados habían trocado entre sí las armas, que los mencheviques y socialrevolucionarios representaban ahora a la mayoría de los obreros y soldados, dando realidad en la práctica a la alianza política del proletariado y la clase campesina, predicada siempre por los bolcheviques contra los mencheviques. Lenin exigía que la vanguardia proletaria rompiera esta alianza. Pero, en realidad, las dos partes permanecían fieles a sí mismas. Los mencheviques e

d an, como siempre, que su misi n era apoyar a la burgues-a liberal. Con los socialrevolucionarios no era mÆs que un recurso-para reforzamiento de este apoyo. Y a su vez, la ruptura de la vanguardia proletaria y el bloque pequeñoburguØs, implicaba la preparaci n de alianza de los obreros y los campesinos bajo el caudillaje del partido bolchevique, o sea, del proletariado.

Objeciones de otro orden se basaban en el atraso hist rico de Rusia. El poder ejercido por la clase obrera implicaba, inevitablemente, el triunfo del socialismo, y la econom a y la cultura de Rusia no estaban maduras para ello. Hab a que llevar a cabo la revoluci n democrÆtica hasta sus ðltimas consecuencias. S lo el triunfo de la revoluci n socialista en Occidente pod a impedir la dictadura del proletariado en Rusia. Tales fueron las objeciones de Lenin en la conferencia de abril. Para Lenin, era elemental como el a-b-c que las condiciones culturales y econ micas de Rusia no admit an la edificaci n de un socialismo. Pero sab a que, en tØrminos generales, la sociedad no evoluciona de un modo tan racional, que el momento oportuno para implantar la dictadura del proletariado se presente precisamente en el momento en que las condiciones econ micas y culturales del pa s estÆn en saz n para ello. Si la humanidad se desarrollara de un modo tan l gico, no habr a necesidad de dictaduras ni de revoluciones. La sociedad hist rica, viva, no tiene un ritmo fijo, y su armon a es tanto menor cuanto mÆs atrasada se halla. El problema que en un pa s atrasado como Rusia la burgues a llegara a un estado de descomposici n antes del triunfo completo del rØgimen burguØs y de que el proletariado pudiera reemplazarla al frente de los destinos de la naci n, era la expresi n de esta falta de l gica. El atraso econ mico de Rusia no imped a a la clase obrera del deber hist rico de cumplir la misi n que le cupo en el momento que hace es dificultar extraordinariamente el cumplimiento de esa misi n. Lenin daba una contestaci n simple, pero cumplida, a Rykov, -cuando Øs preguntaba por enØsima vez que el socialismo ten a que venir de pa ses con revoluci n traria mÆs adelantada. Nadie puede decir quiØn empezara ni quiØn acabara.

En 1921, cuando el partido, lejos todav a del anquilosamiento burocrÆtico, ten a la misma libertad de criterio para analizar su pasado y planear su futuro, uno de los mÆs viejos bolcheviques. Olminski, que hab a tomado una participaci n muy activa en la prensa del partido en todas sus etapas, preguntaba: ¿C mo se explica el hecho de que en los d as de la revoluci n de Febrero, el partido abrazara la senda oportunista? ¿QuØ fue lo que permiti dar luego un tan rÆpido viraje y poner proa a la senda de Octubre? El autor, ve acertadamente, el origen de los errores de marzo, en el hecho de que el partido se hubiera estacionado en el rumbo hacia la dictadura democrÆtica. La pr xima revoluci n tiene que ser, necesariamente, burguesa. La apreciaci n dice Olminski era obligada para todo miembro del partido de constituir el credo oficial de Øste y fue su lema constante e invariable la revoluci n de Febrero de 1917 y durante algØn tiempo despuØs . Como resultado de esta traci n, Olminski pod a referirse a la *Pravda* (7 de marzo) antes

de llegar todav a Stalin y Kámenev, es decir, cuando estaba aún en marcha la redacció izquierdista, de la que formaba parte el propio Olminski, hablando de algo que, por evidente, no necesitaba ser demostrado: Naturalmente, en nuestro país no se trata aún de derrocar el régimen del capitalismo, sino tan sólo de derribar la autocracia y el feudalismo... El hecho de que el partido se hallara cautivo de la democracia burguesa, se deduce a la vez desde una perspectiva. ¿De dónde salió la revolución de Octubre? pregunta adelante el mismo autor. ¿Cómo fue que el partido, desde sus jefes hasta el más humilde militante, renunció tan súbitamente a lo que había tenido de verdad irrefutable en el transcurso de casi dos décadas?

Sujánov, desde el campo adversario, formula la misma pregunta de forma distinta: ¿Cómo y por qué medios se las ingenió Lenin para hacerse con el poder de los bolcheviques? En efecto, el triunfo de Lenin, dentro del partido, no fue sólo completo, sino además muy rápido. Los adversarios se permitieron, a su vez, por su parte, no pocas ironías acerca del régimen personal imperante en el partido bolchevique. Sujánov da a la pregunta por él formulada una respuesta que armoniza en un tono con el espíritu del principio heroico: El genial líder, un prestigio histórico he aquí uno de los aspectos de la cuestión. Otro aspecto, una excepción hecha de Lenin, no había en el partido nadie ni nada. Unos cuantos generales sin Lenin, no hubieran sido nada, del mismo modo que en otros tantos planetas, por inmensos que fuesen, no serían nada sin el sol. En cuanto a Trotsky, que, en aquel entonces, se hallaba aún fuera de la ciudad, estas curiosas líneas intentan explicar la influencia de Lenin por su carácter personal, que es lo mismo que si se explicase la virtud del opio por el carácter del sueño por su fuerza narcótica. Semejante explicación no nos parece muy lejana.

El ascendiente efectivo de Lenin dentro del partido era muy grande, indudablemente, pero no ilimitado, ni mucho menos. Este ascendiente no fue fácilmente apelable, ni siquiera mucho más tarde, aun después de Octubre, cuando la popularidad había aumentado extraordinariamente, pues el partido medía la influencia de su personalidad con el metro de los acontecimientos mundiales. Por eso no parece que parecernos tanto más infundado que quieran explicarse, invocando

1. El mismo día en que Lenin llegaba a Petrogrado, en el otro lado del océano Atlántico, la policía marítima británica desembarcaba del vapor noruego Christianiafiord a seis emigrantes que regresaban a Rusia desde Nueva York: Trotsky, Chudnovski, Meininchanski, Mujin, Fiskin y Romanchenko, a quienes no se permitió arribar a Petrogrado hasta el 5-de mayo, cuando el trabajo de orientación del partido bolchevique estaba terminado, al menos en sus líneas generales. Por esto no juzgamos pertinente introducir en el texto de nuestro relato la exposición de puntos de vista mantenidos acerca de la revolución por Trotsky en el diario ruso que se publicó en Nueva York. Pero como, por otra parte, el conocimiento de estas opiniones facilitarían al lector la comprensión de las corrientes y los grupos que habían de formarse más tarde en el seno del partido, y sobre todo la lucha ideológica planteada en las esperanzas del alzamiento de Octubre, creemos oportuno desglosar de la exposición lo que se refiere a este punto e insertarlo al final del volumen en forma de apéndice. El lector a quien no interese el estudio detallado de la historia rica de la revolución de Octubre, puede prescindir tranquilamente de su lectura.

autoridad personal escueta de Lenin, los sucesos de abril de 1917, momento en que todo el sector dirigente del partido había adoptado ya la posición opuesta a la suya.

Olminski se acerca mucho más a la solución del problema, cuando muestra que, a pesar de su fórmula de revolución democrático-burguesa del partido, con toda su política respecto a la burguesía y a la democracia, había practicamente desde hacía mucho tiempo para ayudar al progreso en la lucha directa por el poder. Nosotros (o muchos de nosotros) Olminski, nos orientábamos inconscientemente hacia la revolución proletaria. Nos imaginábamos que navegábamos pro a la revolución democrático-burguesa. En otros términos, preparábamos la revolución de Octubre, creyendo que preparábamos la de Febrero. He aquí una conclusión de extraordinario valor, es, el propio tiempo, un testimonio irrecusable.

En la formación teórica del partido revolucionario había un elemento contradictorio, que tenía su expresión en la fórmula equivocada de la democracia del proletariado y de los campesinos. Una delegada que intervino en el debate suscitado en la conferencia por el informe de Lenin, expresó el mismo pensamiento de Olminski, pero de un modo todavía más sencillo. El pronóstico de los bolcheviques ha demostrado ser falso, pero la táctica es acertada.

En las tesis de abril, que parecían tan paradójicas, Lenin se apoyó en la vieja fórmula, apoyándose en la tradición viva del partido: su actitud frente a las clases dominantes y su hostilidad a toda política de conciliación, mientras que los viejos bolcheviques oponían al desarrollo de la lucha de clases recuerdos que, aunque recientes, pertenecían ya al pasado. Lenin contaba con un punto de apoyo muy sólido: el que le daba toda la autoridad de la lucha de los bolcheviques contra los mencheviques. No sería extraño recordar aquí que, por aquel entonces, los bolcheviques y los mencheviques tenían un programa socialdemocrático común, y que, sobre el programa de objetivos prácticos de la revolución democrática parecían ser idénticos los dos partidos. Pero, en la realidad, en la práctica no lo eran. Inmediatamente después de la revolución, los obreros bolcheviques asumieron la iniciativa de luchar por la jornada de ocho horas; los mencheviques declararon inmediatamente esta reivindicación. Los bolcheviques dirigían las detenciones de los zaristas; los mencheviques se oponían a aquellos excesos. Los bolcheviques alentaban enérgicamente la creación de las milicias obreras; los mencheviques, por no disgustar a la burguesía, oponían toda clase de obstáculos al reparto de armas entre los obreros. Los bolcheviques, sin haber rebasado el límite de la democracia burguesa, obraban, o se esforzaban en obrar como revolucionarios intransigentes, aunque se vieran desviados de esta senda por la dirección del partido. Los mencheviques sacrificaban a cada paso el programa democrático en interés de la alianza con los liberales. Faltos de aliados democráticos, Kamenev y Stalin flotaban irremediablemente en el océano.

El choque que tuvo Lenin en el mes de abril con el estado mayor del partido, no fue único. En toda la historia del bolchevismo, excepto en los episodios aislados que confirman la regla, en los momentos más decisivos los intereses del partido se sitúan todos a la derecha de Lenin. ¿Aconteció por casualidad? No. Lenin pudo ser el jefe indiscutible del partido más temprano de la historia porque la magnitud de su pensamiento y de su voluntad encontraron al fin aplicación en las grandiosas posibilidades revolucionarias de la época. A los otros, les faltaba un metro o dos para llegar al fin.

Casi todo el sector dirigente del partido bolchevique se hallaba fuera de la labor activa, desde hacía meses y hasta años enteros, antes de comenzar la revolución. Muchos se habían llevado consigo, a la cárcel y a la deportación, la impresión deprimente de los primeros meses de la guerra, y cuando sobrevino el desmoronamiento de la Internacional, estaban aislados o formando pequeños grupos. Y si en las filas del partido mostraban una capacidad suficiente para las ideas de la revolución, que era lo que les faltaba al bolchevismo, al verse aislados se sintieron impotentes para oponerse a los cambios del medio que les rodeaba y formarse un juicio marxista independiente de los acontecimientos. Las inmensas transformaciones operadas en las masas durante los dos primeros años de guerra, quedaron casi por completo fuera del campo visual. Sin embargo, la revolución no sólo los arrancaba a su aislamiento, sino que por la fuerza del prestigio los exaltó a los cargos culminantes del partido. Por su estado de espíritu, estos elementos se hallaban, con frecuencia, mucho más cerca de la intelectualidad zimmerwaldiana que de los revolucionarios de las fábricas. Los viejos bolcheviques, que en abril subrayaban enfáticamente este título, estaban condenados al desastre, defendían, precisamente, aquel elemento tradicionalista del partido que había resistido la prueba histórica. Me cuento de cómo, por ejemplo, Kalinin, en la conferencia de Petrogrado, el 14 de abril entre los viejos bolcheviques y los leninistas, entiendo que el viejo leninismo no se ha demostrado incapaz de afrontar un momento como el actual, y me asombra la declaración del camarada Lenin, de que en las circunstancias presentes los viejos bolcheviques han convertido en un obstáculo. Lenin tuvo que oír, por aquellos días, voces parecidas. Sin embargo, al romper con la fórmula tradicional del leninismo, Lenin no dejaba en lo más mínimo de ser leninista lo que hacía era darse de la cachara, gastada ya, del bolchevismo, para infundir nueva energía vital.

Lenin halló un punto de apoyo contra los viejos bolcheviques en otro sector del partido, ya templado, pero más lozano y más ligado con las masas. Como sabemos, en la revolución de Febrero los obreros bolcheviques desempeñaron un papel decisivo. Estos consideraban cosa natural que tomase el poder la clase que había arrancado el triunfo. Estos mismos obreros protestaron ruidosamente con la expulsión de los jefes del partido. El mismo fenómeno podía observarse en las provincias. Casi en todas partes había bolcheviques

de izquierda acusados de maximalismo e incluso de anarquismo. Lo que faltaba a los obreros revolucionarios para defender sus posiciones, esos te ricos, pero estaban dispuestos a acudir al primer llamamiento se les hiciese.

Fue hacia este sector de obreros, formado durante el auge del movimiento, en los años 1912 a 1914, hacia el que se orientó Lenin. Ya a comienzos de la guerra, cuando el gobierno asestó un duro golpe al partido al derrocamiento del fraccionamiento bolchevique de la Duma, Lenin, hablando de la actuación revolucionaria futura, aludía a los miles de obreros conscientes educados por los bolcheviques de los cuales surgiría, a pesar de todas las dificultades, un nuevo partido de dirigentes. Separado de ellos por dos frentes, casi sin contacto directo, pero no les perdió nunca de vista. La guerra, la cárcel, la deportación, pero no pueden diezmarlos, pero ese sector obrero es indestructible, se mantiene alerta, y se halla impregnado de espíritu revolucionario. Lenin y sus compañeros vivían y mentalmente los acontecimientos al lado de estos obreros bolcheviques marchaba unido con ellos, sacando de todo las conclusiones necesarias para el futuro que de un modo más amplio y audaz. Para luchar contra la indecisión y la vacilación mayor y la oficialidad del partido. Lenin se apoyaba confiadamente en los suboficiales, que eran los que mejor expresaban el estado de espíritu del obrero bolchevique.

La fuerza temporal de los socialpatriotas y del ala oportunista de los bolcheviques consistía en que los primeros se apoyaban en los prejuicios y las corrientes de las masas, mientras que los segundos se adaptaban a ellas. La fuerza principal de Lenin estaba en comprender la dinámica interna del movimiento y en dirigir su política de acuerdo con ella. No imponía sus ideas a las masas, sino que ayudaba a éstas a tener conciencia de sus propios problemas y a realizarlos. Cuando Lenin reducía todos los problemas de la revolución a una fórmula: Explicar pacientemente, que era decir que era preciso poner conciencia de las masas en armonía con la situación en que el proceso histórico estaba colocado. El obrero o el soldado decepcionado de la política de los socialpatriotas tenía que pasar a abrazar la posición de Lenin sin detenerse en las dudas intermedias Kámenev-Stalin.

Las fórmulas de Lenin, al ser enunciadas, esclarecieron con un rayo de luz ante los bolcheviques la experiencia del mes transcurrido y el nuevo día que pasaba. En la gran masa del partido se efectuó un rápido desplazamiento hacia la izquierda, hacia las tesis de Lenin. Poco tiempo después, dice Zalechski, se adherían a sus puntos de vista en la conferencia de las organizaciones de todo el país, celebrada en abril, la organización de Petrogrado se pronunciaba sin reservas en favor de sus tesis.

La pugna por el cambio de actitud de los cuadros bolcheviques, iniciada en la noche del 3 de abril, estaba ya terminada, en sustancia, a fines de abril. La conferencia del partido, reunida en Petrogrado desde el 24 al 29 de abril, hizo el balance del mes de marzo, mes de vacilaciones oportunistas, y

abril, mes de aguda crisis. En este momento, el partido había crecido considerablemente tanto en censo de afiliados como en el aspecto político. A la conferencia acudieron 140 delegados, que representaban a 79.000 miembros del partido, de los cuales 15.000 correspondían a Petrogrado. Para un día todavía ayer clandestino y hoy antipatriótico era una cifra respetable. Lo hizo notar varias veces con satisfacción. La fisonomía política de la conferencia quedó definida ya al procederse a la elección de la mesa presidencial: en ella no figuraba Kámenev ni Stalin, principales responsables de los infortunados errores de marzo.

A pesar de que el partido, en su conjunto, había adoptado ya una actitud firme ante los problemas litigiosos, muchos de los dirigentes, atados por el pasado, siguieron manteniendo en dicha conferencia una actitud de oposición semioposición frente a Lenin. Stalin guardaba silencio y esperaba. Dzerzhinski en nombre de los muchos que no estaban de acuerdo, desde el punto de vista de los principios, con la tesis del ponente, reclamaba una coparticipación de los camaradas que con nosotros han vivido prácticamente la revolución: una alusión bastante clara al hecho de que las tesis de Lenin habían sido concebidas en la emigración. Y en efecto, Kámenev se encargó -en aquella conferencia- de redactar una ponencia abogando por la dictadura democrático-proletaria. Rykov, Trotsky, Kalinin, intentaron mantener más o menos consistentemente sus posiciones de marzo. Kalinin seguía sosteniendo la unificación de los mencheviques en interés de la lucha contra el liberalismo. Smilovitch, uno de los militantes más destacados de Moscú, se lamentaba ferozmente, en su discurso de que cada vez que hablamos, nos echan encima, como si fueran un espantajo, las tesis del compañero Lenin. Naturalmente, antes, cuando los moscovitas votaban a favor de las proposiciones de los mencheviques, yo era mucho más tranquilo.

Como discípulo de Rosa Luxemburgo, Dzerzhinski se pronunció contra el derecho de soberanía de las naciones oprimidas, acusando a Lenin de alentar las tendencias separatistas que debilitaban al proletariado de Rusia. Dzerzhinski insistió en que él, por su parte, apoyaba el chovinismo ruso. Dzerzhinski declaró: Yo puedo echarle en cara (a Lenin) que abraza el punto de vista de los chovinistas polacos, ucranianos, etc. Este diálogo no deja de tener un carácter político: el ruso Lenin acusa al polaco Dzerzhinski de chovinismo contra los polacos y oye de éste una acusación de chovinismo polaco. En el debate, la razón política estaba por entero de parte de Lenin, cuya política de las nacionalidades fue uno de los factores de más importancia de la revolución de Octubre.

La oposición se iba extinguiendo, a todas luces. En el debate sobre las cuestiones discutidas no reunió más que siete votos. Hubo, sin embargo, una excepción y curiosa, en lo tocante a las relaciones internacionales de la revolución. Cuando las tareas de la conferencia tocaban a su término, en la sesión ordinaria del 20 de abril, Zinoviev presentó, en nombre de la comisión, una proposición concebida así: Se acuerda tomar parte en la Conferencia Inter-

nal de los zimmerwaldianos, convocada en Estocolmo para el 18 de mayo. La acta dice: Aprobada con un solo voto en contra. Este voto era el de los que sostenían a la necesidad de romper con Zimmerwald, donde tenía un defensor mayor a los independientes alemanes y los pacifistas neutrales del suizo Grimm. Pero para los militantes rusos del partido, Zimmerwald y la guerra era casi sinónimo del bolchevismo. Los delegados no se atrevían a abandonar el nombre de socialdemocracia ni a romper con Zimmerwald que era, a sus ojos, un medio de mantenerse en contacto con los elementos de la II Internacional. Lenin intentó, cuando menos, restringir la influencia del partido en aquella conferencia, asignándole fines puramente informativos. Pero Zinoviev se pronunció en contra de él y la proposición de Lenin no fue aceptada. Entonces, este voto en contra de la totalidad de la resolución fue un voto a su lado. Fueron las últimas salpicaduras del estado de espíritu de aquellos hombres se aferraban a las posiciones de ayer, le temían a un cambio. La conferencia no llegó a celebrarse, a consecuencia de aquellas dificultades internas zimmerwaldianas que habían movido a Lenin a romper con las tendencias. Por lo tanto, la política de boicot, unánimemente respaldada, llevó a la práctica de un modo efectivo.

A nadie se le ocultaba el viraje en redondo que había dado la política del partido. Schmidt, un obrero bolchevique, futuro comisario del departamento del Trabajo, decía en la conferencia de abril: Lenin había dado en un sentido nuevo el carácter de nuestra actuación. Según las palabras de Raskinikov, pronunciadas, cierto es, algunos años después de los acontecimientos, Lenin, en abril de 1917, llevó la revolución de Octubre a cabo gracias a la acción de los dirigentes del partido... La táctica de este no representó una recta después de llegar Lenin, vira marcadamente a izquierda. La táctica bolchevique Ludmila Stal aprecia de un modo más directo, y al propio tiempo preciso, el cambio: Antes de llegar Lenin decía el 14 de abril, en la conferencia de Petrogrado, los camaradas erraban todos, ciegos, por las calles. No había más fórmulas que las de 1905. Veíamos que el pueblo obraba por su cuenta propia, pero no podíamos enseñarle nada. Nuestros camaradas se habían atenido a preparar la Asamblea Constituyente por el procedimiento paritario y no creían posible ir más allá. Si aceptamos las consignas de Lenin, tendremos más que lo que nos indica la vida misma. No hay que temer a la revolución, viendo ya en ella un gobierno obrero. La Comuna de París no fue una revolución obrera, fue también pequeñoburguesa. Podemos convenir con Sujánov que el cambio radical de orientación del partido fue el triunfo principal de Lenin, obtenido en los primeros días de mayo. Más conviene decir que, a juicio de Sujánov, Lenin, para conseguir esto, trocaba las tácticas por las anarquistas.

Queda todavía a por preguntar y no es pregunta de poca monta, aunque es más fácil formularla que contestarla: ¿Cómo se habría desarrollado la revolución, suponiendo que Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en abril de 1917? Si nuestra exposición enseña y demuestra algo, este algo es p...

te al menos así lo esperamos que Lenin no fue ningún demiurgo del proceso revolucionario, que su misión consistió pura y simplemente en empujar la cadena de las fuerzas históricas objetivas. Pero en esta cadena él tenía un papel muy importante. La dictadura del proletariado se deduce de la situación. Mas era necesario instaurarla, y esto no hubiera sido posible sin el partido. Y éste sólo podía cumplir su misión comprendiéndola. Precisamente para esto, para infundirle esta conciencia, hacía falta un Lenin. Antes de llegar a Petrogrado, ninguno de los jefes bolcheviques había sido capaz de definir el rumbo de la revolución. El curso de los acontecimientos empujaba al partido dirigido por Kamenev y Stalin hacia la derecha, hacia el campo de los moderados patrióticos: la revolución no dejaba sitio para una posición intermedia entre Lenin y los mencheviques. La lucha intestina en el seno del partido bolchevique era de todo punto inevitable. La llegada de Lenin no hizo más que fortalecerlo. Su ascendiente personal redujo las proporciones de la crisis. Si no fuera así, ¿puede afirmar nadie con seguridad que, sin él, el partido habría encontrado su senda? Nosotros no nos atreveríamos en modo alguno a afirmarlo. En estos casos, decisivo, es el factor tiempo, y cuando la hora ha pasado ya es difícil echar una ojeada al reloj de la historia. De todos modos, el método dialéctico no tiene nada de común con el fatalismo. La crisis que inevitablemente tenía que provocar aquella dirección oportunista hubiera cobrado si no un carácter excepcionalmente agudo y trabajoso. Desde luego, las condiciones de la guerra y la revolución no dejaban al partido mucho margen de tiempo para cumplir con su misión. Hubiera podido ocurrir muy bien, por tanto, que el partido, desorientado y dividido, perdiera para muchos años la ocasión revolucionaria. El papel de la personalidad cobra aquí ante nosotros proporciones verdaderamente gigantescas. Lo que ocurre es que hay que saber comprender el papel, asignando a la personalidad el puesto que le corresponde como eslabón de la cadena histórica.

La llegada súbita de Lenin después de una larga ausencia en el extranjero, el ruido desahogado levantado por la prensa alrededor de su nombre, el choque con todos los dirigentes del propio partido y su rápido triunfo sobre ellos en una palabra, el desarrollo exterior de los acontecimientos considerado considerablemente, en este caso, a destacar mecánicamente la persona, el carácter, el genio, sobre las condiciones objetivas, sobre la masa, sobre el tiempo. Pero este modo de ver es completamente superficial. Lenin no era ningún accidente accidental en la evolución histórica, sino el producto de todo el desarrollo de la historia rusa, a la que le unían raíces profundísimas. Había luchado desde el nacimiento de los obreros avanzados durante todo el cuarto de siglo precedente. Su papel no era precisamente su intervención en los acontecimientos, sino su oposición bien la paja con que Lloyd George quería cerrarle el camino. Lenin no era un factor que se alzase frente al partido desde fuera, sino que era su más alta expresión. Al formar el partido, formaba en él a su persona. Sus diferencias con el sector dirigente de los bolcheviques representaban la pugna entre el partido por la guerra y la emigración, la mecánica externa de aquella crisis.

biera sido tan dramática ni haber a velado a nuestros ojos hasta tal continuidad interna del proceso. De la excepcional importancia que tuvo da de Lenin a Petrogrado no se deduce más que una cosa: que los jefes crean por casualidad que se seleccionan y se forman a lo largo de décadas, que no se les puede reemplazar arbitrariamente, y que su separación mecánica de la lucha infiere heridas muy sensibles al partido, puede dejarle maltrecho para mucho tiempo.

XVII. Las Jornadas de Abril

El 23 de marzo entraban en la guerra los Estados Unidos. Era el mismo día en que Petrogrado enterraba a las víctimas de la revolución de Febrero. Una manifestación luctuosa, pero solemne y luminosa, en el fondo, fue el último acorde final de la sinfonía de los cinco días. Todo el mundo acudió al entierro: los que habían combatido al lado de los caídos, como los que querían evitar la lucha probablemente, también los que les habían matado. Entre todo, los que habían quedado al margen de la contienda. Obreros, soldados, gente humilde de la ciudad, estudiantes, ministros, embajadores, intelectuales burgueses, periodistas, oradores, los jefes de todos los partidos. Desde los suburbios, iban llegando al campo de Marte soldados y obreros llevando a hombros los ataúdes rojos. Cuando empezaron a depositar los féretros en la tumba, en la fortaleza de Pedro y Pablo sonó el estampido de la primera salva, estremeciendo a las inmensas masas populares. Los cañones sonaban de una manera nueva para el pueblo. Estas personas nuevas traspasaban las salvas! La barriada de Vyborg acudió con cincuenta y un ataúdes rojos. No era más que una parte de las víctimas, de que se enorgullecía aquel barrio de trabajadores. En el desfile de los obreros de Vyborg, que era un poco más compacto, se destacaban numerosas banderas bolcheviques. Pero ondeaban pacíficamente al lado de las otras. Sólo quedaron en el campo de Marte los miembros del gobierno, del Soviet y de la Duma nacional, difuntos ya, pero que no se resignaba a ser enterrada. Durante el día desfilaron delante de las tumbas, con banderas y músicas, sus buenas ochocientas personas. Y aunque los más altos prestigios militares habían dado por sentado que una masa humana como aquella no podría desfilar en el tiempo señalado sin que se produjeran el mayor de los caos y los tumultos más fieros, la manifestación discurre en un orden completo, característico de las manifestaciones revolucionarias en que domina la satisfacción de la gran multitud iniciada, unida a la esperanza de un cambio más favorable para el futuro. Este estado de espíritu, y sólo exclusivamente él, era el que se encargaba de mantener el orden, pues, por entonces, la organización era aún débil, inestable y tenía poca seguridad en sí misma.

Podría pensarse que ya el solo hecho de aquel entierro refutaba completamente la leyenda relativa a la revolución incruenta. Sin embargo, el ambiente que reinaba en la ceremonia reproducía, en parte, la atmósfera de los primeros días de la revolución, en que aquella leyenda se había engendrado.

Veinticinco días después durante ese plazo, el S viet había adquirido mucha más experiencia y seguridad en sí mismo, tuvo lugar la fiesta del Primero de Mayo, en la fecha marcada por el calendario occidental (18 de mayo según el viejo cómputo). En todas las ciudades del país se celebraron desfiles y manifestaciones. No sólo se holgó en los establecimientos industriales sino también en las oficinas públicas del Estado, municipales y provinciales. En el Poblev, donde se hallaba el cuartel general, desfilaron, al frente del desfile, los Caballeros de San Jorge. La columna del cuartel general, encabezada por los generales zaristas no destituidos, iba también en la manifestación con un cartel alusivo al Primero de Mayo. La fiesta antimilitarista se fundió con una manifestación patriótica, teñida un poco de revolución. Cada sector de población ponía en la fiesta su nota peculiar, y se fundían, formando un conjunto hartamente difuso y bastante falso, aunque general, grandioso.

En la fiesta de las dos capitales y en los centros industriales, los obreros, y en la masa de éstos se destacaban ya claramente con sus banderas, sus cartelones, sus discursos y sus ritos los fuertes nacionalistas. En la inmensa fachada del palacio de Marinski, albergue del Gobierno Provisional, se extendía una insolente faja roja, con esta inscripción: III Internacional! . Las autoridades, que no se habían curado aún del desorden administrativo, no se atrevieron a arrancar aquel trapo desagradable. Parecía que todo el mundo estaba de fiesta. El ejército de operaciones celebró el Primero de Mayo como pudo, y del frente se recibían noticias de reuniones, cuenta de asambleas, discursos, banderas y canciones revolucionarias y trincheras. También en las fronteras alemanas encontraba eco la fiesta.

La guerra no tocaba a su fin lejos de ello, ensanchaba sus círculos. Antes, el mismo precisamente en que se enterraban las víctimas de la revolución, se lanzaba a ella todo un continente, para imprimirle nuevo impulso. Entre tanto, en todos los ámbitos de Rusia los prisioneros de guerra tomaban parte en las manifestaciones al lado de los soldados, bajo banderas comunes, y a veces entonando el mismo himno en varios idiomas. En aquella inmensa fiesta, semejante a una inundación que sumergía los rasgos de las diferentes clases, partidos e ideas, el desfile en común de los soldados rusos y los prisioneros austroalemanes era un hecho bastante esperanzador. Ello era elocuente, que permitía pensar que la revolución, a pesar de todo, ganaba un mundo mejor.

La fiesta del Primero de Mayo, lo mismo que el entierro de las víctimas, transcurrió en medio del mayor orden, sin choques ni víctimas, como un acto de solemnidad de carácter nacional. Sin embargo, un oído atento hubiera podido percibir, sin dificultad, en las filas de los obreros y de los soldados, una creciente impaciencia y hasta de amenaza. La vida se hacía cada vez más difícil. Como efecto, los precios subían de un modo aterrador, los obreros exigían un salario mínimo, los patronos se resistían, el número de conflictos en la industria aumentaba sin interrupción. Empeoraba la situación, desde el punto de

de las subsistencias se reduc a la ración de pan, todo se racionaba, hasta el arroz. Crecía también el descontento de la guarnición del mando de la ciudad sacaba de Petrogrado a los regimientos más revolucionarios. En la asamblea general de la guarnición, celebrada el 17 de abril, los soldados, que rechazaban los propósitos hostiles del mando, plantearon la necesidad de oponerse a la ordenada de los regimientos. En adelante, esta reivindicación surgirá en toda vez más decididos a cada nueva crisis de la revolución. Pero la razón de todas las calamidades era la guerra, cuyo fin no se veía. ¿Cuándo traerá la revolución? ¿Qué piensan de esto Kerenski y Tsereteli? Las masas permanecían o cada vez más atentas a lo que decían los bolcheviques, les miraban de reojo, en actitud expectante, unos en tonitura medio hostil, otros con esperanza ya. Bajo la solemne disciplina de aquel día de fiesta, el estado de ánimo hallaba en tensión y las masas fermentaban. Sin embargo, nadie, ni aun los miembros del comité del palacio de Marinski, suponían que los dos o tres días siguientes desgarrarían ya de un modo implacable el ropaje de la unidad nacional de la revolución. Los magnos acontecimientos, que muchos sabían inevitables, pero que nadie esperaba para tan pronto, se produjeron inesperadamente. El impulso político de la política exterior del Gobierno Provisional, es decir, del problema de la guerra. Fue Miliukov quien acercó a la mecha.

La historia de la cerilla y de la mecha es la siguiente. El día en que entraron los Estados Unidos en la guerra, el ministro de Negocios Extranjeros del Gobierno Provisional, animado por este hecho, desarrolló ante los periódicos su programa: ocupación de Constantinopla y de Armenia, reparto de Asia Menor y Turquía, ocupación de la Persia septentrional y, luego, naturalmente, el derecho de los pueblos a decidir soberanamente de sus destinos. En todas sus conferencias presentaba el Miliukov historiador al Miliukov ministro de Negocios Extranjeros ya decididamente los fines pacifistas de la guerra emancipadora, pero estableciendo siempre una estrecha conexión entre ellos y los objetivos nacionales y los intereses de Rusia. La entrevista tranquilizó a los conciliabulos. ¿Cuándo se emancipará de toda falsedad la política exterior del Gobierno Provisional? se preguntaba, indignado, el diario de los mencheviques. ¿Por qué el Gobierno Provisional no exige aliados que renuncien abierta y decididamente a las anexiones? Esta gente consideraba como una nota falsa el lenguaje sincero de las aves de rapiña, y estaba dispuesta a ver en el disfraz de sus apetitos la ausencia de toda falsedad. Asustado ante la excitación de la democracia, Kerenski se apresuró a declarar, por medio de la prensa, que el programa de Miliukov no hacía más que expresar la opinión personal de éste. Por lo visto, se consideraba como un detalle casual que el autor de la opinión personal fuese, precisamente, el ministro de Negocios Extranjeros.

Tsereteli, que posea el talento de saber reducir todos los problemas comunes, insistió en la necesidad de que el gobierno declarara que la guerra tenía para Rusia un carácter exclusivamente defensivo. La resistencia

de Miliukov y, en parte, de Guchkov, fue vencida, y el 27 de marzo no hizo pública una declaración, en que se decía que el fin perseguido por Rusia libre no es la dominación sobre los demás pueblos, ni se aspira a apoderarse de sus bienes nacionales, ni a apoderarse de territorios ajenos, sino que se respetarán todos los compromisos contraídos con nuestros aliados. De este modo, los reyes y los profetas del doble poder anunciaban su intento de instaurar el parasitismo, aliados a los criminales y malhechores. Estas cosas, aquellos caballeros carecían del sentido del ridículo.

La declaración del 27 de marzo fue muy bien acogida por toda la prensa conciliadora, entre la cual se encontraba la prensa de Kenev-Stalin, que cuatro días antes de llegar Lenin a Petrogrado decía en su artículo de fondo que el Gobierno Provisional ha declarado, ante todo el mundo, de un modo claro y concreto, que el fin perseguido por la Rusia libre no es la dominación sobre los demás pueblos, etc. La prensa inglesa interpretó inmediatamente, y con gran satisfacción, la renuncia de Rusia a las anexiones, como una renuncia a la política imperialista, pero sin disponerse, por su parte, naturalmente, ni en lo más mínimo a hacer extensiva la fórmula de Gran Bretaña. El embajador ruso en Londres dio la voz de alarma y exigió que Moscú hiciera una aclaración, en el sentido de que Rusia no adoptaba el principio de la paz sin anexiones de un modo incondicional, sino sólo en la medida en que no se hallase en contradicción con nuestros intereses vitales. No era otra, en efecto, la fórmula de Miliukov, que no se robará a aquello que no necesitamos. A la inversa de Londres, en París no sólo sostuvo a Miliukov, sino que le alentó, inspirándole, por medio de Palóologue, su embajador, la necesidad de abrazar, una política más conciliadora respecto al S viet.

Ribot, a la sazón primer ministro francés, fuera de París por aquellos días, recibió a los representantes que llegaban de Petrogrado, preguntó a Londres y a París si consideraban o no necesario invitar al Gobierno Provisional a poner fin a su aislamiento. Londres contestó que sería prudente conceder a los socialistas franceses e ingleses, enviados a Rusia, el tiempo necesario para influir sobre los correligionarios rusos.

El envío de los socialistas aliados a Rusia se hizo por iniciativa de los socialistas rusos, o, lo que es lo mismo, del viejo generalato zarista. Ribot escribió a Ribot, refiriéndose a Albert Thomas para dar alguna idea de las resoluciones del Gobierno Provisional. Por su parte, Miliukov decía que Thomas mantuviera un contacto excesivamente estrecho con los socialistas franceses del S viet. Ribot contestó que Thomas se esforzaba sinceramente por mantener el punto de vista de Miliukov, pero prometió a excitar a su vez a prestar un apoyo todavía más activo.

La declaración del 27 de marzo, completamente vacua, inquietó a los aliados, que vieron en ella una concesión al S viet. Desde Londres se preocuparon con perder la fe en la potencia guerrera de Rusia. Palóologue comentó la timidez y el carácter indefinido de la declaración. No obstante, Miliukov confiando en la ayuda de los Aliados, se entregó a

arriesgado, que excedía en mucho en sus recursos. Su idea fundamental era dirigir la guerra contra la revolución, y el objetivo inmediato que proponía, la desmoralización de la democracia. Pero, precisamente por eso, desde el 18 de abril, empezaron los conciliadores a manifestar una nerviosidad y incertidumbre cada vez mayores en las cuestiones relativas a política exterior, y las masas ejercían una presión cada vez más fuerte sobre ellos. El gobierno necesitaba de un empréstito de paz, pero no un empréstito de guerra. Había que intentar entreabrir ante ellas aunque no fuera más que la apariencia de una perspectiva de paz.

Tsereteli, aplicando su salvadora política de lugares comunes, propuso que se exigiera del Gobierno Provisional la entrega a los Aliados de una resolución a la declaración de política interior del 27 de marzo. En pago de esto, el Comité Ejecutivo se comprometió a hacer que el Sviyet votase a favor del empréstito de la Libertad. Miliukov accedió al trato, pero el empréstito no era más que la nota, pero decidiendo explotarlo en su interés y con usura. La falta de apoyo a la apariencia de interpretar aquella declaración, lo que hacía, en realidad, desautorizarla, haciendo hincapié en que las frases pacifistas del nuevo programa no daban ni el menor pretexto para creer que la revolución haya podido quebrantar en lo más mínimo el papel de Rusia en la lucha común con sus aliados. Muy al contrario, la aspiración popular a llevar la guerra hasta el triunfo decisivo no ha hecho otra cosa que robustecerse... Más allá de la nota expresaba el convencimiento de que los vencedores encontrarían los medios de obtener garantías y sanciones necesarias para evitar, en el porvenir, nuevos choques sangrientos. Aquello de las garantías y las indemnizaciones, interpolado en la nota a instancias de Albert Thomas, no significaba el lenguaje de la diplomacia, sobre todo de la francesa, otra cosa que garantías e indemnizaciones. El Primero de Mayo, Miliukov transmitió telefónicamente su nota, dictada por los diplomáticos aliados, a los gobiernos oponentes, hecho lo cual se envió al Comité Ejecutivo, al mismo tiempo que a los periódicos rusos. El gobierno prescindió de la Comisión de Enlace, y los miembros del Comité Ejecutivo se vieron reducidos a la situación de ciudadanos comunes, aunque los conciliadores no leyeron en la nota nada que no hubieran oído con los labios de Miliukov, no podían dejar de ver en ella un acto premeditado de hostilidad. Aquella nota los desarmaba ante las masas y los colocaba en el trance de optar, sin más devaneos, entre el bolchevismo y el imperio ruso. ¿Era éste, realmente, el fin que perseguía Miliukov? Todo hace suponer que se reducía a eso, que su designio iba más allá.

Ya desde el mes de marzo, Miliukov intentaba, con todas sus fuerzas, suscitar el desdichado proyecto de ocupación de los Dardanelos, mediante el desembarco de tropas rusas, y sostuvo frecuentes negociaciones con el general Alexóiev, a fin de persuadirle de que realizara enérgicamente la operación, que, a su juicio, colocaba a Rusia ante un hecho consumado a la democracia, que testaba contra las anexiones. La nota del 18 de abril implicaba un desmoronamiento de las fuerzas de Miliukov en las orillas mal defendidas de la

cia. Las dos acciones, la militar y la política, se contemplaban y, todo, se justificaban mutuamente. Generalmente, a los vencedores no se les gana. Pero Miliukov no estaba llamado a ser vencedor. Para el desembarco faltaban doscientos o trescientos mil soldados. La empresa fracasó por la ausencia: la negativa de los soldados, dispuestos a defender la revolución pero no a atacar. Fracasado el proyecto de Miliukov respecto a los soldados, esto echó por tierra todos sus proyectos posteriores, que, hay que decir, no estaban mal calculados..., a condición de vencer.

El 17 de abril tuvo lugar, en Petrogrado, una macabra manifestación trágica de inválidos: una muchedumbre inmensa de heridos de los hospitales de la capital, amputados, sin piernas, sin brazos, vendados, avanzando en un silencio de tumba. Los que no podían andar eran llevados en camiones y banderas se les alzaban: Guerra hasta el fin. Era una manifestación de desprecio por los desperdicios humanos de la guerra imperialista, que no querían que el mundo reconociera como inútiles los sacrificios realizados por ellos. Tras de los manifestantes acechaba el partido kadete o, más exactamente Miliukov, que estaba preparando para el día siguiente su gran golpe.

En la sesión extraordinaria del 19 por la noche, el Comité Ejecutivo examinó la nota enviada el día anterior a los gobiernos aliados. Después de la primera lectura cuenta Stankievich, todo el mundo reconoció unánimemente y sin discusión que no era aquello, ni mucho menos, lo que el Comité quería. Pero como de la nota respondía el gobierno en conjunto, sin excepción Kerenski, era necesario, ante todo, salvar al gobierno. Tsereteli se esforzó en cifrar la nota, no cifrada, y a descubrir en la misma aspectos insólitos. Skobelev demostró, con gran profundidad de espíritu, que no se podía tener siempre una conciencia absoluta entre las aspiraciones de la democracia y del gobierno. Aquellos prudentes varones se estuvieron exprimiendo hasta de madrugada, pero no encontraron ninguna solución. Al amanecer volvieron a sus casas, citados para unirse nuevamente horas después. Pero visto confiaban en la virtud del tiempo para curar todas sus heridas.

Por la mañana la nota apareció en todos los periódicos. Repetidamente en términos de provocación muy bien meditados. La prensa socialista bochaya Gazeeta en el que aún no se habían disipado, después de las invenciones de Tsereteli y Skobelev, los vapores de la excitación nocturna que el Gobierno Provisional había publicado un documento que representaba un escarnio para las aspiraciones de la democracia y el Soviet la adopción de medidas decididas a fin de evitar sus terribles consecuencias. En estas frases se dejaba sentir, de un modo muy claro, el creciente de los bolcheviques.

El Comité Ejecutivo reanuda la sesión, pero sólo para persuadir a los miembros, de que era incapaz de llegar a ninguna decisión. Se acordó un pleno extraordinario del Soviet para información: en realidad, para expresar el grado de descontento de las masas y dar tiempo a las propias vacilaciones. En el intervalo, se proyectaban toda suerte de reuniones de enlace des-

liquidar la cuestión.

Pero en aquel ajetreo habitual del doble poder vino a terciar inesperadamente una tercera fuerza. Las masas se echaron a la calle con las armas a mano. Entre las bayonetas de los soldados brillaban las letras de los cartelones: ¡Abajo Miliukov! . En otros cartelones aparecía también el nombre de Guchkov. Parecía mentira que aquellos hombres soliviantados fueran los principales manifestantes del Primero de Mayo.

Los historiadores califican de espontáneo este movimiento, en el sentido de que ninguno de los partidos asumió su iniciativa. La invitación a salir a la calle partió de un tal Linde, que con sólo esto estampó su nombre en la historia de la revolución. Linde, que era un sabio, un matemático, un filósofo, se hallaba al margen de todo partido, había abrazado con toda su alma la revolución y ansiaba ardientemente que ésta cumpliera sus promesas. La conducta de Miliukov y los comentarios de él indignaron. Sin consultar con nadie...

... cuenta su biógrafo, puso inmediatamente manos a la obra... se fue a la cabeza del movimiento de Finlandia, reunió al comité y propuso que el regimiento se dirigiera inmediatamente al palacio de Marinski... La proposición de Linde fue aceptada, y a las tres de la tarde, desfilaron ya por las calles de Petrogrado manifestación imponente de soldados del regimiento de Finlandia llevando carteles provocativos. Siguiendo el ejemplo del regimiento de Finlandia se echó a la calle los soldados del regimiento de reserva 180, del regimiento del general Pavl, del regimiento de Keksgalin, los marineros de la segunda tripulación de la escuela del Báltico, hasta veinticinco a treinta mil hombres en total, todos. En los barrios obreros se produjo una gran agitación: cesó el trabajo en las fábricas, siguiendo el ejemplo de los regimientos, se lanzaron a la calle...

La mayoría de los soldados no sabían a qué había venido, afirmaba Guchkov, como si realmente hubiera tenido tiempo para interrogarlos. Además de los soldados, tomaban parte en la manifestación los jóvenes obreros, que gritaban en voz alta ¡¡ que les habían dado a razón de diez y quince rublos por ir allí. La fuente del dinero no podía ser más clara: Alemania había dado directamente la separación de los dos ministros (Miliukov y Guchkov). Miliukov no dio esta profunda explicación en el momento en que la lucha se hallaba en su apogeo, sino tres años después de la revolución de Octubre, la cual se encargó de demostrar con suficiente claridad que no había nadie que pagara a precio muy alto el odio de las masas populares contra Guchkov.

El carácter agudo que tomó súbitamente la manifestación de abril se explica por la reacción inmediata de las masas ante el engaño de las autoridades. Mientras el gobierno no consiga la paz, hay que defenderse. Esto se hizo con entusiasmo, pero con convicción. Se daba por supuesto que en las alturas se hacía todo lo posible por obtener la paz. Los bolcheviques afirmaban, ciertamente, que el gobierno mantenía la continuación de la guerra con fines de rapina, pero esto no era posible. ¿Y Kerenski? A los jefes del Soviet les costó desde febrero. Fueron los primeros en acudir a los cuarteles de sobra para decirnos que defienden la paz. Además, Lenin llegó de Berlín, mientras que...

teli estaba en presidio. Hay que tener paciencia... Al mismo tiempo
bricas y en los regimientos más avanzados iban imponiéndose, cada vez
firmemente, las consignas bolcheviques de la política de paz: publi
tratados secretos y ruptura con los planes de conquista de la Entente
sición abierta de paz inmediata a todos los países beligerantes. La
de abril cayó en este terreno moral, complejo y vacilante. ¿Cómo, qu
to? ¡Ah, de modo que esos señores no apoyan la paz, sino los fines
erra persecuta antes! ¡Entonces será inútil que esperemos! ¡Abajo!..
¿quién? ¿Es posible que tengan razón los bolcheviques? No, no pue
ro ¿y la nota? Aquí hay alguien que quiere vender nuestra pelleja a
del zar. Sin más que comparar la prensa de los kadetes y la de los
res, se deduce que Miliukov, defraudando la confianza del país, se
a practicar una política de conquistas del brazo de Lloyd-George y
pio Kerenski ha declarado que el atentado contra Constantinopla era
ni personal de Miliukov. Así estalló el movimiento.

Pero éste no era homogéneo. Algunos elementos exaltados del camp
volucionario exageraban las proporciones y la madurez política del m
cuanto más larga e inesperadamente se manifiesta al exterior. Los bol
desarrollaron una labor enérgica en el seno de los regimientos y en
El grito ¡Abajo Miliukov!, que era algo así como el programa mín
miento, fue completado por ellos con cartelones contra el Gobierno
en conjunto, con la particularidad de que los distintos elementos in
aquello de un modo distinto también: unos, como consigna de propaga
otros, como finalidad inmediata. El grito: ¡Abajo el Gobierno Provi
zado a la calle por los soldados y marineros armados, deslizó immed
en la manifestación un elemento de insurrección armada. Había grupo
derables de obreros y soldados que se mostraban dispuestos a atacar
tamente al Gobierno Provisional. Fue de ellos de quienes partió la
derarse del palacio de Marinski, ocupar todas las salidas y detener
tros. Para salvarlos fue destacado Skobelev, quien cumplió eficaz s
su misión, cosa no difícil, pues resultó que en el palacio de Marin
nadie. Debido a la enfermedad de Guchkov, el gobierno estaba reunido
domicilio particular. Pero no fue este azar el que salvó a los mini
tenciación, peligro que, por otra parte, no les amenazaba seriamente.
ciento de veinticinco o treinta mil soldados, que se echó a la calle
char contra la continuación de la guerra, era más que suficiente pa
un gobierno más sólido que el presidido por el príncipe Lvov. Pero
el fin que se proponían los manifestantes. En el fondo, no querían
grimir el puño amenazador y asomarlo por la ventana para que aquell
petados caballeros no siguieran afilando los dientes, con la vista p
Constantinopla, y se dedicaran a preparar la paz, como era su oblig
esto, los candorosos soldados creían ayudar a Kerenski y Tsereteli
kov.

Mientras el gobierno estaba reunido, llegó el general Kornilov,

cuenta de las manifestaciones armadas que se estaban desarrollando y que, en calidad de jefe de las tropas de la región militar de Petrogrado, disponía de fuerza suficiente para sofocar el movimiento a mano armada y si no hacía nada era esperando órdenes concretas. Kolchak, que asistió personalmente a la reunión del gobierno, contó más tarde, en el proceso que precedió a su fusilamiento, que el príncipe Lvov y Kerenski se habían mostrado reacios a las tentativas de represión armada contra los manifestantes. Miliukov se pronunció de un modo directo, pero resumió la situación diciendo que los señores ministros podrían, naturalmente, razonar como les pluguiera, aunque esto no impedía que les metieran en la cárcel. No podía haber la menor duda de que Kornilov obraba en connivencia con los dirigentes del partido K

A los líderes conciliadores no les fue difícil conseguir que los manifestantes se retiraran de la plaza situada frente al palacio de Mariinsky que se reintegraran a sus cuarteles. Sin embargo, la agitación que se había movido en la ciudad no cedió. Por todas partes se congregaban grandes multitudes y se celebraban mítines, se discutía en todas las esquinas, entre otras cosas los viajeros se dividían en partidarios y en adversarios de Miliukov. En los suburbios, en los barrios obreros, los bolcheviques se esforzaban en hacer tensiva al gobierno en pleno la indignación suscitada por la nota y por

A las siete de la tarde, se reunió el pleno del Soviet. Los oradores comenzaron a decir al auditorio, que se hallaba en un estado de gran exaltación, que se había entrevistado exactamente para decir que después de la reunión se celebraría una entrevista con el Gobierno Provisional. Chernov intimidaba con la perspectiva de la guerra civil. Federov, obrero metalúrgico, miembro del Comité Central de los bolcheviques, replicó que la guerra civil era ya un hecho y que lo que tenían que hacer los Soviets era apoyarse en ella y adueñarse del poder. Aquel entonces, éstas eran todavía palabras inauditas y terribles dijo Chernov, y hallaron en aquella asamblea, gracias al espíritu reinante, una vez que los bolcheviques no habían encontrado antes ni habían de volver a encontrar mucho tiempo después en el Soviet.

Sin embargo, la nota saliente de la reunión fue, inesperada para todos, el discurso del liberal-socialista Stankievich, uno de los hombres de confianza de Kerenski: ¿Qué necesidad tenemos, compañeros, de atacar? preguntó él. ¿Contra quién vamos de emplear la fuerza? ¿Habéis olvidado, amigos, que la fuerza sois vosotros y las masas que os siguen?... Mirad, ahora son las siete menos cinco (Stankievich apunta con la mano al reloj que hay en la pared, y toda la sala se vuelve hacia él). Tomad el acuerdo de que el Gobierno Provisional dimita, comunicaremos nuestra decisión por teléfono y, a la vez, quedamos seguros de que habrá depuesto sus poderes. ¿Qué necesidad hay de acudir a la violencia, al ataque, a la guerra civil? En la sala suenan aplausos clamorosos con gritos de entusiasmo. El orador quiso, evidentemente, asustar al Soviet sacando una consecuencia extrema de la situación creada pero con su discurso no consiguió más que asustarse a sí mismo. La verdad, tan inconscientemente lanzada, acerca de la fuerza de los Soviets

so a la asamblea por encima del lastimoso nivel de la actuación de los
tes, a quienes el hecho que les preocupaba era que el S viet no tomara
na resolución. ¿Y quién va a reemplazar al gobierno? objetó uno de
dores contestando a los aplausos. ¿Nosotros? ¿Pero si nos tiemblan
nos!... . No podía trazarse mejor característica de aquellos concilia-
grandilocuentes con manos temblorosas.

El primer ministro, Lvov, como completando las palabras de Stank
desde el otro lado, hacía al día siguiente esta declaración: Hasta
bierno Provisional se ha visto invariablemente apoyado por el rgan
del S viet. En estas últimas dos semanas... recaen sobre el gobierno
sospechas. En estas condiciones... lo mejor que puede hacer el Gobie
visional es marcharse. Estas palabras confirman, una vez más, cuál
constitución efectiva de la Rusia de Febrero.

En el palacio de Marinski se celebró una reunión mixta del Comit
tivo y el Gobierno Provisional. En su discurso de apertura, el pr
lamentó de la campaña desatada por los sectores socialistas contra
no y habló en un tono medio resentido y medio de amenaza de dimitir
nistros fueron describiendo las dificultades, cuya acumulación se e
ellos de fomentar con todas sus fuerzas. Miliukov, volviéndose de e
madriguera de charlatanes que era la Comisión de Enlace, habló desd
ción a los manifestantes kadetes: Al ver aquellos cartelones con el
¿Abajo Miliukov! , no temo por Miliukov, sino por Rusia. As nos
Miliukov historiador las modestas palabras que el Miliukov ministro
ante la muchedumbre reunida en la plaza. Tsereteli exigió que el go
se una nueva nota. Chernov halló una salida genial, proponiendo a M
ra desempeñar la cartera de Instrucción Pública: por lo menos, Cons
como tema de geografía, era hartamente menos peligrosa que como tema de
macia. Sin embargo, Miliukov se negó en redondo a las dos soluciones
reclusión en la ciencia ni dar a una nueva nota. Los caudillos del S
cieron rogar mucho y accedieron a que se aclarara la nota anterior
taba encontrar unas cuantas frases cuya falsedad apareciera disimulad
do suficientemente democrático, y la situación podía darse por salv
la situación, la cartera de Miliukov.

Pero el tercero en discordia, tan inquieto de suyo, no acababa d
quilizarse. El 21 de abril el movimiento fue más potente que el día
Esta manifestación había sido convocada ya por el comité local del
chevique. A pesar de la contraagitación desplegada por los menchev
los socialrevolucionarios, masas inmensas de obreros avanzaron haci
tro, partiendo primero de la barriada de Vyborg y luego de otros pu
Comité Ejecutivo destacó a apaciguadores prestigiosos para que sali
encuentro de los manifestantes, acaudillados por Chjeidze. Pero los
querían que se les oyese y no les faltaba que decir. Un conocido pe
beral describió así la manifestación de los obreros en la Nevski:
lante, cerca de un centenar de hombres armados detrás, las filas c

de hombres y mujeres no armados un millar de personas . Cadenas vivas a ambos lados. Cánticos. Lo que más impresi n me produjo fueron sus caras. Aquellas personas no ten an más que una sola cara llena de ira: el rostro monacal de los primeros siglos del cristianismo, irreconciliable, decididamente decidido a llegar al asesinato, a la inquisición y a la muerte. El periodista liberal miró la revolución obrera cara a cara y pudo percibir al instante, su concentrada decisión. ¡Quó poco se parecen aquellos obreros mozalbetes de Miliukov, comprados por Ludendorff a razón de quince rublos diarios!

En este día, lo mismo que en el anterior, los manifestantes no se fueron a la calle decididos a derribar al gobierno, aunque bien se puede suponer que la mayoría había pensado ya seriamente en ello hoy, una parte de los manifestantes estaba dispuesta ya a llevar las cosas más allá de los límites del desmoronamiento de la mayoría. Chjeidze propuso a la manifestación que se viese atraída sus barriadas. Pero los directores contestaron rudamente: los obreros sabían perfectamente, sin que nadie se lo dijese, lo que tenían que hacer. Es un nuevo tono al que Chjeidzeno está acostumbrado y al que él quiere tener más remedio que acostumbrarse durante las semanas siguientes.

Mientras que los conciliadores acudían a la persuasión y trataban de extinguir la hoguera, los kadetes la avivaban y adoptaban actitudes provocadoras. Kornlov, aunque ayer no obtuviese autorización para emplear las tropas no se lo ha abandonado su plan, sino que, lejos de ello, ha tomado, muy bien temprano, medidas para lanzar la Artillería y la Caballería sobre los manifestantes. Contando firmemente con el carácter fogoso del general, los kadetes publicaron una hoja incitando a sus partidarios a salir a la calle por el sitio evidente de llevar las cosas hasta el conflicto decisivo. Fracaso del desembarco a orillas de los Dardanelos, Miliukov seguía desarrollando su plan con Kornlov por vanguardia y la Entente como reserva. La nota enviada a los aliados, las paldas de los soviets y el artículo de Richens en el comité de telegrama de Ems del canciller liberal de la revolución de Febrero, los dos que están al lado de Rusia y de la Libertad, deben agruparse en torno al Gobierno Provisional y sostenerlo . Así decía el manifiesto del Comité de los kadetes, en que se invitaba a todos los buenos ciudadanos a salir a la calle para luchar contra los partidarios de la paz inmediata.

Aquel día, la Nevski, arteria principal de la burguesía, se convirtió en un mitin kadete. Una manifestación considerable, presidida por los líderes del Comité Central kadete, se dirigió al palacio de Marinski. Por todas partes se veían cartelones con letreros que acababan de salir del taller: la paz absoluta en el Gobierno Provisional . ¡Viva Miliukov! . Los ministros eran radiantes: el pueblo estaba con ellos, cosa tanto más evidente cuanto que los emisarios del Soviet hacían esfuerzos sobrehumanos por disolver los ministerios revolucionarios, por conseguir que las manifestaciones de obreros y de soldados evacuaran el centro y se dirigieran a los suburbios y por evitar toda la parte de los cuarteles y de las fábricas.

Bajo la bandera de la defensa del gobierno se llevaba a cabo, por primera vez, una movilización franca y en todo el frente de las fuerzas revolucionarias. En el centro de la ciudad aparecieron camiones con oficiales y estudiantes armados. Entraron en acción los Caballeros de San Jorge y la Juventud Dorada organizó en la Nevski un tribunal que detuvo a los partidarios de Lenin y a los agentes alemanes. Hubo ya reyertas. Se decía que el origen de la primera colisión sangrienta había sido la tentativa de unos oficiales de arrebatarse a los obreros una bandera letrero contra el Gobierno Provisional. Las reyertas fueron tomando cada vez más encarnizado, y se inició un tiroteo, que, a partir de entonces, fue ya constante. Nadie sabía exactamente quién disparaba ni por qué se disparaba. Pero el hecho es que aquel confuso tiroteo, en parte producido por el pánico, había causado ya varias víctimas. Los ánimos iban caldeando.

No la jornada no era precisamente un testimonio de la unidad revolucionaria. Eran dos mundos los que se enfrentaban. Las columnas patrióticas, en la calle por el partido kadete contra los obreros y soldados, estaban encabezadas exclusivamente por los elementos burgueses de la población, por intelectuales, funcionarios públicos. Dos torrentes humanos, uno al grito: ¡Queremos Constantinopla! y otro al grito: ¡Viva la paz!, se derribaban sobre las calles partiendo de distintas partes de la ciudad, de distinta posición social y por su aspecto exterior, con inscripciones hostiles en los telones y que, al chocar, recurrían a los puños, a los bastones y hasta a las armas de fuego.

En el Comité Ejecutivo se recibió la noticia inesperada de que Kornlov había mandado montar los cañones en la plaza de palacio. ¿Era una invitación, por su cuenta y riesgo, por el jefe militar de la región? No la futura carrera de Kornlov indican que el bizarro general tenía a alguien que le empujase en esta ocasión, ese alguien eran los caudillos. Ellos no hubieran echado a su gente a la calle sin contar con el consentimiento de Kornlov y para provocarla. Uno de los jóvenes historiadores revolucionarios observa, acertadamente, que la tentativa del general para llevar sus fuerzas a la plaza de palacio no coincidió precisamente con el momento en que se planteaba la necesidad, fuese real o imaginaria, de defender el palacio de Marinski contra la muchedumbre excitada, sino con el momento en que la desbandada y huida de los kadetes llegaba a su punto culminante.

Pero el plan Miliukov-Kornlov fracasó de modo ignominioso. Por eso, que fueran los jefes del Comité Ejecutivo, no podían dejar de comprender que se estaban jugando la cabeza. Antes ya de que llegaran las primeras víctimas de las sangrientas refriegas en la Nevski, el Comité circuló una orden que obligaba a todas las fuerzas militares de Petrogrado y sus alrededores a no salirse de sus cuarteles. No se mandaría ni un solo soldado a las calles de la capital sin el consentimiento del Soviet. Ahora, cuando los propósitos de Kornlov son del dominio público, el Comité Ejecutivo, a pesar de todas sus declaraciones solemnes, t...

m n con ambas manos, por la cuenta que le tiene, y no s lo exige de Korn lo que retire inmediatamente las tropas de las calles, sino que destaca a Korn lo y a Filipovski para que hagan volver a las tropas a los cuarteles del S viet. En estos d as agitados, no salgáis a la calle con las armas no sin que el ComitØ Ejecutivo os requiera el derecho de disponer de vos otros pertenece exclusivamente al ComitØ Ejecutivo, toda or den relativa a la salida de tropas deberÆ constar en un documento oficial S viet e ir avalada, por lo menos, con la firma de dos personas autorizadas para ello. Se dir a, pues, que el S viet interpretaba de un modo inequívoco los manejos de Korn lo como una tentativa de la contrarrevoluci n para poner fin a la guerra civil. Pero lo curioso es que, a la par que con este decreto se daba la nada el mando de la regi n, no se le pasaba siquiera por las mentes de los oficiales de plaza a Korn lo, sin duda por no atentar contra las prerrogativas de los oficiales aqu las manos temblorosas . El nuevo rØgimen viv a rodeado de ficciones como mismo que un enfermo vive rodeado de almohadas y compresas. Pero lo mÆs instructivo, desde el punto de vista del verdadero balance de fuerzas, fue el hecho de que no s lo las tropas, sino las escuelas militares se negasen a recibir la comunicaci n de Chjeidze, a entrar en acci n sin rdenes del S viet. Aquellas desagradables sorpresas que los kadetes no hab an previsto que se suced an unas a otras, eran consecuencia inevitable del hecho de que en el momento de la revoluci n nacional, la burgues a rusa resultaba s una clase antinacional. Este hecho pod a disimularse durante algøn tiempo bajo la sombra del doble poder, pero no era posible borrarlo.

Aparentemente, la crisis de abril iba a cancelarse sin que recayera la responsabilidad cisi n. El ComitØ Ejecutivo consigui mantener todav a a las masas en la oscuridad de las dualidad de poderes. Por su parte, el gobierno, agradecido con el hecho de que por garant as y sanciones hab an de entenderse los tribunales nacionales, la limitaci n de los armamentos y otras cosas magn ficas. El ComitØ Ejecutivo se apresur a aferrarse a estas concesiones terminol gicas, y los votos contra 19 declarar liquidado el incidente. Para tranquilizar a las masas, la mayor a adopt , ademÆs, las siguientes resoluciones: intensificaci n de la vigilancia de la actuaci n del Gobierno Provisional que no se realizaba un acto pol tico sin informar previamente de ello al ComitØ Ejecutivo y la reformaci n de la representaci n diplomÆtica. La dualidad de poderes se reflejaba en el lenguaje jur dico constitucional pero con esto no se modificaba el contenido ni la naturaleza de las cosas. El ala izquierda no consigui arrastrar a la mayor a conciliadora ni la dimisi n de Miliukov. Todo seguir a como antes. El Gobierno Provisional estaba sometido a la fiscalizaci n mucho mÆs efectiva de la Entente, contra la cual el ComitØ Ejecutivo ni siquiera pensaba en oponerse.

El d a 21 por la tarde, el S viet de Petrogrado hizo, por decirlo de otro modo, un balance de la situaci n. Tsereteli dio cuenta del nuevo triunfo de aquellos que se opon a los de prudencia que eran los directores, triunfo que pon a fin a toda la mala interpretaci n de la nota del 27 de marzo. KÆmenev, en nombre de los obreros y campesinos cheviques, propuso la formaci n de un gobierno puramente soviØtico. La

Kollontai, revolucionaria popular, que durante la guerra se hab a p campo menchevique a los bolcheviques, propuso que se organizase un p topopular por las barriadas de Petrogrado y sus alrededores acerca o no Provisional que prefer an pero estas proposiciones no fueron co por el S viet. La cuesti n parec a ya resuelta. Por una inmensa may tra 13 votos, se adopt la tranquilizadora resoluci n del ComitØ Eje to es que la mayor a de los diputados bolcheviques se hallaban toda do en las fÆbricas, en las calles, en las manifestaciones. Pero, as dudable que la masa principal del S viet no se inclinaba en lo mÆs hacia las consignas bolcheviques.

El S viet propuso que cesasen durante dos d as todas las manifes en las calles. La resoluci n fue votada por unanimidad. Nadie dudab asomo, de que todo el mundo se someter a a la decisi n. Y, en efect obreros, ni los soldados, ni la juventud burguesa, ni el barrio de avenida Nevski, nadie se atrevi a desobedecer la orden del S viet. caci n se obtuvo sin que fuera preciso aplicar ninguna medida coerc biera bastado con que el S viet se sintiera dueæo de la situaci n p fuera en realidad.

Entre tanto, iban llegando a las redacciones de los peri dicos o da docenas de acuerdos votados por las fÆbricas y los regimientos p dimisi n inmediata de Miliukov y, algunas, la de todo el Gobierno P. La agitaci n no qued limitada a Petrogrado. En Moscæ, los obreros ron el trabajo los soldados salieron de los cuarteles, invadieron protestas tumultuosas. En los d as siguientes, afluyeron al ComitØ telegramas de docenas de s viets locales protestando contra-la pol ti kov y prometiendo apoyar en todo al S viet. Del frente llegaban tam en el mismo sentido. Pero todo hab a de seguir como hasta all .

El 21 de abril afirmar a, pasado el tiempo, Miliukov reinaba lles un estado de esp ritu favorable al gobierno . Se refiere, sin lles que Øl pudo observar desde su balc n despuØs que los soldados ros se volvieron, respectivamente, a sus cuarteles y a sus casas. E el gobierno estaba completamente solo. Ninguna fuerza seria lo segu pudimos or de labios de Stankievich y del propio pr ncipe Lvov. ¿Q ban aquellas palabras de Korn lov de que dispon a de fuerzas sufici dominar a los rebeldes? Nada mÆs que una ligereza inaudita de aquel ble general, ligereza que llega a su punto Ælgido en agosto, cuando rador Korn lov hace avanzar sobre Petrogrado a tropas que s lo exis imaginaci n. Y se explica en un hombre como Korn lov, que-identific tado de esp ritu del mando con el de las tropas. En su mayor a, la estaba, indudablemente, con Øl esto es, dispuesta bajo la aparienc der al Gobierno Provisional, a romperle las costillas al S viet. Lo que, por su disposici n de Ænimo, se hallaban situados indeciblemen la izquierda que el S viet, estaban al lado de Øste pero como el S vez, estaba al lado del Gobierno Provisional, resultaba que Korn lo

zar en defensa del Gobierno Provisional a soldados soviéticos capitaneados por oficiales reaccionarios. Amparados tras el régimen del doble poder, judicados al escondite. Sin embargo, en cuanto los jefes del S viet dieron a los soldados el orden de no abandonar los cuarteles, Kornlov se encontró flotando en el vacío o con todo el Gobierno Provisional.

Y, a pesar de todo, el gobierno no cayó. Las masas que emprendieron el ataque carecían absolutamente de preparación para llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Esto les permitió a los jefes conciliadores intentar reestablecer nuevamente el régimen de Febrero a su punto de partida. Olvidando, o queriendo hacer olvidar a los demás que el Comité Ejecutivo se había visto obligado a poner mano en el ejército de un modo franco y en contra del poder soviético, el 22 de abril [ver las Noticias] del S viet se lamentaban en estos términos: El S viet no aspira a tomar el poder en sus manos. Sin embargo, muchas banderas de sus partidarios se llevan inscripciones que exigen el derrocamiento del gobierno y la entrega de todo el poder al S viet... En cualquier caso no era indignante que los obreros y los soldados quisieran seducir a los conciliadores a hacerse cargo del poder, es decir, que consideraran seriamente a aquellos caballeros capaces de poner el poder al servicio de la revolución.

No, los socialrevolucionarios y los mencheviques no querían el poder. Pero como hemos visto, la proposición bolchevique sobre la entrega del poder a los viets sólo consiguió un número insignificante de votos en el S viet de Petrogrado. En Moscú, la proposición de desconfianza contra el Gobierno Provisional presentada por los bolcheviques el 22 de abril, no reunió más que setenta y cuatro votos entre los muchos centenares de diputados. En cambio, el S viet de Helsingfors, a pesar de dominar en él los socialdemócratas y los mencheviques, votó aquel día una proposición excepcionalmente audaz para los tiempos que corrían, en la cual brindaba al S viet de Petrogrado su ayuda armada para derribar al Gobierno Provisional imperialista. Pero este acuerdo, votado por una presión directa de los marinos de guerra, representaba una excepción. En cualquier caso, aplastante mayoría, la representación soviética de las masas, que todavía se hallaban al borde de la insurrección contra el Gobierno Provisional, tenía por entero en el terreno de la dualidad de poderes. ¿Qué significaba esto?

La contradicción que saltaba a la vista del ataque de las masas y de la falta de medias tintas de su reflejo político no tenía nada de casual. En las revoluciones, las masas oprimidas se ven arrastradas a la acción de la mayor facilidad y mucho antes de que aprendan a dar a sus deseos y relaciones una expresión política por medio de sus propias y genuinas representaciones. Cuanto más abstracto es el sistema representativo, más a la ligera del ritmo de los acontecimientos, obediente a la acción de las masas. La representación soviética, la menos abstracta de todas, tiene ventajas incalculables en situaciones revolucionarias. Baste recordar que las Dumas democráticas creadas a base de las normas acordadas el 17 de abril, no cohibidas por nadie, se revelaron completamente impotentes para competir con los soviets. Pero, a pesar de todas las ventajas que tenía su contacto orgánico con

bricas y los regimientos, es decir, con las masas activas, los s vi una representaci n, que, como tal, no se halla libreconvencionalismos y deformaciones del parlamentarismo. La contradicci n i a toda representaci n, incluso la soviØtica, consiste en que, de un necesaria para la acci n de las masas, y, de otra, se alza fÆcilmen como obstÆculo conservador. Esta contradicci n puede ser superada e tica, cuando la necesidad se plantea, renovando la representaci n. que no es tan sencillo como a primera vista parece, es siempre, sob plena revoluci n, un resultado deducido de la acci n directa por e de mantenerse nunca al paso con Østa. Lo cierto es que, al d a sigu producirse la semiinsurrecci n o, hablando mÆs exactamente, el cua surrecci n de abril, pues la verdadera semiinsurrecci n tuvo lugar segu an sentÆndose en el S viet los mismos diputados que la v spera pronto como volvieron a encontrarse en su ambiente habitual, votaro biØn, como era l gico, con los dirigentes habituales.

Pero esto no significa, ni mucho menos, que la tormenta de abril dejar huella alguna en el S viet, en el rØgimen de Febrero y, sobre propias masas. La grandiosa intervenci n de los obreros y soldados acontecimientos pol ticos, aunque no se llevase hasta sus æltimas c cias, modifica la situaci n pol tica, imprime un nuevo impulso al m neral de la revoluci n, acelera los inevitables reajustes de los gr a los pol ticos de gabinete y de pasillo a olvidar sus planes de ay su actuaci n mÆs atentamente a las nuevas circunstancias.

Tan pronto como los conciliadores hubieron liquidado aquella exp guerra civil y se imaginaron que las aguas volver an a su antiguo c plante la crisis del gobierno. Los liberales no quer an seguir gob participaci n directa de los socialistas en el ministerio. Por su p listas, obligados por la l gica del doble poder, al aceptar esta co que se renunciase demostrativamente al programa de los Dardanelos. terminaba inexorablemente la separaci n de Miliukov, el cual se vio abandonar la cartera el d a 2 de mayo. Como se ve, el objetivo de l taci n del 20 de abril se alcanzaba con un retraso de doce d as y e la voluntad de los caudillos del S viet.

Pero estos aplazamientos no hicieron mÆs que poner de manifiesto modo mÆs elocuente la impotencia de los directores. Miliukov, que, de un general, se dispon a a introducir una modificaci n radical en ci n de las fuerzas, salt estrepitosamente del gobierno como un ta, aquel generalote feroz se vio obligado a presentar la dimisi n. Los aparec an ya tan radiantes como antes, ni mucho menos. El gobierno ba del S viet que accediera a la formaci n del gobierno de coalici porque las masas hab an apretado en el otro extremo de la palanca.

Esto no quiere decir, sin embargo, que los partidos conciliadore ran acercado mÆs a los obreros y a los soldados. Al contrario, los tos de abril, demostrando cuÆntas sorpresas se encerraban en las ma

pujaron a los jefes democráticos aún más hacia la derecha, los acercaron a la burguesía. A partir de este momento, prevalece ya definitivamente el espíritu patriótico. La mayoría del Comité Ejecutivo se hace más compacta. Los sindicatos indefinidos, tipo Sujánov, Stieklov y otros, que últimamente se inclinaban todavía a la política del Sviét e intentaban sostener hasta cierto punto las tradiciones del socialismo, queda al margen. Tsereteli abraza la orientación conservadora y patriótica que representa una especie de acercamiento entre la política de Miliukov y la representación de las masas obreras.

La conducta del partido bolchevique en las Jornadas de Abril no fue homogénea. Los acontecimientos le cogieron desprevenido. Acababa apenas de superar la crisis anterior y estaba preparando activamente el congreso del partido. Bajo la impresión de la agitación aguda reinante en los barrios algunos bolcheviques se pronunciaron por el derrocamiento del Gobierno Provisional. El comité de Petrogrado, que todavía el 5 de marzo daba un voto de confianza condicional al gobierno, vacilaba. Se decidió organizar para el 12 una manifestación, pero sin definir con suficiente claridad el fin de la misma. Una parte del comité petersburgués lanzó a la calle a los obreros y soldados con el propósito, a decir verdad no muy definido, de intentar el derrocamiento del Gobierno Provisional. En el mismo sentido actuaban algunos grupos aislados de izquierda que se hallaban fuera del partido. Al participar intervinieron también los anarquistas, que, aunque eran pocos, metían mucho ruido. Algunos elementos se presentaron en los cuarteles exigiendo autos blindados y todo género de refuerzos para proceder a la detención del gobierno o para luchar en las calles contra los enemigos. Pero la división de los elementos en grupos aislados, que simpatizaba con los bolcheviques, manifestó un espíritu de independencia a disposición de nadie si no recibía órdenes del Comité Ejecutivo.

Los kadetes se esforzaron por todos los medios en acusar a los bolcheviques de los sangrientos sucesos de aquellos días. Pero la comisión especial nombrada por el Sviét dejó sentado de una manera irrefutable que los disparos no habían sido hechos desde la calle, sino desde los portales y balcones. En los periódicos apareció una nota del fiscal concebida en términos mínimos: El tiroteo ha sido obra de elementos procedentes de los bajos estratos sociales, con el fin de provocar desórdenes y confusión, siempre ventajosa para la chusma.

La hostilidad existente contra los bolcheviques por parte de los periódicos dirigidos por los liberales no había llegado aún, ni mucho menos, al extremo alcanzado dos meses después, en julio, cuando eclipsó definitivamente la conciencia. Los jueces, si bien conservaban su antigua composición, estaban aún cohibidos ante la revolución en abril, y no se permitían aplicar a la extrema izquierda los métodos de la policía zarista. En este sentido realizarse también sin gran dificultad la agresión de Miliukov.

El Comité Central dio un rapapolvo al ala izquierda de los bolcheviques.

y declarar , el 21 de abril, que consideraba completamente acertada la consigna de prohibición de las manifestaciones, dada por el Sviets, y que era necesario someterse incondicionalmente a ella. Además, la consigna de ¡Abajo el Gobierno Provisional! no es acertada en las presentes circunstancias. La resolución del Comité Central , pues sin una mayoría consistente (escaza y organizada) del pueblo al lado del proletariado revolucionario, no es una consigna, o es una mera frase o se reduce a una tentativa de carácter táctico. La resolución define como finalidad del momento y premisa de la toma del poder la crítica, la propaganda y la conquista de la mayoría en las masas. Los enemigos vieron en aquella declaración la batida en retirada de las masas asustadas o una astuta maniobra. Pero hoy conocemos ya la finalidad tal posición de Lenin, en lo que se refiere al problema de la toma del poder. Como enseñó al partido a poner en práctica las tesis de abril, basadas en la experiencia de los hechos.

Tres semanas antes, Kármenev había declarado que se consideraba necesario al poder votar con los mencheviques y los socialrevolucionarios por la consigna única sobre el Gobierno Provisional, y Stalin desarrollaba la táctica de división del trabajo entre los kadetes y los bolcheviques. ¡Cuántas lecciones ahora aquellas votaciones y aquellas teorías! Después de la lección aprendida en las jornadas de Abril, Stalin se pronunció, al fin, por primera vez, contra la fiscalización benévola del Gobierno Provisional, evacuando por sí mismo sus propias posiciones de ayer. Pero nadie se dio cuenta de la maniobra.

¿En qué consistió el aventurismo de la política propugnada por algunos elementos del partido?, preguntaba Lenin en el congreso, que comenzó sus tareas después de aquellas graves jornadas. En la tentativa de actuar sin prudencia cuando aún no había base para emplear la violencia revolucionaria puede derribar a aquellos a quienes el pueblo conoce como detentadores de fuerza. Pero ahora no los hay, los cañones y los fusiles están en manos de los soldados, y no de los capitalistas. Hoy los capitalistas no conducen a la victoria por la violencia, sino por el engaño, y sería necio gritar contra ellos. Es un error absurdo. Hemos lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas. Hemos únicamente hecho un recuento pacífico de las fuerzas del adversario y no dar la batalla. El comité de Petrogrado se ha desviado un poco hacia la izquierda... Con el grito acertado de ¡Vivan los Sviets! , se ha cometido un error. No lo era: ¡Abajo el Gobierno Provisional! . En el momento de la aparición de un poco hacia la izquierda podía ser peligroso. Nosotros lo evitamos como el mayor de los errores, como un gran desorganización.

¿En qué se basan los dramáticos acontecimientos de la revolución? Los cambios producidos en la correlación de fuerzas, ¿qué es lo que los determina? Son, principalmente, las vacilaciones de las clases intermedias, de las masas, de la pequeña burguesía, del ejército. Un margen gigantesco de posibilidades que va desde el imperialismo kadete hasta el bolchevismo. Estas posibilidades se desarrollan simultáneamente en dos sentidos antagónicos. La táctica política de la pequeña burguesía, los jefes conciliadores, p...

vez más marcadamente hacia la derecha, hacia la burguesía. Por el contrario las masas oprimidas se van manifestando de una manera cada vez más acuciada y audaz hacia la izquierda. Al pronunciarse contra el aventurismo habiéndose probado las pruebas los dirigentes de la organización petersburguesa, Lenin hace una salvedad: si las clases intermedias se inclinaran hacia nosotros de modo serio, profundo, consistente, no vacilaríamos ni un instante en ceder al gobierno del palacio de Marinski. Pero aún no hay tal. La crisis manifestada en la calle no es la primera ni será tampoco la última vez que la masa pequeñoburguesa y semiproletaria. Nuestra misión, por ahora, siendo la de explicar pacientemente, prepara el terreno para que en la próxima vacilación, más profunda, más consciente, las masas vengan a nosotros.

Por lo que al proletariado se refiere, su cambio de frente y su viraje los bolcheviques tomaron en el transcurso de abril un carácter muy acentuado. Los obreros acudían a los comités del partido y preguntaban lo que tenían que hacer para pasar del partido menchevique al bolchevique. En las fábricas preguntaba con insistencia a los diputados soviéticos acerca de la política de la guerra, de la dualidad de poderes, de las subsistencias, y, como resultado de estos sondeos, lo más frecuente era que los diputados socialrevolucionarios o mencheviques fueran sustituidos por los bolcheviques. Fue en los días de la barriada, los que más cerca se hallaban de las fábricas, donde se hizo con más rapidez el viraje. A finales de abril, en los Soviets de los barrios de Nava y de la Isla de Vasliev, los bolcheviques se encontraban sobrepasados inesperadamente con que tenían mayoría. Era éste un hecho de gran importancia, pero los jefes del Comité Ejecutivo, absorbidos por la política obraban de arriba abajo lo que pudieran hacer los bolcheviques de los barrios obreros. Sin embargo, éstos empezaron a ejercer una presión cada vez más sensible sobre el centro. Sin que interviniese para nada el comité de dirección, se inició en las fábricas una campaña enérgica y fructífera en torno a la elección de representantes en el Soviet general de Diputados Obreros. Lenin opina que, a principios de mayo, la tercera parte del proletariado petersburgués seguía a los bolcheviques. La tercera parte, por lo menos, entre la que quedaban, por añadidura, los elementos más activos. La incoherencia del marzo iba desapareciendo, y la orientación política del partido tomaba formas más definidas. Las fantásticas tesis de Lenin iban tomando cuerpo y fuerza en las barriadas de Petrogrado.

Cada paso que la revolución daba al frente tiene su origen en las masas o es impuesto por la intervención directa de las mismas, completamente inesperada, en la mayoría de los casos, para los partidos del Soviet. Después de la revolución de Febrero, cuando los obreros y los soldados derribaron al zar sin consultar a nadie, los jefes del Comité Ejecutivo entendieron que la misión de las masas había terminado. Pero se equivocaban de medio a medio. Las masas no estaban dispuestas, ni mucho menos, a retirarse por el momento. Ya a principios de marzo, durante la campaña por la jornada de ocho horas, los obreros arrebataron esta concesión al capital a pesar de que

cheviques y los socialrevolucionarios embarazaban sus movimientos. No tuvo más remedio que registrar aquel triunfo, arrancado sin él y suya. La manifestación de abril fue una segunda enmienda del mismo. Hay una soñada de masas, independientemente de su fin concreto, que sea un aviso para la dirección. En un principio, el aviso tiene un valor, pero después se torna cada vez más decidido. En julio, de mero aviso se convierte ya en amenaza. En octubre se produce el desenlace.

En los momentos críticos, las masas intervienen siempre de un modo espontáneo. En otros términos, obran bajo el influjo de las consecuencias mismas, ayudadas por sus jefes aún no sancionados oficialmente de la experiencia política. Al asimilar estos o aquellos elementos de las masas traducen por propia iniciativa sus conclusiones al lenguaje de la acción. Los bolcheviques no habían dirigido todavía, como partido, la lucha por la jornada de ocho horas. Tampoco fueron ellos quienes lanzaron las masas a la manifestación de abril. No fueron tampoco los bolcheviques quienes pulsaron a las masas a echarse a la calle a principios de julio. Hasta el partido no conseguirá acompañar definitivamente su paso al de la acción pero ya no es para ponerse a la cabeza de ellas en una manifestación para acaudillarlas en la revolución y llevarlas al poder.

XVIII. La primera coalición

A pesar de todas las teorías, declaraciones y rutilos oficiales, la realidad del poder del Gobierno Provisional sólo existía ya sobre el papel. La revolución, haciendo caso omiso de los obstáculos que le oponía a la llamada democracia avanzando, ponía en movimiento a nuevas masas, robustecía a los socialistas y armaba, aunque de un modo muy incompleto, a los obreros. Los comisarios locales del gobierno y los comités sociales que funcionaban en torno a los cuales predominaban casi siempre los representantes de las organizaciones burguesas, se veían desplazados por los soviets, como la cosa más natural del mundo y sin el menor esfuerzo. Y si por acaso los agentes del poder central obstinaban, surgían conflictos agudos, y los comisarios acusaban a los soviets locales de no reconocer al poder central. La prensa burguesa ponía en el cielo, clamando que Kronstadt, Schuselburg o Tsaritsin se habían separado de Rusia para convertirse en repúblicas independientes. Los soviets locales testaban contra este absurdo. Los ministros se inquietaban. Los socialdemócratas visitaban los pueblos persuadiendo, amenazando, dando esperanza a la burguesía. Pero todo esto no modificaba el verdadero balance de las fuerzas. El carácter ineluctable de los procesos que minaban el régimen dualidad de poderes se patentizaba en el hecho de que, aunque en distintas proporciones, se desarrollasen en todo el país. De órganos de vigilancia y control, los soviets se convertían en órganos de gobierno, no se avergonzaban de alguna división de poderes y se inmiscuían en la dirección de los conflictos económicos, en los conflictos de subsistencias, en las cuestiones de transporte y hasta en los asuntos judiciales. Presionados por los soviets decretaban la jornada de ocho horas, destituyeron a los funcionarios que se distinguían por su reaccionarismo, hacían dimitir a los comisarios de los departamentos del Gobierno Provisional, llevaban a cabo detenciones y registros, hacían las publicaciones enemigas. Obligados por las dificultades, cada día más grandes, de abastecimiento y por la gran penuria de mercancías, los soviets locales abrazaban la senda de las tasas, decretaban la prohibición de exportar fuera de los límites de cada provincia, ordenaban la requisa de todos los granos almacenados. Pero al frente de los organismos soviéticos se hallaban en todas partes, elementos socialrevolucionarios y mencheviques, que mantenían indignados la consigna de los bolcheviques: «¡Todo el poder a los soviets!»

En este sentido, ofrece gran interés la actuación del soviético de Tiflis, que dio en el corazón mismo de la Gironda menchevista, que dio a la revolución

Febrero jefes como Tsereteli y Chjeidze, brindándoles luego un refugio se hubieron gastado sin remisión en Petrogrado. El Sviets de Tiflis por Jordania, futuro jefe de la Georgia independiente, se ve a precavosotear a cada paso los principios que imperaban en el partido de los bolcheviques, obrando por su cuenta como poder. El Sviets confiscó para sí las propiedades una imprenta particular, llevó a cabo detenciones, concentró en sí los sumarios y la tramitación de los procesos políticos, racionó los productos alimenticios y los artículos de primera necesidad. Entre la doctrina oficial y la realidad viva, patente ya desde los primeros días, se acentuándose más y más en el transcurso del mes de marzo.

En Petrogrado, por lo menos, observaban el decoro de las formas, pero no siempre, como hemos visto. Pero las Jornadas de Abril se encargaron de levantar de un modo bastante inequívoco el telón detrás del que se escondía el Gobierno Provisional, poniendo de manifiesto que ni en la capital contaba con un punto de apoyo serio. En los últimos días de abril, el gobierno estaba en evidente decadencia. Kerenski decía apesadumbrado que el gobierno no existía, que no funcionaba, que se limitaba a examinar la situación (Miliukov, Kievich.) En general, puede decirse que este gobierno, hasta las jornadas de Abril, no sabía más que ponerse en crisis en cuanto se planteaba cualquier conflicto grave, y en los intervalos... vegetar. Se pasaba la vida en una situación, y no le quedaba tiempo para ocuparse de ningún asunto.

Para salir de esta crisis, provocada por el ensayo hecho en abril de los combates que se avecinaban, se concebían teóricamente tres salidas. La primera, que el poder pasase íntegramente a manos de la burguesía, lo cual no podía conseguirse más que mediante una guerra civil. Miliukov lo intentó, pero fracasó. Otra solución era entregar todo el poder a los soviets: para eso, no hacía falta ninguna guerra civil, basta con alargar la mano, pero no se lo dio. Pero los conciliadores no querían querer, y las masas no habían dado a la fe en ellos, aunque esta fe estuviese ya un poco quebrantada. Quedaba una tercera posibilidad, la burguesa y la proletaria, estableciendo un gobierno de coalición. Quedaba una tercera posibilidad, una solución a medias, confusa, próspera, tímida, cobarde: un gobierno de coalición.

Durante las Jornadas de Abril los socialistas no pensaban siquiera en una coalición: esta gente era incapaz de prever nada. Con su resolución de Abril, el Comité Ejecutivo elevó oficialmente el hecho efectivo de la separación de los poderes a principio constitucional. Pero también esta vez llegaba con ella la consagración jurídica de la forma del doble poder instaurado en el régimen de los zares y los profetas sobreviene a en el instante en que la masas era arrollada por la acción de las masas. Los socialistas intentaron poner los ojos ante este hecho. Miliukov cuenta que cuando el gobierno planteó la necesidad de la coalición, Tsereteli declaró: ¿Qué ganamos nosotros al formar parte del gobierno? No olvidéis que, en caso de que os encontremos con la intransigencia, nos veremos obligados a abandonar estrepitosamente el ministerio. Tsereteli intentaba asustar a los liberales con el estruendo

ra el día de mañana. Para dar un fundamento a su política, los mencheviques apelaban, como siempre, a los intereses de la burguesía. Pero el agua fría ya al cuello. Kerenski alarmó al Comité Ejecutivo: El gobierno afronta por una situación extraordinariamente grave: los rumores que circulan sobre su dimisión no son ninguna intriga política. Por su parte, los electores apretaban también. La Duma municipal de Moscú votó un acuerdo en favor de la coalición. El 26 de abril, cuando el terreno estaba ya lo bastante preparado, el Gobierno Provisional proclamó en un manifiesto la necesidad de incorporar a las tareas del Estado a las fuerzas creadoras activas de las que no participaban en ellas. La cuestión se planteaba sin rodeos.

Había todavía, sin embargo, una gran opinión contraria a la coalición. En abril se pronunciaron contra la entrada de los socialistas en el gobierno los soviets de Moscú, de Tiflis, de Odessa, de Yekaterinburg, de Nizhny Novgorod, de Tver y otros. Los motivos de esta actitud fueron expuestos de un modo bastante claro por uno de los caudillos mencheviques de Moscú: si los socialistas entran en el gobierno, no habrá nadie que pueda encauzar el movimiento de las masas. Pero no era fácil que aceptaran esta razón los obreros y los soldados, contra los cuales precisamente se enderezaba. Las masas que aún no seguían a los bolcheviques se inclinaban a favor de la entrada de los socialistas en el gobierno. Les parecía muy bien que Kerenski fuese ministro, pero todavía no querían que hubiese en el gobierno seis Kerenskis. Las masas no sabían que aquel gobierno se llamaba coalición con la burguesía, a la que sólo interesaba tomar a los socialistas de tapadera contra el pueblo. Vista desde los cuarteles, la coalición presentaba un cariz distinto, al que presentaba vista desde el palacio de Invar. Las masas aspiraban a desplazar a la burguesía del gobierno por medio de los socialistas. Y así, estas dos presiones, la de la burguesía y la del pueblo, viniendo de dos polos distintos, convergían, por un momento, en un punto.

En Petrogrado, una buena parte de las fuerzas militares, entre las que contaba la división de automóviles blindados, que simpatizaba con los socialistas, se pronunciaron por el gobierno de coalición. En el mismo sentido se inclinaba también la mayoría aplastante de las provincias. Entre los funcionarios predominaba asimismo el criterio favorable a la coalición. Pero lo que ellos no querían era entrar en el gobierno sin los mencheviques. En este sentido, era también partidario de la coalición el ejército. Uno de sus representantes declaró claramente en el Congreso de los Soviets, celebrado en junio, la posición del frente con respecto al problema del poder: Creemos que habrá que llevar hasta la capital el gemido que exhala el ejército al enterarse de que los socialistas se negaban a entrar en el ministerio, a colaborar con hombres que ellos no creían, mientras todo el ejército se veía obligado a seguir marchando a su lado de hombres en los cuales tampoco cree.

En este como en tantos otros problemas, tuvo una importancia decisiva la guerra. En un principio, los socialistas se disponían a adoptar una actitud expectante ante ella, como la habían adoptado en lo referente al poder. Pero la guerra no esperaba. Tampoco los aliados. El frente no quería tampoco ser

esperando. En plena crisis gubernamental, se presentaron al Comité de los delegados del frente, formulando ante sus jefes la siguiente pregunta: ¿Estamos en guerra o no lo estamos? . El sentido de la pregunta era ¿Somos nosotros más sobre vosotros la responsabilidad de la guerra o no? . No era una pregunta llamada por respuesta. Inglaterra formulaba idéntica pregunta en un lenguaje velado de amenaza.

La ofensiva de abril en el frente occidental les costó -muy caros- los soldados, y no dio resultado alguno. Bajo la influencia de la revolución en el caso de la ofensiva, en la cual se habían cifrado tantas esperanzas, se presentaron algunas vacilaciones en el ejército francés. Este amenazaba, por la presión del mariscal Pétain, con escaparse de las manos. Para un proceso amenazador, el gobierno francés necesitaba de una ofensiva victoriosa, o, al menos, la promesa firme de que sería realizada. Además del material que con ello se obtendría, urgía arrancar a la revolución rusa la paz que la cegaba, arrancar la esperanza de los corazones de los soldados, comprometer a la revolución con su complicidad en los crímenes del Entente, hundir la bandera de la insurrección de los obreros y soldados en la sangre y el cieno de la matanza imperialista.

Para alcanzar este elevado objetivo, se pusieron en juego todas las cartas, una de las cuales, y no la menos importante por cierto, eran las cartas patrióticas de la Entente. Escogieron los más probados y se enviaron a Rusia revolucionaria, donde se presentaron trayendo por toda arma su conciencia acomodaticia y su desenfrenado verbalismo. En el palacio de Mándrich, dice Sujánov, los socialpatriotas extranjeros... fueron recibidos con brazos abiertos. Branting, Cachin, Garrid, Debrouckère y otros se sentaron anchas, como en su propia casa, y formaron con nuestros ministros un frente único contra el S viet . Hay que reconocer que hasta al S-viet concupugnaban un poco aquellos caballeros.

Los socialistas aliados recorrieron los frentes. El general Albert Vandervelde hizo todo lo posible por asociar nuestros esfuerzos. Habían desplegado pocos días antes las delegaciones de los marinos de Negro, Kerenski y Albert Thomas, para sacar adelante lo que calificaron como un paracaídas moral de la ofensiva . Es decir, que el presidente de la S nacional y el ex generalísimo del zar Nicolás II se entendían de mar y tierra en la lucha por los sagrados ideales de la democracia. Renunciando los jefes del socialismo francés, podía exclamar con todo desahogo: ¿cómo vamos a hablar ya de la guerra del derecho sin sonrojarnos . Con un retraso de tres años, la Humanidad se enteró de que a aquellos caballeros no les faltaban motivos para sonrojarse.

El 1 de mayo, el Comité Ejecutivo, pasando por todos los grados de la escalera existentes en la escala de la naturaleza, decidió, por fin, por una mayoría de cuarenta y un votos contra dieciocho y tres abstenciones, en contra del gobierno de coalición. Sólo los bolcheviques y el pequeño grupo de rusos que internacionalistas votaron en contra de este acuerdo.

No deja de ser interesante el hecho de que el jefe legítimo de la masa, Miliukov, sucumbiese como víctima del nuevo lazo que se estrechaba entre la burguesía y la democracia. No solamente echaron, dijo Miliukov, a Guchkov se había separado ya del gobierno el 30 de abril al negarse a firmar la Declaración de los derechos del soldado. Puede juzgarse del estado de ánimo que reinaba ya por aquellos días en el campo liberal por el hecho de que el Comité Central del partido kadete, para salvar la coalición, sistiera cerca de Miliukov para que continuase en el gobierno. El partido se inclinó a su jefe, dice el kadete de derecha Izgoiev. La verdad es que el paso que no tenía grandes posibilidades de elegir. El mismo Izgoiev confesó francamente: A finales de abril, el partido kadete estaba deshecho. Miliukov había recibido un golpe del cual no había manera de volver a rehacerse.

Pero es que en el asunto Miliukov la última palabra tenía que decir la Entente. Inglaterra estaba completamente de acuerdo en que se le diera al patriota de los Dardanelos por un demócrata más firme. Hende se fue a Petrogrado con atribuciones para reemplazar, en caso de necesidad, a sir Buchanan en el cargo de embajador, después de enterarse de la situación, reconoció que el cambio era necesario. En efecto, sir Buchanan estaba donde debía estar, pues era un adversario decidido de las anexiones. Los Estados no coincidían con los apetitos de la Gran Bretaña: Si Rusia necesitaba de Constantinopla susurraba tiernamente al oído de Terechenko, cuanto antes lo diga, mejor. En un principio, Francia apoyó a Miliukov, también aquí desempeñó su papel Thomas, quien, siguiendo las huellas de sir Buchanan y de los caudillos del Sviat, se pronunció contra el prohombre kadete. Así caía el político odiado por las masas, abandonado por los aliados, los demócratas y hasta por el propio partido.

La verdad era que Miliukov no merecía este cruel fin, al menos de nosotros que se lo infligían. Pero la coalición exigía una víctima expiatoria. Miliukov fue sacrificado ante las masas como el enemigo malo que ensombrecía la marcha triunfal hacia la paz democrática. Al quitar de en medio a Miliukov, la coalición se purgaba de golpe de los pecados del imperialismo.

El 5 de mayo fue aprobada por el Sviat de Petrogrado la lista del programa de coalición y su programa. Los bolcheviques no lograron reunir con la coalición más que cien votos. La asamblea saludó calurosamente a los nuevos ministros, relató irónicamente Miliukov, hablando de aquella sesión con ovaciones no menos estrepitosas fue recibido también Trotsky, que había llegado de Norteamérica el día antes. Trotsky, antiguo caudillo de la revolución, condenó la entrada de los socialistas en el gobierno, afirmó que la coalición no acababa con el doble poder que lo que hacía era transferirlo al ministerio, y que el único poder verdadero que salvaría a Rusia era instaurar a hasta que se diese un nuevo paso hacia adelante: la entrega de los diputados, obreros y soldados. Entonces comenzar a una nueva era de la clase que sufre, de la clase oprimida alzándose contra las clases dominantes. Hasta aquí, Miliukov. Y sigue. Al terminar su discurso, Tro-

sos, los acuerdos y las votaciones de los caudillos liberales y demócratas. En la revolución de Febrero, se hallaba tirando del hilo el imperialista, personificado por la Entente. Los socialistas, que se habían visto obligados a entrar de un modo tan precipitado en el gobierno, sacrificándose a las exigencias políticas de los aliados, contrarias a la revolución, se echaron a perder una tercera parte del poder y todo lo referente a la guerra.

El nuevo ministro de Negocios Extranjeros hubo de mantener secretas por espacio de dos semanas, las contestaciones dadas por los gobiernos aliados a la declaración del 27 de marzo, con objeto de conseguir ciertas modificaciones de estilo que disimularan el tono polémico contra la declaración del gobierno de la coalición. La política activa exterior en favor de la paz, por ahora, a que Terechenko redactase celosamente el texto de los telegramas diplomáticos que le preparaban los viejos burocratas y burocratas, para poner demandas justas, y allí donde demandaba los intereses, el bien de los pueblos, etc. Miliukov apuró un poco de despecho, hablando de su sucesor en el ministerio: Los diplomáticos aliados sabían que la terminología democrática de esos telegramas era una concesión involuntaria a las exigencias del momento, y la trataban con indiferencia.

Thomas y Vandervelde, que habían llegado hacía poco, no se estaban las manos cruzadas, sino que procuraban interpretar celosamente el bien de los pueblos, a tono con las conveniencias de la Entente, y hacerse, si costase gran trabajo, con los bobalicones del Comité Ejecutivo. Skobelev y Chernov comunicaba Vandervelde protestan enérgicamente contra toda idea de paz prematura. No tiene nada de extraño que Ribot, apoyándose en sus tan eficaces auxiliares, pudiera ya proclamar el 9 de mayo, ante el parlamento francés, que se disponía a dar una respuesta satisfactoria a Terechenko, y renunciar a nada.

Sólo, así era los verdaderos amos de la situación no se disponían, al menos, a renunciar a nada de todo aquello de que pudieran aprovecharse celosamente por aquellos días, Italia proclamaba la independencia de Albania, la tomaba bajo su protectorado. No estaba mal, como lección de cosas para el gobierno Provisional se disponía a protestar, no tanto en nombre de la democracia, cuanto en nombre del equilibrio violado en los Balcanes, pero su insistencia le obligaba a morderse la lengua.

Lo único nuevo que el gobierno coaligado aportó a la política exterior fue la aproximación precipitada a América. Esta nueva amistad ofrecía tres ventajas no poco importantes: los Estados Unidos no estaban tan comprometidos en las villanas de la guerra como Francia e Inglaterra, la república transatlántica abrió ante Rusia grandes perspectivas en punto a los empréstitos y a los visionamientos militares. Finalmente, la diplomacia de Wilson mezclada con la democracia y de picardía no podía armonizarse mejor con las modas de estilo del Gobierno Provisional. Al enviar a Rusia la misión de Root, Wilson se dirigió al Gobierno Provisional con una de aquellas

pastorales suyas, en la cual declaraba: Ningún pueblo debe ser sometido a la fuerza a una soberanía bajo la cual no desee vivir. El presidente no definió de un modo no muy claro precisamente, pero bastante atraídos los objetivos de la guerra: Garantizar la futura paz del mundo y la felicidad de los pueblos en el porvenir. ¿Podría haber nada mejor, precisamente, lo que Terechenko y Tsereteli necesitaban: sí, lindos y bellos lugares comunes pacifistas. Con ayuda de los primeros, y añadiéndose detrás de los segundos, los gobernantes rusos podían dedicarse a parar la ofensiva que reclamaba el Shylock del Sena, blandiendo furiosamente sus letras vencidas.

Kerenski salió para el frente el 11 de mayo con el fin de inaugurar una campaña de propaganda en favor de la ofensiva... En el ejército, el entusiasmo sube y crece, comunicaba al Gobierno Provisional el nuevo ministro de la Guerra, embriagado por el entusiasmo de sus propios discursos. Ese día, Kerenski lanza al ejército esta orden: Iréis adonde los jefes os indiquen. Y para disimular esta perspectiva, hartamente conocida y muy poco atraída por los soldados, añade: Llevaréis la paz en la punta de vuestras bayonetas. El 15 de mayo fue destituido el prudente general Alexóiev, hombre por lo común perfectamente inepto, y reemplazado en sus funciones de generalísimo por el general Brusilov, más dócil y expeditivo. Los demócratas preparaban cuidadosamente la ofensiva, y con ella la gran catástrofe de la revolución.

El Soviet era el órgano de gobierno de los obreros y de los soldados, decir, de los campesinos. El Gobierno Provisional era el órgano de gobierno de la Comisi3n de Enlace, un organismo de arbitraje y conciliaci3n. La Comisi3n simplificaba esta mec3nica, convirtiendo al propio Gobierno Provisional en la Comisi3n de Enlace. Pero, con ello, el r3gimen de dualidad de poderes aparecía, ni se menoscababa en lo m3s mínimo. Lo que resolvía el problema, precisamente, que Tsereteli fuera vocal de la Comisi3n de Enlace y ministro de Correos en el país coexistían dos organizaciones estatales incompatibles: una jerarquía de funcionarios viejos y nuevos designados por el Gobierno Provisional, y una red de soviets elegidos por elecci3n, que se extendía hasta los m3s alejados regimientos de soldados. Los dos sistemas de gobierno se apoyaban en dos clases distintas, que ponían a arreglar las cuentas históricas que tenían pendientes. Los demócratas entraron en la coalici3n confiando en que podrían suprimir pacíficamente el sistema soviético. Se imaginaban que la fuerza del Gobierno Provisional estaba concentrada en sus personas, y que, por tanto, se refundiría el Gobierno Provisional al entrar ellos en 3ste. Kerenski le daba a sir Buchanano garantías de que los soviets morirían de muerte natural y que su esperanza no tardaría en convertirse en artículo de fe de todos los jefes demócratas. Estaban convencidos de que el centro de gravitaci3n de la vida política se desplazaría de los soviets a los nuevos 3rganos democráticos de gobierno. La Asamblea Constituyente vendría a ocupar el puesto del Comit3 Ejecutivo Provisional. El Gobierno Provisional se disponía a convertirse de este modo

te que hab a de conducir al r gimen de rep blica parlamentaria burg

Lo malo era que la revoluci n no quer a ni pod a seguir estos sa
rroteros. Lo ocurrido con las nuevas Dumas municipales era un pres
voco en este sentido. Las Dumas hab an sido elegidas a base de un a
sistema de sufragio universal, en que votaban hombres y mujeres, y
dos gozaban de los mismos derechos que la poblaci n civil. Tomaron p
la lucha cuatro partidos: el antiguo rgano oficioso del gobierno
zarista y uno de los peri dicos menos honrados del mundo -; que ya e
cir! , invitaba a los derechistas, a los nacionalistas, a los octubr
por los kadetes. Pero cuando la impotencia pol tica de las clases p
hubo puesto completamente en evidencia, la mayor a de los peri dico
ses lanz esta elocuente consigna: ¡Votad por quien querÆis, con t
sea por los bolcheviques! . Los kadetes formaban, en todas las Duma
dos los zemstvos el ala derecha, los bolcheviques, la minor a-de izquie
da vez mÆs robusta. La mayor a, generalmente aplastante, correspond
mencheviques y socialrevolucionarios.

Parec a que las nuevas Dumas, que se distingu an de los s viets
mayor integridad de representaci n, iban a gozar de gran autoridad.
como organismos de derecho p blico que eran ten an la ventaja inmen
gozar del apoyo oficial del Estado. La milicia, las subsistencias,
locales, la instrucci n p blica, depend an directamente de las Duma
viets, en su calidad de organismos privados , no ten an ni presupu
rechos, y as y todo, el poder resid a en sus manos. En realidad, l
una especie de comisiones municipales adjuntas a los s viets. Aquel
entre el sistema sovi tico y la democracia formal, ten a que ser ta
prendente cuanto que se realizaba bajo la direcci n de los mismos p
cialrevolucionarios y mencheviques, que, aunque tuviesen mayor a lo
las Dumas que en los s viets, estaban profundamente convencidos de
tos tendr an que ceder el sitio a la Duma, y hac an o, por lo menos
hacer en este sentido cuanto pod an.

La soluci n de este enigma, acerca del cual se reflexionaba rela
poco en el torbellino de los acontecimientos, es muy sencilla: los
mismo que todas las instituciones democrÆticas en general, s lo pue
cionar a base de relaciones sociales estables, es decir, de un dete
gimen de propiedad. Pero la esencia de toda revoluci n estÆ, precis
poner esa base social en tela de juicio, en tanto que se contrasta
riamente la correlaci n de las fuerzas de clases y Østas dan la con
s viets, pese a la pol tica de sus dirigentes, eran una organizaci
de las clases oprimidas, que se agrupaban consciente o semiinconsci
te para modificar las bases del r gimen social. Los municipios daba
presentaci n a todas las clases sociales reducidas a la abstracci n
nos en medio de aquellas condiciones revolucionarias, ten an gran p
con esas conferencias diplomÆticas en que los representantes se ent
en un lenguaje convencional e hip crita, mientras los pueblos repre

preparan febrilmente para la guerra. En las jornadas revolucionarias que estaban atravesando, los municipios arrastraban una vida semificticia. En los momentos decisivos, cuando la intervención de las masas marcaba la orientación principal de los acontecimientos, los municipios saltaban hechos y sus elementos componentes iban a parar uno y otro lado de la barricada. No se trataba con detenerse un momento a comparar el papel que hacían los soviets con el que hacían los municipios, durante los meses de mayo a octubre, para ver la suerte que a la Asamblea Constituyente le estaba reservada.

El gobierno de coalición no se daba ninguna prisa en convocar la Asamblea. Los liberales que, faltando a las reglas de la aritmética democrática, eran la mayoría en el gobierno, no se apresuraban tampoco a acudir a la Asamblea Constituyente para representar en ella, como lo representaban en las Dumas, el papel de impotente a la derecha. La comisión especial encargada de preparar la convocatoria de la Asamblea Constituyente no empezó a funcionar hasta fines de mayo, tres meses después de la revolución. Los juristas liberales dividían cada pelo en dieciséis partes, agitaban en la mente a los componentes democráticos, disputaban sin fin acerca de los derechos electorales del ejército y de si debía o no concederse el voto a los desertores que se contaban por millones, y a los individuos de la familia real, que se contaban por docenas. En lo posible, se rehusaba a hablar de la fecha de reunión de la Asamblea. El tocar este punto en la comisión se estimaba, por lo general, como una falta de tacto, de la cual sólo eran capaces los bolcheviques.

Transcurrían las semanas, y a pesar de las esperanzas concebidas y de las profecías formuladas por los conciliadores, los soviets no desaparecieron. El hecho que, desorientados por sus propios jefes, caían, en algunos momentos, en un estado de semipostración, pero a la primera señal de peligro se ponían de pie, evidentemente de un modo indiscutible para todo el mundo que los soviets eran los verdaderos amos de la situación. A la par que los sabotearon, los revolucionarios y los mencheviques se veían obligados a reconocer la supremacía en todos los casos de importancia. Esta supremacía se patentaba asimismo, en el hecho de que las mejores fuerzas de ambos partidos estaban concentradas en los soviets. A los municipios y a los zémskios y a éstos no había hombres de segunda fila, técnicos, capacidades administrativas y no ocurría en el partido bolchevique. Sólo los kadetes, que no tenían nada que hacer en los soviets, concentraban sus mejores elementos en los órganos de la administración municipal pero la minoría burguesa, impotente, no pudo llegar a utilizarlos en su punto de apoyo.

Consecuencia de esto era que nadie viese en los municipios órganos de poder. El exacerbado antagonismo de obreros y fabricantes, soldados y oficiales, campesinos y terratenientes, no se podía exteriorizar abiertamente en los municipios o en los zémskios como se hacía en las organizaciones propias, en los soviets de una parte, y de otra, en las sesiones privadas de la Duma, en las entrevistas y reuniones de los políticos de la burguesía. Cabe ponerse de acuerdo con el adversario acerca de pequeños detalles, pero nunca sobre cuestiones

da o muerte.

Tomando la fórmula de Marx, que explica que el gobierno es el comité de la clase dominante, sobra decir que los verdaderos comités de las luchas luchaban por el poder se hallaban al margen del gobierno de coalición por lo que se refiere al S viet, representado en el gobierno como mera evidencia absoluta. Pero no era menos evidente con respecto a la burguesía. Los liberales no tenían posibilidad alguna de ponerse de acuerdo con la presencia de los socialistas, sobre las cuestiones que a la burguesía importaban. La separación de Miliukov, jefe reconocido e indiscutible de la izquierda, en torno al cual se agrupaban todos los que tenían algo que perder, tenía un carácter simbólico y ponía al descubierto que el gobierno se hallaba dividido en todos los sentidos. La vida política giraba alrededor de dos ejes, los cuales estaba a la izquierda y el otro a la derecha del palacio.

Los ministros, que no se atrevían a decir en voz alta lo que pensaban del gobierno, vivían en una atmósfera de convencionalismo que ellos mismos creaban. La dualidad de poderes, disfrazada por la coalición, acababa por convertirse en una escuela de doble sentido, de doble moral y de toda clase de contradicciones y equívocos. A lo largo de los seis meses siguientes, el gobierno pasó por una serie de crisis y modificaciones, pero conservó hasta el día de su muerte, sus dos rasgos característicos -fundamentalmente la tibia y la falsedad.

XIX. La ofensiva

En el ejército, lo mismo que en el país, se estaba operando un constante desplazamiento político de fuerzas: la base evolucionaba hacia la izquierda y la élite hacia la derecha. A la par que el Comité Ejecutivo se convertía en el instrumento de la Entente para dominar la revolución, los comités del ejército habían surgido como una representación de los soldados contra el mando. Los comités se convertían en auxiliares de éste contra los soldados.

La composición de los comités era muy heterogénea. Había en ellos pocos elementos patrióticos de buena fe que identificaban la guerra con la revolución y que se lanzaron valerosamente a la ofensiva ordenada desde el frente. Jugándose la cabeza por una causa que no era la suya. Junto a ellos estaban los héroes de la frase, los Kerenski de división y de regimiento. Finalmente, los comités albergaban a no pocos pequeños aventureros y bribones que se infiltraban en ellos para esquivar las trincheras y al acecho de privilegios revolucionarios. Todo movimiento de masas, sobre todo en su primera fase, saca a la luz naturalmente a flote a todas esas variedades de la fauna humana. Lo que el período conciliador fue muy fecundo en toda suerte de charlatanes y maleones. Los hombres hacen los programas, pero también los programas hacen a los hombres. En las revoluciones, las escuelas de contacto se convierten siempre en escuelas de intrigas y de maniobras.

El régimen de la dualidad de poderes imposibilitaba la creación de un instrumento militar eficiente. Los kadetes eran blanco del odio de las masas populares, y dentro del ejército estaban obligados a adoptar el nombre de revolucionarios. La democracia no podía poner en pie al ejército, por una razón por la cual no podía tomar en sus manos el poder: lo uno era incompatible con lo otro. Como detalle curioso y que, sin embargo, da una idea bastante clara de la situación. Sujénov observa que el Gobierno Provisional no pudo en Petrogrado ni un solo desfile militar ni los liberales ni los generales participar en un desfile organizado por el Soviet, pero comprendieron perfectamente que sin él el desfile era irrealizable.

La alta oficialidad iba acercándose más y más a los kadetes en esperanza de que levantarán la cabeza partidos más reaccionarios. Los intelectuales queáburgueses podían dar al ejército, como lo habían dado bajo el zar, un contingente considerable de pequeña oficialidad pero eran incapaces de crear un cuerpo de mando a su imagen y semejanza, por la sencilla razón de que carecían de imagen propia. Como había de demostrar el curso ulterior

la revoluci n el cuerpo de mando hab a que sacarlo, tal y como era, bleza y la burgues a, como hac an los blancos, o formarlo y educarlo una selecci n proletaria, como hac an los bolcheviques. No hab a otro. Los dem cratas pequeæoburgueses no pod an hacer ni lo uno-ni lo otro an que persuadir, rogar, engaar a todo el mundo, y cuando ve an que segu an nada, llevados por la desesperaci n, entregaban el poder a la fuerza reaccionaria para que Østa se encargase de infundir las sanas ideas revolucionarias al pueblo.

Una tras otra iban abriéndose las llagas de la vieja sociedad, dentro del organismo del ejèrcito. El problema de las nacionalidades, en todos los aspectos y en Rusia abundaban , iba penetrando, cada vez mæs, en las filas de las masas militares, integradas en grand sima parte, en mæs de los elementos no rusos. Los antagonismos nacionales se entretejan y creaban distintos sentidos con los de clase. La pol tica del gobierno en este momento en todos los demæs, era vacilante y confusa, lo cual la hac a particularmente pørfida. Hab a generales que se entreten an creando formaciones nacionales, por ejemplo, el cuerpo musulmæn con disciplina francesa en el Balcanes rumano. En general, estas nuevas formaciones nacionales resultaron mæs eficientes que las del viejo ejèrcito, pues hab an sido creadas en base a una nueva idea y bajo una nueva bandera. Pero esta cohesi n nacional no pudo mucho tiempo el rumbo que hab a de tomar la lucha de clases no tardar en brantarla. El mismo proceso de las formaciones nacionales, que amenazaba con extenderse a la mitad del ejèrcito, colocaba ya a Øste en una situaci n, descomponiendo las viejas unidades antes de que tuvieran tiempo de formarse las nuevas. Por todas partes surg an calamidades.

Miliukov escribe en su historia que lo que perdi el ejèrcito fue el choque planteado entre las ideas de la disciplina revolucionaria y la disciplina militar de tiempos normales , entre la democratizaci n del ejèrcito y el servicio de su capacidad combativa bien entendido que al decir de los tiempos normales se alude a la que reg a bajo el zarismo. Pero un historiador no deb a ignorar que toda gran revoluci n determina el derribo del viejo ejèrcito, arrollado no precisamente por el choque de principios abstractos de disciplina, sino entre clases de carne y hueso. Lo que no s lo permite imponer una severa disciplina en el ejèrcito, sino la fuerza. Lo que ocurre es que esta disciplina no la pueden imponer precisamente los representantes de la clase derrocada por la revoluci n.

Es un hecho evidente escrib a, el 26 de septiembre de 1851, un hecho tan inteligente a otro que la desorganizaci n del ejèrcito y la compleja situaci n de la disciplina han sido siempre la condici n, a la par que el resultado de toda revoluci n triunfante . Toda la historia de la humanidad confirma esto tan sencilla y tan indiscutible. Pero no eran s lo los liberales, sino los socialistas rusos que hab an pasado por la experiencia de 1905, los que comprend an esto, a pesar de haber proclamado como sus maestros, mæs de una vez, a estos dos alemanes a que nos referimos, uno de los cuales era

Engels y el otro Carlos Marx. Los mencheviques creían seriamente que el ejército que había hecho la revolución iba a continuar la guerra bajo el mando. ¡Y esos hombres acusaban de utopistas a los bolcheviques!

A principios de mayo, el general Brusilov caracterizaba de un modo bastante preciso, en la conferencia celebrada en el cuartel general, el estado del mando: entre un 15% y un 20% de jefes y oficiales se habían sometido a un nuevo orden de cosas por convicción una parte de los oficiales empezaba a quejarse con los soldados y a hostigarlos contra el mando la mayoría, 75%, no se resignaba a adaptarse, se sentía ofendida, se encerraba en su oficina y no sabía lo que se hacía. Además, desde el punto de vista puramente militar, la aplastante mayoría de la oficialidad no servía para nada.

En la conferencia celebrada con los generales, Kerenski y Skobelev culpaban con todas sus fuerzas por la revolución, que, desgraciadamente continuaba y con la cual había que contar. El general ~~de~~ **Negras** Gurchkov, objetó a los ministros en tono de mentor: Decís que la revolución continúe. Dadnos oídos a nosotros... contened la revolución y facilitadnos nosotros los militares, los medios para cumplir hasta el fin con nuestros deberes. Kerenski se esforzó en complacer en todo a aquellos simpáticos generales hasta que uno de ellos, el valeroso Kornilov, casi lo ahoga en sus brazos caríacos.

La política conciliadora, en plena revolución, es una política de conciliación entre las clases. Kerenski era la encarnación viva de estas opiniones. Puesto al frente del ejército, inconcebible sin un régimen claro, pronto se convirtió en el instrumento inmediato de su descomposición. Denikin fue una curiosa lista de personas destituidas de sus puestos del alto mando hecha al azar, pues nadie sabía, y Kerenski menos que nadie, en qué se había que proceder. Alexóiev destituyó al jefe del frente, Ruski, y al jefe del ejército, Radko-Dimitriev, por su debilidad y su tolerancia para con los comités, impulsado por los mismos motivos, destituyó Brusilov a Yudenin se había acobardado. Kerenski destituyó al propio Alexóiev y a los generales Gurko y Dragomitov por la resistencia que oponían a la democratización del ejército. La misma razón hizo que Brusilov destituyese al general ~~de~~ hasta que a él mismo le destituyeron también por su indulgencia excesiva con los comités. Kornilov hubo de abandonar el mando de la región militar de Petrogrado por su incapacidad para convivir con la democracia, lo cual le impidió que se le confiara después el mando del frente y que luego pasara al mando supremo. Denikin fue destituido de su cargo de jefe del estado mayor de Alexóiev, por su postura claramente reaccionaria. Sin embargo, no fue designado general en jefe del frente occidental. Esta confusión, consistía en que en las alturas no sabían lo que hacían, ni lo que querían, desde los generales hasta los sargentos, acelerando la descomposición del ejército.

Los comisarios, al mismo tiempo que exigían que los soldados obedecieran a los oficiales, desconfiaban de éstos. En el momento en que la ofen-

se hallaba en su apogeo, en la reuni3n del s3viet de Mohilev, celebrada en la residencia del cuartel general en presencia de Kerenski y Brusilov, los miembros del s3viet declararon: El 88% de la oficialidad del cuartel general, con su conducta un peligro contrarrevolucionario. Para los soldados era ning3n secreto, pues hab3an tenido tiempo suficiente de conocer los hechos reales antes de la revoluci3n.

En el transcurso de todo el mes de mayo, en los comunicados del cuartel general vibra siempre, con diversas variantes, la misma idea: La actitud de la oficialidad a la ofensiva es, en general, desfavorable, sobre todo por parte de la Infanter3a. A veces, a3ad3an: La situaci3n es un poco mejor en la Caballer3a y un poco peor en la Artiller3a.

A fines de mayo, cuando ya se estaban movilizando las tropas para la ofensiva el comisario del s3optimo ej3rcito telegrafiaba a Kerenski: En el regimiento 48" ha entrado en acci3n en su totalidad del 45" y del 47" solamente el 47" se niega a atacar. De los regimientos de la 13a Divisi3n ha entrado en acci3n el 50" regimiento casi en su integridad. Prometido para ma3ana el regimiento 51" el 49" no ha obrado de acuerdo con las r3denes transmitidas, y el 52" se ha negado a moverse, deteniendo a todos sus oficiales. Este espect3culo se observaba casi por todas partes. El gobierno no puede contar en los siguientes t3rminos a la comunicaci3n del comisario: Disolver los regimientos 45", 46", 47" y 52" y entregar a los oficiales y soldados que se han excitado a la desobediencia. Esto ten3a un aire amenazador, pero no llegaba a nadie. Los soldados que no apetec3an combatir no ten3an que temer a la disoluci3n ni a los tribunales. Para poner en movimiento a las tropas no se puede movilizar a unos regimientos contra otros. De instrumento de rep3v3n casi siempre los cosacos, ni m3s ni menos que bajo el zar, con la conciencia de que ahora eran los socialistas los que los mandaban, pues no se puede olvidar que se trataba de defender la revoluci3n.

El 4 de junio, menos de dos semanas antes de que se iniciara la ofensiva, el jefe de estado mayor del cuartel general comunicaba: El frente ruso contin3a en estado de efervescencia los soldados siguen confraternizando. En la Infanter3a la actitud ante la ofensiva es desfavorable... En el frente sur la situaci3n es incierta. En el suroccidental se nota una cierta mejor3a general de las tropas... En el frente rumano no se observa ninguna mejor3a notable: la Infanter3a no quiere atacar... .

El 11 de junio de 1917, el jefe del regimiento 61" escribe: Los soldados y yo podemos ya hacer es ponernos en salvo, pues ha habido un soldado leninista de la 5" compaa3a... Muchos de los soldados y oficiales han desaparecido ya. Por lo visto, bastaba con que un adepto de Lenin se presentase en el regimiento para que la oficialidad corriera a la fuga. Aqu3, el soldado que acababa de llegar era, -indudablemente- un soldado r3gular que se introduce en una disoluci3n saturada para producir la ofensiva. Sin embargo, no basta lo que aquel buen coronel diga para suponer que se trataba efectivamente de un bolchevique. Por aquellos d3as, el mando a...

calificativo de leninista a todo soldado que levantara un poco audazmente voz contra la ofensiva. Muchos de estos leninistas seguían creyendo todavía de buena fe que Lenin había venido a Rusia con una comisión del káiser. El "regimiento del 71" intentaba intimidar a sus soldados amenazándolos con sanciones por parte del gobierno. Uno de los soldados le replicó: "Derribamos el gobierno anterior y podemos hacer otro tanto con el de Kerenski". Los soldados, influidos por la agitación de los bolcheviques y aun rebasándola un poco, sabían ya expresarse de otro modo.

Ya a fines de abril, la escuadra del Mar Negro, que se hallaba bajo el liderazgo de los socialrevolucionarios, y que, a diferencia de la de Kronstadt, considerada como un reducto del patriotismo, envió por el país a una comisión especial de trescientos hombres, a la cabeza de la cual iba el brigadier Batkin disfrazado de marinero. En esa delegación había no poco de marino, pero había también mucho de sincero entusiasmo. La delegación fundió por el país la idea de llevar adelante la guerra hasta el triunfo. A cada semana que pasaba, el auditorio se le volvía más hostil. Y al mismo tiempo que los marineros del Mar Negro iban bajando cada vez más el tono de su prédica en favor de la ofensiva, se presentaba en Sebastopol una delegación del Báltico a hacer campaña en favor de la paz. Los marineros del Mar Negro tuvieron más éxito en el sur que los meridionales en el norte. Bajo el liderazgo de los marineros de Kronstadt, los de Sebastopol emprendieron el 8 de junio el desarme del mando y procedieron a detener a los oficiales más opor-

En la sesión celebrada el 9 de junio por el Congreso de los Soviets, se preguntó cómo se explicaba que en aquella escuadra, modelo del mar Negro, que había enviado delegaciones patrióticas por todo el país, en aquel momento el patriotismo organizado hubiera podido producirse, en un momento tan crítico, una explosión de este género. ¿Qué significa esto? La pregunta se quedó sin contestar. La ausencia del mando y de dirección traía de cabeza a todo el mundo: a los soldados, a los jefes y a los vocales de los comités. No había nada que buscar una salida a aquella situación, fuera la que fuese. A lo largo de arriba se les antojaba que la ofensiva pondría fin al desconcierto y daría un carácter definido a las cosas. Y esto era verdad hasta un cierto punto. Los miembros del comité de los marineros, telégrafos y Chernov en Petrogrado predicaban la ofensiva, dando a su voz tonos de inflexiones de la retórica democrática, era natural que en el frente los miembros de los comités, mano a mano con la oficialidad, emprendiesen dentado el ejército la lucha contra el nuevo régimen, sin el cual no era concebible la victoria, pero que era incompatible con la guerra. Pronto este cambio de dirección se hizo evidente. Los miembros del comité iban evolucionando, día a día, hacia la paz, pero de un modo cada vez más acentuado. Cuenta uno de los oficiales de la Marina que, al mismo tiempo, se veía cómo disminuía por momentos su prestigio entre los marineros y los soldados. Y daba la casualidad de que precisamente lo que hacía falta eran, precisamente, soldados y marineros.

Brusilov se inclinó, con la venia de Kerenski, hacia la formación de unidades de choque de voluntarios, con lo cual venía a reconocer abiertamente

la ausencia de capacidad combativa en el ejército. A esta empresa se arrollaron inmediatamente los elementos heterogéneos, aventureros muchos de tales como el capitán Muraviov, quien, después de la revolución de octubre fue con los socialrevolucionarios de izquierda para luego, después de cuantas acciones turbulentas y brillantes a su manera, traicionar a los soviets y caer atravesado por una bala, no se sabe bien si bala propia. Huelga decir que la oficialidad contrarrevolucionaria se aferró a esta idea de los batallones de choque, que les venían al derredor de la forma legal para encuadrar sus fuerzas. Pero la iniciativa no encontró eco entre las masas de los soldados. Los hambrientos de aventuras formaron los batallones femeninos de Héroes Negros de la Muerte. Uno de estos batallones fue, en octubre, la última fuerza armada de que dispuso Kerenski para la defensa del Palacio de Invierno.

El militarismo alemán no tenía gran cosa que temer de todas estas acciones, aunque el fin perseguido no fuese otro que contribuir a derrocar al gobierno ruso.

La ofensiva que el cuartel general había garantizado a los aliados en primavera iba aplazándose semana tras semana. Pero ahora ya no toleraba ya más aplazamientos. Para conseguir, a fuerza de presiones, que se emprendiese una ofensiva inmediata, los aliados no reparaban en procedimientos. Al mismo tiempo que Vandervelde lanzaba sus patéticas flamas, sus poderdantes amenazaban con suspender el suministro de material de guerra. El consul general de Italia en Moscú declaró en la prensa italiana, sino en la rusa, que caso de que Rusia negociase una paz con los aliados dejarían al Japón en completa libertad de movimientos en el Mar del Norte. Y los periódicos liberales, no los de Roma, sino los de Moscú, publicaron con patriótico entusiasmo estas conminaciones insolentes, aplicándolas solamente a la eventualidad de una paz separada, sino a la demora de la paz. Los aliados no se andaban tampoco con cumplidos en otros respectos. Por ejemplo, en el de la Artillería de pacotilla enviada a Rusia: el 35 por ciento de las cañones hubieron de ser retirados por inservibles al cabo de dos semanas. En Inglaterra restringían los créditos. En los Estados Unidos, nuevo protector, concedió al Gobierno Provisional el crédito con Inglaterra, un crédito de setenta y cinco millones de dólares para la ofensiva que se avecinaba...

La burguesía rusa, sin perjuicio de apoyar las pretensiones de Kerenski y desplegar una furiosa campaña en favor de la ofensiva, no abrigaba esperanza alguna en ésta, razón por la cual se abstenía de suscribirse al programa de la Libertad. Por su parte, la monarquía derribada aprovechaba la oportunidad que se le brindaba para recordar que existía: en una declaración emitida por el Gobierno Provisional, los Romanov expresaban su deseo de suscribirse al programa de la Libertad pero añadían que la cantidad suscrita dependería del hecho de que el tesoro contribuyese o no a sostener a los miembros de la familia real. El ejército, que no ignoraba que la mayoría del Gobierno Provisional era al igual que la alta oficialidad, seguía confiando vivamente en la ofensiva.

de la monarquía.

Justo es consignar que en los países aliados no todo el mundo estaba de acuerdo con Vandervelde, Thomas y Cachin en su prisa por empujar al avance al ejército ruso. Se alzaban también voces advirtiendo del peligro. El ejército ruso no es más que una fachada, decía el general Potain, -que se derrumbará en cuanto se menee un poco. En el mismo sentido se expresaba, por ejemplo, la misión americana. Pero triunfaron otras consideraciones. Era necesario robar a la revolución el alma. La campaña de confraternización general en Rusia explicaba posteriormente Painlevé produce a través de los telegramas (telegrams) que al dejar inactivo al ejército ruso podía correr el riesgo de una rápida descomposición.

La preparación de la ofensiva, desde el punto de vista político, estuvo a cargo de Kerenski y Tsereteli, quienes, en un principio, actuaban secretamente, guardando el secreto hasta con sus más íntimos correligionarios. Y después, por su parte, los líderes poco avisados o mal informados seguían hablando acerca de la defensa de la revolución. Tsereteli insistía con energía en la necesidad de que el ejército estuviese preparado para una intervención activa. El que más se resistió, o, mejor dicho, más coqueteó, fue Chernov. La sesión celebrada por el Gobierno Provisional el 17 de mayo, alguien propuso apasionadamente al ministro de las aldeas, como se llamaba él mismo, que cierto que en un mitin no había hablado con el entusiasmo necesario de la ofensiva. Resultaba que Chernov se había expresado así: La ofensiva no es mía, pues yo soy un político, sino de los estrategas del frente. Los bolcheviques jugaban al escondite con la guerra lo mismo que con la revolución. Este juego no podía durar mucho.

Huelga decir que la preparación de la ofensiva hacía que se redoblasen las persecuciones contra los bolcheviques, a quienes se acusaba, cada vez con mayor insistencia, de ser partidarios de la paz por separado. La conciencia de que esta paz era la única salida, se deducía directamente de la situación misma del país, esto es, de la debilidad y del agotamiento de Rusia comparada con los demás países beligerantes pero nadie se había preocupado aún de medir las fuerzas del nuevo factor: la revolución. Los bolcheviques tendían a que la perspectiva de la paz por separado sólo podía evitarse en el supuesto de que se alzarán audazmente y hasta donde fuese necesaria la fuerza y el prestigio de la revolución frente a la guerra. Mas para eso era eludible, ante todo, romper la alianza con la burguesía. El 9 de junio se declaró en el Congreso de los Soviets: Los que dicen que nosotros aspiramos a la paz separada faltan a la verdad. Lo que nosotros mantenemos es: no paz separada con ningún capitalista, y con los capitalistas rusos no con nadie. ¡Abajo esta paz separada! Aplausos, acota el acta de la sesión. Era una pequeña minoría del Congreso la que aplaudía por esos los aplausos eran doblemente entusiastas.

En el Comité Ejecutivo, los unos carecían de la decisión suficiente y otros querían que el organismo que gozaba de más prestigio les sirviese

padera. A última hora se tomó la resolución de comunicar a Kerenski que era aconsejable circular las órdenes para la ofensiva antes de que se discutiera en el Congreso de los Soviets. La declaración, presentada por un bolchevique y que estaba sobre la mesa desde la primera sesión del día, decía que con la ofensiva no se conseguiría más que desorganizar directamente el ejército, enfrentando una parte de él con la otra y que debía oponerse inmediatamente a la presión contrarrevolucionaria, o sea, a la ofensiva, y abiertamente la responsabilidad de esta política.

La resolución votada por el Congreso a favor de la ofensiva no pasó por una formalidad democrática. Todo estaba preparado de antemano. Hacía mucho tiempo que los artilleros tenían enfiladas las baterías sobre las posiciones enemigas. El 16 de junio, en una orden circulada al ejército y a la flota, después de invocar el nombre del generalísimo, este caudillo aureo de las victorias, demostraba la necesidad de asestar un golpe rápido y decisivo que terminaba con estas palabras: ¡Adelante! Esta es la orden que os doy.

En un artículo escrito en vísperas de la ofensiva y dedicado a comentar la declaración presentada por el fraccionado bolchevique al Congreso de los Soviets, decía Trotsky: La política del gobierno imposibilita toda acción eficaz... Las premisas materiales de que parte la ofensiva no pueden ser desfavorables. La organización del avituallamiento del ejército refuerza el frente económico general del país, contra el cual el presente gobierno no puede tomar ninguna medida radical. Y aún son más desfavorables las premisas políticas. El gobierno ha puesto al desnudo ante el ejército... su incapacidad para regentar la política de Rusia sin contar con la voluntad de sus revolucionarios. El resultado de esto tenía que ser inevitablemente la descomposición del ejército. Las deserciones en masa... no son ya, en las circunstancias actuales, un simple fruto de la voluntad individual: se trata de un indicio de la completa incapacidad del gobierno para cohesionar el ejército revolucionario por la unidad interna de los fines perseguidos. Después de indicar que el gobierno no se decidía a la inmediata abolición de la propiedad de la tierra, única medida que persuadiría al campesino masado de que esta revolución es su revolución, el artículo termina diciendo que, en las condiciones materiales y morales, la ofensiva tiene que degenerar inevitablemente, en una aventura.

El mando entendía que la ofensiva, condenada a un fracaso seguro desde el punto de vista militar, no tenía más justificación que los objetivos políticos a que se aplicaba. Denikin, después de recorrer su frente y haberse acercado a Brusilov: No creo en el éxito de la ofensiva. A este fracaso se añadía también la incapacidad del propio mando. Stankievich, oficial y periodista, atestigua que, ya de por sí, el estado en que se encontraba la organización excluía la posibilidad de un triunfo, fuese cual fuese la moral de los soldados: La organización de la ofensiva no resistió a la menor crítica. La desconfianza de oficiales, con el presidente de la Asociación de Oficiales, Goltz, a la cabeza, se presentó a los jefes del partido kadete pa-

de que la ofensiva estaba condenada a un fracaso irremediable, que se reduciría a la destrucción de las mejores fuerzas. Las autoridades superiores testaban a estas prevenciones con frases vagas: Abrigaban la esperanza el jefe de estado mayor del cuartel general, el general reaccionario Kí de que acaso los primeros combates victoriosos harían cambiar la psicología de las masas y darían a los jefes la posibilidad de empujar las riendas que les habían sido arrebatadas. No era otro, en efecto, el principal fin que se perseguía: volver a empujar las riendas.

De acuerdo con un plan concebido hacía ya mucho tiempo, el golpe principal había de darse en la dirección de Lvov con las fuerzas del frente principal. A los frentes del norte y occidental se les asignaban objetivos secundarios para auxiliar. La ofensiva se inició simultáneamente en todos los frentes. Pero se vio que la realización de este plan excedía de las fuerzas disponibles. En vista de esto se decidió poner en juego a los frentes uno tras otro, empezando por los secundarios. Pero resultó que esto no era tampoco factible. Por lo tanto, el mando supremo dice Denikin decidió renunciar a todo sistema de operaciones estratégicas y se vio obligado a ceder a los propios frentes la iniciativa. Los frentes secundarios para que empezasen las operaciones por su cuenta, a media que ellos estuviesen preparados. Todo se confiaba, como se ve, a los designios de la providencia. Lo único que faltaba eran los iconos de la zarina. Pero para conseguirlos estaban allí los iconos de la democracia. Kerenski recorrió a los frentes imploraba, imploraba, bendecía. La ofensiva se inició el 16 de junio en el frente suroccidental el 8, en el septentrional el 9, en el de Rumania. Desde el principio de la batalla, ficticia en realidad, de los últimos tres frentes coincidió con el principio del derrumbamiento del frente principal, es decir, del suroccidental.

Kerenski comunicó al Gobierno Provisional: Hoy es un día de gran importancia para la revolución. El 18 de junio, el ejército revolucionario ruso ha iniciado una ofensiva con inmenso entusiasmo. Se ha producido el acontecimiento más importante durante tanto tiempo: el ejército revolucionario ha hecho que la revolución rusa retornara a sus mejores días. El 19 de julio, Kerenski declamaba ante una manifestación patriótica: ¡Ciudadanos! Si os preguntan qué día es hoy contestaréis que es lunes. Pero esto es un error: hoy es domingo, y domingo de resurrección para nuestro país y para la democracia del mundo entero. Rusia, después de haberse emancipado del yugo del zarismo, ha decidido emanciparse también del yugo del enemigo. Tsereteli declaró ante el Congreso de los Soviets: Una nueva página se abre en la historia de la revolución rusa... No es sólo la democracia rusa la que debe celebrar los triunfos de nuestro ejército revolucionario, sino con ella... todos los pueblos libres y verdaderamente a empeñarse en la lucha contra el imperialismo. La democracia patriótica abraza a todos sus grifos.

Entretanto, los periódicos publicaban una noticia jubilosa: La Boletín de los Soviets saluda la ofensiva con el alza de todos los valores rusos. Los socialistas sabían, por lo visto, la estabilidad de la revolución por los boletines de los Soviets: pero la historia nos enseña que cuando más a gusto se siente la

cuando peor marchan las revoluciones.

Los obreros y la guarnición de la capital no se sintieron arrastrados en ese momento por aquella oleada artificial de patriotismo recalentado. Seguimos a siendo la avenida Nevski. Hemos salido a la Nevski cuenta moriasel soldado Chinenov intentando hacer campaña contra la ofensiva. Los burgueses se han lanzado contra nosotros esgrimiendo sus paraguas. Nosotros hemos cogido a los burgueses, los hemos llevado a los cuarteles hemos dicho que, al día siguiente, los expediremos al frente. Las consecuencias de la explosión de la guerra civil que se avecinaba: las Jornadas de Julio estaban próximas.

El 21 de junio, el regimiento de ametralladoras tomaba en asamblea general el acuerdo siguiente: En lo sucesivo, sólo mandaremos fuerza cuando la guerra tenga un carácter revolucionario... . En contestación a la amenaza de disolución, el regimiento declaró que él, por su parte, no se somete ante la disolución del Gobierno Provisional y demás organizaciones burguesas. Otra vez volvemos a percibir las notas de una amenaza que va más allá que las campañas de los bolcheviques.

El 23 de junio, la crónica de los acontecimientos señala: Las unidades del ejército se han apoderado de la primera y segunda líneas de trincheras del enemigo... . Junto a esta noticia, se lee esta otra: En la fábrica de obreros) se han celebrado las elecciones al Soviet de Petrogrado. Por los tres diputados socialrevolucionarios han sido elegidos tres bolcheviques.

A fines de mes, la fisonomía del Soviet de Petrogrado había cambiado considerablemente. Es cierto que el 20 de junio el Soviet tomaba el acuerdo de saludar al ejército que había emprendido la ofensiva. Pero, ¿por qué? Por 472 votos contra 271 y 39 abstenciones. Es un nuevo balance de fuerzas que nos salta a la vista. Los bolcheviques, con los grupos de mencheviques socialrevolucionarios de izquierda, representan ya las dos quintas partes del Soviet. Ello significa que en las fábricas y en los cuarteles los bolcheviques de la ofensiva forman ya una mayoría indiscutible.

El Soviet de la barriada de Vyborg vota el 24 de junio un acuerdo que cada palabra es como un martillazo: Protestamos contra la avenencia del Gobierno Provisional, que emprende la ofensiva al servicio de los verdugos y dos expoliadores... y descargamos toda la responsabilidad por esa ofensiva sobre el Gobierno Provisional y los partidos de los mencheviques socialrevolucionarios que le sostienen. Relegada a segundo término desde la revolución de Febrero, la barriada de Vyborg va avanzando con paso firme hacia los primeros puestos. En el Soviet de Vyborg predominaban ya indiscutiblemente los bolcheviques.

Ahora todo depende del resultado de la ofensiva, es decir, de la victoria o la derrota en los dos frentes de las trincheras. ¿Qué cambios determinará la ofensiva en la conciencia de los soldados que tienen que llevarla a cabo? Los soldados anhelaban, de un modo insustentable, la paz. Sin embargo, los dirigentes consiguieron durante un tiempo hasta cierto punto o, por lo menos, lo consiguieron de una parte de

dos, convertir este anhelo en una buena disposici n respecto a la o

Despu0s de la revoluci n, los soldados esperaban que el nuevo r0 firmase cuanto antes la paz, y hasta que ese d a llegase estaban di montar la guardia en el frente. Pero ese d a no llegaba. Los soldado pezaron a confraternizar con los alemanes y los austriacos, influido por las campaas de los bolcheviques, pero sobre todo buscando por iniciativa la senda de la paz. Estos escarceos de confraternizaci n fueron perseguidos. AdemÆs, se pudo observar que los soldados alemanos hab an sacudido todav a, ni mucho menos, la carga de la obediencia cieles. Y la confraternizaci n, que no hab a tra do la paz, disminu blemente.

De hecho, en el frente reinaba en aquel entonces un estado de ansiedad del cual se aprovechaban los alemanes para distraer enormes esfuerzos de darlos a los frentes occidentales. Los soldados rusos ve an c mo que c as las trincheras enemigas, c mo se retiraban las ametralladoras, desmontaban los caones. Se infundi sistemÆticamente a los soldados de que el enemigo estaba completamente debilitado, de que no ten a de que en Occidente se ve a arrollado por los Estados Unidos y de que iba con que Rusia diese un empuj n para que el frente alemÆn se desmontase y obtuvi0ramos la paz. Los dirigentes no cre an en esto ni por a confiaban en que, una vez metida la mano en la mÆquina de la guerra, cito no podr a sacarla tan fÆcilmente.

Viendo que no consegu an sus fines, ni por medio de la diplomacia ni el gobierno Provisional ni a fuerza de confraternizaci n, una parte de los rusos empez a creer que conven a dar aquel empuj n de que les hablaban y acabar a de una vez con la guerra. Uno de los delegados enviados por el gobierno al Congreso de los Soviets, expresaba en estos t0rminos el estado de animo de los soldados: Ahora nos encontramos ante un frente alemÆn desarmado, desartillado, y si tomamos la ofensiva y derrotamos al enemigo, caremos a la anhelada paz .

Y, efectivamente, en un principio, el enemigo se revelaba como bastante d0bil y se retiraba sin dar batalla, que, por su parte, los rusos no hab an podido tampoco librar. Pero el enemigo no se dispersaba, sino que, al contrario, se agrupaba y se concentraba. Cuando hab an avanzado veinticinco o treinta kil metros, los soldados rusos presenciaron un espectÆculo que les dio an harto bien por su experiencia de los aaos precedentes: el enemigo no se retiraba atrincherado en nuevas posiciones reforzadas. Y entonces fue cuando se puso de manifiesto que, si bien los soldados estaban aen dispuestos a aceptar un empuj n para conseguir la paz, no quer an tener absolutamente nada que ver con la guerra. Arrastrados a ella por la fuerza, por la presion y sobre todo por el engaao, viraron en redondo indignados.

Despu0s de una preparaci n de artiller a nunca vista por su intensidad, por lo que a los rusos se refiere dice el historiador ruso de la guerra, el general Sajonchokovski , las tropas ocuparon casi sin p0rdidas las p

enemigas, y se negaron a ir más allá. Se inició una deserción en masa. Los batallones enteros abandonaban las posiciones.

El político ucraniano Doroschenko, ex comisario del Gobierno Provisional en Galitzia, cuenta que, después de la toma de Galich y de Kalusch, en la noche se desató un terrible pogromo contra la población ucraniana y judía. A los soldados nadie les tocó. El pogromo estaba dirigido por una mano experta, se dirigía especialmente a las instituciones ucranianas de cultura. En esta matanza tomaron parte las mejores unidades del ejército, las menos corrompidas por la revolución, cuidadosamente seleccionadas para la ofensiva. Pero los excesos se desenmascararon todavía más como lo que real y verdaderamente eran los caudillos de la ofensiva, los viejos jefes y oficiales oportunistas organizadores de matanzas de judíos.

El 9 de julio los comités y comisarios del decimoprimer ejército telegrafaban al gobierno: La ofensiva alemana iniciada el 6 de julio en el frente del decimoprimer ejército toma las proporciones de un desastre incalculable. Las unidades que hace poco avanzaban, gracias a los esfuerzos heroicos de los soldados, ahora, se exterioriza un estado de espíritu funesto. La acometividad que caracterizaba el comienzo de la ofensiva se ha apagado rápidamente. En la mayor parte del ejército se nota un creciente proceso de desmoralización. Los soldados contestan con amenazas y a veces con disparos.

El generalísimo del frente suroccidental, habiéndose puesto de acuerdo con los comisarios y los comités, publicó un decreto ordenando que se aumentara el fuego contra los desertores.

El 12 de julio, el generalísimo del frente occidental, Denikin, volviendo a su estado mayor con la desesperación clavada en el alma y la conciencia nublada por el desmoronamiento completo de la última tenue esperanza en... el milagro.

Los soldados no querían batirse. Los soldados de la retaguardia, a quienes se pidió que reemplazaran a las fuerzas exhaustas después de la ocupación de las trincheras enemigas, contestaron: ¿Para qué habéis tomado la ofensiva? ¿Quién os ha dado permiso para ello? Lo que hay que hacer no es organizar ofensivas, sino poner término a la guerra. El jefe del primer ejército siberiano, considerado como uno de los mejores, comunicaba que, al caer la noche, los soldados se retiraban en compañías enteras de la primera línea atacada. Comprendí que nosotros, los jefes, éramos impotentes para cambiar la psicología de la masa de los soldados, y rompí a llorar larga y amargamente.

Una de las compañías se negó incluso a lanzar al enemigo una hoja de papel. Cuenta de la toma de Galich, hasta que se encontrara un soldado que pudiera traducir el texto alemán al ruso. En este hecho se acusa toda la desconfianza que abrigan los soldados contra el mando, tanto el viejo como el nuevo. Los siglos de escarnios y violencias salían ahora volcánicamente a la superficie. Los soldados se sintieron engañados nuevamente. La ofensiva condujo precisamente a la paz, sino a la guerra. Y los soldados no querían la guerra. Y tenían razón para no quererla. Los patriotas, bien resguardados

el interior, cubren de desnudos a los soldados. Pero éstos tenían guiado un certero instinto nacional, que había sido tamizado por la de unos hombres estafados, torturados, entusiasmados un día por la revolucionaria y arrojados de nuevo al cieno y a la sangre. Los soldados eran razas. La continuación de la guerra no podía dar al pueblo ruso nuevas victorias, nuevas humillaciones, nuevas calamidades y una nueva esclavitud.

La prensa patriótica de 1917, no sólo la de los kadetes, sino también la socialista, no se cansaba de invocar los heroicos batallones de la Revolución Francesa, poniéndolos por modelo a los soldados rusos desertores y rebeldes. Esto no sólo atestiguaba su incompreensión para la dialéctica del proletario revolucionario, sino que acusaba también una ignorancia histórica absoluta.

Aquellos magníficos caudillos de la Revolución Francesa y del Imperio habían empezado casi todos siendo unos transgresores de la disciplina militar y unos organizadores. Miliukov diría que habían empezado siendo unos bolcheviques. El que más tarde fue mariscal Davout, cuando era teniente, se pasó a los franceses, desde el 89 al 90, relajando la disciplina normal que regía en el ejército napoleónico. Napoleón, en su día, se pasó a los rusos, arrojando a puntapiés a sus jefes y oficiales. Napoleón, desde 1790, en toda Francia se desarrolló un proceso de completa destrucción del viejo ejército. Los soldados del regimiento de Vincennes obligaron a sus oficiales a comer a la misma mesa que ellos. Veinte regimientos se pasaron a sus jefes y oficiales a distintos actos de violencia. En Nancy los soldados metieron a los oficiales en la cárcel. A partir de 1790, los franceses en la Revolución francesa no se cansan de repetir, refiriéndose a los franceses: La culpa es del poder ejecutivo, que no reemplaza a los oficiales y a los amigos del régimen. Y es digno de notar que tanto Mirabeau como Robespierre se pronuncian por la disolución de los antiguos cuadros de oficiales. Robespierre se esforzaba en implantar con la mayor prontitud posible una férrea disciplina. Al segundo lo que le preocupaba era desarmar a la contrarrevolución. Pero uno y otro comprendían que el antiguo ejército no podía ser salvado.

Es verdad que la Revolución rusa, a diferencia de la francesa, es una guerra plena. Pero de esto no se deduce, ni mucho menos, que haya que hacer para Rusia una excepción a la ley histórica formulada por Engels y Plejánov: en guerra, las condiciones propias de una guerra larga y desdichada no permiten hacer otra cosa que acelerar e imprimir un carácter más agudo al proceso revolucionario de disgregación del ejército. La funesta y criminal ofensa a la democracia se encargó del resto. Ahora, los soldados decían ya abiertamente y por todas partes, a quien quiera oírlos: ¡Basta de verter sangre! Los soldados nos sirven la libertad y la tierra si tenemos que morir de un balazo. Los intelectuales pacifistas que intentan suprimir la guerra a fuerza de argumentos racionalistas son sencillamente ridículos. Pero cuando las masas armadas escuchan los argumentos de su raza, no hay guerra que no se acabe.

xx. Los campesinos

El verdadero fundamento de la revolución era el problema agrario. En el caótico régimen agrario ruso, procedente en línea directa de la era feudal, el poder tradicional del terrateniente, en las íntimas relaciones existentes entre el terrateniente, la administración local y los campesinos, había alcanzado las manifestaciones más bárbaras de la vida rusa, que encontraban su apogeo y culminación en la monarquía rasputiniana. El campesino, punto de apoyo del sistema secular, era, al mismo tiempo, su primera víctima.

En las primeras semanas que siguieron a la revolución de Febrero el campo apenas se movió ni dio señales de vida. Los elementos más activos se hallaban en el frente. Las viejas generaciones que se habían quedado en el campo acordaban demasiado bien de que la revolución sola acabaría en expediciones represivas. El campo permanecía mudo, y la ciudad, en vista de esto, recordaba del campo. Pero el fantasma de la guerra campesina se cernía sobre los días de marzo sobre las casas señoriales. De las provincias, donde había un poder más considerable la nobleza, es decir, de las provincias más adelantadas y reaccionarias, se alzaba el grito pidiendo auxilio antes de que se declarara manifiesto el peligro real. Los liberales reflejaban el pánico de los terratenientes, y los conciliadores reflejaban el estado de ánimo de los liberales.

Forzar el problema agrario en las próximas semanas razonaba después de la revolución el izquierdista Sujóv, y no hay duda de la necesidad de ello. Pero ya sabemos que Sujóv entendía también que era perjudicial forzar la cuestión de la paz y de la jornada de ocho horas. El campesino se agazapaba ante las dificultades. Además, los terratenientes atacaban a la gente diciendo que la alteración del régimen jurídico agrario tenía consecuencias nocivas en la siembra y en el abastecimiento de las ciudades. El Ejecutivo enviaba telegramas a las localidades recomendando que no se dejasen llevar por los asuntos agrarios en perjuicio del abastecimiento de las ciudades.

En muchos sitios, los terratenientes, asustados por la revolución, abandonaban las tierras sin sembrar. En la difícil crisis de subsistencias por que atravesando el país, las tierras sin sembrar reclamaban casi a gritos un remedio. Los terratenientes, desconfiando del nuevo poder, liquidaban rápidamente sus propiedades. Los campesinos acomodados se apresuraban ansiosamente a comprar las tierras de los grandes propietarios, confiando en que la expropiación forzosa no se haría extensiva a ellos, por su condición de

pesinos . Muchos de los tratos ten an un carÆcter deliberadamente f pon an que las propiedades privadas inferiores a una cierta medida objeto de confiscaci n, y, para ponerse a salvo de ello, los terrat celaban ficticiamente sus haciendas en pequeæos lotes, creando prop sobre el papel. No pocas veces, las tierras se inscriban a nombre ros seditos de los pa ses aliados o neutrales. La espekuyaci n de las artimaæas de los grandes hacendados amenazaban con no dejar en un puæado de tierra de los fondos agrarios del pa s para el momento reuniese la Asamblea Constituyente.

Los pueblos ve an estas maniobras. Y pronto se alzaron voces pido que se publicase un decreto prohibitivo de las transacciones sobre campesinos acud an a las ciudades a entrevistarse con los nuevos am situaci n, en busca de tierra y de verdad. MÆs de una vez -suceda q ministros, despuØs de los elocuentes discursos y las ovaciones, trope salida con las figuras grises de los delegados campesinos. SujÆnov como uno de estos campesinos imploraba con lÆgrimas en los ojos a los nos ministros que publicasen una ley protegiendo el fondo agrario venta. Kerenski, impaciente, pÆlido y nervioso, le interrumpi : He se har a, y, por lo tanto, se harÆ... No tiene usted por quØ mirarm ojos desconfiados . SujÆnov, que presenciaba la escena, aæade: Ano mente lo que o . Kerenski ten amajikmiradas con ojos de confian za al famoso caudillo y ministro del pueblo . En ese breve diÆlogo entre mujik que aæn implora pero que ha perdido ya la confianza, y nistro radical, que hace caso omiso de la desconfianza campesina, s la clave inexorable del derrumbamiento del rØgimen de Febrero.

El decreto sobre los comitØs agrarios como rganos de preparaci reforma de la tierra fue dado por el ministro de Agricultura, el ka rev. El ComitØ Central, a cuyo frente se hallaba el profesor libera Postnikov, estaba integrado principalmente de los que a lo que mÆs tem an era a que se les tuviera por hombres menos moderados que su p dente. Se crearon tambiØn comitØs provinciales, cantonales y de dis s viets, que se extend an con gran lentitud por el campo, eran cons como rganos privados, los comitØs agrarios ten an un carÆcter gube tal. Pero cuanto mÆs vagas eran las atribuciones que les asignaba e mÆs dif cil se les hac a resistir a la presi n de los campesinos. Y jo estaba el comitØ en la escala jerÆrquica, cuanto mÆs cerca se ha tierra, antes se convert a en un instrumento del movimiento campesino.

A fines de marzo, empiezan a llegar a la capital las primeras no quietantes dando cuenta de que entraban en escena los campesinos. E sario de Novgorod telegraf a informando de los des rdenes producido cierto teniente Panasiuk, de las detenciones arbitrarias de terrat etc. En la provincia de Tambov una muchedumbre de campesinos, capit da por algunos soldados con licencia, saquea las casas señoriales. ras noticias son, indudablemente exageradas: en sus quejas, los ter

tes abultan, sin duda alguna, los hechos, pensando más que en lo presente en lo venidero. Pero lo que no ofrece la menor duda es que los soldados traen del frente y de la ciudad el espíritu de iniciativa; intervienen en el movimiento campesino.

El 5 de abril uno de los comités cantonales de la provincia de Charkov acordó practicar registros en las casas de los terratenientes, con el fin de quitarles las armas. Nos hallamos ya ante el presentimiento claro de la guerra civil. El comisario explica los desórdenes ocurridos en el distrito de Sverdlovsk de la provincia de Riazán, por el acuerdo de que adopta el Comité Ejecutivo del mismo distrito sobre el arrendamiento forzoso a los campesinos de las tierras de los grandes propietarios. La campaña de propaganda de los estudiantes que los campesinos se mantengan tranquilos hasta la reunión de la Asamblea Constituyente no obtiene ningún éxito. Aquí nos enteramos de que los socialdemócratas, que en la primera revolución predicaban el terrorismo agrario, entonces la táctica de los socialrevolucionarios, en 1917 exhortan, a pesar de su sin gran éxito, al parecer, al respeto de la ley y a la calma.

El comisario de la provincia de Simbirsk traza un cuadro del movimiento campesino, que iba tomando proporciones arrolladoras: los comités locales y cantonales de los cuales volveremos a hablar más adelante detienen a los terratenientes, los expulsan de la provincia, sacan a los braceros de las fincas de los grandes propietarios, se apoderan de las fincas y fijan la renta a su propio placer. Los delegados enviados por el Comité Ejecutivo se ponen al lado de los campesinos. Simultáneamente, empieza el movimiento de los vecinos de los pueblos contra los campesinos acomodados, que al amparo de la ley promulgada el 9 de noviembre de 1906 por Stolypin, se habían separado de los campesinos comunales, llevando en propiedad sus parcelas. La situación de la provincia constituye una amenaza para la siembra. Ya en abril, el comisario de la provincia de Simbirsk no ve otra salida que la inmediata nacionalización de la tierra, reservando a la Asamblea Constituyente la tarea de establecer las modalidades del régimen de explotación.

Del distrito de Kaschira, situado muy cerca de Moscú, llegan quejas que el Comité Ejecutivo excita a la población a ocupar sin indemnización las tierras de la Iglesia, de los conventos y de los grandes propietarios. En la provincia de Kursk los campesinos hacen que se retire de los trabajos del campo, en las fincas de los señores, a los prisioneros de guerra, e incluso los metidos en la cárcel. Después de los congresos de campesinos, los de la provincia de Perm interpretando al pie de la letra los acuerdos de los socialrevolucionarios sobre la tierra y la libertad, infringen el contrato cerrado poco antes con los terratenientes y, al mismo tiempo, emprenden la ofensiva contra los nuevos dueños del poder. En el mes de marzo, al constituirse los comités ejecutivos cantonales y de distrito, los que entraban a formar parte de ellos eran,

1. Mirsignifica en ruso dos cosas: Comunidad de tierras de un pueblo y mundo. [NDT.]

yor a, intelectuales. Después comunica el comisario empezaron a voces contra la composición de dichos organismos, y, ya a mediados los comités estaban compuestos exclusivamente en todas partes por campesinos, cuyas aspiraciones respecto a la tierra eran las más de las ve lladas .

Un grupo de terratenientes de la vecina provincia de Kazan se la al Gobierno Provisional de la imposibilidad de seguir cultivando la que los campesinos retiraban a los obreros, requisaban las semillas sitios se llevaban todo lo que encontraban en las casas señoriales, an al terrateniente talar los bosques de su propiedad y le amenazaba tratarle y matarle. Aquí reina la más absoluta impunidad, todo el lo que quiere y la gente razonable está aterrorizada . Los terraten zan saben ya quién es el culpable de la anarquía: En el campo no s las determinaciones del Gobierno Provisional. En cambio, las proclan bolcheviques llegan a todas partes .

Sin embargo, no se puede decir que el gobierno no dictara dispos El 20 de marzo el príncipe Lvov propone telegráficamente a los com creaci n de comités cantonales como rganos del poder local, recomen al mismo tiempo que a la labor de dichos comités se incorporasen l nientes y todas las fuerzas intelectuales del campo . Aspiraban a o do el régimen del Estado por el sistema de las cámaras de conciliac traje. Pero los comisarios no tardaron en lamentarse de que se pres las fuerzas intelectuales : el campesino no tenía ninguna confianza renski de distrito y de cant n.

El 3 de abril el príncipe Urusov, subsecretario del Interior co este ministerio estaba regido por t tulos de gran alcurnia da orde no se tolere ninguna intromisi n arbitraria y, sobre todo, de que libertad del propietario a disponer de su tierra , esto es, la más libertades. Diez días después el propio príncipe Lvov se toma perso la molestia de ordenar a los comisarios que pongan fin con todo el la ley a cualquier manifestaci n de violencia y de despojo que se p Dos días más tarde, el príncipe Urusov vuelve a ordenar al comisari cial que tome medidas para proteger los ganados de los terratenien tra todo acto de violencia, explicando a los campesinos, etc. . El príncipe subsecretario empieza a intranquilizarse ante el hecho de sioneros de guerra que trabajan como braceros en las fincas de los nientes formulen pretensiones exageradas, y ordena a los comisarios pongan sanciones severas, haciendo uso de las atribuciones de que g en el antiguo régimen los gobernadores zaristas. Llueven circulares ciones, rdenes telegráficas. El 12 de mayo, el príncipe Lvov enume nuevo telegrama los desmanes que se están cometiendo en todo el pa tenciones arbitrarias, registros, destituci n de cargos en la admin haciendas y de fábricas, destrucci n de fincas, saqueos, atropellos contra funcionarios públicos, imposici n de tributos a la poblaci n

de los Ænimos de una parte de la poblaci n contra otra, etc. Estos y otros semejantes deben ser considerados como contrarios a la ley y, en algunos casos, incluso como anÆrquicos ... El calificativo no es muy claro, pero en conclusi n no puede serlo mÆs: Tomar enØrgicas medidas . Los comisarios de provincia mandaban inmediatamente las circulares a los distritos, los cuales ejerc an presi n sobre los comitØs cantonales y entre todos juntos por un manifiesto su impotencia para afrontar el problema campesino.

Las tropas de las inmediaciones tienen casi en todos sitios parte en los acontecimientos. Es mÆs, en la mayor parte de los casos son ellas mismas las que toman la iniciativa. El movimiento adopta formas variadas, segun las condiciones locales y el grado de exacerbaci n de la lucha. En Siberia, donde no hay terratenientes, los campesinos se apoderan de la propiedad de la Iglesia y de los conventos. Hay que advertir que el clero no lo hace muy poco nada bien en otras partes. En la piadosa provincia de Smolensk, bajo la influencia de los soldados llegados del frente, se procede a la detenci n de las heremitas y frailes. Con el fin de evitar que los campesinos tomaran medidas demasiado radicalmente mÆs radicales, los rganos locales se ven obligados con frecuencia a tomar mÆs allÆ de lo que quer an. A principios de mayo el ComitØ Ejecutivo de los distritos de la provincia de Samara sometió a tutela pÆblica las propiedades del Conde Orlov-Davidov, preservÆndolas as de la acci n de los campesinos. Comoquiera que el decreto prohibiendo la compra y venta de tierras propuesto por Kerenski no sal a, los campesinos, valiendose de sus recursos, trataron de impedir la venta de las propiedades, oponiendose por la fuerza a la misma. La incautaci n de las armas de los terratenientes, sin exceptuaci n de la caza, va tomando proporciones cada vez mÆs extensas. Los campesinos de la provincia de Minsk se lamentan que el comisario no acatan como ley los acuerdos del congreso campesino . ¿Es que acaso pod an ser interpretados de otro modo? No debe olvidarse que estos congresos eran el Ænico poder real que existía en los pueblos. He aqu , puesto al desnudo, el abismo que se abre entre los intelectuales socialrevolucionarios, que charlan por los codos, y los campesinos que reclaman hechos y no palabras.

A fines de mayo entra en acci n la lejana estepa asiÆtica. Los kirguises, quienes los zares hab an despojado de las mejores tierras en beneficio de los servidores, se levantan ahora contra los terratenientes, invitÆndoles a abandonar con la mayor rapidez las haciendas robadas. Este punto de vista va cambiando cada vez mÆs en la estepa , comunica el comisario de Akmolinsk.

En la otra punta del pa s, en la provincia de Liolandia, un comitØ de distrito env a una comisi n con el encargo de abrir una informaci n sobre el saqueo de las propiedades del bar n Hostal von Holstein. La comisi n estima que los desrdenes no tienen importancia, reconoce que la permanencia del bar n en el distrito es peligrosa para la tranquilidad pÆblica y decide ponerle a disposici n del Gobierno Provisional en compaa a de la baronesa. Como resultado de los innumerables conflictos que surgen por todas partes entre el poder local y el poder central, entre los socialrevolucionarios de abajo y los de

Un comunicado del 27 de mayo, procedente del distrito de Pavlograd, provincia de Yekaterinoslav, traza un cuadro casi idílico: los miembros del movimiento agrario aclaran a los vecinos todas las malas interpretaciones, y de esta manera previenen cualesquiera excesos. Sin embargo, este idilio no ha durado más que unas cuantas semanas.

A fines de mayo, el prior de uno de los conventos de Kostroma se lamenta amargamente de que los campesinos hayan requisado la tercera parte del ganado del convento. Este buen fraile no hubiera perdido nada con semejante suceso si no fuera tan tímido y resignado: dentro de poco se verá obligado a despedirse también de los otros dos tercios.

En la provincia de Kursk empezaron las persecuciones contra los campesinos que se negaban a reintegrar sus parcelas a los fondos comunales. Ante la gran transformación agraria, ante el reparto de tierras que se está haciendo, los campesinos quieren actuar como un bloque. Las barreras interiores que se oponen a constituir un obstáculo. Es necesario que cada uno sea un solo hombre. De aquí que la pugna por la tierra de los grandes propietarios vaya acompañada de violencias contra los agricultores individualistas.

El último día de mayo fue detenido en la provincia de Pert el socialista Moilov, que excitaba a los campesinos a no pagar los impuestos. De él se espera que será el quien detendrá a los demás. Durante una procesión celebrada en una aldea de la provincia de Charkov, el campesino Grizenko destrozó el ídolo, ante los ojos atónitos de los vecinos, la venerada imagen de san Nicolás. Así surgen las más diversas formas de protesta y van transformándose.

En unas memorias anónimas tituladas "Apuntes de un guardia blanco" cuyo autor se sabe que era oficial de Marina y terrateniente, se encuentran rasgos interesantes de la evolución operada en el campo en los primeros meses que siguen a la revolución. Para todos los cargos se elegían casi siempre partes personas pertenecientes a la clase burguesa, para las cuales más que una finalidad: mantener el orden. Es verdad que los campesinos exigían que se les diese tierra, pero en los primeros dos o tres meses no hubo sin violencias. Por el contrario, constantemente se oían frases como "otros no queremos robar lo que no es nuestro, sino arreglar las cosas para las buenas", y otras semejantes. En estas palabras tranquilizadoras palpaba, sin embargo, una amenaza oculta. Y en efecto, si en los primeros meses los campesinos no recurrían todavía a la violencia, desde el primer insuceso las pruebas de su falta de respeto por las llamadas fuerzas intelectuales. El citado guardia blanco, este estado de espíritu semiexpectante se prolongó hasta los meses de mayo y junio. Después se nota un cambio brusco, una tendencia a discutir las disposiciones de los organismos provinciales, a hacer las cosas por propia iniciativa... O lo que es lo mismo, -los campesinos dieron a la revolución de Febrero, sobre poco más o menos, un plazo de unos meses para pagar las letras aceptadas por los socialrevolucionarios, de que no las recogían, empezaron a cobrarse por la mano.

El soldado Chinenov, afiliado al partido bolchevique, fue por dos Moscœ a su pueblo, situado en la provincia de Orlov, despuØs de estall voluci n. En mayo dominaban en el distrito los socialrevolucionarios. En muchos sitios los campesinos segu an pagando las rentas a los terratenientes. Chinenov organiz un grupo bolchevique integrado por soldados, braceros y campesinos pobres. Este grupo predicaba la suspensi n del pago de las rentas y la entrega de tierras a los campesinos pobres y a los braceros. Inmediatamente hicieron un censo de los prados señoriales, los repartieron entre los pueblos y los segaron. Los socialrevolucionarios del comitØ cantonal gritaron en el diciendo que nuestro modo de proceder era ilegal, pero no hicieron caso a la parte que les correspond a . Y como, por miedo a las represalias, los representantes locales rehuyeran todo compromiso, los campesinos eligieron a nuevos elementos mÆs decididos. No todos ellos eran bolcheviques ni mucho menos. Mediante la presi n que ejerc an, los campesinos provocaron una escisi n en el seno del partido socialrevolucionario: los elementos mÆs revolucionarios se separaron de los funcionarios y de los arribistas. El grupo bolchevique decidi inspeccionar los graneros de los terratenientes y llevar las reservas de granos al centro, donde pasaban hambre. Y esta determinaci del grupo se llev a la prÆctica porque coincidi a con el estado de espanto de los campesinos. Chinenov llev consigo a su pueblo libros y folletos bolcheviques, all no se ten a la menor idea acerca de esta literatura. Los intelectuales socialrevolucionarios de la localidad propalaban el rumor de que llevaban mucho oro alemÆn para comprar a los campesinos . Iguales procesos se desarrollaron por todas partes, en proporciones distintas. En todos los pueblos hab a su Miliukov, su Kerenski y su Lenin.

En la provincia de Smolensk la influencia de los socialrevolucionarios se consolid despuØs del congreso provincial de delegados campesinos, que como de costumbre, se pronunci en el sentido de que la tierra pasara a manos del pueblo. Los campesinos aceptaron ntegramente este acuerdo, con la reserva de que la tierra respecto a los dirigentes de que ellos la tomaban en serio. Desde adelante, crece incesantemente en las aldeas el nÆmero de socialrevolucionarios. Todo el que en un congreso cualquiera hac a acto de presencia es considerado como socialrevolucionario cuenta un militante de la Øpoca que se ha clasificado como socialrevolucionario o cosa por el etilo-. En la capital del distrito hab a dos regimientos influidos tambiØn por los socialrevolucionarios. Los comitØs agrarios cantonales empezaron a trabajar las tierras de los grandes propietarios y a segar sus prados. El comisario provincial, Yefimov, socialrevolucionario, publicaba decretos amenazadores. El pueblo no comprenda nada. ¿Y como iba a comprenderlo si el mismo comisario hab a dicho en el congreso provincial que ahora el poder estaba en manos de los campesinos? ¿que la tierra s lo deb a ser para quien la trabajaba? Pero hab a que mirar ante la evidencia de los hechos. Por orden del comisario socialrevolucionario Yefimov, solamente en el distrito de Elninsk de los diecisiete comitØs cantonales que funcionaban fueron entregados a los tribunales diecisØ

te los meses siguientes, por haberse apoderado de las tierras de los propietarios. Véase bajo qué formas tan singulares iba acercándose al enlace el idilio de los inhereduados con el pueblo. En todo el distrito, no había más que tres o cuatro bolcheviques. Y sin embargo, su crecimiento rápido, arrollando a los socialrevolucionarios o sembrando en ellos la discordia.

A principios de mayo, se reunió en Petrogrado el congreso de campesinos de toda Rusia. Los representantes habían sido nombrados desde el comienzo en muchos casos completamente al azar... Y si los congresos de obreros y soldados iban invariablemente retrasados en relación con la marcha de los acontecimientos y la evolución política de las masas, imaginábase hasta qué punto la representación de una clase tan disgregada como eran los campesinos iba a que ir a la zaga del verdadero estado de opinión reinante en la Rusia. A este congreso acudieron como delegados, por una parte, intelectuales y obreros de la extrema ala derecha, gente ligada principalmente con los campesinos, por medio de los organismos de cooperación comercial, o simplemente por los recuerdos de la lejana juventud. El verdadero pueblo estaba representado allí por los elementos más acomodados de los aldeanos: los terratenientes y los cooperativistas de la aldea. El elemento que dominaba sin posesión de competencia en este congreso eran los socialrevolucionarios, representados por la extrema derecha. Sin embargo, alguna que otra vez se asustaban por el vertiginoso hambre de tierra y el reaccionarismo político de que daban lugar algunos diputados. Ante la gran propiedad agraria, este congreso adoptó una resolución unánime, extremadamente radical: Todas las tierras pasarán al dominio público, sin indemnización, para ser explotadas y trabajadas en un modo igualitario. Por supuesto, esto se interpretaban lo de igualitario en el sentido de su igualdad con los terratenientes, sin pasarseles por encima de ellos mismos con los braceros. Sin embargo, este pequeño equilibrio se deslizaba entre el falso socialismo del democratismo agrario de los campesinos había de ponerse al desnudo algún tiempo después.

Chernov, ministro de Agricultura, que ardía en deseos de ofrecer al congreso campesino un huevo de pascuas, se ocupaba, sin ningún resultado, en el proyecto de decreto prohibiendo las transacciones sobre la tierra. Por su parte, Pereverzev, ministro de Justicia, a quien se tenía también por un socialrevolucionario o algo así, adoptaba, precisamente por los días de las medidas para que no se opusiera obstáculo alguno a esas transacciones, una resolución que los diputados campesinos protestaron. Pero las cosas no se meneaban del todo. El Gobierno Provisional del príncipe Lvov no se decidía a meter mano a los intereses de los grandes propietarios. Los socialistas no querían meter mano en el Gobierno Provisional. Y el congreso, por su estructura, era incapaz de encontrar modo de resolver la contradicción entre el hambre de tierra y el capitalismo que en él se albergaba.

El 20 de mayo se levantó a hablar Lenin en el congreso de los campesinos. Parecía decir Sujánov como si hubiese caído entre una bandada de

los. Sin embargo, los campesinos le oyeron atentamente, y con seguridad no sin simpatía. Lo que ocurre es que no se atreven a manifestar sus propios sentimientos. Lo mismo sucedió en la sección de soldados, extraordinariamente hostil a los bolcheviques. Sujénov intenta dar un matiz anarquista a la táctica de Lenin ante la cuestión agraria. Era bastante parecido a lo que hizo el conde Lvov, que sellaba de acto anárquico todo atentado contra el derecho de los terratenientes. Siguiendo esta línea, habrá que reconocer que los revolucionarios anarquistas son términos sinónimos. En realidad, el modo como Lenin planteó la cuestión era mucho más profundo de lo que sus críticos se imaginaban. Los campesinos ganos de la revolución agraria, cuya misión era, en primer término, acabar con la gran propiedad, habían de ser los representantes de los diputados campesinos, y no los comités agrarios. Lenin veía en los representantes ganos del Estado del mañana, del poder más concentrado de todos, la dificultad revolucionaria. Como se ve, esto se hallaba bastante lejos del programa, o sea, de la teoría y de la práctica de la negación del poder. Volvió a decir a Lenin el 28 de abril por la entrega inmediata de la tierra a los campesinos, con un grado máximo de organización. Somos adversarios irreconciliables de las expropiaciones anárquicas. ¿Por qué no estamos confiados? ¿Esperar hasta la Asamblea Constituyente? Para nosotros, lo importante es la iniciativa revolucionaria, de que la ley debe ser el resultado. Si esperamos a que se escriba la ley y os cruzéis de brazos, sin desplegar la menor energía revolucionaria, no tendréis ni ley ni tierra. ¿Es que estas palabras tan sencillas no son la voz de todas las revoluciones?

Después de un mes de sesiones, el congreso eligió como organismo permanente un Comité Ejecutivo compuesto de dos centenares de pequeños burgueses rurales y aldeanos, profesores o mercachifles, poniendo de pabellón sobre esta cuadrilla las figuras decorativas de la Breschkovskaya, Chaikó, Figner y Kerenski. Fue elegido presidente del comité el socialrevolucionario Sentiev, bueno para banquetes, pero poco adecuado para guerras campesinas.

A partir de este momento, las cuestiones importantes eran todas objeto de deliberación en las sesiones conjuntas de los dos Comités Ejecutivos de los obreros y soldados y el de los campesinos. Esta combinación representó un extraordinario robustecimiento del ala derecha, que estaba en contacto directo con los kadetes. En todos aquellos casos en que era necesario ejercer presión sobre los obreros, atacar a los bolcheviques, amenazar con trucidar a los rehenes pagos a la república autónoma de Kronstadt, las doscientas manos para decirlo más exactamente, los doscientos puños del Comité Ejecutivo campesino se levantaban como una muralla. Todos ellos convenían con Miliúkov que era preciso acabar con los bolcheviques. Lo malo era que en lo tocante a las tierras de los grandes propietarios agrícolas, los campesinos se inclinaban a las soluciones liberales que les ponían frente a la burguesía y al Gobierno Provisional.

Apenas había terminado sus sesiones el congreso campesino, empezaron a llover quejas de que en las aldeas tomaban en serio los acuerdos del congreso y de que los campesinos se apoderaban de la tierra y de los aperos

bor de los hacendados. Era absolutamente imposible hacer comprender aquellos crÁneos testarudos de campesinos la diferencia considerable que habia entre las palabras y los hechos.

Los socialrevolucionarios, alarmados, recularon. En el congreso en Moscú a principios de junio condenaron solemnemente toda ocupación de tierras realizada por iniciativa propia: era preciso esperar a la Asamblea Constituyente. Pero este acuerdo resultó impotente, no ya para contener a cualquiera para debilitar el movimiento agrario. Y la cosa venía a complicarse por el hecho de que el propio partido socialrevolucionario tenía no pocos elementos que estaban realmente dispuestos a luchar al lado de los campesinos contra los terratenientes, llevando las cosas hasta el fondo. El agravante de que estos socialrevolucionarios de izquierda, que no se decidían a romper abiertamente con el partido, ayudaban a los campesinos a burlar las leyes o a interpretarlas a su modo.

En la provincia de Kazán, donde el movimiento campesino tomaba un carácter especialmente turbulento, los socialrevolucionarios de izquierda cambiaron su actitud antes que en otros sitios. Al frente de ellos estaba un campesino que había de ser comisario del pueblo de Agricultura en el gobierno provisional durante el período del bloque de los bolcheviques con los socialrevolucionarios de izquierda. A partir de mediados de mayo, en esta provincia se empezaron a poner sistemáticamente las tierras a disposición de los comités campesinos. En el distrito de Spaski, a la cabeza de cuyas organizaciones campesinas se encuentra un bolchevique, es donde estas medidas se llevan a la práctica con mayor audacia. Las autoridades provinciales se lamentan al poder centrarse en una campaña de agitación agraria que están llevando a cabo los bolcheviques. Los soldados de Kronstadt y añaden que la beata monja Tamara ha sido detenida por ellos, por haberse atrevido a contradecir.

El 2 de junio, el comisario de la provincia de Voronesch comunicó a cada día más frecuentes, sobre todo en la esfera agraria, -los casos de incumplimiento de la ley. La ocupación de tierras en la provincia de Penza es cada vez más insistente. Uno de los comités agrarios de la provincia de Kaluga, el convento la mitad de la siega de un prado: cuando el prior del convento hizo sus quejas al comité agrario del distrito, éste tomó el acuerdo de permitir al prado apoderarse del prado entero. Sucede con frecuencia que las instancias superiores sean más radicales que las inferiores. La abadesa María, de la provincia de Penza, se lamenta de la ocupación de los bienes del convento: Las autoridades locales son impotentes. En la provincia de Viatka, los campesinos se cautelaron de las fincas de los Skoropadski, familia del futuro atamán de Ucrania, y decidieron, no sólo se resolviese el problema de la propiedad agraria, sino que no tocar el bosque y entregar al Tesoro los ingresos de las fincas. En otros sitios los comités agrarios no sólo rebajaron las rentas hasta un 60%, sino que decidieron no pagarlas a los terratenientes, sino poner a disposición de los comités hasta que la Asamblea Constituyente resolviera el problema. Era un procedimiento no abogadesco, sino campesino, es decir,

plantear el problema de la reforma agraria adelantándose a la Asamblea Constituyente.

En la provincia de Saratov, donde todavía ayer los terratenientes hacían a los campesinos talar los bosques, ahora los talaban ellos mismos. Frecuente es que los campesinos se apoderen de las tierras de la Iglesia, conventos, sobre todo allí donde hay pocas fincas pertenecientes a grandes propietarios. En Lituania, los braceros letones, unidos a los soldados de la revolución, proceden sistemáticamente a la ocupación de las haciendas de los terratenientes.

De la provincia de Vitebsk llegan quejas desesperadas de los contrabandistas de maderas, quienes dicen que las medidas de los comités agrarios atentan contra su industria e impiden dar satisfacción a las necesidades del país. Otros patriotas no menos desinteresados, como los terratenientes de la provincia de Poltava, se sienten afligidos por el hecho de que los desordenados les impidan abastecer al ejército. Finalmente, el congreso de tractantes de caballos celebrado en Moscú advierte que las expropiaciones de tierras constituyen una terrible amenaza para la cría caballar. Al mismo tiempo, el gobernador del Santo Sínodo, el mismo que calificaba a los miembros de esta misma institución de idiotas y canallas, se lamentaba al gobierno de la provincia de Kazán los campesinos quitaran a los frailes no sólo el grano de la tierra, sino también la harina necesaria para amasar el pan sagrado. En la provincia de Petrogrado, a dos pasos de la capital, los campesinos arrojan sus tierras a un arrendatario y se dedicaban a explotárselas ellos mismos. En junio, el infatigable príncipe Urusov volvió a telegrafiar en todas direcciones: «Pesar de todas mis ordenes...», etc. Ruego nuevamente que se tomen las medidas más energéticas. El príncipe se olvidaba de indicar cuáles.

Al tiempo que por todo el país se desarrollaba una labor gigantesca para arrancar las raíces más profundas de la Edad Media y de la servidumbre gleba, el ministro de Agricultura, Chernov, en sus oficinas, recogía material de estudio para la Asamblea Constituyente. Chernov se proponía llevar a cabo la reforma basándose únicamente en los datos más precisos de la estadística agraria y de toda suerte de estadísticas, y trataba de persuadir con valentía a los campesinos de que tuvieran un poco de paciencia, hasta que terminara sus ejercicios. Lo cual dicho sea de paso no fue obstáculo para los terratenientes arrojasen del ministerio al ministro de las aldeas. En ese tiempo, ni mucho menos, a tener terminadas sus tablas sacramentales.

Recientes investigaciones, basándose en los archivos del Gobierno Provisional, han calculado que en marzo el movimiento agrario se manifestó con mayor o menor intensidad, en 34 distritos, en abril en 174, en mayo en 214, en junio en 280, llegando en julio a 325. Sin embargo, estas cifras no dan una idea completa del avance del movimiento, ya que, dentro de cada distrito, la lucha cobra de mes en mes un carácter más vasto y tenaz.

Durante este primer período, que va de marzo a julio, la aplastante mayoría de los campesinos se abstiene todavía de emplear la violencia directa contra los terratenientes y de apoderarse descaradamente de la tierra. Ya

que ha dirigido las aludidas investigaciones y que es actualmente con el pueblo en el Departamento de Agricultura de la Unión Soviética, explica relativamente pacífica de los campesinos por la confianza que tenían en la burguesía. Fuerza es reconocer la inconsistencia de esta política. El gobierno del príncipe Lvov no podía inspirar confianza alguna a los campesinos, para no hablar ya del recelo constante del campesino hacia el poder y hacia la sociedad culta. El que durante este primer período los campesinos no recurran todavía, casi, a medidas de franca violencia fuercen en dar a sus actos la forma de una presión legal o semilegal precisamente por su desconfianza hacia el gobierno, en momentos en que no tenían tampoco confianza suficiente en sus propias fuerzas. Los campesinos empiezan a agitarse, tantean el terreno, miden la resistencia del terrateniente apretando al terrateniente en toda la línea, dicen: Nosotros no queremos nada, sino arreglarlo todo por las buenas. No se apoderan del terreno si siegan la alfalfa, arriendan por la fuerza la tierra, fijando el precio, o la compran por los mismos procedimientos coercitivos y en la medida que ellos mismos señalan. Todas estas apariencias legales, poco comunes lo mismo para el propietario que para el jurisconsulto liberal, esta es la realidad por una desconfianza latente, pero profunda, contra el gobierno. Por las buenas se dice el campesino no lo cogere. Si cogere por la fuerza, mejor intentemos obrar por la astucia. Para él, el ideal hubiera sido obrar al terrateniente con su propio consentimiento.

Durante todos estos meses insiste Yakovliev que prevalecen procedimientos peculiares, nunca vistos en la historia, de lucha pacífica con los terratenientes, resultantes de la confianza que los campesinos tenían en el gobierno y en el gobierno de Osta. Esos procedimientos, que se califican de nuevos en la historia, son, en realidad, los procedimientos típicos, intrínsecamente necesarios bajo todos los climas, en esta fase inicial de la revolución campesina. La tendencia a dar una apariencia, sea de legalidad religiosa o civil, a los primeros pasos en el camino de la revuelta ha caracterizado los tiempos a la lucha de las clases revolucionarias antes de que se rompieran las fuerzas y la seguridad en sí mismas de que necesitan para cortar el cordón umbilical que las une a la vieja sociedad. Y esto rige con los campesinos con mayor medida que con ninguna otra clase, ya que ellos, aun en sus mejores momentos, avanzan medio a oscuras y a tientas, mirando recelosamente a sus amigos de la ciudad. Y reconozcamos que no les faltan para ello motivos suficientes. Los amigos del movimiento agrario, en los primeros pasos de Osta siempre los agentes de la burguesía liberal y radical. Pero estos amigos, en el tiempo que patrocinan una parte de las reivindicaciones campesinas, por la suerte de la propiedad burguesa, razón por la cual se esfuerzan por variar al movimiento campesino a los cauces de la legalidad establecida.

En este mismo sentido actúan también, mucho antes ya de la revolución, otros factores. Del seno mismo de la clase aristocrática se alzan agitadores. Lenin Tolstói leyó en el alma del campesino muchos más a

nadie. Su filosofía de la no resistencia al mal era expresión de la pasividad de la revolución campesina. Tolstói soñaba con que todo ocurriera por negociaciones, de mutuo acuerdo. A esta táctica le daba el impulso un cimiento bajo la forma del cristianismo puro. Mahatma Gandhi cumple actualmente en la India la misma misión, sólo que en una forma más práctica. Si de nuestra contemporánea nos remontamos a otras épocas lejanas, encontraremos sin ninguna dificultad aquellos mismos fenómenos nunca vistos en la historia, disfrazados bajo las formas religiosas, nacionales, filosóficas y políticas, empezando por los tiempos bíblicos y aun antes.

El carácter peculiar de la insurrección campesina de 1917 se debía, tal vez, en el hecho de que, con el título de agentes de la ley, entrasen en acción unos hombres que se llamaban socialistas, y no eso, sino revolucionarios. Pero no eran ellos los que trazaban el camino del movimiento campesino y le marcaban el rumbo. Los campesinos seguían a los socialrevolucionarios, sencillamente porque éstos les facilitaban facilidades para deshacerse de los terratenientes.

Al mismo tiempo, los socialrevolucionarios les servían de tapadera. No hay que olvidar que eran el partido de Kerenski, ministro de Hacienda primero y de la Guerra después, y de Chernov, titular de la cartera de Agricultura. Los socialrevolucionarios rurales creían que la tardanza en promulgar decretos nacía de la resistencia de los terratenientes y lo aseguraban a los campesinos que en el gobierno los suyos hacían lo que podían. El campesino, naturalmente, no tenía nada que objetar a esto. Pero sin incurrir, ni mucho menos, en una cándida credulidad, era necesario ayudar a los suyos desde abajo, y tan a conciencia que los suyos, encumbrados en las alturas, no tardaron en sentirse atraídos por el vórtigo.

La poca fuerza de los bolcheviques entre los campesinos era pasiva, debida al hecho de no compartir las ilusiones de éstos. Los pueblos no llegaron al bolchevismo de la mano de la experiencia y la decepción. Para los bolcheviques, en la cuestión agraria como en las demás, estribaba para ellos no había divorcio entre la palabra y la acción.

Razones generales de orden sociológico no permitían incluir a los campesinos eran o no capaces de alzarse como un solo hombre contra los terratenientes. La acentuación de las tendencias capitalistas en la agricultura durante el período comprendido entre las dos revoluciones — la formación de un sector de campesinos acomodados, separados con sus fincas del primitivo régimen comunal — los extraordinarios progresos hechos por la cooperación agraria, acaudillada por los campesinos acomodados y ricos — todo eso permitía saber con seguridad, de antemano, cuál de las dos tendencias prevalecería en la revolución, si el antagonismo agrario de casta entre los terratenientes y la nobleza, o el antagonismo de clase entre unos y otros campesinos.

Lenin, al llegar a Rusia, adoptó una actitud muy prudente ante el movimiento agrario. El día 14 de abril no es más que un

tico, pero no un hecho. Hay que estar preparados para la eventualidad los campesinos se unan a la burguesía. No era una idea lanzada irreflexivamente y al azar. Nada de eso. Lenin la repite insistentemente en varias ocasiones. El 24 de abril, en la reunión del partido, después de atacar a los bolcheviques que le acusan de no conceder a los campesinos toda la independencia que merecen, dice: El partido proletario no puede ahora cifrar sus esperanzas en la comunidad de intereses con los campesinos. Luchamos por que los campesinos se pasen a nuestro lado pero el hecho es que éstos, y en cierto punto conscientemente, están al lado de los capitalistas.

Esto dicho sea de paso demuestra cuán lejos estaba Lenin de la teoría, que más tarde habrán de atribuirle los epígonos, de la eterna armonía de los intereses del proletariado y los de los campesinos. Aun admitiendo la posibilidad de que los campesinos como clase pudieran llegar a desempeñar el papel de factor revolucionario. Lenin, en abril, creía necesario estar preparado para la hipótesis peor, para la perspectiva de un sólido bloque entre los terratenientes, la burguesía y los vastos sectores campesinos. Pretender atraer ahora a Miliukov dice valdrá tanto como entregarse a Miliukov. De aquí la conclusión: Desplazar el centro de gravedad a los Soviets de jornaleros del campo.

Pero, afortunadamente, se realizó la hipótesis mejor. El movimiento, que antes no era más que un pronóstico, se convirtió en un hecho. El caso de manifiesto por breves instantes, pero con una fuerza extraordinaria, predominio de los lazos que unían a los campesinos como clase sobre los antagonismos capitalistas. Los Soviets de braceros del campo sólo adquirieron importancia en algunos sitios, principalmente en las regiones del Báltico. Allí, los comités agrarios se convirtieron en órganos de todos los campos que con su tenaz presión los convertían de cámaras de arbitraje en instancias de la revolución agraria.

El hecho de que los campesinos se encontraran una vez más, la última vez en su historia, con la posibilidad de actuar en bloque como factor revolucionario, prueba, a la vez, la falta de vigor del régimen capitalista en el campo. La economía burguesa no había liquidado todavía por completo con el régimen agrario medieval servil. Pero, al mismo tiempo, la evolución capitalista había hecho tales avances que estructuraba las viejas formas de la producción agraria de un modo igualmente insoportable para todos los sectores del campo. El entrelazamiento, muchas veces consciente, de la gran propiedad terrateniente y de la propiedad campesina, con que se tendía a convertir el derecho de los terratenientes en una trampa para toda la comunidad y, finalmente, el antagonismo reinante entre el régimen comunal de los pueblos y los colonos individualistas todo contribuyó a crear, en conjunto, una confusión intolerable en el interior de las relaciones agrarias, de la cual no había modo de salir por disposiciones legales. Esto lo comprendían mejor los campesinos que los terratenientes y los ricos agrarios. La experiencia de la vida, desarrollada a lo largo de siglos, había concluido: la de que había que extirpar los derechos heredados y a

dos sobre la tierra, echar por tierra los mojones y entregar esta tierra de toda tara hist rica, a quien la trabajase. No era otro el sentido de los programas campesinos: la tierra no es de nadie, la tierra es de Dios. Los mismos esp ritu interpretaban ellos la reivindicaci n program tica socializadora de la socializaci n de la tierra. Pese a los discursos de los bolcheviques, no se deslizaba ni una pizca de socialismo. Todav a no ha habido una revoluci n agraria, por audaz que fuese, que haya rebasado por sus miserias los derechos del r gimen burgu s. Se convendr a en que un r gimen de socialismo que hab a de garantizar a todo bracero el derecho a la tierra repugnante de suyo, manteni ndose un r gimen de mercado sin trabas, una utop a de fiesta. Los mencheviques criticaban esta utop a desde el punto de vista de los burgu s. Los bolcheviques, por el contrario, se a alaban la tendencia progresiva que se encerraba, expresada ut picamente, en la teor a de los socialrevolucionarios. Uno de los m s grandes servicios prestados por los bolcheviques consisti precisamente en haber descubierto el verdadero sentido hist rico del problema agrario ruso.

Miliukov escribi a que, para el, como soci logo e investigador de la hist rica rusa, es decir, como hombre que contempla desde la distancia lo que sucede, Lenin y Trotsky acaudillaban un movimiento que estaba m s cerca de Pugachev, de Stenda Rasen, de Bolotnikov de los siglos XVIII de nuestra historia que de la ltima palabra del anarcosindicalismo. La parte de verdad que se contiene en esta afirmaci n del socialismo liberal, dejando aparte lo del anarcosindicalismo, que saca a relucir el debate por qu, no se dirige contra los bolcheviques, sino m s bien contra los burgu es a rusa, contra su atraso y su insignificancia pol tica. Los bolcheviques eran culpables de que los grandiosos movimientos campesinos de los siglos pasados no consiguieran instaurar en Rusia la democratizaci n de las relaciones sociales sin la direcci n de las ciudades era imposible conseguirlo. Tampoco de que la llamada emancipaci n de los campesinos, llevada a cabo en 1861, se organizase a base del robo de las tierras comunales, de la entrega de los campesinos al Estado y de la integridad del r gimen de castas. Pero, todo esto, los bolcheviques se vieron ante la necesidad de acabar, en el primer decenio del siglo XX, lo que los siglos XVII, XVIII y XIX hab an hecho a medida que iban haciendo. Antes de emprender la realizaci n de sus propios y gigantescos objetivos, los bolcheviques no tuvieron m s remedio que pararse a barajar el ti rcol hist rico de las viejas clases gubernamentales y de los siglos pasados y justo es reconocer que realizaron a conciencia esta tarea apremiada. Seguramente que ni el propio Miliukov se atrever a a negarlo.

XXI. Las masas evolucionan

A los cuatro meses de vida, el régimen se ahogaba ya en sus propias condiciones. El mes de junio empezó con el Congreso General de los Soviets cuyo fin no era otro que brindar un pretexto político para la ofensiva socialista de Osta coincidiendo con una grandiosa manifestación de obreros y soldados organizada en Petrogrado por los conciliadores contra los bolcheviques y que acabó convirtiéndose en una manifestación bolchevique contra los conciliadores. La creciente indignación de las masas condujo, dos semanas después, a una nueva manifestación que se organizó espontáneamente y sin requerimientos de arriba. Esta manifestación dio lugar a encuentros sangrientos, y quedó en la Historia con el nombre de Jornadas de Julio. El semialzamiento de julio, que surge precisamente en la mitad del período comprendido entre la revolución de Febrero y la de Octubre, cierra la primera etapa, y viene a ser una especie de ensayo general de la segunda. Ponemos a este libro en los umbrales de las Jornadas de Julio, pero antes de exponer los acontecimientos que tuvieron por escena a Petrogrado en esos meses conviene detenerse un momento a observar los procesos que se estaban operando en las masas.

A un liberal que afirmaba a principios de mayo que cuanto más hacia la izquierda se inclinaba el gobierno más hacia la derecha viraba el país, para decir que por parte de este liberal entendía a las clases poseedoras exclusivamente, Lenin hubo de replicarle: Os aseguro, ciudadano, y podéis creerme que el país de los obreros y campesinos pobres es mil veces más izquierdista que los Chernov y los Tsereteli, y cien veces más que nosotros. Y sobrevive, ya lo veréis. Lenin entendía que los obreros y los campesinos estaban cien veces más a la izquierda que los propios bolcheviques. A primera vista, esto podía parecer, cuando menos, infundado, ya que los obreros y los soldados seguían apoyando a los conciliadores y desconfiaban, en su mayor parte, de los bolcheviques. Pero Lenin iba más allá. Los intereses sociales de las masas, su odio y sus esperanzas, pugaban aún por exteriorizarse. En ellos, los conciliadores representaban sólo una primera etapa. Las masas estaban incomparablemente más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, aunque aún no tuviesen conciencia de su radicalismo. Y además, a tan temprana razón cuando decía que las masas eran más izquierdistas que los bolcheviques, pues el partido, en su aplastante mayoría, no se daba aún cuenta de la magnitud de las pasiones revolucionarias que hervían en el seno de

masas y quempezaban a despertarse. Y a la ira de las masas daba p b la continuación de la guerra, el desmoronamiento económico del país y esta inactividad del gobierno.

La inmensa estepa asiático-europea había podido convertirse en p s a las líneas f rreas. La guerra repercutió en este aspecto de v simo. Los transportes estaban desorganizados. En algunas líneas, de locomotoras fuera de servicio llegaba al 50%. En el cuartel general documentados ingenieros que demostraban en sus informes que a la vu  medio año, a más tardar, los transportes ferroviarios se paralizarán completo. En estos cálculos entraba en buena parte, naturalmente, el d sciente de sembrar el pánico. Pero no podía negarse que el desbarajuste de los transportes iba tomando, en efecto, proporciones amenazadoras, que flejaban funestamente en el tr fico de mercancías, contribuyendo considerablemente a la carestía de las subsistencias.

La situación de las ciudades, desde el punto de vista del abastecimiento era cada día más grave. El movimiento agrario había prendido ya en cuatro y tres provincias. El suministro de cereales a los centros urbanos iba reduciéndose de un modo alarmante.

Cierto es que en las regiones más fértiles del país se almacenaban millones y centenas de millones de granos sobrantes. Pero las transacciones realizadas a base de precios firmes daban resultados extraordinariamente exiguos, aparte de que con aquella desorganización de los transportes era fácil s mo hacer llegar el grano a los centros. A partir del otoño no llegaban, por término medio, hacia la mitad de las mercancías que necesitaban. Petrogrado, Moscú y otros centros industriales no recib n más del 10% de lo que necesitaban. Reservas, apenas si las había. El nivel de vida de las masas urbanas oscilaba entre la penuria y el hambre. El advenimiento de un gobierno de coalición fue sealado en este aspecto por la prohibición de amasar pan blanco. Han de pasar varios años antes de que vuelva a aparecer en la capital el pan franc s. Había escasez de carne. En todo el país el consumo de azúcar.

La mecánica del mercado, rota por la guerra, no fue suplida por un sistema centralizado a que no tuvieran más remedio que recurrir los parteras talistas avanzados, y gracias al cual pudo sostenerse Alemania durante cuatro años de guerra.

Los síntomas catastróficos del desastre de la economía se pon n cada vez más nudo a cada paso. La baja en rendimiento de las fábricas obedecía, adem s, al desbarajuste de los transportes, al desgaste de la maquinaria, a la falta de materias primas y de material auxiliar, a la fluctuación de precios, a la mala financiación y, finalmente, al estado de general inseguridad de las fábricas más importantes seguían trabajando para las necesidades de guerra. Se les habían dado encargos para dos y tres años. A pesar de todo los obreros se resistían a creer que la guerra continuaría. Los peridicos publicaban fantásticas de beneficios de guerra. La carestía de la vida iba

to. Los obreros esperaban que se produjesen cambios. El personal técnico administrativo de las fábricas se organizaba sindicalmente y presentaba pliegos de peticiones. En estos sindicatos predominaban los mencheviques y los socialrevolucionarios. El régimen de las fábricas se desmoronaba. Los resortes cedían. Las perspectivas de la guerra y de la economía del país eran nebulosas, confusas. El derecho de propiedad estaba amenazado. Los beneficios decrecían y los riesgos aumentaban. En aquellas condiciones revolucionarias los patronos perdían el estímulo de producir. En conjunto, la Rusia abrazaba la senda del derrotismo económico. Las pérdidas pasajeras experimentadas a consecuencia de la parálisis económica del país eran los ojos, una especie de gastos generales que les imponía la lucha contra la revolución y contra lo que éstos suponían de peligro para los alcances de la guerra. Al mismo tiempo, la prensa sensata no dejaba pasar día sin acusar a los obreros de sabotear deliberadamente la industria, de dilapidar los materiales y de malgastar irracionalmente el combustible para acelerar con ello la derrota. La falta de fundamento de estas acusaciones rebasaba todos los límites. Y comoquiera que esta prensa era la de un partido que, de hecho, dirigía la coalición ministerial, la indignación se contagiaba, naturalmente, al gobierno.

Los industriales no habían olvidado la experiencia de la revolución de 1905, en la que el *lock-out* (cierre patronal) diestramente organizado con el apoyo activo del gobierno, no solamente hizo fracasar la campaña de los obreros por la jornada de ocho horas, sino que prestó un inapreciable servicio a la monarquía, coadyuvando al aplastamiento de la revolución. Esta vez la idea del *lock-out* sometió al estudio del Consejo de los Congresos de Industria y del Comercio, denominación inocente por la que se conocía al órgano de lucha del capital de los trusts y los grandes consorcios. Uno de los capitanes de la industria, el ingeniero Auerbach, había de explicar a la tarde en sus Memorias por qué fue desechada la idea del *lock-out*. Hubiera parecido una puñalada por la espalda, asestada al ejército. La mayor razón, teniendo en cuenta la falta de apoyo del gobierno, se mostraba muy pesimista acerca de las consecuencias de ese paso. Todo el mal estaba en la ausencia de un verdadero poder. La acción del Gobierno Provisional estaba paralizada por los *sviats*. Los prudentes jefes de los *sviats* estaban maniatados. Las masas obreras de las fábricas estaban armadas. Además, casi todas las fábricas tenían en sus inmediaciones a un regimiento o a un batallón. En estas condiciones era natural que a los caballeros industriales pareciera reprobable el *lock-out* desde el punto de vista del interés nacional. Pero esto no significaba que renunciaban a la ofensiva. Lo único que había que hacer era adaptarla a las circunstancias, dándole un carácter transitorio. Por eso, con las palabras diplomáticas de Auerbach, los industriales llegaron a cuentas, a la conclusión de que la misma vida se encargaría de darle el toque elocuente de cosas, al imponer el cierre inevitable y paulatino de las fábricas, cosa que, en efecto, empezó a ocurrir muy pronto. Dicho en

términos, el Consejo de la Industria Unificada, al mismo tiempo que daba el reto ~~lock-out~~ por entender que llevaba aparejada una enorme responsabilidad, recomendaba a sus afiliados que fuesen cerrando las una tras otras buscando pretextos adecuados.

La idea ~~lock-out~~ se puso en práctica de un modo bastante sistemático. Los representantes del capital, tales como el kadete Kutler, que había ministro con Witte, exhibían imponentes informes acerca del desmoronamiento de la industria, bien entendido que la responsabilidad no se achacaba, a los tres años de guerra, sino a los tres meses de revolución o tres semanas precediendo a ella. ~~Por~~ las fábricas empezaban a cerrarse una tras de otra. Velada en esta profecía hay una amenaza a los ingenieros, los profesores, los periodistas, abrieron en la prensa una campaña especial, en la que se sostenía que la medida fundamental de salvaguarda era parar los pies a los obreros. El 17 de mayo, en unas esperanzas de ostentosa del gobierno, el ministro e industrial Konovalov declaró que en el próximo futuro la gente no entrara en razón... asistiremos al cierre de fábricas.

A mediados de junio, el Congreso de la Industria y del Comercio del Gobierno Provisional que rompía abiertamente con el actual modo de proceder adelante la revolución. Esta demanda, ¡suspended la revolución!, oído ya de labios de los generales. Pero los industriales concretaban sus deseos. El origen del mal no está solamente en los bolcheviques, sino también en los partidos socialistas. Sólo una mano firme, una mano de salvar a Rusia.

Después de preparar el terreno políticamente, los industriales pusieron las palabras a las obras. Durante los meses de marzo y abril se cerraron pequeñas fábricas, que daban trabajo a 9.000 obreros en el mes de marzo, 108, con igual número de trabajadores en junio se clausuraron ya 125, un contingente de 38.000 obreros en julio, 206, que daban ocupación a 125. El ~~lock-out~~ avanza en progresión geométrica. Pero esto no era más que el principio. A Petrogrado siguió la industria textil de Moscú, y tras éstas las provincias. Los patronos justificaban el cierre por la falta de commodities, materias primas, de materiales auxiliares, de créditos. Los comités de obreros intervienen en el asunto y, en muchos casos, demostraban de un modo irrefutable que la producción se desorganizaba deliberadamente, con el propósito de presionar a los obreros a conseguir una ayuda financiera del Estado. El gobierno a por su insolencia la conducta de los capitalistas extranjeros, detrás de sus Embajadas. En algunos casos, el sabotaje era tan evidente que, forzados por las revelaciones de los comités de fábrica, los industriales tenían más remedio que volver a abrir sus industrias. Así, poniendo a la luz una contradicción social tras otra, la revolución no tardó en llegar a un punto importante de todas: a la contradicción que mediaba entre el carácter socialista de la producción y la propiedad privada de sus instrumentos y recursos. Al ponerse a los obreros, el patrono no tiene inconveniente en cerrar

ni más ni menos que si se tratara de su petaca y no de un organismo necesario para la vida de la nación. Los bancos, que habían boicoteado hartamente el préstamo de la Libertad, abrazaron una posición combativa ante los atentados del fisco contra el gran capital. En una carta dirigida al Ministro de Hacienda, los banqueros profetizaban la emigración de capital extranjero y la reclusión de los valores en las cajas de caudales, caso en el que se tomaran medidas financieras de carácter radical. Dicho en otros términos, los patriotas de los bancos amenazaban con el colapso del sistema financiero como complemento del industrial. El gobierno se apresuró a ceder. No hay que olvidar que los organizadores del sabotaje eran gente honorable que habían tratado de arriesgar sus capitales amenazados por la guerra y la revolución, como los marineruchos de Kronstadt como otros cualesquiera, que no arriesgaban más que su cabeza, lo único que tenían que perder.

El Comité Ejecutivo no podía por menos de comprender que la responsabilidad de los destinos económicos del país, sobre todo después del acuerdo franco de los socialistas al poder, pesaba, a los ojos de las masas, mayormente en el dirigente del Soviet. La sección financiera del Comité Ejecutivo tenía un amplio programa de reglamentación de la vida económica por el Estado. Constreñidos por las circunstancias, cada día más amenazadoras, las propuestas de aquellos economistas, muy moderadas todas, resultaron ser más radicales que sus autores. Ha llegado el momento de declarar el programa en muchas ramas de la industria (trigo, carne, sal, pieles) de que se establece el monopolio comercial del Estado en otras (carbón, petróleo, metal, papel) las condiciones aconsejan la constitución de trusts reglamentados por el Estado, y, finalmente, en casi todas las ramas de la industria las condiciones imperantes exigen que el Estado intervenga y reglamente la distribución de materias primas y de los productos elaborados, así como la fijación de precios... Al mismo tiempo, es imprescindible someter a un régimen de fiscalización todos los institutos de crédito.

El 16 de mayo, el Comité Ejecutivo, cuyos jefes políticos estaban profundamente desconcertados, adoptó casi sin discusión las propuestas de sus economistas y las corroboró con un aviso muy curioso que dirigía al gobierno soviético el cual debía imponerse la misión de organizar de un modo sistemático la economía nacional y el trabajo, recordando que había sido por completo cumplido con esta misión por lo que había caído el antiguo régimen y era necesario introducir modificaciones en el Gobierno Provisional. Querían hacerse los valientes, los conciliadores se asustaban a sí mismos.

El programa es magnífico escribió Lenin, no falta nada en él: ni el control, ni la centralización en el Estado de los trusts, ni la campaña de conciliación, ni el trabajo obligatorio... No hay más remedio que resignarse a aceptar el programa del horrendo bolchevismo, por la sencilla razón de que otro, ni más salida a la horrible catástrofe que nos amenaza... Sin embargo el problema estaba en saber quién había de realizar este magnífico programa. ¿La coalición? La respuesta no tardó en surgir. Al día siguiente

se el programa económico por el Comité Ejecutivo Central del Ministerio de la Industria Konovalov, presentaba la dimisión y se iba, dando un paso sustituyendo temporalmente al ingeniero Palchinski, representante no muy aunque bastante más enérgico, del gran capital. Los ministros socialistas se atrevieron siquiera a presentar seriamente el programa del Comité Ejecutivo a sus colegas liberales. No olvidemos que Chernov había intentado, sin conseguirlo, que el gobierno aprobase un decreto prohibiendo las transacciones sobre tierras.

Como respuesta a las dificultades, cada día mayores, el gobierno iba a forjar un plan para descargar a Petrogrado, es decir, para transferir las fábricas y los talleres de la capital al interior del país. Este plan tenía consideraciones de orden militar para esquivar el peligro de que los socialistas se apoderasen de la capital, y en razones económicas, alegando que Petrogrado se hallaba demasiado lejos de las cuencas de combustible y las zonas de las materias primas. Aquel desplazamiento hubiera equivalido a dividir a la industria de la capital por una serie de meses y de años. El plan era perseguido consistía en desparramar por todo el país a la vanguardia de la revolución obrera. Por su parte, las autoridades militares formulaban peticiones para que se evacuase de Petrogrado a las tropas revolucionarias.

Palchinski puso a todos sus esfuerzos en procurar persuadir a la clase obrera del S. Viet de las ventajas de aquella medida. En llevarla a cabo contra la voluntad de los obreros no había que pensar, y los trabajadores iban de acuerdo con ella. Esta iniciativa avanzaba tan poco como la reforma de la reglamentación de la industria. La crisis se agravaba, los precios subían, el movimiento extendía su frente y con él aumentaba el paro forzoso. El gobierno se movía del sitio. Miliukov escribía, refiriéndose a aquellos tiempos, que el proletario no hacía más que seguir la corriente, y la corriente conducía a los bolchevistas. Así era: la corriente conducía a los cauces del bolchevismo.

El proletariado era la principal fuerza motriz de la revolución. En consecuencia, la revolución se encargaba de formar al proletariado, cosa de que se necesitaba muy necesitado.

Hemos visto el papel decisivo que los obreros pequeños y burgueses jugaron en febrero. Las posiciones más avanzadas las ocupaban los bolcheviques. Pero después de la revolución quedan relegados a segundo término. En su lugar ocupan la escena política los partidos conciliadores, que entregaron el poder a la burguesía liberal. La bandera bajo la que navega el bloque es la del liberalismo. Y su presión es tan fuerte, que la mitad, por lo menos, de los miembros del partido bolchevique capitulan ante él. Al llegar Lenin a Petrogrado cambió radicalmente el rumbo del partido, a la par que crece rápidamente su influencia. En la manifestación armada del mes de abril, los obreros y los soldados avanzados intentan ya romper las cadenas del bloque. Pero, después de unos pocos días, los esfuerzos retroceden. Y los conciliadores siguen empujando el bloque.

Más tarde, después de la revolución de Octubre, se gastó no poca fuerza en el entorno al tema de que los bolcheviques debían el triunfo al ejército.

sio, cansado de la guerra. Pero esta explicación es harto superficial. Más cercana de la verdad está la afirmación contraria, a saber: que tan relevante que desempeñaron los conciliadores en la revolución de 1917 obedeció muy principalmente a la importancia excepcional del ejército, no sólo en la vida del país. Si la revolución se hubiera desarrollado en paz, el papel dirigente del proletariado se habría impuesto mucho antes de el principio. Sin la guerra, el triunfo de la revolución no hubiera sido tan rápido y se hubiera pagado bastante más caro, prescindiendo de las victorias de la guerra. Pero no habría dejado margen para que se desarrollase una opinión patriótica y conciliadora. En todo caso, los marxistas rusos, adelantándose en mucho a los acontecimientos, la conquista del poder por el proletariado en el transcurso de la revolución burguesa, no arrancaban nada sustancialmente de la moral transitoria de un ejército campesino, sino que se basaban en la estructura de la sociedad rusa desde el punto de vista de clase. El determinismo se vio plenamente confirmado. Pero la relación fundamental entre las clases se modificó a causa de la guerra y sufrió una alteración temporal. El prestigio del ejército como organización de los campesinos declasses y a la vez de la estructura social artificial fue precisamente la que robusteció de un modo extraordinario las posiciones de los conciliadores pequeñoburgueses, otorgándoles un margen de ocho meses de experimentos, que no les sirvieron para desangrar al país y a la revolución.

Sin embargo, las razones de esta política de conciliación no deben buscarse exclusivamente en este factor del ejército campesino. Hay que investigar también el propio proletariado, en su composición, en su nivel político, los motivos que contribuyen a explicar el predominio temporal de que gozaron los mencheviques y socialrevolucionarios. La guerra operó enormes variaciones en la posición y estado de espíritu de la clase obrera. Los años que precedieron a la guerra se caracterizaron por el progreso del movimiento revolucionario, pero este proceso se vio interrumpido por aquélla. La movilización fue conducida a la práctica con un criterio que no era estrictamente militar, sino que tenía a mucho de policiaco. El gobierno se apresuró a retirar de las cuevas industriales a los obreros más activos e inquietos. Puede sentarse como un hecho indiscutible que en los primeros meses de la guerra la movilización en la industria hasta un 40% de los obreros, principalmente obreros cualificados. Su alejamiento, que tan desastrosamente repercutió en la marcha de la producción, levantaba calurosas protestas por parte de los industriales, pero cuando mayores eran los beneficios que la industria de guerra reportaba. Gracias a esto, se evitó la destrucción total de los cuadros obreros de la industria retenidos a los trabajadores que necesitaba, en calidad de movilizados. Las brechas abiertas por la movilización fueron tapadas con elementos procedentes del campo, gente pobre de las ciudades, obreros poco expertos, muchachos jóvenes. El porcentaje de las mujeres empleadas en la industria era de un 40%.

El proceso de renovación y de concentración del proletariado tomaba

capital proporciones muy considerables. Durante los años de la guerra 1914 hasta 1917, el número de fábricas que daban trabajo a más de quinientos obreros aumentó en la provincia de Petrogrado en casi el doble. Por el cierre de las fábricas de Polonia y sobre todo las de los países bálticos, también, muy principalmente, del auge de la industria de guerra, se concentraban en las fábricas de Petrogrado cerca de cuatrocientos obreros, de los cuales treinta y cinco mil se distribuían entre cien fábricas gigantescas. Los elementos más combativos del proletariado petrogruense desempeñaban en el frente un papel muy considerable, contribuyendo mucho a formar el estado de espíritu revolucionario del ejército. Pero los soldados procedentes del campo que los reemplazaban y que eran, con frecuencia, campesinos acomodados y tenderos, que buscaban en las fábricas un refugio para no ir al frente, y con ellos las mujeres y los jóvenes, eran muchísimos que los obreros corrientes. Además a esto que los obreros experimentados continuaban en sus puestos en concepto de movilizados y eran cientos los que estaban en esta situación, observaban una prudencia extraordinaria por miedo a que les llevaran al frente. Tal era la base social del patriotismo que, ya bajo el zarismo, reinaba en ciertos sectores.

Pero este patriotismo no tenía ninguna firmeza. Las despiadadas exigencias militares y policíacas, la redoblada explotación, las derrotas sufridas y el desbarajuste económico del país, empujaban a los obreros a la huelga. Sin embargo, durante la guerra las huelgas tenían casi todas un carácter limitado y eran mucho más moderadas que antes. La postración del partido contribuyó a acentuar más todavía la desconfianza de la clase. Después de la detención de los diputados bolcheviques se desplegó, con ayuda de todos los provocadores preparados de antemano, una batida general contra las organizaciones bolchevistas, de la que el partido no pudo rehacerse hasta el fin de Febrero. En el transcurso de los años 1915 y 1916, la clase trabajadora tuvo que pasar por la escuela elemental de la lucha antes de Febrero de 1917, las huelgas económicas parciales y las manifestaciones de mujeres hambrientas pudieran fundirse en una huelga general y arrastrar al pueblo a la insurrección.

Al estallar la revolución de Febrero, la estructura del proletariado petrogruense era en extremo heterogénea y, además, su nivel político, en los sectores más avanzados, bastante bajo. En las provincias, las cosas iban aún peor. Sin este retroceso determinado por la guerra en la formación de la conciencia política del proletariado, que la hizo caer otra vez en el analfabetismo o semianalfabetismo político, no hubiera podido concebirse el poco aquel predominio temporal de los partidos conciliadores.

Toda revolución enseña y, además, con gran rapidez. En eso estaba la fuerza. Cada semana revelaba a las masas algo nuevo. Dos meses equivalían a una época. A fines de febrero, la insurrección. A fines de abril, las manifestaciones armadas de los obreros y los soldados en Petrogrado. A principios de mayo, la revolución, con proporciones mucho más vastas y con consignas más atrevidas.

A fines de agosto, la intentona contrarrevolucionaria de Korn loy, que hicieron abortar. A fines de octubre, la conquista del poder por los bolcheviques. Bajo estos acontecimientos, que sorprenden por la regularidad de su ritmo, operan profundos procesos moleculares, que funden a los elementos heterogéneos de la masa obrera en un todo político coherente. También en esto jugaba desempeñaba un papel decisivo.

Durante las primeras semanas, los industriales, atemorizados por los efectos de la revolución, que retumbaban entre la bacanal de los beneficios de la guerra, hicieron concesiones a los obreros. Los fabricantes de Petrogrado cedieron incluso, con ciertas reservas y restricciones, a conceder la jornada de ocho horas. Pero esto a los obreros no les bastaba, ya que el nivel de vida descendía constantemente. En mayo, el Comité Ejecutivo se vio obligado a reconocer que, ante el aumento ininterrumpido de los precios de subsistencia y el empobrecimiento de los trabajadores, para muchos, con el hambre creciente en los barrios obreros crecía el nerviosismo. Lo que más angustiaba a la masa era la falta de perspectivas, la incertidumbre. Las masas son capaces de soportar las más duras privaciones cuando saben en nombre de qué hacen el sacrificio. Pero el nuevo régimen se les revelaba, cada vez más marcadamente, como la máscara de la vieja realidad contra la cual se habían alzado en febrero. No tenían por qué soportarlo.

Las huelgas cobran un carácter especialmente turbulento en los sectores obreros más atrasados y explotados. A lo largo de todo el mes de junio, cesan el trabajo, unos detrás de otros, las lavanderas, los tintoreros, los albañiles, los dependientes de comercio, los obreros de la construcción, los carpinteros, los peones, los zapateros, los obreros del cartón, los tocineros, los cocineros, etc. Por el contrario, los metalúrgicos tienden más bien a contener el movimiento. Los obreros avanzados empezaban a ver, cada vez más claramente, que en las condiciones económicas parciales no se conseguía ninguna mejora sensible, que era necesario remover los cimientos mismos. El problema no era lo que a los obreros se les alcanzase mejor la necesidad de un control de la industria, sino que les sugiera la conveniencia de que se pasara en sus manos las fábricas. La cosa parecía tanto más lógica cuanto mayor era el número de fábricas particulares trabajaban para la guerra, colaborando con fábricas idénticas pertenecientes al Estado. Ya en el verano de 1917 empezaron a hacer acto de presencia en la capital delegaciones de obreros y empleados que acuden de las distintas partes de Rusia a solicitar que el Estado tomara el control de las fábricas, ya que los accionistas se niegan a seguir dando dinero al gobierno no queriendo ni oír hablar de esto. La conclusión era clara: cambiar de gobierno. Y como los conciliadores se oponían a esto, los obreros se volvían a la espalda.

En los primeros meses de la revolución, la fábrica de Putlov, con sus cuarenta mil obreros, parecía una fortaleza de los socialrevolucionarios. Pero su guarnición no resistió durante mucho tiempo los ataques de los bolcheviques. A la cabeza de los atacantes estaba casi siempre Volodarski. Volodarski

ki, un antiguo sastre judío, que había vivido en Norteamérica mucho tiempo, conocía muy bien el inglés, era un excelente orador de masas, lógico y audaz. La entonación americana daba una gran fuerza de expresión a su voz potente, que resonaba con acento claro y preciso en aquellas reuniones, en que se congregaban miles de obreros. Al aparecer Volodarski en el barrio de Narva cuenta el obrero Minichev, en la fábrica de Putlovski los obreros de esa fábrica empezaron a darse las manos a los señores revolucionarios, y, a la vuelta de unos meses, se pasaron a los bolcheviques.

El incremento que tomaban las huelgas y la lucha de clases en general daba casi automáticamente la autoridad de los bolcheviques. En aquellos casos en que se planteaban intereses vitales para los obreros se convencían de que los bolcheviques no abrigaban segundas intenciones que no ocultaban nada y de que se podía confiar en ellos. Cuando estallaba un conflicto, todos los obreros sin partido, los socialrevolucionarios, los mencheviques, se iban con ellos. Así se explica que los comités de fábrica se levantaban contra el sabotaje ejercido por la administración y por los que pusieran al lado de los bolcheviques mucho antes que el S viético. En una reunión celebrada a principios de junio por los comités de fábrica de Petrogrado y alrededores, la proposición bolchevique obtuvo 335 votos por 421 votos. Sin embargo, era un hecho revelador, pues demostraba que, en las cuestiones fundamentales de la vida económica, el proletariado de Petrogrado había roto con los conciliadores, se había pasado de un modo efectivo al polo bolchevique.

En la asamblea sindical celebrada en junio pudo comprobarse que en Petrogrado había más de cincuenta sindicatos y que sus afiliados no bajaban de doscientos cincuenta mil. El sindicato metalérgico contaba con cerca de doscientos obreros. En el transcurso del mes de mayo, el número de obreros sin partido se dobló. La influencia de los bolcheviques en los sindicatos crecía rápidamente.

En todas las elecciones parciales a los S viéticos triunfaban los bolcheviques. El primero de junio había ya en el S viético de Moscú doscientos seis mil miembros, quinientos por ciento setenta y dos mencheviques y ciento diez socialrevolucionarios. Idénticos cambios se producían en las provincias, aunque con mayor lentitud. Los efectivos del partido crecían sin cesar. A finales de abril, la organización en Petrogrado contaba con cerca de quince mil miembros y a finales de junio el número de afiliados era ya de treinta y dos mil.

En la sección obrera del S viético de Petrogrado tenían ya, por aquellos días, mayoría los bolcheviques. Pero en las asambleas mixtas de ambas ciudades la mayoría aplastante correspondía a los delegados de los soldados. Estos reclamaban de pedir elecciones generales. Los quinientos mil obreros de Petrogrado tienen en el S viético cuatro veces menos delegados que los cien mil soldados de la guarnición.

En el Congreso de los S viéticos celebrado en junio, Lenin reclamaba medidas serias para combatir las expropiaciones y el desbarajuste del

que en la vida económica introducían los industriales y los banqueros. que dar publicidad a los beneficios de los señores capitalistas, detenta cuenta o cien millonarios. Bastaría con tenerlos encerrados unas cuantas nas, aunque sea con el régimen de favor que se dispensa a Nicolás Romanov con el solo fin de obligarles a poner al descubierto los engaños, los negocios sucios que bajo el nuevo gobierno siguen costando millones de rublos a nuestro país. A los jefes del Soviet esta proposición de Lenin les parecía monstruosa. ¿Es que se puede variar el curso de las leyes que rigen la vida económica con medidas de violencia contra unos cuantos capitalistas? Les parecía natural que los industriales dictasen a la economía sus leyes, pisando contra la nación. Un mes después, Kerenski, que dejó caer sobre él todo el furor de su indignación, no reparaba en detener a miles de banqueros, cuya opinión acerca de las leyes que rigen la vida económica dictaba la de los industriales.

El nexo entre la economía y la política se había puesto al desnudo. Ahora, el Estado, acostumbrado a obrar en calidad de principio místico, cada vez con más frecuencia, en su forma más primitiva, es decir, por destacamentos armados. En distintas partes del país, los obreros habían comparecido por la fuerza ante el Soviet o arrestaban en sus domicilios a sus patronos que se negaban a hacer concesiones y algunos hasta a negociar. Esto explica perfectamente que las clases poseedoras distinguiesen con sus ojos a la milicia obrera.

El acuerdo primeramente tomado por el Comité Ejecutivo de armar al 10% de los obreros no se había puesto en práctica. Pero los obreros se habían arreglado para armarse más o menos bien, debiendo tenerse en cuenta que en estas milicias se encuadraban los elementos más activos. La dirección de la milicia obrera estaba en manos de los consejos de fábrica, cuya jefatura se concentrando, poco a poco, en manos de los bolcheviques. Un obrero de una fábrica de Moscú, Postavchik, cuenta: El primero de junio, inmediatamente después de elegirse el nuevo consejo de fábrica con una mayoría bolchevique... procedí a formar un destacamento de ochenta hombres, que, a falta de armas, aprendí a la instrucción militar con bastones, al mando del camarada G. I. G. Vakov, antiguo soldado.

La prensa acusaba a la milicia de cometer violencias y llevar a cabo detenciones ilegales. Evidentemente, la milicia obrera puesta en marcha en la coacción no había sido creada para otra cosa. Pero lo imperdonable era que se aplicase la violencia a los representantes de una clase que no estaba acostumbrada, ni queriendo acostumbrarse, a ser tratada así.

El 23 de junio se reunió en la fábrica de Putlov, fábrica que tuvo el papel dirigente en la lucha por la subida de salarios, una asamblea, en la que estaban representados el Consejo Central de los Comités de Fábrica, el Comité Central de los Sindicatos y setenta y tres fábricas. Bajo la influencia de los bolcheviques, la asamblea reconoció que, en aquellas condiciones, si se planeaba una huelga en la fábrica podrían empezar a los obreros petersburgueses en u...

cha política desorganizada, por lo cual proponía a los obreros de Putlov que contuviesen su legítima protesta, preparándose para la huelga general.

En vísperas de esta importante asamblea, la fracción bolcheviquea al Comité Ejecutivo: Esa masa de cuarenta mil hombres... puede lanzar la huelga el día menos pensado y echarse a la calle. Lo hubiera hecho cualquiera contenido nuestro partido pero nada nos garantiza que se contenga en adelante. Y si los obreros de la fábrica de Putlov se lanzan a la calle, es indudable que arrastrarán consigo a la mayoría de obreros.

Los jefes del Comité Ejecutivo consideraban estos avisos como groseros o, cuando no, celosos de su tranquilidad, hacían caso omiso de ellos. Ellos, por su parte, vivían apartados casi en absoluto de la vida de los cuarteles, pues sus figuras atraían ya los odios de los obreros y soldados. Los bolcheviques gozaban del prestigio necesario para evitar que los soldados se lanzasen a acciones dispersas. Sin embargo, la impopularidad de las masas se volvía a veces incluso contra los propios bolcheviques.

En las fábricas y en la escuadra hicieron su aparición algunos anarquistas quienes no tardaron en revelar su inconsistencia orgánica, como siempre ante las grandes masas y los grandes acontecimientos. A los anarquistas les era muy fácil negar el poder político, no teniendo como no tenían la menor idea acerca de la importancia de los soviets como órganos del nuevo Estado. Les parecía decir que, aturdidos por la revolución, lo más corriente era que el gobierno se preocupara de lo tocante a la cuestión del Estado. Su independencia y originalidad se manifestaban principalmente en pequeños tiros de cohete. Las dificultades económicas y la exasperación, cada día mayor, de los obreros de Petrógrado daban a los anarquistas algunos puntos de apoyo. Incapaces de impulsar directamente la correlación de fuerzas sociales con sujeción a la escalera, propensos a entregarse como medida salvadora a cualquier impulso que viniera de abajo, acusaban, no pocas veces, a los bolcheviques de indecisión y de pasteleo. Pero no solían pasar de la protesta. El eco que las voces de los anarquistas despertaban en las masas servía, a veces, a los bolcheviques para pulsar la presión del vapor en la caldera revolucionaria.

Bajo la avalancha patriótica que venía de todos lados, los marineros habían acudido a recibir a Lenin a la estación de Finlandia declarando que eran manas después: Si hubiéramos sabido..., por qué camino llegó a nosotros, en vez de acogerle con vivas entusiastas le habríamos recibido indignados de: ¡Abajo Lenin! ¡Vuélvete al país por el cual has pasado a la empuñadura!... Los soviets de soldados de Crimea amenazaban, uno tras otro, con pedir por la fuerza de las armas la entrada de Lenin en la península de Crimea a la cual éste ni había pensado en ir. El regimiento de Volin, uno de los del 27 de febrero, llegó hasta acordar, en un momento de exaltación, pedir a Lenin, y el Comité Ejecutivo se vio obligado a tomar medidas para impedirlo. Este estado de opinión no se disipó por completo hasta la ofensiva de julio, para volver a manifestarse después en las Jornadas de Julio.

Al mismo tiempo, en las guarniciones situadas en los puntos más reducidos y en los sectores más alejados del frente, los soldados, la mayoría de las veces sin apercibirse de ello, iban empleando cada día con mayor amplitud el lenguaje del bolchevismo. En los regimientos, los bolcheviques se podían contar con los dedos, pero sus consignas iban adentrándose cada vez más en el ejército. Se diría que surgían espontáneamente en todos los ámbitos de la vida. Los liberales no venían en todo esto más que ignorantes y ciegos. En consecuencia: Nuestro país se está convirtiendo ante nuestros ojos en una especie de autocracia en que mandan y campean una serie de posesos y la gente que aún no ha perdido del todo la razón se aparta asustada, arrojándose a las partes moderadas se han expresado en estos términos en todas las revoluciones. La prensa conciliadora se consolaba diciendo que los soldados, a pesar de ser unos equívocos, no querían nada con los bolcheviques. Sin embargo, el bolchevismo inconsciente de las masas, en que se reflejaba la lógica del curso de los acontecimientos, era la verdadera fuerza, la fuerza indestructible del país.

El soldado Pirelko cuenta que en las elecciones al Congreso de los Diputados celebradas en el frente después de tres días de discusiones, todos los votos fueron para socialrevolucionarios, pero que, a renglón seguido, si bien en el caso de las protestas de los jefes, los diputados soldados votaron unánimemente sobre la necesidad de quitar la tierra a los grandes propietarios sin indemnización a la Asamblea Constituyente. En las cuestiones asequibles a los soldados el voto de opinión de Ostos era más izquierdista que el de los bolcheviques extremos. A esto era a lo que se refería Lenin cuando decía que los socialrevolucionarios estaban cien veces más a la izquierda que nosotros.

El escribiente de un taller de motocicletas de una población de la zona de Taurida cuenta que, muchas veces, después de leer un periódico o unos guetos, los soldados cubrían de insultos a los bolcheviques, e inmediatamente se ponían a razonar sobre la necesidad de acabar con la guerra, de quitar la tierra a los grandes propietarios, etc. Así era como pensaban aquellos que se juramentaban para no dejar entrar a Lenin en Crimea.

Los soldados de las gigantescas guarniciones del interior estaban impacientes, los aglomeración de aquellas masas inmensas de hombres ociosos que esperaban impacientemente que les sacasen de allí, creaba un estado de expectación, acusado luego por una desazón que los soldados trasplantaban a la calle, yendo y viniendo de acá para allá en tranvía y pasándose las horas mascando semillas de girasol. Aquel soldado, con el capote terciado en la espalda y una cáscara de girasol en los labios, acabó por convertirse en el más odiado de la prensa burguesa. Y el mismo soldado a quien durante la guerra habían adulado con los halagos más repugnantes, lo que, por otra parte, no era obstáculo para que en el frente se le azotara a quien después de la revolución de Febrero se le ponía por las nubes como libertador, se le convertía de pronto en un egoísta, en un traidor y en un agente de los alemanes. La falta de vileza que la prensa patriótica no fuese capaz de achacar a los

y marineros rusos.

El ComitØ Ejecutivo no sab a hacer mÆs que justificarse, luchar anarqu a, sofocar los excesos, pedir t midamente informaciones y consejos. El presidente del S viet de Tsaritsin ciudad a la que se te do del anarcobolchevismo , preguntado por el centro acerca de la contest con una frase lapidaria. Cuanto mÆs evoluciona a izquierd nici n, mÆs hacia la derecha se inclina el burguØs . La f rmula de perfectamente aplicable a todo el pa s. El soldado se radicalizaba, evolucionaba hacia la derecha.

Y con tanta tenacidad trataban de bolchevique los de arriba al s capaz de expresar con mÆs audacia que los demÆs lo que sent an todo acab por creerse que real y verdaderamente lo era. Las cavilaciones soldados, partiendo de la paz y de la tierra, iban concentrÆndose en del poder. El eco que hallaban las consignas dispersas de los bolche convert an en una simpat a consciente hacia este partido. El regimie lin, que en abril se dispon a a detener a Lenin, dos meses despuØs convertido al bolchevismo. Otro tanto sucedi con los regimientos d de Lituania. Los tiradores letones hab an sido creados por la autoc explotar en provecho de la guerra el odio de los campesinos y de lo del campo contra los barones ~~Polacos~~ regimientos combat an de un mo do magn fico. Pero el esp ritu de rivalidad de clase, en el que pre yarse la monarqu a, se traz sus propios derroteros. Los tiradores ron unos de los primeros en romper, primero con la monarqu a y luego conciliadores. Ya el 17 de mayo, los representantes de och regimie hirieron casi por unanimidad al grito bolchevique: ¡Todo el poder viets! . Estos regimientos desempeæaron un gran papel en el rumbo s por la revoluci n.

Un soldado an nimo escribe desde el frente: Hoy, 13 de junio, s lebrado una pequeæa reuni n en el cuarto de banderas en ella, se ha de Lenin y Kerenski. La mayor parte de los soldados simpatizan con ro los oficiales dicen que Lenin es un burguØs . DespuØs del desast ofensiva el nombre de Kerenski fue, en el ejØrcito, blanco de todos

El 21 de junio, los alumnos de las academias militares recorrier lles de Peterhof, con banderas y cartelones, en que se le a: ¡Abaj ¡Vivan Kerenski y Brus lov! . Era natural que los kadetes aclamasen Los soldados del cuarto batall n se abalanzaron sobre ellos y los d Lo que mayor indignaci n levantaba era el cartel n en honor de Kere

La ofensiva de junio aceler considerablemente la evoluci n pol tro del ejØrcito. La popularidad de los bolcheviques, ønico partido vantado la voz contra la ofensiva, creci con una rapidez vertiginosa que los peri dicos bolcheviques encontraban dificultad para llegar . Su tirada era extraordinariamente pequeæa, comparada con la de la p beral y patri tica. ...No hay modo de hacerse agu con uno de vues dicos escribe a Moscæ la tosca mano de un soldado , y s lo nos ent

de lo que dicen por referencias periodicos burgueses los mandan en paquetes por todo el frente y nos los reparten gratis . Esta prensa patriótica precisamente la que se encargaba de crear a los bolcheviques una administración popularidad. No hab a caso de protesta de los oprimidos, de confiscación de tierras, de venganza contra los odiados oficiales, que estos periodicos yesen inmediatamente a los bolcheviques. De esto, los soldados sacaban naturalmente, la conclusión de que los tales bolcheviques eran gente que lo que se tra a entre manos.

A principios de junio, el comisario del 12º Ejército decía a Kerenski lo siguiente del estado de espíritu de los soldados: Todas las culpas se hacen caer, en último término, sobre los ministros burgueses y el Sviatov, dice que está vendido a la burguesía. En general, en la masa domina una terrible ignorancia por desgracia, hay que reconocer que, de alguna manera, ni siquiera se leen los periodicos. La palabra impresa inspira confianza absoluta. Las frases más corrientes son: Sviatov, nos alimienta con buenas palabras, Nos enredan ... En los primeros meses, los informes de los comisarios patrióticos eran otros tantos himnos entonados al ejército, a su conciencia y a su disciplina. Cuando después de cuatro meses de decepciones ininterrumpidas, el ejército perdió la confianza en los oficiales en los periodistas gubernamentales, aquellos mismos comisarios descubrieron toda la tosquedad y la ignorancia que en él se albergaban.

Y, al paso que la guarnición se radicalizaba, el burgoés evolucionaba hacia la derecha. Alentadas por la ofensiva, las ligas contrarrevolucionarias estaban en Petrogrado como los hongos después de la lluvia. Estas organizaciones escogían nombres a cual más sonoro: Liga del Honor de la Patria, Deber Militar, Batallón de la Libertad, Organización del Espíritu y Patria delante. Estas brillantes etiquetas encubrían los apetitos y los designios de la burocracia, de la oficialidad, de la burguesía. Algunas de estas organizaciones, tales como la Liga Militar, la Asociación de los Caballeros Jorge o la División Voluntaria, eran otros tantos puntos de apoyo decididos para el complot militar. Estos caballeros del honor y del espíritu se presentaban como inflamados patriotas, no tenían el menor reparo en ir al extranjero, cuando les convenía, a las puertas de las misiones aliadas, y muchas veces obtenían del gobierno la ayuda financiera que no había sido posible obtener al Sviatov, por ser una organización de carácter privado.

Uno de los retoños de la familia del magnate periodístico Suvorin era el hijo menor, por aquel entonces, la publicación de un periódico, titulado Pequeño Socialista, que se hacía pasar por órgano del socialismo independiente, pero que en realidad era una dictadura feroz, para la cual proponía como candidato al almirante Kolchak. La prensa más sorda, sin atreverse todavía a soltar prenda del almirante, se esforzaba por todos los medios en crear al almirante prestigio y popularidad. La suerte que más tarde había de correr Kolchak demuestra que ya a principios del verano de 1917 se tramaba un amplio complot a base de su nombre y detrás de Suvorin, había elementos influyentes.

La reacci n, inspirÆndose en un cÆlculo tÆctico al alcance de cu
aparentaba basta fijarse en las virtudes sueltas dirigir el golpe
partidarios de Lenin exclusivamente. La palabra bolchevique era s
todas las furias infernales. Y as como antes de la revoluci n, la
rista hac a recaer sobre los esp as alemanes, principalmente sobre
la responsabilidad de todas las calamidades, la de su propia estupi
ve, ahora, despuØs del fracaso de la ofensiva de junio, la responsa
dos los fracasos y derrotas se achacaba, naturalmente, a los bolche
este punto, los dem cratas tipo Kerenski y Tsereteli se identificab
fundirse, no s lo con los liberales del corte de Miliukov, sino has
curantistas declarados de la casta del general Denikin.

Como sucede siempre, cuando las contradicciones alcanzan una ter
extrema, pero æen no ha llegado el momento de la explosi n, donde l
buci n de las fuerzas pol ticas se manifestaba de un modo mÆs claro
no era en las cuestiones fundamentales, sino en las secundarias. Du
llas semanas, Kronstadt fue uno de los pararrayos de las pasiones p
vieja fortaleza, llamada a ser el fiel vig a puesto a las mismas pu
mas de la capital del imperio, hab a levantado mÆs de una vez, en t
sados, la bandera de la insurrecci n. En Kronstadt no se hab a exti
ca, a pesar de las implacables represiones, la llama de la rebeld a
la revoluci n, esta llama volvi a brillar con destellos amenazador
lumnas de la prensa patri tica, el nombre de la fortaleza mar tima
convertirse en s mbolo de los aspectos mÆs abominables de la revolu
frados, naturalmente, en el bolchevismo. En realidad, el S viet de
era æen bolchevique: en el mes de mayo, formaban parte de Ø1 107 bo
ques, 112 socialrevolucionarios, 30 mencheviques y 97 personas sin p
trataba, claro estÆ, de socialrevolucionarios y gentes sin partido
es decir, de hombres que viv an sometidos a una presi n elevada: an
cuestiones de importancia, la mayor a segu a a los bolcheviques.

En el mundo de la pol tica, los marineros de Kronstadt no sent a
ci n por las intrigas ni por la diplomacia. Para ellos, no hab a mÆ
ma: dicho y hecho. No tiene nada de particular que, ante aquel gobi
pectral de Kerenski, se inclinaran por mØtodos de acci n extraordin
sencillos. El 13 de mayo, el S viet vot el acuerdo siguiente: En K
Ænico poder es el S viet de Obreros y Soldados .

La eliminaci n del comisario de gobierno, el kadete Pepeliayev,
quinta rueda del carro, pas perfectamente inadvertida. Se implant
perfecto. En la ciudad se prohibi el juego y fueron clausuradas la
prostituci n. El S viet amenaz al que se presentara en la calle en
embriaguez con la confiscaci n de los bienes y el env o al frente
naza se llev a la prÆctica, no una, sino varias veces.

Los marineros, gente templada bajo el rØgimen espantoso de la es
dra zarista y de la frontera mar tima, acostumbrados al trabajo rud
crificios y tambiØn a toda clase de excesos, ahora, que se abr a an

perspectiva de una vida nueva, de la cual se sentían llamados a ser los nuevos señores, ponían en tensión todas sus fuerzas para mostrarse dignos de la revolución. En Petrogrado, acosaban a amigos y enemigos y se los llevaban, con la fuerza a Kronstadt para que vieran de cerca quiénes eran y cómo gobernaban los marineros revolucionarios. Naturalmente, este estado de tensión general no podía durar eternamente pero duró bastante tiempo. Los marineros de Kronstadt se convirtieron en algo así como la orden militante de la revolución ¿de cuál? Desde luego, no de la que personificaba el ministro Tsereteli, sino del comisario Pepeliayev. Kronstadt era como el augur de la segunda revolución, esto le odiaban tanto aquellos que tenían ya bastante y aun de sobra como los que no tenían nada.

La prensa del orden presentó la destitución de Pepeliayev, que se llevó a cabo muy discretamente, casi como una sublevación en armas contra la autoridad del Estado. El gobierno dio sus quejas al Soviet. Este nombró inmediatamente una delegación para enviarla a Kronstadt. La máquina del doble juego se puso en movimiento chirriando. El 24 de mayo, el Soviet de Kronstadt se reunió a la que asistieron Tsereteli y Skobelev, se avinieron a reconocer las victorias de los bolcheviques que, sin abandonar la lucha emprendida por el traspaso del poder de los soviets, estaba prácticamente obligado a someterse al gobierno Provisional, en tanto no se instaurara el poder soviético en todo el país. Sin embargo, al día siguiente, bajo la presión de los marineros, indignados por las concesiones, el Soviet declaró que no había hecho otra cosa que obedecer a los ministros una aclaración de su punto de vista, que seguía siendo el mismo. Era un error táctico evidente, detrás del cual no había, sin embargo, que un gran amor propio revolucionario.

Las esferas dirigentes decidieron aprovechar aquella ocasión que se les brindaba para dar una lección a los marineros de Kronstadt, obligándolos al mismo tiempo a expiar los viejos pecados. Huelga decir que actuó de acuerdo en esta causa Tsereteli. Con alusiones patéticas a los encarcelamientos que él mismo había sufrido, atacó especialmente a los marineros de Kronstadt, que tenían encerrados en los calabozos de la fortaleza a ochenta oficiales. La prensa razonable hizo coro a sus palabras. Sin embargo, hasta los periódicos conciliadores, es decir, ministeriales, se venían obligados a reconocer que se trataba de verdaderos ladrones y de hombres que se habían distinguido por su violencia salvaje. Izvestia, el órgano oficioso del propio Tsereteli, los marineros que habían declarado como testigos hablan de aplastamiento (por los oficiales detenidos) de la insurrección de 1906, de los fusilamientos de las barcas llenas de cadáveres de fusilados echados al fondo del mar y otros horrores... Los marineros relatan todo esto con gran sencillez, como si se tratara de la cosa más corriente del mundo.

Los marineros de Kronstadt se negaban tozudamente a entregar los detenidos al gobierno, que sentía, por lo visto, mucha más piedad por los ministros y ladrones de sangre azul que por los marineros de 1906 y de tantos otros señores, torturados ignominiosamente. Se explica perfectamente que el ministro

de Justicia, Pereverzev, de quien Sujénov dice que era una de las pechosas del ministerio de coalición, pusiera sistemáticamente en los representantes más viles de la gendarmería zarista encerrados en la celda de Pedro y Pablo. Lo que más les preocupaba a aquellos aventureros mocráticos era que la burocracia reaccionaria reconociera su noble conducta.

Los marineros de Kronstadt lanzaron un manifiesto, contestando en los siguientes términos a las acusaciones de Tsereteli: Los oficiales, gendarmes y policías detenidos por nosotros durante los días de la revolución han sido puestos por sí mismos a los representantes del gobierno que no pueden quejarse del trato que se les da en la cárcel. Es verdad que las cárceles de Kronstadt son muy malas pero son las que el zarismo construyó para nosotros. Son las mejores que hay. Y si mantenemos en ellas a los enemigos del pueblo, no es únicamente por espíritu de venganza, sino por instinto revolucionario.

El 27 de marzo, el Sóviet de Petrogrado se reunió para juzgar a los marineros de Kronstadt. Trotsky, que tomó la palabra en su defensa, acusó a Tsereteli el papel que aquellos marineros estaban llamados a desempeñar en el caso de peligro es decir, cuando un general contrarrevolucionario intenta echar la soga al cuello de la revolución entonces, los kadetes darán la soga, mientras que los marineros de Kronstadt se alzarán para luchar a nuestro lado. Este aviso se convirtió en realidad tres meses después con una insólita exactitud. En efecto cuando el general Kornilov se sublevó con sus tropas sobre la capital, Kerenski, Tsereteli y Skobelev hubieron de llamar a los marineros de Kronstadt para que protegiesen el Palacio de Inocencio. Pero en junio, los señores demócratas defendían el orden contra Kerenski, y ningún argumento, ninguna profecía tenía fuerza para ellos. En un voto contra 168 y 74 abstenciones, Tsereteli hizo que el Sóviet de Petrogrado aprobase su proposición declarando que el Kronstadt anárquico había eliminado de la democracia revolucionaria. Tan pronto como el presidente Marinski, reunido con impaciencia, recibió la noticia de que el acusado había sido votado, el gobierno cortó inmediatamente las comunicaciones telegráficas entre la capital y la fortaleza para el público, con el fin de evitar que el movimiento bolchevique influyese sobre los marineros, dio orden de que se cerrase Kronstadt todos los buques-escuela y exigió del Sóviet de Petrogrado una sumisión incondicional. El Congreso de los Diputados campesinos, reunido por aquellos días, amenazó con privar a Kronstadt de sus suministros de alimentos por reacción que acechaba detrás de los conciliadores buscaba un desenlace pacífico y, a ser posible, sangriento.

El paso irreflexivo dado por el Sóviet de Kronstadt escribe Yoffe. Los nuevos historiadores podrán provocar consecuencias desagradables si no es preciso encontrar una salida a aquella situación. Con este fin se reunió Trotsky a Kronstadt, donde habló en el Sóviet y redactó una declaración que fue votada primero por éste y aclamada luego en el mitin celebrado

za del `ncora. Los marineros de Kronstadt, sin dejar de mantener sus
nes del principio, hicieron las concesiones necesarias en el terreno

La soluci n pac fica del conflicto puso frenØtica a la prensa bu
la fortaleza reina la anarqu a . Los de Kronstadt acuæan moneda pro
peri dicos reproduc an modelos fantÆsticos de tal moneda . Se dilay
bienes del Estado , Las mujeres han sido socializadas , Todo el m
y reina la mÆs escandalosa de las org as . Los marinerosorque se se
gulosos del severo orden que hab an implantado, apretaban los call
al leer aquellos peri dicos que difund an en millones de ejemplares
pecies calumniosas por toda Rusia.

Tan pronto como los oficiales de Kronstadt se pusieron a disposi
los tribunales, los rganos judiciales de Pereversev se apresuraron
en libertad, uno detrÆs de otro. Ser a muy instructivo saber cuÆnto
entre los oficiales puestos en libertad, tomaron parte luego en la
cuÆntos marineros, soldados, obreros y campesinos fueron fusilados
dos por ellos. Por desgracia, no disponemos de medios para levantar
te interesant simo balance.

El prestigio del poder estaba a salvo. MÆs tampoco los marineros
en obtener satisfacci n de las vejaciones de que les hab an hecho o
todos los Æmbitos del pa s empezaron a llegar saludos al Kronstadt
s viets mÆs izquierdistas, de las fÆbricas, de los regimientos, de
primer regimiento de ametralladoras manifest en las calles de Petr
respeto hacia los marineros de Kronstadt por su firme actitud de d
za hacia el Gobierno Provisional .

Entre tanto, Kronstadt se preparaba para tomar una revancha mÆs
tante. La campaæa de la prensa burguesa hab a conseguido convertir
tadt en un factor de importancia nacional. El bolchevismo escribe
, despuØs de haberse hecho fuerte en Kronstadt, tendi por todo el p
vasta red de propaganda, con ayuda de agitadores debidamente adiest.
Los comisarios de Kronstadt iban tambiØn con su misi n al -frente, d
ban la disciplina, y al campo, donde predicaban la devastaci n de l
propiedades. El S viet de Kronstadt equipaba a sus emisarios con do
ci n especial: N.N. va enviado a esa provincia para participar, co
voto, en los comitØs de distrito y en los cantones locales, como as
tomar parte en los m tines y organizar los que considere convenient
y cuÆndo le parezca . Viajaban con derecho a llevar armas, y bille
circulaci n por todas las l neas fØrreas y mar timas . AdemÆs, el
Kronstadt garantiza la inviolabilidad personal del mencionado agita

Al denunciar la labor de zapa de los marineros bÆlticos, Miliuko
de explicar c mo y por quØ, bajo la vigilancia de unas autoridades
prudentes, y existiendo en Rusia instituciones y peri dicos como aq
marineros, armados con la extraæa credencial del S viet de Kronstad
recorrer sin obstÆculos todo el pa s, de ~~pantalaran~~ en todas
partes la casa abierta y la mesa puesta, siendo admitidos -en todas

bleas populares, escuchados atentamente dondequiera que hablasen, y expando con sus puños de marinero una huella en los acontecimientos históricos. A este historiador puesto al servicio de la política liberal no se le era hecha esta sencilla pregunta. Todo el milagro de Kronstadt estaba allí, en que aquellos marineros acertaban a dar una expresión más profunda y fiel a las exigencias de la evolución histórica que los otros profesores. Aquellas credenciales mal escritas se demostraban, por lo menos en el lenguaje de Hegel, reales porque eran racionales, mientras que los otros subjetivamente inteligentes simplemente acreditaban una inconsistencia, porque la historia no quería nada con ellos.

Los soviets iban rezagados con respecto a los comités de fábrica, los comités de fábrica marchaban a la zaga de las masas, los soldados a la zaga de los obreros y, en proporciones aún mayores, las provincias a la zaga de la capital. Era la dinámica inevitable del proceso revolucionario, que engendró grandes contradicciones para luego superarlas como el azar, sin esfuerzo casi, y engendrar inmediatamente otras nuevas. Asimismo iba a la zaga de la dinámica revolucionaria el partido, es decir, la organización que más pronto tiene a rezagarse, sobre todo en momentos revolucionarios. En los obreros, en Yekaterinburg, Perm, Tula, Nizhni-Novgorod, Sormov, Kolomna, Ysovka, los bolcheviques no se separaron de los mencheviques hasta fines de mayo. En Odessa, Nikolayev, Yelisavetgrad, Poltava y otros centros de la zona, estábamos a mediados de junio, y aún no contaban con organizaciones independientes. En Bakú, Ziatoust, Bejetsk, Kostroma, no se separaron definitivamente de los mencheviques hasta fines de junio. Estos hechos no pueden menos de parecer sorprendentes, teniendo en cuenta que, a los cuatro meses de esto, los bolcheviques tomaban el poder. ¡Cuán alejado había estado el partido durante la guerra del proceso molecular que se estaba operando en la masa, y cuán al margen se hallaba, en el mes de marzo, la dirección de Stalin de los grandes objetivos históricos! Los acontecimientos de la guerra cogieron desprevenido al partido más revolucionario conocido hasta hoy en la historia humana. Pero este partido se rehizo bajo el fuego y apretó su paso al empuje de los acontecimientos. En estos momentos decisivos, las masas se hallaban cien veces más a la izquierda que el partido de izquierda en el momento.

Examinando de cerca cómo crece y cómo asciende de los bolcheviques la fuerza de un proceso histórico natural, se ponen al descubierto sus curvas y zigzagueos, sus flujos y reflujos. Las masas son heterogéneas y más, sólo aprenden a manejar el fuego de las revoluciones chamuscándose los dedos en el y dando marcha atrás. Los bolcheviques no podían hacer más que acelerar este proceso de adiestramiento de las masas. Para ello, su tarea era explicar, aclarar, pacientemente y sistemáticamente. Ciertamente es que, en esta situación, puede decirse que la historia no recompensaba su paciencia.

Mientras que los bolcheviques se iban apoderando de las fábricas y regimientos, sin que nada pudiese contener su avance, las elecciones a

mas democráticas daban un predominio enorme y, al parecer, cada vez a los conciliadores. Era ésta una de las contradicciones más agudas de la revolución. Claro es que la Duma de la barriada de Vyborg, totalmente proletaria, se enorgullecía de su mayoría bolchevique. Pero era una excepción. En las elecciones municipales celebradas en Moscú en los socialrevolucionarios obtuvieron más del 60% de los votos. Esta asombrosa influencia decrecía rápidamente. Las elecciones de Moscú ofrecían un espectáculo extraordinario para quien quiera estudiar las relaciones que mediaban en el desarrollo efectivo de la revolución y su reflejo en los espejos de la democracia. Los sectores avanzados de los obreros y campesinos se sacudían furiosamente las ilusiones conciliadoras. Entre tanto, las grandes capas pequeñas burguesas urbanas empezaban apenas a moverse. A estas masas de personas, las elecciones democráticas les brindaban tal vez la primera ocasión, una de las raras posibilidades de manifestarse políticamente. El obrero, todavía ayer menchevique o socialrevolucionario, votaba por el partido bolchevique, arrastrando consigo al soldado, el cochero, el tendero, el dependiente, el maestro de escuela, realizando un acto que como era votar por los socialrevolucionarios, salían por primera vez de la nada. Los sectores pequeños burgueses votaban fuera de tiempo por Kerenski, porque éste encarnaba a sus ojos la revolución de febrero. hasta hoy, hasta el momento de votar, no había llegado a ellos. Con la mayoría socialrevolucionaria, la Duma de Moscú brillaba con el esplendor de una vela que se iba apagando. Y lo mismo acontecía en los órganos de administración democrática. Apenas nacían, se veían ya paralizados por la impotencia del retraso con que venían al mundo. Claro indicio de la marcha de la revolución dependía de los obreros y de los soldados, y de aquel polvo humano que el huracán de la revolución haría danzar en los cielos.

Tal es la dialéctica profunda, y a la par sencilla, del despertar de las clases oprimidas. La más peligrosa de las aberraciones de la democracia consiste en que la mecánica aritmética de la democracia suma el de ayer el de hoy y el de mañana, con lo cual impulsa a los desorientados formales a buscarle la cabeza a la revolución en donde ella no tiene más que la cola. Lenin enseñó a su partido a distinguir la cabeza.

XXII. El Congreso de los Soviets y la manifestación de junio

El primer Congreso de los Soviets, que sancionó los planes de ofensiva leninista, se reunió el 3 de junio en Petrogrado, en el edificio de la Academia Militar. Acudieron a él 820 delegados con voz y voto y 268 con voz, pero no voto. Estos delegados representaban a 305 soviets locales y a 53 soviets provinciales y de distrito, a las organizaciones del frente, a los institutos del interior del país y a algunas organizaciones campesinas. Tenían voz y voto los soviets integrados por más de 25.000 miembros. Los formados por 10 a 25 miembros no tenían voz. Basándose en estas normas, que, dicho sea de paso, es probable que se observaran al pie de la letra, puede calcularse que en el Congreso estaban representadas más de 20 millones de personas. De los 777 delegados que facilitaron datos sobre su filiación política, 285 resultaron socialrevolucionarios, 243 mencheviques y 105 bolcheviques después de otros grupos menos nutridos. El ala izquierda, formada por los bolcheviques y los internacionalistas, representaba menos de la quinta parte de los delegados. En su mayoría, el Congreso estaba compuesto por elementos que en marzo habían hecho socialistas y en junio estaban ya cansados de la revolución. Petrogrado tenía que parecerles una ciudad de locos.

El Congreso empezó aprobando la expulsión de Grimm, un lamentable socialista suizo que había intentado salvar a la revolución rusa y a la democracia alemana negociando detrás de la cortina con la diplomacia de los zollern. La proposición presentada por el ala izquierda para que se discutiera inmediatamente la cuestión de la ofensiva que se estaba preparando fue rechazada por una mayoría abrumadora. Los bolcheviques no eran allí más que un puñado. Pero el mismo día y acaso a la misma hora, la Conferencia de los comités de Fábrica de Petrogrado votaba, también por una aplastante mayoría, una resolución en la que se decía que sólo el poder de los soviets podía salvar al país.

Por miopes que fueran los conciliadores, no podían dejar de ver lo que estaba sucediendo diariamente a su alrededor. Influidos seguramente por los delegados de las provincias, Lber, este encarnizado enemigo de los bolcheviques denunciaba en la sesión del 4 de junio a los ineptos comisarios del gobierno que quienes en el campo no querían entregar el poder. A consecuencia de esto una serie de funciones de la competencia de los órganos del gobierno habían pasado a manos de los soviets, incluso cuando éstos no lo deseaban. Esto

bres se quejaban de sí mismos. Uno de los delegados, maestro de escuela, contaba en el Congreso que durante los cuatro meses de revolución no había operado el cambio más insignificante en la esfera de la instrucción. Los antiguos maestros, inspectores, directores, etc., muchos de ellos afiliados a las Centurias Negras, los viejos planes escolares, los viejos maestros reaccionarios, hasta los viejos subsecretarios del ministerio permanecieron tranquilamente donde estaba. Si los retratos del zar habían sido sacados para llevarlos al desván, de donde no era difícil, ciertamente, sacarlos a sus sitios.

El Congreso no se decidió a levantar la mano contra la Duma ni el Consejo de Estado. El orador menchevique Bogdanov justificaba su timor ante la reacción con el pretexto de que la Duma y el Consejo no son más que instituciones muertas, inexistentes. Martov, con su gracejo polémico, le replicó: Bogdanov propone que se declare la Duma inexistente, pero se atente contra su existencia.

El Congreso, a pesar de la gran mayoría gubernamental, transcurrió en una atmósfera de inquietud e inseguridad. Aquel patriotismo remojado ya más que llamaradas temidas. Era claro que las masas estaban desorientadas y que los bolcheviques eran incomparablemente más fuertes en el extranjero que todo en la capital, que en el Congreso. El debate mantenido entre los bolcheviques y los conciliadores, reducido a su raíz, giraba entorno a la cuestión: ¿A quién tiene que asociarse la democracia, a los imperialistas o a los conciliadores? Sobre el Congreso se cernía la sombra de la Entente. La cuestión de la guerra estaba resuelta de antemano, los demócratas no tenían más recurso que resignarse. En estos momentos críticos decía Tsereteli, en tono de ironía: no debemos prescindir de ninguna fuerza social que pueda ser útil para la revolución popular. Era el argumento en que se fundaba la coalición de la izquierda con los conciliadores. Y como el proletariado, el ejército y los campesinos estropeaban a los demócratas, había que declarar la guerra al pueblo. El peligro de un manto de una guerra contra los bolcheviques. Ya hemos visto cómo Tsereteli no tenía inconveniente en prescindir de los marineros de Kronstadt para arrojar de su regazo al kadete Pepliyev. La coalición se aprobó por una mayoría de 443 votos contra 126 y 52 abstenciones.

Las tareas de la inmensa e inconsistente asamblea congregada en la Academia militar de Petrogrado se distinguieron por el tono pomposo de las resoluciones y la mezquindad conservadora de los cometidos prácticos. En todas las resoluciones una huella de inutilidad y de hipocresía. Se proclamó el derecho de todas las naciones de Rusia a gobernarse soberanamente. Pero la clave de este problema práctico se entregó no a las propias naciones oprimidas, sino a la futura Asamblea Constituyente que los conciliadores confiaban en tener mayoría, preparándose a caer ella ante los imperialistas, ni más ni menos que lo habían hecho en el pasado.

El Congreso se negó a votar un decreto sobre la jornada de ocho horas. Tsereteli explicó las vacilaciones de la coalición en este terreno

tades con que se tropezaba para coordinar los intereses de los distintos res de la población. ¿Cómo si en la historia se hubiera hecho nunca nada de a fuerza de coordinar intereses y no imponiendo el triunfo de los ses del progreso sobre los de la reacción!

Groman, economista del Sviét, presentó al final su inevitable propuesta sobre el desastre económico que se avecina y la necesidad de atajarlo mediante la reglamentación de la economía por el Estado. El Congreso votó una resolución ritual, en la seguridad de que las cosas seguirían como estaban.

Grimm ha sido expulsado. Escribió a Trotsky el 7 de junio, y el Congreso ha pasado al orden del día. Pero para Skobelev y sus colegas los burgueses capitalistas siguen siendo sagrados e inviolables. La crisis de las sucesiones se agudiza cada día más. En el terreno diplomático, el gobierno no cesó de recibir golpes. Finalmente, la ofensiva tan históricamente proclamada, se cayó muy pronto sobre los hombros del pueblo como una monstruosa aventura. Necesitamos paciencia y estaríamos dispuestos a seguir contemplando tranquilamente la clarividente actuación del ministerio Lvov-Terechneko-Tsereteli durante unos meses más. Necesitamos de tiempo para nuestra preparación. Pero el subterráneo mina aceleradamente, y con la ayuda de los ministros socialistas el problema del poder puede echarse encima a los miembros de este Congreso mucho antes de lo que todos sospechamos.

Procurando atrincherarse ante las masas detrás de una autoridad superior a ellos, los caudillos hacen intervenir al Congreso en todos los conflictos, comprometiendo sin piedad a los ojos de los obreros y soldados al grado. El episodio más ruidoso de este género fue el sucedido con la villa de campo de Durnovo, antiguo dignatario zarista, que, siendo ministro del Interior, se cubrió de gloria con la represión de la revolución de 1905. La villa de este odiado burócrata, cuyas manos, además, no estaban del todo limpias, fue ocupada por las organizaciones obreras de la barriada de Vyborg, principalmente a causa de su inmenso jardín, que se convirtió en el lugar de juego favorito de los niños. La prensa burguesa pintaba la villa confiscada como una casa de bandidos, una especie de Kronstadt de la barriada de Vyborg. Nadie hacía el trabajo de darse una vuelta por allí a comprobar la realidad. Pero quien que sorteaba cuidadosamente todas las cuestiones de importancia, se entregó con verdadero ardor a la obra de salvar la villa de Durnovo. Se pidió al Comité Ejecutivo para tomar medidas heroicas y, naturalmente, Tsereteli se negó. El fiscal dio orden al grupo de anarquistas de que desahuciaran en un plazo de veinticuatro horas. Los obreros, enterados de las actividades que se preparaban, lanzaron la voz de alarma. Los anarquistas, temiendo, amenazaron con resistirse por la fuerza de las armas. Veintiocho días después se declaró una huelga de protesta. El Comité Ejecutivo lanzó un manifiesto acusando a los obreros de Vyborg de auxiliares de la contrarrevolución. Pero, de esta preparación, los representantes de la justicia y de la milicia se retiraron en la madriguera del león. Pronto se comprobó que en la villa, en la casa habían instalado una serie de organizaciones obreras de cultura, reinaba

completo orden. Y no hubo más remedio que retroceder de un modo ignominioso. Pero la cosa no paró ahí.

El 9 de junio cayó en el Congreso esta noticia como una bomba. Desde que se publicaba esa mañana un llamamiento a una manifestación organizada para el día siguiente. Chjeidze, hombre asustadizo, razón por la cual también harto fácilmente a asustar a los demás, declaró, con voz tumba: Si el Congreso no toma medidas, el día de mañana será fatal. Legados alzaron la cabeza, intranquilos. Para concebir la idea de unir a obreros y soldados de Petrogrado con el Congreso, no hacía falta ni una idea genial: bastaba con fijarse en la situación. Las masas apretaban los cheviques. Apretaban, sobre todo, la guarnición, temerosa de que, con el avance de la ofensiva, fueran a dispersarla y enviarla a distintos frentes. Añadido al profundo descontento producido por la Declaración de los Derechos del Soldado, que representaba un gran paso atrás, en comparación con el decreto número 1, y el régimen que se había implantado de hecho en el ejército. La iniciativa de la manifestación partió de la Organización Militar de los cheviques. Los directores de la misma afirmaban fundadamente, como consecuencia de los acontecimientos, que si el partido no asumía la dirección, los soldados se echarían a ellos mismos a la calle. Sin embargo, el cambio operado en el estado de espíritu de las masas no era siempre fácilmente perceptible, y esto engendraba ciertas vacilaciones hasta entre los cheviques. Volodarski no estaba seguro de que los obreros salieran a la calle. Había dudas asimismo acerca del giro que tomaría la manifestación. Los representantes de la Organización Militar afirmaban que los soldados, ante el ataque que les atacasen, no saldrían a la calle desarmados. - ¿En qué consistirá esta manifestación?, preguntaba el prudente Tomski, exigiendo que la manifestación volviera a examinarse con cuidado. Stalin afirmaba que la efervescencia entre los soldados era indudable, pero que no podía decirse lo mismo, con respecto a los obreros. A pesar de todo, creía que los obreros podrían resistir al gobierno. Kalinin, siempre más inclinado a rehuir la batalla que a aceptarla, se pronunciaba decididamente contra la manifestación, fue así en la ausencia de un motivo claro, sobre todo en lo tocante a los obreros. La manifestación sería una cosa artificial. El 8 de junio, en la conferencia con los representantes de las barriadas, después de una serie de discusiones preliminares, 131 manos se levantaron en favor de la manifestación, 22 votaron en contra y 22 se abstuvieron. La manifestación fue señalada para el domingo día 10 de junio.

Los trabajos preparatorios se llevaron en secreto hasta el último momento, con el fin de no dar a los socialrevolucionarios y mencheviques la oportunidad de emprender una campaña en contra. Esta legítima medida de precaución debía de interpretarse más tarde como prueba de que existía un complot. El Consejo Central de los Comités de Fábrica se adhirió a la iniciativa de organizar la manifestación. Bajo la presión de Trotsky, y contra el parecer de Nacharski, que era contrario a la proposición escribe Yugov, el co-

losmezhrayontsidecidi adherirse a la manifestaci n . Los preparativos varon a cabo con una energ a febril.

La manifestaci n hab a de alzar bandera por el poder de los s viet visa de combate era: ¡Abajo los diez ministros capitalistas! . Era el sencillo de expresar la necesidad de romper el bloque con-la burgues a nifestaci n se dirig a hacia la Academia militar, donde estaba reunido greso. Con esto, se daba a entender que no se trataba de derribar al g no, sino de ejercer presi n sobre los dirigentes de los s viets.

Huelga decir que en las reuniones preliminares celebradas por los ques no fueron Østas las œnicas voces que sonaron. Por ejemplo, Smilga b a sido elegido hac a poco miembro del ComitØ Central, propuso no re a apoderarse de Correos, de TelØgrafos y del Arsenal, si los acontecim man el giro de un choque abierto . Otro de los reunidos, Latsis, miemb mitØ de Petrogrado, escrib a en su diario, refiriØndose a-que hab a si da esta proposici n: No puedo estar conforme con esto...-Me pondrØ de do con los camaradas Semaschko y Rachjia, para estar preparados en cas necesidad y apoderarnos de las estaciones, los arsenales, -los bancos y os y TelØgrafos, apoyÆndonos en el regimiento de ametralladoras . Sema era oficial de este regimiento y Rachjia un obrero bolchevique muy con

Este estado de esp ritu era muy explicable. El partido navegaba d mente rumbo a la toma del poder lo problemÆtico no era mÆs que el mod apreciar la situaci n. En Petrogrado se estaba operando un cambio evid opini n a favor de los bolcheviques pero en las provincias, este proo desarrollaba mÆs lentamente ademÆs, el frente necesitaba de la lecci ofensiva para vencer su recelo contra los bolcheviques. Por eso Lenin ten a firme en su posici n de abril: Explicar pacientemente .

En susMemorias, SujÆnov expone el plan de la manifestaci n del 10 d junio como si se tratase de un designio deliberado de Lenin para aduea poder, caso de que las circunstancias fuesen propicias . En realidad, intentaron plantear la cuesti n en estos tØrminos fueron unos cuantos viques aislados que, segœn la expresi n que les aplicaba, -bromeando, I raban un poquit n mÆs a la izquierda de lo que era preciso. SujÆnov lesta siquiera en contrastar sus arbitrarias conjeturas con la l nea p tenida por Lenin en numerosos discursos y art culos.

El bur del ComitØ Ejecutivo exige inmediatamente de los bolchevi que suspendieran la manifestaci n. ¿Por quØ raz n? Era evidente que s bierno ten a atribuciones para prohibir formalmente la manifestaci n. no se atrev a siquiera a pensar en tal cosa. ¿C mo se explica que el S era oficialmente una organizaci n privada dirigida por el bloque de dos pol ticos, pudiera prohibir una manifestaci n a un partido que nac que ver con ellos? El ComitØ Central del partido bolchevique se neg a a la demanda, pero crey oportuno subrayar aun mÆs el carÆcter pac fido manifestaci n. El 9 de junio se fij en los barrios obreros esta procl bolcheviques: Como ciudadanos libres, tenemos el derecho de protestar

bemos aprovecharnos de este derecho antes de que sea demasiado tarde. El derecho a manifestarnos pacíficamente no puede discutirlo nadie.

Los conciliadores sometieron la cuestión al Congreso. Fue entonces Chjeidze pronunció aquellas palabras acerca de las consecuencias que podría tener la manifestación, añadiendo que sería preciso considerarla la noche en sesión permanente. Guegtschkori, miembro de la presidencia de los hombres de la Gironda, puso fin a su discurso con un discurso dirigido a los bolcheviques. ¡Apartad vuestras sucias manos de esta gran obra! . A pesar de sus requerimientos, a los bolcheviques no se les cedió el tiempo necesario para reunirse en fracción a deliberar sobre el asunto. El Congreso tomó el acuerdo de prohibir todo género de manifestación durante tres días. Ese acto de violencia contra los bolcheviques era, en el tiempo, un acto de usurpación de funciones con respecto al gobierno soviético, un robo de poder de debajo de la almohada.

A la misma hora, Miliukov hablaba en el Congreso cosaco y acusaba a los bolcheviques de ser los principales enemigos de la revolución rusa. El programa natural de las cosas, su mejor amigo era, indiscutiblemente, Miliukov, que en vísperas de febrero se inclinaba más a aceptar la oferta de Rusia por los alemanes que la revolución realizada por el pueblo. Como los cosacos preguntasen qué actitud había que adoptar con los bolcheviques, de Lenin, Miliukov contestó: Ya va siendo hora de acabar con esos bolcheviques. El jefe de la burguesía tenía demasiada prisa. Y, sin embargo, hay que tener en cuenta que el tiempo apremiaba.

Entre tanto, en las fábricas y en los regimientos se celebraban manifestaciones, los cuales se acordaba echarse al día siguiente a la calle tremolando banderas. ¡Todo el poder a los soviets! . El ruido que arrancaban los Cosacos y cosacos hizo que pasara inadvertido el hecho de que en las elecciones la Duma del barrio de Vyborg obtuvieron 37 puestos los bolcheviques, 10 los socialrevolucionarios y mencheviques y cuatro los kadetes.

Ante la categoría de decisión del Congreso y la misteriosa alusión a la amenaza de un golpe de derecha, los bolcheviques decidieron revisar la situación. Lo que ellos querían era una manifestación pacífica y no una insurrección. Tenían motivos para convertir en seminsurrección la manifestación pacífica. La presidencia del Congreso, por su parte, decidió tomar medidas. Unos cientos de delegados fueron organizados en grupos de diez y distribuidos a los barrios obreros y a los cuarteles con el fin de evitar la manifestación. Después al palacio de Taurida para dar cuenta del cumplimiento del cometido. El Comité Ejecutivo de los diputados campesinos se asoció a la medida destinando a ella setenta hombres.

Aunque de un modo inesperado, los bolcheviques consiguieron lo que proponían: los delegados del Congreso se vieron obligados a ponerse en contacto con los obreros y soldados de la capital. No se dejó que la manifestación se acercara a los profetas, pero los profetas no tuvieron más remedio que darse a la montaña. Aquel encuentro resultó fecundo en todos los grados.

El S viet de Moscú, el corresponsal un menchevique traza el siguiente cuadro: La mayoría del Congreso, más de quinientos miembros del mismo pasaron la noche en blanco, se dividieron en grupos de a diez, que recorrieron las fábricas y los cuarteles de Petrogrado invitando a los obreros y a los soldados a no acudir a la manifestación... El Congreso no goza de prestigio en parte considerable de las fábricas, como tampoco en algunos regimientos de guarnición... Muy a menudo, los miembros del Congreso no eran acogidos con simpatía, ni mucho menos a veces, se les recibía con hostilidad y hasta rencor. El órgano soviético oficial no exagera, ni mucho menos al cuando da una idea bastante atenuada de aquel encuentro nocturno entre los dos mundos.

Desde luego, después de ponerse al habla con las masas de Petrogrado los delegados no podían abrigar ya ninguna duda respecto a quién podía ser el sucesivo, acordar una manifestación o prohibirla. Los obreros de la fábrica Putlov no accedieron a fijar el manifiesto del Congreso contra la marcha hasta persuadirse, por la levedad de que no contradecía al acuerdo de los bolcheviques. El primer regimiento de ametralladoras, que desempeñaba el papel de vanguardia en la guarnición, como lo desempeñaba la fábrica Putlov en los medios obreros, después de conocidos los informes de Chervinsky y Avksentiev, presidentes de los dos Comités Ejecutivos, votó la siguiente resolución: De acuerdo con el Comité Central de los bolcheviques y de la Comisión Militar, el regimiento decide aplazar su acción...

Las brigadas de pacificadores llegaban al palacio de Taurida, después de una noche entera sin dormir, en un estado de completa desmoralización. Los soldados que creían que la autoridad del Congreso era indiscutible, habían chocontra un recio muro de desconfianza y hostilidad. Las masas estaban al lado de los bolcheviques. Reina una actitud muy hostil contra los mencheviques y los revolucionarios. No creen en su voz. En algunos sitios, nos gritaron: No os consideramos como compañeros. Uno tras otro, los delegados dan cuenta de cómo a pesar de haberse conseguido aplazar la batalla, habían sufrido una dura derrota.

Las masas se sometieron a la resolución de los bolcheviques, pero hubo protestas y manifestaciones de indignación. En algunas fábricas se votó resoluciones censurando al Comité Central. En los barrios obreros los miembros fogosos del partido rompieron sus carnets. Era un aviso serio.

Los conciliadores razonaron la prohibición alegando que los mencheviques preparaban un complot, para el cual se hubieran aprovechado de la manifestación bolchevique aludían a la participación de una parte del Congreso en este complot y a la marcha de tropas contrarrevolucionarias sobre Petrogrado. Era natural que, después de prohibida la manifestación, los bolcheviques exigieran explicaciones respecto al pretendido complot. Los jefes del partido en vez de dar la contestación que se les pedía, acusaron de conspiración a propios bolcheviques. De este modo, salían bastante airoso del asunto.

Hay que reconocer, sin embargo, que en la noche del 10 de junio lo

ciliadores descubrieron, en efecto, un complot que los conmovió profundamente. Era el complot tramado por las masas con los bolcheviques contrariados. No obstante, el hecho de que los bolcheviques se hubiesen dado a las ordenes del Congreso alentó a los conciliadores y permitieron que se convirtiera en furor. Los mencheviques y socialrevolucionarios decidieron dar pruebas de una feroz energía. El 10 de junio, ellos y los mencheviques decidieron: Es hora ya de denunciar a los leninistas contrarios a la revolución. El representante que habló en el Congreso de nombre del Comité Ejecutivo, pidió que los cosacos apoyaran al Soviet contra los bolcheviques. El presidente, que era el atamán del Ural, Durov, testificó: Los cosacos estaremos siempre al lado del Soviet. Los reaccionarios para dar la batalla a los bolcheviques, estaban dispuestos a aliarse con el Soviet, para luego poderlo estrangular de un modo más seguro.

El 11 de junio se reúne un tribunal imponente: el Comité Ejecutivo, miembros de la presidencia del Congreso, los dirigentes de las fracciones, cien personas en total. Como siempre, el papel del fiscal corre a cargo de Tsereteli, quien exige furiosamente que se tomen medidas severas, y amenaza a Dan, dispuesto siempre a atacar a los bolcheviques, pero que debía decidirse a exterminarlos. Lo que ahora hacen los bolcheviques ya de los límites de la propaganda ideológica, para convertirse en hechos. Que nos dispensen, pero ha llegado la hora de adoptar otros métodos. Hay que desarmar a los bolcheviques, no pueden dejar en sus manos los abundantes recursos técnicos de que hasta ahora han dispuesto. No podemos dejar en sus manos las ametralladoras y las armas. No toleraremos ningún complot. Resonaba aquí una nueva nota: desarmar a los bolcheviques ¿qué significaba, en realidad, desarmar a los bolcheviques? Sujetándose a hablar de esto: No hay que olvidar que los bolcheviques no tienen depósito propio de armas. Estas se hallan en poder de los soldados reaccionarios, que en su imponente mayoría siguen a los bolcheviques. Desarmar a los bolcheviques no puede significar más que desarmar al proletariado. Hacer a síquiera esto, pues habrá que desarmar también a las tropas.

Como se ve, se acerca el momento clásico de la revolución, ese momento en que la democracia burguesa, acosada por la reacción, pretende hacer a los obreros que han asegurado el triunfo de una causa revolucionaria. Los reaccionarios demócratas, entre los cuales había gentes leales, ponían involuntariamente sus simpatías en los desarmados, nunca en los que desarmaban, cuando los libros leían estas cosas, pero cuando el problema se planteaba en la realidad tangible, las cosas cambiaban. El hecho de que fuera Tsereteli el revolucionario que se había pasado varios años en presidio, que todavía era un zimmerwaldiano, quien emprendiera el desarme de los obreros, era cosa fácil de comprender. La sala, al oírlo, se quedó estupefacta. Cuando, los delegados de las provincias parecían darse cuenta de que le estaban empujando al abismo. Uno de los oficiales tuvo un ataque histérico.

No menos pálido que Tsereteli, Kámenev se puso en pie y exclamó:

un tono de dignidad cuya fuerza impresionó al auditorio: Señor ministro, lanzo usted sus palabras al viento, no tiene derecho a limitarse a amenazar; deténgame usted y sométame a proceso por conspirar contra la revolución. Los bolcheviques abandonaron la sala en señal de protesta, negándose a tomar parte en el escarnio de que se hacía objeto a su partido. La tensión en la sala se hace insostenible.

Liber acude en auxilio de Tsereteli. Al furor contenido sucede en él el furor histórico. Liber exige que se adopten medidas implacables. Si se le sigue la masa que está con los bolcheviques, romperá con el bolchevismo. Pero se le escucha sin ninguna simpatía, y basta con un cierto sentimiento de hostilidad.

Lunacharski, siempre impresionable, intenta encontrar inmediatamente palabras que no desentonen de los sentimientos de la mayoría: si bien los bolcheviques aseguraban que su intención no era otra que celebrar una manifestación pacífica, a él la propia experiencia le había enseñado que era necesario organizar la manifestación. Pero no había por qué agudizar el conflicto. Lunacharski irrita a los amigos sin conseguir calmar a los adversarios.

No vamos contra las tendencias izquierdistas dice jesuiticamente el jefe más experimentado, pero, al mismo tiempo, el más estoril de todos nosotros. Nuestro enemigo es la contrarrevolución. No tenemos la culpa de que detrás de vosotros acechen los agentes de Alemania. Aquella alusión a los alemanes no tenía más objeto que suplir la carencia de argumentos. Hubiera sido decir que entre todos ellos no podían aportar el nombre de un solo agente de sueldo de Alemania.

Tsereteli propone a asestar el golpe. Dan no quiere a más que levantarse. Consciente de su impotencia, el Comité Ejecutivo se asoció a la propuesta del segundo. La resolución que se sometió al Congreso al día siguiente tenía el carácter de una ley de excepción contra los bolcheviques, pero sin consecuencias prácticas inmediatas.

Después de la visita girada a las fábricas y a los regimientos por los delegados rezaba la declaración escrita elevada al Congreso por los bolcheviques no puede haber la menor duda de que si la manifestación no se celebró no ha sido precisamente porque vosotros la hubieseis prohibido, sino porque nuestro partido la suspendió... La ficción del complot militar denunciado por un miembro del Gobierno Provisional para desarmar al proletariado de Petrogrado y disolver la guarnición de la capital... Aun desde que el poder del Estado pasara íntegramente a manos del Soviet por el momento de vista que nosotros defendemos y éste intentara poner trabas a nuestras campañas, esto nos obligaría, tal vez, no a someternos pasivamente, sino a aceptar la cárcel y cualesquiera otras sanciones en aras de la idea de la revolución internacional que nos separa de vosotros.

La mayoría y la minoría del Soviet se enfrentaron durante aquellos días como preparándose a librar la batalla decisiva. Pero, en el último momento, los dos bandos dieron un paso atrás. Los bolcheviques renunciaron a celebrar

manifestación: los conciliadores, a desarmar a los obreros.

A Tsereteli le dejaron en minor a sus huestes. Sin embargo, no p garse que, a su manera, ten a raz n. La pol tica de alianza con la l llegado a un punto en que era necesario reducir a la impotencia a l rebeldes. nicamente desarmando a los obreros y a los soldados pod se la pol tica del bloque hasta el anhelado fin, o sea hasta la ins rØgimen parlamentario de la burgues a. Pero Tsereteli, aun teniendo impotente para imponerla. Ni los soldados ni los obreros hubieran e voluntariamente las armas. No hubiera habido mÆs remedio que emplea tra ellos la fuerza. Tsereteli no ten a ya fuerza para tanto. Para que la hab a en algøn lado, hubiera tenido que pactar con la reacci una vez aniquilado el partido bolchevique, se habr a cuidado, sin p tiempo, de hacer lo mismo con los s viets conciliadores, y pronto l cho saber a Tsereteli que Øl no era mÆs que un simple ex presidiari rumbo tomado mÆs tarde por los acontecimientos demuestra que tampoc reacci n dispon a de la fuerza necesaria.

Tsereteli basaba pol ticamente lanecesidad de dar la batalla a viques en el hecho de que, segøn Øl, Østos divorciaban al proletari campesinos. MÆrtov le objet : No es del seno de la masa campesina y mente de donde Tsereteli toma sus ideas . El grupo de los kadetes d el grupo de los capitalistas, el grupo de los terratenientes, el gr perialistas, la burgues a de los pa ses occidentales: Øsos son los desarme de los obreros y los soldados. MÆrtov ten a raz n: en la hi las clases poseedoras se atrincheran no pocas veces, para hacer pro intereses, detrÆs de los campesinos.

Desde el d a en que vieran la luz las tesis de abril mantenidas el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos fue argumento de todos los que pugnaban por tirar para atrÆs la revoluc explica perfectamente que Lenin comparase a Tsereteli con los viej viques .

En uno de sus trabajos publicados en 1917, Trotsky escrib a, a e p sito: El aislamiento en que se encuentra nuestro partido con res socialrevolucionarios y mencheviques, por radical que sea, llevado ta detrÆs de los muros carcelarios, no significa, ni mucho menos, e to del proletariado con respecto a las masas oprimidas de la ciudad po. Al contrario, la recia oposici n de la pol tica del proletariado contra la pØrfida pol tica de concesiones de los actuales dirigente lo ænico que puede trazar una diferenciaci n pol tica salvadora en de campesinos, arrancar a los campesinos pobres a la direcci n trai los labriegos socialrevolucionarios acomodados y convertir al prole cialista en el verdadero caudillo de la revoluci n popular triunfan

Y, sin embargo, aquel argumento, falso hasta la mØdula, de Tsero sult tener una gran fuerza vital. En v speras de la revoluci n de vi a levantar cabeza con fuerza redoblada, como el argumento que e

muchos viejos bolcheviques contra la toma del poder. Años después, a raíz de la reacción ideológica contra las tradiciones de octubre, la figura de Tsereteli se convirtió en la principal arma teórica de la escuela de los conciliadores.

En la misma sesión del Congreso de los Soviets, que conoció el proceso contra los bolcheviques, el representante del menchevismo que cuando menos se esperaba, que para el próximo domingo, 18 de junio, se organizase en Petrogrado y en las ciudades más importantes una manifestación de obreros y soldados, para patentizar a los enemigos la unidad y la fidelidad a la democracia. La proposición, aunque dejó un poco perplejo al Congreso, fue aceptada. Un mes después, Miliukov explicaba de un modo bastante plausible este inesperado cambio de frente de los conciliadores: Después de proferir en el Congreso de los Soviets discursos de tono liberal, después de haber organizado la manifestación armada del 10 de junio..., los ministros socialistas sintieron la sensación de que habían ido demasiado lejos en su acercamiento a un campo, de que empezaba a faltarles el terreno en que pisaban. Entonces se asustaron y dieron un viraje hacia los bolcheviques. Claro está que al intento de organizar una manifestación para el 18 de junio no era precisamente un viraje hacia los bolcheviques, sino algo muy distinto: una tentativa de atraer a las masas contra el bolchevismo. El momento nocturno con los obreros y los soldados les había producido una impresión bastante fuerte a los dirigentes de los Soviets. Así se explica que, abandonando los procedimientos imperantes al abrirse el Congreso, se publicase atropelladamente, en nombre del gobierno, un decreto disolviendo la Duma y convocando la Asamblea Constituyente para el 30 de septiembre próximo. Las divisas de la manifestación habían sido concebidas de modo que no suscitaban la irritación de las masas en general, Convocación inmediata de la Asamblea Constituyente, República Democrática. Nipalabra acerca de la ofensiva ni de la coalición. Lenin preguntaba en Pravda: ¿Qué se ha hecho, señores, de aquella confianza absoluta en el Gobierno Provisional? ¿Por qué la lengua se os pega al paladar? Estas ironías daban en el blanco: en efecto, los conciliadores no se atrevían a exigir de las masas que depositasen su confianza en el gobierno de que habían parte.

Los delegados soviéticos, después de recorrer por segunda vez las fábricas obreras y los cuarteles, en vísperas de la manifestación, dieron informes muy alentadores al Comité Ejecutivo. Tsereteli, a quien estos informes devolvieron la serenidad y la afición a desempeñar el papel de mentor, se dio en estos términos a los bolcheviques: Ahora tenemos ocasión de pasar revista a nuestras fuerzas de un modo franco y honrado... Ha llegado la hora de que nosotros todos a quien sigue la mayoría: si a vosotros o a nosotros. Los bolcheviques aceptaron el reto aun antes de que fuera formulado de un modo tan prudente. Acudiremos a la manifestación de Pravda para luchar por las mismas consignas por las que queremos manifestarnos el día 10 de junio.

Pensando seguramente en el entierro de marzo, que había sido, por lo menos exteriormente, una grandiosa manifestación de unidad de la democracia

la ruta trazada para Østa conduc a tambiØn al Campo de Marte, a las de las v ctimas de febrero. Pero la ruta era lo ænico que recordaba nos d as de marzo. Tomaron parte en la manifestaci n cerca de cuatro mil personas: muchas menos, por tanto, que en el entierro de esta taci noviØtica no s lo estaba ausente la burgues a, aliada de los s no que lo estaban tambiØn los intelectuales radicales, que en las o de la democracia hab an ocupado un puesto tan preeminente. En sus f maban casi exclusivamente los cuarteles y las fÆbricas.

Los delegados del Congreso, congregados en el Campo de Marte, iban leyendo los cartelones que desfilaban ante ellos. Las primeras divisas fueron acogidas medio en broma. Era natural que as fuese no la v spera, Tsereteli hab a lanzado su reto con tanta firmeza. Lo m estas consignas se repet an profusamente: ¡Abajo los diez ministros! ¡Abajo la ofensiva! , ¡Todo el poder a los s viets! . La sonrisa borrÅse de los rostros. Las banderas bolchevistas iban desfilando, otras, en procesi n inacabable. Los delegados no las ten an todas como triunfo de los bolcheviques era demasiado evidente para negarlo. Cuando dice SujÆnov aparecen entre las banderas y las columnas bolcheviques las divisas espec ficamente socialrevolucionarias y soviØticas perd an entre la masa . Al d a siguiente, el rgano oficioso del S cuenta del furor con que en algunos sitios hab an sido destrozadas las banderas con las consignas pidiendo un voto de confianza para el Gobierno Provisional. En estas palabras hay una evidente exageraci n. Por la sencillez que s lo tres peque os grupos portaban cartelones de homenaje al Gobierno Provisional: eran amigos de PlejÆnov, el regimiento de cosacos y un grupo de intelectuales afilados al Bund. Este tr o combinado que, por los elementos que lo integraban, produc a la impresi n de un hecho pol tico que rec a no tener mÆs finalidad que poner al descubierto, para que todo lo viese, la impotencia del rØgimen. Ante los gritos de protesta multitud, los amigos de PlejÆnov y los del Bund se vieron obligados a leer los cartelones. La bandera de los cosacos que mostraron mÆs tozudez fue arrebatada y destrozada por el pÆblico.

Lo que hasta ahora no era mÆs que un arroyuelo Izvonenka se ha convertido en un caudaloso r o, cada vez mÆs hinchado y que anda con desbordarse . Se trataba de la barriada de Vyborg, cubierta tod las banderas bolcheviques con la inscripci n: ¡Abajo los diez ministros! . Una de las fÆbricas tremolaba un cartel n que dec a as : El proletariado estÆ por encima del derecho de propiedad . Esta divisa no obedec a los deseos del partido.

Los delegados de las provincias, aturdidos, buscaban a los jefes con los ojos. stos rehu an la mirada o se escabull an buenamente. Los bolcheviques asediaban a preguntas a los provincianos. ¿Se parece esto, acaso, a lo que se hizo en el caso de conspiradores? Los delegados de las provincias conven an en que no lo parec an. No pude negarse que en Petrogrado sois una fuerza

conocían en un tono bastante distinto del adoptado en la sesión oficial del Congreso pero no ocurre lo mismo en las provincias ni en el frente. Allí se contestaban los bolcheviques, que pronto se llegaron también a ver en su turno y se alzaron en las provincias los mismos cartelones.

Durante el desfile escribía el viejo Plejánov, yo estaba en el lado de Marte, al lado de Chjeidze. Por su semblante, veía que no se engañaba lo más mínimo respecto a la significación de aquella profusión asombrada de cartelones pidiendo el derrocamiento de los ministros capitalistas. Y subrayaba deliberadamente esa significación de las órdenes verdaderas y autoritarias con que se dirigían a algunos de los representantes que desfilaron ante nosotros con aire triunfal.

Desde luego, los bolcheviques tenían motivos para estar satisfechos al ver que, gracias a los cartelones y las divisas de los manifestantes de la calle de Gorki, la manifestación del domingo ha puesto de relieve el éxito completo alcanzado por el bolchevismo entre el proletariado petersburgués. Era, en efecto, un gran triunfo, obtenido, además, en la palestra escolar del propio adversario. El Congreso de los Soviets, después de aprobar la resolución de aceptar la coalición y anatemizar a los bolcheviques, se aventuró a salir a la calle a las masas. Estas acudieron y le dieron la cara: votaron a favor de la ofensiva y contra la coalición. Estamos al lado de los bolcheviques en el balance político de la manifestación de junio. Y se explica que el propio Miliúkov, los mencheviques, iniciadores de la manifestación, preguntara melancólicamente al día siguiente: ¿A quién se le ocurrió esta desdichada idea?

Naturalmente que no todos los obreros y soldados de la capital tomaron parte en la manifestación, como tampoco todos los manifestantes eran bolcheviques. Pero lo evidente era que nadie quería la coalición. Los obreros aun al bolchevismo no sabían cómo oponerle, razón por la cual su actitud se tornaba en expectante neutralidad. No pocos mencheviques y socialdemócratas, que aún no habían roto con sus partidos pero que habían perdido la confianza en sus consignas, abrazaban las de los bolcheviques.

La manifestación del 18 de junio produjo una inmensa impresión en los propios manifestantes. Las masas vieron que el bolchevismo se convertía en una fuerza, y los vacilantes se sintieron atraídos hacia él. En Moscú, Yekaterinoslav y muchas ciudades provinciales, las manifestaciones produjeron un relieve los inmensos avances conseguidos por los bolcheviques sobre las masas. Por todas partes surgieron los mismos lemas, clavados en el mismo delirio del régimen de Febrero. Había que sacar las consecuencias de todo esto y recordar que ya los conciliadores no tenían salida del atolladero, cuando a esta hora, vino en su auxilio la ofensiva.

El 19 de junio, la avenida Nevski presenció varias manifestaciones políticas organizadas por los kadetes y con retratos de Kerenski por banderas. El propio Miliúkov confiesa que estas manifestaciones se parecían tan poco a lo que desfilara por aquellas mismas calles el día anterior, que al ser el entusiasmo se unió involuntariamente la desconfianza. ¡Sentimiento

timo! Pero los conciliadores respiraron tranquilos. Su pensamiento se inmediatamente por encima de las dos manifestaciones, como la esencia s ntesis democrática. Esta gente estaba condenada a apurar hasta las h copa de las decepciones y de la humillaci n.

En abril hab an chocado en la calle dos manifestaciones: la revolu y la patri tica, y el choque produjo v ctimas. Las manifestaciones adv 18 y del 19 de junio se sucedieron la una a la otra. Esta vez no lleg la pugna violenta. Pero ya no se pod a evitar que estallase. Lo que se ónicamente aplazarla hasta dos semanas despuØs.

Los anarquistas, que no sab an c mo manifestar su fiera independen se aprovecharon de la manifestaci n del 19 de junio para asaltar la ca Vyborg. Los detenidos, presos comunes en su mayor a, fueron puestos en bertad, sin combate ni v ctimas. El ataque no cog a desprevenida, mani mente, a la administraci n, que no ofreci la menor resistencia a la a de los anarquistas reales y supuestos. Este enigmático episodio no ten que ver con la manifestaci n. Pero la prensa patri tica lo mezcl todo convino. Los bolcheviques propusieron en el Congreso de los S viets qu abriera una informaci n rigurosa para averiguara como hab an podido p en libertad 460 presos de delitos comunes. Pero los conciliadores no p permitirse este lujo, pues tem an chocar con los representantes de la ridad administrativa y con sus aliados del bloque. AdemÆs, no ten an e deseo de defender contra las calumnias malignas a la manifestaci n org da por ellos.

El ministro de Justicia, Perevedzev, que unos d as antes se hab a de oprobio en el asunto de la villa de Durnovo, decidi tomarse la rev so pretexto de buscar a los reclusos evadidos, volvi a asaltar la dic anarquistas ofrecieron resistencia y, durante el tiroteo que se abri result muerto uno de ellos, la villa qued destrozada. Los obreros de rriada de Vyborg, que consideraban como suya esta casa, dieron la voz ma. En algunas fÆbricas abandonaron el trabajo. La alarma se extendi otros barrios y hasta por los cuarteles.

Los æltimos d as de junio se caracterizan por un estado constante vescencia. El regimiento de Ametralladoras estÆ dispuesto a lanzarse i tamente al ataque contra el Gobierno Provisional. Los huelguistas reco cuarteles invitando a los soldados a echarse a la calle. Una manifesta protesta, formada por campesinos con uniforme de soldados, muchos ya c sos, recorre las calles: son hombres de cuarenta aæos, que exigen que jen marcharse a los trabajos del campo. Los bolcheviques se pronuncia la acci n inmediata: la manifestaci n del 18 de junio ha dicho todo lo n a que decir: para obtener un cambio, no bastaba con manifestaciones, hora del golpe decisivo no hab a sonado aæn. El 22 de junio, los bolch dirigen un llamamiento a la gu No atiende a las invitaciones que os hagan para que os echØis a la calle en nombre de la Organizaci n Milit frente llegan delegados que se lamentan de los actos violentos y de la

ciones de que son vctimas los soldados. La amenaza de disolver los
tos insumisos no consigue más que echar leña al fuego. En muchos r
tos, los soldados duermen con las armas al brazo, dice una declara
vada por los bolcheviques al ComitØ Ejecutivo. Las manifestaciones
no pocas veces armadas, provocan colisiones en las calles. Son pequ
cargas de electricidad acumulada. Ninguno de los bandos se decide a
prender la ofensiva: la reacci n es demasiado dØbil y la revoluci n
una confianza absoluta en sus fuerzas. Pero tal parece que las call
dad estÆn regadas con materias explosivas. Flota en el ambiente la
del choque. La prensa bolchevique explica y frena. La prensa patri
rioriza su inquietud lanzÆndose a una campaa desenfrenada contra l
viques. El 25 de junio, Lenin escribe: Los salvajes aullidos de fu
contra los bolcheviques son el gemido de los kadetes, los socialrev
y los mencheviques por su propia impotencia. Tienen la mayor a. Est.
poder. Forman un bloque. Y ven que, a pesar de todo, no pueden nada
mo no han de ponerse furiosos contra los bolcheviques? .

XXIII. Conclusión

En las primeras páginas de este trabajo hemos intentado poner de manifiesto cuán profundamente enraizada estaba la revolución de Octubre en las condiciones sociales de Rusia. Nuestro análisis no ha sido construido, ni más que retrospectivamente a la vista de los acontecimientos consumados, es a la revolución. Y data incluso del año 1905, que le sirvió de pretexto.

Hemos aspirado en estas páginas a demostrar cómo actuaron las fuerzas sociales de Rusia sobre los acontecimientos de la revolución. Hemos intentado describir la actuación de los partidos políticos en sus relaciones con las clases trabajadoras y las antipatías del autor pueden dejarse a un lado. Una exposición histórica tiene derecho a exigir que se reconozca su objetividad si, basándose en hechos contrastados con precisión, pone al desnudo el nexo intrínseco que une en el plano del proceso real de las relaciones sociales. Las leyes que presiden este proceso y que salen a la luz en esa exposición son comprobación de su objetividad.

Por el momento, los acontecimientos de la revolución de Febrero que hemos hecho desfilar ante los ojos del lector han confirmado el pronóstico, por lo menos a medias, por el método de las eliminaciones sucesivas de que el proletariado subiera al poder, la vida se encargó de probar y desechar por inservibles todas las demás variantes del pronóstico.

El gobierno de la burguesía liberal, con su régimen democrático, resultó ser un completo fracaso. Las Jornadas de Abril fueron el primer golpe que la revolución de Octubre daba a la de Febrero. Después de este gobierno Provisional burgués cede el puesto a un gobierno de coalición. La esterilidad no pasa de a sin que se ponga de manifiesto. En la manifestación de junio, desencadenada por el propio Comité Ejecutivo, aunque, la verdad sea dicha, no de un modo totalmente voluntario, la revolución de Febrero dirige sus fuerzas con la de Octubre y sufre una derrota cruel. Esta derrota es doblemente fatal por ocurrir en las calles de Petrogrado y haber sido perpetrada por aquellos mismos obreros y soldados que habían hecho la revolución de Octubre, que luego les fue arrebatada de las manos por el resto del país. La victoria de junio demostró que los obreros y soldados de Petrogrado marchaban hacia una segunda revolución, cuyas aspiraciones aparecían inscritas en sus banderas. Había signos inequívocos de que el resto del país seguía, con el retraso inevitable, las huellas de Petrogrado. Al cuarto mes de

revolución de Febrero había dado ya políticamente todo lo que podía dar. Los conciliadores habían perdido la confianza de los obreros y los soldados. El choque entre los partidos dirigentes de los soviets y las masas soviéticas era inevitable. Después de la manifestación del 28 de junio, que fue una victoria pacífica de los efectivos de las dos revoluciones, la pugna irreconciliable entre una y otra tenía que tomar inexorablemente un carácter declarado y abierto.

Así surgieron las Jornadas de Julio. Dos semanas después de la manifestación organizada desde arriba, aquellos mismos obreros y soldados se fueron ya a la calle por propia iniciativa y exigieron del Comité Ejecutivo que tomara el poder. Los conciliadores se negaron a ello rotundamente. Las Jornadas de Julio acarrearón encuentros violentos en las calles, con víctimas y terminaron con una represión despiadada contra los bolcheviques, a los que se declaró responsables de la inconsistencia del régimen de Febrero. Decretos que habían formulado Tsereteli el 11 de junio y que entonces fueron rechazados, se declararon válidos y se decretó a los bolcheviques fuera de la ley y desarmarlos se llevó a la práctica en toda su integridad a principios de julio. Los periódicos bolcheviques fueron clausurados y se procedió a la disolución de los regimientos bolcheviques. Se les quitaron las armas a los obreros. Los jefes del partido fueron considerados agentes a sueldo del estado mayor alemán. Unos se escondieron, otros fueron a dar con sus huesos en la cárcel.

Pero en este triunfo obtenido en julio por los conciliadores sobre los bolcheviques, fue precisamente donde se puso de manifiesto, en toda su magnitud, la impotencia de la democracia. Los demócratas se vieron obligados a luchar contra los obreros y los soldados a tropas abiertamente contrarrevolucionarias, enemigas no sólo de los bolcheviques, sino también de los soviets. El Comité Ejecutivo no contaba ya con tropas propias.

Los liberales sacaron de esto una conclusión muy certera, que Miliúkov se encargó de formular en forma de dilema: ¿O Kornlov o Lenin! . En efecto, la revolución no había ya sitio para la aurea mediocridad. ¿O ahora o nunca dijo la contrarrevolución. Y el generalísimo Kornlov se alzó en armas contra la revolución sólo pretexto de dar la batalla a los bolcheviques. Del mismo modo que antes de la revolución no había forma de oposición legal que no se cubriera con el manto del patriotismo, es decir, de la necesidad de dar la batalla a los alemanes, después de la guerra, las diferentes formas y modalidades de contrarrevolución legal se amparaban todas en la necesidad de dar la batalla a los bolcheviques. Kornlov contaba con el apoyo de las clases poseedoras y del partido es decir, de los kadetes. Pero esto no fue obstáculo antes de que tuviera lugar a que las tropas enviadas por Kornlov sobre Petrogrado fuesen vencidas sin combate, a que capitularan sin luchas, evaporándose como una gota de agua al caer sobre una plancha al rojo. De este modo, se realizaba y fracasaba también el experimento de un golpe de Estado derechista, dado, además, por un hombre que se hallaba al frente del ejército el balance de fuerzas entre las clases poseedoras y el pueblo fue contrastado sobre la acción.

dilema Korn lov o Lenin , el general cay a tierra como un fruto p que Lenin se viera obligado, por el momento, a permanecer-en un apa c n.

¿QuØ variante quedaba, despuØs de esto, que no se hubiese intent sometido a prueba? S lo quedaba la variante del bolchevismo. Efecti despuØs de la intentona de Korn lov y de su lamentable fracaso, las yen en tropel a los bolcheviques, y esta vez definitivamente. La re Octubre va echÆndose encima por la fuerza de la necesidad f sica. A de la revoluci n de Febrero, calificada de incruenta, aunque en Pet t no pocas v ctimas la revoluci n de Octubre triunfa en la capital deramente, sin derramamiento de sangre. ¿Acaso, despuØs de todo esto nemos derecho a preguntar: quØ mÆs pruebas se quieren de que la rev de Octubre respond a a las profundas leyes de la historia? ¿No es e esta revoluci n s lo pod a parecerles obra de la aventura o de la d aquellos a quienes atacaba en lo mÆs sensible, en el bolsillo? La l ta s lo surgi despuØs de conquistado el poder por los s viets bolc cuando las clases derribadas con Øl, sostenidas materialmente por l nos de la Entente, hacen esfuerzos desesperados por recobrar lo per entonces cuando comienzan los aæos de la guerra civil. Se-levanta e joEl pa s, hambriento, abraza el comunismo de guerra y se-torna en pamento espartano. La revoluci n de Octubre va abriØndose-paso palm mo, bate y rechaza a todos sus enemigos, emprende la soluci n de su mas econ micos, se cura de las heridas mÆs sensibles de la guerra i y de la guerra civil y alcanza los mÆs grandes triunfos en el terre arrollo industrial. Ante ella se alzan, sin embargo, nuevas dificul das de su aislamiento y del bloqueo de los potentes pa ses capitali rodean. El rezagamiento hist rico que ha exaltado al proletariado r der, plantØale problemas que, por su misma esencia, no pueden tener ntegramente dentro de las fronteras de un pa s aislado. Por eso, l de este Estado estÆn ntimamente unidos al rumbo de la historia del

Este primer volumen, dedicado a la revoluci n de Febrero, demues mo y por quØ esta revoluci n ten a que fracasar. El segundo volumen trarÆ c mo y por quØ triunf la revoluci n de Octubre.

1. B cher, Karl (1847-1930): economista burguØs alemÆn, representante de la escuela l la filosof a pol tica.

Apéndice I. Al capítulo Las características del desarrollo de Rusia

El problema de las características particulares de la historia de Rusia, y, especialmente, de sus futuros destinos fue, durante casi todo el siglo XIX, el tema de todas las discusiones y agrupaciones de la intelectualidad rusa. La esclavitud y el occidentalismo daban al problema soluciones opuestas, pero igualmente categóricas. Luego, vinieron a ocupar su lugar los marxistas. Los primeros, antes de desvirtuarse de un modo definitivo bajo el influjo del liberalismo burgués, habían sostenido tenazmente y durante mucho tiempo la tesis de que Rusia seguía a unos derroteros históricos propios y aislados, al margen del capitalismo. En esta tesis se veía, a la vez, la continuación de la tradición eslavo-filista, aunque limpiándola de los elementos morales clerical-panslavistas e infundiéndole un carácter revolucionario y de

En el fondo, las concepciones de la esclavofilia, con toda su fantasmagórica reaccionaria, lo mismo que las ideas de los liberales, con todas sus ilusiones democráticas, no eran, ni mucho menos, puras especulaciones, sino que se basaban en ciertas peculiaridades indiscutibles y además profundas, aunque oficialmente interpretadas y mal ponderadas de la historia de Rusia. En el primer capítulo de su obra, el marxismo ruso, demostrando que las leyes que presiden la evolución histórica eran las mismas en todos los países, el autor, con harta frecuencia en dogmático rutinarismo, propendiendo, como dice él mismo, a vaciar el agua de la bañera con el niño incluido. Esta propensión se manifiesta con bastante elocuencia, en no pocos trabajos del conocido profesor Pokrovski.

En 1922, Pokrovski se lanzó sobre la concepción histórica del autor de la obra, que sirve de base a la teoría de la revolución permanente. Como es natural, cuando menos para aquellos lectores que no sólo se interesan por la trama dramática de los acontecimientos, sino también por la doctrina de la revolución, reproducir aquí los pasajes más importantes de nuestra contestación al profesor Pokrovski, publicada en el órgano central del partido, del 1 y 2 de julio de 1922.

En torno a las características peculiares del desarrollo histórico de Rusia

Pokrovski ha publicado un artículo dedicado a mi libro, el cual viene a probar, con pruebas desgraciadamente negativas, cuán complicado es aplicar los métodos del materialismo histórico a la historia humana viva, y que los hombres tan bien informados como Pokrovski no pueden por menos deducir a veces la historia a patrones preestablecidos.

El libro criticado por Pokrovski nace del deseo de razonar históricamente la consigna de la conquista del poder por el proletariado no sólo frente al régimen de la república democrático-burguesa, sino frente a la consigna de un gobierno democrático del proletariado y de los campesinos... El razonamiento provoca la más franca indignación entre los marxistas, o, mejor dicho, de una mayoría abrumadora. Estaba sólo prendido en los mencheviques, sino hasta en Kamenév y el historiador vique Rozhkov. Su punto de vista, expuesto en términos generales, es éste: el régimen político de la burguesía debe necesariamente preceder al político del proletariado. La república democrático-burguesa tiene fuerza, una larga escuela histórica en la que el proletariado se dio cuenta de que la tentativa de saltar por encima esta etapa no es más que aventurerismo. La clase obrera de los países de Occidente no ha conquistado todavía el poder. ¿Puede enfrentar con este objetivo al proletariado ruso? Y así sucesivamente.

A los pseudomarxistas, que no saben más que aplicar unos cuantos patrones históricos y un catálogo de analogías formales, convirtiendo las etapas en una sucesión lineal de categorías sociales (feudalismo, capitalismo, socialismo, autocracia, república burguesa, dictadura del proletariado) natural que la conquista del poder por la clase obrera rusa se les da por hecho, no podía ser de otro modo, una monstruosa abjuración del marxismo. Sin embargo, un balance empírico, pero serio, de las fuerzas sociales tal como se desarrollaron en los años 1903-1905 demostraba ya, con una evidencia imperiosa, la savia vital que se encerraba en la lucha por la conquista del poder por la clase obrera. Deseo saber si esta es o no una característica peculiar del proceso histórico del país, y deseamos de qué modo y por dónde este proceso se le plantea precisamente al proletariado de Rusia es decir, del punto de vista de Pokrovski más atrasado de Europa.

¿Y en qué consiste en rigor, el atraso de Rusia? ¿Acaso en que no es otra cosa que copiar, sólo que con cierto retraso, la historia de los países occidentales? ¿Cómo, entonces, podrá hablarse de la conquista del poder por el proletariado ruso? No se olvide que nosotros tomamos la libertad de decir que el proletariado ruso está en el poder. ¿Cómo se explica esto? Se explica, sencillamente, por el hecho de que, presionado e influenciado por el nivel más alto de la cultura occidental, el indiscutible e indiscutido hecho de Rusia no arroja una repetición pura y simple del proceso histórico.

2. Guilda era una corporación de comerciantes, forma habitual de asociación durante la Edad Media. Sería equivalente a los gremios de artesanos. [NDT.]

cidente, sino que engendra profundas peculiaridades, dignas de especial estudio.

El profundo rasgo distintivo de nuestra situación política, gracias al cual pudo triunfar la revolución de Octubre antes de que comenzase la revolución en Europa, estribaba en la peculiar correlación de fuerzas que mediaba entre las distintas clases y el poder del Estado. Cuando Pokrovski y Rozhkov discutían con los liberales y demostraban que la organización y la política del zarismo obedecían a la evolución económica de los intereses de las clases poseedoras, decían, en substancia, la verdad al pugnar por repetir la misma tesis contra mí, Pokrovski dispara en falso.

Consecuencia de nuestro atraso histórico, en las condiciones en que se colocó el cerco imperialista, fue que nuestra burguesía no tuviese tiempo para dar el empujón al zarismo antes de que el proletariado se erigiera en fuerza revolucionaria independiente.

Pero, para Pokrovski no existe, por lo visto, este problema que es el eje de toda la investigación...

Pokrovski dice: Sería muy tentador pintar la Rusia moscovita del siglo XVII sobre el fondo de todo el régimen europeo de la época. Nada mejor para destruir el prejuicio arraigado, hasta entre los marxistas del primitivismo económico sobre que se erigió la autocracia rusa. Y más adelante: El estudio de esta autocracia en su verdadero entronque histórico, como uno de los aspectos del capitalismo comercial europeo... es un problema de enorme interés, no sólo para el historiador, sino también para el público que lee, como ensayista nada más radical para acabar con esa leyenda de las peculiaridades del proceso histórico de Rusia. Como vemos, Pokrovski niega en redondo el primitivismo y el atraso de nuestro desarrollo económico, a la par que cae en la leyenda de las peculiaridades del proceso histórico ruso. La verdadera esencia de la cosa está en que Pokrovski, al igual que Rozhkov, se deja fascinar por la envergadura alcanzada, relativamente considerable, por el comercio en Rusia del siglo XVI. Se hace casi imposible creer que pueda caer en ese error, cabe suponer que el comercio sea la base de la vida económica y su criterio infalible. Hace unos veinte años el economista alemán ~~Ent~~ ~~Karà~~ ~~B~~cher descubrió en el comercio o sea en la senda que va del productor al consumidor el criterio normativo de todo el desarrollo económico. Struve se inclinó naturalmente, a trasplantar este descubrimiento a la ciencia económica. Ya por aquel entonces, los marxistas hubieron de rechazar, como erróneo y general, la teoría de Bcher. Para nosotros, los criterios del desarrollo económico que buscarlos en la producción en la técnica y en la organización del trabajo el camino recorrido por la mercancía de manos del productor las cosas mismas no pasa de ser, a nuestros ojos, un fenómeno de orden secundario. Por lo tanto ya sea que hay que buscar en el régimen mismo de producción.

El gran incremento que, al menos en lo que al espacio se refiere, experimentó el comercio ruso en el siglo XVI, con el criterio de los Bcher y de los otros, se explica precisamente por paradójico que esto pueda parecer por el pri-

vismo y el extremo atraso de la economía rusa. En las ciudades de la Occidental imperaban los gremios de mercaderes y las corporaciones de artesanos. Nuestras ciudades eran, primordialmente, centros administrativos, centros por tanto consumidores y no productores. Aquel régimen artesano y gremial de Occidente se formó cuando el desarrollo económico había alcanzado un nivel relativamente alto, cuando todos los procesos tales de la industria manufacturera se habían desglosado de la agricultura para convertirse en ramas independientes del artesanado, creándose sus propias organizaciones y un centro propio: la ciudad, con su mercado fijo, aunque en los primeros tiempos circunscrito a un determinado territorio. La estructura medieval se formó, por tanto, tomando por base una diferencia relativamente acentuada de la economía, que engendraba relaciones mutuamente encauzadas entre el centro, o sea la ciudad, y la periferia, el campo. En la economía de Rusia, por el contrario, se acusaba muy principalmente el hecho de no haberse destacado el oficio de las labores agrícolas, manteniéndose ambas formas confundidas en el trabajo de pequeños oficios rurales. En este punto, estamos más cerca de la India que de Europa, como también nuestras ciudades medievales estaban más cerca de las asiáticas que de las europeas. En nuestra autocracia, régimen intermedio entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, tenía con éste no pocos puntos de afinidad.

Dada la inmensidad de las distancias y la poca densidad de la población, otro síntoma bastante elocuente de nuestro atraso, el intercambio de productos imponía al capital comercial funciones mediadoras de la mayor importancia. Y esta envergadura se concibe precisamente por el nivel mucho más alto de desarrollo de los países occidentales, por la gran complejidad de las necesidades, que les permitían enviarnos sus comerciantes y sus mercaderes, dando con ello un gran impulso a su circulación en nuestro país, como en la economía primitiva y, en buena parte, bárbara. Quien no vea esta característica peculiar de nuestro desarrollo histórico, la más acentuada de todas, no conoce en absoluto nuestra historia.

Mi patrono siberiano, a cuyo servicio pasé dos meses en el destierro, hablando en sus libros de comercio y de la archinaquel Yakov Andreievich Tcherny y esto no sucedió precisamente en el siglo XVI, sino en los años del XX, reinaba, casi dueño y señor absoluto, en sus dominios, por obra y gracia de sus operaciones comerciales. Yakov Andreievich vendía pieles y productos ahumados a los tunguses y a los popes de los pueblos alejados les compraba el grano de la pitanza, traía percales de las montañas de Irkutsk y de Nizhni-Nivgorod, y, sobre todo, era el proveedor de agua para aquel entonces en la provincia de Irkutsk no se había implantado todavía el monopolio). Yakov Andreievich, mi patrono, que no sabía leer ni escribir, era un millonario millonario de los de entonces, cuando los cerros pesaban más de lo que pesan los cerros de ahora. Su dictadura, que era la dictadura comercial, no admitía discusión. A los tunguses les llamaba siempre pequeños. Las ciudades de Kirensk, de Vercholensk y de Nizhni-Ilimsk

sidencias de pravniks (jefes de policia o comisarios), de unos cuantos kulaks entre los que mediaba una dependencia jerarquica mutua y un puñado de mseros artesanos y humildes empleados publicos. No pude encontrar con un solo oficio organizado que fuese la base de una vida economica, ni gremios, ni fiestas corporativas, aunque Yakov Andreievich ostentase el titulo honorifico de mercader de la Segunda. Lo que el contacto con la realidad siberiana nos pone delante de los ojos, mas que todo, es que cuanto pueda decirnos Pokrovski, las peculiares caracteristicas del desarrollo historico de Rusia. Sin duda alguna, las operaciones comerciales de Yakov Andreievich llegaban desde la mitad aproximadamente del curso del Volga y de sus afluentes orientales hasta Nizhni-Nivgorod, e incluso hasta Moscú, seguramente que no habria en toda la Europa continental muchas empresas que ostenten en sus mapas comerciales distancias tan enormes. Pues, con respecto a aquel dictador comercial, aquel rey de oros, como le llamaba la gente, era la encarnacion mas acabada y convincente de nuestro atraso, de nuestra barbarie, de nuestro primitivismo economico, de la poca densidad de la poblacion, de la dispersion de nuestras aldeas, de las calzadas de tierra que en las pocas del deshielo tienen bloqueadas a aldeas, a distritos y regiones enteras durante dos meses seguidos, del analfabetismo colectivo.

Mi patrono pudo alcanzar aquella supremacia comercial alzandose sobre la base de la barbarie siberiana, sencillamente porque Occidente, desde Moscú, apretaba, arrastrando a Siberia a remolque, engendrando asi una mezcla de primitivismo economico trashumante y de reloj despertador en Varsovia.

El artesanado gremial constituyo la base de la cultura urbana medieval que irradiaba tambien a las aldeas. La ciencia medieval, el escolasticismo, la Reforma, brotaron en el terreno de los gremios. Mas en nuestro pais no sucedio asi. No es dificil, naturalmente, descubrir germen, indicios, pero no debemos olvidar que lo que habia en Occidente no eran tan solo indicios, sino un potente regimen economico-cultural con el artesanado gremial por base. Sobre esta base se erige la ciudad medieval, que luego da la batalla a la Iglesia y a los señores feudales, empleando contra el brazo de la monarquia. Fue esta misma ciudad la que, al inventar la imprenta, sentó las bases técnicas para la creacion de los ejércitos populares.

¿Quó ciudades gremiales habia en Rusia que pudiera ni remotamente pararse a las de la Europa occidental? ¿Dónde estubo en las luchas de economia con los señores feudales? ¿O acaso fue la pugna de la ciudad industrial contra los señores feudales la que sirvió de base para el desarrollo de la autocracia rusa? No en Rusia no hubo tal pugna, por razon del caracter de nuestras ciudades, como no hubo tampoco Reforma. Diga usted si esto es una caracteristica peculiar de nuestro pais.

Nuestros oficios no salieron de la fase del artesano de las aldeas, es lo mismo, no llegaron a desglosarse de la clase campesina. La Reforma

tre nosotros, carente de dirección por parte de las ciudades, no pas rudimentaria de las sectas campesinas. El primitivismo y el atraso claro... lo...

El zarismo no se desarrolló y llegó a organizarse como Estado independiente y para esto, de un modo relativo, dentro de los límites en que consenta la lucha de las fuerzas históricas vivas sobre aquella base económica, gracias, precisamente, a la pugna de las potentes ciudades contra los señores feudales, sino a pesar de la completa anemia industrial de nuestras ciudades y aprovechándose de la anemia de los señores feudales rusos.

Por su estructura social, Polonia se hallaba situada entre Rusia y el Oeste, del mismo modo que Rusia lo estaba entre Asia y Europa. En las ciudades polacas, la organización corporativa de los oficios tomó mucho más arraigo que en las rusas. Pero tampoco consiguieron desarrollarse hasta el punto de ayudar a la monarquía a quebrantar el poder de los señores feudales. El poder del Estado residía por entero en manos de la nobleza. El resultado de esta situación era la potencia absoluta del Estado y disgregación de éste.

Lo que hemos dicho del zarismo rige igualmente con el capitalismo y el proletariado: no comprendemos por qué Pokrovski dirige sus tiros solamente contra el capitalismo. El capitalismo ruso no siguió la trayectoria del artesano al fabricante pasando por la manufactura, porque el capital europeo, el capital comercial y luego el financiero y el industrial, se abalanzó sobre Rusia en una época en que el artesanado no se había desglosado todavía de la agricultura. Así se explica la aparición de una industria capitalista moderna en medio de un panorama de primitivismo económico: de vez en cuando, una fábrica belga o americana, y, en derredor, poblados miserables, chozas de madera y de paja que no pasa año sin que se incendien, y todo por el estilo. Al lado de los tipos más primitivos, los más recientes progresos europeos. De aquí, el retraso, el atraso, el primitivismo político de la burguesía de nuestro país. De aquí la facilidad con que le dimos la batalla. De aquí que las dificultades surgieran al intervenir la burguesía europea en nuestros destinos...

¿Y nuestro proletariado? ¿Ha pasado, acaso, por la escuela de las mandadas medievales de los aprendices y los oficiales? ¿Tiene detrás de sí las tradiciones seculares de los gremios? Nada de eso. A nuestro obrero se le arrojó de la esteva del arado para arrojarlo de la noche a la mañana a la caldera de la fábrica... De aquí la ausencia en él de tradiciones conservadoras, la falta de castas en el seno del proletariado, su lozanía revolucionaria. De aquí, en relación con otras causas, nuestro Octubre, el primer gobierno proletario del mundo. Pero de aquí también la incultura, el atraso, la carencia de organización, de sistema en el trabajo, de educación cultural y todos los defectos todos que palpamos a cada paso en nuestra obra de edificación económica y cultural.

El Estado ruso chocó reiteradas veces con las organizaciones militares de las naciones de Occidente, cimentadas sobre una base económica, política

cultural más alta. También el capital ruso chocó, al aventurar sus pasos, con el capital de Occidente, más desarrollado y poderoso, cayendo bajo su tutela. La clase obrera rusa hubo de dar también sus primeros pasos cuando las armas ya creadas por la experiencia del proletariado occidental fueron usadas por el partido marxista, los sindicatos, el partido político. Quien pretenda entender y la política de la autocracia fijándose sólo en los intereses de las clases poseedoras rusas, olvida que, detrás de los explotadores de Rusia, más atrasados, más pobres, más ignorantes, estaban los explotadores de Europa, más ricos, más cultos, más poderosos. Las clases poseedoras de Rusia eran obligadas a chocar con las clases poseedoras de Europa, hostiles y poderosas. Estos choques ocurrían por medio de la organización del Estado ruso. En Rusia, esta organización era la autocracia. La estructura y la historia de la autocracia habrían sido muy otras si no hubiesen existido las ciudades y la cultura europea pues no fuimos nosotros quienes la inventamos y la llevamos a Europa.

En el último período de su vida, la autocracia no era solamente un instrumento de las clases poseedoras de Rusia, sino que era también una organización de la Bolsa europea para la explotación de nuestro país. Este doble carácter daba una potencia bastante considerable. Expresión elocuente de este hecho es que, para sostener a la autocracia, la Bolsa francesa le concedió en 1905 un empréstito contra la voluntad de la burguesía rusa.

El zarismo salió aniquilado de la guerra imperialista. ¿Por qué? Porque se apoyaba en una base insignificante de producción (primitivismo). Desde el punto de vista militar y técnico, el zarismo se esforzaba en copiar los métodos más perfectos. Los aliados, más ricos y más cultos, le ayudaban en todos los medios. Gracias a esto, el zarismo disponía de los más perfectos instrumentos de guerra. Pero no contaba ni podía contar con medios para producirlos ni para transportarlos lo mismo que las masas humanas con su lentitud sería rapidez por las vías férreas, fluviales y marítimas. Dicho en otros términos, el zarismo defendía los intereses de las clases poseedoras de Rusia en la pugna internacional apoyándose en una base económica más primitiva que la de sus enemigos y aliados.

Durante la guerra, el zarismo esquilmo esta base económica de un despiadado devoramiento tanto por ciento de la riqueza y de la renta que el mucho mayor que el comprometido por sus poderosos enemigos y aliados. Este hecho se tradujo, de una parte, en el sistema de las deudas de guerra y, de otra, en la completa bancarrota de Rusia...

Los lugares comunes de Pokrovski no nos sirven para explicarnos nada más mínimo todas estas circunstancias, a las que se deben de un modo directo la revolución de Octubre, el triunfo del proletariado y las dificultades que éste habrá de tropezar en el poder.

Apéndice II. Al capítulo Cambio de orientación del partido bolchevique

En el diario *New York Mirror* [Nuevo Mundo], que se publicaba en Nueva York para los obreros rusos de Norteamérica, el autor de este libro intentó, a raíz del triunfo de Febrero, dar un análisis y formular un pronóstico del desarrollo de la revolución, basándose en las exiguas informaciones de la prensa norteamericana. No tenemos, acerca de la historia interna de los acontecimientos que se están desarrollando, escribió el autor, el 6 de marzo (viejo calendario) más que las noticias fragmentarias que nos dan los telegramas oficiales. La serie de artículos dedicados a la revolución comienza el 27 de febrero y concluye el 14 de marzo, al salir el autor de Nueva York. Reproducimos, en esta continuación, por orden cronológico, los fragmentos de esta serie de artículos que nos pueden dar una imagen aproximada de las ideas que acerca de la revolución abrigaba el autor al arribar a Rusia el día 4 de mayo.

27 de febrero

Un gobierno, desorganizado, comprometido, incoherente, un ejército desmoralizado, el descontento, la inseguridad y el miedo entre las clases medias, la profunda exasperación de las masas populares, la existencia de un proletariado templado en el fuego de los acontecimientos, -que ha crecido enormemente, todo nos da derecho a afirmar que estamos asistiendo a los comienzos de una segunda revolución rusa. Confiamos en que muchos de nosotros otros podamos ya tomar parte en ella.

3 de marzo

Los Rodzianko y los Miliukov se apresuran demasiado a hablar de revolución. No va a ser tan pronto cuando se aquiete la efervescencia en Rusia. En esa inmensa cárcel de pueblos que es Rusia irá levantándose, capa tras capa, todo el país, se alzarán todas las clases oprimidas y expoliadas por los señores y los gobernantes. Los acontecimientos de Petrogrado no son más que el

1. Es decir, los miembros de la Duma que surgió del golpe de Estado de 3 de junio de 1907.
2. La prensa americana entendió por Gobierno Provisional el comité provisional de la Duma.

cipio. El proletariado revolucionario puesto al frente de las masas solo cumplirá su misión histórica, arrojando de todas sus madrigueras el sistema monárquico y aristocrático y tendiendo la mano al proletariado de toda Europa. Pues no basta acabar con el zarismo, hay que acabar también con la guerra.

La segunda oleada de la revolución pasa ya por encima de las cabezas de los Rodziako y los Miliukov, que solo se preocupan de restablecer el orden y de llegar a un acuerdo con la monarquía. De las entrañas de la revolución surge el órgano revolucionario del pueblo, que marcha hacia la victoria en los principales combates está todavía por librar y los sacrificios por sufrir. Solo tras ellos vendrá el triunfo completo y verdadero.

4 de marzo

El descontento de las masas, contenido durante largo tiempo, ha comenzado tanto en estallar, a los treinta y dos meses de guerra, no porque se haya encontrado ante ellas una barrera política, fuertemente minada en su base por la guerra, sino porque todos los órganos e instituciones liberales, socialpatricios, han ejercido una enorme presión política sobre los trabajadores obreros menos conscientes, inspirándoles la necesidad de la democracia y del orden.

Hasta ahora (después de triunfar la insurrección) no le ha dado el turno a la Duma. El zar intentó disolverla a última hora. Y la Duma se disolvió mansamente, siguiendo el ejemplo de los años anteriores, no pudiendo hacerlo. Pero en las capitales dominaba ya el pueblo revolucionario, el mismo pueblo que se había echado a la calle a luchar contra la voluntad burguesa liberal. El ejército estaba con el pueblo. Y si la burguesía intentaba organizar su poder, las masas obreras insurreccionadas se encargaron de organizar el gobierno revolucionario. La Duma del 3 de febrero se hubiera decidido jamás a arrebatar el poder de manos del zarismo, pero no podía tampoco dejar de explotar en su provecho la situación intermedia que había creado: la monarquía había desaparecido temporalmente de la faz de la tierra y el poder revolucionario no se había formado aún.

6 de marzo

El conflicto abierto entre las fuerzas de la revolución, a cuyo frente está el proletariado de las ciudades, y la burguesía liberal antirrevolucionaria que ocupa temporalmente el poder, es de todo punto inevitable. No es difícil, simplemente, reunir un buen número de palabras insulsas para la tarea a la que se entregan celosamente los liberales burgueses y los pseudosocialistas en torno a las grandes ventajas de la unidad nacional sobre la escisión de semejantes exhortaciones nadie ha conseguido hasta ahora descartar las condiciones sociales ni contener el curso natural de las luchas revolucionarias.

El proletariado revolucionario, ya ahora, sin esperar más, debe crear sus órganos revolucionarios propios, los Soviets de diputados obreros

dos y campesinos, a los rganos ejecutivos del Gobierno Provisional. En la lucha, el proletariado, agrupando a su alrededor a las masas populares, se propone como fin la conquista del poder. Solo un gobierno obrero revolucionario tendrÆ la voluntad y la capacidad necesarias para llevar a cabo durante el periodo preparatorio de la Asamblea Constituyente, un baldeo crÆticoradical en todo el pa s, transformar el ejØrcito de arriba abajo, convertirlo en una milicia revolucionaria y demostrar a las masas campesinas por la fuerza del ejemplo, que su salvaci n estÆ ænicamente en apoyar el regimen obrero revolucionario .

7 de marzo

Mientras estaba en el poder la banda de NicolÆs I lo que pesaba en la politica exterior eran los intereses dinÆsticos y reaccionarios de la aristocracia. Precisamente por esto, en Berl n y en Viena confiaban de continuo en conseguir a a firmarse un tratado de paz por separado con Rusia. Ahora, en las altas gubernamentales se han inscrito los intereses del puro imperialismo. El gobierno zarista ha dejado de existir le dicen al pueblo los Guchkov y Miliukov ahora debemos derramar nuestra sangre por los intereses nacionales. Por intereses nacionales entienden los imperialistas rusos la restituci n de Polonia, la conquista de Galitzia, de Constantinopla, de Armenia, de Persia. Se ve, Rusia forma actualmente en las filas imperialistas con los demÆs europeos y, sobre todo, con sus aliados Inglaterra y Francia.

El hecho de que se haya pasado del imperialismo dinÆstico, aristocrÆtico al imperialismo puramente burguØs no puede, en ningØn modo, reconciliar al proletariado de Rusia con la guerra. Ahora mÆs que nunca, nuestra misi n es la lucha internacional contra la matanza mundial y el imperialismo.

La jactancia imperialista de Miliukov abatir a Alemania, Austria y Turqu a no puede hacer mejor el juego, actualmente, a los Hohenzollerns que a los Habsburgo. Ahora, Miliukov desempeærÆ el papel de espantajo en el mundo. Aun antes de emprender las reformas en el ejØrcito, el nuevo gobierno liberal-imperialista ayuda a los Hohenzollerns a levantar el espiritu patrio para reconstituir la unidad nacional del pueblo alemÆn, que se estÆ resquebrajando en todos los sentidos. Si el proletariado alemÆn pudiera suponer que el nuevo gobierno burguØs de Rusia se halla todo el pueblo, sin excluir al proletariado principal de la revoluci n, el proletariado, habr amos asestado un golpe mortal a nuestros correligionarios, los socialistas revolucionarios de Alemania.

El deber inmediato del proletariado revolucionario de Rusia consiste en demostrar que detrÆs de la voluntad imperialista de la burgues a liberal no hay ninguna fuerza, pues no cuenta con el apoyo de las masas obreras. La misi n rusa debe revelar ante todo el mundo su verdadera faz, esto es, su naturaleza irreconciliable no s lo a la reacci n dinÆstico-aristocrÆtica, sino al imperialismo liberal .

8 de marzo

Bajo la bandera de la salvación del país, la burguesía liberal tiene en sus manos la dirección del pueblo revolucionario, y con esta tra consigo, a remolque, no sólo al trudovique patriótico-Kerensky, sino, por lo visto, a Chjeidze, representante de los elementos opor la socialdemocracia.

La cuestión agraria es una mala espina clavada en el actual bloctocrático-burgués-socialpatriótico. Kerenski tendrá que elegir entre el 3 de junio que quieren escamotear la revolución con fines capitalistas y el proletariado revolucionario, que desarrollará en toda su amplitud la revolución agraria, esto es, la confiscación para el pueblo de la monarquía, de los grandes propietarios, de los conventos, de la corona y de la Iglesia. No importa absolutamente nada saber en qué sentido se inclina personalmente Kerensky... otra cosa son ya las masas campesinas. Traer al pueblo del proletariado constituye la misión más importante y más urgente.

Será un crimen intentar resolver este problema (atraerse a los obreros) adaptando nuestra política a la estrechez nacionalpatriótica del obrero ruso suicidando, pagando su alianza con los campesinos al precio de la ruptura con el proletariado europeo. Pero no hay ninguna necesidad de ello. Tenemos en nuestras manos un arma más fuerte mientras que el actual Gobierno Provisional y el ministerio Lvov-Guchkov-Miliukov-Kerenski ven obligados, en aras de la conservación de su unidad, a eludir el problema agrario, nosotros podemos y debemos plantearlo en toda su magnitud en las masas campesinas de Rusia.

¡Puesto que la reforma agraria es imposible, estamos por la guerra imperialista! dijo la burguesía rusa después de la experiencia de 1914-1917.

¡Volved la espalda a la guerra imperialista, oponiendo a la revolución agraria! diremos nosotros a las masas campesinas, basándonos en la experiencia de 1914-1917.

Esta cuestión de la tierra desempeñará un papel inmenso en lo que se refiere a la unión de los cuadros proletarios del ejército con la masa del mismo. La tierra del propietario y no Constantinopla, dirá el proletario al soldado-campesino, explicándole a quién y para qué sirve la guerra imperialista. Y del éxito de nuestras campañas en la lucha contra la guerra imperialista, principalmente entre los obreros, y, en segundo término, entre las masas campesinas y los soldados dependerá que el gobierno liberal-imperialista pueda ser reemplazado por un gobierno obrero-revolucionario que se establezca directamente en el proletariado y en los campesinos pobres.

Los Rodzianko, los Guchkov y los Miliukov concentrarán en todos sus esfuerzos en crear una Asamblea Legislativa hecha a su imagen y semejanza. Pero el lema más potente que tienen en sus manos es el lema de la guerra nacional contra el enemigo exterior. Naturalmente, ahora nos hablarán de la necesidad de defender las conquistas de la revolución contra el ataque de los imperialistas. Y los socialpatriotas les harán coro.

¡Nosotros no tenemos nada que defender! les gritaremos nosotros.

Lo primero es garantizar la revolución contra el enemigo interior. Hay que salir de todos los rincones, sin esperar a la Asamblea Constituyente, la monarquía y feudal. Hay que enseñar al campesino ruso a no prestar crédito a las promesas de Rodzianko y a las mentiras patrióticas de Miliukov. Hay que enrolar a los millones de campesinos contra los imperialistas liberales bajo la bandera de la revolución agraria y de la república. Esta labor sólo podrá realizarla, en toda su amplitud, un gobierno revolucionario que se apoye en el proletariado y arroje del poder a los Guchkov y los Miliukov. Este gobierno debe emplear todos los recursos del Estado para elevar, ilustrar y agrupar a las trabajadoras más atrasadas e ignorantes de la ciudad y del campo.

Y si el proletariado alemán no se levanta, ¿qué haremos entonces?

Es decir, ¿qué admitimos como posible que la revolución rusa no imita la huella alguna en Alemania, aun dado el caso de que lleve al poder a un gobierno obrero? No, esto es completamente inverosímil.

Pero, ¿y si a pesar de todo, fuera así?

Si ocurriera lo inverosímil, si la organización socialpatriótica alemana impidiera a la clase obrera alemana levantarse en día cercano contra las clases dirigentes, entonces, naturalmente, la clase obrera rusa defendería las armas en la mano la revolución. El gobierno obrero-revolucionario ruso iría a la guerra contra los Hohenzollern, incitando al proletariado alemán a alzarse contra el enemigo común, del mismo modo que el proletariado alemán, si llegara al poder próximamente, tendría no sólo el derecho, sino el deber de mantener la guerra contra Guchkov-Miliukov para ayudar a los obreros rusos a librarse de su enemigo imperialista. Tanto en un caso como en el otro, la guerra dirigida por el gobierno revolucionario no sería más que la revolución armada. Se trataría, no de la defensa de la patria, sino de la defensa de la revolución y de su propagación a otros países.

No creo que sea necesario pararse a demostrar que en estos artículos extractamos, artículos de carácter popular, destinados a los obreros, la misma idea acerca del desarrollo de la revolución, expresada por el autor en sus tesis del 4 de abril.

En relación con la crisis que atravesó el partido bolchevique en los primeros meses de la revolución de Febrero, no estaré de más reproducir aquí el pasaje del artículo, escrito en 1909 por el autor de este libro para la revista de Rosa Luxemburgo: Si los mencheviques partiendo de la abstracción de que nuestra revolución es burguesa, llegan a la idea de plegar la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta que esta conquiste el poder, los bolcheviques, partiendo de una abstracción asimismo vacía: dictadura democrática y no socialista, llegan a la idea de un proletariado que debe conquistar y se da a sí mismo un límite burgués democrático. Ciertamente que media entre ellos, en este punto, diferencias muy considerables: mientras que el punto de vista antirrevolucionario del menchevismo se manifiesta ya ahora con toda

fuerza, los rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo s lo amenazan constituir un inmenso peligro el día en que triunfe la revolución .

Estas palabras han sido muy explotadas por los epigonos, después de 1923, en su campaña contra el trotskismo. Sin embargo, ocho años antes de los acontecimientos, trazaban un pronóstico muy certero de la conducta que habían de seguir los actuales epigonos el día en que triunfara la revolución .

El partido salió con todos los honores de la crisis de abril, libre de los rasgos antirrevolucionarios de su sector dirigente. Por esto fue oportuno añadir, en 1922, al pasaje citado más arriba, lo siguiente:

Como es sabido, esto no sucedió, pues bajo la dirección de Lenin el bolchevismo consiguió no sin lucha interior renovarse ideológicamente. Esta importante cuestión, en la primavera de 1917 esto es, antes de la conquista del poder .

Luchando contra las tendencias oportunistas del sector dirigente del bolchevismo, escribí a Lenin en abril de 1917: Las consignas y las tácticas se han visto en general perfectamente confirmadas, pero concretamente las cosas han sucedido de un modo distinto al que podríamos esperar. Este modo más original, más peculiar, más variado. Ignorar, olvidar este hecho equivaldría a confundirse con los viejos bolcheviques que ya más tarde han desempeñado en la historia de nuestro partido un triste papel, las fórmulas aprendidas de memoria en vez de estudiar las características de la nueva realidad viviente. Todo el que hoy se limite a la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos a la zaga de la vida, se ha pasado en realidad a la pequeña burguesía. La lucha de clases del proletariado, y no hay más remedio que mandarlo al archivo de las rarezas bolcheviques prerrevolucionarias (al que podrá ir el archivo de los viejos bolcheviques) .

1. Sujénov me califica a mí de ~~mediocrante~~ miembro de la Organización interdistrital de los socialdemócratas unidos, abreviada ~~mezherayons~~ con lo cual quiere, evidentemente, dar a entender que, en realidad, yo era bolchevique. Desde luego esto es cierto. Pero la existencia en aquella organización no tenía más finalidad que llevarla al partido bolchevique que se hizo en agosto.

Apéndice III. Al capítulo El Congreso de los Soviets y la manifestación de junio

Carta al profesor A. Kaun,
Universidad de California

Le interesa a usted saber hasta qué punto Sujénov refleja fielmente la realidad, cuando relata la entrevista que, en mayo de 1917, hubo de celebrarse en la redacción de *Novaya Zhizn* prudentemente representada por Máximo Gorki. Para una mejor comprensión de lo que he de decir, he de apuntar algunas palabras acerca del carácter que, en general, presentan los siete volúmenes de Apuntes sobre la revolución de Sujénov. A pesar de todos los defectos (prolijidad, impresionismo, miopía política) que, en algunos momentos hacen insostenible la lectura de este trabajo, no se puede por menos reconocer que su autor procede concienzudamente, cualidad que hace de estos apuntes una fuente valiosa para el historiador. Pero todo jurista sabe que la honradez del testigo no basta, ni mucho menos, para abonar la veracidad de sus declaraciones: hay que tener en cuenta, además, su capacidad mental, su agudeza de visión, de oído, de memoria, su estado de ánimo en el momento de producirse los acontecimientos indagados, etc. Sujénov, impresionista por inteligencia, carece, como la mayoría de ellos, de la capacidad necesaria para comprender la psicología política de gentes que piensen de otro modo. Aunque en 1917 militase en el ala izquierda del campo conciliador, muy lejos, por tanto, de los bolcheviques, era, como lo fue siempre y lo siguió ser, su congénito temperamento hamletiano, el antipoda del bolchevique. En él acecha siempre un sentimiento instintivo que le hace repeler hostilmente al hombre hecho y derecho, que sabe a ciencia cierta lo que quiere y adhiere a él. Viene todo esto a cuento de que Sujénov, pronto como intenta explicarse los móviles a que responden los actos de los bolcheviques, descubre sus resortes internos, no hace más que acumular error sobre error, muy concienzudamente, eso sí. A veces, parece como si se propusiera deliberadamente complicar las cuestiones más sencillas y claras. En realidad, lo que ocurre es que es incapaz por naturaleza, a lo menos en política, de entender la distancia más corta entre dos puntos.

Sujénov se esfuerza tenazmente en contraponer mi línea a la de Lenin.

Hombre de gran sensibilidad para captar los rumores de los pasillos, mes de los medios intelectuales en lo que, dicho sea de paso, consisten de los m0ritos de Apurtes que tan copioso material nos suministran para conocer la psicología de los elementos liberales, radicales y socialnov abrigaba, naturalmente, la esperanza de que surgieran discrepancias entre Lenin y Trotsky, con tanta mayor razón cuanto que esto serviría por parte al menos, la suerte poco envidiable de una condenada a oscilar entre los socialpatriotas y los bolcheviques. Sin embargo, bajo la apariencia de relatar recuerdos políticos y conjeturas retrospectivas, viendo en la atmósfera de aquellas frustradas esperanzas y se empeña en interpretar como rumbos políticos diferentes peculiaridades de personalidad, temperamento y de estilo.

Refiriéndose a la frustrada manifestación bolchevique del 10 de julio, sobre todo, a las manifestaciones armadas de las Jornadas de Julio, emplea páginas y páginas en el empeño de demostrar que Lenin aspiraba a aquellos días, a la toma inmediata del poder, valiéndose para ello de la fuerza y del alzamiento en armas mientras que Trotsky, oponiéndose a esto, aspira a implantar el poder real de los soviets, en los que entonces existían los partidos contrarrevolucionarios y mencheviques. Todo esto no tiene sombra de fundamento.

El 4 de junio, en el primer Congreso de los Soviets, Tsereteli dijo, entre otras cosas, talmente en su discurso: Actualmente, no existe en Rusia un partido que pueda decir Poned el poder en nuestras manos. Una voz le interrumpió gritando ¡Sí, hay uno!. A Lenin no le gustaba interrumpir a los oradores que a él le interrumpieran. Tenía que haber razones serias que le hicieran en esta ocasión a renunciar a su continencia habitual. Según la tradición, resultaba que, cuando el pueblo se ve a cogido en una red de dificultades, a lo que ante todo había que aspirar era a endosar el poder. En esto consistía, en esencia, toda la sabiduría política de los comunistas, los mismos que, después de la revolución de Febrero, no acertaron a hacer nada mejor que ceder el poder a los liberales. Tsereteli disfrazó sus intereses políticos y de aguda perspicacia su poco indecoroso miedo a la insubordinación. Un revolucionario que cree en la misión histórica de su partido puede tolerar esa cobarde petulancia. Un partido revolucionario que cree que las dificultades es capaz de rehuir el poder, no merece más que el desprecio.

En el discurso pronunciado en aquella misma sesión, Lenin explicó la interrupción del siguiente modo. El ciudadano ministro de Correos y Telégrafos, Tsereteli, ha dicho que en Rusia no hay un solo partido político digno de gobernar íntegramente el poder. A esto contesto que hay uno (ningún partido digno de renunciar a gobernar, y nuestro partido no renuncia. Lejos de estar dispuesto a hacerse cargo íntegramente del poder, en cualquier momento de crisis y risas.) Podéis reiros todo lo que queréis, pero si el ciudadano ministro coloca ante este trance, no se quedará sin la respuesta merecida. ¿No es claro el pensamiento de Lenin?